

① ○ ◐ TRILOGÍA DEL PERDÓN



FLORENCIA BONELLI

JASY

Lectulandia

Febrero de 1736. El padre Ursus, superior de la misión jesuítica de San Ignacio Miní, navega por el río Paraná junto a su protegido, un niño de cinco años, Aitor Ñeenguirú. Ordena a los bogadores que detengan la balsa al escuchar unos gritos desgarradores provenientes de la orilla. Descubre que se trata de una joven mujer de origen europeo, que acaba de dar a luz a una niña. La muchacha muere, pero la niña está con vida, por lo que se apresuran a llevarla a la misión, donde la bautizan como Emanuela.

Así comienza esta potente e intensa historia de amor y de aventuras entre Aitor, séptimo hijo varón de la familia Ñeenguirú, el maldecido del pueblo, señalado y discriminado como el lobisón y Emanuela, la bendita de San Ignacio Miní, a quien llaman «la niña santa» por sus poderes para curar a la gente y a los animales.

En el marco de la colonización y la evangelización del sur de América, con un compacto abanico de personajes secundarios bien perfilados y con una apretada trama que nos lleva a recorrer la vida y las costumbres en las misiones jesuíticas, Florencia Bonelli, la reina de la novela histórico-romántica, nos entrega su nueva y apasionante historia que, una vez más, provocará el entusiasmo y la celebración de sus miles y miles de lectores.

Lectulandia

Florencia Bonelli

Jasy

Trilogía del perdón - 1

ePub r1.0

sleepwithghosts 05.10.14

Título original: *Jasy*
Floencia Bonelli, 2014
Diseño de cubierta: Raquel Cané

Editor digital: sleepwithghosts
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

*Para mi sobrino Tomás.
Y para su madre, mi hermana Carolina.*

*No permitáis que la unión de unas almas fieles
admita impedimentos: No es amor el amor
que cambia cuando un cambio encuentra
o que se adapta a la distancia al distanciarse.
¡Oh, no! Es la marca indeleble
que contempla la tempestad y que nunca tiembla;
es la estrella de los barcos sin rumbo,
de valor desconocido aun considerando su altura.
El amor no se deja engañar por el tiempo, aunque los rosados labios y las
mejillas
caigan bajo un golpe de guadaña.
El amor no cambia en pocas horas o en semanas,
sino que resiste aun en el día del Juicio Final.
Si es esto erróneo y puede ser probado,
nunca escribí nada, ni hombre alguno ha jamás amado.*

Soneto número 116, de William Shakespeare

(1736 - 1750)

CAPÍTULO

I

*Provincia Jesuítica del Paraguay,
en algún paraje sobre el río Paraná.
Febrero de 1736.*

El niño se asomó para observar los rebalajes que formaba el agua del río al chocar contra los troncos de la balsa. Lo hipnotizaban esos remolinos y la manera en que desaparecían para formarse unos nuevos a medida que la jangada, como llamaban a la rústica embarcación, se deslizaba por ese sector manso del río Paraná. Era la primera vez que viajaba en una de ellas y le resultaba difícil permanecer quieto, pese a que el padre Ursus mantenía ojo avizor y le había ordenado que se sentase a su lado, bajo la casilla, para protegerse del sol; a esa hora del día, sus rayos golpeaban con inclemencia.

El niño despegó la vista del agua y de los remolinos y emprendió de nuevo la recorrida por la extensión de la balsa, cuidándose de pasar lejos de los bogadores que la conducían con largas y gruesas cañas, llamadas tacuaras; ninguno había hecho un misterio del desprecio que él les provocaba. Uno de ellos, el más diestro, antes de emprender el viaje, había expresado que no transportaría al niño lobisón; la mala suerte caería sobre la jangada y su pasaje.

—¡Calla, ignorante! —despotricó el padre Ursus en perfecto guaraní, y el vozarrón, a tono con su estampa de gigante, hizo bajar la cabeza al indio—. Ya les he dicho que creer en esas supersticiones es pecado mortal. Tendrás que confesarte, Antonio.

—Sí, *pa'i* Ursus.

—Si vuelves a referirte a él como al niño lobisón, te mandaré azotar en la plaza. Y ahora ¡a bogar! Que debemos estar en Asunción dentro de dos días.

El niño, aunque pequeño, había sabido que él era el motivo de la discusión; estaba habituado a las miradas recelosas y a que la gente lo rehuyese. Por eso, hizo un rodeo para mantener la distancia con esos hombres y llegar al sector donde estibaban los atados de cueros que contenían los tercios de yerba. Se trepó en la cima con la agilidad de una cabra y se acomodó para observar el río cuyas aguas turbias corrían encajonadas entre dos muros de selva y que sus antepasados habían bautizado con el nombre «pariente del mar». Él no conocía el mar, pero el padre Ursus se lo había descrito, y a él le había parecido que el sacerdote exageraba.

Bajo la protección de la casilla construida en medio de la jangada, el padre Octavio de Urizar y Vega, a quien todos llamaban padre Ursus, escribía la carta anua en la cual detallaba los sucesos acaecidos en la doctrina a su cargo, la de San Ignacio Miní. Escribir constituía uno de sus talentos, y en ese caso lo hacía con especial empeño porque sabía que su epístola se adjuntaría a la que el provincial de los jesuitas, Jaime de Aguilar, preparaba para enviar a la máxima autoridad de la Compañía de Jesús, el general Franz Retz, quien, desde su sede en Roma, conocía en detalle la realidad de las misiones jesuíticas dispersas por el mundo gracias al eficaz sistema de informes que, anualmente, le enviaban los provinciales.

—Fue una feliz idea agregar vuestra carta anua a la que envié al prepósito general —le había confesado el padre Jaime de Aguilar el año anterior—. Es clara su redacción, plagada de relatos interesantes. Más allá de los datos demográficos, que son necesarios, pero bueno, la verdad sea dicha, muy aburridos, siempre me encuentro compelido a seguir leyendo. Vuestras historias acerca de las vidas de los indios de vuestra doctrina son, en verdad, fascinantes. El general Retz me aseguró que vuestra carta se leería en voz alta en todos los seminarios durante el almuerzo.

Ursus había asentido con gesto impasible para disfrazar la preocupación. No deseaba volverse notable a los ojos de sus superiores y que tal vez por creer que le hacían un bien, terminaran por hacerle un flaco favor enviándolo a ocupar puestos más encumbrados lejos de San Ignacio Miní y de sus indios. No obstante, si el provincial o el general de la orden disponían de su servicio en otro sitio, sin decir ni tus ni mus, tendría que obedecer. Después de todo, en las *Constituciones* de Ignacio de Loyola se postulaba que un jesuita se debía comportar *perinde ac cadaver*, del mismo modo que un cadáver.

Igualmente, cierta satisfacción atenuó los temores al imaginar que sus relatos serían leídos a los seminaristas y jóvenes sacerdotes. Conocía, por experiencia propia, lo que las cartas anuas llegaban a provocar en el espíritu de un aspirante a sacerdote. Había sido una escrita por el misionero más famoso con que había contado la orden en esas tierras del Paraguay, Roque González de Santa Cruz, la que había sellado su destino.

Apenas ingresado en el seminario del Colegio Máximo en Córdoba, el joven Octavio se había convencido de que su vocación eran esas cátedras y la docencia. Durante un almuerzo en el día en que conmemoraban el martirio del padre Roque González a manos de un grupo de indios, se leyó una de sus cartas, y la atención del seminarista Octavio, que aún meditaba acerca de unos pasajes de los filósofos griegos del siglo V antes de Cristo, había saltado a la epístola del misionero. «*Ser labrador es como previa disposición para ser cristiano, porque si no tienen la comida en la*

reducción, van a buscarla y no pueden ser catequizados porque andan todo el año muy lejos cazando». A decir verdad, no se había tratado de un párrafo brillante, ni que resolviese los grandes misterios de la fe, sino que era un comentario sensato y práctico, que de una manera inexplicable lo había cautivado. Oyó con atención hasta el final.

Después de profesar como sacerdote, conseguir que lo enviaran a misionar a la región del Paraná no había resultado fácil. A los aspirantes se los sometía a largas y severas pruebas para descubrir si contaban con el temple para soportar las adversidades de una realidad tan distinta, sin mencionar que se les exigía el dominio del guaraní, cuando no de otra de las tantas lenguas que se hablaban en aquellas extensiones.

El ahínco del joven padre Ursus —para esa época, el mote lo empleaban aun sus superiores— había terminado por convencer al rector del Colegio Máximo y al provincial de que poseía un espíritu templado, capaz de afrontar las asperezas de la vida en las reducciones. Ciertamente que atrás habían quedado las penurias por las que habían pasado los primeros misioneros a principios del siglo anterior, cuando pernoctaban en chozas de barro y techo de hojas de palmera y amanecían con mordidas de murciélagos y de otras alimañas, y cuando se sustentaban con raíces y maíz, nada de pan, ni de carne; no sin razón el padre del Valle, compañero de Roque González, había declarado que el silencio y el ayuno se guardaban ahí forzosamente y que la Cuaresma duraba todo el año. Esos hombres habían sido misioneros, pero también carpinteros, albañiles, agricultores, chacareros, cocineros, costureros, hiladores, alfareros, herreros, y cualquier oficio que sirviese para educar a los indios y construir la reducción. En cambio, cuando Ursus llegó a su primera misión, la de San Ignacio Guazú —lo de Guazú, que significa «grande», para distinguirla de la de Miní, que significa «pequeña»—, se sorprendió al hallar una ciudad con edificaciones y estructuras urbanas que habrían avergonzado a Buenos Aires, a Asunción y a Santa Fe.

Aun en el presente, no todo el monte era orégano, como solía decir su madre; la vida presentaba desafíos y dificultades a diario. Cuando no se trataba de una peste de viruela, que mataba a los indios como a moscas, los portugueses robaban el ganado —cuando no a algún indio desprevenido para esclavizarlo en las minas brasileras—, se perdía la cosecha de trigo, una jangada se hundía con el cargamento de yerba, o un grupo, en abierta violación a una de las reglas más estrictas de la reducción, se emborrachaba con chicha y armaba una trifulca en medio de la plaza de armas. Todo esto sin mencionar los problemas que nacían fuera de las doctrinas, en las ciudades, en especial en Asunción, donde la Compañía de Jesús poseía más detractores que amigos. Hasta el año anterior, el destino de la orden y de sus misiones en el territorio paraguayo había pendido de un hilo debido a las revueltas que los «comuneros»,

como se denominaban los criollos asuncenos, habían llevado adelante para expulsarlos de la provincia, hacerse con sus propiedades y repartir a los guaraníes en el marco del viejo régimen de las encomiendas. Por fortuna, el gobernador de Buenos Aires, Bruno de Zabala, se había movilizado con su ejército, al cual se le había sumado el de los soldados guaraníes de las reducciones, bien entrenados y bien armados, para desarticular la revuelta y devolver las cosas a su debido orden.

Ni siquiera se había entablado una batalla. Los comuneros se desbandaron ante la llegada de Zabala, que se hizo cargo del gobierno con mano férrea. Se mostró implacable con los que consideró traidores al rey, por lo que ejecutó a los cabecillas y mandó esparcir sus miembros por distintos puntos de la provincia. Encarceló a muchos y les confiscó los bienes. El provincial, el padre Aguilar, que vivía en Asunción, le había confesado a Ursus en una epístola que aún quedaba un sabor amargo en el espíritu de la gente como consecuencia de la feroz represión de Zabala.

Aunque le dolía pensar en el sufrimiento de las familias de los comuneros, Ursus había respirado cuando, en junio del año anterior, lo alcanzaron las noticias de que la revuelta había terminado con el éxito del gobernador. Solo pensar en que lo separasen de sus indios, y el estómago se le volvía de piedra. Aunque a veces lo sacaban de sus casillas, los amaba como a los hijos que jamás tendría.

Detuvo la pluma de oca con la que escribía las últimas palabras de la carta anua, levantó la vista y, mientras escudriñaba en torno, se rascó la barba que le cubría el filo de las mandíbulas y el mentón, además en el que caía cuando algo lo inquietaba. Se puso de pie y casi chocó la cabeza con el mojinete del techo. ¿Dónde estaba el niño? ¿Tal vez los bogadores lo habían arrojado al agua? Se cubrió la cabeza con un chapeo de fibra de palmera, muy al estilo de los sombreros cordobeses, y salió de la casilla. La luz lo encegueció. El sol del verano en esas tierras calurosas y húmedas y a esas horas tempranas de la tarde resultaba implacable.

Lo divisó sentado sobre los atados de yerba, con las piernas recogidas cerca del pecho y los bracitos en torno a las pantorrillas, serio, como era lo usual, con la mirada quieta en el paisaje que iba quedando atrás; la juzgó una mirada demasiado grave para un niño de cuatro años; demasiado triste también. Le extrañó verlo tan quieto. Se quedó observándolo.

En verdad, quería a todos sus indios, pero a ese niño lo quería como a nadie. Desde que Malbalá, la madre del pequeño, se lo había colocado en los brazos y le había pedido que le pusiera un nombre, el vínculo que lo había unido a esa criatura se había demostrado diferente del que establecía con los cientos de niños de la doctrina. Por lo pronto, la criatura, de apenas unos días, lo miraba fijamente, no como los otros recién nacidos, que no enfocaban y veían tras una nebulosa. Este le clavaba los ojos, con una expresión impaciente que parecía decir: «¿Y bien, *pa'i*? ¿Me darás o no un nombre? Acabemos ya con esto». Ursus había soltado una corta carcajada, que

sobresaltó a Malbalá y a la abuela del niño, la sabia Vaimaca.

El jesuita sonrió con el recuerdo, mientras se abanicaba con el chapeo. Fingió enojo al vociferar:

—¡Aitor! —y acentuó la «o» más de lo necesario y prolongó la erre.

El niño giró la cabeza con un movimiento rápido, y su cabello, largo, lacio y de ese color tan peculiar, negro con destellos de cobre, le acarició los hombros. Sus ojos se clavaron en los del sacerdote. No había vestigio de miedo, ni de contrición. Lo admiraba por eso, si bien, como de costumbre, lo ocultaría; su deber como educador era señalarle que tanta arrogancia, temeridad y soberbia eran pecados mortales.

—¡Baja de esos cueros, inmediatamente! ¡Ven aquí!

Apreció la agilidad con la que descendió de la pila de atados de yerba — alcanzaba las casi tres varas y media de altura—, como también la que empleó para correr hacia él, sorteando los montículos del matalotaje, los rollos de cuerdas y las cajas de madera con productos de la misión. Iba descalzo.

—Mande, *pa'i*.

—¿Mande, *pa'i*? ¿Para qué voy a mandar si el *karai* Aitor no se dignará jamás a cumplir mis órdenes?

Una sombra de sonrisa estiró apenas los labios pulposos del niño, aunque se desvaneció tan rápidamente que Ursus no habría podido confirmar si había existido o si se había tratado de un movimiento involuntario. Tal vez le había hecho gracia que lo llamase *karai*, señor. «Sí, hijo mío», le habló con el alma, «adelante, sonríe, quiero verte sonreír».

Prosiguió con menos acritud.

—¿Dónde están tus sandalias? —El niño señaló un sitio bajo la casilla—. ¿Por qué no las llevas puestas?

—Me hacían doler.

—Nunca te acostumbrarás a ellas si no las usas. ¿No te ordené que permanecieras bajo la casilla? El sol está demasiado fuerte. Podrías enfermarse de tabardillo. ¿Qué le diría yo a tu pobre madre? —Le apoyó la mano sobre la coronilla—. ¡Aitor! ¡Tienes la cabeza hirviendo! Ven aquí.

Lo condujo cerca de la baranda, tomó una cuerda con un calabacín atado en el extremo, la echó al río y recogió agua.

—Inclina la cabeza. —El niño la sacó fuera de la embarcación—. Esto te refrescará un poco. —Le vertió el líquido en la parte posterior y observó cómo se escurría por la nuca y por debajo del tejido de algodón de su camisa blanca. Aitor no emitió sonido, ni se movió. A Ursus, el estoicismo de alguien tan pequeño a veces lo asustaba.

Regresaron bajo el techo, y el sacerdote lo levantó para sentarlo sobre un atado de lienzos de bocací confeccionados por las indias de la reducción. Se puso de rodillas

frente a él y le sonrió.

—Veamos ahora, amigo mío. ¿Cómo está esa herida?

Aitor abrió grandes los ojos, cuadró los hombros y elevó ligeramente el mentón. Ursus no se percató de su actitud defensiva, concentrado como estaba en el color de sus ojos, algo en lo que caía a menudo, pues ese color amarillo tan contundente no parecía natural, ni humano. Él jamás había visto una tonalidad como esa, que, a veces, dependiendo de cómo estuviese el cielo, se tornaban de un dorado desconcertante. ¿De quién los habría heredado? Por cierto, esos ojos amarillos — bastante achinados, de espesísimas pestañas negras y coronados por un par de cejas gruesas, que formaban dos triángulos sobre sus párpados— no lo ayudaban a quitarse de encima la fama de lobisón que lo perseguía desde el día de su nacimiento, más bien desde el de su concepción, por el simple hecho de ser el séptimo hijo varón de Malbalá y de Laurencio. ¿Tal vez por esta razón Laurencio no lo aceptaba, porque él también creía que su hijo era una criatura perversa que, en las noches de luna llena, se convertía en un monstruo para devorar humanos? Porque no lo aceptaba, de eso estaba seguro.

—No te haré doler. —Le desató la tira de algodón, ahora mojada, que le rodeaba la cabeza para sostener la venda sobre la ceja que Laurencio le había partido con un golpe de su vara de alcalde de segundo voto—. ¿Duele, hijo? —preguntó al retirar el esparadrapo que le cubría la herida y que se había pegado un poco. El niño apenas movió la cabeza para negar—. Veamos cómo está esto. El padre Johann van Suerk, su compañero y sotocura de la reducción, médico y cirujano holandés, lo había cosido luego de restañar la sangre y de estudiar el corte profundo que le partía la ceja izquierda justo por el medio. Aitor no había llorado, ni siquiera cuando el padre van Suerk hincaba la aguja. Ursus, que tenía a Aitor sobre sus piernas, se daba cuenta, mientras lo sujetaba, de que le dolía porque la respiración se le aceleraba, gotas de sudor le brotaban sobre el labio superior y los ojos se le colmaban de lágrimas, que caían en silencio.

—Le quedará una recia cicatriz —le informó en latín el médico, para no hacerlo en guaraní y que el paciente comprendiese—. El corte es profundo, y no volverá a crecer el pelo de la ceja en ese sitio. ¿Por qué Laurencio lo ha golpeado tan salvajemente? Es un hombre tranquilo y muy civilizado. Quiere a sus hijos.

—Estaba tomado —justificó Ursus.

—¿Tomado? —se escandalizó el holandés—. ¿Dónde habrá obtenido la chicha?

—Ya lidiaré con él. Primero, el niño.

Esa noche, por orden de Ursus, Aitor durmió en la casa de sus abuelos maternos; en realidad, de su abuela materna, Vaimaca, y del esposo de esta, Ñezú. A la mañana siguiente, después de oír misa, el alcalde de primer voto del Cabildo, un cacique muy respetado y querido, llamado Palmiro Arapizandú, de conocida estirpe guaraní,

mandó comparecer a Laurencio en la sede del Cabildo para que oyese los cargos que se le imputarían. El corregidor, la máxima autoridad del ayuntamiento, otro cacique de gran ascendencia llamado Cecilio Pindoyuví, que se presentó especialmente ataviado con una capa de plumas y su bastón, mucho más vistoso que las varas de los alcaldes y demás funcionarios, le dio un largo discurso, como era costumbre entre los guaraníes, en el cual lo acusó de beber chicha, que le había desatado al demonio Añá que habitaba en él, y de golpear a su hijo Aitor, y lo conminó a avergonzarse porque, habiendo sido elegido alcalde de segundo voto poco tiempo atrás, había dado un mal ejemplo a la juventud de la doctrina, además de avergonzar a sus antepasados, porque ya en la época del ser antiguo, el pueblo guaraní siempre se había caracterizado por ser muy tierno con sus niños.

A continuación, las autoridades del Cabildo, algunos curiosos y el reo, seguido de su familia y escoltado por el alguacil mayor para evitar que se fugase, caminaron por una de las avenidas principales del pueblo hacia la casa de los padres, donde los esperaban el capellán mayor y superior de la misión, el padre Ursus, su compañero y segundo en el mando, el padre Johann van Suerk, a quien los indios llamaban padre Bansué, y el hermano coadjutor Pedro de Cormaner, que era lego.

El corregidor se adelantó para dirigirse a Ursus con la autoridad que le confería su bastón de mando, aunque con el respeto que esos hombres de negro siempre le inspiraban, no solo por su sapiencia y bondad, sino por la castidad que mantenían a rajatabla; a él, que le encantaban las mujeres, le habría gustado contar con esa fuerza de voluntad, en parte porque las mujeres siempre traían problemas y era mejor mantenerlas lejos, pero sobre todo porque los jesuitas les habían impuesto como regla que solo podían tener una.

—Aquí te traigo a nuestro hermano Laurencio, *pa'i* Ursus. Se ha equivocado y suplica que lo liberes de la culpa que lo agobia. —A continuación, el cacique pronunció otro discurso que los sacerdotes y el hermano lego oyeron con atención porque conocían la importancia que los guaraníes le conferían a sus parlamentos.

—Perderá su cargo de alcalde de segundo voto, recibirá doce azotes en el rollo de la plaza de armas y tres días de arresto a pan y agua —sentenció Ursus, aunque le habría gustado mantenerlo encerrado hasta su regreso de Asunción; temía que volviese a poner las manos en el pequeño Aitor. No podía. Laurencio era el herrero principal del pueblo, hábil y trabajador, y lo necesitaban para varios encargos, incluso para cumplir con pedidos de otras reducciones. Tres días de arresto ya atrasarían las labores lo suficiente para armar un caos en la herrería. Si bien lo ayudaban sus dos hijos mayores y otros muchachos, todos aprendices, sin la guía experta de él, sus empeños serían vanos.

La comitiva se movilizó hacia la plaza, donde el alguacil mayor ató a Laurencio al rollo, una columna de piedra ubicada en una de las esquinas y rematada con una

cruz de hierro, le levantó la camisa y le propinó los doce azotes sobre la espalda, que terminó llena de verdugones. Como era costumbre, el reo, antes de ser llevado a la prisión, se acercó al superior de la misión, le besó la mano y le agradeció por el correctivo.

—Gracias, *pa'i* —masculló Laurencio, y temblaba de rabia y a causa del dolor en la espalda—. Que Dios te recompense por liberarme, mediante este leve castigo, de los sufrimientos eternos que me amenazaban.

Levantó la mirada de ojos oscuros, y Ursus no halló en ellos nada del arrepentimiento que habría deseado. En ese momento, decidió llevarse al pequeño Aitor con él.

* * *

—¿Duele? —preguntó Ursus al niño mientras colocaba sobre la herida un ungüento que el hermano Pedro fabricaba machacando la corteza del ceibo y mezclando esos jugos con cebo de yacaré, receta que le había extraído después de mucho rogar al *paje* o curandero más reputado de San Ignacio Miní, Ñezú, el esposo de Vaimaca. El hermano sostenía que no existía mejor cicatrizante—. ¿Duele, hijo? —preguntó de nuevo ante el mutismo del niño.

—No —dijo de modo casi inaudible.

Colocó un paño de algodón limpio sobre la herida de la ceja y lo sujetó de nuevo con la tira, que ató en torno a la cabeza del niño. A continuación le pasó por los bracitos desnudos y las pantorrillas un ungüento con el cual los guaraníes, desde tiempos inmemoriales, se cubrían después del baño para repeler los mosquitos, la ura —una mosca que anidaba bajo la piel— y otros insectos, además de protegerse de los rayos perniciosos del sol. Como era de una tonalidad rojiza muy bonita, obtenida de las semillas de la planta llamada urucú, también lo usaban con fines estéticos.

Le preguntó si tenía hambre, a lo cual el niño respondió que sí. «Buena señal», dedujo el sacerdote. Levantó la tapa de la canasta que una de las viudas del *cotiguazu* había confeccionado con las fibras del bejuco, y husmeó para ver con qué la había llenado Tarcisio, el indio que se ocupaba de la cocina en la casa de los padres. Extrajo unos choclos hervidos, queso que fabricaban con la leche de las cabras, carne de vaca asada y una torta de mandioca, que cortó en seis porciones para satisfacer a todos los que viajaban en la balsa: la tripulación —los cuatro bogadores—, el niño y él.

—¡Antonio, Roque! Vengan a comer ahora. Jesús y Tadeo lo harán después.

Los bogadores cruzaron una mirada, acomodaron las gruesas y largas cañas sobre la cubierta y caminaron con la cabeza baja y a paso lento. Se quitaron los chapeos al entrar bajo la sombra de la casilla, ubicada en medio de la balsa, y se sentaron en el suelo. Ursus bendijo los alimentos y rezaron el padrenuestro en guaraní antes de

empezar a comer. Lo hacían en silencio, y el jesuita advertía los vistazos recelosos que le dirigían al niño, que miraba hacia otra parte mientras masticaba. Cuando tocó el turno para almorzar al segundo par de bogadores, el pequeño Aitor se había dormido sobre el atado de paños de bocací, por lo que el padre Ursus aprovechó para preguntar a Tadeo, un muchacho joven, de excelente disposición:

—Hijo, háblame de esa leyenda del lobisón.

—Yo la sé con el luisón, *pa'i*.

—Es lo mismo —indicó Jesús.

—Cuéntame, Tadeo.

—Es muy perverso, ese luisón, *pa'i*. Es un perro salvaje, enorme y lanudo, con largos dientes y ojos... —Se detuvo.

—¿Cómo son sus ojos?

—Amarillos, *pa'i*.

—Ya veo. Sigue.

—Está cebado con la carne humana. Las noches de luna llena, el luisón abandona su aspecto humano, se convierte en bestia y mata a toda criatura que se interponga en su camino.

—¿Quiénes son los humanos que están condenados a convertirse en luisones?

—Los que son poseídos por el espíritu del séptimo hijo varón de Taú y de Keraná.

Ursus había oído hablar de estos personajes de la mitología guaraní, víctimas de una maldición: engendraban solo monstruos.

—Entonces —lo instó el jesuita—, si de un matrimonio nacen siete hijos varones, el último será un lobisón, o luisón, como lo llamas tú, Tadeo.

—Así es, *pa'i*. El espíritu de Luisón, el séptimo hijo de Taú y Keraná, lo poseerá y lo hará convertirse en la bestia que devora humanos y cualquier cosa en las noches de luna llena.

—Y si después del luisón naciera una niña —intervino Jesús—, sería bruja.

Ursus se quedó mirándolo en silencio, mientras daba gracias a Dios de que el octavo hijo de Malbalá y Laurencio, que tenía semanas de nacido, fuese varón; con un niño anatematizado en la doctrina bastaba y sobraba.

—¿Alguna vez vieron a un ser humano convertirse en esa bestia?

—No —balbuceó Jesús—, pero mi tío Petronio asegura que él sí, y tiene una cicatriz en la pierna que se la causó el luisón.

—La herida de tu tío Petronio, Jesús, se la causó él mismo dándose un hachazo mientras aserraba en el monte. Ustedes comprenden que esta historia del luisón o del lobisón no es cierta, ¿verdad? Que solo se trata de un cuento, una leyenda, ¿verdad? ¡Un cuento para niños!

—Pero, *pa'i*...

—¡Nada de «pero», Tadeo! Están cometiendo un gravísimo pecado al creer en

algo que va contra la ley divina que les hemos enseñado. Va contra la única verdad, la que les hemos revelado nosotros. Pero sobre todo, están cometiendo un gravísimo pecado al mostrarse tan suspicaces con un niño inocente como Aitor. ¿Cómo pueden pensar que él es un monstruo que se convierte en una bestia salvaje?

—Todavía no es tiempo, *pa'i* —lo interrumpió Jesús—. Empiezan a convertirse de más grandes.

Ursus lanzó un suspiro de hartazgo. Era consciente de que, por mucho que fuesen a misa y al catecismo, los guaraníes estaban muy aferrados al «ser antiguo», como llamaban a las creencias y costumbres anteriores a la llegada de los españoles. Entonces, recordó las palabras que tiempo atrás le había escrito el padre Santiago de Hinojosa y Valle cuando él, en una carta, se quejó de algo similar. «*Piensa, estimado Ursus, que así como para nosotros sus creencias son supersticiones, para ellos lo son las nuestras. Todo depende del punto de vista de quien lo mire*». Como de costumbre, la opinión de su compañero del seminario y más querido amigo resultaba escandalosa y le había dado que pensar. Pero Hinojosa y Valle estaba en Córdoba, contento y cómodo en sus cátedras del Colegio Máximo, y no tenía que lidiar con los problemas de una reducción. Se imponía un espíritu práctico y severo.

—No se les ocurra comulgar el domingo sin confesarse, porque ustedes dos —dijo, y alzó el índice para señalarlos—, y debería decir, ustedes cuatro —y movió la vista en dirección de los otros bogadores, Antonio y Roque— están en pecado mortal. Si la muerte los sorprendiese en este momento, ¡se irían directo al infierno!

Jesús y Tadeo bajaron la vista.

—*Pa'i* —aventuró Jesús—, a veces me dan ganas de irme al infierno.

—¿Qué dices, insensato? ¿Deseas ir a que te pinchen y te cocinen para toda la eternidad?

—Es que vuesa merced y el *pa'i* Bansué dicen que nuestros antepasados, los que murieron sin conocer a Tupá, a Cristo y a la Tupasy María, están todos en el infierno, porque se fueron sin el bautismo. Y a mí me gustaría conocerlos... algún día. Y lo único que puedo hacer es ir al infierno, *pa'i*.

Ursus elevó los ojos al cielo, mientras un rugido le borboteaba en la garganta. Los bogadores se pusieron de pie y abandonaron el reparo de la casilla a paso rápido.

El jesuita los siguió con la mirada y el ánimo caído. Hacía más de un siglo que convivían mansamente con los guaraníes, los protegían y los educaban. Esos indios a los que tildaban de vagos y pícaros, bajo la guía de la Compañía de Jesús, habían construido decenas de pueblos que se autoabastecían y que provocaban la envidia de los españoles y de los criollos. Sin embargo, tenía la impresión de que jamás habían alcanzado sus corazones. En el fondo, seguían creyendo en sus dioses, en sus leyendas y en la *Yvy Marae'y*, o Tierra sin Mal, su versión del Paraíso, un sitio donde no existían la tristeza, ni el hambre, ni la guerra.

Abandonó la silla con un suspiro, dispuesto a finalizar la carta anua. Al volverse, se frenó de golpe al darse cuenta de que Aitor estaba despierto y que lo contemplaba. Un rayo de sol, que se filtraba entre las hojas de palmera del techo, dotaba a sus ojos de una tonalidad como la del bronce lustrado. Lo afectaba. Podía entender, pues, que afectase a los indios. Se preguntó si habría oído lo del lobisón.

—Ven, Aitor. Vamos a practicar el padrenuestro. Todavía no lo sabes bien.

* * *

Llegaron a Asunción al día siguiente. Habían pasado la noche en uno de los puestos que las misiones mantenían cerca del curso del río para refugiar a los viajeros, y reiniciado la marcha al amanecer. La jangada entró en el puerto de la ciudad pasado el mediodía y se detuvo en uno de los amarraderos que la Compañía de Jesús había recuperado después de que el gobernador Zabala sofocó la revuelta de los comuneros.

La actividad era frenética. Embarcaciones de distintos calados se mezclaban con las balsas y las almadías para componer un cuadro que, a simple vista, lucía caótico y que, en realidad, guardaba un concierto en el cual las cargas —maderas nobles y yerba mate sobre todo— se alijaban y acomodaban en las bodegas del puerto.

Un grupo de indios payaguás medio desnudos se aproximó a la balsa y saludó al padre Ursus con la sumisión que los caracterizaba. El jesuita, que los conocía, los conchabó para que diesen una mano con la descarga a los bogadores. Por fortuna, la sede de la Compañía de Jesús se hallaba en el Barrio de las Barcas, como se denominaba al sector del puerto a solo algunas varas del muelle. Obligó al pequeño Aitor a calzar las sandalias, lo tomó de la mano y se dirigió al jefe de los payaguás.

—Estaré en el colegio de la orden. Allí me encuentran cuando terminen el trabajo para recibir su paga. —Aunque hablar de paga era un tanto presuntuoso. A diferencia de Buenos Aires, Lima y Santa Fe, en Asunción no existía el metálico, por lo que las operaciones se realizaban a través del trueque. A los payaguás terminaría dándoles un poco de yerba y unas piezas de género, que ellos, a su vez, cambiarían en el mercado por alimentos.

—Como vuesa merced mande, *pa'i* —replicó el indio, y volvió a la jangada para seguir descargando los atados de cuero con yerba.

—Vamos, Aitor. Debes de estar hambriento, ¿verdad, hijo?

El niño no respondió y permaneció absorto en el paisaje asunceno tan desconocido como atractivo. Ursus reprimió una risotada cuando lo vio fruncir el entrecejo y cubrirse la nariz con la mano. Los olores del puerto resultaban nauseabundos, en especial para un guaraní acostumbrado a la limpieza de las misiones, donde el diseño del pueblo, erigido en posiciones elevadas, tenía como prioridad evitar las aguas estancadas y la acumulación de basura; ni siquiera en los

alrededores de los baños, ni del matadero se olían miasmas tan ofensivas como las de ese puerto. Tal vez, caviló el jesuita, los asuncenos deberían dejar de combatir a la Compañía de Jesús y mejorar el deplorable urbanismo de su ciudad tomando como ejemplo los treinta pueblos de los guaraníes.

Cruzaron el puente Santo Domingo y caminaron por una calle a la cual la última lluvia había convertido en una porqueriza y las pesadas carretas habían hollado al punto de convertirla en intransitable. Temeroso de que el niño cayese en una zanja, Ursus lo cargó en brazos, lo que le proporcionó una mejor visión del paisaje tan peculiar. Mujeres blancas ataviadas de negro, seguidas por sus esclavos, concurrían a la misa de la una de la tarde —era la primera vez que veía a mujeres con esa tonalidad de piel y le resultaron fascinantes—; buhoneros vociferaban sus ofertas; una jauría perseguía a un ratón enorme; un par de franciscanos caminaba deprisa en recogida conversación; una carreta tirada por bueyes, con ruedas de dos metros de diámetro, pasó junto a ellos y profundizó los surcos en el barro; unas payaguás se dirigían con sus bultos sobre la cabeza hacia el mercado.

Por su parte, el jesuita estudiaba las construcciones, todas de una planta, deslucidas, salpicadas de barro rojizo y sin mayores ornamentos que las rejas negras de hierro forjado y los salientes de tejas. Sin duda, reflexionó, Asunción era una ciudad pobre.

Minutos más tarde, se hallaban frente al ingreso principal del Colegio Seminario que la orden poseía en la capital de la provincia del Paraguay, junto con una iglesia y un convictorio. Depositó al niño en el umbral y agitó la aldaba. La mirilla se abrió y se cerró velozmente antes de que la puerta rechinase para mostrar a un hombre con sotana negra, de barba blanca y estatura más bien baja.

—¡Padre Ursus! —exclamó, con evidente alegría—. ¡Adelante! ¡Adelante!

—Hermano César, veo que os halláis en espléndida forma como es vuestra costumbre.

—Estoy hecho un cascajo, padre Ursus —contradijo, con marcado acento español—. Han sido tiempos duros los que nos han tocado vivir. Estos comuneros nos han tenido a mal traer, y, a mi edad, ya está duro el alcacer para zampoñas. Pero pasad, pasad. ¡Oh! ¿Qué tenemos aquí?

—Mi compañero de viaje. Hermano, os presento a Aitor Ñeenguirú. —Al niño le habló en guaraní—. Saluda al hermano César. Ofrécele tu mano derecha. No, esa es la izquierda. Así, muy bien.

—*Necoema*, Aitor Ñeenguirú —saludó el lego con sus rudimentos de guaraní—. Pasad, pasad. Estaréis hechos unas pavesas después del viaje. —Cerró la puerta y les indicó que se adentrasen en el patio de mazaríes—. ¿Qué le ha sucedido? —se interesó, y señaló la venda del niño.

—Se partió la ceja. El padre van Suerk ya lo cosió.

Rodearon el jardín principal del colegio circulando bajo el pórtico cuyas columnas requerían una mano de pintura de manera urgente. Ursus advirtió que un grupo de esclavos africanos tapaba con argamasa huecos en las paredes; otros, montados en el techo, cambiaban las tejas rotas.

—Sí —se lamentó el hermano César—, estos años en que nos expulsaron de la ciudad y el colegio estuvo en manos de esos salvajes de los comuneros han sido muy duros. Como verás, padre Ursus, el estado del edificio es calamitoso. Nos dejaron sin muebles. ¡Y no podéis imaginaros la inmundicia que hallé en la cocina y en el guardamangel! Ni hablemos del sótano. Todavía estoy combatiendo las ratas, grandes como gatos.

—Hemos recuperado el colegio tan solo en octubre pasado, hermano César —le recordó Ursus—. Tan solo cuatro meses atrás. Daos tiempo. Todo volverá a la normalidad.

—¿Normalidad, padre Ursus? ¿Alguna vez podremos vivir con normalidad en estas tierras? En pocos años, ya nos han expulsado dos veces, en el veinticuatro y en el treinta y dos.

—Pero siempre hemos regresado.

—Amén.

* * *

Después de un refrigerio, que el hermano César les sirvió en la cocina —la hora del almuerzo ya había pasado—, Aitor marchó con otro de los coadjutores hacia el convictorio, donde vivían los pupilos, y Ursus se encaminó al encuentro del padre Jaime de Aguilar, que lo recibió en su despacho con un breve abrazo.

—Bienvenido, padre Ursus. Hacía tiempo que no nos veíamos.

—Vuestra Reverencia, me alegro de encontraros en vuestro despacho, en vuestro sitio —recalcó.

—Siéntate, Ursus —dijo Aguilar, y adoptó un modo más relajado—. Imagino que César ya te habrá dado de comer y de beber.

—Sí, y muy bien. Gracias.

—¿Habéis hecho buen viaje?

—Muy tranquilo, gracias a Dios. Unos payaguás y mis bogadores están alijando los productos de mi misión en este momento.

—Bien. Después irás con el procurador a la bodega para tomar cuenta de todo. Bueno, ¿para qué te digo si conoces esto mejor que yo?

—¿A cuánto se está vendiendo la yerba en Santa Fe?

—A unos ocho reales la arroba —informó el provincial.

Ursus realizó un cálculo mental rápido para saber si, con la cosecha obtenida,

obtendría el metálico suficiente para afrontar el impuesto de un peso por cada indio de entre dieciocho y cincuenta años que viviese en su misión, a cambio del cual la Corona española impedía que fuesen sometidos al régimen de encomienda o, lo que era peor aún, al de yanaconazgo, una esclavitud encubierta.

—¿Cómo está la situación aquí, en la ciudad, Vuestra Reverencia?

Jaime de Aguilar se recostó en su silla, descansó los codos en los brazos de madera y entrelazó los dedos como si se dispusiese a rezar.

—La revuelta fue completamente abatida. Los cabecillas ajusticiados, sus partes repartidas en varios puntos de la provincia y sus bienes confiscados. El resto, encarcelado. Hay varios fugados. Muy triste. El malestar, sin embargo, continúa. El pueblo ha quedado muy resentido. Esto viene desde tan larga data... —pronunció con acento cansado—. Jamás nos perdonarán que les hayamos quitado a los indios, que juzgan de su propiedad, ni que nos hayamos hecho de tantas tierras.

—Los indios son vasallos de Su Majestad, tanto como lo son los españoles y criollos.

—Lo sé, Ursus, pero los asuncenos no lo ven así. Creen que, por hacerle el servicio a la Corona de poblar estas tierras salvajes, de las cuales no han podido extraer ni oro ni plata como imaginaron en un primer momento, tienen derecho a servirse de los indios para trabajar sus tierras y recolectar su yerba.

Ursus se puso de pie y se aplastó el cabello con ambas manos.

—Sé de encomenderos que los tratan peor que esclavos. —Intentó no dejarse llevar por la pasión, actitud que el provincial desaprobaba—. Algunos mueren a causa de los azotes. Las mujeres revientan con las pesadas cargas que les imponen. A ellas y a sus hijos les hacen servir en sus granjerías y las hacen dormir en los campos, al raso, y allí paren y se crían los niños, mordidos por sabandijas ponzoñosas. Sé que muchos se ahorcan, otros se dejan morir sin comer y otros toman hierbas venenosas. He sabido de madres que matan a sus hijos al parirlos para librarlos de los trabajos que ellas padecen.

—Imagino que estás hablándome de tu vecino, el hijodalgo Vespaciano de Amaral y Medeiros. ¿Cómo va ese asunto?

—Sigue insistiendo en que esa porción de terreno de nuestra estancia le pertenece, que es parte de su hacienda. Como el gobernador Miguel de Salcedo no ha respondido a sus reclamos, le ha pedido a su notario que eleve un reclamo a la Audiencia de Charcas.

El padre Aguilar, con las manos aún entrelazadas y el mentón sobre los índices, bajó los párpados en señal de asentimiento.

—Lo sé. Estoy informado.

—¡Es perverso como Holofernes! —explotó, y enseguida se arrepintió; su carácter era su debilidad—. Excusadme, Vuestra Reverencia.

—Sé que Amaral y Medeiros es un hombre de rompe y rasga, soez y de mala reputación, pero es uno de los hacendados más poderosos de esta zona, con mucha ascendencia entre las gentes de buen tono de Asunción y se murmura que también de Buenos Aires. Aseguran las malas lenguas que mantiene estrechos lazos con contrabandistas de esa ciudad y de la Colonia del Sacramento, donde obtiene pingües ganancias. Pero debemos mantener la calma y no olvidar que somos sacerdotes católicos. Debemos amar a nuestros enemigos.

—No es fácil, Vuestra Reverencia, cuando ese... hijodalgo irrumpe en la estancia de San Ignacio y roba el ganado y amenaza y maltrata a mi gente. Le tienen un pánico cerval. Para colmo de males, hace unos meses conchabó a un nuevo capataz, un diablo, debo decir, que comete más fechorías que su patrón, un tal Domingo. Desconozco su apellido.

—Hablaré con nuestro notario y lo pondré al tanto de la demanda que Amaral y Medeiros interpondrá en la Audiencia de Charcas, para que esté alertado. Por otra parte, enviaré misivas a gentes de fuste que podrán ayudarnos. Que el confesor de Su Majestad, el rey Felipe, que Dios guarde y prospere, sea uno de los nuestros no puede, ni debe ser desaprovechado. ¿Sabías que Amaral y Medeiros intenta hacerse de un título de nobleza a trueque de pecunia? Nada menos que un marquesado. —Ursus detuvo su caminar impaciente y levantó las cejas—. Aseguran que está dispuesto a pagar más de veinte mil pesos de plata ensayada.

—Es una fortuna —bisbiseó el misionero.

—Pero si bien la Corona española, siempre deseosa de llenar sus arcas, que tan rápidamente se vacían, estará tentada por esos veinte mil pesos, sé que son muy prudentes al momento de otorgar esos títulos de nobleza, y que antes de hacerlo se informará con personas inteligentes y de buenos medios acerca de la conveniencia de dotar a tu vecino con el título de marqués. Mencionaré esto en mi misiva al confesor de Su Majestad y le confiaré que juzgo poco razonable beneficiar con un marquesado a uno de los instigadores de la revuelta de los comuneros.

—¿Cómo? —se pasmó Ursus.

—Así me lo indican mis espías y, como sabes, Ursus, pocas veces fallan. Su información es de fiar.

—¿Amaral y Medeiros envuelto en el levantamiento de los comuneros?

—No directamente. Es hábil. Se limitó a brindar apoyo económico y a soliviantar a la soldadesca entregándole cuartillos, alcohol y tabaco. Se dice que ayudó a varios de los cabecillas a fugarse al Brasil. No te muestres tan sorprendido, Ursus.

—Es que no imaginé que Amaral y Medeiros intentaría una acción tan desleal a Su Majestad.

—La acción no fue contra Su Majestad, sino contra nosotros, los jesuitas. Sabes que ya el padre de Amaral y Medeiros le había declarado la guerra a la Compañía

cuando su población de encomendados disminuyó ostensiblemente gracias a que los guaraníes aceptaban reducirse para escapar del sistema de esclavitud al que los sometía. Significó un duro golpe para ellos, y ya era *casus belli* suficiente para iniciar una lucha encarnizada. No nos lo perdonaron jamás, sin contar que codician nuestras tierras y nuestros bienes. Amaral y Medeiros es un diablo pícaro. No iba a desaprovechar una oportunidad como la que le dieron los comuneros. La naturaleza humana es muy codiciosa, y para nada cuenta que estemos hablando de cristianos. Cuando de dinero se trata, todos se olvidan de Dios. Ahora los estancieros están intentando que el virrey nos baje la cuota de yerba que nos autorizan a vender en el puerto de Santa Fe. Sostienen que nuestras doce mil arrobas son demasiadas y que el precio se precipita, sin mencionar la investigación que abrió el rey Felipe a causa de las cartas infamantes del coronel de Calatrava y del antiguo gobernador Barúa, que aseguraban que de nuestros indios (¡ciento cincuenta mil, nada menos!), ninguno pagaba tributo. Barúa llegó a afirmar que los indios le debían a la Real Audiencia la friolera de tres millones doscientos mil pesos en concepto de la alcabala del diez por ciento sobre las rentas obtenidas en el comercio de sus productos.

—Sí, estoy al tanto de la calumnia. ¿En qué quedó eso, Vuestra Reverencia?

—El Consejo de Indias envió a un funcionario de la corte de Felipe para que investigase, un tal Vázquez de Agüero.

—Lo esperábamos en San Ignacio Miní, pero nunca se presentó.

—El buen hombre era un tanto abúlico y sensible al calor, por lo que solo visitó algunos pueblos, pero mayormente condujo la investigación desde Buenos Aires, donde me entrevisté con él. También lo hicieron los señores obispos, el de acá y el de Buenos Aires. Aún no tengo noticias de cuál fue la naturaleza del informe que presentó al Consejo de Indias y a Su Majestad, pero no creo que sea muy halagüeño. Me propuso aumentar el impuesto.

—A los guaraníes ya les cuesta entender que deban pagar un peso por vivir en la tierra en la que siempre vivieron. ¡Imaginaos si les hablásemos de un aumento!

—Exactamente —acordó el provincial—, eso fue lo que le dije a Vázquez de Agüero, pero no creo que haya comprendido. Desconoce absolutamente la índole del indio.

Un griterío alteró el silencio del claustro. Aguilar se puso de pie, cruzó su despacho a paso rápido y abrió la puerta. Ursus se asomó a su lado. Un hermano, que echaba venablos, perseguía a Aitor. El niño corría a gran velocidad, con el ceño muy apretado y en un obstinado silencio. Su pelito volaba a los costados del rostro y le revelaba las orejas de soplillo, objeto de pullas entre sus hermanos.

—¡Ey, amigo! —Ursus lo detuvo colocándole una mano en el pecho y levantándolo en el aire en un solo movimiento—. ¡Quieto! —lo amonestó, porque el pequeño se sacudía como pez fuera del agua—. ¡Quieto, o se te abrirá la herida! ¡Soy

yo, tu *pa'i* Ursus! —El niño se aquietó como por ensalmo y fijó sus ojos en el jesuita—. ¿Qué sucede aquí, hermano Carmelo?

—Este niño endemoniado... Me ha dado un puntapié en la canilla y ha escapado como alma que lleva el diablo.

—¿Por qué?

—Solo intentaba cortarle un poco esas greñas. No parece cristiano.

Aitor habló en guaraní, de modo rápido y en voz alta y colérica, lo que dejó perplejo a Ursus.

—¿Qué ha dicho? —se interesó Aguilar.

—Bueno... —titubeó Ursus—. Ha dicho que a él le gusta el pelo así, largo, y que el hermano Carmelo hiede a cabra.

—¿Cómo? —se ofendió el coadjutor, mientras el provincial se metía dentro del despacho para ocultar la carcajada a punto de escapar.

—Le pido disculpas, hermano Carmelo, pero sucede que los guaraníes son personas en extremo limpias, se bañan todos los días y se perfuman con pétalos de flores y otros ungüentos. Les molesta el olor del sudor humano.

—¿Se bañan todos los días? —se escandalizó.

—Sí, todos los días. En ocasiones, dos veces al día.

—¡Qué desatino! Y de seguro lo hacen a la vista de todos y sin proteger las partes pudendas para no ofender a Dios.

—Lo hacen en el río. Las niñas por un lado, los varones por otro. De vez en cuando también toman baños calientes en sus casas y al agua le echan toda clase de hierbas aromáticas, sobre todo cuando se enferman. Creen que el buen aroma de las hierbas mantendrá alejada la pudrición que trae la enfermedad. El padre van Suerk asegura que se trata de una buena costumbre.

—¡Ja, buena costumbre! Creo que deberíais prohibírsela. Solo sirve para alimentar las mentes ardorosas de estas criaturas.

—Hermano —habló Ursus, con poca paciencia—, no exagere. Les hemos prohibido y cambiado tantas de sus costumbres y tradiciones, que no considero justo quitarles aquellas que no presentan ninguna maldad. Ahora, si me permite, volveré a mi conversación con el padre Jaime. —Como el otro hizo ademán de sacarle a Aitor de los brazos, el jesuita lo detuvo de golpe—: No, yo me haré cargo de él ahora. —Al niño le ordenó en guaraní—: Quiero que estés bueno y callado. ¿Me lo prometes, hijo?

Regresó al interior del despacho del provincial y cerró la puerta. Colocó a Aitor en el piso y le puso una mano sobre el hombro. Aguilar estudió al pequeño con una expresión entre curiosa y grave.

—¿Cómo te llamas, niño? —le preguntó en un guaraní poco fluido.

—Aitor Francisco de Paula Ñeenguirú.

—No diré mucho más que eso —advirtió Ursus, al darse cuenta de que su superior se disponía a interrogarlo—. Es muy arisco, pero le agrada decir su nombre.

—¿Por qué?

—Está orgulloso de él. Uno de sus ancestros, el *mburuvicha* Nicolás Ñeenguirú, fue el gran vencedor de la batalla de Mbororé.

Ursus hablaba de la confrontación en la que el ejército guaraní, al mando de unos caciques y organizado por los jesuitas, había vencido a los portugueses que cazaban indios para esclavizarlos en las minas y en las haciendas de San Pablo de Piratininga. El enfrentamiento había tenido lugar hacía casi un siglo, en 1641, pero aún se lo recordaba, y en las misiones, cada 11 de marzo, se festejaba con grandes despliegues y representaciones.

—¿Comprende el castellano?

—No, Vuestra Reverencia. Solo palabras sueltas.

—¿Qué le ha sucedido en la frente?

—Su padre lo golpeó con su vara de alcalde de segundo voto. Le hizo un corte profundo. Sangró bastante. El padre Johann lo cosió.

—¿Se trató de un accidente? —Ursus negó con la cabeza—. Es extraño —comentó el superior—. Tenía la impresión de que los guaraníes son especialmente indulgentes con sus niños.

—Y lo son —ratificó Ursus—. Pero este niño es especial.

—Sí, lo es. —Se acercó con la intención de estudiarlo y lo aferró por la barbilla—. Sus ojos... son... intimidatorios. ¡Y ese color! Jamás lo había visto entre estas gentes. Ni entre nosotros, debo admitir.

—Yo tampoco.

—¿De quién lo heredó? ¿De su madre? ¿De su padre?

—De ninguno de ellos. Suponemos que de un antepasado.

—¿Qué edad tiene?

—El próximo 2 de abril hará los cinco años.

—Por eso lo llamaron Francisco de Paula —dedujo el provincial.

—Fui yo quien le puso el nombre. Como era costumbre entre los indios que los chamanes nombraran a los niños al octavo día de nacidos, ahora nos lo piden a nosotros.

—Sí, tienes razón. Lo he leído en varias cartas anuas. ¿Y Aitor? ¿Qué clase de nombre es ese?

—Es vasco. Así se llamaba mi abuelo —admitió Ursus, con cierto embarazo—. Significa noble o patriarca.

El provincial prosiguió con su estudio del pequeño.

—Tiene una contextura peculiar. Es alto para su edad. Y su piel... No es tan rojiza, más bien oscura. Muy oscura para ser guaraní.

—Su madre es abipona.

—Ah. Las indias abiponas de San Ignacio Miní —murmuró el padre Aguilar, y Ursus recordó la polémica que había sostenido años atrás con el superior de la misión —en aquella época él era un joven sacerdote, segundo en el mando— acerca de la pertinencia de aceptar a esas cinco indias abiponas, que habían llegado un día a la misión y se habían sentado en el ingreso del pueblo con sus esteras y magras pertenencias. Se trataba de una madre, Vaimaca, y sus cuatro hijas, entre las que contaba Malbalá, la madre de Aitor, de unos catorce años por aquel entonces. Como Ursus, además del guaraní, conocía los rudimentos de la lengua abipona, salió a parlamentar con ellas. Vaimaca se puso de pie y con mucha dignidad le informó que su esposo la había despreciado para unirse a otra mujer, por lo que había decidido abandonarlo para reducirse con sus hijas —a los dos hijos varones los había dejado con su padre, como correspondía— porque se acordaba con nostalgia de cuando era niña y unos hombres santos de negro habían llegado con sus cruces y sus cuñas —se refería a las hachas de hierro sin mango con las cuales los jesuitas tentaban a los indios—. Habían permanecido un tiempo entre ellos antes de marcharse, desahuciados. Ella siempre los había echado de menos; mientras los hombres santos de negro estuvieron entre su gente, los varones de la tribu no se habían emborrachado, ni cometido bellaquerías.

Ursus se había quedado mirándola, intentando reconstruir el discurso y asimilarlo. De acuerdo con lo que sabía, los abipones se desplazaban por un área al sur del río Bermejo, en el temido Chaco Guambala, una región distante más de cien leguas hacia el oeste.

—¿Has recorrido toda esa distancia tú sola?

—Sola no. Con mis hijas —había contestado Vaimaca, sin desviar sus ojos.

Ursus profesó respeto y admiración por esa mujer aún joven, de gran estatura y contextura fuerte, la cara cubierta de tatuajes, que lo contemplaba sin amilanarse, con una mirada inteligente.

—¿Cuánto habéis tardado en llegar hasta aquí?

—Más de tres lunas. ¿Podemos reducirnos?

Así se habían unido a la misión de San Ignacio Miní para convertirla en la segunda reducción mixta; la otra era la de Yapeyú, fundada por el gran Roque González de Santa Cruz, con guaraníes, yaros, guenoas y charrúas.

—Con que este pequeño es mezcla de abipón y guaraní —comentó el provincial Aguilar, y devolvió a Ursus al presente.

—Sí, Vuestra Reverencia. Tiene seis hermanos mayores y uno más pequeño, que acaba de nacer. Su madre casó con Laurencio Ñeenguirú a poco de llegar a la misión y han tenido una prolífica descendencia. Lo mismo las otras hijas de Vaimaca.

—¿Vaimaca?

—La abuela abipona. Vaimaca casó con el *paje* del pueblo, Ñezú Arapizandú, el padre de nuestro alcalde de primer voto, Palmiro. Su esposa había muerto al dar a luz a Palmiro.

—Ya veo. ¿Has decidido tenerlo bajo tu ala por alguna razón especial? —preguntó, y apuntó al niño.

—Su padre no le tiene paciencia y lo zurra a menudo. Esta vez ha ido demasiado lejos. Estoy desconcertado. Laurencio es un hombre de modales tranquilos, muy trabajador, habilísimo herrero. Quiere a sus hijos y, sobre todo, quiere a Malbalá. No sé qué demonio despierta en él este niño. —Prefirió omitir la posibilidad de que se debiera a la creencia del lobisón; a decir verdad, le daba vergüenza admitir ante su superior que los indios aún se aferraban a esos cuentos a pesar del siglo y medio de evangelización; lo vivía como una derrota personal.

—Si es despierto e inteligente, podrías prepararlo especialmente, enseñarle el castellano, algo de latín. En el futuro, ocuparía el puesto de corregidor de la misión. Lo respetarán si, como me dices, desciende del mítico Nicolás Ñeenguirú.

—Tal vez, Vuestra Reverencia —balbuceó Ursus.

* * *

Después de la reunión con el provincial, Ursus atendió a los indios payaguás, que se presentaron en el colegio por su paga, y los despachó con varias piezas de cordellate, tres atados de tabaco y media arroba de yerba sin palo o *ka'a mini*, como la llamaban los guaraníes, y que se había convertido en la especialidad de las misiones, más codiciada por los comerciantes de Lima y Buenos Aires que la tosca producida por los paraguayos, lo que suscitaba otro motivo de inquina hacia los jesuitas.

Antes de que se marchasen, Ursus contrató a los payaguás para que, en unos días, se presentasen en las bodegas del puerto y ayudasen a cargar los productos en el barco que los transportaría hasta Santa Fe, donde el procurador de la Compañía de Jesús se ocuparía de venderlos. Durante todo el intercambio, Aitor se mantuvo a su lado, los ojos fijos en esos indios, a pesar de que no comprendía lo que hablaban —lo hacían en un castellano trabado y mal pronunciado—, con una actitud seria y atenta que demostraba interés en lo que presenciaba. Quizá, meditó el sacerdote, lo prepararía para que se ocupase de esos menesteres que lo mantendrían lejos de la misión. Era un niño inquieto y despierto; viajar para transportar los frutos de la misión le sentaría a su índole. Tal vez estaba precipitándose; apenas tenía cuatro años, y su personalidad podía desarrollarse para acabar por inclinarse hacia el arte o la música, o la herrería, el oficio de su padre.

Despidió a los indios payaguás, tomó de la mano a Aitor y se encaminó hacia la cocina con la intención de pedirle al hermano César, de mejor disposición que el

hermano Carmelo, que le echase un vistazo al niño, mientras él se encerraba en su celda para realizar los ejercicios espirituales del atardecer. En tanto cruzaba el jardín, divisó a un hombre sentado en la parecilla del pórtico, la espalda apoyada sobre una columna; leía con un ceño y aire abstraído que le resultó familiar. Le llevó un instante reconocerlo: se trataba de su amigo y antiguo compañero del seminario, Santiago de Hinojosa y Valle. Se dirigió hacia él a paso rápido. No advirtió que Aitor correteaba a la zaga; sus piecitos descalzos no le arrancaban ningún sonido a los mazaríes del pórtico.

—¡Santiago, amigo!

—¡Pardiez! ¡Ursus! —El hombre cerró el pequeño libro y se dieron un abrazo—. ¡Qué sorpresa!

—¿Qué haces aquí? —Hinojosa y Valle suspiró y agitó la cabeza con una sonrisa de resignación—. En tu última carta no mencionaste que viajarías a Asunción.

—No te lo mencioné porque no lo sabía. Este viaje ha sido de lo más intempestivo. Ya te contaré. ¿Y este niño?

Aitor, aferrado a la sotana de Ursus, observaba al hombre delgado y de cejas abundantes con difidencia. Tenía labios tan finos que parecían los de una tortuga.

—De la misión —informó Ursus—. ¿No te dejé acaso con el hermano César?

—¿Y ese ojo a la funerala? ¿Qué le sucedió?

—Nada en el ojo, a Dios gracias. Se trata de un corte en la ceja, que le provocó un hematoma en el ojo.

—¿Qué hace aquí?

—Lo traje conmigo en este viaje.

—¿Cómo es su nombre?

—Aitor.

—Aitor —dijo, con aire evocador—. ¿Planeas dejarlo pupilo aquí para que se eduque?

Contempló en silencio a su amigo. «Dejarlo pupilo», repitió para sí con el objetivo de saborear la posibilidad. Por cierto, a él no se le había ocurrido. La desechó de inmediato; la idea de apartarlo le supo mal.

—No. Su madre y su abuela sufrirían mucho. Están muy aficionadas a él. Si no interrumpo nada importante, podríamos bebernos unos mates en el refectorio y conversar. Sobre todo, quiero saber qué haces aquí.

El hermano César les entregó una caldera con agua hirviendo y una especie de calabacín, el fruto de la güira, lleno de yerba sin palo, en el cual insertó la bombilla de plata, obra de un famoso artesano de la misión de Santo Ángel. Les dejó también trozos de pan de cebada, queso y miel silvestre.

—Y para nuestro invitado especial —anunció el lego y miró a Aitor con una sonrisa— tengo algo especial. Un tazón de chocolate caliente espesado con fécula de

maíz y aromatizado con vainilla. Es una delicia.

Ursus tradujo de prisa, y el niño volvió la vista al hermano César; desconocía el significado de la palabra «chocolate».

—No sabe lo que es el chocolate. Yo le preparo algarroba con leche. Con la mejor de las suertes, a veces tengo cascarilla. Pero nunca hemos tenido chocolate en la misión. ¿Dónde lo habéis conseguido, hermano?

—Regalo del provincial de Nueva Granada para el padre Aguilar. Llegó hace unos días. Menos mal que todavía no hemos comenzado la Cuaresma, o deberíamos abstenernos de él. Pruébalo, pequeño. Cuidado, está caliente.

Ursus tomó la jícara, hundió la cuchara de madera para colmarla del espeso y oscuro brebaje y la olió antes de soplar. La acercó a los labios del niño, que lo miró con desconfianza.

—¿Te daría tu *pa'i* Ursus algo de mal sabor sin avisarte? Vamos, pruébalo.

Los labios gruesos del niño se separaron lentamente. Sacó la punta de la lengua y tentó lo que se le ofrecía. Sorbió un poco más y mantuvo el chocolate en la boca antes de tragarlo. Levantó las cejas, y sus ojos achinados se abrieron grandes, revelando el color enigmático del iris, que atrajo la atención de Hinojosa. El niño apuntó el mentón en dirección de la jícara en el ademán de quien pide más, y los sacerdotes y el lego soltaron una carcajada.

—El pequeño Aitor ya sabe lo que es el chocolate —comentó Hinojosa.

—Bébelo tú solo —le indicó Ursus, y le pasó la jícara y la cuchara—. Con mucho cuidado. Está caliente. Arrodíllate en la banqueta. Eso es, muy bien.

—Le tienes gran afecto —aseveró Hinojosa, una vez que el hermano César los dejó solos.

—Sí.

—Le has puesto tú el nombre, ¿verdad? Recuerdo que me contaste que así se llamaba tu abuelo, el vasco.

—Así es.

Santiago de Hinojosa guardó silencio, mientras contemplaba a su amigo enseñar al niño cómo llenar la cuchara con chocolate y enfriarlo.

—¿A veces te arrepientes de no haber formado una familia, Ursus?

—No. ¿Y tú?

—Sí. —Ursus levantó la vista e Hinojosa le sonrió con resignación—. ¡Velay, qué le vamos a hacer! Aquí estamos, con casi cuarenta años. Es tarde para arrepentimientos. Además, no sabría cómo llevar otra vida. Será que estoy un poco melancólico. ¡Qué felices éramos en el seminario! ¿Lo recuerdas, Ursus?

—Sí, sobre todo recuerdo cuando comenzaste a llamarme Ursus porque me decías que era enorme como un oso. Recuerdo cuánto me molestaba. Al final me acostumbré, e incluso los profesores comenzaron a llamarme así. Tienes un gran

ascendiente sobre los demás, Santiago. Debes de ser un magnífico profesor.

—Hay quienes no piensan como tú.

—¿Qué estás haciendo aquí, en Asunción?

—Me exiliaron —contestó Hinojosa, y de nuevo ejecutó la sonrisa resignada.

—¿Estás exiliado? ¿Por qué?

—El rector y el provincial juzgaron oportuno que desapareciese un poco de la escena. El Santo Oficio me prohibió seguir pregonando los principios del derecho natural y de gentes de Pufendorf en mi cátedra de Prima de Leyes. Como Aguilar y el rector me conocen, temieron que comenzase una polémica con nuestros queridos amigos los dominicos y que terminaran azotándome a culo pajarero. O algo peor.

—¿La hoguera? No, no —se inquietó Ursus—. No han quemado a nadie en las Indias Occidentales, a excepción de aquel cacique en el Virreinato de la Nueva España. No recuerdo su nombre, ni el año en que aconteció.

—Era el cacique Carlos de Texcoco y lo quemaron en 1539 por seguir adorando a sus dioses, pese a que la Inquisición tiene prohibido inmiscuirse con los indios. Pero te equivocas cuando dices que no han quemado a nadie. Es cierto que, en comparación con las quemas en Europa, aquí han sido pocas, pero las ha habido y seguirá habiéndolas. Recuerdo que mi abuela me contaba acerca de esa pobre infeliz a la que quemaron en el año tres, en San Miguel del Tucumán. Su patrón la acusaba de haberle echado un maleficio a su esposa, que la tenía postrada en la cama y a la muerte.

—Nunca supe de ella.

—En fin. Nuestros amigos los dominicos desde su trono en el Santo Oficio objetaron mis cátedras, mis escritos y me convocaron para interrogarme.

—¿Te interrogaron? —se alarmó Ursus, y el tono de su voz atrajo la atención del niño, que detuvo el ir y venir de la cuchara.

—Sí, pero no tocaron un cabello de mi cabeza. Igualmente, para no arriesgarnos a un entredicho con la autoridad en materia de fe —dijo Hinojosa, y aplicó ironía a la voz—, el rector me envió aquí. Tú sabes, querido amigo, que los jesuitas somos *perinde ac cadaver*. Y es sabido que un cadáver no se queja cuando lo cambian de lugar.

* * *

Esa primera noche en el colegio de Asunción, Ursus se ocupó de meter en la cama al pequeño Aitor. Después de las oraciones con sus compañeros y el provincial, caminó con ansiedad hasta el convictorio; temía encontrarlo intimidado entre los demás internos, agredido tal vez. Reinaba una calma tensa en la gran recámara, mientras los hermanos coadjutores soltaban indicaciones y amenazas. Los niños simulaban oírlos,

mientras fijaban la vista en el niño de pelo largo y venda en torno a la cabeza. Aitor, con actitud beligerante, les devolvía la mirada, y sus pupilas parecían destellar a la luz de las velas.

—A la cama, amigo —indicó Ursus cuando estuvo a su lado, algo agitado porque los últimos palmos los había hecho corriendo—. No les temas —le pidió al darse cuenta de que el pequeño seguía evaluando la actitud de los que lo rodeaban—. No te harán nada.

—No les temo. Ellos me temen a mí.

Ursus, que acababa de sentarlo en el borde de la cuja para quitarle los calzones de lienzo, detuvo sus manos y elevó la vista. «Eres demasiado pequeño para contestarme de ese modo», reflexionó, entre orgulloso y aprensivo. Le observó los mofletes, que casi hacían inexistente el mentón, y la nariz, pequeña y ñata. Esos rasgos le conferían un aire de niño angelical que luego se daba de bruces con el color y la intensidad de su mirada.

—¿Por qué dices que te temen? —El niño sacudió los hombros—. No hagas ese ademán, ya te lo he dicho. Es excesivamente grosero, Aitor. Debes darme una respuesta. Si no la sabes, me dices: «No lo sé, *pa'i*», pero nada de movimientos de hombros. ¿He sido claro?

—Sí, *pa'i*. No lo sé, *pa'i*.

—A la cama, vamos. Debes de estar muy cansado. —El niño miró el camastro y luego al sacerdote—. ¿Qué ocurre?

—¿Y mi hamaca, *pa'i*?

—Esta noche dormirás en una cama, como las que usamos los padres en la misión. Estarás cómodo, ya verás.

Después de echar un vistazo suspicaz al sacerdote, se trepo al jergón y lo tentó con movimientos lentos. Se recostó y apoyó la cabeza sobre la almohada, tenso, los bracitos pegados al cuerpo, las piernas estiradas y las rodillas juntas. Ursus lo cubrió con la sábana.

—¿Por qué me trajo a la ciudad, *pa'i*?

Se acomodó la sotana y se sentó en el borde del pequeño camastro.

—Para que la conocieras, hijo, y para que me hicieras un poco de compañía.

—¿Es porque no quiere que mi *ru* vuelva a pegarme?

—No creo que vuelva a hacerlo —arguyó el jesuita, incómodo, y evitó su mirada ocupándose de doblar la ropa.

—¿Por qué me pega mi *ru*, *pa'i*?

Ursus le pasó la mano por la frente.

—*Duris ut ilex tonsa bipennibus/ Nigrae feraci frondis in Algido/ Per damna, per caedes ab ipso/ Ducit opes animumque ferro.*

—No entiendo la lengua del español, *pa'i*.

—No es castellano, hijo. Es latín. Es un poema de un escritor llamado Horacio. Quiere decir, y presta atención: *Como una encina atacada por fuertes hachas/ En los negros bosques del Álgido/ Pasando por pérdidas y heridas/ Del mismo hierro recibe energía y vigor.* —Lo repitió una vez más—. Verás, Aitor, la encina es un árbol con una de las maderas más duras que existen, tal vez más dura que la del lapacho. Horacio dice que la encina, a la que atacan con hachas para quitarle su madera, a la que hieren y lastiman, de ese mismo ataque, ella recibe su fuerza, su vigor. —Volvió a acariciarle la frente—. Te irás templando como la encina, pequeño Aitor, y un día serás muy fuerte y nadie volverá a hacerte daño, hijo. De momento, tu *pa'i* Ursus te protege.

Estuvo a punto de desviar la mirada. Los ojos de ese niño de casi cinco años fijos en los de él, demandantes, intensos, precoces, condenatorios, lo abrumaban.

—¿Mi *ru* me pega porque soy el niño lobisón?

—Tú no eres el niño lobisón. Tú eres un niño como cualquier otro. Y no quiero que vuelvas a hablar de ese niño lobisón. Tal cosa no existe. Son puros cuentos.

—¿Puedo quedarme a vivir aquí? El hermano César me dijo que me daría chocolate mañana.

Ursus sintió una punzada de celos y de tristeza.

—¿No echarías de menos a tu *sy* Malbalá y a tu *jarýi* Vaimaca? ¿Y a tu *pa'i* Ursus? Porque te aseguro, hijo, que ellas y yo te echaríamos de menos.

Al pequeño se le anegaron los ojos. Era tan inusual verlo conmovido —en realidad, Ursus meditó, se trataba de la primera vez—, que experimentó una opresión en la garganta.

—¿Es lo que quieres, hijo? ¿Quedarte en el colegio de Asunción? —Aitor negó con un movimiento de la cabeza—. Me alegro de que así sea. ¿Qué sería de mí si regresase al pueblo y tu abuela Vaimaca descubriese que te he dejado aquí, en la ciudad? Me ataría al rollo y me haría azotar, ¿no crees? A ver, vamos a rezar el padrenuestro. Empecemos. *Ore Ru reiméva yvágape, toñembojeroviákena nde réra...*

CAPÍTULO II

Los días en Asunción resultaron amenos, a pesar de que a Ursus esa ciudad pobre, fangosa y hostil, no le gustaba. Lo adjudicaba a la presencia de Aitor, a quien todo resultaba nuevo e interesante, y al reencuentro con su amigo, Santiago de Hinojosa, con quien sostenía largas conversaciones, en especial sobre la realidad política de la Compañía de Jesús, a la cual sus opositores comenzaban a acorralar en varios reinos del Viejo Continente. El hostigamiento no cejaba, y las acusaciones llovían. En especial, los acusaban de teócratas y de anteponer los intereses de Roma a los del reino en el que actuaban.

—Siempre hemos sido objeto de críticas acerbadas —recordó Ursus— y siempre hemos salido victoriosos.

—Ahora es distinto, Ursus —apuntó Santiago de Hinojosa—. Antes no poseíamos la riqueza que poseemos ahora. —El otro frunció el entrecejo en clara confusión—. En la España ya se habla de que aquí hemos fundado *el Reino jesuita del Paraguay* —acentuó las últimas palabras con sarcasmo y un revoloteo de mano— y de que hay un rey, un tal Nicolás I, un guaraní que nosotros hemos puesto como monigote para gobernar.

—¡Qué sandeces!

—Sí, sandeces, pero son las que nuestros enemigos esparcen por los cuatro puntos cardinales para lograr lo que tanto desean: nuestra expulsión.

—Nunca lo lograrán —se empeñó Ursus.

—Ya sabes lo que dice nuestro *amigo* Voltaire...

—¡Ni lo nombres, Santiago!

—Tampoco es santo de mi devoción; no obstante, debes admitir que es un hombre brillante y de un genio sin par.

—¿Qué es lo que dice el muy hereje?

—¡Mentid! ¡Mentid, que algo queda!

Ursus sacudió la cabeza con desgano y suspiró.

—Es cierto. La calumnia nace para quedarse.

—A veces recuerdo a los templarios —comentó Hinojosa—, esa orden magnífica del Medioevo, superior a todo cuanto ha conocido la cristiandad. Ricos y poderosos como Creso. El rey Felipe IV de Francia, con la complicidad de Roma, los persiguió y masacró hasta hacerlos desaparecer. Jacques de Molay, el último Gran Maestre de la Orden del Temple, murió en la hoguera, lanzando anatemas.

—¿Juzgas posible que corramos un sino como el de los templarios?

—No digo eso. Pero, sin duda, nuestra riqueza y el poder que trae aparejada están

molestando a muchos señores, que tampoco carecen de poder, ni de conexiones. No son enemigos que hay que desestimar.

—Sin embargo, nosotros contamos con el apoyo de la Santa Sede. Es incondicional a la Compañía.

—¿Así lo crees? —expresó Hinojosa, con marcada ironía.

—¡Santiago, somos los soldados del Pontífice!

—Lo mismo eran los templarios. Como ninguna otra orden, ellos poseían prebendas que les había concedido Roma. Al igual que nosotros, eran especiales, distintos del resto. Y ya ves cómo terminaron. Ursus —retomó, después de una pausa—, al Papa solo le importa conservar su posición y la de los Estados Pontificios, muy amenazados por los poderes temporales. Sacrificará al peón que considere necesario para que su trono se mantenga intacto. Y nosotros, amigo mío, somos peones en este juego.

—Espero que no seas tan franco en tus cátedras.

—¿Por qué crees que me exiliaron? Sin embargo, para que no me mantenga ocioso, el padre provincial me ha requerido un servicio. Aún se fía de mi juicio, parece.

—¿Cuál? —El interés de Ursus resultaba palmario.

—Ha recibido una carta del general, el padre Retz —apuntó sin necesidad—, en la cual le enumera las calumnias que, como piedras de fundíbulo, caen sobre nuestra orden. Son varias páginas. Aguilar me la dio y he terminado de leerla anoche.

—¿Cuál es el encargo del padre Aguilar?

—Quiere que escriba un opúsculo refutando cada una de ellas. Lo imprimiremos en la misión de Loreto y lo repartiremos a diestro y siniestro, como hacen nuestros enemigos con sus pasquines. Muchas de las acusaciones que nos endilgan tienen que ver con las misiones.

—¿De veras? ¿Qué tienen que decir de nuestras doctrinas?

—Para empezar, que los guaraníes son nuestros esclavos y que los sometemos a un régimen conventual, en el cual incluso las relaciones maritales están regidas por el toque de las campanas.

—¡Eso es absurdo! Sería imposible mantener reducidos a los guaraníes bajo un régimen de esa naturaleza. Son criaturas que anteponen la libertad a cualquier cosa. Justamente, en el siglo pasado, aceptaron reducirse para no caer en manos de los bandeirantes, que los cazaban como a monos y los llevaban a trabajar de esclavos a las minas y haciendas del Brasil.

—Lo sé, lo sé, pero del otro lado del océano no lo saben y piensan que es cierto lo que nuestros detractores aseveran. Aseguran que no les enseñamos el castellano para mantenerlos aislados, de modo que no puedan comunicarse con los españoles, ni con los criollos.

—¡Ellos *no quieren* aprender el castellano! Les cuesta, sin mencionar que lo asocian con el español, al que no le tienen mucho afecto, como es comprensible. Las encomiendas y los yanaconazgos no son instituciones que los guaraníes puedan perdonar fácilmente.

—Se habla de un imperio, de un reino, como ya te comenté. Se dice que ocultamos minas de oro.

—¡Minas de oro!

—Se asegura además que los indios de nuestras misiones no tienen idea de quién es Felipe V —Hinojosa se refería al rey de la España— y que se consideran súbditos del tal Nicolás I. —Ursus agitaba la cabeza, perplejo—. Sostienen que estamos gestando una revolución para quedarnos con la provincia del Paraguay y convertirla en nuestro propio reino.

—No tengo palabras —admitió Ursus—. La extensión de la malicia humana me deja atónito a veces, a pesar de que llevo casi cuarenta años en este mundo.

—Esto es más peligroso que la malicia, Ursus —lo corrigió su amigo—. Son personas luchando por sus intereses. Nos quieren fuera. Hemos perjudicado su economía y nos quieren fuera —reiteró.

—Es una lucha sucia, baja, sin moral.

—¿Es la guerra limpia, enaltecida y virtuosa? No, claro que no. Cualquier cosa vale con tal de vencer. Y esto es una guerra, amigo. Nos las veremos en figurillas si no comenzamos a contraatacar.

—No he profesado como sacerdote para atacar, ni para contraatacar. Quiero que me dejen en paz con mis indios.

—Lo sé, pero la realidad es esta, y si no traemos a gamella a nuestros detractores, desapareceremos de la faz de la Tierra, y tus indios quedarán huérfanos.

Esa noche, Ursus no concilió el sueño. De lo expresado por Santiago de Hinojosa y Valle, lo que más le preocupaba era lo último que había dicho: «*Y tus indios quedarán huérfanos*». Se movió, inquieto, en el jergón. ¿Sí, sus indios quedarían huérfanos? ¿Huérfanos como un niño indefenso? ¿Qué sería de ellos si les faltaban sus *pa'i*? ¿Sabrían seguir adelante, mantener el orden y la economía en los treinta pueblos? Tal vez los habían salvado de un destino aciago a manos de los encomenderos y de los bandeirantes, reduciéndolos en mundos utópicos, lejos de la maldad de los europeos. Aunque se afirmase lo contrario, los guaraníes eran gentes despiertas y trabajadoras; muestra de ello eran las organizaciones urbanas que fulguraban entre los ríos Paraná y Uruguay. No eran cortos de entendederas, ni salvajes, como muchos querían hacerle creer al mundo —todavía se acordaba del comentario del naturalista francés, el conde de Buffon, que aseguraba que los nativos de las Indias Occidentales eran animales de primera categoría, y caía en el cuarto pecado capital con una facilidad sorprendente. Por el contrario, eran territoriales,

hábilis guerreros —no por nada su nombre, guaraní, significaba guerra o guerrear— y conocían, porque la padecían, la astucia maliciosa del blanco. Sucedió que eran distintos; en ellos no existía la ambición que caracterizaba al europeo. Había resultado difícil hacerles entender el concepto de acumulación y de previsión, y Ursus se preguntaba si, después de tantos años, lo habían comprendido. No les interesaban las riquezas. Ellos vivían el presente, más allá de que anhelaban alcanzar algún día su *Yvy Marae'y*, o Tierra sin Mal, pero esa era otra cuestión. En la rutina de cada jornada, se contentaban con lo poco que poseían y con los frutos de la tierra, que siempre era generosa.

No tuvo dudas: sin el escudo protector de la Compañía de Jesús, los blancos que se proclamaban cristianos despojarían sin compasión a los guaraníes.

* * *

Ursus caminaba a paso rápido por la calle principal de Asunción, la Samuhú-pere, que tomaba su nombre del antiguo palo borracho que la presidía. Aitor, asido de su mano, correteaba para mantenerse a la par; una trancada del jesuita, que medía poco menos de siete pulgadas, equivalían a varios pasitos del niño. No obstante, el sacerdote caminaba, abstraído, indiferente a la criatura, que no se quejaba, ni se amilanaba.

Acabaron en la zona del mercado, un amplio descampado donde los vendedores, muchos de ellos payaguás, extendían sus esteras y lienzos y exponían la mercancía. Sacó de la faltriquera de su sotana la lista con los pedidos del padre van Suerk y del hermano Pedro de Cormaner, y se dispuso a regatear. No eran muchas cosas, en verdad. San Ignacio Miní, como la mayoría de los pueblos, se autoabastecía. Con todo, a veces precisaban algunos elementos exóticos, como vidrio, por ejemplo. Si bien ansiaba encontrar un pedazo para reparar la ventana de la escuela, no se hacía ilusiones. Terminaría supliéndolo por una vejiga de vaca, a la cual algún indio habilidoso estiraría hasta dejar casi transparente para luego pegarla con cola al marco. También compraría sal y cal. La selva era generosa, la tierra también; sin embargo, no les brindaba esos dos elementos que tanto necesitaban. Pagaría todo con yerba.

Acabados los encargos, le compró a Aitor una porción de torta de patay con piñones, fruto de la única conífera de la zona, el pino Paraná, que los indios llamaban *kuri'y*. Era un placer verlo saborear el dulce y, por un momento, abandonar su traza seria y comportarse como un niño.

De regreso hacia el colegio, Ursus, más relajado, se dedicó a observar a los transeúntes. Se dio cuenta de que su sotana, negra por completo y símbolo de los jesuitas, atraía las miradas y de que no todas eran amistosas; en realidad, solo una anciana se mostró cordial y se acercó para pedirle la bendición. Ursus se la dio, lo

mismo a su esclava, que se mantenía un paso detrás de su ama, con la vista al suelo. Reiniciaron la marcha. Ursus meditaba acerca de la animosidad del pueblo paraguayo, que todavía no perdonaba el fracaso de la última revuelta comunera; también recordó su conversación con Hinojosa y la dura realidad que enfrentaba la Compañía de Jesús no solo en las Indias, sino en Europa también. Aitor, en cambio, pensaba en la esclava.

—¿Por qué era tan oscura esa mujer, *pa'i*? Más oscura que yo.

—¿Cuál?

—La que estaba con la vieja.

—Con la señora, querrás decir.

—Sí, *pa'i*, con la señora —se corrigió, sin visos de incomodidad, más bien con aire condescendiente.

—Es del África, una tierra que está del otro lado del océano Atlántico. Allí todos son de ese color.

—¿Por qué?

—Así los hizo Dios, hijo.

—¿Quién es el océano... Alántico?

—Más bien ¿*qué* es el océano Atlántico? ¿Recuerdas cuando te expliqué qué era el mar?

—Sí, *pa'i*.

—Pues bien, el océano es muchísimas veces más grande. Parece infinito.

El niño abrió grandes los ojos, y la ceja derecha y la venda en la izquierda se elevaron. A Ursus el gesto le dio gracia y reprimió una sonrisa.

—Algún día conoceré el océano —afirmó el pequeño.

* * *

Nueve días más tarde de su llegada y después de constatar que los tercios de yerbas y demás productos de la misión se hubiesen estibado en los barcos que los llevarían hasta el puerto preciso de Santa Fe, y después de haber hecho cuentas con el procurador y asentado las cantidades en los libros contables, Ursus dispuso el regreso a San Ignacio Miní. Ansiaba volver. Salió del despacho del procurador, la cabeza llena de cálculos y números, y se topó con Santiago de Hinojosa.

—¿Has finiquitado tus asuntos con el procurador?

—Así es. El precio de la yerba ha caído un poco en este último año, pero no tendremos problemas para reunir el metálico y pagar el impuesto por mis indios. Hemos tenido una buena cosecha.

—Un peso por indio, ¿no es así?

—Un peso por indio entre los dieciocho y los cincuenta años. —Hinojosa adoptó

una expresión ausente—. ¿Qué piensas?

—Que las misiones son fuente de riqueza para la España y no solo para la Compañía. Haré hincapié en esto cuando escriba mi opúsculo. Es un buen argumento a nuestro favor. Si estos indios estuviesen sujetos al régimen de encomienda, no devengarían ganancias para las arcas de la Corona española.

—Estuve pensando, Santiago... Tal vez sería acertado que te vinieses conmigo para San Ignacio. Si muchas de las acusaciones que nos caen encima están relacionadas con las misiones, sería lógico que pasaras una temporada con nosotros y vieras cómo es la vida por allá. Una cosa es que yo te la cuente y otra muy distinta que la vivas en carne propia. —Ursus sonrió—. Hasta me animaría a decir que terminarás por enamorarte de mi doctrina y querrás quedarte con nosotros.

—Lo dudo, amigo. Soy hombre de ciudad y solo me siento cómodo en un aula o en una biblioteca.

—Tenemos ambas cosas en la misión —apuntó Ursus, con tono alegre—. Nuestra biblioteca no es ni la sombra de la del Colegio Máximo de Córdoba, pero en la doctrina de la Candelaria, que no está muy lejos de la nuestra, hallarás una que te bastará. También podrías ayudarnos con las clases.

—No sabría ser un sacerdote misionero, Ursus. Nunca me sentí inclinado por esa vocación.

—Oh, no es tan difícil. Soy un misionero porque bailo, canto y toco música. —La mueca desconcertada de Hinojosa lo hizo reír—. Verás, amigo, a veces creo que los indios nos soportan porque les organizamos las mejores fiestas. Si hay algo que el indio aprecia es la danza y la música. Y las representaciones teatrales. Esas, en verdad, los fascinan, y ponen gran empeño al montarlas. —Ursus chasqueó la lengua y sacudió la mano en el aire para desestimar sus palabras—. Más allá de todo esto, vente conmigo para San Ignacio, aunque sea por unas semanas. Será más fácil para ti escribir el opúsculo constatando de primera mano cómo vivimos allá.

* * *

Dos días más tarde, antes del canto del gallo, la jangada iniciaba su viaje de regreso a la doctrina de San Ignacio Miní. El padre Santiago y el hermano César contaban entre los miembros del pasaje. El primero había obtenido el permiso del provincial Aguilar para transcurrir una temporada en la misión, donde se dedicaría a la redacción del opúsculo; el segundo se detendría un corto período, el que le tomase elegir unos muebles para reemplazar los que los comuneros se habían robado del Colegio Seminario. La carpintería de San Ignacio Miní gozaba de buena fama, y sus obras de torno, talla y ensambladuras eran mentadas en la región, tanto que algunas señoras de buen tono compraban sus famosos bargeños taraceados, escritorios, sillas y

cabeceras; incluso doña Florbela, la joven esposa portuguesa de Vespaciano de Amaral y Medeiros, les había encargado una mesa de palo de rosa para doce personas, con sus sillas. Ursus todavía no comprendía cómo su esposo la había autorizado a entrar en tratos con la misión.

El viaje de regreso, con Santiago como compañía y Aitor tras la sotana del hermano César en la esperanza de obtener chocolate caliente, resultó a Ursus más apacible que el de ida. Los bogadores mantenían una actitud sumisa y diligente, pese a que, cada tanto, lanzaban vistazos al niño.

—Piensan que es un niño lobisón —explicó a Santiago de Hinojosa, que también notaba el recelo de los bogadores, y le contó acerca de la leyenda del hombre que se convertía en perro salvaje y se comía a los humanos. Al finalizar, soltó un suspiro—. Ya ves, querido amigo, se bautizan, van a misa, comulgan, pero no abandonan sus viejas supersticiones. A veces pienso que se nos ríen en la cara. Y yo que creía que los manejábamos con mano de hierro en guante de terciopelo. Me pregunto si no será al revés. Nos usan para su beneficio, para que los protejamos, pero, en su interior, todavía creen en sus dioses y espíritus.

—Ursus, en Europa, donde el cristianismo ha reinado por más de mil setecientos años, las gentes todavía creen en todo tipo de historias de las épocas de los paganos. La leyenda del lobisón que acabas de referirme es muy parecida a la que me contaba mi tío Antonio, solo que en España era con un lobo y no con un perro.

—¿De veras? —Hinojosa asintió—. ¿También el séptimo hijo varón?

—No recuerdo que haya mencionado eso, pero sí que se transformaba en las noches de luna llena. Ya ves, los *civilizados* europeos son tan supersticiosos como tus indios, a pesar de que han convivido con la fe católica mil quinientos años más que los habitantes de las Indias. El Santo Oficio no andaría cazando brujas y herejes si fuese de otro modo. Les exiges demasiado a estos pobres diablos. Ya no te preocupes.

—Me preocupa que hostiguen al niño. Su padre, ¡su propio padre!, lo rechaza.

—Es el sino que le tocó y tendrá que aprender a lidiar con él.

Por un momento, a Ursus lo apabulló la declaración de Hinojosa, la juzgó despiadada, como una condena de por vida. Luego, al considerarlo con la mente fría, se dio cuenta de que tenía razón, de que, por algún designio divino, el destino había desafiado a Aitor Ñeenguirú, tal vez para templararlo, para demostrarle lo poderoso que era.

—¿Cuándo llegaremos a San Ignacio? —Hinojosa lo sacudió con su pregunta.

—Mañana, con suerte, si no hay tormentas, ni nada que nos detenga.

—¿Viajaremos solo por el río o nos tocará ir a lomo de burro en algún momento?

—Solo por el río. La jangada nos dejará en el embarcadero de la misión. Allí nos irán a recibir las autoridades del Cabildo y algunos curiosos. Hay un trecho desde el puerto de la misión al pueblo, pero el camino se encuentra en excelentes condiciones

y lo haremos en carreta. No te preocupes.

—¿Cómo sabrán las autoridades que estamos al llegar? ¿Les enviaste aviso?

—Oh, no. Es que tenemos espías en todos los caminos y en la costa. No pasa un ave por nuestra tierra sin que lo sepamos. Nuestros espías nos verán y les darán aviso.

—Espías —murmuró Hinojosa—. Son muy necesarios, ¿verdad?

—Son un vestigio de la época en que los paulistas venían a cazar a nuestros indios y se los robaban para esclavizarlos. Su labor es fundamental. Siempre hay matreros, mayormente portugueses, queriendo robarse nuestro ganado, incluso a algún indio poco avisado. En el caso particular de San Ignacio Miní, tenemos un litigio limítrofe con un vecino, Vespaciano de Amaral y Medeiros es su nombre. Él y su capataz suelen divertirse invadiendo la estancia de la misión y robándonos el ganado. En ocasiones se aventuran hasta el *tupâmba'e* y destrozan las sementeras.

—¿Cómo has dicho? ¿*Tupa...*?

—*Tu-pâm-ba-e*. Es lo que designa aquello que pertenece a Tupá, a Dios. En resumidas cuentas, es lo que pertenece a toda la comunidad, como las sementeras, el ganado, los productos de los talleres... En fin, todo lo que no es *avamba'e*, lo que pertenece a *ava*, al hombre. La casa donde vive y su chacara son *avamba'e*.

—Me hablas, me cuentas de todo esto y me vienen a la mente Moro y Campanella.

—Yo también recuerdo a menudo *Utopía* y *La città del sole*. Moro y Campanella habrían aprobado nuestras misiones. Pero creo que habrían terminado por darse cuenta de que solo con unos seres como los guaraníes habría sido posible fundar ciudades como las que ellos soñaron.

—¿Por qué *solo* con ellos?

—Porque carecen de algo que a nosotros, los blancos, nos hace poderosos al tiempo que nos condena: la ambición.

* * *

Vespaciano de Amaral y Medeiros cabalgaba junto al carruaje que dos mulas tiraban con dificultad en el lodazal que se había convertido el camino. Imaginó a la mujer y a la niña en el interior, zangoloteadas y cansadas, y decidió detenerse un momento para darles un respiro. Era una inusual muestra de compasión en una índole como la de él. En verdad, lo hacía porque quería solazarse de nuevo con la mujer, que era muy bonita. A pesar de la amistad que lo unía a su esposo, no la había conocido sino hasta días atrás, cuando, en cumplimiento de una promesa, se presentó en su casa de Villa Rica —el nombre parecía una mofa después de contemplar los entornos de la ciudad— para ofrecerle su protección y sostén. Así se lo había implorado su esposo antes de partir engrillado hacia el Perú, y él le había prometido que velaría por ellas a cambio

de que no mencionase su nombre en el juicio por rebelión contra el rey. El coronel Hernando de Calatrava, un hijodalgo que se había involucrado en la revuelta de los comuneros para beneficiar sus intereses —por supuesto, había recibido una buena cantidad a cambio, que le había servido para saldar deudas de juego y de otra naturaleza—, ahora descontaba una pena de varios años en la prisión de Lima.

Por fin, se decidió a visitar a la mujer y a la hija de Calatrava y resultó que las halló en la indigencia, viviendo de la caridad de los vecinos, que tampoco tenían para tirar manteca al techo, y a punto de ser desalojadas de la casa que rentaban. La mujer aceptó la invitación para trasladarse a la hacienda de Amaral y Medeiros. Este, por su parte, esperaba que se llevase bien con su esposa, Florbela; pocas cosas lo fastidiaban tanto como que dos hembras anduviesen a la greña.

La verdad es que no sabía qué esperar de Florbela. A veces demostraba una disposición mansa y sumisa y en ocasiones lo desafiaba con un arrojito que, a un tiempo, lo ponía duro y lo hacía montar en cólera, como cuando, recién casados, lo echó de su cama porque él había exclamado: «¡Me cago en Dios!». Todavía hoy, después de varios años, se acordaba de ese día y le pasaba frío. Florbela había armado un gran jaleo y le había advertido, mientras agitaba el índice:

—¡Y no vengáis a pedir árnica porque nada obtendréis, señor! Hasta que no os vea confesado, no volveréis a saber de mí.

Pensó en darle una buena vuelta de podenco y dejarle el culo al rojo, visión que lo calentó aún más. Desistió para no perjudicar los negocios lucrativos con su cuñado Edilson; si Florbela le escribía para contarle que la había golpeado, Edilson lo buscaría para cortarle las pelotas pues estaba muy encariñado con su pequeña hermana y se la había recomendado mucho en el día de la boda en la Colonia del Sacramento, acontecida pocos meses antes.

Abandonó la casa dando un portazo, montó en su caballo de un salto y lo espoleó para que galopase. Necesitaba desfogar tanta ira y calentura. Le molestaba la verga dura sobre la montura, y la soportaba con estoicismo. Hasta que la vio en el arroyo Yabibirí y sujetó las riendas para frenar al pardillo, que resopló y relinchó, con lo que delató su presencia. La muchacha —una india, sin duda— irguió la cabeza, y sus miradas se chocaron. Contuvo el aliento, extasiado por la belleza salvaje de su rostro oscuro. Estaba desnuda, y tenían los pezones negros endurecidos a causa de la brisa fresca que corría al atardecer. Su erección se acentuó y lo obligó a saltar del caballo. La india adivinó sus intenciones e intentó escapar. Corrió desnuda hacia la piedra donde había dejado su tipoy, la prenda de algodón basto, en forma de túnica sin mangas, con que se cubrían las mujeres en la misión de San Ignacio Miní.

Él fue más rápido. Se abalanzó sobre la piedra y le echó la zarpa a la prenda. La agitó en el aire, mientras la joven, al tiempo que se cubría malamente con una mano, con la otra pugnaba por arrancarle el vestido. Vespaciano reía a carcajada tendida,

mientras una euforia que pocas veces había experimentado, a menos que estuviese muy tomado, se apoderaba de él. Solo la aplacaría montándose a esa china. La euforia alcanzó su paroxismo en el instante en que un destello de sonrisa levantó las comisuras de los labios tersos y carnosos de la muchacha. ¿La india sonreía? Arrojó el tipoy a un costado y, cuando la joven se agachó para recogerlo, le envolvió la cintura con un brazo y la levantó en el aire. Lo sorprendía que no gritase, lo excitaba que guardase silencio; solo se escuchaba el silbido del aire que escapaba entre sus labios. La aferró por los brazos con brutalidad y la miró a los ojos. Los pechos desnudos de ella se elevaban al ritmo de su respiración agitada. Olía muy bien, a limpio y a algo más. Quiso besarla porque su boca era la más hermosa que había visto. La china se resistió al principio y luchó con un brío que aumentó su excitación. Unos minutos después se relajó, tal vez para evitar que la dañase en el forcejeo. Por último, lo disfrutó al igual que él y se entregó con tanta confianza y desenfreno que Amaral y Medeiros no recordaba haber gozado de ese modo con una mujer. Cuando acabaron, ella se puso de pie de un salto y, sin importarle que tuviese la espalda llena de barro, se colocó el tipoy y salió corriendo en dirección a la selva, cuya feracidad la devoró.

Al día siguiente, Amaral y Medeiros regresó al mismo sitio en el arroyo Yabebirí y a la misma hora del atardecer. Se le secó la boca y se le aceleró el pulso cuando la avistó sentada sobre la piedra jugando con un palito sobre la marisma. Lucía serena y femenina. Se aproximó a paso firme. Golpeaba la fusta en la caña de su bota para disimular los nervios. Lo desconcertó que ella, al levantar la vista, lo contemplase con calma; en general, todos le temían. Se quedó mirándola. El día anterior no había tenido oportunidad de estudiarla. No parecía guaraní. Su rostro era delgado, alargado y de pómulos muy marcados, y su piel, más oscura; sobre todo, era alta y de caderas estilizadas. Le habló en guaraní, que manejaba tan bien como el castellano porque se había criado con los hijos de los indios encomendados y los yanaconas de la hacienda familiar. Pero la muchacha no le contestó. Se puso de pie, caminó hacia él y estiró las manos para desvestirlo.

La rutina se repitió día tras día, durante varias semanas. Amaral y Medeiros pasaba la jornada aguardando que llegase la hora en que se encontraría con su china. Se había olvidado de que su esposa no le hablaba y de que no le permitía meterse bajo sus sábanas. A veces pensaba en llevársela a la hacienda con él. Desistía un momento más tarde, seguro de que pertenecía a la misión de San Ignacio Miní. Se le armaría la de Dios es Cristo si los jesuitas sospechaban que la había raptado. Por otra parte, le gustaba la expectación en la que se hallaba durante el día a la espera de encontrarla junto al arroyo por el atardecer.

—¿Eres muda? —le preguntó en una oportunidad, y la joven sacudió la cabeza que todavía descansaba en el brazo de él—. ¿Por qué no hablas, pues?

—No hay nada que decir.

Vespaciano de Amaral y Medeiros jamás olvidaría la impresión que le causaron esas pocas palabras expresadas con un timbre profundo, grave, firme, con un acento peculiar, casi la juzgó la voz de una persona cultivada, pensamiento que desechó de inmediato pues se trataba de una india. Se excitó y volvieron a acoplarse en esa danza de placer que los hacía sentir tan unidos, pese a no haber intercambiado siquiera sus nombres.

Fue la india la que dejó de ir al recodo del arroyo Yabebirí, y Amaral y Medeiros creyó que nada llenaría el vacío de su ausencia. Le volvió el mal humor. Sofocaba la frustración trabajando hasta caer exhausto en la cama; a veces, ni siquiera se quitaba la ropa. Florbela, que ocupaba otra recámara y seguía atrincherada en su enojo, no se enteraba, aunque al día siguiente lo contemplaba con reproche al verlo desastrado, con las prendas arrugadas y la barba crecida.

Al final, terminó por doblar la cerviz y aceptar la humillación de recibir en su casa al cura jesuita de la misión de San Ignacio Miní, la que se hallaba a dos leguas de su propiedad, y confesar su trágico pecado, haberse cagado en Dios. El padre Ursus —no sabía si era su nombre o su apellido, y a él lo tenía sin cuidado— le dio una penitencia que se le antojó durísima por tal minucia —rezar una novena— y le impuso su presencia durante una hora, mientras Florbela le revoloteaba en torno como si del obispo se tratase y lo convidaba con su mejor carlón. No mucho tiempo después comenzaron los conflictos territoriales, cuando ese hijo de puta del padre Ursus extendió los lindes de la estancia de la misión e intentó apoderarse de parte de su tierra, justo la que poseía las mejores pasturas.

Sacudió la cabeza para alejar ese pensamiento y volvió a la realidad de las dos mujeres confinadas dentro del carruaje y que pronto se convertirían en parte de su hogar. Florbela tendría que contentarse, le gustase o no. Él era el amo y señor de *Orembae*, la hacienda que había heredado de su padre y este del suyo, y este, a su vez, del de él, y así hasta llegar al antepasado que la había obtenido como merced de tierra por haber formado parte del grupo de valientes que exploraron esos parajes brutales y fundaron Nuestra Señora Santa María de la Asunción en 1537. La merced, alejada de los centros urbanos, había permanecido abandonada y ociosa hasta que su abuelo, después de casarse con una limeña bien dotada y de conseguir una encomienda de guaraníes, la había puesto a producir.

Junto con el título de encomendero, el mítico Aníbal de Amaral y Medeiros obtuvo el de hijodalgo. A Aníbal lo habían apodado el Buey, porque poseía una fuerza física descomunal y sus bríos nunca languidecían. Después de transcurrir la jornada a machetazos, haciendo rozas para ganarle terreno a la selva, combatiendo los insectos y las alimañas, por la noche metía en su cama a alguna india joven y la montaba con la misma inclemencia que a su caballo —su esposa se había quedado en

la casa que poseían en Asunción porque vivir en una choza en medio de la selva la habría aniquilado en pocas semanas—. Aníbal de Amaral y Medeiros había sido el dios de *Orembae*, «lo nuestro», en guaraní, como la había bautizado su india favorita, y su palabra se consideraba ley. Lo mismo había sido con su hijo, y en el presente lo era con su nieto.

—Doña Nicolasa —dijo Vespaciano a modo de saludo, después de abrir la portezuela—. Espero que vuesa merced y la niña Ginebra estéis confortables.

—Sí, vuesa merced. Gracias.

«Pronto», se regocijó Amaral y Medeiros, «deberás llamarme “ilustrísimo don Vespaciano”, cuando me otorguen el título de marqués». En el ínterin, soportaría la actitud arrogante de la mujer que, si bien estaba a dos velas cuando la encontró, se sabía superior pues su esposo, el coronel de Calatrava, era hidalgo de sangre y no de solar conocido, como él. «Ya me tendrás entre tus piernas y te voy a domar como a una yegua», se prometió, y sintió el tirón en su miembro. Notó que la mujer sostenía un rosario de peridoto, con algunas cuentas de perdón, y le resultó más interesante doblegarla si era una chupacirios.

—¿Estamos al llegar, vuesa merced?

—No, señora mía. Serán dos días más en carreta y luego cruzaremos el Paraná.

—¿Existe peligro de que nos ataquen los indios?

—A veces los guaycurúes se aventuran incluso hasta estas zonas, pero no es usual. Yo diría que no, que no hay peligro. Igualmente, vuesa merced y la niña Ginebra no debéis preocuparos. Mis hombres y yo vamos fuertemente armados —e indicó las dos pistolas de pedernal y el trabuco cruzados en la montura—. Estos salvajes escuchan dos tiros y se alejan en desbandada.

—Es un alivio saberlo, vuesa merced.

—Vos y la niña estáis a salvo conmigo. —Echó un vistazo a la pequeña, que lo observaba con ojos enormes y asustados, los cuales bajó de inmediato al darse cuenta de que se había convertido en su punto de interés. Le pareció una actitud sumisa adorable. Se la imaginó en unos diez años, convertida en una belleza, como la madre. Tal vez podría acordarse un matrimonio entre ella y su pequeño Lope.

—Proseguiremos la marcha ahora —indicó, y cerró la portezuela.

* * *

Aitor estaba seguro de que él era el niño lobisón, si no ¿por qué lo atraía la luna llena? Cada noche, la buscaba en el cielo. Solo cuando la veía completa y refulgente, se quedaba admirándola durante largo tiempo. Había muchas cosas bonitas en la misión; ninguna como la luna llena.

Ursus buscó a Aitor con la mirada y lo halló en la popa de la balsa, las manitas

aferradas a la baranda y la cabecita inclinada hacia atrás, hipnotizado por una luna llena que, debía admitir, quitaba el aliento. Daba la impresión de que, si estiraba la mano, la tocaría. Solo quedaban unos arreboles en las nubes hacia el oeste; el resto del firmamento se había vuelto de un azul profundo en el cual la luna se recortaba, esplendente, de un blanco de perla y leche. Si lo hubiese visto en un cuadro habría juzgado que el artista exageraba, que no existía una visión como esa.

La jangada se deslizaba sobre el río Paraná en dirección al puesto donde pasarían la noche. Llegaban a esas horas porque habían tenido un contratiempo unas millas atrás. Había llovido, y el caudal de unos rápidos los había obligado a recorrer una distancia por tierra, mientras los bogadores acarreaban la balsa desde la orilla.

—Nunca había visto una luna como esa —admitió Hinojosa en un susurro, como si temiese romper el silencio—. Qué cerca está de la Tierra esta noche.

—Sí. Estaba pensando que hay una cualidad irreal en ella esta noche.

—Los bogadores están nerviosos —señaló Hinojosa—. No dejan de lanzar vistazos al niño. Él, en cambio, solo tiene ojos para la luna. Hace rato que la veo. No ha cambiado de posición.

—Lo fascina. Se pasa mucho rato mirándola cuando está llena. Es el único momento en que veo quieto a Aitor. Si no fuese un hombre racional y un sacerdote, creo que sucumbiría a las supersticiones de estas gentes.

—¿Por qué lo dices?

—Aitor es un niño especial. No se trata solo de sus ojos, que son desconcertantes...

—Es cierto —acordó Hinojosa—. Nunca había visto a nadie con esa tonalidad en los ojos.

—Es todo en él, Santiago. Su índole es muy peculiar. Tú has podido verlo estos días en Asunción. Es serio, aunque no melancólico. Es callado, aunque no tímido. Es inquieto, aunque no juegue ni cometa travesuras. Es tan inquieto —repitió—. Es raro verlo tan tranquilo.

—Es la luna, amigo mío. Ha fascinado al hombre desde la época de los caldeos y sumerios. Algunos le adjudican poderes y una gran influencia sobre nuestras almas. Otros afirman que saca lo peor de nosotros. No por nada la palabra lunático refiere a la locura.

Un alarido traspasó los sonidos de la selva nocturna como un cuchillo que rasga una tela. Ursus e Hinojosa intercambiaron una mirada cargada de confusión. El alarido se repitió, más profundo y desgarrador. Los bogadores detuvieron el movimiento de sus tacuaras y hablaron entre sí, nerviosos, con semblantes aterrados. Miraban en dirección a la costa, de donde procedía el lamento.

—¡Antonio! —vociferó Ursus al jefe de los remeros—. Acércate a la costa. Tenemos que ver de qué se trata.

—¡No, *pa'i*, no! Es la Caá Yará, *pa'i* —advirtió el bogador, y se refería a la diosa de los yerbatales, rubia, blanca y hermosa, pero peligrosa.

—¡No! —contradijo Jesús—. ¡Es Kurupí, el enano con la verga más larga del mundo! Nos va a matar.

—¡Es el luisón! —intervino Tadeo—. ¿No se dan cuenta de que es el luisón, que vino a llevarse a su hijo?

Los cuatro bogadores fijaron la vista en Aitor, que seguía el intercambio con ojos cargados de miedo.

El alarido se repitió, y el silencio volvió a reinar en la balsa. El hermano César se santiguó tres veces y declaró:

—¡Es un alma del Purgatorio! ¡La están atormentando cruelmente!

—¡Dejad de decir paridas! —vociferó Ursus en guaraní—. ¡Antonio, a la costa! ¡Ahora! Por favor, Santiago, ocúpate de Aitor. No lo dejes solo ni un instante. Estos ignorantes podrían intentar matarlo a causa de sus supersticiones.

Ursus tomó un fanal colgado en el mojinete de la casilla y aguardó con impaciencia en el borde de la jangada antes de precipitarse fuera. Se empapó las sandalias y el ruedo de la sotana al saltar al río. El hermano César y Tadeo decidieron acompañarlo con antorchas de resina. Los gritos se sucedían, cada vez más cercanos, aunque cada vez más débiles, tanto que se habían convertido en sollozos.

La hallaron sobre la costa, donde el río lamía la tierra y la encharcaba. Se trataba de una mujer. Ursus se acuclilló a su lado y le apartó los cabellos empapados que le cubrían el rostro. Era joven, unos veinte años, a lo sumo.

—¡Dios nos ampare! —exclamó el hermano César, y se hizo la señal de la cruz.

La muchacha entreabrió los párpados, y Ursus le aferró la mano, también empapada y fría. Resultaba obvio que se había sumergido en el río. ¿Qué hacía allí?

—¿Qué te ha ocurrido, criatura?

—Mi... hija —balbuceó.

—¿Tu hija? —Ursus escudriñó en todas direcciones—. Hermano César, buscad a la criatura. Tadeo —dijo a su vez en guaraní—, busca a un niño. ¡Deprisa!

—Mi... hi... ja —repitió la muchacha, y con un esfuerzo que pareció hacerse con toda la energía que le quedaba, apoyó la mano a la altura de su bajo vientre.

Ursus levantó el fanal y estudió el cuadro: algo parecía moverse al costado de la mujer, entre unos trapos empapados en sangre. Apoyó el fanal sobre una piedra y levantó la prenda. La impresión casi lo tiró al suelo, y su exclamación atrajo a César y a Tadeo, que llegaron justo a tiempo para ver a la criatura palidísima y cubierta de coágulos y sangre; resultaba obvio que acababa de nacer; todavía iba sujeta a la placenta.

—¡Tadeo! ¡Regresa de inmediato a la balsa y trae un chuchillo y mantas! ¡Ve, corre! ¡Date prisa! —Volvió a aferrarle la mano a la muchacha y la tranquilizó—: Ya

tengo a tu hija. No te agites. Yo me haré cargo de ella. —Recogió el lío de trapos en el que se hallaba el bebé y, al descubrirle la carita, lo embargó una felicidad inefable.

La muchacha no reaccionó. Los párpados se le entrecerraban, en tanto los dientes le castañeteaban. El hermano César le propinó algunas cachetadas para mantenerla despierta.

—¡Niña, niña! ¡No te duermas! Dinos tu nombre. ¿Cómo te llamas?

—E... E... ma... nue... la.

—¡Emanuela! —repitió el lego.

—¡Tadeo! —se desesperó Ursus—. ¡Deprisa!

La sangre manaba de entre las piernas de la mujer como agua de una fuente. Jamás había visto una hemorragia como esa. No necesitaba la sapiencia del padre van Suerk para saber que, en pocos minutos, la muchacha quedaría exangüe. No sabía cómo proceder. Le pasó la niña al hermano César, que la recibió con una mueca de terror, y metió la mano en el sitio en el cual jamás pensó que tocaría a una mujer y apretó. La sangre, sin embargo, le borboteaba entre los dedos y se derramaba en la tierra intensificando su tonalidad roja. La joven comenzó a sacudirse, como poseída por un espíritu maligno, y a soltar estertores.

—¡Se muere! ¡Se muere! ¡Está desangrándose! —Colocó la mano ensangrentada sobre la frente de la muchacha, apretó los ojos y rezó—: *Ego te absolvo a peccatis tuis in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti.*

Las convulsiones se intensificaron hasta frenar de golpe. La espalda arqueada cedió, la mujer soltó un suspiro y por fin descansó. El hermano César y Ursus la miraron con el aliento contenido.

—¡Pa'i, aquí tiene todo! ¡Pa'i! —insistió Tadeo al ver que el jesuita no le prestaba atención.

—Deme a la niña, hermano César. —Ursus se expresó con una voz llana que denotaba su abatimiento—. Tadeo, extiende una manta en esa parte del terrero. Comprueba que esté seco.

—Sí, pa'i, está seco.

Colocó a la recién nacida sobre la pieza de tosca carisea.

—Tadeo —dijo Ursus—, sostén en alto el fanal. Hermano César, meta el cuchillo por debajo del fanal y acerque la hoja a la llama.

—¿Para qué?

—He visto a las comadronas en la misión hacer esto antes de cortar el cordón umbilical. Y los niños guaraníes jamás se les mueren de la enfermedad de los siete días.

—¿Está viva? —se atrevió a preguntar Tadeo.

—Creo que sí —contestó Ursus, y, mientras esperaba el cuchillo, la limpió con su pañuelo, el lienzo más suave con el que contaba. La pequeña no se movía y mantenía

los ojos cerrados. Su palidez asustaba. Le puso el índice bajo la nariz, pero no percibió su respiración. Las esperanzas de salvar a la niña comenzaban a perderse como la sangre del cuerpo de la pobre Emanuela.

El hermano César le pasó el cuchillo, y Ursus cortó el cordón con dificultad; el fuego lo había vuelto romo. Rasgó un trozo del pañuelo, lo colocó sobre el pedazo de cordón que colgaba del vientre de la niña y lo sujetó rodeándola con el resto. El hermano César le dio una mano para levantarla y completar la operación. Era muy pequeña y liviana, y daba impresión tocarla porque parecía que se desarmaba. La envolvió con una manta de camelote, que la mantendría aislada de la humedad y del rocío nocturno, y se puso de pie con el pequeño bulto junto a su pecho.

—Tadeo, entierra el trapo en el que estaba envuelta la niña y la placenta. No quiero que ninguna bestia se alimente con ella. Hermano César, permanezca aquí junto a la madre. Iré a buscar a los muchachos para que nos ayuden a subirla a la jangada. La llevaremos a la misión. Le daremos cristiana sepultura.

* * *

Horas más tarde, Ursus aún temblaba. Tenía frío, aunque la noche fuese templada. El frío del cuerpo de esa joven exangüe se le había pegado a la piel, y él temblaba.

—Gracias —dijo, cuando Hinojosa le pasó un mate—. Me vendrá bien.

—¿Qué crees que le haya sucedido a esa pobre desgraciada?

—No lo sé, Santiago. Estaba empapada, con el cabello sobre la cara, como si recién emergiera del río.

—¿Se habrá hundido su embarcación? ¿Habrá caído al río y la habrá arrastrado la corriente?

—Tal vez nunca lo sabremos.

—Es una señorita de buen ver. Acabo de estar con ella, mientras rezaba el rosario, y vi que sus prendas son elegantes; sus botines, de buena confección. Sus rasgos son regulares, su piel, muy blanca. Es española de pura cepa. O criolla sin mestizar.

—¿Te fijaste si tiene alguna joya? ¿Un anillo, un dije, un rascamoño, algo?

—No tiene nada. Aunque está un poco oscuro en ese sector de la jangada y solo la estudié durante unos minutos, mientras mantenía levantada la cobija que la cubre. No fue un examen concienzudo. Debemos esperar hasta llegar a la misión. ¿Y la niña?

—Respira, pero está muy débil. —Miró hacia la caja donde le habían improvisado una cuna, y vio que Aitor seguía allí, con la mirada fija en la recién nacida.

—No ha llorado —comentó Hinojosa.

—No, no lo ha hecho. No creo que llegue con vida a la misión. La bauticé. La llamé como su madre, Emanuela.

—Hermoso nombre. ¿Qué día es hoy?

—¿Hoy? 12 de febrero. ¿Por qué?

—Para anotar el nacimiento de la niña en el libro de la misión. En algún sitio hay que registrar que esta criatura vino al mundo.

—Sí, tienes razón.

—Creo que los bogadores desaprueban que hayas decidido navegar de noche.

—No podemos perder tiempo. Tenemos que llegar a la misión. Quiero que el padre Johann vea a la niña. Tal vez él pueda hacer algo por ella. O el *paje* Ñezú. Es un hábil curandero. Además, necesita alimentarse. En la misión siempre hay mujeres dando de mamar. Eso no le faltará, pobrecita. Pero tenemos que llegar pronto, antes de que sea demasiado tarde.

—Los bogadores deben de estar exhaustos. Tal vez por eso lucen tan mal predispuestos. ¿O no les gusta tener un cadáver a bordo?

—Están inquietos porque creen que la presencia de Aitor trajo la desgracia sobre nosotros. Me lo advirtieron cuando nos embarcamos en San Ignacio. Me dijeron que el niño lobisón traería mala suerte a la jangada y a su tripulación. Creo que si no estuviésemos aquí, ya lo habrían arrojado al río.

—¡Absurdo! Me da grima que culpen al pequeño por la suerte de la pobre muchacha.

Ursus soltó un suspiro y sorbió la bombilla. Devolvió el mate a Hinojosa y se puso de pie.

—Voy a bogar un rato. Al menos reemplazaré a uno de ellos, para que duerma un poco.

* * *

No podía apartar sus ojos de la pequeña criatura que el padre Ursus había traído de la selva. Envuelta en esa manta oscura, formaba un pequeño bulto dentro de la caja. Su hermano Bruno, que todavía no caminaba y se lo pasaba durmiendo o prendido de la teta de su madre, era enorme en comparación con Emanuela. Así la había llamado su *pa'i*, Emanuela.

—Emanuela —susurró, pero la niña no se despertó.

No se atrevía a tocarla; se lo habían prohibido. A cada segundo, las ganas le socavaban la voluntad. Quería tocarle el rostro, la única parte visible. ¿Por qué estaba tan blanca? Se puso de pie de manera repentina y abandonó el resguardo de la casilla. Corrió a la parte posterior de la balsa y volvió a levantar la vista hacia la luna llena. No se hallaba tan cercana, se había alejado; su blancura, en cambio, se había intensificado. Era la misma blancura de la niña, de la pequeña Emanuela. Regresó a la casilla y atrajo la atención del padre Ursus apretándole el brazo.

—¿Por qué no estás durmiendo en la cama que te armó el hermano César? — Ursus simuló fastidio.

Aitor hizo caso omiso de la reconvención del sacerdote y le contó lo que acababa de descubrir. Al terminar, sin más ceremonia, dio media vuelta y se alejó en dirección de Emanuela.

—¿Qué ha dicho? —se interesó Hinojosa, y Ursus lo tradujo con una sonrisa que le relajó el gesto.

—Ha dicho que la niña que traje de la selva es la hija de *jasy*, de la luna.

Aitor volvió a acuclillarse junto a la caja decidido a cumplir su anhelo, y ni la prohibición del padre Ursus lo detendría. Acercó el índice al rostro de la niña y le tocó la frente como si probase la temperatura del agua. A pesar de ser tan blanca y de tener el aspecto de estar helada, le resultó asombroso que su piel fuese tibia y blanda. Movi6 el dedo con delicadeza sobre la frente de la niña, y siguió el recorrido por la sien, y después por la mejilla. Hundi6 la cara dentro de la caja y le bes6 la nariz, el primer sitio donde cayeron sus labios. Sonrió al llamarla *Jasy*, y lo susurr6 dulcemente, *iasí*.

CAPÍTULO III

En el atracadero de San Ignacio Miní, los aguardaba un comité de recibimiento. De lejos los alcanzaba una melodía, y Ursus se imaginó a la orquesta de la misión ejecutando con habilidad las chirimías, las tiorbas y los violines. Los sonidos alegres y saltarines se daban de bruces con las malas caras de los ocupantes de la jangada.

Los bogadores acercaron con habilidad la embarcación y la ataron a los postes. La orquesta cambió la melodía y ejecutó una con más brío. El corregidor, Cecilio Pindoyuví, engalanado con su uniforme militar y con el bastón en la mano, caminó por el muelle seguido por el alcalde de primer voto —el cargo de alcalde de segundo voto seguía vacante— y demás funcionarios del Cabildo para recibir al superior de la misión. Pindoyuví se volvió hacia la orquesta y sacudió su bastón para acallarlos al ver que los bogadores cargaban un cuerpo. Sus ojos achinados se abrieron desmesuradamente cuando el padre Ursus se presentó cargando un bulto de la manera en que se carga a un bebé pequeño.

El jesuita se inclinó en el oído del corregidor y le explicó la situación en pocas palabras. El hombre asintió y tomó el liderazgo. La cuestión se resolvió de manera solemne. El cuerpo se colocó en la carreta destinada para transportar al superior, y la orquesta la escoltó tocando una marcha fúnebre. Los funcionarios del Cabildo y los curiosos siguieron el cortejo en silencio.

—Johann, hazte cargo de la niña —dijo Ursus, y le pasó el pequeño fardo—. Creo que está muriendo.

—Es Ñezú el que sabe más de recién nacidos. Se la llevaré a él.

Ursus tomó de la mano a Aitor, que observaba con ojos despiertos y consternados, y se colocó a la cabeza del cortejo fúnebre. No se dio cuenta de que un grupo quedaba atrás, en el embarcadero, y que hacía corro en torno a los bogadores; estos agitaban las manos y hablaban a porfía.

—¿Por qué el padre Bansué se lleva a Emanuela? —quiso saber Aitor.

—Está llevándola con tu abuelo, para que la cure.

—Quiero estar con ella.

—Hijo, Emanuela está muy débil. Tal vez muera.

—¿Como el *taitaru* de Cosme? —Aitor se refería al abuelo de uno de sus primos, fallecido semanas atrás.

—Sí, hijo, como José Pedro.

—¡No! —Soltó la mano del jesuita y corrió tras el padre Johann.

* * *

Ursus visitó la casa de Vaimaca y Ñezú después de haber dispuesto que tres mujeres se ocupasen de aprestar el cuerpo de Emanuela. La enterrarían al día siguiente.

El padre van Suerk tomaba mate bajo la enramada con el matrimonio. Ursus paseó la mirada para ver dónde estaba la recién nacida.

—Por aquí —indicó Ñezú. Abandonó el tocón junto al fuego y entró en la casa.

Rara vez durante el día los guaraníes entraban en sus hogares; la vida se desarrollaba bajo la enramada, donde cocinaban, comían y conversaban, en la huerta familiar o *avamba'e* y en los campos comunitarios o *tupâmba'e*.

Se trataba de una habitación espaciosa, con paredes gruesas de piedra, techo de tejas sostenido por horcones de madera y suelo de tierra apisonada. Constaba de una única puerta, de urunday, con tallas de amorcillos, uvas y hojas de parra, obra de Palmiro, el único hijo de Ñezú y alcalde de primer voto, que era ebanista, y de dos ventanas con vejigas de vaca estiradas a modo de vidrio, que, por suerte, estaban abiertas, porque el calor sofocaba. Las hamacas se habían recogido y doblado, y se hallaban apiladas en un rincón, junto a un baúl de cuero. Si bien la casa era de una planta, tenía un desván, al que llamaban sobrado, y que se usaba para almacenar los productos del *avamba'e* y las raciones del *tupâmba'e* que correspondían a cada familia.

Ursus se quitó el sombrero y se abanicó. Avistó el pozo del cual emergía la incandescencia de las brasas, y enseguida distinguió dos figuras recortadas en la penumbra. Eran Aitor y Palmiro, uno de los pocos que trataba con afecto al niño que los demás reputaban de luisón. Se había despojado de sus ropas talaras y de su bastón de alcalde, y vestía camisa y bombachos. Tal vez, meditó Ursus, Palmiro había decidido prohijar al pequeño Aitor, dado que a él su esposa solo le había dado hembras.

—¿Dónde está la niña?

—Allí, *pa'i*. —Ñezú estiró un dedo sarmentoso para señalar una gran vasija de barro, de esas que las mujeres moldeaban con caolín y que se horneaban en la olería, la fábrica de ladrillos y tejas.

Ursus se acercó con rapidez y clavó una rodilla en el suelo junto al improvisado moisés de la recién nacida. La descubrió envuelta en holandilla y cubierta por plumas de pato. Solo se le veía el rostro, cuya palidez se mimetizaba con el color de las plumas. Su serenidad parecía la de un muerto.

Ñezú se inclinó y giró la vasija para que el calor de las brasas lamiera el otro lado. Aitor, que se hallaba muy próximo, se movió para quedar junto al extremo por donde asomaba la cabeza de la criatura. Apoyó sus manitas en el borde y la contempló sin pestañear.

—Necesita calor —informó el anciano *paje*—. Está muy débil. Intentamos que Malbalá la amamantase, pero no tiene fuerza para chupar. Esperaremos antes de

intentarlo de nuevo. Ella vendrá más tarde.

El jesuita asintió y estiró la mano en dirección a Aitor.

—Vamos, hijo. —El niño negó con la cabeza sin despegar la vista de la niña—. Aitor, debes dejar a la pequeña Emanuela en manos de tu abuelo. —Volvió a agitar la cabeza—. El padre Johann te quitará los puntos de la ceja.

—No.

—Déjalo, *pa'i*. Le hace muy bien a la niña que él esté aquí. —Ursus hizo un gesto de incompreensión—. Le ha tomado gran cariño a la pequeña, y a ella eso le hace bien. Le hace bien a su espíritu —explicó—, para que siga luchando, *pa'i*.

Ursus lo contempló en silencio, incrédulo, aunque no se atrevió a contradecirlo. Durante esos años había sido testigo de las curaciones del *paje* que ni van Suerk, con sus estudios en la Universidad de Padua y de Montpellier, atinaba a explicar. Se limitaban a rendirse a la evidencia. Asintió, con un profundo ceño, y salió a la enramada de la casa.

—Me voy —anunció—. Vaimaca, gracias por acoger a la niña.

La anciana levantó la vista y lo miró directo a los ojos. Ya se había acostumbrado a los tatuajes que le cubrían el rostro; a su mirada todavía la encontraba un poco intimidatoria. La mujer inclinó la cabeza en señal de aquiescencia y pasó otro mate al padre van Suerk, que lo bebió de una gran succión ya que el agua estaba fría; así lo tomaban los indios.

—Yo también tengo que irme —dijo el sacerdote holandés, y abandonó la banqueta—. Temo que Juana no pase la noche. Las tercianas han vuelto con mucha fuerza y la quina no está surtiendo efecto. Creo que deberías darle los santos óleos, Ursus.

—La visitaré enseguida. ¿Está en su casa o en el hospital?

—En el hospital.

* * *

Aitor disfrutaba de la compañía del cacique Palmiro Arapizandú; nunca lo miraba con recelo y le había prometido que, cuando fuese más grande, le enseñaría a cazar en la selva. Sin embargo, en ese momento deseaba que se fuese y que lo dejase a solas con Jasy, como la llamaba en su mente. Al cabo, el alguacil mayor se asomó en la casa de Ñezú e informó a Palmiro que había habido una pelea en uno de los talleres y que Cecilio, el corregidor, requería su presencia. A modo de saludo, Palmiro Arapizandú intentó apoyar la mano en la coronilla de Aitor, pero este se apartó rápidamente, más un acto mecánico que deliberado. El alcalde le sonrió después de un instante de estupor y se marchó.

Sin perder tiempo, el niño se puso de rodillas junto a la vasija para estudiar a la

pequeña. No se cansaba de mirarla. Si dejaba de hacerlo era porque le hablaban o porque su abuelo entraba para controlar la temperatura de la vasija. Se había lavado las manos; su abuela le había dicho que estaban inmundas y que desagradaría a Emanuela. La tocó con la punta del índice, primero la mejilla, después el mentón y por último los labios, primero el de arriba, luego el de abajo. La niña los movió, y Aitor retiró el dedo como si se lo hubiese quemado. Permaneció en suspenso, observándola, mientras el delicado rostro volvía a su habitual quietud. Se atrevió a tocarla de nuevo, en la otra mejilla y en la frente, donde el cabello le avanzaba como una pelusa oscura. Bajó por el tabique y le apretó la nariz con el índice y el pulgar, como cuando su mamá lo bañaba en el arroyo y él se tapaba las fosas nasales para que no entrase el agua y le hiciera doler. Transcurridos unos segundos, la niña despegó los labios y soltó un quejido casi inaudible. Aitor volvió a apartar la mano y se quedó mirándola. De nuevo lo fascinaron los movimientos y delicados sonidos que hacía con la boca.

—Jasy —le susurró sobre la frente—, Jasy, despierta. Despierta, Jasy. ¿Por qué no despiertas, Jasy?

La niña se echó a llorar, y Aitor se puso de pie de un salto. Se apretujaba las manos, mientras la observaba gritar y apretar los ojos. ¿La habría lastimado? Se asustó cuando Vaimaca y Ñezú se precipitaron dentro. Temió que lo culparan y consideró la posibilidad de escapar. Como no quería alejarse de la niña, se dispuso a recibir la tunda. No le pegaron, ni siquiera le echaron un vistazo de enojo. Vaimaca hundió las manos entre las plumas y sacó a la niña de la vasija. La acomodó sobre su pecho.

—Aitor, trae a tu madre —ordenó la mujer en abipón, la lengua que elegía para comunicarse con sus hijas y sus nietos—. Tiene que alimentar a Emanuela.

Aitor abandonó la casa de su abuela y se lanzó en dirección a la de su familia, que quedaba a dos cuadras. Corría, descalzo, sorteando charcos y personas, sin percatarse de que lo miraban con curiosidad y de que, al descubrir de quién se trataba, se santiguaban.

Avistó a lo lejos a su madre, sentada en la enramada, ocupada en tejer una canasta con las fibras del güembé.

—¡Sy! ¡Sy!

Malbalá abandonó la labor, se puso de pie y lo escudriñó con cara de preocupación.

—¿Qué ocurre, Aitor?

—Mi *jarýi* dice que vayas a alimentar a Ja... a la niña. Se ha despertado.

—Tú quédate aquí al cuidado de tu hermano. —Indicó en dirección a una canasta donde dormía Bruno—. Ya regreso. —Malbalá avanzó un trecho y se dio vuelta. Aitor se detuvo de golpe—. Te dije que te quedases con tu hermano. —El niño

sacudió la cabeza para negar—. Regresa a casa y quédate junto a Bruno. —Sacudió la cabeza una vez más con el ceño marcado y aire de terquedad—. ¡Qué desobediente eres!

La mujer volvió sobre sus pasos, sacó a Bruno del moisés y se encaminó a casa de Vaimaca con el niño a cuestas. Aitor la seguía a distancia prudente, aún con el ceño marcado y los puños apretados. Ni siquiera su madre, la persona que más quería, le impediría estar con Emanuela y verla comer por primera vez.

Malbalá colocó en los brazos de Ñezú a Bruno y se sentó sobre una manta en el suelo. Vaimaca le entregó a la recién nacida. La acomodó en su regazo y la observó durante unos segundos. Las comisuras de Aitor se elevaron lentamente como un reflejo de las de su madre. Malbalá desató el cordón que mantenía cerrada la cartera en la parte superior de su tipoy y liberó un seno cargado de leche. Lo aferró para guiarlo hacia la boquita de Emanuela. La niña no se movió. Lo apretó, y una gota blanca brotó en la punta del pezón. Malbalá la colocó sobre el labio inferior de la pequeña, al que movió con el índice hasta que la leche se deslizó dentro. La niña movió los labios y los sonidos hicieron sonreír a los adultos. Aitor la contemplaba, fascinado, con gesto de expectación.

—¿Por qué no toma tu leche, sy?

—Ya lo hará, Aitor. No seas impaciente.

—El padre Bansué dice que si no come pronto, morirá.

Malbalá levantó la vista y, al ver la mueca de angustia en el rostro de su hijo, estiró la mano y le acarició la mejilla sucia.

—Mira, hijo, mira. Ahí empezó a mamar.

—¡Sí! —exclamó y rio. Se arrodilló detrás de la cabeza de la niña y la besó.

Resultaban tan infrecuentes esas muestras de afecto y esa risa en Aitor, que los adultos intercambiaron miradas desconcertadas.

—¿La quieres mucho, Aitor? —quiso saber la madre, y el niño asintió sin apartar los ojos de la cabecita de Emanuela.

Malbalá se apretaba el seno para ayudar a la pequeña en la succión. A veces, la leche se desbordaba y se le escurría entre las comisuras, situación que ponía muy nervioso a Aitor.

—¡Sy! —le reprochaba, y le clavaba los ojos furibundos.

—Tranquilo, Aitor. No pasa nada. Tranquilo.

Entonces, el niño se inclinaba y besaba la coronilla de Emanuela en el acto de protegerla. La pequeña terminó por dormirse con el pezón en la boca. Malbalá se la entregó a Vaimaca, que la recostó sobre su pecho y le masajeó la espalda hasta que la niña eructó. Todos sonrieron, aun Aitor.

—Quiero cargarla.

—No, Aitor —se opuso Ñezú—. Tiene que volver a la vasija. No puede enfriarse.

—Aquí hace calor —interpuso el niño—. Mucho calor.

—Sí, hijo. Pero Emanuela sintió un frío muy grande cuando nació, un frío que tú no conoces, un frío que viene desde adentro, y a ese frío hay que quitárselo rápido, antes de que se la lleve.

Aitor asintió con aire solemne y volvió a sentarse junto a la vasija y a fijar su atención en el rostro de Emanuela. Se dio cuenta de que ya no lucía tan blanca como la luna, sino que unos arbores le coloreaban las mejillas, como las nubes del atardecer.

* * *

Por la tarde, Ursus experimentó un cansancio como pocas veces había sentido en sus años de misionero; los músculos de las piernas le temblaban, y un dolor de cabeza le punzaba en la parte izquierda, como si algo intentase trepanarle el cráneo. La noche en vela sobre la jangada, la tristeza por la muerte de Emanuela y la angustia por el destino de la recién nacida estaban haciendo mella en su espíritu. Bajó los párpados, musitó una breve oración en latín y siguió caminando. Todavía quedaban obligaciones que afrontar antes de que su cuerpo colapsara en el camastro.

Salió del hospital, donde acababa de darle los santos óleos a Juana, una joven madre a quien las fiebres tercianas no daban respiro. Dejaría huérfanos a dos niños. En la entrada del hospital, una construcción de sólida estampa, próxima al *cotiguazu*, la casa de las recogidas, viudas y huérfanas, se reunía un corro de mujeres que rezaba por la sanación de Juana. Se acallaron al ver al padre Ursus, que sacudió la cabeza con desaliento y prosiguió su camino. El bisbiseo de los rezos se reanudó detrás de él.

El calor seguía intenso en la cabaña de Ñezú. A Ursus le daban pocas ganas de entrar con ese dolor de cabeza; no obstante, cruzó el umbral porque ansiaba ver a la pequeña. Notó que Aitor seguía allí, junto a la vasija, con las mejillas arboladas y los ojos brillantes fijos en Emanuela. Le apoyó la mano sobre la coronilla y la notó muy caliente.

—¿Cómo está la niña, Ñezú?

—Mejor, *pa'i*.

—¿Sabes, *pa'i*? —intervino Aitor—. Mi *sy* le dio de mamar.

—¿De veras? —Ursus buscó la mirada de Ñezú, que asintió con los ojos cerrados—. Esa es una buena noticia. Loado sea el Señor.

—Amén —respondieron el *paje* y su esposa.

—¿Dónde pasará la noche Emanuela?

—Aquí —informó el curandero—. Malbalá vendrá a amamantarla más tarde.

—¿Crees que sobrevivirá, Ñezú?

Ursus atisbó por el rabillo del ojo el movimiento súbito de Aitor, que separó la

vista del objeto de su deseo para fijarla en su abuelastro, a la espera de la contestación.

—No lo sé, *pa'i*. Sigue muy débil. Tal vez...

—¡Sí, vivirá! —El niño se puso de pie y encaró al *paje*—. ¡Sí, vivirá! —Desafió a los tres adultos con una mirada intensa, de ojos fulgurantes, de esa tonalidad sobrenatural que, al favor de la luminosidad rojiza de las brasas, se había vuelto de oro líquido.

—Vivirá si es la voluntad de Dios —expresó Ursus.

—*Pa'i*, tú me dices que Tupá es bueno. Si es bueno, hará que Emanuela viva.

—No desafíes a Dios, Aitor —se enfadó el sacerdote.

—Pídeselo, pues —intervino Vaimaca—. Ve a la iglesia y pídeselo.

Ursus estiró la mano en dirección al niño. Quería sacarlo de ese ambiente caluroso, mojarle la cabeza y limpiarle las mejillas. Aitor echó un vistazo a la niña, luego a Ursus, de nuevo a la niña, hasta que aceptó la mano ofrecida.

—Vamos a la iglesia, *pa'i*. Tengo que pedirle a Tupá por Ja... por Emanuela.

—No puedes ir a visitar al Señor en esas trazas, Aitor. Primero iremos a mi casa y te adecentarás un poco. El padre van Suerk te quitará los puntos. —Ursus ajustó la mano en torno al bracito del niño cuando este intentó escapar—. ¿Tienes miedo de que te quite los puntos?

—Yo no tengo miedo.

—Sé que no —sonrió Ursus—. ¿Por qué quieres escapar, pues?

—Porque quiero ir a la iglesia a rezar por Emanuela.

—Iremos, te lo prometo. ¿Alguna vez te he mentado?

—No, *pa'i*.

En la casa de los padres, el niño se dejó asear por el hermano Pedro, permitió que el hermano César le diese unos bocados de torta de mandioca y leche tibia con miel silvestre, y que el padre van Suerk le quitase los puntos, mientras Ursus, con la asistencia de los monaguillos, se ajustaba el amito, luego se echaba encima el alba y por último la casulla verde.

Sonaron las campanas que regían la vida en la misión y anunciaron el inminente comienzo de la misa crepuscular. Salvo a la del domingo, no había obligación de asistir; ese día, sin embargo, cientos de personas se presentaron en el atrio de la iglesia e ingresaron envueltas en un murmullo permanente. Querían pedir por la sanación de Juana, por el alma de la pobre desgraciada hallada a orillas del Paraná y por su pequeña hija, Emanuela.

Ursus cruzó la sacristía con largas zancadas y se dirigió a la casa de los padres en busca de Aitor. El hermano César le peinaba las «crenchas», como se lamentaba. El niño se mantenía impassible, sin comprender una palabra de las críticas del lego.

—Hijo —Ursus colocó el índice bajo el mentón del niño y lo obligó a levantar el

rostro. Le estudió la cicatriz en la ceja izquierda—. Durante la misa, reza por Emanuela, Aitor. Pídele a Tupá que le permita vivir.

—Sí, *pa'i*.

* * *

Lo despertaron las campanas que anunciaban el inicio de la jornada y que invitaban a la misa matinal. Lo alcanzaron también el repiqueteo de los tamboriles y de las cajas que sonaban desde la plaza y la voz del encargado de despertar al pueblo, que pregonaba mientras recorría las calles:

—Hermanos, despierten. Ya quiere aclarar el día. Dios los guarde y ayude a todos en el día de hoy.

Aitor se restregó los ojos. Le dolía la espalda, y se acordó de que se había negado a dormir en la hamaca para hacerlo junto a la vasija de Emanuela, por lo que su abuela Vaimaca le había improvisado un lecho con mantas. Había repetido tantas veces durante la misa y antes de dormirse: «Tupá, salva a Jasy, que viva Jasy, que no muera Jasy», que no tenía duda de que la niña amanecería completamente repuesta. Se asomó con confianza a la vasija y vio que había desaparecido. Un latido lento y punzante le golpeó la garganta, y los ojos se le anegaron. Se incorporó de un salto y salió a la enramada, donde estaban sus abuelos y su madre, que amamantaba a la niña.

—¡Emanuela! —exclamó, y se puso de rodillas para besarle la cabecita.

—Aitor —habló Malbalá con dulzura, en un susurro—. Hijo, ¿qué sucede? —Su pequeño siempre había mostrado una naturaleza impasible y desapegada; esa actitud la confundía, la preocupaba también. Aitor levantó la vista, y la mujer advirtió que estaba a punto de llorar—. Pensaste que Emanuela había muerto, ¿verdad? —El niño asintió, y dos lágrimas le rodaron por las mejillas oscuras—. Ya ves que no. Tu abuela dice que pasó una noche tranquila y que tú dormiste a su lado. —Volvió a asentir—. ¿La quieres mucho? —Otro asentimiento—. Aitor, Emanuela no es una de nosotros. ¿Ves qué blanca es su piel?

—Sí.

—Ella no pertenece a nuestro pueblo. Tarde o temprano, volverá con los suyos, con su familia.

—¡No!

—Tal vez estén buscándola, a ella y a su pobre madre, que Dios tenga en su gloria.

—Amén —musitaron Ñezú y Vaimaca.

—¡No!

—No grites que la asustas. —Casi soltó una carcajada, algo bastante inusual en

ella, ante el gesto de turbación de su hijo—. Ve a casa y pídele a uno de tus hermanos que te dé una camisa limpia. No puedes ir con esa toda sucia al entierro de la madre de Emanuela. Y hoy iremos al arroyo a bañarte. Apesta, hijo. Ven, acércate. —Aitor obedeció, y Malbalá le besó la cicatriz en la ceja—. Ponte las sandalias, así no haces enojar a tu *pa'i* Ursus. Ve ahora, mi niño.

* * *

Acabada la misa, las autoridades del Cabildo sujetaron las correas del féretro que había permanecido sobre una peana, cerca del presbiterio, a lo largo de la ceremonia matinal, y lo acarrearón por la nave central seguidas por el padre Ursus, aún con sus paramentos sacerdotales, el padre van Suerk, los hermanos César y Pedro, y por último la feligresía. Desde su posición en lo alto y acompañado por los acordes de un órgano neumático, el coro entonaba una canción gregoriana para las ceremonias fúnebres que le hacía difícil a Ursus mantener las lágrimas a raya. No conseguía arrancarse de la memoria la visión de esa pobre muchacha a orillas del Paraná. ¡Cómo habría sufrido! Parir sola en medio de un paraje solitario, ¡qué destino tan cruel! Cerró los ojos e inspiró profundamente para controlar los sentimientos y las pasiones que lo asolaban. Se negaba a pensar que a veces Dios era demasiado inclemente con algunas criaturas.

Al salir al atrio, lo golpeó un calor intenso, casi espeso, y enseguida olfateó el aroma de la tierra húmeda suspendido en el aire. Estudió el cielo y advirtió las nubes oscuras que avanzaban desde el norte. Aceleró el paso. Había que terminar cuanto antes con el entierro.

Un murmullo le fue ganando al sonido lamentoso de las chirimías y de los violines que acompañaba al féretro. Ursus, inmerso en sus pensamientos, no lo notó hasta que una voz femenina exclamó: «¡Miren!», y la multitud profirió una aclamación. Siguió las miradas y los dedos que apuntaban hacia la figura de una mujer que caminaba con paso vacilante hacia el cortejo. Se le aceleró el pulso al ver que se trataba de Juana, de la cual habían estado seguros de que no pasaría la noche. Caminó hacia ella a paso rápido, la casulla le flameaba a los costados.

—¡Juana! —Le aferró los antebrazos y la mujer cayó de rodillas—. ¡Hija!

—*Pa'i* Ursus.

La muchedumbre se aglomeraba en torno y hablaba a porfía.

—Vamos, Juana. ¿Por qué has abandonado tu hamaca en el hospital? Estás muy débil.

—*Pa'i*, anoche la niña blanca vino a verme y me dijo que me sanaría, y así lo hizo. Y me pidió que acompañase a su madre al cementerio. No puedo defraudarla, *pa'i*. Ella me lo pidió.

—¿Qué niña? —Estaba seguro de que Juana desconocía la llegada de Emanuela a la misión. El día anterior se lo había pasado inconsciente, al borde de la muerte—. ¿Qué niña? —insistió.

—¿Acaso la niña también ha muerto, como su madre?

—Vamos, Juana —intervino van Suerk—. Estás muy débil. Debes regresar a tu hamaca.

—¡No! Ella me sanó. ¡La niña blanca me sanó! Debo cumplir con mi promesa. Le aseguré que despediría a su madre.

Dos mujeres del cortejo se adelantaron y aferraron a Juana por los brazos para guiarla hasta el cementerio. Ursus hizo un gesto a van Suerk para indicarle que no interfiriera. El cortejo reanudó la marcha en un silencio que ni las chirimías ni los violines se atrevieron a quebrar.

Con la amenaza de lluvia sobre sus cabezas, Ursus dio un responso rápido y mecánico, incapaz de quitarse de la mente lo que Juana había revelado minutos atrás; hacía grandes esfuerzos para no quedarse mirándola con ojos como platos. En verdad, Juana de pie después de haber sido desahuciada el día anterior era una imagen perturbadora.

El primero en arrojar un puñado de tierra sobre el féretro fue el padre van Suerk; lo siguieron el hermano Pedro y el hermano César. Aitor se adelantó, se puso en cuclillas, aferró un poco de tierra roja y se aproximó al filo del foso donde yacía el féretro. A Ursus le dio ternura que imitase a los adultos. Apretaba el entrecejo, y la cicatriz se le volvía blanca y acusada. En el instante en que arrojó el pequeño cascote y este golpeaba la tapa de madera, un rayo cayó a tierra a pocos metros del cementerio y destrozó la rama de un cedro, que se precipitó en medio de una lluvia de chispas.

La muchedumbre prorrumpió en alaridos y gestos desmesurados. Algunos corrieron al sitio donde había aterrizado «la fuerza de Añá», como describían al rayo. Otros permanecieron en torno al foso, la mayoría con los ojos fijos en el pequeño Aitor, mientras los gotones de lluvia comenzaban a caer.

—¡Él! —señaló Antonio, el bogador principal—. ¡Todo es culpa del niño luisón! ¡Él trajo la desgracia a mi balsa! ¡Por su culpa murió esta mujer! ¡Ahora cae el rayo cuando él arroja la tierra en el cajón de la pobre desgraciada! ¡Él está maldito! ¡Tiene el alma negra! ¡Es el *Aña memby*! —remató, y estaba acusándolo de ser el hijo del diablo.

Palmiro Arapizandú se movió deprisa; le entregó la vara de alcalde a su padre, levantó a Aitor y se alejó con el niño en brazos hacia la sede del Cabildo. Malbalá trotaba detrás de él. Ursus estuvo sobre Antonio en dos zancadas y lo golpeó con una bofetada de revés. El indio terminó en el suelo.

—¡Calla, insensato! ¿Cómo te atreves a culparlo de semejante necedad? ¡Les

advierto a todos! ¡Si hacen daño a Aitor, los azotaré con mi propia mano! —Elevó la derecha y separó los cinco dedos; era una mano enorme, fuerte, llena de callos, que no perdonaba fatigas, y que así como consagraba la eucaristía, también guiaba una yunta de bueyes. Sus ojos oscuros, coronados por cejas gruesas y espesas, se pasearon por los rostros estupefactos de los guaraníes, que jamás lo habían visto golpear a nadie, y por fin se detuvieron en Laurencio Ñeenguirú para seguir vociferando—: ¡Y después de azotarlos, los encerraré en prisión y arrojaré la llave al Paraná! ¡Ahora, fuera de mi vista! ¡A vuestras labores! ¡Ahora!

Las amenazas del padre Ursus sirvieron para que los indios se dispersaran en silencio y con actitud contrita, aunque resultaron inútiles para borrar los sentimientos que bullían en sus corazones. La aparición de Juana y la caída del rayo eran acontecimientos imposibles de olvidar, y ese día nacieron dos leyendas en la misión de San Ignacio Miní, la de Emanuela, la niña santa, y la de Aitor, el niño luisón, el niño con el alma negra.

CAPÍTULO IV

La puerta se abrió con estruendo, y Ursus entró, mascullando y empapado; afuera diluviaba. Tarcisio, el hombre que se ocupaba de los quehaceres de la casa de los padres, lo ayudó a quitarse la aguadera, una especie de capa confeccionada con lona embreada, muy útil en esos climas tropicales, y le alcanzó un trozo de lienzo con el que Ursus se secó el cabello, el rostro y la nuca con fricciones enérgicas. La temperatura había descendido bruscamente, y era de agradecer una bebida caliente, por lo que sorbió con gusto la taza de café que le entregó Santiago de Hinojosa. Bebió a sorbos cortos, mientras se pasaba el lienzo con menos vigor. Avistó al hermano César en la gran mesa donde comían y se sentaban a llenar los libros contables y demográficos. El lego estudiaba los diseños de unos muebles. Ursus se aproximó con una sonrisa que apenas le relajaba la mueca tensa que había llevado todo el día.

—¿Cómo os encontráis, hermano César? Con toda esta behetría que hemos padecido desde que pusimos pie en la misión, no os he preguntado.

—¡No os apuréis, padre Ursus! Me encuentro como verdolaga en huerto, y aquí el amable de Tarcisio se ha anticipado a todas mis necesidades. No he tenido que decir ni pío, fijaos. —El semblante bonachón del hermano César se ensombreció—. Ha terminado a capazos el entierro de esa pobre joven, ¿verdad?

La expresión de Ursus volvió a congestionarse al recordar la ceremonia fúnebre, en la cual a un tiempo había experimentado rabia y miedo.

—Sí, hermano, así parece. Estos infelices han demonizado a esa pobre criatura, y temo por ella. Pero no quiero abrumaros con estos problemas. Vos tenéis que seguir con el estudio de esos diseños.

—Son extraordinarios.

—Sí, lo son. Hermenegildo es un eximio artista. Fue aprendiz del padre Rubén, que Dios tenga en su gloria.

—Amén.

—Proseguid —lo instó Ursus, y se alejó hacia el sector de la casa donde Hinojosa sorbía un café y leía su breviario.

Hinojosa, que había escuchado el intercambio con el hermano César, cerró el libro y miró a Ursus a los ojos.

—No puedes culparlos, ¿sabes? Aun yo he quedado impresionado con ambos sucesos. Juana estaba prácticamente muerta ayer y hoy se aparece en pleno entierro diciendo que la ha sanado la hija de Emanuela. A continuación, el pequeño Aitor arroja un poco de tierra y un rayo parte la tierra. ¿Qué esperabas, que tus indios no

perdieran la cabeza? Sus espíritus y sus mentes son impresionables. Viven en esta tierra misteriosa, exuberante, inexplorada, y ven con otros ojos lo que para nosotros es natural. Pero como te digo, aun yo me conmoví con lo sucedido.

—No me hables de lo que sucedió hoy, Santiago, que estoy que muerdo. Sabes que la ira es el pecado capital en el que caigo con más facilidad. ¿Qué haré con la niña, amigo mío?

—¿Sobrevivirá?

—Contra todo pronóstico, parece que sí. Y estoy feliz por ello, no me malentiendas. Solo que será otro milagro que le endilgarán. Acabo de estar en casa de Vaimaca, la abuela de Aitor, y dice que la niña se ha alimentado regularmente. ¿Sabes con qué me encontré allí? Con un grupo de gente dejando flores y ofrendas para la niña santa. ¡Terminarán por construirle una ermita! Poco faltó para que, al igual que Cristo en el templo, los expulsara a todos con cajas destempladas.

—¿Y si lo que relató Juana es cierto? ¿Si realmente la niña la curó?

—¿Tú también con esos desvaríos? ¡Por favor! Van Suerk asegura que anoche le aumentó la dosis de quina. No lo había hecho hasta ese momento porque le temía a los efectos perniciosos en el hígado de la pobre Juana. Como estaba a la muerte y no habiendo nada que perder, aumentó la dosis. ¡Ahí tienes cómo fue que la mujer se recuperó! Ningún milagro, ninguna sanación extraordinaria.

—Para ser sacerdote, hablas y piensas como un hombre de poca fe, de esos que explican todo con la razón y la experiencia real. ¿Acaso no crees en los milagros?

—¡Claro que creo en los milagros! Solo que estos ocurrían en otros tiempos y en tierras lejanas. Aquí no existen tales cosas. ¿Qué haré con la niña? —insistió—. ¿Debería enviarla a Asunción?

—¿Por qué?

—¿Cómo por qué, Santiago? Es hija de españoles o de criollos de pura sangre. No puede permanecer aquí. Además, los ánimos están muy crispados desde su llegada. ¿No comprendes que somos un puñado de curas contra más de tres mil guaraníes?

—Entonces, a quien deberías enviar lejos es al pequeño Aitor.

—¡No!

—Es su presencia la que caldea los ánimos, Ursus. Debes ver eso.

—¡Jamás lo apartaré de mí! De la misión —se corrigió, y buscó algo para hacer, algo que le permitiese evitar la mirada de Hinojosa.

—Tal vez si lo enviases al colegio de Asunción, o al de Córdoba, por un tiempo, las historias que se tejen en torno a él se desvanecerían, y podría regresar en unos años.

—No.

—¿Tan apegado estás a él?

—No se trata de eso —mintió—. Apartarlo sería como aceptar que estos ignorantes y supersticiosos tienen razón, que él es una especie de monstruo.

—No estás pensando en el niño. ¿Es bueno para él vivir rodeado de tanta hostilidad?

—Peor sería separarlo de su madre y de su abuela, que lo adoran. Basta con esto. No alejaré a Aitor de la misión. Dime, ¿qué crees que deba hacer con la pequeña Emanuela?

Hinojosa soltó un suspiro y sacudió la cabeza.

—Eres terco, como buen vasco. Con la niña... —Se rascó la coronilla—. Estimo que, por el momento, no debes hacer nada. No está en condiciones de soportar un viaje a Asunción. Tal vez en unos meses, cuando la leche de la india la haya convertido en una criatura fuerte y sana, podrás llevarla a la capital.

—Sí, sí, creo que tienes razón —expresó con un matiz alegre que intentó sofocar—. No hay que moverla de la misión por ahora.

—De igual modo, opino que deberías informarle al superior de las misiones —Hinojosa hablaba del jesuita responsable de los treinta pueblos, que residía en la misión de la Candelaria, a unas nueve leguas hacia el suroeste de San Ignacio Miní.

—Sí —concedió—, es imperativo que él esté al tanto de la situación. Tener a una blanca en la misión es altamente irregular. —Ursus se quedó callado y, mientras se rascaba la barba del mentón, se acordaba de las ordenanzas redactadas en 1611 por el oidor de la Audiencia de Charcas, Francisco de Alfaro, que había establecido el marco legal de las misiones, el cual terminaría por encender la enemistad entre la Compañía de Jesús y los encomenderos asuncenos al liberar a las misiones jesuíticas de la obligación de la encomienda. Esas ordenanzas habían dictado también la prohibición de que españoles, mestizos y negros viviesen en los pueblos de indios; a lo sumo podían pasar algunas noches cuando se hallaban de viaje o entrar para comprar sus manufacturas.

—Sí, sí, debo informarle. Escribiré una carta al padre Jorge.

Horas después, Ursus sellaba con lacre el sobre y usaba el mismo símbolo con el que marcaban el ganado de la misión.

—Tarcisio.

—Mande, *pa'i*.

—¿Sabes si Damián regresó de los mandados que le encomendé?

Damián cumplía un rol fundamental en la doctrina. Era un *tapererepura*, y sus principales obligaciones consistían en controlar el estado de los caminos que comunicaban a la misión con los demás pueblos y el de llevar y traer correspondencia; para cumplir este último propósito, a veces se aventuraba hasta Asunción, Corrientes, incluso Santa Fe. Entre sus condiciones contaba un gran conocimiento de la selva y de sus peligros; se trataba de un reputado baquiano, y

nadie como él conocía las trochas, atajos y refugios, sin mencionar que era un soberbio jinete.

—Lo vi hace un rato en el matadero, *pa'i*. Había ido por su ración de carne.

—Ve a llamarlo. Dile que lo preciso aquí, más bien rápido que lento —agregó.

Damián se presentó en la sacristía, mientras Ursus, asistido por el monaguillo, se vestía para la misa de la tarde.

—Aquí estás, muchacho —dijo el jesuita a modo de saludo.

—Mande, *pa'i*.

—Necesito que lleves esta carta a la Candelaria y se la entregues al padre Jorge. Saldrás mañana antes del amanecer.

—Sí, *pa'i*.

—Eso es todo, muchacho. Puedes marcharte.

Damián permaneció en el mismo sitio, los ojos fijos en la carta, que manoseaba sin sentido.

—¿Qué sucede, Damián? ¿Deseas decirme algo?

—Sí, *pa'i*. —Ursus se pasó la casulla por la cabeza antes de instarlo a hablar con un ademán de mano—. Verás, *pa'i*, hace rato estuve en el matadero. Fui a pedir mi ración de carne.

—¿Y bien?

—Allí me encontré con mi tía Malbalá. Ella también había ido a pedir su ración.

—¿Y bien?

—Pues... Las otras mujeres... Pues ellas le decían que debía entregarle la niña santa a Carmen, que también tiene los pechos llenos de leche.

—¿Por qué? —Ursus no disfracó su confusión.

—Dicen que los mismos pechos que amamantaron al niño luisón no pueden amamantar a la niña santa.

Ursus asestó un golpe a la mesa, y la patena, el cáliz y la vinagrera saltaron y tintinearón, lo mismo los monaguillos y el *tapererepura*, al tiempo que el cura soltaba una retahíla de insultos en vasco que le había enseñado su abuelo, Aitor de Urizar.

—Discúlpenme —murmuró, sin mirar a los indios—. Gracias por habérmelo contado, Damián. Ahora puedes marcharte. Está por comenzar la misa.

Inspiró varias veces para contener la furia antes de subir al altar. El coro entonaba una antífona melodiosa, que le apaciguó los latidos del corazón. Con todo, al momento del sermón, les habló con dureza, y los acusó de comportarse igual que los judíos que entregaron e hicieron crucificar a Jesús basados en prejuicios sin fundamento.

—¡Y escuchen con atención lo que voy a leerles del Evangelio de Marcos! ¡Escuchen con respeto porque esta es la palabra de Dios! —Carraspeó antes de comenzar—: «Entonces, sentándose, llamó a los Doce y les dijo: “El que quiere ser el

primero, debe hacerse el último de todos y el servidor de todos”. Después, tomó a un niño, lo puso en medio de ellos y, abrazándolo, les dijo: “El que recibe a uno de estos pequeños en mi nombre, me recibe a mí, y el que me recibe, no es a mí al que recibe, sino a Aquel que me ha enviado”» —Ursus saltó varios párrafos para no perder la contundencia del mensaje—. «Cualquiera que haga tropezar a uno de estos pequeñitos que creen en mí, mejor le fuera si se le atase una piedra de molino al cuello y se le arrojase en el mar». —Cerró la Biblia con dramatismo—. ¿Han oído lo que les he leído? ¡Porque esto fue lo que Cristo dijo acerca de los niños! Aquel que los dañe, mejor será que se ate una piedra de molino al cuello y se arroje al Paraná. Por tanto, ¡pobre de aquel que le toque un cabello a alguno de los niños de esta misión! El castigo que se abatirá sobre él será devastador.

* * *

Vespaciano de Amaral y Medeiros presidía la mesa de su casa después de varios días con el culo sobre la montura. Una sonrisa protocolar le elevaba apenas las comisuras, mientras observaba a su esposa, Florbela, magnífica en su rol de anfitriona, amable y magnánima con una mujer y su pequeña hija que atravesaban un momento de aflicción.

Sin mover la cabeza, Amaral y Medeiros desvió la vista y la posó sobre el vientre hinchado de su esposa, apenas disimulado bajo la bata de cotilla de droguete a listones rosa y blancos, que le realzaba el rubor natural de las mejillas. Se ponía más bonita cuando estaba encinta. «Volveré a preñarla apenas me permita entrar en su cama de nuevo», se propuso con esa determinación que lo volvía un hombre implacable, de hierro, aseguraban algunos. Dirigió la mirada hacia Lope, su primogénito, su orgullo, a quien se había autorizado a compartir la mesa con los adultos en consideración a la pequeña Ginebra de Calatrava. Vespaciano simuló limpiarse la boca para ocultar la sonrisa que le inspiró la persistencia con que el niño fijaba la vista en Ginebra.

—El viaje debió de ser agotador, doña Nicolasa. Espero que vuesa merced y la pequeña Ginebra —Florbela sonrió a la niña, que se ruborizó hasta el límite del cabello— no hayáis padecido excesivamente.

—Oh, no, no. Ha sido largo, sin duda, pero el carruaje de vuestro esposo, doña Florbela, es de un lujo desconocido para estas tierras. Hemos estado muy cómodas, mi Ginebra y yo. Y don Vespaciano ha sido muy considerado y paciente —añadió, e inclinó la cabeza en dirección del anfitrión, que hizo otro tanto.

«Favor con favor se paga, querida Nicolasa», se burló para sí Amaral y Medeiros, y se imaginó a la esposa de Calatrava desnuda y gimiendo bajo su cuerpo. Una tensión entre las piernas lo obligó a rebullirse en la silla, por cierto muy cómoda,

debía admitir, aunque fuese de manufactura de San Ignacio Miní; habían entregado el juego de comedor durante su ausencia. Aún no se explicaba cómo había cedido al pedido de Florbela. Comprarle los productos al enemigo. ¿En qué cabeza cabía? Ah, sí, ahora se acordaba; ella se había avenido a hacerle una felación si él la autorizaba a comprar la famosa mesa de palo rosa con taraceo en caoba y conchillas que los indios juntaban en el río. Había sido un acuerdo poco conveniente. No guardaba un buen recuerdo de esa noche, y le habría gustado poder borrar de su mente el gesto de disgusto de Florbela mientras lo satisfacía con la boca. Daba la impresión de que estaba tomando una medicina amarga. Le costó acabar. ¡Qué distinto había sido con la india en el arroyo Yabebirí! Ella lo succionaba con fuerza, como si estuviese chupando una caña de azúcar. La echaba de menos, lo admitía. Aún después de tantos años, aún la deseaba.

Entró un indio de la casa, uno de los yanaconas que, desde hacía años, trabajaban para los Amaral y Medeiros como parte del servicio doméstico. A pesar del calor y de la humedad, Florbela lo obligaba a vestir librea con los colores que habían elegido para confeccionar el escudo una vez que les otorgasen el marquesado, azul y sinople. A Vespaciano casi le da un ataque de risa cuando descubrió que estaba descalzo. Su esposa le había mandado confeccionar zapatos de cordobán con taco alto y hebilla de bronce. ¿Dónde los habría metido? Florbela notó la falta de calzado y apretó los labios.

—¿Qué ocurre, Adeltú? —preguntó Amaral y Medeiros en guaraní.

—El señor capataz desea unas palabras con vuesa merced. Dice que es urgente.

—Hazlo pasar —ordenó con acento resignado.

Originario de San Pablo de Piratininga, descendiente de uno de los bandeirantes más temidos y odiados por los guaraníes, Antonio Rasposo Tavares, Domingo Oliveira y Rasposo era un hombre de recia estampa, alto, fibroso y fuerte, con facciones toscas, curtidas por los elementos, y, no obstante, atractivas. Sus ojos verdes, que contrastaban con la piel bronceada, revelaban una personalidad intensa.

—Buenas tardes, señoras —saludó Oliveira en buen castizo y con acento portugués.

Se detuvo para observar a Florbela más de lo que se habría juzgado apropiado. La joven bajó la vista enseguida, incómoda. En el tiempo en que su esposo había faltado de la casa, ella había evitado a Oliveira como a la peste. Se comunicaban a través de Adeltú o de algún otro sirviente, y se avenía a cualquier propuesta del capataz con tal de no tener que enfrentarlo.

—¿Qué ocurre, Oliveira?

—Señor, unos animales han cruzado el límite y se han metido en la estancia de San Ignacio Miní. Os pido vuestra autorización para ir a buscarlos.

—Mierda —masculló el dueño de casa.

—Vuesa merced —lo reconvino Florbela—. Por favor, cuidad vuestro lenguaje.

—Os pido disculpas, señoras mías. Deberé dejaros ahora. Tengo que atender este asunto personalmente.

Al cabo, se dirigían en sendos caballos, escoltados por tres indios, también montados, hacia el confín de la propiedad, el que presentaba un conflicto con la misión de los jesuitas. Ya no llovía y, por fortuna, los vacunos no eran muchos, ni se habían alejado demasiado, por lo que entraron en el terreno en disputa, los arrearon y, al cabo de unas horas, las bestias pastaban en la *Orembae*.

Sudado y con dolor de cabeza, Amaral y Medeiros se separó de sus hombres para dirigirse al arroyo; quería darse un baño. Tal vez porque durante el almuerzo había evocado a la india, eligió el sitio en que la había hecho suya tantas veces, el pequeño recodo, oculto bajo una bóveda de vegetación y embellecido con un salto de dos varas de alto. Faltando poco para llegar, oyó risas y detuvo el caballo con una orden entre dientes. Se deslizó fuera de la montura y, cuando sus botas tocaron el piso, no produjeron un sonido; si algo había aprendido de los indios era a ser sigiloso.

Se ocultó tras un helecho que un ignorante habría confundido con un árbol, y separó sus hojas con la fusta para observar quién había descubierto ese paraíso que él consideraba de su propiedad, aunque no lo fuese. El cambio en el ritmo del corazón, que pasó de normal a desbocado, le provocó un ardor en el pecho. Ahí estaba ella, la india de tantos años atrás. Tenía a un niño en brazos de unos cuatro o cinco años, la misma edad de su pequeño Lope, y estaba bañándolo. La mujer le hablaba y el niño reía. No podía escuchar desde esa distancia. La india enjuagó la cabecita enjabonada con extremo cuidado, y su delicadeza y dulzura alcanzaron a Amaral y Medeiros como una flecha en el corazón. No comprendió el sentimiento que lo hizo sonreír. Se quedó quieto, incapaz de apartar la vista de esos dos cuerpos desnudos en el arroyo. Ella tenía los pechos enormes, como los de una mujer que amamanta, y los pezones erectos y largos. ¿Amamantaría a ese niño todavía? Florbela había dejado de alimentar a Lope antes del año. Tal vez esa fuese la razón por la cual el indiecito lucía fuerte como un toro y su hijo parecía un alfeñique. De pronto lo acometió la necesidad de protegerlos, a ella y al niño. En los últimos meses, la población de rayas había aumentado inexplicablemente. De hecho, Yabebirí significaba «río de las rayas». ¿Acaso no lo sabía la india? Las rayas eran venenosas.

A punto de emerger de entre las hojas gigantes del helecho, se detuvo.

* * *

Aitor reía porque su mamá le hacía cosquillas mientras le enjabonaba el cuello. También reía porque ella aseguraba que había suficiente suciedad allí para que un chanco se revolcase. Disfrutaba cuando su madre le pasaba el jabón por el cuerpo;

ella misma lo fabricaba y le agregaba hierbas y pétalos de flores para que oliese bien, no como el jabón de su tía Senaqué, que tenía un aroma punzante, que se le quedaba pegado en la piel, a ella y a sus primos. Él jamás lo había mencionado, pero a veces contenía el respiro en su presencia.

Malbalá le pasó el pulgar por la cicatriz que le partía la ceja izquierda y se la besó. Apoyó los labios un rato y, al cabo, ejecutó el ruido del beso. Aitor le echó los bracitos al cuello y apretó.

—¿Duele, mi niño? —le preguntó en abipón.

—No, sy. Y Palmiro dice que esta cicatriz me hará más temible ante mis enemigos.

—¿De veras? Levanta el brazo, hijo. A ver qué hay por aquí —dijo, y le hizo más cosquillas.

Amaba a su madre como a nadie, y solo verla aparecer lo colmaba de alegría. Sin embargo, eran esos momentos a solas con ella los que más apreciaba, porque, debido a alguna razón que él desconocía, Malbalá, en presencia de los demás, mantenía la distancia y lo trataba con más frialdad que al resto.

Ese día, que había comenzado tan mal, con el entierro de la madre de Jasy, el relámpago de Añá y la huida al recinto del Cabildo —él no comprendía por qué Palmiro Arapizandú había trabado la puerta y cerrado las ventanas—, terminaba de la mejor manera, él solo con Malbalá, en ese lugar que era un secreto porque, según su madre, nadie en la misión lo conocía. Era la primera vez que lo llevaba allí. Solo faltaba Jasy para que el momento fuese perfecto. Pero su sy le había explicado que la niña estaba demasiado «débil» para abandonar la vasija donde dormía bajo un manto de plumas de pato. Odiaba esa palabra, débil. No sabía qué significaba, pero el padre Bansué la había empleado para referirse al abuelo de su primo Cosme. Había dicho: «Está muy débil», y después el viejo había cerrado los ojos para siempre. Lo habían metido dentro de una caja de madera y a esta dentro de un foso, lo mismo que con la caja de Emanuela, la madre de Jasy. Él jamás permitiría que pusieran a Jasy en una caja, menos aún que la cubrieran con tierra. ¿Cómo haría para ver la luna?

Malbalá lo sobresaltó al exclamar:

—¡Mira, Aitor! ¡Ese mono está llevándose nuestra estera! ¡Ve a quitársela, hijo! ¡No permitas que nos la robe!

Lo soltó en el agua, y el niño nadó con rapidez sorprendente. Corrió desnudo tras el mono, el cual, sabiéndose demasiado pequeño para arrastrar la estera, la soltó antes de perderse en la espesura de la selva. Aitor se inclinó para enrollarla. Al levantar la vista, descubrió a un hombre, un español a juzgar por su fisonomía y carnación, disimulado tras las hojas de un helecho. Se miraron directo a los ojos. El español masculló algo incomprensible. Pasados unos segundos, Aitor rompió el contacto y se alejó con movimientos vacilantes; la estera le entorpecía el paso.

A punto de revelar su presencia para advertirla de las rayas venenosas, Vespaciano de Amaral y Medeiros dio un respingo cuando la mujer lanzó un grito y habló deprisa al darse cuenta de que un mono caí se llevaba la estera. Se había pronunciado en una lengua desconocida, a pesar de que a él, la única vez que le dirigió la palabra, lo había hecho en perfecto guaraní.

El niño saltó de brazos de la mujer y nadó con una seguridad y una rapidez en absoluto normal para una criatura tan pequeña. Sabía que los guaraníes aprendían a nadar antes que a caminar; eran gentes muy aficionadas al agua, y enseñaban a sus hijos para evitar que se ahogasen en una tierra surcada de arroyos, ríos y lagunas. No obstante, a ese despliegue de destreza, él jamás lo había visto en alguien de tan corta edad.

El niño abandonó el arroyo y corrió, desnudo, en dirección a él. Deseó que se acercase para estudiarlo en detalle. El mono soltó la estera casi a sus pies, por lo que el pequeño guaraní se detuvo a pocos palmos. La arrolló bastante bien. Y fue cuando el niño levantó la vista y lo descubrió entre la maleza, que Amaral y Medeiros perdió la compostura.

—¡Rediós! —masculló entre dientes, impactado por esos ojos, que, pese a ser achinados, adquirirían preponderancia en el rostro oscuro, no solo por su color casi inverosímil, sino también por las pestañas muy largas y vueltas. No obstante, era la tonalidad del iris lo que le robó el aliento. Eran ojos que lo observaban con aire inteligente y desconfiado.

Lo estudió con avidez. Como tenía el pelo mojado y pegado a la cabeza, le notó las orejas, bastante separadas del cráneo, y también las mejillas mofletudas, la naricita pequeña y chata y la boca de labios llenos. El niño se dio vuelta y se alejó hacia el arroyo. No se alejaba asustado, ni parecía impaciente por revelarle a la mujer la presencia del extraño. Caminaba, entorpecido por la estera.

La india había abandonado el agua y, sentada sobre una piedra en la orilla, desnuda, se secaba el pelo con rápidas fricciones. Puso al niño sobre sus rodillas y lo envolvió con el lienzo. Le hablaba al oído, y el niño reía. ¿Estaría felicitándolo por haber recuperado la estera? De una canasta de esas que las indias tejían con fibras de güembé, sacó una pequeña vasija, en la que hundió los dedos. Los extrajo cargados de un ungüento rojizo, que aplicó en el cuerpo y en la cara del niño. Amaral y Medeiros sabía qué estaba haciendo, lo estaba *urucuizando*, estaba protegiéndolo de los insectos y de los rayos malos del sol, para lo cual se servía de la untadura que los indios fabricaban con las semillas del urucú y la grasa del carpincho, a veces con la del yacaré. Él mismo la usaba para mantener a distancia los mosquitos y la maldita ura.

Durante el ritual, el niño guardó silencio y jamás apartó la mirada del rostro de la mujer. Tampoco habló, ni señaló en su dirección en tanto la india lo vestía con un camisa larga, muy al estilo del tipoy que usaban las mujeres, y lo calzaba con unas sandalias. Tampoco lo delató cuando la india lo depositó en el suelo para vestirse. No le dijo una palabra mientras recogía las cosas; tampoco cuando lo tomó de la mano y enfilaron hacia la trocha que se perdía en la selva.

Vespaciano de Amaral y Medeiros sintió orgullo del pequeño guaraní. Intuía que el niño lo había desestimado por una razón: no había sentido miedo, ni considerado una amenaza. La sonrisa se le borró al recordar a su primogénito, a Lope, que le temía a todo, en especial a él.

* * *

Laurencio Ñeenguirú la vio aparecer por el camino principal con el niño calzado en el hueso de la cadera y una canasta bajo el otro brazo. Avanzaba deprisa, con la vista al suelo, evidentemente cansada. Resultaba obvio que ella y el niño se habían bañado. Los celos lo atacaron como de costumbre, de manera rápida y con la fuerza de un azote. ¿Por qué no había llevado también a Marcos y a Teodoro? Ellos todavía la necesitaban. ¿Por qué elegía pasar tiempo a solas con Aitor? La odiaba por amar a ese niño maldito más que al resto de su progenie, al hijo que no era de él, pues si bien ella se mostraba imparcial, más bien apática con Aitor, la conocía demasiado para no ver el brillo con que fulguraban sus ojos cuando caían sobre el pequeño luisón.

Los celos se mezclaban con la culpa, y convertían su malestar en una sensación que le devoraba las entrañas, cuyo dolor solo acallaba con unos tragos de chicha, la que mantenía escondida en la herrería. Días atrás había empinado el codo más de la cuenta y había terminado por propinar un golpe de vara en la cara de ese niño tan odiado. Pero la culpa de que ese diablillo existiese era de él, porque cuando nació Teodoro, su sexto hijo varón, y teniendo en cuenta que Malbalá solo sabía parir machitos, por temor a que les naciera un lobisón, no volvió a tocarla. Recordaba las veces en que ella lo había buscado y él la había rechazado. Esas memorias lo hacían sentir idiota y poco hombre.

Fiel a su manera de pocas palabras, Malbalá jamás lo había interrogado y se había retraído en un mundo al cual él no tenía permiso para entrar. Se ocupaba de los hijos, cocinaba, lavaba la ropa, trabajaba la huerta, limpiaba la casa y realizaba su trabajo para el *tupâmba'e* —era una talentosa tejedora, y sus alfombras y reposteros se vendían muy bien en Buenos Aires y en Lima—, y todo lo hacía sin sonreír y en silencio. Hasta un día en que le notó un rubor en las mejillas oscuras y una media sonrisa, como si estuviese recordando algo divertido, y le pareció que estaba más hermosa, si eso era posible. Siempre le había parecido bella, desde el día en que, con

sus hermanos y sus primos, se acercó al grupo de mujeres abiponas que pedían asilo en San Ignacio Miní. Las había observado con actitud petulante, que cambió de inmediato al descubrir a la más pequeña, la única que no tenía tatuado el rostro, y ya no pudo apartar la mirada de ella, ni quitársela de la mente.

Pasaron dos años antes de que la convirtiese en su esposa, porque Malbalá tenía que abandonar las creencias de su ser antiguo y abrazar la verdadera religión, en caso contrario el padre Rubén, el superior de San Ignacio Miní de aquella época, jamás habría consentido que viviesen en pecado. Si Malbalá no se avenía a bautizarse, Laurencio llegó a acariciar la idea de robársela y llevarla a vivir a la selva, perspectiva que lo atemorizaba, aunque más temor le causaba no hacerla suya. Por fin, la joven aceptó recibir el sacramento del bautismo, y aunque ese día le dieron un nuevo nombre de pila —Teodora María—, jamás la llamaron de otro modo que no fuese por su nombre abipón.

En contra de las costumbres de la misión, en las que la mujer expresaba al superior su interés por comprometerse con determinado joven, fue Laurencio el que le comunicó al padre Rubén su intención de casarse con ella. Malbalá dijo que no, que ni siquiera sabía quién era el tal Laurencio Ñeenguirú, aprendiz de herrero. Poco después llegó la Semana Santa, y los del pueblo de Loreto los invitaron a su famosa procesión. Una vez que se había asegurado de que la joven Malbalá asistiría junto con su madre y sus hermanas, él se decidió a ir. Caminó a su lado todo lo que duró el trayecto hasta la reducción de Loreto y también durante la procesión. Al principio, ella lo miraba de soslayo y con actitud indiferente, y él se instó a guardar silencio. Aprovechó para estudiarla por el rabillo del ojo. Por cierto, en nada se parecía a las mujeres de su nación, sobre todo porque era muy alta, más que él, y de cuerpo cimbrenño. También se diferenciaba en el corte del rostro, que era alargado, lo mismo su nariz, que se curvaba como el pico de un águila. Tenía los ojos oscuros y sesgados, y labios generosos, a los que él nunca había visto sonreír. Su piel oscura, sin el tinte rojizo que caracterizaba a los de su pueblo, no presentaba fallas, ni una marca de viruela, ni una pequeña cicatriz, nada. Estaba seguro de que pasar la mano por sus mejillas sería lo mismo que pasarla por ese pedazo de tela que usaban en Navidad para armar la cuna del Niño Jesús, y que el hermano Silverio decía que se llamaba seda china.

Al final, se atrevió a hablarle, y ella le respondió en un guaraní poco pulido, lo que le dio risa. Malbalá también rio de su propia torpeza. Le enseñó frases nuevas, que ella repitió con encantadora entonación. Para cuando llegaron al final de la procesión, sobre esa elevación del terreno en Loreto que llamaban Monte Calvario, él estaba perdidamente enamorado y ella se mostraba bien dispuesta. El Domingo de Resurrección, Laurencio volvió a reiterar al padre Rubén su deseo de convertirla en su esposa. En esa ocasión, Malbalá aceptó.

Quedó embarazada enseguida y siempre demostró una gran fertilidad, condición que lo volvía engreído, sobre todo porque los demás no tenían más de dos o tres hijos. Primero llegó Bartolomé, y un año y medio después, Andrés, los dos que lo ayudaban en la herrería. Dos años más tarde, nació Fernando, que era albañil. Después, Juan, que había demostrado inclinación por la música, por lo que el padre Ursus lo había tomado bajo su ala. Tres años más tarde, le siguió Marcos, que, con once años, todavía estudiaba en el catecismo. Y cuando por fin nació Teodoro, Laurencio perdió la esperanza de volver a ser feliz. Había deseado que se tratase de una niña para cortar la maldición que caería sobre su séptimo hijo si este era varón. No podía arriesgarse. Ser padre de un luisón le resultaba una condena demasiado pesada de sobrellevar, más pesada que no volver a tocar a su amada Malbalá.

Ese día en que le notó el arrebol en las mejillas y una sonrisa fugaz, comenzó a estudiarla con atención. Le observó los pechos más enhiestos, el cabello más brillante y las caderas más redondeadas, rasgos que la acompañaban durante los meses de gestación. No se atrevía a preguntarle si estaba embarazada. ¿Cómo podía ser? Él no la había tocado desde el nacimiento de Teodoro, más de dos años atrás. Cuando la curva del vientre de Malbalá se evidenció, se echó un par de tragos al colete y la encaró. Ella le confirmó su sospecha.

—¿De quién? —exigió saber.

—Del demonio Kurupí —aseguró la mujer.

—¿De Kurupí? —A Laurencio le habían contado acerca del pequeño demonio de la selva, con un pene tan largo que, para no arrastrarlo ni pisarlo, se lo enroscaba en la cintura con varias vueltas. Violaba a las mujeres y las embarazaba. El niño invariablemente moría a los siete días de su nacimiento. Como el bastardo no murió a los siete días, por el contrario, siguió creciendo y desarrollándose normalmente, Laurencio supo que Malbalá le había mentado. Ese era hijo de hombre común y corriente. Una noche de luna llena estuvo a punto de ahogar a Aitor en el Yabebirí, pero se detuvo a tiempo, justo cuando iba a arrojarlo al agua, consciente de que Malbalá sabría que él lo había asesinado y lo odiaría; quería al pequeño lobisón más que a sus otros hijos. Lo echaría de la casa y lo denunciaría con los padres, que lo azotarían y lo encerrarían en la prisión para siempre. Tendría que dejarlo con vida, soportarlo, a ese pequeño engendro, mitad humano, mitad perro salvaje, hasta el día en que un yagüareté se lo comiese porque todos sabían que los hijos de las adúlteras y de las solteras eran el alimento favorito del gran felino.

No volvió a privarse del cuerpo de su mujer, y le importó bien poco que, si quedaba embarazada de nuevo, naciese una niña y la tildaran de bruja. Pasada la cuarentena después del nacimiento de Aitor, regresó para reclamar sus derechos de esposo a los que él mismo había renunciado por idiota y que habían obligado a su mujer a buscar alivio en otros brazos. ¿Los de quién? Nunca le preguntó. Por

cobarde. Por temor. Porque no quería que ella le respondiese otra vez que se había tratado de Kurupí. Había cometido un error imperdonable; se había olvidado de que Malbalá no era guaraní, sino abipona, una mujer que, hasta pocos años antes, había vivido entre gentes sin religión, ni moral, sin reglas, en absoluta libertad. Ese aspecto salvaje no se le había borrado porque el cura le hubiese arrojado agua en la pila bautismal. Esa naturaleza arisca y montaraz seguía allí, latente detrás de esa capa de barniz que él había confundido con la esencia de su esposa.

Todo eso recordó y meditó Laurencio mientras la observaba acercarse con el niño lobisón calzado en la cintura. Deseaba golpearla y deseaba poseerla. Ambos anhelos eran tan poderosos y a la vez tan contradictorios que le temblaban las manos. Formó dos puños. No podía golpearla, ni poseerla. Lo primero, porque el padre Ursus le partiría la cabeza; lo segundo, porque Malbalá se negaba. La cuarentena por el nacimiento de Bruno había quedado atrás; no obstante, ella se negaba a concederle sus favores. «No quiero más hijos», había manifestado con esa seguridad que él no conocía en otra mujer.

A la frustración que le causaban sus problemas matrimoniales, tenía que sumarle el sermón que acababa de endilgarle el padre Ursus después de la misa de la tarde. Él no había asistido; se limitaba a la del domingo y a las fiestas de guardar, y nadie podía reprocharle: si querían que cumpliera con los encargos, debían dejarlo trabajar. El jesuita se había presentado en el taller con el ceño muy apretado y había guardado un respetuoso silencio mientras él vaciaba el hierro líquido en los moldes de puntas de flecha. Primero hablaron de los encargos urgentes de otras doctrinas donde no había herrería; después comentaron sobre la labor de los aprendices, y por último el sacerdote le pidió unas palabras a solas. En tanto se alejaban hacia la enramada del taller, él no se olvidaba de que el cura lo había mandado azotar y encerrar en prisión después de que le asestó el bastonazo al niño luisón. De esa humillación no se olvidaría fácilmente. Lo quería al padre Ursus, era un hombre sabio y justo, pero estaba resentido con él; no le perdonaba que se metiese en los asuntos de su familia.

—¿Has vuelto a beber? —le había preguntado cuando se hallaron lejos de los aprendices.

—No, *pa'i*.

—¿Dónde obtuviste la chicha la vez pasada?

—Yo mismo la hice.

—No vuelvas a hacerlo, Laurencio. Sabes que está prohibido el alcohol en las doctrinas. Es una regla que se cumple a rajatabla. Podría expulsarte del pueblo, y tendrías que ponerte a las órdenes de las autoridades temporales, que enseguida te destinarían a una encomienda. ¿Lo sabes, verdad?

—Sí, *pa'i*.

—Aquí eres dueño de tu propio destino y tienes un trabajo digno, pero debes

atenerte a ciertas reglas.

—Sí, *pa'i* —masculló, y si bien no replicó para no polemizar, eso de que era dueño de su propio destino le sonaba a cuento.

—¿Qué problema tienes con el pequeño Aitor?

Bajó el rostro para ocultar el odio que el sacerdote descubriría en sus ojos.

—No hay problema con él —mintió.

—Le vives zurrando el bálago, Laurencio. Y el otro día le pusiste una mano muy pesada encima. El padre Johann debió darle puntos, y la cicatriz le quedará para siempre. ¡Solo tiene cuatro años! —La piel bronceada del jesuita adquirió una tonalidad rojiza, y la calma que había desplegado hasta el momento comenzó a resquebrajarse—. ¿Qué es lo que te pasa con él? ¿Es esa absurda historia del niño luisón o lobisón?

—Yo quería que fuese niña —se inventó— para que nadie dijese que sería un monstruo al convertirse en hombre.

—¡Pardiez, Laurencio! Tu hijo no será un monstruo cuando sea mayor. Será un gran hombre, ya lo verás. ¿Cómo puedes dejarte llevar por esas historias absurdas? ¿Acaso no te hemos enseñado la verdadera religión? ¿Acaso Jesucristo alguna vez habló de un luisón?

—Pero habló del demonio —argumentó— y el luisón es un demonio, *pa'i*.

Ursus se restregó los ojos con actitud impaciente. A veces, lidiar con la ignorancia de estas gentes le resultaba una misión titánica.

—El demonio no es un ser humano que se convierte en perro salvaje en las noches de luna llena. Es un ángel caído.

—Pero, a veces, el ángel caído se apodera del espíritu de un ser humano y lo obliga a hacer cosas horripilantes. Jesús espantaba demonios. Tú lo has dicho en misa, *pa'i*.

—Sí, sí, es cierto, pero las personas poseídas no se transforman en perros salvajes, te lo aseguro.

—*Pa'i*, tal vez sería bueno alejar al niño del pueblo para que nadie le haga daño. Podrías enviarlo al colegio en Córdoba, como enviaste al hijo mayor de Ramón Caté.

—No, de ninguna manera. El hijo de Ramón era mucho mayor cuando lo enviamos a Córdoba, y eso es porque demostró gran inclinación por las lenguas muertas. No, no, Aitor no se moverá del pueblo.

—Sí, *pa'i*.

—Además, ¿no piensas en su madre, en su abuela? ¿No piensas en cuánto sufrirían ellas?

—Lo siento, *pa'i*.

—Quiero tu promesa de que no volverás a levantarle la mano a tu hijo Aitor. Prométemelo, Laurencio. Si me lo prometes... santo y bueno con esta historia.

Se le ocurrió confesarle la verdad la jesuita, explicarle que odiaba a Aitor porque era el fruto de un amor pecaminoso que su mujer había tenido con otro, él no sabía con quién. A punto de escupir la verdad, se detuvo. ¿Qué sería de Malbalá? El adulterio era un pecado que los curas condenaban a menudo desde el púlpito. ¿La encerrarían para siempre en la prisión? ¿La echarían del pueblo? ¿La enviarían de regreso con su nación abipona?

—Lo prometo, *pa'i*.

Esas últimas palabras aún le sabían a hiel en la boca, que para nada se diluía ante la visión del bastardo en brazos de su mujer.

Malbalá elevó la cabeza y frenó de golpe. A unos palmos, cerca de la entrada de su casa, se hallaba Laurencio, que la observaba con una expresión que para los demás habría resultado indescifrable; para ella, en cambio, hablaba a las claras: «Te odio, pero sobre todo odio a ese engendro que llevas en brazos». Pasó de largo sin decir palabra, ni siquiera se detuvo para depositar la canasta bajo la enramada. Laurencio la obligó a frenar al interponerse en su camino.

—¿Adónde vas?

—A casa de mi madre. Debo alimentar a la niña santa.

—Tengo hambre. Hazme la cena.

—Enseguida —dijo, y lo sorteó para seguir su derrotero.

Laurencio caminó a su lado.

—¿Dónde estabas?

—Fui a bañarme al río.

—Fui a buscarte y no te vi.

—Está prohibido a los varones aparecerse en la zona en que nos bañamos nosotras.

—¿Dónde estabas?

—Ya te lo he dicho, en el río, bañándome.

—¿Por qué no llevaste a nuestros hijos, Marcos y Teodoro? Ellos también te necesitan, tanto como... él. —Agitó la mano en dirección de Aitor, sin mirarlo.

—Estaban en el coro, con el hermano Pedro. ¿Quieres entrar en casa de mi madre y conocer a la niña?

El ofrecimiento lo tomó por sorpresa, en especial el tono con que le habló, uno dulce, y también expectante, como si deseara compartir a la niña con él. Asintió quizá más bruscamente de lo que habría querido porque todavía lo obsesionaban la presencia de Aitor y la promesa que le había arrancado el padre Ursus.

Para entrar, debieron sortear a un grupo de curiosos reunidos en la calle, fuera de la casa. Laurencio notó las canastas con flores, verduras y aves de corral que ocupaban casi toda la extensión de la enramada; y también notó que algunos lanzaban vistazos poco amistosos a su mujer.

Al cruzar el umbral, el calor de la habitación le recordó al de su taller. Paseó la mirada por el interior, y descubrió un fuego que rara vez se encendía durante el verano. Junto a él, había una vasija. Malbalá depositó la canasta y al niño en el suelo. Este se arrodilló junto a la vasija y hundió la cara dentro. ¿Qué hacía? Vio que su esposa sacaba a Bruno de una canasta, mientras hablaba con Ñezú en voz baja.

—¿Un mate? —ofreció Vaimaca.

—Se agradece —dijo Laurencio.

—¿Ha venido a conocer a la niña Emanuela?

—Sí.

—Venga. —La mujer se inclinó sobre la vasija, apartó un montículo de plumas, levantó a la criatura y la acomodó en sus brazos—. Esta es Emanuela.

Laurencio la miró sin interés; la niña le importaba poco; solo quería estar cerca de Malbalá. No obstante, un movimiento en los párpados de la pequeña captó su atención. La pequeña abrió los ojos y, luego de bambolearlos sin ton ni son, los fijó en él. Con la experiencia de siete hijos, sabía que los recién nacidos no veían con claridad, y sin embargo, tuvo la impresión de que esta criatura lo traspasaba con la mirada. Una sonrisa le despuntó en las comisuras sin que él se diese cuenta. ¡Hacía tanto que no sonreía! Hacía tanto que no experimentaba ese calor en el pecho. De pronto se acordó de cuánto había deseado tener una niña. Esta era muy blanca, transparente en algunas partes, donde se le marcaban las venas azules. La pelusa que le recubría la cabeza, que era muy oscura, la hacía verse más blanca. Ni siquiera el padre Bansué, que había sido blanquísimo al llegar a la misión, tenía una piel como esa.

—¿Puedo cargarla?

—¡No! —El grito de Aitor sobresaltó a los adultos.

Laurencio le lanzó un vistazo furibundo. El niño echaba la cabeza hacia atrás y lo desafiaba con una mirada cargada de resentimiento.

—Aitor, vamos fuera —indicó Vaimaca, e intentó asirlo, pero el pequeño se soltó de un sacudón.

—¡No!

—Dame a la niña, madre —se apresuró a intervenir Malbalá—. Ya terminé con Bruno. Ahora le toca a ella.

Malbalá regresó a la banqueta y se acomodó para amamantarla. Aitor se arrodilló cerca de la cabeza de la criatura y se inclinó para besarla en la frente, y a Laurencio lo asaltaron unas ganas irrefrenables de agarrarlo de las crenchas y arrastrarlo fuera. ¿Cómo se atrevía a apoyar esos labios inmundos en la piel inmaculada de la niña santa? Ahogó una exclamación en la que nadie reparó —todos contemplaban, absortos, a la pequeña— cuando Aitor, con lentitud deliberada, giró la cabeza después de besar a Emanuela y le clavó los ojos de gato. No recordaba que el niño lo

hubiese desafiado de esa forma; en general, se mantenía lejos y nunca lo miraba a la cara. En esa ocasión, parecía advertirle: «Acércate a ella y te destrozaré con mis dientes de luisón». Y Laurencio le tuvo miedo.

* * *

Ursus regresó de su encuentro con Laurencio de mejor ánimo. Estaba seguro de que cumpliría con la promesa, al menos mientras se mantuviese sobrio. Aunque Laurencio no era la única amenaza para Aitor; salvo un puñado de personas, el pueblo en general lo despreciaba. Suspiró. Estaba cansado. Si se ponía a pensar, las últimas habían sido las jornadas más largas y frenéticas de su ministerio.

Entró en su dormitorio y, sin quitarse el calzado, se echó sobre el camastro y fijó la vista en los listones de madera del techo. Qué sólidas eran esas construcciones que habían levantado los guaraníes con la guía de los padres. Qué firmes que lucían sus paredes de piedra y sus techos de tejas. ¿Por qué, entonces, no lograba quitarse de encima la sensación de que todo podía irse al garete? Conocía como nadie a esos indios, y sabía que, así como lucían sumisos y gentiles, mostrarían una veta feroz si se sentían amenazados. Y con la idea del lobisón, por cierto que se sentían amenazados.

Dos días más tarde, después de la misa del atardecer, Ursus se retiró a su dormitorio para realizar los ejercicios espirituales de rigor. Suspendido en una duermevela, con el libro a punto de resbalar de sus manos, se levantó con un respingo al sonido de unos golpes en la puerta. Era Tarcisio.

—*Pa'i* —dijo, a través de la madera—, aquí está Cornelio. Pide verlo.

—Dile que ya voy.

Era tarde, casi de noche. ¿Qué hacía Cornelio aún dando vueltas? Se acercó al aguamanil y se enjuagó la cara. Se secó con vigor hasta volverse roja la piel. Caminó hacia la sala y gesticuló con la mano para indicarle a Cornelio, el jefe de la tintorería del pueblo, que se acercase a la mesa. El hombre cargaba una caja de madera.

—¿Puedo apoyarla sobre la mesa, *pa'i*?

—Por supuesto, Cornelio. ¿Qué me traes?

El hombre levantó la tapa y reveló un vestido primoroso, de brocado verde cardenillo, con hilos de plata, y puntilla color té a manera de arrequive en el escote y en los puños.

—Era de la madre de la niña santa —explicó, y Ursus no encontró la fuerza para reprenderlo por llamarla «santa»; se limitó a asentir.

Las mujeres destinadas a preparar el cuerpo de la joven para el entierro la habían desnudado, limpiado y amortajado de acuerdo con la costumbre, con un lienzo de algodón blanco de varios metros, y a una orden suya, habían enviado el vestido a la

tintorería. Se imponía conservarlo, no solo porque era la única pertenencia de la pobre desgraciada, sino porque serviría a sus familiares para reconocerla, eso y el descubrimiento que las mujeres habían hecho mientras la aseaban: la fallecida presentaba una gran mancha en la parte frontal del muslo derecho, de un color magenta y de forma irregular, que, con buena voluntad, podía definirse como un rombo. El padre van Suerk había confirmado que se trataba de una marca de nacimiento.

—Qué rápido han hecho el trabajo —ponderó el jesuita al tintorero.

—Comenzamos apenas nos lo entregaron, *pa'i*, y nos hemos dedicado a él con mucho cariño.

—Gracias, Cornelio.

—Pensamos que es lo único que le queda a la niña santa de su madre. —Ursus volvió a asentir, incómodo con el apelativo—. Le hemos quitado hasta la última mancha de sangre y lodo.

—Han hecho un trabajo excelente. Te felicito, Cornelio. ¿Qué sabes de los botines y de la ropa interior?

—Aquí, debajo del vestido, está la ropa interior, *pa'i*. Muy fina. Los botines aún los tiene Patricio —se refería al maestro zapatero y talabartero—. Le está pasando grasa de capiguara —así llamaban los guaraníes al carpincho— para que no se cuartee el cuero, que estaba empapado.

—Gracias, Cornelio. Ahora puedes irte a descansar.

—Gracias, *pa'i*. Buenas noches.

—Buenas noches, hijo.

Ursus acarició la tela y se acordó de la noche en que habían encontrado a Emanuela. ¡Qué distinto lucía el vestido en esa caja! En aquella fatídica oportunidad, la oscuridad y la angustia habían impedido que apreciara el fino brocado y la excelente confección. No se veían prendas de tanta calidad en Asunción. ¿Quién había sido esa pobre muchacha?

Tapó la caja con un suspiro y volvió a destaparla de inmediato. Se quedó mirando el vestido, mientras escenas de su infancia se desplegaban delante de él: su madre y su hermana acondicionando las prendas para guardarlas ante el cambio de estación. Apretó los ojos al recordar la última carta de su cuñado, en la que le confesaba que su hermana Ederra había perdido otro embarazo. Podía imaginar su tristeza y desaliento. Tiempo atrás le había escrito que su vientre seco la convertía en un ser inútil. «Mi existencia carece de sentido», había agregado. ¡Cuánto padecería con esa nueva pérdida! Era en momentos como ese en los que deseaba hallarse en Buenos Aires para abrazar y consolar a su hermana menor. Afortunadamente, su esposo, el militar Alonso de Alarcón, era un hombre bondadoso que no le reprochaba la falta de descendencia. No obstante, el corazón de Ederra se desgarraba.

Ursus levantó lentamente los párpados y volvió a encontrarse con el vestido de brocado.

—Tarcisio.

—Diga, *pa'i*.

—¿Te queda corteza de canela, esa que usas para perfumar el arroz con leche?

—Sí, *pa'i*.

—Bien. Tráeme algunos rollitos. Y, ¿tenemos clavo de olor?

—Sí, *pa'i*.

—Tráeme, pues.

El indio hizo como se le ordenaba, y Ursus repartió las cortezas de canela y los clavos en dos pañuelos, los cerró con un nudo de modo que formasen dos bolsitas y los colocó bajo el vestido. Tapó la caja y se la entregó a Tarcisio.

—Es importante que conserves el vestido de Emanuela en un sitio donde no haya humedad, ni el agua pueda estropearlo. Lo mismo cuando Patricio traiga los botines.

—Sí, *pa'i* —contestó el sirviente, y, mientras Ursus lo veía marchar con la caja, se preguntó: «¿Cuánto tiempo pasará antes de volver a abrirla?».

* * *

Al día siguiente, el *tapererepura* de la Candelaria se presentó con la respuesta del superior de las misiones, el padre Jorge. El jesuita demostraba su sentido práctico al escribir: «*Por el momento, mantendremos a la niña en vuestra misión, ya que, como decís, sería riesgoso trasladarla a Asunción. En el ínterin, pondré en autos al provincial. Apenas reciba su respuesta, os escribiré para informaros*».

Tiempo más tarde, el mensajero de la Candelaria apareció de nuevo con otra misiva del padre Jorge. «*Me señala el padre Aguilar que carece de todo sentido trasladar a la niña a Asunción, pues ¿a quién se la consignaríamos? ¿Adónde la llevaríamos? En la ciudad no existen los hospicios, ni hay conventos de hermanas. Por lo que el provincial juzga sensato que permanezca con la familia bajo cuya protección se encuentra. Me ha asegurado que le escribirá al señor gobernador para ponerlo al tanto y también le comunicará esta situación al Cabildo, para que hagan correr la voz de modo que demos con los parientes de la desdichada joven. Él mismo contactará a las familias más encumbradas y también hablará de esto en el púlpito. Lamentablemente solo contamos con el dato de su nombre de pila y la descripción de sus prendas, pero ¿cuántas Emanuelas en fino brocado verde cardenillo pueden existir que hayan desaparecido sin dejar rastro? Veréis, padre Ursus, en menos de lo que canta un gallo, se presentarán los abuelos o los tíos de la niña, a quien Dios guarde por muchos años*».

CAPÍTULO V

Se despertaban con el canto del gallo, y, mientras Tarcisio encendía las velas de sebo en la sala y el fogón en la cocina, los padres y el hermano Pedro se lavaban y se enfundaban en las sotanas negras. Luego visitaban al Santísimo y, de regreso, hacían los ejercicios de devoción según la regla de la Compañía. Para cuando terminaban, había empezado a clarear y debían prepararse para la misa.

Aun antes de salir de la casa para dirigirse a la sacristía, sentado en la sala, inmerso en sus meditaciones, Ursus percibía el despertar del pueblo. Se filtraban el canto del pregonero que instaba a sus hermanos a abandonar las hamacas, el sonido de las campanas invitando al rezo del ángelus y los ruidos que hacían las mujeres en las enramadas al encender el fuego familiar. Esos sonidos, a los que él convertía en imágenes si cerraba los ojos, siempre le insuflaban energía, como una bocanada de aire fresco y fragante. Allí radicaba su fuerza, la que le daban sus indios al despertar para enfrentar otra jornada.

Ese día, 12 de febrero del año de la Salvación de 1741, se sentía especialmente feliz; Emanuela cumplía cinco años. Bajó los párpados, exhaló con calma y sonrió. Después de cinco años, su niña todavía estaba con él. Había argumentado infinidad de veces para que le permitiesen tenerla en la misión en tanto encontraban a su familia. Dos años atrás, habían vivido unas semanas de tensión cuando el nuevo superior de las misiones expresó su intención de llevarla a vivir a la Candelaria. Juzgaba inapropiado y peligroso —esa palabra había empleado— que los indios de San Ignacio Miní la hubiesen erigido en una especie de deidad viviente. Al Santo Oficio lo ponía nervioso la aparición de milagrosos y santones, y si bien la historia de Emanuela todavía no había llegado a oídos de los inquisidores, ¿cuánto tardaría en hacerlo? Por aisladas que estuviesen las doctrinas, la comunicación con el mundo exterior existía, y solo bastaba que una epístola cayese en las manos equivocadas para convertirse en la chispa que encendiese la hoguera.

Por fortuna, el superior se dio cuenta de que la fama de Emanuela alcanzaba aun a las doctrinas del otro lado del río Uruguay y desistió de su propósito; era en vano arrancarla de la familia de la cual se sentía parte si en la Candelaria la esperarían como a la Virgen María en un 8 de diciembre. Exigió, no obstante, que Ursus tomase el control de la situación y acabase con esa idea ridícula de la niña santa.

Ursus recordó las palabras de Aitor en aquella oportunidad.

—Si el *pa'i* de la Candelaria quiere llevarse a Emanuela, yo me la llevaré primero lejos de aquí, para que él no pueda quitármela.

—¿De veras? ¿Y adónde la llevarás si tan solo tienes ocho años? —se burló

Ursus.

—A la selva, *pa'i*. Mi tío Palmiro está enseñándome a cazar. Y ya sé cómo encender el fuego. Mi abuelo Ñezú me enseñó.

—¿Y le construirás una casa? —El niño lo miró con esa expresión rabiosa que le imprimía a su rostro cuando se veía en un aprieto; detestaba no contar con una solución para todo—. ¿Sabrás construirle una casa, Aitor? Ella querrá una casa, te lo aseguro.

—Le pediré a Fernando que construya una para ella y para mí —resolvió al cabo, y hablaba de su hermano, que era maestro mayor de obra—. Él tampoco quiere que se la lleven a la Candelaria. Se lo dijo a mi *sy*, yo lo escuché.

Debía de angustiarse profundamente la idea de que lo apartasen de Emanuela; solo la desesperación lo habría conducido a pedirle un favor a su hermano. Con ninguno había establecido un vínculo, ni con los más grandes —Bartolomé, Andrés, Fernando y Juan—, que ya habían abandonado la casa paterna y formado sus propias familias, ni con Marcos y Teodoro, con los que prácticamente no cruzaba palabra y, cada tanto, Ursus se enteraba de que habían zanjado sus cuestiones con una pelea a puño limpio. Al único que parecía tolerar era al pequeño Bruno, y estaba seguro de que lo hacía por el simple hecho de que Emanuela jamás se apartaba de su hermano de leche; si deseaba estar con ella, que era lo que más anhelaba en la vida, tenía que soportar al menor de los Ñeenguirú.

—¿Tú quieres que se la lleven, *pa'i*? —lo había interrogado con un semblante de pronto apacible, que a un descuido habría engañado, pero no a él, que lo conocía del derecho y del revés. Casi estuvo tentado de contestarle afirmativamente para verlo enfurecer y arrojarse como un animal salvaje y arreglar por la fuerza lo que no conseguía en primera instancia con palabras —la persuasión pacífica no contaba entre sus virtudes—, porque no se arredraría a causa de la diferencia pasmosa de tamaño. Arremetería contra Ursus, un gigante de casi siete pulgadas, con manos enormes y pesadas como ladrillos, sin pensarlo dos veces, simplemente por una razón: Aitor Ñeenguirú no conocía el miedo, ni sabía de imposibles. Esa era su ley, la de tomar lo que le apeteciera con uñas y dientes, porque estaba seguro de que a él nada se le concedería sin luchar, ni nada le resultaría fácil. No podía culparlo: antagonizado desde pequeño por su propio padre y por la mayoría del pueblo, se había convertido en un niño belicoso, que creía que no existía mejor defensa que el ataque. El hombre era su enemigo natural, y no mostraba mucha confianza en el género humano. Se había convencido de que en él residía una fuerza inconmensurable, y con ella se disponía a obtener cuanto deseara.

—No, hijo, no —se apiadó el jesuita—. No quiero que se la lleven. ¿Cómo crees eso? —Para aplacarlo, le acarició la coronilla, sabiendo que él era uno de los pocos, junto con su madre, su abuela y Emanuela, que podía tocarlo sin que el niño

reaccionase con una agresión.

La respuesta complació a Aitor al punto de hacerlo sonreír, acción tan infrecuente en él que Ursus no acertaba a definir si le agradaba; no le iba a su cara, a su expresión eternamente endurecida, a su gesto bilioso. El niño elevó las comisuras, estiró los labios y le mostró las encías peladas, en las que apenas asomaban los dientes nuevos. Entonces, Ursus rio, porque a veces se olvidaba de cuán pequeño y vulnerable era su Aitor.

—Haré lo posible para que Manú se quede con nosotros. Nadie quiere que abandone el pueblo.

Nadie lo había querido, en especial él, que nutría un amor por Emanuela y por Aitor que se daba de bruces con lo que le habían instilado sus profesores, porque ese amor lo ataba y lo volvía dependiente. El desapego tan encomendado por San Ignacio en sus *Constituciones* como virtud del misionero había desaparecido de su disposición desde que había puesto los ojos en Aitor y, años más tarde, en Emanuela. Eran sus grandes amores, los hijos que su condición de sacerdote le había negado, y los amaba como a nadie. Solo pensar en no volver a verlos lo inquietaba al punto de quitarle el sueño y provocarle taquicardia.

Ese 12 de febrero, quinto año de vida de Manú —así la había bautizado su hermano Bruno cuando balbuceaba, y así la llamaban todos, excepto Aitor—, dejaría de lado sus demonios y disfrutaría de esa bendición de Dios. Los monaguillos terminaron de vestirlo y, al sonido del órgano, cruzó la sacristía y entró en el altar. Era domingo, único día en el cual los indios tenían obligación de oír misa. Las tres puertas del templo permanecían abiertas pues hasta había gente en el atrio. Las naves rebosaban. Los jarrones parecían a punto de perder el equilibrio bajo el peso de las flores —orquídeas de varias especies y colores, varas de aguapés, las blancas patas de buey, ramas con flores de lapacho negro, entre otras—. En el corredor central, colocados a intervalos de dos metros, los arcos, que se usaban en las procesiones, formaban una cúpula de vegetación fragante y exótica. Los habían adornado con las hojas y las flores de la pasionaria, a la que los indios llamaban *mburukuja*, y con las de la enredadera de San Juan; también les habían colgado los frutos del aguaí, cuyo perfume inundaba la iglesia, de la pitanga, que los indios conocían como *ñangapiry*, y mamones del monte, o *yacaratia*, cuya visión provocó que las tripas de Ursus aullaran, porque no desayunaban sino después de la misa.

En tanto aguardaba que el coro terminase de entonar el *Kyrie eleison*, paseó la mirada por su iglesia y experimentó orgullo. Daba la impresión de que esta le hubiese dado la bienvenida en su seno a la selva, que con esa fertilidad descarada y prepotente, la había colmado de colores, aromas y vida. Las mujeres habían comenzado a decorarla el día anterior y debían de haberse levantado antes del canto del gallo para terminarla. Nada de la exuberante creatividad ni del trabajo lo

sorprendía pues era común en el día del natalicio de la niña santa. Por mucho que luchase contra la devoción que le profesaban, no conseguía mayores resultados. Cierto que habían dejado de inundar la enramada de los Ñeenguirú con ofertas y votivas y ya no le besaban los pies ni le tocaban el ruedo del tipoy si se la cruzaban en la plaza de armas o en la iglesia, y lo había conseguido cuando, después de explicarles qué era la Santa Inquisición y dónde terminaban aquellos que caían en sus manos, les aseguró que vendrían a buscar a Emanuela por hereje.

Detuvo la mirada en Emanuela, que se hallaba en la primera fila con su familia, incluso la rodeaban los hermanos mayores con sus esposas e hijos; no faltaba ninguno. Malbalá siempre la tenía de punta en blanco, y ese día la había embellecido especialmente con una guirnalda de flores de franchipán que le descansaba sobre la frente y le había dejado el cabello suelto. La había vestido con un tipoy que ella misma le había confeccionado y teñido en una tonalidad azul pavo real que realzaba el color cobalto de los ojos de la niña. Ursus le miró los pies, y apretó los labios para no sonreír: estaba descalza. No importaba cuánto la reprendiesen Malbalá o él, siempre iba descalza. La niña siguió la línea visual del sacerdote y dio con sus pies desnudos. Levantó la vista y le mostró todos los dientes en una sonrisa, porque así como era infrecuente en Aitor, parecía el gesto natural de la niña. Siempre sonreía, siempre reía, siempre saltaba y cantaba.

Casi sucumbió a la risotada cuando descubrió a Timbé, la chanchita nacida meses atrás en la porqueriza de la comunidad sin una pata trasera. Débil y entorpecida, no lograba amamantarse, por lo que el encargado había decidido sacrificarla. Antes, sin embargo, le pidió a la niña santa que fuese a ver al desdichado animal; era *vox populi* la relación sobrenatural que la unía a las bestias. Emanuela entró en el chiquero —si Ursus hubiese estado al tanto de esa imprudencia lo habría prohibido, amén de reprender con dureza a Ignacio, el encargado de la piara *tupâ mba'e*, porque la chancha se mostraba muy agresiva y celosa de sus crías—, se acuclilló junto a la cabeza de la madre, recostada en el barro mientras alimentaba a la camada, y le habló con voz mansa, casi inaudible. Ignacio y Bruno la observaban del otro lado de la empalizada; Aitor, en cambio, había entrado con ella y se mantenía a unos palmos, con una tacuara en alto, listo para asestarla en el lomo de la cerda en caso de que atacase a la niña.

Sin cambiar la posición, la chancha resopló, y Emanuela sonrió. Se puso de pie, se hizo de la chanchita renga, alejada de las tetillas de la madre, y abandonó la porqueriza. La llevó en brazos hasta su casa. Malbalá, que le cebaba mates a Vaimaca en la enramada, los vio acercarse y se puso de pie al descubrir lo que la niña cargaba contra su seno.

—¿Qué eso, Manú?

—Es Timbé, sy. Mira qué ñatita tiene la nariz.

—Le falta una pata —apuntó Bruno, sin atreverse a mirar a su madre.

—¿Quién te la dio?

—Se la pedí a su mamá y me dijo que la cuidara. Ella no puede.

—¿Qué quiere decir esto, Manú? ¿Que te harás cargo de la chanchita renga? —La niña asintió con una sonrisa—. No, Manú. No permitiré que metas un chancho en mi casa.

—Pero sy...

—Nada de peros, Manú. ¿Dónde piensas poner a la chanchita?

—Timbé me necesita, sy.

—Lo mismo me dijiste del kinkajú y después de la caburé. ¿No te bastan esos dos? —Los animales, un mamífero trepador, mezcla de mono y de hurón, y una pequeña lechuza estaban montados, el primero, en el hombro de Bruno, la segunda en el de Emanuela.

—Timbé la necesita, sy —intervino Aitor, a quien la chanchita le importaba muy poco, pero no toleraba que los ojos azules de Emanuela comenzasen a brillar.

Laurencio, que volvía de la herrería, se detuvo al encontrarse con la pequeña reunión familiar.

—¿Qué sucede aquí?

—Manú quiere ocuparse de esa chanchita —expuso Malbalá, con voz seria y dura.

—Mírala, *ru* —dijo la niña—, qué bonita es. Toda rosita.

—Le falta una pata —insistió Bruno.

—Ya veo —musitó Laurencio—. ¿Quieres quedártela, Manú?

—¡Sí, *ru*! Me necesita.

—Está bien. Puedes quedártela.

Malbalá soltó un resoplido y volvió a la enramada, donde se sentó de mal genio. Vaimaca sonreía, mientras se ocupaba de cebarle un mate a su yerno, a quien Malbalá lanzó un vistazo poco amigable; no lograba determinar si su esposo le daba el gusto a la niña porque era sabido que no podía negarle nada o para vengarse de ella, porque ya no le concedía sus favores.

—¡Emanuela! —se descargó—. ¡Mírate los pies! ¡Un chiquero entre los dedos, eso es lo que tienes! ¡Ve a lavártelos al arroyo!

—Ahora mismo, sy.

—¡Y tú también, Aitor!

Intentaron alimentar a Timbé con leche de vaca, de cabra y, a sugerencia de Vaimaca, de burra; no toleró ninguna, y, a ojos vistas, se apagaba. A una orden de Emanuela, regresaron a la porqueriza. De nuevo entró escoltada por Aitor, que blandía una tacuara, y de nuevo se acuclilló junto a la chancha madre, que dejó de ronzar en el barro cuando Emanuela le levantó la oreja para hablarle. Al cabo,

mientras acariciaba la cerviz del animal, la niña dijo:

—Aitor, ordeña a la chancha, por favor.

—¿Qué? No, Jasy —se negó en un susurro—. Ni lo sueñes. —Agitó la cabeza y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Sí, Aitor. Ordéñala, como cuando ordeñas las cabras de *jaryi* Vaimaca para tomar su leche. Timbé la necesita, Aitor.

Golpeó el suelo lodoso con la tacuara y espantó a unos chanchos. Recibió de mal modo la vasija de barro que le alcanzó Ignacio y, en cuclillas, ordeñó la chancha. Sus manos se movían con el vigor de su enojo y de su humillación, aunque con destreza, y la leche producía un sonido cantarín al golpear el recipiente. Emanuela lo observaba con una sonrisa, mientras tranquilizaba a la chancha con caricias y susurros que nadie alcanzaba a escuchar.

—¡Ordeñar una chancha! —exclamó Ignacio cuando terminaron, y se echó a reír, ansioso por contárselo a todo el mundo.

—Volveremos mañana —anunció la niña a la chancha, y así lo hicieron durante semanas, hasta que Timbé aceptó comer pan de maíz remojado en leche de cabra y ya no precisaron de su madre.

Palmiro Arapizandú, hábil ebanista, talló una patita de cedro para Timbé, en tanto Patricio, el talabartero, le confeccionó un arnés para ajustársela. La tarde en que Emanuela, con su nueva mascota a la zaga, cruzó la plaza de armas, aun el padre Santiago de Hinojosa, siempre absorto en sus libros y escritos, salió para ver el espectáculo de la chanchita con la pata de palo.

Ursus rememoró la historia sin apartar los ojos de la pequeña y poco desarrollada Timbé, quieta y obediente a los pies de su ama. Se preguntó dónde estarían Libertad, la lechuza caburé, y Kuarahy, el kinkajú, a quien Emanuela había llamado «sol» por la tonalidad dorada de sus ojos; no muy lejos, de seguro, ya que rara vez se apartaban de ella. Incluso debía soportarlos en el salón de clases. Pero, al igual que a Laurencio, a Ursus le costaba decirle que no, actitud que el padre Johann y el hermano Pedro le reprochaban. Santiago de Hinojosa se limitaba a reír y a sacudir la cabeza; a pesar de que habían pasado varios años, el exiliado seguía entre ellos, y después de redactar el opúsculo con el cual había dado por tierra con las acusaciones esgrimidas en contra de la Compañía de Jesús, se embarcó en un proyecto ambicioso: *Historia de la Provincia Jesuítica del Paraguay*. Viajaba a menudo a las otras doctrinas, más allá de que, para él, San Ignacio Miní era su hogar.

Ursus buscó a Aitor entre los Ñeenguirú, y lo divisó alejado, apoyado sobre el costado derecho contra una columna, una rodilla flexionada, los brazos cruzados sobre el pecho, lo mismo que el arco que él mismo había construido bajo la guía de Ñezú con madera de palmera *mbocaya* y tripa de zorro; una honda le colgaba al cuello. La juzgó una actitud demasiado desvergonzada e insolente para un niño que

aún no contaba con diez años. Estaba más serio que de costumbre, el entrecejo muy apretado, la cicatriz en la ceja, bien marcada. En realidad, lucía malhumorado, y Ursus no dudó de que lo enfurecía que Laurencio hubiese acaparado a Emanuela y la mantuviese junto a él, sus manos en los hombros de la niña. Tal vez lo único que compartían Laurencio Ñeenguirú y Aitor era su amor por Emanuela, aunque ese sentimiento, más que acercarlos, ampliaba el abismo entre ellos. Nunca había existido una posibilidad de que esos dos hicieran las paces; Laurencio no le perdonaba su existencia, y Aitor no le perdonaba su desamor. En los últimos tiempos, en los que Aitor había adquirido más fortaleza física y seguridad, enfrentaba a su padre y le faltaba el respeto. Había tenido lugar una escena muy desagradable durante los festejos navideños cuando Laurencio, con algunos tragos encima, golpeó a Aitor. Este usó su cuerpo a modo de ariete para derribarlo y, cuando su padre cayó de espaldas al suelo, lo amenazó apuntándolo con la flecha a unas pulgadas del corazón, la cuerda del arco tensa, a punto de saltar. Aitor respiraba con dificultad por la boca, mientras le caían gotas de sangre por la nariz; sus brazos temblaban de ira.

Ursus, advertido por el hermano Pedro con un codazo en las costillas, vio caer por tierra a Laurencio y a Aitor sacar una flecha del carcaj a su espalda, calzarla en la cuerda con una rapidez y precisión inauditas para alguien de nueve años, y apuntarla hacia su padre. Levantó el ruedo de la sotana y corrió sorteando gente, que festejaba en la plaza de armas.

—Hijo —le habló Ursus con acento tranquilo, para no espantarlo—, Aitor, hijo —volvió a llamarlo—. Aleja la flecha de tu padre, por favor.

—Él no es mi padre. ¡Él no es mi padre!

—Aleja la flecha, hijo. No querrás cometer un pecado mortal tan grande. Por favor. Quitar la vida a alguien... Pues eso no se olvida jamás, Aitor. Lo llevarás en tu corazón como un gran peso toda tu vida. Hazme caso, hijo. Aleja la flecha. Es tu *pa'i* quien te lo pide.

—Me golpeó.

—Lo sé.

—Lo odio —aseguró, y, con un movimiento veloz, ante el cual Ursus no atinó a reaccionar, quitó la flecha de la cuerda y se alejó corriendo por la avenida principal hacia la entrada del pueblo. Segundos después, había desaparecido en la selva.

Del grupo de curiosos, dieron un paso adelante el alguacil mayor y el alcalde de barrio, que ayudaron a Laurencio a ponerse de pie y, a un gesto de cabeza del superior, lo condujeron a la prisión. Ursus levantó las manos y gesticuló para que los demás volviesen a la plaza de armas, donde la orquesta se aprestaba para tocar una misa en fa mayor del padre Doménico Zipoli, cuyas partituras le habían enviado de regalo desde Córdoba al padre Santiago. A él, por su parte, se le habían esfumado las ganas de dirigir la orquesta; tampoco deseaba participar de los festejos; tenía el alma

por el piso. No obstante, seguiría adelante pues los indios habían esperado ese día con gran entusiasmo y trabajado con denuedo en los preparativos.

En tanto la orquesta templaba los instrumentos, Ursus acomodaba las partituras en el atril y pensaba de qué modo apretar las empulgueras para que Laurencio abandonase el vicio de la bebida. No sabía dónde la escondía, ni cuándo la preparaba. Estaba cansado de hacerlo azotar y mandarlo a prisión. A veces lo encerraba para mantenerlo sobrio, y ya no le importaban la herrería, ni los trabajos pendientes. Por fortuna, sus hijos Bartolomé y Andrés habían adquirido maestría en el oficio y cumplían con los pedidos en fecha, pese a que la carga de trabajo se duplicaba sin la habilidad de Laurencio. A veces, Ursus visitaba a un enfermo en el hospital muy entrada la noche, y, de camino, distinguía la luz rojiza que emergía del taller, donde Bartolomé, Andrés y los aprendices aún trabajaban al calor de la fragua.

No supieron de Aitor durante dos días, y Ursus creyó que perdería la cordura, lo mismo Malbalá. A la mañana siguiente de la pelea, después de enterarse de que el niño no había pasado la noche en su hamaca, envió a Damián, el *tapererepura*, a buscarlo, y también a Palmiro Arapizandú, que siempre lo llevaba a cazar. Volvieron con las manos vacías.

—¿Cómo es posible que no lo hayan encontrado? Ustedes son grandes baquianos, conocedores de la selva, ¿y no han hallado a un niño de nueve años?

—Yo le enseñé a Aitor todo lo que sé acerca de la selva, *pa'i*, y él aprendió muy bien. Sabe cómo esconderse para que nadie lo encuentre. Se funde con la selva mejor que yo. Yo lo llamo urutaú.

—¿Urutaú? —preguntó Santiago de Hinojosa.

—Es un ave, *pa'i*. No podrías descubrirla cuando se posa en una rama porque ella misma se convierte en una. Su plumaje se confunde con el árbol y forman una misma cosa.

—Tal vez esté dentro de la raíz de un isipoi —sugirió Damián, y Ursus no tuvo necesidad de preguntar de qué se trataba; conocía los llamados «agarrapalos» o higueros, unas enredaderas epifitas cuyas gigantescas raíces adventicias moldeaban formas exóticas en torno al árbol sobre el cual se desarrollaban y que, con el tiempo, ahogaban.

—¿Y si está herido? —se atormentó—. ¿Qué tal si un yagareté lo atacó?

—¡Oh! —Malbalá ahogó un sollozo.

—Volverá, *pa'i* —aseguró Vaimaca—. No puede estar lejos de Manú por mucho tiempo.

—¿Y si desea volver, pero algo se lo impide? Es un niño de nueve años, Vaimaca. ¡Solo nueve años!

—Vamos a rezarle a Tupá para que lo devuelva pronto —sugirió la anciana.

Aitor regresó al pueblo durante la noche del día siguiente. Arrojó en la enramada

las presas que había cazado —dos loros, una suruma y un tucán, de los cuales su madre no solo aprovecharía la carne, sino las plumas para confeccionar vestidos y capas— y se deslizó dentro de la casa sin producir un sonido. Caminó, ebrio de cansancio, hacia la cuna de Emanuela —ella dormía en una cama, como las que usaban los padres, por orden de *pa'i* Ursus que, por alguna razón, prohibió que lo hiciese en una hamaca—, se quitó el arco que le cruzaba el pecho, el carcaj también, los depositó en el piso de tierra apisonada y se recostó junto a ella. La abrazó, y la niña parpadeó varias veces antes de despertarse por completo.

—Jasy —susurró él, y Emanuela sonrió antes de volver a dormirse.

* * *

En tanto el coro, conducido por la batuta de Juan Ñeenguirú, cantaba un salmo compuesto por el padre Zipoli, Ursus contempló con insistencia a Aitor, mientras rememoraba la mañana en que se había enterado de que el niño había regresado al pueblo. Tentado de zurrarlo, se dijo que el desdichado había recibido suficientes palizas para esa vida y la eternidad, por lo que se conminó a guardar la calma. Cuando lo vio aparecer en el salón de clase, con el aire de uno que no da explicaciones y con el arco cruzado sobre la camisa y la honda al cuello, sintió una alegría inefable, y su enojo se desvaneció. Se miraron a través del espacio de la sala, y mientras una sonrisa pícara hacía temblar las comisuras de Aitor, Ursus lo contemplaba con ojos blandos.

Debía admitir que la escena desagradable del día de Navidad había servido para poner las cosas en claro: Laurencio no atormentaría a Aitor sin esperar una reacción violenta, y esta revelación puso paños fríos en la relación. Lo entristecía pensar que, con determinadas personas, funcionaba mejor el mal trato que el bueno.

Por fin, Aitor apartó sus ojos del perfil de Emanuela y los volvió hacia el altar. Tentado de indicarle con un ademán que se pusiera derecho, Ursus se limitó a observarlo para no convertirlo en el centro de atención y avergonzarlo. Mostraba un lado especialmente agresivo si se creía objeto de burlas, pues su orgullo no conocía límites. La semana anterior, un compañero del catecismo lo había llamado *jagua ne*, perro hediondo, en referencia a su condición de lobisón, y Aitor saltó encima del pupitre desde donde se lanzó, con la flexibilidad de un gato, sobre el niño, que recibió varios puñetazos en el rostro antes de que el hermano Pedro de Cormaner interviniese. Ambos habían sido castigados con la férula y obligados a darse la mano en señal de reconciliación, intento que quedó en la nada cuando Aitor, fijando sus ojos amarillos en los del niño, le mostró los dientes y le gruñó. El otro pegó un grito e intentó arrancar la mano de la sujeción de Aitor, pero este, que era mucho más fuerte, lo atrajo de un jalón para mostrarle más de cerca los dientes y gruñirle en la cara.

—¡Aitor! —se enfureció Cormaner—. ¡Fuera del salón! Y te quedas de pie junto a la puerta. Ajustaré cuentas contigo más tarde.

Ursus había soltado una carcajada durante el almuerzo cuando el hermano Pedro le refirió los hechos e imitó a los niños, uno, al borde del soponcio; el otro, haciéndoselas de perro cimarrón.

—¡No deberíais tomarlo a broma, padre Ursus! ¡Aun a mí, mayorcito como estoy, me dio miedo verlo mostrar los incisivos y gruñir! ¡Y con esos ojos ardientes! Su gruñido no parecía humano.

—Es un gran imitador de los sonidos de la selva —explicó Ursus, entre los últimos espasmos de risa—. Su tío Palmiro le enseña a imitar a los animales para atraerlos y cazarlos. Sabe gruñir igual que un yaguareté.

—¡Dios nos proteja! —masculló el hermano Cormaner.

—Después de tantos años de tolerar que lo llamen luisón y lobisón, y toda esa sarta de sandeces —intervino el padre Johann van Suerk—, creo que Aitor ha resuelto la situación de la manera más inteligente. Tal vez se lo piensen dos veces antes de volver a molestarlo con esa ridícula idea.

Aun en un momento solemne como la misa, recordar la imitación del hermano Pedro le provocó ganas de carcajear. Acordaba con la opinión del práctico van Suerk, y, en vez del castigo que finalmente se vio obligado a impartirle —varios azotes en el trasero—, estuvo a punto de apretarle la mano y decirle: «Bien hecho, hijo mío. Así se hace», porque de una manera magistral había vuelto las tornas convirtiendo un escarnio que siempre lo había atormentado en un arma que lo protegería de sus agresores. En lugar de despreciarlo, ahora le temerían.

En menos de dos meses, Aitor cumpliría diez años, aunque parecía mayor, tal vez porque era alto para su edad, o quizá por la severidad de su expresión, o la desconfianza que reflejaban sus ojos, que parecían haber visto demasiado; en él no se advertía nada de la inocencia de un niño. Ni siquiera llevar el pelo al ras le quitaba la traza de montaraz. No había resultado fácil cortárselo el día en que su madre le descubrió piojos. Malbalá pidió ayuda en la casa de los padres, quienes se presentaron en lo de Ñeenguirú y sujetaron al niño en una silla para que Tarcisio, que hacía de barbero de los sacerdotes, lo dejase casi pelado. El niño resoplaba como un toro en la lidia, y, si bien había cesado de luchar, se mantenía tenso como la cuerda de un arco. Laurencio no ayudaba riéndose a carcajadas. Al final, se relajó cuando Emanuela se sentó a sus pies y apoyó la cabeza sobre sus piernas. Se quedó mirándola fijamente, no parpadeó una vez; parecía haberse olvidado de que estaban quitándole una pertenencia que él valoraba como símbolo de hombría y fortaleza. Tampoco se movió mientras su madre le untó el cráneo con un cocimiento asativo de hojas de tabaco para matar los piojos y las liendres.

A Ursus le partía el alma verlo quebrado y sometido, pero no podía permitir que

los piojos anidasen en las cabezas de los cientos de niños que habitaban la misión y se convirtieran en una epidemia.

Malbalá acabó de colocarle la decocción y se retiró en silencio hacia la enramada, seguida de su esposo, que ya no reía. El hermano Pedro y Ursus soltaron al niño, que se inclinó para hablarle a Emanuela, aún sobre sus rodillas; nadie escuchó lo que le susurró. La niña se incorporó y se detuvo frente a él para estudiarlo. Le sonrió, y una mueca tensa, que intentaba ser una sonrisa, despuntó en las comisuras de Aitor. Se cruzó el arco sobre el pecho, se colgó la honda al cuello y salió a la enramada. Lanzó un vistazo furioso a Laurencio antes de dirigirse a su madre.

—Nunca vuelvas a hacer eso —dijo, y echó a correr en dirección a la selva.

Ursus suspiró en tanto se dirigía al púlpito, agobiado por el recuerdo: nada resultaba fácil con Aitor. En aquella oportunidad, temió que el niño se resintiera con él para siempre por haber sido cómplice de la vejación, y solo después de haberle explicado que los piojos saltaban de cabeza en cabeza y que, con seguridad, aterrizarían en la de Emanuela, su gesto de ira se ablandó.

—¿Habría que pelarla a ella también, *pa'i*?

—Pues claro, hijo. Imagínate si los piojos se apoderasen de la cabellera de tu hermana, que es tan espesa y rizada. Tendríamos que cortársela al ras. Aitor, hijo, no pienses que las decisiones que tomamos y que a ti no te agradan son para perjudicarte o fastidiarte. Son siempre por tu bien. Pero a veces eres tan testarudo...

—*Pa'i* —lo interrumpió—, Emanuela no es mi hermana.

—No, claro que no —balbuceó el jesuita, tomado por sorpresa, y se quedó observándolo mientras el niño se alejaba a la carrera. Lo vio frenar de golpe frente al reloj de sol, ubicado en una de las esquinas de la plaza de armas, y fijar la vista en el gnomon. Hacía poco él mismo le había enseñado cómo funcionaba, y el niño no perdía oportunidad para aplicar su nuevo conocimiento.

Desde esa posición elevada, mientras comentaba el evangelio a los indios, los ojos del jesuita iban y venían, y cada tanto se detenían en Aitor, de nuevo completamente absorto en el perfil de Emanuela y para nada interesado en la homilía. Laurencio le habló al oído a la niña y la besó en la sien, y el semblante del niño se oscureció con el mismo efecto drástico de una nube oscura posada sobre una montaña. Además de la tonalidad de sus ojos, a Ursus siempre le había llamado la atención el diseño de las cejas de Aitor, pues a mitad camino se elevaban sobre la frente para formar un triángulo. Debía admitir que lo dotaban de un aspecto inquietante, por no decir, satánico. La cicatriz que le partía la ceja izquierda le acentuaba la catadura de perdonavidas.

Ursus finalizó el sermón y abandonó el púlpito para regresar al altar. A propósito había evitado mencionar el natalicio de Emanuela o el aniversario de la muerte de su madre para desalentar la devoción que el pueblo profesaba por las dos. Sin embargo,

después de la misa, una vez que volvió a vestir con la sotana, se acercó al cementerio, donde la multitud que había oído la misa cantaba en torno a la placa de Emanuela madre, como la llamaban, y depositaban ramos y guirnaldas de flores.

Emanuela le sonrió al verlo y lo aferró de la mano. Era muy dulce y cariñosa, y el jesuita experimentó un gran amor hacia ella. No sabía si la niña, en sus cinco años recién cumplidos, entendía qué estaban haciendo, o si se daba cuenta de quién yacía bajo esa placa de piedra, que solo rezaba: *Emanuela (m. 12 de febrero 1736)*. Él le había contado la historia de la joven hallada a orillas del Paraná, suavizando los aspectos macabros e idealizando otros, y Vaimaca le había dicho que su madre se había convertido en una flor de aguapé y que flotaba en las orillas de los ríos y de los arroyos de la región. Cada tanto, la niña le pedía que le repitiese la historia de su *sy* Emanuela y que le mostrase de nuevo el vestido y los botines que él conservaba en la caja con canela y clavos de olor; con los años, había agregado una bolsita de espliego que su hermana Ederra le había enviado de regalo.

—Algún día, cuando tu familia venga a buscarte, te pondrás su vestido y sus zapatos —le aseguraba el sacerdote, y era de las pocas ocasiones en las que los ojos de Emanuela, azules como la genciana, se apagaban.

Los cantos acabaron, y, mientras Ursus pronunciaba una oración en guaraní por el eterno descanso de Emanuela, los indios dejaron de depositar ofrendas y rozar la lápida. Un silencio apenas quebrado por el gorjeo de las aves se apoderó de la pequeña multitud. Ursus miró de reojo a la niña y la descubrió con la vista fija en la lápida. Lucía adorable con la guirnalda de flores de franchipán y el cabello suelto, algo inusual, pues Malbalá invariablemente se lo recogía en dos trenzas.

—*Pa'i* —dijo la niña—, ¿qué significa Emanuela?

En una cultura como la guaraní, en la cual la palabra se considera un don divino y los nombres adquieren una importancia clave en la vida de la persona, la pregunta no lo sorprendió. No obstante, el jesuita se puso nervioso; la respuesta solo serviría para avivar las mentes sensibles de esas gentes.

—Emanuela significa...

—¿Qué, *pa'i*?

—Dios con nosotros.

—¿Dios con nosotros? —repitió la pequeña—. Qué extraño —murmuró.

A los demás no les resultó extraño, más bien les confirmó lo que tanto habían sospechado: madre e hija eran criaturas especiales, enviadas por Tupá para protegerlos. De hecho, con la llegada de Emanuela a la doctrina, no habían vuelto a sufrir epidemias de viruela, ni de sarampión, ninguna cosecha se había perdido y las intenciones del vecino *Aña memby*, hijo del diablo, de hacerse con una parte del territorio de la misión habían quedado en la nada; el gobernador de Buenos Aires, Miguel de Salcedo, y la Audiencia de Charcas desestimaron su demanda.

—¡Y ahora vayan a festejar el día del Señor! —vociferó Ursus, y batió las palmas, y el gentío se dispersó envuelto en un murmullo.

* * *

Vespaciano de Amaral y Medeiros aumentó el ritmo de las embestidas cuando presintió que estaba a punto de alcanzar el clímax entre las piernas de Nicolasa. A pesar de sus aires de santulona y de su rosario con cuentas del perdón que llevaba a todas partes, no había resultado difícil seducir a la esposa de su amigo, el coronel de Calatrava. Al principio y para evitarse problemas, se había contentado con Florbela, hasta que la melancolía se hizo presa del carácter de su esposa y terminó por cansarlo; entonces, empezó a buscar nuevos horizontes. No la culpaba, bien sabía él que la pobre tenía el corazón destrozado. Después de Lope, había vuelto a quedar embarazada en cinco oportunidades, todas fallidas: tres abortos y dos niños nacidos sin vida. Como su hermano Edilson insistió en que consultasen con un médico de la ciudad, Amaral y Medeiros la llevó a Buenos Aires en su barco. El viaje por el Paraná devolvió el color a las mejillas cenicientas de Florbela y puso brillo en su mirada apagada. No obstante, después de revisarla, el médico declaró que un nuevo aborto sería fatal; las profusas pérdidas de sangre habían debilitado su cuerpo irremediablemente.

Se trató de un golpe duro para él porque ansiaba como pocas cosas otro hijo varón. Lope, que ya contaba casi diez años, era una criatura canija y miedosa. Además, se orinaba de noche. Había intentado varios escarmientos para quitarle el vicio, desde golpearlo hasta humillarlo mencionando su problema frente a la tímida Ginebra. Nada había conseguido; incluso en una oportunidad en que lo sermoneaba duramente, Lope se había hecho encima en su despacho.

A veces recordaba al niño de ojos amarillos que había visto con la india, *su india*, como la llamaba, todo seguridad y coraje, y envidiaba al padre, aunque fuese un indio de la misión, sin cultura, sin dinero y sin conexiones. Le envidiaba ese vástago, que, con tan solo cuatro o cinco años, había nadado con la destreza de un adulto y corrido tras el mono caí, y que se había enfrentado a él con la calma de alguien que está convencido de su poder. No sabía por qué, pero lo que más le había gustado del pequeño guaraní era que no lo hubiese delatado con la india, su madre probablemente. «Y sí», caviló, «de una potranca como esa india tenía que nacer un potrillo como ese».

En parte porque hacer el amor con una mujer que lloraba en lugar de gozar le hacía perder las ganas y también porque temía dejarla encinta de nuevo —Edilson le cortaría las pelotas si Florbela moría por su culpa—, Vespaciano dejó de visitarla por las noches. Su primer instinto fue volver al recodo del Yabebirí donde había conocido

a su india. Se arrepentía de no haberle hablado en aquella oportunidad, pero la presencia del niño lo había retraído. Después de pasarse varias tardes sentado en la roca a orillas del arroyo, decidió abandonar la espera inútil y pasar a la acción; sentía una calentura entre las piernas que le agriaba aún más el humor y no le permitía pensar con claridad. Se sirvió primero de unas indias encomendadas que su capataz, Domingo Oliveira, le llevó a su recámara. Pero enseguida lo cansó que se comportasen como conejitos asustados. Necesitaba un desafío. Por eso, desvió la mirada hacia doña Nicolasa de Calatrava, que, para esa época, había cimentado una amistad con Florbela y parecía muy a gusto en *Orembae*. Incluso, las dos hacían planes para cuando Lope y Ginebra contrajesen matrimonio.

Al principio, Amaral y Medeiros rozaba con fingida inocencia a su huésped, la contemplaba con insistencia durante las comidas y le sonreía cuando sus ojos se encontraban. Una tarde particularmente bochornosa, a la hora de la siesta, mientras los niños y Florbela descansaban, Amaral y Medeiros arrinconó a Nicolasa contra la pared y la besó. La mujer luchó hasta perder bríos y separar los labios para darle la bienvenida a la lengua de su protector.

—No —se quejó un instante después—. No puedo hacerle esto a Florbela.

—Florbela no tiene por qué enterarse. Seremos discretos. Y veo que tú lo necesitas tanto como yo.

Después de diez años de una castidad impuesta por el presidio de su esposo, Nicolasa se daba cuenta de que satisfacerse solo con las manos no bastaba para acallar el deseo febril con el que, cada vez más seguido, se despertaba por las noches. Cometía un pecado mortal, lo sabía, pero le resultaba imposible abstenerse. En un principio, había pensado en su esposo, Hernando, mientras se acariciaba; con el tiempo, el rostro del gallardo militar se había desdibujado, y el de don Vespaciano había tomado su lugar. Por eso, la tarde en que el hacendado la arrinconó contra la pared, no encontró la voluntad para negarse y se concedió a él. Después, la asaltó una necesidad imperiosa de confesarse, pero, si bien vivían rodeados de misiones en manos de curas jesuitas, estos tenían prohibida la entrada en *Orembae*, sobre todo un tal padre Ursus, de San Ignacio Miní, que tiempo atrás había sido confesor de Florbela. Las ganas de pedir la absolución por su pecado fue diluyéndose en tanto volvía a caer en él una y otra vez, y la intensidad de su arrepentimiento menguaba sin que ella nada pudiese hacer. Después de todo, era una mujer práctica, y para nada hipócrita. Por otra parte, se justificaba, si se negaba, Amaral y Medeiros, para vengarse —después de tantos años en el mismo techo ya estaba familiarizada con su índole egoísta y perversa—, no dudaría en expulsarlas y dejarlas a la buena de Dios. Los planes de matrimonio para Ginebra se esfumarían, y deberían volver a mendigar como en el pasado en Villa Rica.

Desde que se había convertido en la amante del patrón de la hacienda más grande

de la región, Nicolasa soñaba despierta. Se imaginaba ama y señora de esa rica extensión de tierra, con cultivos de tabaco, caña de azúcar, algodón y yerba, además de rodeo de vacunos y de mulas, muy cotizadas en las minas del Potosí. Había cesado de escribir misivas a diestro y siniestro clamando piedad por su esposo. A veces, deseaba que llegase una carta desde Lima en la que le comunicasen que el coronel Hernando de Calatrava había muerto en prisión. A veces, deseaba que Florbela sucumbiera a su tristeza y una mañana ya no despertara. ¡Qué pronto se convertiría en la reina de ese lugar! La posibilidad de que algún día los que la habían humillado en Villa Rica tuviesen que llamarla marquesa o «excelentísima señora» la ayudaba a alcanzar el placer.

Amaral y Medeiros aceleró la respiración junto con los últimos embistes y, después de un instante de parálisis, gruñó de gusto al sentir el placer que le nacía entre las piernas. Cayó sobre el cuerpo a medio vestir de Nicolasa y luego se retiró hacia un costado. Se cubrió la cara con el antebrazo, mientras intentaba regularizar las inspiraciones. Nicolasa, que siempre se llenaba de energía después del coito, le acarició el tupido bello rojizo del pecho y le preguntó:

—Querido, si por fin te concediesen el título de marqués, tendrían que dirigirse a ti llamándote «excelentísimo», ¿verdad? —Eso aseguraba Florbela y ella quería confirmarlo.

—No. Me llamarían «excelentísimo don Vespaciano» si me lo concediesen con Grandeza de España. Pero eso no ocurrirá. La Grandeza se concede en contados casos. A mí podrán llamarme «ilustrísimo don Vespaciano».

—Yo te llamaré «excelentísimo», si me lo permites.

Amaral y Medeiros movió la cabeza para asentir sin quitarse el brazo de la cara. Tenía ganas de dormir.

—¿Y has tenido alguna noticia sobre la concesión del título? ¿No se han demorado demasiados años ya?

—Esas cosas tardan —adujo—. Mientras no me entere de que el virrey eligió a otro para apuntarlo como el destinatario, no pierdo las esperanzas. La Corona de España está muy necesitada de dinero, y veinte mil pesos no son poca cosa.

—¡Poca cosa! Qué eufemismo, querido. —Nicolasa calló porque, desde hacía semanas, notaba que su amante no estaba para bromas—. ¿Qué te sucede, Vespaciano? He advertido que tu disposición ha cambiado. ¿Acaso ya no me deseas?

—No es eso, mujer. Tengo muchos problemas. No te conviertas tú en uno de ellos haciéndome una escena.

—No, no, claro que no. Es que me preocupo por ti.

Él también se preocupaba porque, sin duda, lo del título nobiliario iba para los diez años y las esperanzas de conseguirlo se esfumaban. Junto con la dignidad de marqués, el rey le había concedido al virrey del Perú la posibilidad de señalar a

cuatro notables de las Indias Occidentales para recibir un condado, un vizcondado y dos baronías. Sabía que los cuatro elegidos habían recibido sus títulos. Él seguía esperando. En respuesta a una carta enviada al virrey, este le había asegurado que la Corona de España tomaba grandes recaudos a la hora de otorgar un privilegio de la talla de un marquesado, por lo que las investigaciones, pedido de recomendaciones, tramitación de certificados de pureza de sangre y demás llevaban mucho tiempo. Vespaciano comenzaba a sospechar que los jesuitas estaban detrás de la demora. Ya había sufrido un duro revés cuando el gobernador de Buenos Aires y la Audiencia de Charcas le habían negado la procedencia de su reclamo de tierras, que la Compañía de Jesús consideraba parte de la estancia de San Ignacio Miní. Si bien era cierto que su apellido olía a portugués y que, por tanto, estaba sospechado de judaizante, circunstancia que entorpecía la obtención del certificado que exigían los estatutos de pureza de sangre, a él nadie le quitaba de la cabeza que su problema más grande lo constituía su enemistad con la poderosa orden.

—¡Maldita sea! —había exclamado a media lectura del memorial emitido por la Real Audiencia de Charcas.

—¿Malas noticias, don Vespaciano? —se había interesado Domingo Oliveira.

—Esos infelices de Charcas dieron lugar al reclamo presentado por la Compañía de Jesús en contra de mi demanda y dictaminaron que esas tierras, ¡que son mías!, pertenecen a la estancia de San Ignacio Miní. ¡Ojalá que caguen fuego! Lo mismo ese marica de Salcedo —se refería al gobernador de Buenos Aires—. Él se puso del lado de los jesuitas y por eso Charcas me pateó en contra.

—¿Por qué es el gobernador de Buenos Aires el que se ocupa de este asunto y no el del Paraguay? Después de todo —razonó el capataz—, tanto San Ignacio como *Orembae* se encuentran en la provincia del Paraguay.

—Ojalá fuese así, Oliveira. Tengo más conocidos de peso y amigos en Asunción, que en Buenos Aires. Pero desde el lío con los comuneros, por una Real Cédula del año 26, las doctrinas jesuíticas pasaron a depender, en lo que a cuestiones temporales compete, a la gobernación de Buenos Aires. Qué suerte tan putañera la mía —se lamentó.

* * *

Desde que Emanuela había cumplido tres años, todos los días, excepto los domingos, después del almuerzo, mientras los padres y el hermano Pedro descansaban, Ursus pasaba unas horas con ella. Era una condición impuesta en la que se mostraba inflexible, y a la que Malbalá jamás faltaba; incluso la aseaba y perfumaba con un ungüento que fabricaba con almizcle de yacaré y esencia de las flores del franchipán, y le rehacía las trenzas, que a esa altura de la jornada habían perdido todo viso de

pulcritud. Conducía a Emanuela de la mano para evitar que corretease y volviese a despeinarse, y llamaba a la puerta con actitud comedida.

—Aquí te la traigo, *pa'i* —decía con aire sumiso, pero Ursus percibía cuánto le costaba dejarla, no porque temiese que algún daño cayese sobre la pequeña, sino porque esas horas con el jesuita formaban parte de la educación especial que Emanuela recibía por orden del provincial y que la distinguía de los niños de la doctrina; eran el recordatorio diario de que, algún día, su adorada Manú, su hija del corazón, partiría para reunirse con su familia de sangre.

Esa tarde, a pesar de que era el natalicio de la niña y domingo, Ursus le impartiría su clase puesto que el día anterior otras obligaciones se lo habían impedido. No la haría estudiar, ni le tomaría lección, después de todo era el día del Señor; se limitaría a conversar en castellano con ella y a corregirle las maneras. Abrió la puerta cuando Malbalá llamó con golpes como susurros.

—*Pa'i*, Manú no ha querido quitarse la guirnalda, ni ha permitido que le recogiese el cabello —expresó, más bien con acento comprensivo que acusatorio.

—Las flores no se han marchitado aún, *pa'i* —explicó la niña.

—Aún huelen bien —confirmó la mujer—. Además se ha dejado limpiar. Está muy bonita y aseada, mi niña. Y se ha calzado.

—No te preocupes, Malbalá. Por ser su natalicio, no haremos lío. —Guiñó un ojo a Emanuela, que se cubrió la boca para contener la risa—. ¿Y qué es eso que traes al cuello, Manú, además de la cola de Kuarahy?

—Yo lo hice para ella —declaró Aitor, y dio un paso adelante. Había permanecido oculto tras la columna del pórtico, y se asomó con el gesto de quien busca pelea; a él menos que a nadie le gustaba que Emanuela se educase para ser hijadalgo, como decía el hermano Pedro.

—Ya veo. —Ursus tomó el collar de conchillas y lo estudió; a la confección poco cuidada la compensaba la belleza de las pequeñas conchas, separadas unas de otras con un nudo del mismo hilo que las enhebraba.

—Yo lo ayudé a juntarlas en el río —proclamó Bruno.

—Tú no me ayudaste en nada —objetó Aitor—, solo me estorbaste.

—¡No es cierto!

—¡Niños, a callar! —les ordenó Malbalá entre dientes, avergonzada.

—Es muy bonito —admitió Ursus, molesto por alguna razón que no lograba precisar—. ¿Se fueron hasta el Paraná a buscarlas? ¿Solos? —preguntó, con simulado desinterés.

La doctrina se encontraba a poco más de media legua de la margen derecha del río, por un camino bien trazado y mantenido; no obstante, se les prohibía a los niños transitarlo sin la compañía de un adulto; los peligros de la selva que lo ceñía eran incontables. ¿De qué valía la prohibición, se preguntó Ursus, si Aitor, con nueve

años, se había pasado dos días en esa espesura cargada de vida y misterios, pero también de muerte?

—No fuimos solos, *pa'i* —contestó Bruno—. Fuimos con nuestro *taitaru* Ñezú. Él juntaba para hacer medicinas y nosotros, para el collar de Manú.

Bruno no mentía. A diferencia de su hermano Aitor, que para salvarse de una penitencia esgrimía las argucias más ingeniosas, el pequeño Ñeenguirú siempre decía la verdad, a costa de su propio bien. Además, Ursus sabía que el viejo *paje* iba, de tanto en tanto, al Paraná para recoger conchillas, que luego desmenuzaba en el mortero hasta convertirlas en harina para elaborar un tónico que acababa con la acidez estomacal. Van Suerk, que aseguraba no tener idea de por qué el preparado funcionaba tan bien, se empeñaba en conseguir la receta. Por el momento, sus intentos no daban fruto; el *paje* se negaba a compartirla con él.

—Es un trabajo muy bonito el que han hecho.

—¡Solo yo lo hice! —se empacó Aitor. Más mesurado, añadió—: Mi tío Palmiro me enseñó a hacer los huequitos con una lezna para pasar el hilo.

—Es un hilo muy bonito —señaló Ursus, y admiró el carmín del tejido—. ¿Dónde lo obtuviste, Aitor?

—Yo se lo di, *pa'i* —intervino Malbalá—. Lo saqué de la lana del *tupâmba'e*, de la que uso para mi telar. Espero que no te moleste, *pa'i*. Era un retazo.

—No, hija, claro que no. El color es hermoso. ¿Lo has teñido tú, Malbalá?

—Sí, *pa'i*, moliendo las cochinillas disecadas, como nos enseñó el hermano Silverio, que Dios tenga en su gloria.

—Amén.

El jesuita notó que Malbalá cargaba a las espaldas una tacuarembó, una canastilla que las mismas guaraníes tejían con las fibras de la caraguatá, que la dotaba de una flexibilidad mayor que las confeccionadas con las del güembé; de hecho, uno de los productos de las misiones eran las cuerdas y estopa de caraguatá, que se vendían muy bien en los astilleros de Corrientes. Sostenía la canastilla de esa manera tan peculiar, propia de los pueblos de la región, con una banda de tela a la que llamaban *apisama* calzada en la frente.

—¿Qué llevas en la canasta, Malbalá? —se interesó Ursus.

—Cosas para ti, *pa'i* —dijo, y sonrió, algo poco usual.

Malbalá siempre hacía lo mismo: en el día del natalicio de Emanuela, lo halagaba con toda clase de regalos, y Ursus intuía que era su manera de agradecerle por haberles permitido quedarse con la niña. Al principio, cuando la mayoría aseguraba que los mismos pechos que habían alimentado al lobisón no podían alimentar a la niña santa, el *pa'i* Ursus la había protegido y hablado duramente desde el púlpito en contra de los herejes; así los había calificado. Tiempo después, cuando destetó a Emanuela, el *pa'i* luchó con uñas y dientes para que el provincial renunciase a la idea

de entregarla a unos vecinos asuncenos. Dos años atrás, había vuelto a pelear con capa y espada para impedir que la trasladasen a la Candelaria con el fin de acabar con su fama de niña santa.

Ursus le devolvió la sonrisa, sin preocuparse en ocultar la tristeza que el asunto le provocaba; sospechaba que Malbalá albergaba la esperanza de que la niña viviese con ellos para siempre. Lo cierto era que él no sabía por cuánto tiempo podría resistir antes de que se la arrebatasen.

—Gracias, Malbalá. ¿Por qué te has molestado?

—No es molestia, *pa'i*. Lo hago con mucho cariño.

—Lo sé, hija. —La habría invitado a pasar, pero las mujeres mayores de catorce años tenían prohibido el ingreso en la casa de los padres—. ¡Tarcisio! —llamó—. A ver, Malbalá, ¿qué exquisiteces nos has traído en esta ocasión?

Tarcisio apareció en la puerta.

—Mande, *pa'i*.

—Ayúdame a recibir los obsequios de la buena de Malbalá.

Los regalos ocuparon las manos del cura y del sirviente: una camisa para usar bajo la sotana, cuyos botones de hueso provenían de la Candelaria; un poncho, muy útil en las mañanas frías de invierno; vasijas con encurtidos elaborados con los productos de la huerta que la propia Malbalá trabajaba y un vinagre que obtenía del fruto del aguaribay; dos tortas, las favoritas de Ursus, de patay con piñones y de maíz con pedazos de compota de aguái y de *mburukuja*; y un tapete de lana con dibujos geométricos en colores marrón y blanco, típica obra del telar de Malbalá; Ursus habría reconocido su sello entre cientos de tejidos.

—Y le hice esta mantita a tu sobrina, *pa'i*, que es tan pequeña, para que la tenga calentita en el invierno de Buenos Aires. Me dices que es muy frío.

Después de tantos años de desesperanza, más bien de desesperación, Dios había atendido a su súplica: Eterra y Alonso de Alarcón habían tenido una hija, la dulce Crista. La felicidad, sin embargo, no era completa: la niña había nacido con una constitución débil, por lo que Ursus vivía con el Jesús en la boca. Cada misiva que llegaba de Buenos Aires lo ponía a temblar.

—Gracias, Malbalá. Eterra estará agradecida, lo sé. La enviaré apenas parta una jangada para Asunción. Llegará a Buenos Aires antes del invierno, no tengo duda.

Malbalá se calzó la *apisama* en la frente y dejó caer la tacuarembó vacía sobre la espalda.

—Ahí te dejo a mi niña, *pa'i*, que Dios siempre me la guarde.

—Amén. Te la mando de regreso en un par de horas.

—Hoy —habló Aitor—, por ser el día del natalicio de Emanuela, yo me quedo con ella.

Ursus lo observó, primero con azoro, luego con ganas de reír. Le habría gustado

contar con esa desfachatez y seguridad, aunque poco le habrían durado, no solo en la Compañía de Jesús, sino en la casa de su padre, un vasco duro como el pedernal.

—¿Y yo? —se atrevió a preguntar Bruno.

—¿Sí, *pa'i*? —se aunó Emanuela, y juntó las manitas como si rezase y ladeó la cabeza hacia un costado, el mismo donde descansaba Libertad, que se inclinó para acompañar el movimiento de su ama como si lo hubiese previsto. El gesto del animal, que más pareció una coreografía, casi arranca una carcajada al sacerdote.

—Manú —dijo con una firmeza que le costó reunir—, tú sabes cuál es la regla aquí: una vez que tu *pa'i* cierra la puerta, solo puedes hablar en castellano, y Aitor y Bruno no entenderán una sola palabra. Se aburrirán.

—No me aburriré —declaró Aitor.

—Yo tampoco —secundó Bruno.

Ursus volvió a experimentar la misma incómoda sensación de momentos atrás, cuando descubrió el collar confeccionado por Aitor en el cuello de Emanuela, y le sirvió para endurecer su posición.

—No —pronunció—. Y no admito que se discutan mis órdenes —declaró, sin desviar la vista de Aitor—. Ahora, déjenme a solas con Manú.

Malbalá congregó a los niños en el círculo que formaban sus brazos, murmuró un adiós apenado, que perforó el corazón del jesuita, y se marchó. Ursus se los quedó mirando bajo el dintel. Aitor había caminado unos pasos cuando se dio vuelta y le clavó los ojos con una ferocidad que lo asustó.

CAPÍTULO VI

A menudo Aitor regresaba al lugar secreto en el que tantas veces se había bañado con su madre. Ya no volvían juntos; él tenía trece años y hacía tiempo que se higienizaba por su cuenta. Pero le gustaba volver, y, cuando lo hacía, se sentaba sobre la piedra que dominaba el salto y observaba la espuma que se formaba cuando la cascada irrumpía en el manso arroyo. Si avistaba un pez o una raya, preparaba el arco, colocaba la flecha contra la cuerda y apuntaba. Rara vez fallaba, lo mismo con su honda. Recuperaba la presa del agua, le quitaba la flecha y le ataba una fibra de güembé o de bejuco, que ellos llamaban *ysypo paje*, y se la colgaba al hombro. De regreso en la doctrina y dependiendo de su humor, se la regalaba a su madre, a su abuela o a su tío Palmiro.

En ocasiones, aunque avistase peces o rayas, se quedaba quieto, la vista fija en el agua, absorto en sus pensamientos. A veces, se acordaba del hombre blanco que, tantos años atrás, había descubierto oculto en el helecho. El helecho seguía ahí, pero el hombre nunca había vuelto. Lo recordaba con claridad, sobre todo su cabello del color de la paja y el azul de sus ojos, que lo estudiaban con interés. Él nunca había visto ojos de esa tonalidad. En un primer momento, había creído que se trataba del Jasy Jateré, el enano rubio con bastón de oro y sombrero, que se les presentaba a los niños para llevarlos al monte, de donde nunca regresaban. Lo desestimó enseguida, porque ese era un hombre, no un enano. Igualmente, él no le tenía miedo al geniecillo rubio; tampoco al hombre de los ojos azules, porque no lo observaba con malicia, ni con odio. Él conocía ese tipo de miradas, sobre todo cómo lo hacían sentir, porque era el modo en que lo miraba Laurencio —hacía tiempo que no lo llamaba *ru* ni con la voz, ni con el pensamiento— cada mañana cuando se topaban en la enramada para desayunar. Entonces, moviendo apenas los labios y sin emitir sonido, Aitor se daba ánimos repitiendo los versos que le había enseñado el padre Ursus: «*Como un lapacho atacado por fuertes hachas/ En los negros bosques de la selva/ Pasando por pérdidas y heridas/ Del mismo hierro recibe energía y vigor*». De inmediato se sentía mejor. Le había incorporado algunos arreglos, como por ejemplo cambiar encina —no las había en el Paraguay— por lapacho, y Álgido —no tenía idea de dónde quedaba ese sitio— por selva, que era su lugar favorito en el mundo.

No, definitivamente el extraño en el helecho no lo miraba con mal gesto, por el contrario. ¿Quién habría sido? Tal vez nunca lo descubriría, y esa posibilidad lo entristecía porque le habría gustado que volviese a mirarlo de esa manera, con admiración. Su madre, cuando estaban solos, lo miraba con cariño, en ocasiones con tristeza. El padre Ursus, cada vez con más frecuencia, lo hacía con el entrecejo

fruncido, porque en los últimos tiempos le daba la impresión de que todo lo que hacía lo fastidiaba. «¡Aitorrrrr!», lo llamaba para endilgarle un sermón o tirarle de la oreja. Él no tenía la culpa si la escuela lo aburría soberanamente, o si le costaba sentarse a repasar las letras y los números, o si era imperioso moler a puñetazos a un compañero que lo miraba con desprecio o lo llamaba luisón. Uno de sus sobrinos, el hijo mayor de su hermano Bartolomé, solo unos meses menor que él y que se llamaba Laurencio en honor al abuelo paterno, se mostraba muy hostil en los últimos tiempos y lo provocaba. Tal vez se tratase de la maldición del nombre, había reflexionado días antes en el instante previo a abatirse sobre su sobrino y darle una tunda. Lo tenía cansado. Además, siempre estaba revoloteando en torno a Emanuela, y eso era peor que la ocasión en que le robó el arco y le cortó la cuerda con un cuchillo. Nunca lo castigaban, y era él quien terminaba ligando una penitencia y una amonestación. Lo fastidiaba que se presentase a menudo en su casa para visitar a los abuelos y a Emanuela, y le daba dentera que Laurencio lo tratase con tanto cariño y le regalase objetos que construía en la herrería; sobre todo le envidiaba un cuchillo que le había fabricado para cazar, con un mango muy bonito de hueso; él no tenía cuchillo y no se animaba a pedirle que le hiciera uno por temor a que le dijese que no. Sospechaba que eso de llenar de obsequios a Laurencio lo hacía para mortificarlo; a él nunca le había regalado nada de nada. No obstante, por mucho que su padre lo hostigase, él jamás dejaría la casa familiar, y no hacía mella en su determinación que Vaimaca y Ñezú insistiesen en que fuese a vivir con ellos. Él no se alejaría de Emanuela, por mucho que Laurencio le sacudiese la badana y le lanzase vistazos aviesos.

Anhelaba llevarla a conocer el lugar secreto, pero Malbalá, sospechando sus intenciones, le había rogado que no se aventurase en la selva con Emanuela, ni con Bruno; todavía eran pequeños. Emanuela se lo pedía con insistencia, que la llevase con él, pero Aitor se negaba, pues, por más que lo sedujese la idea de enseñarle todo lo que sabía acerca del bosque, lo aterraba que algo malo le ocurriese. En compensación, le traía pequeños presentes: una flor, un fruto delicioso, una conchilla especialmente bonita, un par de escarabajos peloteros —a ella y a Bruno les encantaban—, y a veces no tan pequeños, como había ocurrido pocas semanas después del octavo natalicio de Emanuela, cuando encontró a esa macagua tirada en el camino, con el ala rota, y se le presentó el rostro de ella, nunca supo por qué.

De regreso en el pueblo, la tomó de la mano y, sin pronunciar palabra, la condujo a la parte trasera del cementerio de los hombres, un sitio al que solía ir cuando tenía ganas de estar solo. Bruno intentó seguirlos, pero se detuvo cuando su hermano se volvió, le clavó los ojos como soles y le indicó con la mano que no siguiera avanzando.

La pequeña ave rapaz yacía sobre el césped, donde él la había depositado para ir en busca de Emanuela. Aitor la recogió con delicadeza.

—La encontré en el camino —explicó—. Tiene el ala rota.

Emanuela asintió y se quedó mirando al animal.

—Tiene miedo —susurró la niña—. Mucho miedo.

—¿Cómo lo sabes, Jasy?

—No lo sé. Pero tiene miedo —insistió—. Y le duele el ala.

—¿Quieres cargarla?

Emanuela negó con un gesto rápido de cabeza. Jamás apartó los ojos de ella, en tanto la niña miraba con fijeza al ave. Sus ojos se desviaron hacia las manitas de Emanuela, que se movieron con lentitud para cubrir el ala rota. Pocos segundos después, percibió un calor que le trepó hasta el codo, y no tuvo duda de que provenía de ella. La macagua se rebulló, estiró el ala que instantes atrás había presentado un ángulo antinatural, le arañó la muñeca al presionar las garras y salió volando. Aitor admiró las figuras y destrezas que el ave ejecutaba sobre sus cabezas, como si deseara impresionarlos. Era un ave magnífica, con el lomo gris oscuro, el pecho y la cabeza blancos y plumas negras en torno a los ojos. Con la cabeza aún echada hacia atrás, Emanuela rompió a reír, y Aitor devolvió su atención a ella; la risa de Jasy era el sonido que más le gustaba en el mundo, más que el violín de su hermano Juan o el órgano de la iglesia. Sin pensarlo, la atrajo hacia él y la apretó entre sus brazos.

—¡Jasy! —le dijo al oído, aturdido, asustado, feliz.

Sabía que acababa de suceder algo muy extraño y que nadie debía saberlo. Si los hombres de la Quirisición, o como fuese que se llamara, se enterasen de lo que Emanuela acababa de hacer, vendrían a apresarla por hereje, lo que fuera que eso significaba; lo había asegurado el padre Ursus, y por eso las gentes la habían dejado en paz.

La aferró por los hombros para hablarle.

—Jasy, escúchame. No debes decirle a nadie lo que has hecho, ¿me entiendes?

—¿Qué he hecho, Aitor?

—Curaste a la macagua, Jasy, eso hiciste. La tocaste y le curaste el ala rota. Jamás, nunca, debes decírselo a nadie, pues vendrán unos monjes malos, no como los *pa'i*, sino malos, y te llevarán para matarte. —Los ojos de la niña se abrieron con desmesura—. Yo no lo permitiría, Jasy —la confortó—. Ellos jamás podrían apartarte de mi lado. Pero tendríamos que irnos del pueblo para siempre y escondernos en la selva.

—¿Y no volvería a ver a mi *sy*? —Aitor sacudió la cabeza—. ¿Ni a mi *pa'i* Ursus, ni a Bruno, ni a mi *ru*?

—A nadie —confirmó, celoso de que a ella la angustiase la idea de separarse de su familia y amigos.

—Está bien, no diré nada. Te lo prometo.

La macagua finalizó su despliegue aéreo y se posó sobre el hombro de la niña, del

cual no volvió a apartarse. Ñezú les informó que se trataba de un macho, y lo bautizaron Saite, porque era muy arisco e indomable.

El recuerdo de la curación de Saite le producía sentimientos opuestos; por un lado, se enfadaba consigo por habérselo llevado a Jasy; por el otro, lo hacía feliz conocer ese secreto acerca de ella, un secreto que la unía a él más que al resto de la gente.

Suspiró con aire de resignación y abandonó la piedra sobre la cascada. Caminó por la trocha que se abría paso entre los muros de selva a paso tranquilo, la vista, el olfato y los oídos atentos, como le había indicado Palmiro. Esa habilidad, la de reconocer el lenguaje de la selva a través de sus sonidos, olores y escenas, se había convertido en una parte esencial de su índole, lo mismo que respirar. Desde sus primeras cacerías, cuando Aitor era apenas un crío, Palmiro Arapizandú había insistido en que nada tenía que escapar a su gobierno; en caso contrario, una alimaña o un cazador de indios podían lanzarse sobre él y asesinarlo o entregarlo a los paulistas para convertirlo en esclavo.

Próximo a la doctrina, llegó a una bifurcación del sendero y tomó por el que conducía a una parte del Yabebirí muy frecuentada por las mujeres para lavar la ropa. Como no quería delatar su presencia, se sirvió de lianas y de las raíces del isipoi para trepar a una cañafístula y espiarlas desde la altura; con suerte, alguna se quitaría el tipoy para darse un baño y él podría verla desnuda.

Las típicas flores amarillas del árbol habían desaparecido para convertirse en las vainas negras que su *taitaru* Ñezú tanto valoraba porque las empleaba para curar varios males. Cortó algunas; se las entregaría como un presente. En tanto arrancaba los frutos, echaba vistazos a la reunión de abajo. Unas mujeres abatanaban la lana de las ovejas esquiladas hacía poco con golpes enérgicos; otras lavaban la ropa usando las semillas del *ybaro* o las raíces de la mandioca, las cuales, agitadas sobre los tejidos húmedos, producían mucha espuma. Hablaban al unísono, y Aitor se preguntaba cómo se las ingeniaban para entenderse. Esa era otra cosa que le gustaba de Emanuela, que hablase poco. A veces le daba tirria que hablase tanto con Bruno, y lo hacía porque creía que estaban solos; no sabía que él la espiaba. Se expresaba en voz baja y semblante serio, como si estuviese confiándole un secreto de la mayor importancia. ¿Le habría referido lo de la curación de Saite? Estaba seguro de que no. Otra de sus virtudes era que mantenía la palabra empeñada.

El corazón le dio un golpe en el pecho al verla aparecer junto a su hermano menor; cargaba un lío de ropa, a Libertad sobre el hombro derecho, y a Saite sobre el izquierdo, que clavaba sus garras en la hombrera de cuero que Patricio, el talabartero, confeccionó para que no la lastimase. Kuarahy iba montado en la cabeza de Bruno, y Timbé caminaba a la zaga; todavía no se había acostumbrado a la pata nueva que le había hecho Palmiro. Como estaban en invierno, Emanuela se cubría con un poncho

que Malbalá le había tejido en tonalidades naranjas, rojas y amarillas, y que a él le gustaba mucho. Llevaba el cabello castaño recogido en dos trenzas gruesas que le alcanzaban la mitad de la espalda; suelto, casi le rozaba la cintura. Lo serenaba observar a su madre cepillar los rizos de Jasy por las noches. Era la cabellera más hermosa, abundante y extraña de la misión.

Bruno, Emanuela y los animales se aproximaron a Jesuila, la esposa de su hermano Bartolomé, que se inclinaba sobre una piedra para refregar unos pantalones. La mujer los saludó con simpatía y se movió para darles espacio. A poco, apareció su hijo mayor, Laurencio nieto, al que Aitor no había divisado antes. Emanuela se puso de pie para saludarlo, y Aitor sonrió con malicia al comprobar una vez más que, pese a tener ocho años, era casi tan alta como su detestado sobrino.

Con la rapidez que le daba la práctica, Aitor tomó una piedra del bolsillo de sus calzones, la cargó en el cuero de la honda, apuntó con el ojo izquierdo cerrado y la arrojó a una serpiente que se escurría hacia la orilla del arroyo, en dirección a Emanuela y a su hermano menor. La cabeza del reptil explotó, y el sonido quedó ahogado por el rumor de las mujeres y del agua que corría entre las rocas. Aitor soltó un silbido largo y agudo, y la macagua voló hacia él, lo cual atrajo la atención de los de abajo. Con el ave posada en el antebrazo izquierdo y una mueca traviesa, Aitor aguardó la reacción de la gente. Algunas mujeres se persignaron. Otras le gritaron que se fuese, que les traería mala suerte. Jesuila le echó un vistazo poco amigable, lo mismo que su hijo Laurencio. Bruno lo contempló con desinterés. Emanuela, en cambio, le sonrió, una sonrisa amplia en la que mostró los dientes blancos que contrastaban con su piel oscurecida por el sol. Aitor le sonrió a su vez, una sonrisa similar, grande y generosa, la que solo ella le inspiraba.

Le habló a la macagua en un susurro.

—Saite, ¿ves al pie del árbol? Allí hay una serpiente que acabo de matar. Ve y cómetela.

El animal se arrojó en picado para regresar al hombro de Emanuela. Aitor sacudió la cabeza con resignación: ella les susurraba, y los animales cumplían sus órdenes sin chistar. A él, en cambio, ninguno le hacía caso. Al menos, se consoló, el ave había respondido al silbido con el que estaba entrenándolo para cazar.

—¡Baja, Aitor! —le pidió Emanuela, y él negó con la cabeza—. ¿Puedo subir para estar contigo? —El niño volvió a negar—. ¿Por qué no?

—¡Manú! —la llamó Laurencio—. ¿Quieres subirme conmigo a esa roca? Veremos las rayas que se juntan allí, en el pozo.

—¡No, Emanuela! —Aitor se puso de pie en la rama y le gritó con autoridad—. ¡Aléjate de ella, Laurencio!

—¡Quiero ir, Aitor! —suplicó la niña—. Se ven muy bonitas las rayas desde allí.

—¡Yo también quiero ir! —anunció Bruno.

—¡No, Emanuela! Esa roca es resbaladiza. Podrías caer y te sería muy difícil volver a trepar por ahí. Y sabes que las rayas tienen espolones venenosos.

—¡Déjala ir! —terció Jesuila, y Aitor sofrenó el impulso de colocarle un piedrazo entre ceja y ceja—. Nada malo le sucederá.

—¡No, Emanuela! —insistió en vano, pues la niña, Bruno y Laurencio ya enfilaban hacia la roca.

Comenzó a descender a gran velocidad, lo que lo hizo trastabillar un par de veces y raspase los pies. Habría caído si no hubiese reaccionado deprisa y aferrado una liana. A poco de tocar el suelo, un alarido lo traspasó con la precisión de una flecha. Se giró, y no vio a Emanuela sobre la roca. En cambio, Laurencio y Bruno, de rodillas, se inclinaban en el vacío y estiraban los brazos. Las mujeres gritaban e intentaban acceder por el arroyo al pozo con las rayas, pero un grupo de rocas les dificultaba el acceso.

—¡Emanuela! —gritó Aitor.

En ese instante, otro alarido lo paralizó, y no tuvo duda: una raya la había arponeado. Corrió hacia la roca, y tanto Laurencio como Bruno tuvieron el buen tino de hacerse a un lado. Espantó a Libertad y a Saite, que, desesperados, sobrevolaban en torno a Emanuela, antes de lanzar tres flechazos en veloz sucesión y dejar fuera de combate a unas rayas. Se arrojó al pozo y sujetó a Emanuela. Presionó los pies en unas salientes de la roca que encontró tanteando bajo el agua y calzó la mano libre en una depresión que formaba la piedra.

—¡Trata de aferrarte a la roca! —le pidió con voz forzada, mientras la ayudaba a trepar.

La niña gritó de dolor cuando el arpón de la raya, que le traspasaba la parte más carnosa de la pantorrilla, raspó contra la pared de roca y se movió dentro de la herida. Laurencio la recibió y la ayudó a recostarse en la cima. Aitor trepó con agilidad y se acuclilló a su lado.

—¡Aitor! —lloriqueó la niña—. Me duele mucho.

—Déjame ver.

El espolón, una especie de espina enorme de un palmo de longitud y color blanquecino, le atravesaba la pantorrilla. No todas las rayas eran ponzoñosas; sin embargo, su tío Palmiro le había comentado que últimamente había avistado algunas de la especie cuyo arpón estaba impregnado de un potente veneno. Jesuila y otras mujeres habían alcanzado la cresta de la roca y hablaban a porfía para dar instrucciones de cómo proceder. Con gusto, Aitor las habría empujado al agua para que las rayas les perforasen las lenguas.

—Laurencio, sujeta a Emanuela. Voy a quitarle la espina.

Hubo voces de protesta, pero Aitor las desestimó. La arrancó con un jalón. El grito de Emanuela se propagó y pareció acallar los sonidos eternos de la selva. La vio

empalidecer y desmadejarse en los brazos de su sobrino. Echó el espolón en su carcaj antes de levantarla en brazos y correr hacia la orilla del arroyo donde había avistado un lodazal de caolín. Palmiro le había explicado que los *mborevi*, o tapires, como los llamaban los *pa'i*, después de comer ciertas hojas venenosas, ingerían ese barro para neutralizar la ponzoña. Se llenó las manos de la sustancia blancuzca y la untó en los dos orificios de la pantorrilla, por donde había entrado y salido el espolón.

Emanuela se removió y abrió los párpados. Se echó a llorar apenas distinguió a Aitor, que la contemplaba con un gesto ansioso que ella no le conocía. Eso la asustó, la preocupación de él, que nunca le temía a nada y que siempre solucionaba los problemas.

—Vamos, te llevaré al pueblo. Rodéame con tus piernas y con tus brazos, así será más liviano.

—Sí —farfulló la niña, y hundió el rostro en el hombro de él.

Aitor corrió por el camino y nunca se detuvo para recuperar el aliento. Lo seguían Bruno, Laurencio, Jesuila y algunas de las mujeres, que se ofrecían para cargar a la niña unas varas; él ni siquiera les contestaba. La pobre Timbé, que arrastraba la pata nueva, quedó muy a la zaga y llegó a la casa de los Ñeenguirú cuando a Emanuela ya la asistían el padre Johann y su abuelo, el *paje* Ñezú.

Durante el último trayecto, Emanuela no dominaba la pierna herida, por lo que oscilaba al costado del cuerpo de Aitor.

—No puedo levantar la pierna —se disculpó.

—No importa —resolló él, y siguió corriendo por la avenida principal. Se desplomó junto al camastro de la niña una vez que la hubo depositado. Le temblaban los músculos de los brazos y de las piernas, y estaba sin aliento para contestar las preguntas de Malbalá.

—Manda buscar a mi *taitaru* y al padre Bansué —fue todo lo que dijo.

* * *

A una orden de Ñezú, Malbalá lavó las heridas de Emanuela con agua caliente —Ñezú había insistido en que la dejase borbotear en el fuego lo que durase rezar tres credos— y un jabón que el *paje* preparaba y al que le agregaba cenizas de barrilla. El padre van Suerk no objetó.

—¿Qué es esa costra blanca? —preguntó el jesuita, y señaló la herida.

—No lo sé —admitió el *paje*.

Aitor, tenso a los pies de la cuja, dijo:

—Es caolín. —Clavó la vista en su abuelo para explicar—: Palmiro me dijo que los *mborevi* lo chupan después de comer hojas venenosas. ¿Hice mal, *taita*? ¿No debería habérselo puesto?

—Hiciste bien, Aitor. Tal vez la espina de la raya sea venenosa.

—Es esta. —Aitor la extrajo del carcaj y se la entregó al anciano, que la estudió y luego se la pasó a van Suerk.

Malbalá terminó de limpiar las heridas y se retiró para llevar fuera la vasija. Vaimaca, sentada a la cabecera, acunaba la cabeza de Emanuela y le pasaba los dedos sarmentosos por la frente para calmarla; había llorado mucho.

A sugerencia de van Suerk, le pusieron aceite de tomillo. Ñezú preparó un emplasto con corteza de ceibo machacada y clara de huevo y la aplicó en ambos orificios. El jesuita no sabía qué había de bueno en la corteza de ese árbol que abundaba en la región, pero lo cierto era que ciertas heridas, sobre todo las causadas por los animales, sanaban muy bien y no se envenenaban.

—No cubriremos la herida.

—¿Crees que es lo mejor, Ñezú? —dudó el holandés.

—Sí, *pa'i*, es lo mejor. Con el emplasto es suficiente. Vaimaca, dile a Malbalá que prepare una infusión de ipecacuana, para que la haga sudar y saque fuera toda la pudrición de la herida.

La mujer abandonó su sitio en la cabecera del camastro y marchó hacia la enramada. En la puerta, se topó con su bisnieto Laurencio, que le preguntó cómo estaba Emanuela. Al sonido de su voz, Aitor giró la cabeza con un movimiento brusco y lo perforó con una mirada, que pareció contar con el poder de congelarlo, porque, cuando Aitor cruzó la habitación con el comportamiento resuelto de un depredador, Laurencio no se movió.

—¡Vete de aquí! —Lo empujó fuera poniéndole las manos sobre el pecho—. ¡No vuelvas a acercarte a ella!

Laurencio abuelo, a quien habían ido a buscar a la herrería para avisarle del accidente de Emanuela, se interpuso entre su hijo y su nieto.

—¡Déjalo! —le ordenó a Aitor—. ¡No te atrevas a tocarlo!

El odio acumulado tras años de maltrato y desprecio sumado a la ansiedad y a la impotencia que le causaba la imagen de Emanuela tirada en una cama resultaron una combinación difícil de controlar, en especial para una personalidad como la de él. Profirió un rugido, que hizo trastabillar aun a Vaimaca, y se abalanzó sobre su padre, que terminó sentado en el suelo. En un movimiento sin pausa, muy veloz y elástico, derribó a su sobrino y lo aferró por el cuello para sacudirle la cabeza contra los ladrillos del piso de la enramada.

—¡No vuelvas a acercarte a ella, Laurencio nieto! ¡Y cuídate cuando haya luna llena, porque me convertiré en luisón e iré a buscarte para arrancarte el corazón con los dientes!

Una fuerza indescriptible lo jaló hacia atrás. Dos brazos de negro lo envolvieron y le impidieron seguir luchando.

—¡Basta! —tronó la voz del padre Ursus—. ¡Quédate quieto, Aitor! ¡Basta!

—¡Por culpa de ese malnacido Emanuela cayó al pozo de las rayas! ¡Por su culpa, *pa'i*! ¡Déjame matarlo! ¡Voy a matarlo!

Ursus giró con Aitor pegado a su pecho y lo arrastró hacia la casa de los padres. El niño clavaba los talones, al tiempo que se rebullía para escapar de la sujeción del sacerdote. Las gentes reunidas en la enramada de los Ñeenguirú abrieron un corro más para ponerse fuera del alcance del niño lobisón que para darles paso.

—Cada vez más se le nota el luisón que habita en él —comentó Jesuila.

—Sabíamos que llegaría este momento. No deberíamos haberlo dejado crecer —comentó otra mujer.

—Y ahora ese demonio ha amenazado a mi hijo —sollozó Jesuila—. Dios me lo guarde.

* * *

Ursus golpeó la puerta con el pie, y Tarcisio abrió. Se apartó con la silenciosa eficacia de costumbre, y el jesuita trastabilló dentro con su renuente carga entre los brazos. Hinojosa, que escribía en la mesa, levantó la vista y frunció el entrecejo.

—Basta, Aitor —ordenó Ursus, sin levantar el tono, pero con una decisión que pocos se habrían sentido inclinados a desobedecer. Aitor era uno de esos pocos, y siguió luchando—. Sé que te enfurece que te haya sacado de allí a la rastra, pero estabas por hacer algo muy malo y no iba a permitírtelo.

—¡Suéltame, *pa'i*!

—Lo haré si me das tu palabra de hombre de que te serenarás. —El niño se mantuvo quieto y resollando—. Dame tu palabra de hombre, Aitor. Solo así te soltaré.

—Te doy mi palabra. Ahora suéltame, *pa'i*.

Los brazos del jesuita se aflojaron lentamente. Una vez libre, Aitor giró y lo fulminó con una mirada que afectó a los tres adultos, a Ursus, a Hinojosa y a Tarcisio. El niño los miraba con un odio que se reflejaba en el destello fulgurante de sus ojos inyectados.

—¿Por qué te sangran los dedos de los pies? —preguntó Hinojosa.

Aitor se los miró.

—Ven aquí —dijo Ursus, y trató de aferrarlo por el hombro. El niño se sacudió la mano y caminó hacia atrás—. Tarcisio, tráeme esparadrapos, agua caliente, jabón y la botella con bálsamo de Tolú, esa que el padre Johann guarda en su recámara. Y tú —amenazó a Aitor con el índice—, si no quieres terminar con el culo al rojo, siéntate allí. —El jesuita se arremangó y plantó una rodilla en el suelo, frente al niño, y le examinó los pies—. ¿Con qué te los has raspado? Veo que la mano también.

—Me los raspé con la roca, tratando de sacar a Emanuela fuera del agua. Era muy

empinada y resbaladiza.

—Ya veo. ¿Cómo trajiste a Manú hasta el pueblo?

—La traje en brazos. Corrí lo más rápido que pude.

—¡Olé tus cojones, Aitor! —lo aduló Hinojosa, y como lo había expresado en castellano y el niño lo contemplaba con desconfianza, Ursus le explicó:

—El padre Santiago está diciéndote que eres muy valiente.

Aitor asintió, solemne. Desde esa posición, se hallaban a la misma altura y se miraban a los ojos. «Dios mío», reflexionó el sacerdote, «qué fuerte es para haberla cargado todo ese trayecto ¡y con los pies lastimados!». O qué fuerte era el sentimiento que lo unía a la niña. Lo estudió sin comedimientos, y Aitor le devolvió la mirada sin incomodarse.

El cabello, larguísimo, negro como la pez y muy lacio, le colgaba a los costados de la cara y acariciaba la superficie de la silla. Desde la vez en que hubo que repararlo a la fuerza porque tenía piojos, nadie había conseguido disuadirlo para que se lo cortase a una altura aceptable; ni siquiera permitía que Vaimaca le mondase las puntas. Malbalá le había sugerido a Emanuela que le pidiese que se lo cortara, a lo que la niña se había negado arguyendo que a ella le gustaba así.

Por supuesto que la creencia de que Aitor era un luisón le resultaba absurda, pero admitía que la naturaleza, al haberlo dotado de un físico tan espléndido, le había hecho un flaco favor dadas las circunstancias; casi parecía que se había ensañado con él para exacerbar la animosidad que provocaba entre los del pueblo. Para su edad —trece años—, era alto; de hecho, había alcanzado a su padre, y eso que Laurencio Ñeenguirú era un hombre de elevada estatura para un guaraní. Además, tenía las espaldas anchas, y los brazos y las piernas, delgados y fibrosos de tanto trepar árboles y lanzar flechas. Sus ojos, con ese amarillo que atraía y repelía al mismo tiempo, habían cobrado intensidad con los años, no tanto a causa de las largas y oscuras pestañas, sino de las peculiares cejas triangulares, que se habían engrosado y vuelto muy negras. Sus labios habían perdido la inocencia de los primeros años para adquirir una voluptuosidad que, Ursus sospechaba, reflejaba la naturaleza lujuriosa que se le despertaría en poco tiempo, no más de un año, calculó. Sin embargo, Aitor presentaba dos características que convencían a todo el pueblo de que en él habitaba un ser espeluznante: sus dientes caninos y el vello que comenzaba a despuntarle en las piernas y en los antebrazos.

A los colmillos, muy acusados y puntiagudos, se los había visto pocas veces, porque rara era la vez que Aitor sonreía ampliamente. La primera ocasión en que los había avistado pensó que se confundía, que había visto mal. En la segunda oportunidad se dio cuenta de que sus ojos no lo engañaban. Por supuesto, otros habían notado la peculiaridad, por lo que las habladurías se descontrolaron al punto de alcanzar a otros pueblos, incluida la Candelaria, lo que derivó en una carta del

padre superior preguntándole qué era ese asunto del niño lobisón.

El otro aspecto desconcertante de Aitor, el que tuviese pelo en las piernas y en los antebrazos —Ursus temía que lo desarrollaría también en el pecho—, alimentaba todavía más la leyenda del luisón. Si algo diferenciaba a los blancos de los indios era el vello; los primeros eran peludos, los segundos, lampiños. Le había escrito al padre Almada, quien, dos décadas atrás, había intentado reducir a los abipones —de hecho, Almada le había enseñado los rudimentos de la lengua abipona—, para preguntarle si los hombres de ese pueblo se caracterizaban por la pilosidad en el rostro y en los miembros. La respuesta había sido categórica: el varón abipón no tenía barba, es más, la detestaba porque la asociaba con el español, su peor enemigo, a quienes llamaban «los hombres barbados». A continuación, sin embargo, le comentó que, entre las razas guaycurúes, de la cual los abipones eran parte, existía otra, la guarayú, que presentaba una característica fuera de lo común y que nadie sabía explicar: a los hombres les crecía la barba. Y añadía: «*Además de ser bastante altos, poseen una larga barba bien poblada, que podría compararse con la de la raza europea si no fuese porque es lacia en lugar de rizada*». ¿Correría sangre guarayú en las venas del niño? Era la única explicación que existía.

Terminó de limpiarle las heridas de los pies y de la mano y las untó con el bálsamo de Tolú. Las cubrió con bandas de algodón.

—¿Duele?

—No, *pa'i*.

—¿Me contarás qué fue lo que le sucedió a Manú?

—Laurencio nieto la llevó a la roca del arroyo, esa desde donde se puede ver el pozo con las rayas. Yo le dije que no, porque es muy peligrosa, la roca —aclaró—. Ella fue lo mismo, porque Laurencio nieto y su *sy* le insistieron. Se resbaló y cayó al agua. Una raya la atacó.

Ursus asintió con seriedad.

—Y tú, ¿dónde estabas?

—Trepado en un árbol. Estaba bajando cuando Emanuela cayó al agua.

—Y tú la sacaste del agua —dijo, y aplicó una ligera inflexión interrogativa a su tono.

—Sí, *pa'i*.

—Bien hecho, hijo. Ya hablaré yo con Manú. No tendría que haberte desobedecido.

—No quiero que la reprendas, ni que la golpees con la férula, *pa'i*.

—No, hijo, no —musitó, e intentó disimular el efecto que esas palabras le causaron, emoción y algo de embarazo por haberse asomado a la intimidad del niño para descubrir el sentimiento infinito que profesaba por Emanuela.

Aitor había formado parte del grupo que halló a la recién nacida y a su madre

sobre el río Paraná. La había protegido desde aquellos primeros días, cuando, con apenas cuatro años, permaneció junto a la vasija de barro donde yacía Emanuela atento a sus gestos, a sus sonidos, sonriendo si la niña abría los ojos, inquietándose si la niña lloraba. Y así había sido siempre: Aitor, una presencia silenciosa y estable, callada y taciturna, constante y fiel, tras la pequeña e inculpada Emanuela.

Llamaron a la puerta. Era Bruno, todavía pálido y turbado a causa del accidente.

—Bendición, *pa'i*.

—Dios te bendiga, Bruno. ¿Qué sucede?

—Manú pide por él. —Señaló en dirección a su hermano Aitor, que se puso de pie de un salto, olvidado de las heridas de sus pies.

—Iré contigo, Aitor. Todavía no he visto a Manú.

De camino a lo de Ñeenguirú, Ursus dijo:

—Aitor, no quiero escándalos con tu padre, ni con tu sobrino Laurencio.

—Como tú digas, *pa'i* —contestó, y a Ursus le dio mala espina que se mostrase tan manso.

* * *

Durante dos días, Emanuela ardió de fiebre, al punto de pasar la mayor parte del tiempo inconsciente. Agitada y sudada, sacudía la cabeza y farfullaba incoherencias. Una palabra, sin embargo, la pronunciaba con claridad: «Aitor», por lo que el niño no se movía de su lado. A una indicación de Ñezú, él se ocupaba de aplicarle las hojas frescas de tabaco sobre las sienes y la frente para bajar la temperatura, y la abanicaba. La sostenía medio incorporada para que Malbalá le diese sorbos de la bebida refrescante que Vaimaca le preparaba con las bayas del aguaribay y también la infusión de ipecacuana, para que sudase la calentura. La lavaba con un trapo que humedecía con agua en la cual su madre había hervido pétalos de franchipán. A veces, cuando Emanuela cesaba en su continua inquietud, se quedaba mirándola con fijeza, mientras en su interior bramaba: «¡Jasy! ¡Jasy, no me dejes! ¡Jasy, no me dejes aquí solo!», hasta que caía rendido de sueño y se dormía en el piso, junto al camastro.

La pantorrilla de Emanuela se tornó de un color rosado, más tarde rojo, para pasar a un púrpura y por último volverse azul. Van Suerk temía que se gangrenara; Ñezú aseguraba que no y sostenía que, gracias al caolín, gran parte de la ponzoña se había neutralizado; era el residuo lo que provocaba la reacción. En lugar de la cataplasma de ceibo, la trató con extracto de sándalo rojo, al que llamaba *yuquiripei*, y la inflamación comenzó a ceder. Entonces, le aplicó un emplasto de flores, hojas y corteza de *ayui* —el padre van Suerk creía que se trataba de una especie de incienso o laurel salvaje—, y la pierna fue cobrando normalidad hora tras hora.

Emanuela, aturdida por los efectos de la fiebre, se despertó al amanecer muy sedienta. Llamó a Malbalá con voz desfalleciente, pero esta, agotada tras días de congoja y de labores, más tranquila porque la fiebre había cedido, dormía profundamente. Aitor, que lo hacía en el suelo, junto al camastro, se incorporó bruscamente, tanto que se mareó y, por unos instantes, vio todo con puntitos de colores.

—Jasy, aquí estoy. —Le apretó la mano y la niña giró hacia él—. ¿Te duele algo?

—La cabeza. Y tengo mucha sed, Aitor.

La ayudó a incorporarse y le acercó el filo de una calabacita con agua fresca.

—¿Quieres más?

La niña asintió, y él volvió a llenar el recipiente. Emanuela terminó de beber y le pidió a Aitor que se recostase junto a ella. La cama era pequeña, por lo que ya no cabían como antes. Aitor se puso de lado y se sostuvo la cabeza con la mano. Guardaron silencio mientras se miraban fijamente. Aitor le buscó la mano en la cama y entrelazaron los dedos.

—¿Me perdonas?

—¿Por qué?

—Por haber subido a la roca cuando tú me decías que no lo hiciera.

—Sí, te perdono. Además, no fue tu culpa, sino de Laurencio nieto, que es mucho mayor que tú. Él insistió en que subieses y después no te protegió, el muy cobarde.

—Tú me sacaste del agua —dijo, y había orgullo en su declaración.

—Sí, yo te saqué.

—¿No tuviste miedo de las rayas? ¿De que te picasen a ti también?

—Tenía miedo por ti, Jasy. Por mí, no.

—Nunca más volveré a ponerme las sandalias. Me resbalé por culpa de las sandalias. No quiero usarlas. Le diré al *pa'i* que son peligrosas. No entiendo por qué el *pa'i* quiere que vaya calzada a todas partes. A mí me gusta ir descalza.

—Porque los blancos siempre van calzados. Jamás andan descalzos.

—Pero yo no soy blanca, Aitor. Soy como tú. ¿Por qué debería ir calzada como los blancos?

Aitor le recorrió el rostro con ojos intensos. Le costaba entender que Jasy no se diese cuenta de que no era guaraní cuando sus facciones no semejaban en nada a las de su gente. Cierto que la piel se le había oscurecido desde aquellos primeros días en que la tenían en la vasija, bajo las plumas de pato. ¿Quizá nunca había visto su reflejo en el agua del arroyo o en el vidrio de la ventana de la casa de los padres? Él estudiaba a menudo su imagen y la de los demás, por eso sabía que Jasy poseía rasgos que él jamás había visto entre las niñas guaraníes, sin mencionar el color de sus ojos, como el del cielo cuando salía el sol.

—Porque tú eres blanca, Jasy.

—¿De veras? —susurró, con acento desfallecido y los ojos muy grandes y brillantes.

—Sabes que sí. ¿Por qué crees que el *pa'i* te enseña español, que es la lengua de los blancos?

—También les enseña a otros niños —tentó, con voz quebrada.

—A muy pocos, a los hijos del corregidor y a los de otros caciques importantes. Además, a ti te enseña especialmente. A ti te enseña a hablar la lengua de los blancos y a ser blanca. Por eso duermes en una cama y no en una hamaca.

—¿Por qué? —preguntó, y Aitor percibió el miedo de la niña al preguntar.

—Porque algún día, tu familia blanca, la familia de la Emanuela que está en el cementerio, vendrá a buscarte para llevarte con ellos.

—¡Yo no quiero ir con ellos, Aitor! —Se abrazó al cuello del niño y rompió a llorar. A Aitor, la amargura de Emanuela lo ahogó en la impotencia. La apretó con suavidad y le prometió al oído:

—Yo nunca les permitiré que te alejen de mí, Jasy. Nadie te alejará de mí.

* * *

Al alivio que significó la noticia de la sanación de la niña santa, le siguió un pequeño festejo en la enramada de los Ñeenguirú en el cual se asó el tapir que Palmiro Arapizandú había cazado la noche anterior. Ninguna carne le gustaba tanto al guaraní como la del *mborevi*, ni la de vaca, ni la de chanco, ni la de oveja, ni la de las gallináceas; el tapir era su favorita. Como resultaba difícil cazarlos, cada vez que alguien se aparecía por el pueblo con uno al hombro, se organizaba una celebración.

Ursus se presentó en casa de los Ñeenguirú sumido en una tormenta de fuertes pasiones: alegría por saber que la niña se restablecería por completo; alivio porque no tendría que escribirle al superior de las misiones, ni al provincial, para avisarles que había perdido la pierna o muerto —se le ponía la piel de gallina de solo pensarlo—; culpa por retenerla en un ambiente como la selva, que podía ser letal, y que era tan ajeno a su verdadera índole; y miedo de enfrentar la realidad: algún día tendría que dejarla partir, volver con los suyos, aunque no fuesen de su sangre, pero sí de su raza. Ese miedo, el de soltar la mano de Emanuela, superaba a los demás, los sofocaba, los acallaba, y él miraba hacia otro lado, como un niño caprichoso y no como el jesuita que era.

Tomó unos mates en la enramada, comió unos bocados de tapir y entró para saludarla. No lo extrañó verla en la cama rodeada de sus animales —la macagua, la lechucita, la cerdita y el mono— y de sus hermanos de leche; estaban todos, aun los más grandes. Aitor, como sucedía cuando los Ñeenguirú acaparaban a Emanuela, la contemplaba desde un rincón en pose beligerante —las piernas ligeramente

separadas, los brazos cruzados bien arriba, las manos calzadas bajo los sobacos y la vista atenta—. Era como si diese por sentado que alguno le haría daño, por lo que él se preparaba para saltarle al cuello.

—¡*Pa'i!* —lo saludó Emanuela, y fue un placer verla animada, si bien sus mejillas lucían descarnadas y pálidas.

—Buenas tardes, Manú. —El sacerdote se inclinó para besarla en la frente—. ¿Cómo te sientes?

—Bien, *pa'i*.

—Qué susto nos diste, mi niña.

—Aitor me salvó, *pa'i*.

El jesuita notó que los hermanos intercambiaban miradas incómodas.

—Lo sé, Manú. Se ha convertido en el gran *tuvichaitéva*.

—¿Qué quiere decir *tuvichaitéva*, *pa'i*?

—Tú conoces esa palabra en castellano, Manú. Quiere decir héroe. ¿La recuerdas?

—Sí, *pa'i* —contestó, de pronto apagada.

Los hermanos Ñeenguirú saludaron al jesuita, acariciaron a la niña y se fueron. Junto al camastro, permanecieron los animales, Bruno y Aitor, que se aproximó cuando se despejó el espacio. Evitó hacer contacto visual con el *pa'i* Ursus porque si bien no lo había castigado por haber golpeado a su sobrino y empujado a Laurencio días atrás, sospechaba que lo haría ahora, que Emanuela se había curado. Por eso lo desconcertó que el jesuita declarase:

—Tengo una sorpresa para ustedes tres. Cuando Manú se reponga por completo y pueda abandonar esta cama, se la mostraré. Sé que les gustará.

—¡Queremos la sorpresa ahora, *pa'i!* —rogó la niña.

—Sé paciente, Manú. La paciencia es una gran virtud, mi niña. Tienes que ponerla en práctica. Todo llega, con la bendición de Nuestro Señor.

* * *

En la reducción de San Cosme y San Damián, el padre Buenaventura Suárez, un jesuita criollo de Santa Fe, había levantado un observatorio. Con sus alumnos guaraníes, acababa de construir dos telescopios, un péndulo astronómico y un cuadrante. Como le debía un gran favor a Ursus —como unos matreros habían robado gran parte del rodeo de San Cosme, San Ignacio Miní le había regalado cientos de vacas y siete toros—, le envió como presente uno de los telescopios, que el jesuita mandó colocar sobre un trípode en la torreta del baptisterio, a la cual se accedía por una escalera externa de piedra.

De acuerdo con la indicación del padre Ursus, Malbalá llevó a Aitor, Bruno y

Emanuela a la casa de los padres después de la cena. Era domingo al día siguiente, por lo que los niños no debían forzosamente acostarse temprano.

—Gracias por traerlos, Malbalá. Yo mismo los llevaré de regreso en un rato.

—Sí, *pai*. Mis niños, sean juiciosos —les pidió antes de marcharse.

Bruno tomó en brazos a Timbé, y Ursus a Emanuela, lo que provocó aleteos nerviosos en Libertad y en Saite y chillidos en Kuarahy, y la condujo escaleras arriba. Había perdido mucho peso, y sus mejillas aún estaban sumidas, lo que le exacerbaba el rostro de por sí largo y flaco. La niña le rodeó el cuello y lo besó en la mejilla, justo encima de la barba que le orlaba la mandíbula. Era muy cariñosa y demostrativa, y lo regocijaba contar entre las personas a las que la niña amaba especialmente.

—¿Cuál es la sorpresa, *pa'i*?

—Paciencia, Manú. —Suspiró, no por cansancio, sino porque le pesaba la conciencia: violaba tantas reglas, criterios y principios al demostrar parcialidad por esos dos, sus adorados Emanuela y Aitor, que de haberlo sabido el padre provincial, lo habría enviado a trabajar a Roma o a las antípodas.

—¿Por qué suspiras, *pa'i*?

—Porque eres muy pesada, Manú.

—¡No, *pa'i*! —rio Bruno—. Mi *ru* dice que Manú es liviana como una pluma. Y Laurencio nieto dice que sus piernas parecen juncos, tan largos y delgados son.

A Ursus no le pasó inadvertido el escupitajo que soltó Aitor a la mención de su sobrino. Era rencoroso, un defecto poco común entre los guaraníes, y no le perdonaría fácilmente que hubiese inducido a Emanuela a trepar a la roca. ¿De qué modo se tomaría represalia? Porque no dudaba de que lo haría, tarde o temprano.

—Eso que acabas de hacer, Aitor Ñeenguirú, es de pésima educación. Que no se repita.

—Sí, *pa'i*.

Entraron en la torreta, y Ursus ubicó a Emanuela en una de las cuatro sillas en torno al telescopio.

—¿Qué es eso?

—Esto, Manú, es un telescopio. —Lo dijo en castellano, pues desconocía cuál era la palabra en guaraní, y Emanuela y Bruno repitieron a coro. Aitor estudió de cerca el instrumento, sin tocarlo.

—¿Para qué sirve? —quiso saber la niña.

—Sirve para observar la luna —explicó el jesuita, y esperó la reacción de Aitor, cuya conocida fascinación por el astro servía para seguir avivando las creencias acerca de su índole de lobisón. Desde la ventana del refectorio de la casa de los padres, desde la cual se tenía una buena visión de la plaza de armas, a veces lo descubría observándola en plena noche. ¿No lo espantaba estar solo, en la oscuridad?

Ursus debía admitir que, en esas ocasiones, el niño lucía sereno con la luz de la luna que le bañaba el rostro, y resultaba difícil imaginarlo en la actitud de buscabroncas que desplegaba durante el día.

—¿La luna, *pa'i*? —repitió Bruno, y se asomó a la ventana de la torreta y la señaló.

—Sí, Bruno. Podrás verla de cerca, como si estuviese al alcance de tu mano.

—¡Veamos la luna, *pa'i*! —suplicó Emanuela.

Además de la luna, identificaron a Venus y a las constelaciones de la Cruz del Sur, de Centaurus y de la Musca. No obstante, cuando tocaba el turno a Aitor, él siempre acomodaba el instrumento para volver a la luna; las estrellas lo tenían sin cuidado, y ni siquiera los relatos mitológicos con los que Ursus enriquecía la visión lo seducían. Esa era otra violación a una regla de la Compañía, ya que en el libro sobre pedagogía jesuita, el *Ratio Studiorum*, se desalentaba la enseñanza de las leyendas de los dioses de la Antigüedad.

—¿Por qué la luna a veces está más grande y otras más pequeña? —se interesó Emanuela.

—Porque esa es la voluntad de Dios —contestó el sacerdote.

—No es así —intervino Aitor, y habló por primera vez en lo que iba de la sesión astronómica—. La luna va creciendo a medida que va girando y el sol va iluminándole más partes.

—¿Cómo sabes eso? —se escandalizó el jesuita.

—Me lo dijo el *pa'i* Santiago —contestó Aitor—. ¿Es mentira, *pa'i*?

—Seguro que no, hijo. *Pa'i* Santiago no miente. Si él te lo ha dicho, así ha de ser. Yo no conozco mucho de esta cuestión. Sé identificar algunas constelaciones y nada más.

—La luna es oscura, me dijo el *pa'i* Santiago. Es el sol quien le presta la luz.

—Así parece —murmuró el jesuita, con aire reflexivo, al tiempo que planeaba sostener una conversación con su amigo del seminario. No quería que esparciese ideas raras entre sus indios y que la Inquisición terminase metiendo la nariz en su doctrina.

* * *

Desde hacía semanas estudiaba sus movimientos, como cuando salía de caza con Palmiro Arapizandú y seguían el rastro de un venado o de un chancho del monte, y se quedaban horas observándolos en absoluto silencio, sin moverse.

—Debes conocer las costumbres y los hábitos de tu presa, Aitor —le había enseñado su tío—. Cuáles son sus debilidades y dónde está su fuerza. Solo de ese modo podrás atraparla porque sabrás cuándo está más vulnerable.

No sería fácil enfrentarlo a solas, siempre andaba con alguno de sus hermanos o de sus primos. Le preocupaba el cuchillo, el que le había fabricado Laurencio Ñeenguirú y del que rara vez se separaba; andaba ostentándolo en la faja que le ajustaba los calzones. Sin embargo, existía un momento del día en que se lo quitaba: para visitar la letrina antes de meterse en la hamaca por la noche.

Las construcciones que albergaban los baños, que contaban con una docena de letrinas separadas por tapias francesas, se ubicaban en los extremos de cada bloque de viviendas, una para los hombres y otra para las mujeres. Se erigían en una parte del terreno cuya inclinación favorecía el drenaje del agua de lluvia que, entubada, llegaba desde los techos del templo, los talleres y la casa de los padres para limpiar las instalaciones. Arrastraba las heces y la orina y, de nuevo canalizada, corría bajo tierra hasta alejarse al menos una legua del pueblo.

Aitor no se presentó a la hora de la cena, comportamiento que los Ñeenguirú tomaron con indiferencia ya que, en los últimos tiempos, desaparecía con frecuencia para perderse en la selva, aun de noche. Había ido juntando lo necesario para llevar a cabo su plan y lo había escondido en un sobrado construido en las ramas de un cedro casi ahogado por un isipoi, donde solían pasar las noches con Palmiro a la espera de que se presentasen tapires, chanchos salvajes o, con suerte, un yagueté o un puma.

Se trepó al sobrado usando las raíces adventicias del isipoi y comenzó a prepararse con una inquietud que no identificaba con el miedo, sino con la anticipación por verle la expresión a su presa cuando lo asaltase.

Se cubrió la cara con el tizne de una vasija que su *jarýi* usaba al fuego —se la había pedido días atrás y la anciana se la había entregado sin hacer preguntas—, incluso los párpados superiores, el bozo y los labios, en especial el bozo y los labios. También se tizó el cuello, y luego se dibujó rayas horizontales en la frente y en las mejillas con caolín, que, una vez seco, adquiriría una tonalidad blanca fulgurante. Se ajustó al cuello un collar de dientes de yagueté y zarpas de oso hormiguero y descendió del árbol. Una vez abajo, se echó encima la piel de puma que le había prestado su tío Palmiro, ajustó la cabeza del animal a la de él y se la ató bajo el mentón. Pensó en correr al arroyo para echarse un vistazo y lo desestimó enseguida: estaba ansioso y quería terminar con su venganza. Tenía que llevarla a cabo ese día, cuando la luna brillaba en todo su esplendor. Al salir al camino, se detuvo para observarla. No podía olvidar la noche en que su *pa'i* Ursus los había invitado a conocer el telescopio. Ese instrumento mágico, que atrapaba a *jasy* y la colocaba tan cerca que se le veían hasta las arrugas de la superficie, lo tenía hechizado. Había intentado volver a usarlo, pero la puerta de ingreso a la torreta permanecía cerrada con llave.

Retomó la marcha hacia el pueblo, arriesgándose a transitar por los caminos principales, más iluminados que las trochas que surcaban el corazón de la selva,

atento a los espías que merodeaban los lindes y alertaban de cualquier peligro. Una vez en el pueblo, se escondió cerca de los baños para hombres, en una posición que también le permitía vigilar la casa de su hermano Bartolomé. Esperó tan silencioso e inmóvil como cuando iba de caza y de eso dependía que se hiciesen con la presa. La luna llena iluminaba la plaza de armas con un matiz frío y le arrancaba destellos al gnomon y a la cruz del rollo. Si bien el pueblo aún no dormía, no había nadie en las calles, y las ventanas comenzaban a oscurecerse.

A pesar de la piel de puma que le cubría la espalda y la cabeza, y de su camisa y sus pantalones, estaba temblando. Detestaba esa falta de control sobre sus miembros. Los espasmos se detuvieron de manera súbita cuando escuchó un rechinar de goznes, y a continuación se abrió la puerta de la casa de su hermano Bartolomé. Laurencio nieto salió con un fanal. Aitor lo siguió con la mirada y, cuando juzgó propicio, comenzó a moverse hacia el ingreso de los baños apretando el cuerpo contra la pared de piedra. Antes de que su sobrino alcanzase la entrada, imitó el rugido del yaguareté, un sonido que, cada vez que lo escuchaba en la selva, le confería sensación de poder y admiración, porque la bestia capaz de hacer temblar a un adulto valiente como Palmiro Arapizandú merecía su respeto. Le habría gustado convertirse en ese animal magnífico para matar a sus enemigos.

Laurencio nieto se detuvo de golpe y levantó el fanal para iluminar el sector de donde provenía el rugido. Aitor se hundió en la oscuridad y sonrió con malicia al percatarse de que la luz oscilaba en la mano insegura de su sobrino. El niño reinició la marcha con menos decisión, echando vistazos hacia uno y otro lado. A un paso de la entrada, se detuvo de golpe ante otro de esos bramidos espeluznantes.

Aitor rugió de nuevo y saltó sobre Laurencio. El fanal rodó por el piso, y la vela se apagó. El niño cayó de espaldas con un golpe seco, que lo dejó sin aire. Levantó las cejas en una mueca de horror al descubrir la bestia que se le echaba encima. Aitor le tapó la boca y le sujetó una muñeca antes de acercarle el rostro para que su sobrino apreciase de cerca sus colmillos blancos, que refulgirían en contraste con el tizne. Laurencio comenzó a sacudirse, desesperado por quitárselo de encima, y, con la mano libre, le asestaba golpes en la espalda, aunque desde un ángulo que le impedía hacerlo con fuerza.

—Laurencio —lo llamó, y su voz, con la cual había estado practicando durante días, brotó como después de un largo sueño, rasposa, con cierto tintineo acuoso—, Laurencio nieto —dijo otra vez—, hoy es noche de luna llena y te voy a arrancar el corazón como te prometí. —Bajo la mano de Aitor, se distinguían los alaridos sofocados del niño—. Y después de arrancártelo, me lo comeré.

Se distrajo un momento al percibir un calor contra la pierna y después un líquido tibio que le escurría entre los dedos de los pies. Le llevó unos segundos comprender que su sobrino se había orinado encima. La víctima aprovechó ese instante de

distracción y lo empujó con la mano libre. Aitor perdió el equilibrio y cayó hacia un costado. Laurencio caminó hacia atrás sobre sus asentaderas, saltó de pie y corrió hacia su casa profiriendo tales alaridos que despertaron a medio pueblo.

Aitor echó a correr sin mirar atrás, y no se detuvo hasta alcanzar el sobrado en el cedro. Esperó bastante hasta que el corazón cesó de tamborilearle en el pecho y en el cuello, donde el golpe era muy doloroso y lo obligó a quitarse el collar de dientes y garras y la capa de puma. Superada la excitación, se animó a descender. Quería lavarse la cara en el arroyo y quitarse la orina de ese cobarde de los pies. Su tío Palmiro lo habría disuadido. Teniendo en cuenta que a los yaguetés les encanta el agua, darle la espalda a un posible ataque del felino era, cuanto menos, poco sensato. Pero su tío Palmiro también le había enseñado la inutilidad de cazar durante las noches de luna llena: ningún animal se habría acercado al arroyo o a los barreros o lambaderos, como llamaban a los lodazales de barro salitroso, sin la protección de la oscuridad.

De regreso en el sobrado, más cómodo sin el pegote de caolín y tizne y sin el hedor de la orina, se echó encima la capa a modo de manta y se quedó dormido.

Se despertó con el ululato de una lechuza. Se estiró para recuperar la flexibilidad y se restregó los ojos. Tenía hambre. Guardó el collar en la faltriquera de sus calzones y bajó del sobrado sin acarrear nada con él. Devolvería la tinaja y la piel de puma más adelante, cuando se le presentase la ocasión. Una claridad débil comenzaba a ganarle a la noche, lo que le permitió regresar por las trochas. En el camino, arrancó unos pacurís y fue comiéndoselos, relamiendo el jugo dulce que le chorreaba entre los dedos.

Redujo el paso y aguzó los sentidos en las inmediaciones del pueblo. Se preguntó con qué se encontraría. Su sobrino había escapado gritando como un mono aullador y, de seguro, había despertado a medio mundo para contar que el luisón lo había atacado. Quizás habían formado grupos de guardia para recibirlo a golpes. Se escondió tras una maleza que se hallaba cerca de los talleres y fue aproximándose a la plaza luego de comprobar que no había nadie cerca. El pueblo aún dormía porque los gallos no habían cantado, ni las campanas sonado.

Entró en su casa con el sigilo de una serpiente y se deslizó bajo la colcha en el camastro de Emanuela, que cambió el ritmo de la respiración, se giró de costado y siguió durmiendo. Aitor le pasó un brazo por la cintura, la acercó a su cuerpo y soltó un suspiro al percibir su calidez. Hundió la cara en el cabello salvaje y abundante de la niña, que, como siempre, olía al jabón que fabricaba su madre. Volvió a quedarse dormido.

CAPÍTULO VII

—¡Aitor, despierta! ¡Vamos, arriba!

Emitió un quejido, giró hacia la pared y siguió durmiendo. La voz no se dio por vencida.

—¡Arriba, Aitor! Acaba de venir Tarcisio para decir que tu *pa'i* Ursus quiere verte. ¡Ahora, hijo!

Se volvió en el camastro y se tapó los ojos cuando la luz que ingresaba por la puerta le hirió la vista. También ingresaba un murmullo fastidioso, como el zumbido de un enjambre de insectos.

—¿Dónde está Emanuela? —preguntó, con voz ronca.

—En la escuela —contestó Malbalá, mientras enrollaba las hamacas—, donde deberías estar tú, pero fue imposible despertarte. Ahora, levántate o te arrojaré una tinaja con agua en la cara. Vístete y ve a ver a tu *pa'i*.

—¿Qué es ese ruido? ¿Quiénes están afuera?

—¿Dónde estuviste anoche, Aitor? —quiso saber la mujer en cambio, y detuvo el ajetreo.

El niño se levantó y, arrastrando los pies, salió a la enramada para lavarse el rostro en la batea. Al cruzar el umbral, se detuvo en seco: una decena de personas se calló y lo observó con ojos espantados.

—Se siente mal —susurró una de las señoras.

—Sí, luce muy mal —confirmó otra.

—Les duele el estómago después de haberse convertido en lobisón —informó un anciano.

—¡Fuera de aquí! —los ahuyentó Malbalá—. ¡Ya oyeron lo que dijo el *pa'i* esta mañana en la misa! ¡Son pecadores aquellos que creen en el luisón!

—¿Dónde estuvo tu hijo anoche? —la encaró una mujer que se había persignado a la vista de Aitor.

—Porque vinimos a buscarlo —interpuso otra— y no dormía en su hamaca.

—¡Fuera de aquí! —insistió Malbalá, al borde de las lágrimas—. ¡Déjenos en paz!

—¡Tú, mujer abipona, no deberías haber permitido que este engendro naciese! —la acusó otra—. ¡Traerá desgracias a nuestro pueblo!

Aitor reaccionó al escuchar el sollozo que escapó de los labios de su madre. La ira lo despabiló de golpe. Levantó los brazos, curvó los dedos como garras y soltó rugidos y ladridos al tiempo que mostraba una blanca dentadura de desconcertantes caninos. La pequeña reunión se disipó en una confusión de gritos y súplicas al cielo.

—¡Aitor! —exclamó Malbalá, y se limpió las lágrimas con manos exasperadas—. ¿Qué haces, hijo? ¿Empeoras las cosas?

Aitor volvió a la enramada escondiendo la risa.

—¿Qué cosas, *sy*?

La mujer farfulló una queja y se metió en la casa. Aitor se lavó la cara, robó un poco de carne que todavía se asaba en el fogón y entró para cambiarse.

—Te acompañaré a ver a tu *pa'i*.

—No, *sy*, iré solo. Ya soy grande.

—Átate el cabello —le ordenó, y le pasó un tiento de cuero—. Parece un nido de pájaros. ¿Sabes para qué quiere verte tu *pa'i*? —inquirió con acento menos severo.

Aitor se sacudió de hombros.

—De seguro está enojado porque no me presenté en la escuela.

—No es por eso, Aitor.

—¿Y por qué ha de ser? —fingió desconcierto.

—Creo que tú lo sabes.

Aitor llamó a la puerta del salón de clases, y el vozarrón de Ursus se silenció de golpe. El jesuita abrió y se lo quedó mirando con ojos turnios. A punto de bajar el mentón, Aitor se conminó a sostenerle la mirada.

—Ve a la iglesia y préndele una vela a San Juan Nepomuceno, protector contra las calumnias y primer mártir por guardar el secreto de confesión.

—Sí, *pa'i*.

—Después, te arrodillas frente al altar de la Asunción de Nuestra Señora y rezas tantos padrenuestros y avemarías como te tome hasta que yo me reúna contigo. ¿He sido claro, Aitor Ñeenguirú?

El niño tardó en responder: *pa'i* Ursus lo había llamado por el apellido en pocas ocasiones, y en todas para reprenderlo. Ese día no le deparaba nada bueno.

—Como tú mandes, *pa'i* —dijo, y desvió la vista hacia el salón. Detuvo su búsqueda al divisar a Emanuela y la contempló con una seriedad en la que caía por instinto cuando la emoción amenazaba con ponerlo en ridículo. Los ojos de la niña parecían de un azul más claro esa mañana, ¿o quizá se tratase de la circunferencia que le rodeaba el iris, que había adoptado un tono más oscuro, casi negro? Como de costumbre, llevaba puesto el collar de conchillas que él le había regalado años atrás, para su quinto cumpleaños, y que solo se quitaba para dormir porque la incomodaba. Emanuela le sonrió, pero él, sin intención, mantuvo la expresión dura y severa. La conocía tanto que, por mucho que le sonriese y agitase la manita, él había adivinado su preocupación. ¿Qué habría sucedido mientras él dormía como una marmota? Detestaba que Jasy sufriese por su culpa.

—Aitor, ¿qué esperas para ir a la iglesia? ¿Que te lleve en andas?

—No, *pa'i*. Ya me voy.

—¡Y no se te ocurra comparecer en la casa del Señor armado! Deshazte del arco y de la honda antes de entrar.

* * *

Estaba atento a los sonidos, ninguno se le pasaba por alto; esa habilidad desarrollada para la selva le servía a menudo en el pueblo o en su casa, donde la empleaba para ubicar a Laurencio sin necesidad de utilizar la vista. Apenas reconoció la pisada de Ursus y ese carraspeo que repetía cuando estaba nervioso, se puso de rodillas frente a la capilla de la Asunción de Nuestra Señora, unió las manos a la altura del mentón y rezó el padrenuestro. Supo que el jesuita se había detenido detrás de él y que aguardaba a que terminase la oración. Simuló desconocer su presencia al comenzar un avemaría, que el sacerdote interrumpió con una tos más potente. Aitor se giró sobre las rodillas y fingió sorpresa.

—Ven aquí —ordenó el jesuita, y se metió dentro del confesionario—. Arrodíllate delante de mí. Usa el almohadón, que ya deben de dolerte las rodillas.

—No importa, *pa'i*.

Ursus besó una estola morada y se la colocó detrás del cuello y sobre los hombros.

—Ave María Purísima —dijo, sin mirarlo, con el codo apoyado en la ventana del confesionario y la mano cubriéndole la cara.

—Sin pecado concebida, *pa'i*.

—¿Hace cuánto que no haces confesión, hijo?

—No me acuerdo, *pa'i*.

—Y no te acuerdas —le reprochó y apartó la mano para enfrentarlo— porque hace más de dos meses que no visitas el confesionario. ¿Qué pecados tienes para confesar? —Aitor le dijo algunas faltas verdaderas, le inventó otras y se guardó para sí las más graves—. ¿Eso es todo, Aitor?

—Sí, *pa'i*. Al menos, es todo lo que recuerdo.

—Y de anoche, ¿qué recuerdas?

—¿De anoche? —aparentó confusión.

—Te he dicho hasta el cansancio que no es de buena educación repetir lo que se te ha preguntado. Sí, de anoche, Aitor Ñeenguirú. ¿Acaso no sabes lo que ocurrió?

—No sé nada de lo que ocurrió en el pueblo.

—¿No escuchaste el alboroto acaso? —El niño sacudió la cabeza—. ¿Atacaste a tu sobrino Laurencio haciéndote pasar por el lobisón o el luisón, o lo que sea?

—¡No! ¿Él dijo que yo lo atacé?

—No, él dice que lo atacó el luisón.

—El luisón no existe, *pa'i*. Tú mismo lo has dicho.

—Por supuesto que no existe. Pero tengo la impresión de que, anoche, tú te hiciste pasar por uno para asustar a Laurencio.

—No. ¿Por qué lo haría?

—Aitor, es con tu *pa'i* con quien hablas. No intentes hacerte el pícaro porque te dejaré el trasero como una brasa.

—No, *pa'i* —dijo, y bajó la vista.

—¿Fuiste tú quien asustó a Laurencio anoche? El pobre niño lloró durante horas, para caer después en un sopor del que todavía no sale.

«Y hasta se hizo encima, *pa'i*». Apretó los labios para ocultar la sonrisa de satisfacción, al tiempo que siguió cavilando. «Es un mariquita, por eso no sacó de prisa a Jasy del pozo y a ella la atacaron las rayas».

—¿Fuiste tú, Aitor? Te recuerdo que estás confesándote. Lo que me digas, no saldrá de acá. No mientas, hijo, o Tupá te castigará duramente.

Pa'i Ursus estaba equivocado. A Tupá no había que temerle simplemente porque no existía. De pequeño, siguiendo los consejos del *pa'i*, que aseguraba que todo lo que se le pidiese, Tupá lo concedería, él le había rogado, una y otra vez, que hiciese que su *ru* lo amase. Tupá jamás le había concedido el pedido. A veces le daba por pensar que Tupá sí existía, pero que, al igual que su *ru* Laurencio, no lo amaba y que por eso no le prestaba atención. Entonces, ¿por qué tenía que ajustarse a sus reglas, que eran muchas y muy duras, si Tupá no lo tenía en cuenta?

—No, *pa'i*, yo no asusté anoche a Laurencio.

La mueca del jesuita evidenciaba sus recelos.

—Ahora dime: ¿dónde estabas? Porque de seguro no estabas en tu casa. Fui a buscarte y tu madre me dijo que no dormías en tu hamaca.

—Estaba en la torreta, viendo la luna llena con el telescopio de usted.

Resultó obvio que el sacerdote no se esperaba esa respuesta.

—¿Cómo entraste en la torreta? Siempre cierro con llave.

—Se la pedí al padre Santiago. Aquí tiene, *pa'i*. —Hurgó en la bolsita de cuero en la que llevaba las piedras para la honda hasta dar con una llave de unas nueve pulgadas—. Tenía muchas ganas de ver la luna llena.

Ursus recibió la llave, demasiado sorprendido para hablar de inmediato. Un momento después, se propuso intercambiar unas palabras con su amigo Hinojosa, que siempre apañaba y encubría a Aitor.

—¿Qué haré contigo, hijo mío? —se preguntó con una sonrisa cansada, melancólica también, y le puso la mano sobre la cabeza—. ¿Por qué no viniste hoy al catecismo?

—Ya soy grande para la escuela, *pa'i*.

—¡Grande! —rio el jesuita—. Si todavía tienes la leche en los labios.

No obstante, al verle la pelusa que le ensombrecía el bozo y que pronto habría

que afeitar, y lo tupido que estaba volviéndose el vello de sus antebrazos y pantorrillas, Ursus reflexionó que había llegado el momento de buscarle un oficio. Aitor nunca había demostrado inclinación por las disciplinas de la escuela. Leía y escribía el guaraní malamente, y apenas si sabía sumar y restar, no porque le faltase inteligencia, sino por vago e inquieto. De nada servían las penitencias, ni los golpes de férula, porque a nada le temía. La escuela, ese recinto cerrado, alejado de la naturaleza, en donde se acataban órdenes y se acumulaban conocimientos para los que él no encontraba aplicación durante sus cacerías, se tornaba, más que aburrida, hostil. Su naturaleza fogosa se rebelaba. No obstante, cuando se sentaban a solas para conversar y él le contaba acerca de los generales de la antigua Roma, o de Alejandro Magno, del cartaginés Aníbal, o de Atila, el huno, Ursus captaba su atención. Aitor guardaba silencio, salvo para formular preguntas siempre pertinentes, y lo contemplaba con una actitud que Ursus solo le había descubierto cuando lo sorprendía observando a Emanuela.

—¿Quién pudo haber atacado a Laurencio anoche? —preguntó de pronto el jesuita.

—No lo sé. Tal vez se lo imaginó. Él es muy miedoso, *pa'i*.

—No se lo inventó. Descubrimos huellas.

—Tal vez haya sido Venancio. —Aitor se refería a otro de sus sobrinos, hijo mayor de su hermano Andrés.

—No calumnies, Aitor. Tú mismo has sufrido el rigor de la calumnia. No le hagas a los demás lo que no deseas que te hagan a ti.

—*Pa'i*, tú me preguntaste quién pudo haber atacado a Laurencio nieto. Yo solo respondo a tu pregunta.

El jesuita carraspeó, incómodo.

—¿Por qué Venancio querría atacar a su primo hermano?

—Porque Venancio está celoso desde que Laurencio abuelo le fabricó un cuchillo a Laurencio nieto y no le hizo uno para él.

—¿Por qué llamas Laurencio a tu padre?

—Porque él no es mi padre.

Ursus revivió la escena dramática de años atrás, cuando Aitor, que ni siquiera contaba diez años, estuvo a punto de perforar el corazón de su padre con una flecha, y también se acordó de tantas peleas, discusiones y miradas aviesas. Volvió a plantearse la posibilidad de enviarlo a otra doctrina, y desistió como un cobarde: la pena de no tenerlo a su lado seguía resultando tan desoladora como en aquel momento.

—Laurencio asegura que el luisón le dijo que le arrancaría el corazón, tal como tú lo amenazaste el día en que Manú cayó al pozo. ¿Qué dices a eso?

—Venancio estaba allí ese día. Él escuchó bien lo que dije.

—Venancio es demasiado niño para urdir esas travesuras. Solo tiene once años.

—Venancio es un pícaro, *pa'i*, y haces mal en confiarte de él.

Si bien contaba con una excelente coartada —haberle presentado la llave de la torreta había sido una jugada maestra—, en el fondo el jesuita sabía que le mentía y lo irritaba admirarlo. Aitor era hábil, inteligente, seguro y temerario, y él eligió hacerse el sonso. Le colocó la mano sobre la cabeza, le dio la absolución y se puso de pie.

—Vamos —dijo, y se quitó la estola—, hoy mismo comenzarás a trabajar con tu tío Palmiro en la ebanistería. No te quiero de vago, urdiendo malicias. —Ursus levantó el índice para acallararlo—. Y tampoco quiero peros, Aitor. Necesitas aprender un oficio.

—Yo ya sé un oficio, *pa'i*. Soy cazador.

—En la doctrina necesitas aprender otro oficio; el de cazador no basta. ¿O prefieres trabajar en el *tupâmba'e* tres días de seis y el resto de la semana ayudar a tu madre en la huerta hasta que tengas tu propio *avamba'e* el día en que te cases?

Aitor se imaginó trabajando en los campos de la comunidad cosechando caña de azúcar, algodón, maíz o tabaco, o convertido en un tarefero, que recolectaba yerba en los raídos, y las imágenes le resultaron intolerables, lo mismo que quebrase el lomo en la granja familiar.

—Aprenderé el oficio con mi tío Palmiro.

—Bien. Vamos ahora mismo. Él estará contento de enseñarte. Te quiere como a un hijo.

* * *

—¡Mierda! —Vespaciano de Amaral y Medeiros descargó el puño contra el escritorio y clavó el cortaplumas de plata sobre la madera pulida—. ¡Mierda y mil veces mierda!

El papel le temblaba en la mano, la ira le teñía la visión de rojo, y le resultaba imposible finalizar la lectura de la carta. Con lo que había visto le bastaba.

—¿Qué sucede, vuesa merced? —Florbela se precipitó dentro de su despacho, seguida por Nicolasa, que se mantuvo callada.

—¡Nada, mi señora! —le vociferó—. ¡Dejadme a solas!

—¿Malas noticias? —insistió la mujer, y apuntó un dedo inseguro hacia la carta en manos de su esposo.

—¡Que no seréis marquesa, mi señora!

—¡Oh! —exclamaron las mujeres al unísono.

Amaral y Medeiros se dejó caer en la butaca y se sostuvo la cabeza con la mano.

—Ahora, por favor, dejadme a solas.

—Como ordenéis, vuesa merced.

La carta, con el sello del virrey del Perú, el marqués de Villagarcía, yacía sobre su escritorio. La observó largamente antes de volver a leerla. Le informaba lo que había sospechado, que el título de marqués había ido a parar a manos de un limeño, no le importaba quién, pues Su Majestad, el rey Felipe V, había recibido reportes infamantes acerca de su persona que le hacían imposible concederle un título de semejante preeminencia.

—Viejo chalado —masculló, y se sirvió del cortaplumas con que afilaba sus péñolas para infligir heridas al papel y al escritorio—. Todos saben que está más loco que una cabra y que le falta poco para irse al infierno. ¡Maldito seas, Felipe de Borbón! ¡Maldito seas, tú y tu descendencia!

Más allá de su encono hacia el rey, que el diablo se lo llevase, Vespaciano sabía a quién tenía que agradecerle el favor: a los jesuitas. Conocía la extensión de su influencia en la corte borbónica. Después de todo, la Real Cédula del 43, en la cual Felipe confirmaba el régimen administrativo y económico de las doctrinas, ratificaba sus prerrogativas en materia de impuestos y del comercio de la yerba y demás productos, y daba por tierra con las denuncias que los detractores de la Compañía de Jesús habían expuesto a la Corona española, resultaba prueba suficiente del ascendiente jesuita. Resopló al soltar una risa cargada de sarcasmo, mientras recordaba un párrafo de la mentada cédula que rezaba: «*Estas doctrinas y estos indios son una alhaja del real patrimonio de S. M.*». No por nada, los loyolistas la llamaban la Cédula Grande.

Hundió la péñola en el tintero y escribió la respuesta al marqués de Villagarcía con trazos enérgicos e inspirado por la ira. Se despachó con cuanta historia había oído acerca de los jesuitas y de sus misiones: que intentaban fundar un imperio dentro del reino español, que contaban con ejército y armas para conducir a los indios a una rebelión, que muchos de los padres eran espías de sus países de origen, que contrabandeaban, que ocultaban minas de oro en sus pueblos, que no enseñaban el español al indio para mantenerlo aislado y que tampoco les enseñaban a amar a su monarca, porque ni siquiera les explicaban que Felipe V existía; de hecho, los reinaba un tal Nicolás I, un indio guaraní, un bufón de los padres. Para el padre Ursus, a quien odiaba con especial encono, reservó el último párrafo: «*Y aseguran que esconde a una niña blanca en la misión, una niña santa, me dicen, la cual usa para sus fines espurios, los de conducir a los guaraníes a una rebelión y fundar el Imperio Jesuítico del Paraguay.*».

Plegó el papel y lo selló con lacre, un lacre en el cual jamás imprimiría el escudo de su marquesado. Dio un portazo al abandonar el despacho, y Lope y Ginebra, que jugaban al bacará en la sala, dieron un respingo en sus sillas. Evitó mirar a su hijo, la gran desilusión de su vida. Con casi trece años, todavía se orinaba de noche y a veces, cuando se alteraba, lo que sucedía a menudo, tartamudeaba. ¡El diablo se lo llevase a

él también!

* * *

Aitor se calzó el carcaj a la espalda, se cruzó el arco sobre el pecho y se colgó la honda antes de abandonar el taller donde Palmiro Arapizandú realizaba sus trabajos en madera. Como cazador, su tío Palmiro era una cosa; como ebanista, era otra, más bien severo y poco paciente. Al principio, la diferencia lo había desorientado; momentos más tarde, lo había fastidiado, sin contar que eso de taracear madera, construir muebles «elegantes», como los calificaba Palmiro, o tallar imágenes de ángeles y de santos, le resultaba tan aburrido como el catecismo.

Vislumbró a Laurencio abuelo en la enramada, y supo que estaba tomado. Su cuerpo adquiría una postura ligeramente encorvada y medio ladeada hacia la izquierda, que lo delataba. Conversaba con Bartolomé, quien lucía rabioso a juzgar por el modo en que agitaba los brazos. De seguro estaría reclamándole por el ataque del luisón a su hijo mayor. Pensó en mandarse a mudar y regresar cuando Laurencio hubiese caído en el sopor en que lo sumía la chicha, pero vio salir a Emanuela de la casa, y no razonó mientras se encaminaba hacia ella con la decisión que emplea el yaguareté para caer sobre su víctima.

La había extrañado; lo único bueno de ir a la escuela era estar cerca de ella. Le costaría acostumbrarse a no compartir la jornada con su Jasy, apenas un rato por la mañana y otro por la tarde antes de irse a dormir. No les bastaría para contarse las novedades, los descubrimientos y los planes. Bruno sabría de ella más que él. Apretó el paso movido por los celos y la rabia.

Emanuela lo vio, soltó una risita que suavizó la ira de Aitor y corrió a recibirlo, aunque todavía renguease un poco. La lechuza caburé y la macagua perdieron el equilibrio sobre sus hombros y tomaron vuelo; el kinkajú se aferró a su pecho, en tanto Timbé la siguió con aire resignado. Aitor la aferró por la cintura y la hizo girar en el aire. Los chillidos alegres de la niña se confundían con los del aterrado Kuarahy.

—¡Jasy! —susurró con voz agitada al estrecharla contra su pecho.

—¿Dónde estabas? —preguntó, seria y sin mirarlo, mientras le acomodaba, detrás de las orejas, el largo cabello negro, por el cual experimentaba una gran fascinación. Desde que su tío Palmiro le había regalado un peine de madera en su último cumpleaños, se lo peinaba todas las noches, y Malbalá se servía de él para enseñarle a trenzar—. ¿Por qué no fuiste al catecismo?

—Mi *pa'i* Ursus me dijo que ya soy grande y que no tengo que volver al catecismo.

—¿De veras?

A veces, cuando algo la desconcertaba, fruncía el entrecejo y ladeaba la cabeza, y

a Aitor le daban ganas de besarla. Lo hizo, le plantó un beso en la mejilla, y en la nariz, y la niña rio.

—Dale un beso también a Kuarahy. Él te echó de menos, aunque no tanto como yo.

—Solo te doy besos a ti, Jasy.

—También besas a mi *sy* y a mi *jarýi* Vaimaca —le recordó, sin mostrarse ofendida.

—A ellas no las beso como a ti. A ti te beso porque *quiero* besarte.

—¿Y a ellas?

—Se supone que debo hacerlo, ¿no?

—¿Dónde estuviste todo el día?

—En el taller de mi tío Palmiro, aprendiendo para ser ebanista como él.

—¿De veras? ¿Y me fabricarás cosas bonitas como las que hace mi tío Palmiro?

La ojeriza que le había agarrado al oficio de pronto ya no era tan aguda. «Hacerle cosas bonitas a mi Jasy», repitió para sí.

—Te llenaré de cosas bonitas. —Evocaría la risa de la niña, la ternura con que acababa de estrecharle el cuello y besarlo en la mejilla cada vez que lamentase hallarse enclaustrado en el taller de Palmiro Arapizandú—. ¿Así que me echaste de menos? —La niña asintió—. Cuéntame, ¿por qué me echaste de menos?

—Tenía miedo de que mi *pa'i* Ursus te hubiese castigado. Tenía mucho miedo —reiteró, y volvió a apretarle el cuello—. Anoche, el luisón atacó a Laurencio nieto, y todos dicen que fuiste tú.

—Sabes que el luisón no existe, Jasy. Lo sabes, ¿verdad? —La niña agitó los hombros—. No existe, Jasy, te lo prometo. —Por primera vez, se arrepentía de haberse disfrazado de lobisón.

—¿Fuiste tú, Aitor? ¿Tú atacaste a Laurencio nieto?

Como se había impuesto como regla jamás mentirle, le habría respondido con la verdad si Bruno no los hubiese interrumpido.

—Mi *ru* te llama. Quiere hablar contigo.

Predijo que habría gresca, por lo que colocó a Emanuela en tierra firme y la tomó de la mano para avanzar hacia su casa. Bartolomé ya se había ido. «Cobarde», masculló Aitor. «Me teme más que su hijo», porque, a pesar de llevarle trece años, sabía que, en una lucha, pelearían de igual a igual.

Se detuvo frente a Laurencio y, desde esa distancia, le olfateó el hedor de la chicha. El hombre lo observaba tras unos párpados entornados que no bastaban para velar su odio. Se expresó con la voz pastosa, aunque clara:

—Quiero que agarres tus cosas y te vayas de mi casa. No voy a permitir que el monstruo que ataca a mi nieto favorito viva bajo mi techo.

Aitor percibió en su mano el temblor de Emanuela, y también que estaba

formándose un corro en torno a ellos.

—Lo haré, pero Emanuela se viene conmigo. Irá adonde yo vaya.

—¡Tú no te llevas a Manú a ningún lado! ¡Se quedará aquí, con su familia! —El hombre se adelantó con pisadas vacilantes y lanzó un manotazo—. ¡Dame a la niña! ¡Es mi hija!

Aitor colocó a Emanuela detrás de él y allí la mantuvo con una mano. Con la otra, aferró el cuello de la camisa de su padre y lo empujó. El hombre trastabilló, cayó de espaldas, y la cabeza le rebotó contra el filo de ladrillos que componían el suelo de la enramada. Se trató de un golpe seco que, aun a Aitor, provocó un respingo y un regusto desagradable en la base de la garganta. Los curiosos soltaron a coro un clamor, y, por unos instantes, permanecieron congelados, los ojos fijos en la figura inmóvil de Laurencio Ñeenguirú. Sin darse cuenta, Aitor dejó ir a Emanuela cuando esta caminó hacia su padre adoptivo. No gritaba, no lloraba, ni siquiera temblaba o lucía afectada. Se arrodilló junto a él, cerca de la cabeza, y lo contempló con serenidad antes de apoyarle las manitas sobre la frente y los ojos. Más tarde, los curiosos afirmarían que de las manos de la niña había brotado una luz brillante, que no encandilaba; otros asegurarían que la cabeza de Ñeenguirú se había tornado de color rojo; otros insistirían en que un ángel se había posado sobre la niña y que sus alas blancas fosforecían; y así los relatos de los segundos en que Emanuela había posado las manos sobre la cara de Laurencio se tornarían tan pintorescos como los de una leyenda.

Ñeenguirú inspiró profundamente, con la ansiedad de quien ha permanecido demasiado tiempo bajo el agua, y agitó la cabeza. La niña retiró las manos, y su padre adoptivo levantó los párpados.

—Manú —dijo, con voz sobria y timbre feliz.

Malbalá, que trabajaba a unas cuantas varas del pueblo, en su huerta, corrió el último trecho al avistar el gentío en torno a la enramada de la casa. Si bien se había acostumbrado a ser el centro de atención de San Ignacio Miní, el instinto le marcó que en esa ocasión había sucedido algo grave. Frenó de golpe al ver a Emanuela de rodillas junto a Laurencio, que, tirado en el suelo, sonreía y acariciaba la mejilla de la niña. Aitor, a una corta distancia, lucía pálido y observaba con ojos sin vida.

—¡Laurencio! —exclamó, y lo ayudó a incorporarse—. ¿Qué sucedió, Laurencio?

—Que ese demonio de hijo que tienes intentó matarme y mi niña santa me devolvió la vida.

El gentío lanzó una exclamación y se dispersó en todas direcciones pregonando la buena nueva como buhoneros.

A las palabras de Laurencio, Emanuela se restregó los ojos, pestañeó varias veces, como si despertase, y clamó:

—¡Aitor no es un demonio, *ru!* ¡Nunca vuelvas a llamarlo así! ¡Nunca!

Corrió hacia él, que cayó de rodillas para recibirla en sus brazos. La apretó con la misma intensidad que empleaba para refrenar las lágrimas. Tenía ganas de llorar por tantas cosas: de felicidad, porque Jasy lo había salvado de convertirse en un asesino; de tristeza, porque deseaba muerto a ese malnacido de Laurencio Ñeenguirú; de miedo, porque ahora resultaría imposible ocultar que su Jasy era un ángel, y todos la querían, la anhelarían, volverían a tocarla como cuando era pequeña, la molestarían, la atosigarían, pero no porque la amasen como él, sino para usarla. Y su Jasy solo le pertenecía a él.

* * *

Meses más tarde del incidente en el que Emanuela se convirtió en el portento de San Ignacio Miní, y después de una noche de luna llena, aparecieron varios animales muertos, algunos del *tupâmba'e*, otros de algunos *avamba'e*. Gallinas, cerdos, ovejas y cabras, degollados con una mordida en la yugular; a todos les habían arrancado el corazón.

Palmiro Arapizandú, a quien el gobernador Andonaegui había apuntado como el nuevo corregidor después de la muerte de Cecilio Pindoyuví, pidió al Cabildo que instruyese una investigación. Las bestias asesinadas fueron llevadas al matadero, donde el alguacil mayor y los alcaldes de primero y de segundo voto las estudiaron, junto con el padre van Suerk. Llegaron a la conclusión de que habían muerto a causa del ataque de un depredador y marcharon a la casa de los padres para comunicarle las novedades a Ursus, que se encontraba en su dormitorio, donde rezaba.

Ursus estaba preocupado. No había resultado fácil restablecer el equilibrio dentro de la misión después del ataque del luisón y de la «resurrección» de Ñeenguirú. No importaba cuántas veces les explicase a las gentes del pueblo que Laurencio no había resucitado, sino que había perdido la conciencia para recuperarla minutos después sin intervención de Emanuela; para ellos, la niña santa lo había devuelto a la vida. Se reiniciaron las peregrinaciones a casa de los Ñeenguirú; la enramada volvió a abarrotarse de votivas, flores, canastas con comida, obsequios, animales —muertos y vivos— y toda clase de presentes, y Emanuela debió soportar el manoseo y los besos en los pies y que la abrumasen con pedidos y favores. Lo toleraba con una ecuanimidad admirable para una niña de ocho años; no obstante, Ursus la notaba enflaquecida, ojerosa y demacrada.

Desde el púlpito, se agitaba al advertirles que la Inquisición vendría a llevársela para enjuiciarla por bruja. Sus discursos caían en saco roto. Tenía la impresión de que no le creían, o bien de que elegían no prestarle atención para seguir aprovechando la presencia de una santa que los salvaría de la enfermedad y de la muerte.

El día en que recibió una carta del obispo de Asunción en la cual lo consultaba por los rumores que ciertos «vecinos de fuste» le habían comentado acerca de que una niña santa en la misión de San Ignacio Miní realizaba portentos, Ursus supo que había llegado el momento de tomar una medida drástica antes de que las cosas se salieran de madre. Le pidió al padre Hinojosa que compusiera una obrita de teatro, disciplina a la cual los jesuitas echaban mano con frecuencia para educar a los indios, y que se inspirase en una famosa quema de brujas del siglo anterior acaecida en Logroño, una localidad al norte de la España.

—Estoy preocupado, Santiago —admitió Ursus—. Siento que la situación se me va de las manos y que esto va a terminar mal. Necesito algo contundente, algo que los haga oírme y prestarme atención. Este desvarío de la niña santa tiene que terminar cuanto antes. ¿Podrás completar la obra para la celebración de Corpus Christi? Se me ocurre que podríamos ponerla en escena en las vísperas. ¿Qué piensas? Sé que no estoy dándote mucho tiempo...

—Calma, amigo. Lo haré. Escribiré la obra para esa fecha aunque tenga que pasar noches enteras en vela.

—Gracias, Santiago.

—Eso sí, tendrás que revisarla. Mi guaraní no es ni por lejos tan bueno como el tuyo.

—Por supuesto, la revisaré con gusto.

—¿Quiénes serán los actores?

—Hay un grupo de muchachos que hace de compañía teatral para las celebraciones. Juan Ñeenguirú es el encargado. Habla con él, por favor.

—Lo haré. —Hinojosa bajó la vista y se acarició el mentón—. Ursus, ¿has pensado que tal vez Emanuela en verdad posea un don sanador?

—¡No! Ella es una niña normal, como cualquier otra.

—¿Por qué te opones con tanta tenacidad?

—¿Es que no lo comprendes, Santiago, justamente tú, que has sido perseguido por tus ideas? Estas no son épocas para proclamar la existencia de seres mágicos o dotados de las mismas cualidades sanadoras de Nuestro Señor Jesucristo. La Inquisición terminaría quemándola o torturándola hasta matarla. ¡No tolero siquiera pensar en esa posibilidad! Si no logro acallar a las gentes del pueblo, tendré que llevarme a Emanuela de aquí.

Más allá de que sabía que la niña contaba con poderes mágicos, el otro que insistía en la normalidad de Emanuela era Aitor, y lo hacía por miedo a la Inquisición —ahora sabía bien cómo se llamaba—, y por celos, porque cada día le resultaba más duro verla acosada y manoseada. Además, se sentía culpable. Pero a las declaraciones de él, de que Emanuela no había resucitado a Laurencio Ñeenguirú, nadie les prestaba atención. Desde el ataque a Laurencio nieto, la gente lo rehuía más que antes; no se

atrevían a mirarlo a los ojos, ni a importunarlo; se alejaban en dirección contraria si se lo topaban en la calle, pero sin insultarlo, ni recordarle su calidad de luisón, y, salvo pocas personas, nadie le dirigía la palabra. Ursus, que había notado el pánico que su figura despertaba entre los indios, se decía que lo único que lo salvaba de que se organizaran para lincharlo era el amor incondicional que Emanuela mostraba por él. Al final, reflexionaba, la niña santa estaba evitando una tragedia, pero ¿a qué costo, el de su propia vida?

Las vísperas de la procesión de Corpus Christi llegaron, y junto con ellas los festejos para los que la misión había estado preparándose desde el día siguiente al de la Pascua de Resurrección. Después de un concierto de la orquesta de la doctrina de Nuestra Señora de Loreto, se aprestó el escenario en un extremo de la plaza de armas, donde se interpretaría la obra *La bruja y el inquisidor*, del padre Santiago de Hinojosa, S. J. Ursus decidió que el espectáculo tuviese lugar a la caída del sol para que el efecto fuese más dramático. En la primera fila, la única con sillas, se ubicaron los padres y los hermanos de las dos misiones, la de San Ignacio Miní y la de Loreto, el corregidor Arapizandú y las autoridades del Cabildo, que destacaban por sus capas y coronas cubiertas de plumas multicolores y los rostros pintados con tintas negras y rojas. El pueblo la presenciaba de pie, aunque muchos se sentaron en el suelo.

Durante la hora y media que duró la puesta en escena, solo se oyeron las voces de los actores, y aun la selva parecía haber acallado sus sonidos incesantes. Los jesuitas y los guaraníes contenían el aliento en tanto se desarrollaba el interrogatorio a la muchacha, quien, por curar con brebajes de hierbas y emplastos, había sido acusada de practicar la brujería. Hinojosa no reparó en nada, y hasta incluyó una escena con la tortura del potro y la de las tenazas, esta última tan real, con pedazos de hígado de vaca y tintura roja para imitar la sangre, que algunos indios vomitaron, otros se desvanecieron. La obra finalizaba con la pobre desgraciada en la hoguera. Mientras se consumía un muñeco relleno de paja y las llamas teñían la noche de una luminosidad naranja, un actor se ocultaba para proferir alaridos desgarradores que superaban el rugido del fuego y los crujidos de las ramas, y rasgaban la quietud del pueblo. El efecto resultó más dramático de lo que Ursus había previsto, y cuando se anunció el final de la obra, el público guardó silencio antes de explotar en un aplauso.

Todavía afectado, Ursus se puso de pie, caminó hacia el improvisado escenario, donde unos indios apagaban las llamas arrojándoles tierra, y vociferó:

—¡Este es el fin que se les depara a aquellos que caen fuera del favor de la Inquisición! ¡Este es el destino que les aguarda a los pobres infelices que el Santo Oficio condena por brujos o herejes! ¡Y creedme, la mano de la Santa Inquisición es muy larga y poderosa y nos alcanzará aquí si es necesario! ¡Sean juiciosos y que Dios los proteja!

Sin duda, la obra de teatro misma podría haber sido condenada por el Santo

Oficio ya que Hinojosa la había dotado de una cualidad ambivalente que habría enojado a los inquisidores más benévolos. Pero a Ursus, eso lo tenía sin cuidado. La obra no volvería a representarse, y su amigo, el capellán de Loreto, que conocía el apuro en el que se hallaba, no abriría la boca. Lo único que importaba era acabar con la veneración que Emanuela despertaba, y *La bruja y el inquisidor* había cumplido su objetivo. Una vez más, las gentes se retrajeron, desaparecieron las ofrendas en la enramada de los Ñeenguirú y la niña volvió a transitar con libertad por el pueblo. Ursus, de igual modo y con ánimo pesimista, se preguntó hasta cuándo.

La aparición de los animales muertos ponía de nuevo en peligro el equilibrio que con tanto trabajo se había restablecido durante las vísperas de Corpus Christi, y reavivaba la leyenda del lobisón.

Van Suerk llamó a la puerta de su dormitorio y le avisó que lo esperaban en la sala.

—En un minuto estoy con ustedes —anunció.

Lo recibieron varios rostros de expresiones consternadas.

—¿Y bien? —preguntó, con tono impaciente, en dirección a Palmiro Arapizandú.

—Ya revisamos a los animales muertos, *pa'i*. No hay duda: una bestia las ha matado.

—¿Qué clase de bestia?

—Un yagareté, tal vez —propuso van Suerk.

—No, *pa'i* —intervino el alcalde de primer voto—. Un yagareté no se atrevería a entrar en el pueblo. Huyen de los humanos.

—Además —añadió Arapizandú—, jamás saldría a cazar con luna llena. Estaría muy expuesto y vulnerable.

—Por otro lado —comentó el alcalde de segundo voto—, un yagareté caza para comerse a sus presas, no para arrancarles solo el corazón.

—¿Les arrancaron el corazón? —se alarmó Ursus, y los demás asintieron—. ¿Entonces? ¿Qué sugieren?

—El luisón, *pa'i* —se atrevió a contestar el alcalde de primer voto.

—¡Y de nuevo con el tema de marras! —se exasperó Ursus—. Estoy cansado con este dislate del luisón. ¡Les he dicho que es pecado creer en esas sandeces! Tendrás que confesarte, David, si quieres que te imparta la comunión mañana en la misa. Lo mismo ustedes, si comparten la idea de David.

—Como usted mande, *pa'i*.

—Y ahora, si no tienen nada más para decirme, los dejaré proseguir con sus tareas. Tengo que meditar sobre este asunto.

Los indios se marcharon, y Ursus se dejó caer en una silla, de pronto agobiado por un cansancio físico, que le volvía de piedra los miembros.

—*Cui bono?* —escuchó decir a Hinojosa, que había presenciado la conversación

en silencio.

—¿Quién se beneficia? —repitió Ursus, y suspiró—. Tantos... Todos aquellos que le tienen ojeriza a Aitor, empezando por su padre, y siguiendo por algunos de sus hermanos, su sobrino Laurencio, y... ¡Que podría tratarse del pueblo entero, Santiago! Casi todos creen que es el dichoso luisón y le tienen un miedo de tomo y lomo. ¿Qué harías tú, Santiago?

—Pedirle al alguacil mayor que organizase rondas con aquellos que sean menos proclives de actuar en contra de Aitor, para que vigilaran el pueblo durante las noches de luna llena.

Ursus asintió con aire abatido.

—Eso haré. Gracias, amigo.

A una orden de Ursus, el alguacil mayor organizó dos grupos de guardia, uno que rondaría el pueblo y otro la estancia, durante las noches de luna llena. Aunque disminuyeron, los ataques a los animales continuaron, junto con la leyenda del luisón.

CAPÍTULO VIII

Sentado sobre un tocón en la enramada, Aitor cerraba los ojos y respiraba con inspiraciones serenas y regulares. Pocas veces se permitía relajar los músculos y bajar la guardia. Se esforzaba por oír la respiración de Emanuela, que, de rodillas detrás de él, le peinaba el cabello, que bien le podría haber servido de taparrabo, tan largo lo llevaba.

—¿Te animas a cortarme un poco el pelo, Jasy?

Emanuela le aferró los hombros e hizo presión para que se volviese. Aitor sonrió, divertido con su gesto de sorpresa.

—¿De veras?

Le besó la nariz, embargado de ternura y de amor. Si cuando volvía al pueblo se hospedaba en la casa de ese diablo de Laurencio abuelo solo era para estar cerca de ella; por Jasy, era capaz de cualquier sacrificio. El hombre le lanzaba una mirada torva, a la que Aitor respondía soltándole una risita sarcástica, que Malbalá enseguida le recriminaba con un bofetón en el brazo. Por lo general, el hombre se marchaba; a veces no volvía por la noche. De igual modo, Aitor dormía con su cuchillo a mano, uno magnífico, de hoja de fino acero de doce pulgadas y mango de madera, que le había regalado su tío Palmiro para que destripase los animales que cazaba mientras se hallaba solo en el monte. Desde hacía tiempo, Laurencio no lo enfrentaba, ni siquiera cuando estaba bebido, porque la preponderancia física de Aitor era ostensible, y le temía; sin embargo, este no descartaba que lo atacase a traición.

—Sí, de veras. Pero solo un poco, Jasy.

—Sí, sí, un poco. Iré a pedirle las tijeras a mi *pa'i* Ursus.

Se sentó en el piso de ladrillos y se calzó las sandalias para que el sacerdote no la sermonease. Corrió hacia la casa de los padres, y Aitor se giró sobre el tocón para observarla. Las trenzas le golpeaban la espalda, y el tipoy le trepaba un poco por las piernas delgadas. Libertad y Saite volaban a su lado; Kuarahy, como siempre, iba trepado en su hombro; la nueva adquisición, un monito carayá rojo muy pequeño que Aitor acababa de traerle de regalo de la selva, y Timbé, demasiado pesada y lenta para seguirla, se quedaron a la sombra de la enramada. La niña desapareció de la vista, y Aitor experimentó ese sentimiento extraño, el único que lo aterraba, como un presagio de que algún día ella desaparecería para siempre.

—No, no —susurró para darse ánimos.

Unos ruiditos atrajeron su atención y desvió la mirada hacia la canasta donde se hallaba el pequeño carayá envuelto en un lienzo que les había prestado su madre, mientras refunfuñaba por la nueva mascota. Lo había encontrado en uno de los

sobrados en los que solía pasar la noche. El monito temblaba y lloraba profiriendo débiles aullidos, que se volverían ensordecedores cuando fuese adulto; eran famosos por eso. Estaba solo, a su madre no se la veía por las ramas, ni en las copas de los árboles vecinos. ¿Lo habría abandonado? ¿Lo habría rechazado el macho líder de la manada? Se apiadó del animal, una emoción que no experimentaba a menudo, y fue acercándose lentamente y hablándole con dulzura para ganarse su confianza. Pensó en Jasy, en cuánto le gustaría un monito como ese, tan gracioso con los pelos de la cabeza parados y los ojos enormes y despiertos. No se había equivocado, Emanuela soltó un grito de alegría cuando le entregó el regalo, uno parecido al que había proferido cuando lo vio llegar después de días de trabajar en el monte como aserrador, porque lo de ebanista no se le daba, así que su tío Palmiro había hablado con el *pa'i* Ursus pocas semanas después de tenerlo como aprendiz en el taller.

—*Pa'i*, sabes que quiero a Aitor como si fuese mi hijo, por eso me entristece verlo desgraciado haciendo un oficio para el cual no nació. Es demasiado inquieto e impaciente. Le cuesta estar sentado y no es prolijo. A él lo que le gusta es la selva. Creo que lo mejor sería que se convirtiese en aserrador. Desde pequeño, desde que yo lo llevaba a cazar, le he enseñado a distinguir los árboles. Los conoce tanto como yo. Sabrá elegir aquellos que estén listos para ser cortados y dejará en paz a los que no les haya llegado su tiempo.

—Aserrar no es un juego de niños, Palmiro. ¿Quién le enseñará? —se preocupó Ursus, porque sabía que ni los aserradores ni los hacheros aceptarían adentrarse en la selva con él por miedo a que se convirtiese en el lobisón.

—Yo mismo, *pa'i*.

—¿No es muy niño, Palmiro? Solo tiene trece años para pasarse tanto tiempo en la selva. Los aserradores a veces no regresan a la doctrina durante días.

—¡No soy un niño, *pa'i*!

—*Pa'i*, no enviaría a Aitor a la selva si supiese que no está preparado para ella. Yo mismo lo formé para que la conozca y la respete. No te olvides de que, cuando tenía apenas nueve años, durante dos días no supimos nada de él, y volvió sin un rasguño.

—Sí —farfulló el jesuita, y lanzó un vistazo severo en dirección a Aitor—, lo recuerdo bien, porque durante dos días me lo pasé con el corazón en la mano hasta verlo aparecer de nuevo. No te sonrías, pequeño granuja, que estuvimos en un sinvivir a causa tuya.

—Aitor será un gran aserrador, *pa'i*, ya lo verás.

Hacía dos años que se dedicaba a ese oficio, que, por un lado, le permitía pasar el tiempo en su lugar favorito, la selva, y que, por el otro, lo mantenía lejos de Jasy, en ocasiones, durante dos o tres semanas, cuando había que recorrer largas distancias para hallar el árbol correcto; los carpinteros y los ebanistas de la misión eran

exigentes con la calidad de la madera pues de eso dependía en gran medida la factura de la pieza que terminaría en los salones de las casas de fuste de Asunción, Lima o Buenos Aires o en las iglesias. Lo mismo contaba para los astilleros de Corrientes, que en general compraban lapacho negro, por su dureza.

Los derribaba a hachazos o con la sierra, dependiendo del árbol, y los desroñaba para después cortarlos en trozos de fácil transporte, aunque, en realidad, nunca resultaba fácil transportarlos hasta el río, donde una jangada los llevaba al embarcadero de la misión. En general, los aserradores trabajaban en pareja, incluso a veces hasta los acompañaba un boyero si no eran diestros en el manejo de los bueyes que tiraban de la alzaprime cargada de troncos. En el caso de Aitor, lo hacía solo, y, salvo en ciertas ocasiones, cuando había aserrado árboles de gran envergadura, no se servía de los bueyes, sino que él mismo se colocaba el arnés y arrastraba la alzaprime hasta el puesto más cercano en el Paraná, donde aguardaba la balsa. Los demás aserradores, reunidos en torno al mate, se callaban cuando lo veían aparecer y lo seguían con ojos que no disimulaban la admiración que el despliegue de fortaleza física les inspiraba y que solo servía para acrecentar la leyenda en torno a él. Así como aparecía en silencio, luego de descargar los troncos, Aitor se perdía en la fragosidad del monte. No le molestaba la soledad; solo lamentaba no compartir a diario un momento con Jasy.

También se había convertido en un buen resinero, aunque esa tarea la emprendía para satisfacer los pedidos de su abuelo Ñezú, que preparaba medicinas y trementina con la savia de ciertos árboles y la de los pinos. Elegía aquellos que tuviesen la corteza pegada al tronco, les practicaba un corte, a veces dos, pero no más, en forma de punta de flecha y ataba una vasija con una fibra de güembé o de palmera. La controlaba cada dos o tres días, y a veces se encontraba con que la vasija desbordaba. Lo complacía la mirada y la media sonrisa que le destinaba su *taitaru* después de estudiar la resina y de olfatearla. Le palmeaba la mejilla antes de entrar en la casa para guardar la valiosa savia.

En la soledad de la selva, había vivido una experiencia fascinante y confusa, y le había sucedido una noche, después de haber visto copular a una pareja de monos. Se despertó con una sensación agradable y, enseguida, percibió una humedad entre las piernas. Se aflojó el jarete de los calzones e introdujo la mano. Se tanteó los genitales y notó que tenía el pene medio duro y que una sustancia espesa y viscosa le mojaba los dedos. Los resabios de un sueño en el que una mujer desnuda, a la cual no le veía el rostro, lo acariciaba entre las piernas, se tornaron más vívidos a medida que pasaban los segundos. Se acarició el pene de manera instintiva y fue aumentando las fricciones hasta alcanzar una sensación rápida, fuerte y placentera, que lo dejó agitado, sorprendido y con la mano pringada de la sustancia viscosa. Desde esa noche, lo practicaba a menudo. También le gustaba despertarse en medio de la noche

con las imágenes de la mujer desnuda a la que no conseguía verle la cara.

* * *

Emanuela regresó, agitada y sonrosada, con las tijeras en la mano y un envoltorio bajo el brazo.

—¿Por qué tardaste tanto? —le reprochó con una severidad que enseguida lamentó. La celaba aun del padre Ursus, y también del padre Santiago, por quien sentía afecto, pero lo ponía de malas que fuese tan cariñoso con ella.

—Mi *pa'i* Ursus me hizo sentar a la mesa y comer dulce de batata con miel silvestre. Me dijo que mañana es mi natalicio. ¿Sabes cuántos años cumplo, Aitor?

—Once —masculló, todavía malhumorado.

—Sí, once. Las dos manos y un dedo más. Mi *pa'i* Santiago me dijo que soy tan menudita, que parezco de cinco. —La declaración no le había agradado, resultaba palmario—. ¿Parezco de cinco, Aitor? —Este negó con una sacudida de cabeza, y la niña le sonrió, una sonrisa que le hizo destellar el azul de los ojos—. Le pedí a Tarcisio un poco de dulce para ti. —Le extendió el envoltorio, y Aitor lo recibió con azoro.

—¿Sí? ¿Se lo pediste para mí?

—Sí, porque sé que te gusta.

Se la quedó mirando con una sonrisa inconsciente. Ella no podía adivinar qué feliz lo hacía. Que lo hubiese recordado en medio de tantas atenciones que recibía en la casa de los padres significaba todo para él.

—Gracias, Jasy. —Se inclinó y la besó en la mejilla.

La niña corrió hacia el interior de la casa, regresó con una cuchara de madera y se la entregó. Aitor quitó la tela que envolvía el pote de barro y probó el dulce, que le resultó un manjar. Fue saboreándolo, mientras Jasy le mondaba las puntas. Cada tanto, le ofrecía una cucharada, que ella chupaba con una avidez que lo hacía reír.

—¿Estás contenta con el regalo que te traje?

—Sí. ¿Cómo lo llamaremos? —preguntó, en tanto recogía los mechones caídos sobre el piso de la enramada—. ¿Está bien? —se preocupó, al ver que Aitor se observaba las puntas.

—Muy bien. Cortaste justo lo que quería.

Emanuela echó los recortes de pelo dentro del canasto, que vaciaban por las tardes en el pozo comunal donde se recolectaban los residuos; este se hallaba detrás de los talleres, en una zona poco concurrida. Se sacudió las manos con aire concentrado, mientras observaba al monito en la canasta.

—¿Te parece que lo llamemos Miní? Es tan pequeñito... —dijo, y lo levantó. Acercó la nariz al morro del animal y lo acarició varias veces con la punta. El carayá

emitió un sonido lánguido y ajustó sus manos diminutas en el cabello que cubría las sienes de la niña, que rio y le plantó un beso en el hocico. El kinkajú, celoso, lo aferró por la oreja e intentó morderlo—. ¡Dejalo, Kuarahy! —Le soltó un golpe en la crisma y lo depositó en el suelo—. Ve al sobrado y no vuelvas hasta que te llame —ordenó, y el animal entró en la casa y montó las escaleras que conducían al altillo donde guardaban las reservas.

Aitor sacudió la cabeza y sonrió, mientras imaginaba al kinkajú como lo había visto tantas veces, asomado en la abertura del sobrado, con ojos expectantes, atento a los movimientos de su ama, a la espera de que esta se dignase a levantarle el castigo y le permitiera volver a su lado. Casi sintió pena por el animal.

—Pon al mono en la canasta y ven aquí —ordenó Aitor.

—Lo pondré junto a Timbé, que le dará calor. ¿No es cierto, mi adorada Timbé? —Se acuclilló junto a la cerda y la besó en el costado del lomo—. No permitas que nadie haga daño a Miní.

Aitor la aferró por el antebrazo y la obligó a sentarse sobre sus piernas. A la niña la atrajeron sus muñequeras de cuero. Las estudiaba en silencio y las acariciaba con la punta de los dedos, que a veces le rozaban la piel y se la erizaban. Su serenidad lo aplacó. Le gustaba tenerla cerca porque su aroma, el que manaba de su piel y de su cabello, le saturaba las fosas nasales, y él no tenía que estar persiguiéndola tras su estela. Le hundió la nariz detrás de la oreja, y a Emanuela le hizo cosquillas y se retrajo. Se contemplaron con fijeza y sonrieron, y Aitor cayó en la cuenta de que ella era la única persona a la que podía mirar a los ojos sin experimentar incomodidad, ni la necesidad de apartar la vista.

—Mi Jasy —dijo, y le despejó la frente de unos mechones rebeldes—. Mañana cumples once años.

—Cuéntame de nuevo de cuando me hallaron en el río.

—¿Otra vez? —La niña agitó la cabeza para asentir—. ¿Te dije que era una noche de luna llena? —La niña volvió a asentir—. ¿Y te dije que te parecías a Miní? —Emanuela se cubrió la boca y rio, como si encontrase absurda y divertida la imagen, y a Aitor lo embargó una emoción tan sobrecogedora, que la rodeó con los brazos y la apretó contra su cuerpo. La besó en la frente, y en la mejilla, y en la cabeza, y en el cuello, y, como a Emanuela le hizo cosquillas, soltó chillidos y carcajadas ahogadas, mientras se contorsionaba para escapar del abrazo.

Hubo un instante en el que Aitor percibió una puntada entre las piernas, que las fricciones del cuerpo de Emanuela, en tanto rehuía a sus besos y a las cosquillas, terminaron por convertir en una pesada erección. Se puso de pie de un salto, la depositó en el suelo y se cubrió la frente con la mano. Estaba agitado.

—¿Qué pasa, Aitor? —La voccecita de ella le provocó un efecto inesperado: le pronunció la erección hasta volverla dolorosa.

—Nada —masculló—. Regreso en un momento. —Sin mirarla, dio media vuelta para alejarse antes de que la niña notase el bulto bajo los calzones.

—¡Aitor! —Lo detuvo aferrándolo por la camisa.

—¡No me toques, Emanuela! —Apenas se volvió para deshacerse de sus manos, y la expresión desolada de la niña, que entrevió por el rabillo del ojo, casi lo pone de rodillas. Se alejó a paso rápido hacia el cementerio, donde los recuerdos de tantos entierros lo ayudarían a reprimir la excitación.

Volvió al cabo de media hora, sin la erección y con la mente embrollada. ¿Qué diantres había sido eso? La avistó a lo lejos, sentada en el suelo, junto al tocón vacío. Le bastaron unos segundos para darse cuenta, por la manera en que sacudía los hombros, de que lloraba. Corrió con el corazón desbocado y la levantó en brazos. Sus ojos la recorrieron con frenesí hasta comprobar que no estuviese herida.

—¡Jasy! ¡Qué sucede! ¡Por qué lloras!

Entre suspiros y sollozos, la niña tartamudeó:

—Porque te enojaste conmigo.

—¡No me enojé contigo, Jasy! ¡Nunca me enojo contigo! ¡Nunca!

—Sí, te enojaste. Me llamaste Emanuela. Y no sé por qué.

—Me enojé conmigo mismo, no contigo. Contigo, nunca, ¿me oyes? *Nunca*.

—¿Por qué te enojaste contigo? —preguntó, confundida, mientras se pasaba el dorso de las manos por los ojos.

—Porque sentí algo muy fuerte que no debí sentir, por eso.

—¿Qué sentiste?

—Ahora no puedo explicártelo, pero te prometo que lo haré cuando seas más grande. Mañana tengo una sorpresa para ti —anunció sin pausa—. Por tu natalicio. Te llevaré a un lugar secreto, al que solo mi *sy* y yo hemos ido. Hace tiempo que quiero mostrártelo.

—¿De veras?

—De veras.

—¿Podremos llevar a Bruno?

Aitor asintió, no porque le gustase la idea de arrastrar a su hermano menor, sino porque no era capaz de negarle nada, menos aún si sus mejillas estaban mojadas por las lágrimas que él le había causado. Pasado el susto y la fea impresión de verla llorar, Aitor razonó que la reacción de Jasy implicaba que él le importaba. Volvió a ocupar el tocón y a acomodarla sobre sus piernas.

Le encerró la carita y, durante unos instantes, se quedó callado, impresionado por lo pequeña y delicada que la sentía entre sus manos callosas y de uñas sucias. Le pasó los pulgares por los pómulos para barrer los vestigios de lágrimas.

—Jasy, ¿sabes que eres a quien más quiero en esta vida? —Emanuela levantó las cejas y abrió grandes los ojos, cuya increíble tonalidad azul había cobrado una nueva

luminosidad después del llanto—. ¿Lo sabías? —La niña negó con la cabeza—. Pues lo eres, Jasy.

—¿Más que a mi sy?

—Más, mucho más. Más que a nadie, Jasy.

—¿Por qué?

—No hay un por qué. No importa por qué. ¿Tú me quieres, Jasy?

—Sí, muchísimo.

Aitor inspiró profundo para apaciguar la emoción provocada por la respuesta vehemente de la niña.

—Eso es lo único que importa —dijo al cabo, con voz vacilante—, que me quieras, que yo te quiera. Para siempre.

* * *

En el día del cumpleaños de la niña santa, las gentes de San Ignacio Miní daban rienda suelta a la devoción que les inspiraba justificados en la celebración de su natalicio, y, después de la misa de la mañana, la saludaban, le entregaban los presentes y le pedían favores, aunque a estos los susurraban al oído de la niña, porque si el padre Ursus, que no se apartaba de su lado, los pillaba, era capaz de atarlos al rollo y darles de azotes. Pocas cosas lo enfurecían tanto como que molestasen a Emanuela. ¿El *pa'i* podía culparlos por la adoración que sentían por ella? La habían visto obrar milagros, sin contar que desde hacía once años las cosechas eran prósperas y ninguna tragedia se abatía sobre la misión, en especial ninguna peste, a pesar de que el cólera había atacado a San Cosme y la viruela, a San Ignacio Guazú. Además, era la que mantenía a raya al luisón, pues, si bien cada tanto aparecía un animal muerto, sin el corazón, no había vuelto a cebarse con carne humana. Y la Gran Cédula, esa en la que el *mburuvicha guazu* Felipe —Dios lo tuviese en su gloria— los había llamado «la alhaja» de su reino, ¿no valía como otro portento operado por la niña santa?

Aitor se mantenía apartado en el atrio de la iglesia, donde se desarrollaba la peregrinación para saludar a Emanuela. A duras penas sofocaba la ira, y detestaba a su madre por someter a la niña a un espectáculo que, con evidencia abrumadora, la cansaba y aburría. Su paciencia languideció cuando una fina lluvia empezó a caer y nadie sugería colocar a Emanuela bajo techo o cubrirla con una aguadera. Alcanzó el límite al divisar a su sobrino Laurencio acariciando la mejilla de la niña con el dorso del índice. Cualquiera lo habría juzgado un gesto inocente y sin malicia. Él no; conocía bien a ese gusano y olfateaba sus intenciones perversas igual que olfateaba la bosta del tapir. Se quitó el arco del pecho en un acto mecánico y caminó a trancadas largas hacia el atrio. No necesitó abrirse camino entre la multitud; las personas se

apartaron al ver de quién se trataba.

—¡Basta! —vociferó, y empujó a Laurencio nieto—. ¡Déjenla en paz!

—¡Aitor! —se impuso el vozarrón de Ursus.

—¡Me la llevo, *pa'i*, y trata de detenerme! —La tomó en brazos, y la niña le rodeó el cuello y descansó la cabeza en su hombro. Con la punta del arco apuntó al jesuita y después a su madre Malbalá—. Deberían avergonzarse por someterla a esto. Hace una hora que la tienen aquí, de pie —aseguró, y señaló en dirección al reloj de sol—. Todavía no ha comido nada desde que despertó esta mañana. ¿No se dan cuenta de que está pálida?

—Sí, sí —intervino el padre van Suerk—. Llévala, Aitor —y enseguida dirigió la mirada hacia el jefe de la misión y añadió, con acento nervioso—, si tú no te opones, padre Ursus.

—No me opongo —admitió, con voz tensa y la mirada fija en Aitor—. Llévala para que desayune y descanse.

Aitor se alejó con unas trancadas impulsadas por la ira y por la lluvia, con la niña calzada en un brazo y el arco en la otra mano. Su familia lo siguió de lejos. El desayuno se desarrolló en un silencio tenso en la enramada de los Ñeenguirú. Se escuchaban el repiqueteo de las gruesas gotas y, cada tanto, los comentarios triviales acerca del clima o de los manjares que Malbalá y Vaimaca habían elaborado para agasajar a la niña, que recuperó los colores después de tomar mate y de comer unos bocados de torta de mandioca. Lucía contenta mientras alimentaba a Miní con un potaje que había preparado Vaimaca. Las muecas del animal en tanto saboreaba la mezcla arrancaban risas cortas a los miembros de la familia Ñeenguirú.

Como era domingo además del natalicio de la niña santa y la lluvia había cesado, la orquesta y el coro se reunieron en la plaza, y el padre Ursus los dirigió para que interpretasen algunas piezas corales y litúrgicas. Más tarde, bajo la batuta de Juan Ñeenguirú, tocaron unos villancicos alegres y pegadizos, y, como se trataba de un pueblo muy dado a la música, en pocos minutos se congregaron las cuatro cuadrillas de ocho bailarines cada una, ataviados con libreas «al estilo español» de vistosos colores, y ejecutaron danzas europeas al ritmo de las chirimías, las tiorbas, los pífanos y los serpentones. Algunos sacudían maracas —calabazas con semillas secas—, símbolo de virilidad entre los guaraníes. El resto del pueblo los imitaba, los varones por un lado, las mujeres por otro, pues no se les permitía bailar juntos.

Aitor observaba el despliegue desde lejos, con cara de displicencia y fastidio, apoyado de costado en el rollo, la mirada siempre atenta a Emanuela; mientras su madre no le soltase la mano, la dejaría en paz. De igual modo, la paciencia estaba acabándosele y no veía la hora de arrancarla del pueblo, que la codiciaba como un objeto de oro, para llevarla al sitio secreto. Exhaló un suspiro de hartazgo. Todavía faltaba el despliegue de las tropas militares, en el cual él debería tomar parte.

Cada misión contaba con una milicia de varones que iban desde los quince años hasta los cincuenta, al mando de un maestre de campo, que solía ser el corregidor, y un sargento mayor. A las compañías de infantería las conformaban cien hombres armados con arcos, hondas, macanas y mazas; a las de caballería, cincuenta. También poseían armas de fuego —fusiles, trabucos, mosquetes y cañones fabricados con troncos de árboles o grandes tacuaras—, que los padres mantenían bajo llave y que solo entregaban a ciertos soldados y en caso de guerra. Cada compañía se encontraba al mando de un capitán, un alférez y dos sargentos, y tenía un estandarte y un tamborilero. Aitor pertenecía a la caballería, y lo habían enlistado en la compañía al mando de su hermano mayor, Bartolomé Ñeenguirú, que siempre le ponía chinias, sobre todo porque Aitor, que se lo pasaba en el monte, en general no asistía a la instrucción, ni a los ejercicios semanales. En una oportunidad, Aitor, hastiado del antagonismo de su hermano, lo desafió a dar en el blanco a un *mburukuja* en equilibrio sobre el gnomon a cien varas de distancia, mientras galopaba a alta velocidad. El desafío lo había lanzado el año anterior durante los primeros festejos por el natalicio del rey Fernando VI, y la competencia se convirtió en tradición, que Aitor no solo ganó en esa ocasión, sino durante los años sucesivos. También se incluyó una con la honda, y otra para comprobar quién disparaba más flechas en lo que un niño tardaba en rezar el credo. Que tampoco superasen a Aitor en estas pruebas, ni siquiera Palmiro Arapizandú, solo conseguía acrecentar el resentimiento y el temor de los varones hacia él.

Después del almuerzo, las compañías se reunieron, cada una en su barrio, y marcharon, al redoble de los tambores y en un ejercicio de disciplinada formación militar, hasta la plaza de armas, donde ocuparon sus puestos. Iban vestidos con sus uniformes rojos, que debían conservar en buen estado, al igual que sus arcos, flechas, macanas y hondas. Debajo de la chaqueta llevaban el escaupil, un chaleco acolchado con algodón para protegerse de las flechas, y en el brazo izquierdo sostenían la rodela.

La orquesta volvió a congregarse, esta vez a un costado de la plaza, para acompañar los ejercicios con el son de los tambores, las chirimías y las tiorbas, lo que dotaba de un cariz solemne al espectáculo, al que nadie quería faltar, en especial las mujeres y los niños.

Aitor, cada tanto, movía la vista en dirección de Emanuela y la descubría observándolo con una sonrisa. Le guiñaba un ojo, y la niña reía y daba saltitos, y a él lo acometía un calor en el pecho que lo impulsaba a esmerarse en las evoluciones y en los ejercicios con el único objetivo de que ella se sintiese orgullosa de él.

Al romper la formación, Aitor vio que Emanuela soltaba la mano de Malbalá y corría hacia él. Saltó del caballo para recibirla. Como era muy demostrativa, lo abrazó por la cintura y apretó la cara en su pecho, duro a causa del escaupil. Levantó

la mirada y, con una mueca traviesa, le preguntó:

—¿Cuándo iremos a tu sitio secreto?

A pesar de que todos, incluidos los padres y el hermano Pedro, observaban el despliegue de cariño de la niña santa por el luisón, en ese momento, para Aitor, solo él y ella ocupaban la plaza de armas. Que no se hubiese olvidado de lo que le había prometido el día anterior y que se acercase a recordárselo, pese a estar apabullada por las muestras de afecto, sin mencionar la ingente cantidad de regalos, le provocó una emoción que se alojó en su garganta, donde adoptó la forma de una pelota. Como la miraba fijamente y no le contestaba, Emanuela frunció el entrecejo y repitió:

—¿Cuándo, Aitor?

Carraspeó antes de contestar:

—Desensillo el caballo, me quito el uniforme y te llevo. Espérame en la enramada de casa.

* * *

—Prométanme que nunca le hablarán a nadie de este lugar al que estoy llevándolos.

—Lo prometo —dijo Emanuela.

—¿Bruno?

—Lo prometo, Aitor. —El niño miró en torno con expresión insegura—. No sé dónde estamos. No conozco este camino. ¿Damián lo conoce? —Bruno se refería al jefe de los *tapererepura*, de quien se decía que, con los años, se había convertido en el mejor baquiano de las doctrinas.

—Nunca me lo he encontrado aquí, pero no sé si lo conoce. No se lo mencionen, de igual modo.

—No —respondieron a coro.

Avanzaban en fila debido a la angostura de la trocha. Como Timbé marcaba el paso, iba primero; Aitor cerraba la procesión. Faltando unas varas para llegar, todavía sumidos en la espesura de la vegetación, que se suspendía como una cúpula sobre sus cabezas, Aitor distinguió unos sonidos que no se correspondían con los usuales de la selva a esa hora.

—Deténganse —susurró, y aun Timbé le obedeció; Saite y Libertad se posaron sobre las ramas de un palo rosa.

—¿Qué sucede? —quiso saber Bruno, y Aitor se cruzó el índice sobre los labios.

Levantó con un brazo a Emanuela, que a su vez cargaba a Kuarahy y a Miní, y se la calzó en la cadera. Se posicionó al frente y avanzó con los sentidos aguzados y el cuchillo en la mano. Se detuvo tras la espesura de un helecho, volvió a pedir silencio a los niños y abrió una brecha con la hoja del cuchillo. Había dos personas, una joven y un joven, blancos, bien vestidos y calzados, de unos catorce, quince años, que

conversaban mientras dibujaban con tacuaras sobre la marisma. Se aseguró de que no hubiese nadie más antes de abandonar el refugio. Los sobresaltó al preguntarles en guaraní:

—¿Qué hacen aquí?

Los mozalbetes retrocedieron en dirección al arroyo, en tanto Aitor, con Emanuela en brazos, avanzaba hacia ellos. Su expresión, severa en reposo, adquiría un cariz truculento si él elegía apretar el ceño, endurecer la mirada de oro y separar los labios para revelar las puntas afiladas de los caninos. Sus cejas triangulares se elevaban, remarcando las líneas extravagantes; la cicatriz en la izquierda adquiría un matiz blanquecino, fuera de sitio en un cutis tan oscuro. No era de extrañar que los muchachos lo contemplasen como si se tratase de un demonio, sin mencionar que blandía el cuchillo.

La expresión asesina de Aitor mutó ligeramente cuando el joven le contestó en perfecto guaraní, con voz temblorosa:

—So-so-lo pa-sábamos el rato, señor.

Le gustó que lo llamase *karai*, y que le temiese. Al muchacho se le había acentuado el aspecto descarnado de las mejillas, que parecían mimetizarse con el color pálido de su cabello rubio. Los ojos azules le resaltaban en medio de esa blancura, y a Aitor lo enojó que le recordasen a los de Emanuela. Notó que tenía el labio inferior hinchado, con un corte fresco. Era más alto que él, y de textura delgada, con los hombros caídos, como si le costase cargar con ellos.

—¿Cómo descubrieron este sitio?

—Yo lo descubrí —contestó la muchacha, también en guaraní.

Aitor movió la cabeza y fijó la vista en ella. Su expresión impávida lo desconcertó, también la seguridad con la que acababa de responder. El cabello negro, recogido con un moño rosa en la coronilla, le caía en tirabuzones a los costados del rostro, de tez rozagante. La miró a los ojos, muy oscuros, y ella no los apartó. Aitor se fijó en sus finos labios cuando ella se los humedeció.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Emanuela, y a Aitor le molestó que se dirigiese primero al joven.

—Lope de Amaral y Medeiros. ¿Y tú?

—Emanuela Ñeenguirú, pero todos me llaman Manú.

—Ella es Ginebra de Calatrava.

—Ellos son mis hermanos, Aitor y Bruno —dijo, y el mal humor de Aitor se profundizó; él no era hermano de Emanuela.

—¿Qué llevas ahí? —se interesó Ginebra, y se acercó, atraída por Miní y Kuarahy. Lope cobró confianza y se aproximó también.

—Bájame, Aitor, por favor.

La hizo deslizar por su cadera y su pierna y luego se calzó el cuchillo en la faja de

los pantalones. Se ubicó detrás de ella y le colocó las manos sobre los hombros. Bruno y Timbé se unieron a la pequeña reunión, y al cabo, Saite y Libertad aterrizaron, el primero sobre el hombro de Aitor, y la segunda sobre el lomo de la cerda. Lope y Ginebra rieron, sorprendidos por la exótica comitiva.

—¡Tiene una pata de palo! —Ginebra apuntó a Timbé, que no se dignó a mirarla y continuó ronizando el caolín, que tanto le gustaba, con la lechuza a cuestas.

—Nació así —explicó Bruno—, y Manú la salvó, pues iban a sacrificarla.

En tanto los extraños ganaban confianza, y Bruno y Emanuela les sonreían y respondían a sus preguntas, Aitor cavilaba que la sorpresa se había arruinado. Desde que era pequeño deseaba mostrarle a Jasy ese sitio mágico y secreto. Casi le dio por soltar una carcajada irónica. «Sí, secreto», se burló, y echó un vistazo a la gazmoña que lo había descubierto. Aunque debía admitir que se trataba de una gazmoña muy hermosa.

—Vamos a nadar al arroyo, Emanuela —propuso Aitor.

—¿Quieren nadar con nosotros?

—No sabemos nadar —admitió Lope—. Nos sentaremos en esta roca y los miraremos a ustedes. ¿Puedo cargar a Miní mientras te bañas, Manú?

—¿Y yo a Kuarahy?

—Puedes cargar a Miní, Lope, pero no creo que Kuarahy quiera ir contigo, Ginebra. Es muy arisco. —Intentó entregárselo, y el animal mostró los dientes, lo que asustó a la joven.

—Me quedaré con Timbé —propuso.

Aitor se quitó las muñequeras de cuero y la camisa sin mangas que vestía durante la estación más calurosa y se echó de cabeza al arroyo con los pantalones puestos, que, al ser de un fino algodón, no lo dificultaban para nadar. Bruno imitó a su hermano mayor. Emanuela se despojó primero de la hombrera para Saite y luego del collar de conchillas con maniobras cuidadosas y los apoyó sobre la roca, junto a Lope.

—¡No, Emanuela! —vociferó Aitor desde el agua al ver que la niña se disponía a deshacerse del tipoy—. ¡Ven aquí! ¡Ahora!

Emanuela entró en el arroyo apretando los labios y agitando las paletas de la nariz, los ojos anegados. Bruno nadó hacia ella y la abrazó, y Emanuela se echó a llorar en su hombro. Aitor maldijo entre dientes; lloraba de nuevo y por su culpa, y en el día de su natalicio. Intentó aferrarla, pero Bruno le dio la espalda y la ocultó de su vista.

—Hazte a un lado, Bruno.

—Dejala en paz, Aitor.

Que su hermano menor lo enfrentase para defender a Emanuela lo dejó sin palabras y tardó en reaccionar.

—Apártate —lo empujó, y le quitó a Emanuela, que se acomodó entre sus brazos para seguir llorando con el rostro oculto en su cuello.

Se alejó hacia la otra orilla antes de susurrarle:

—Jasy. —Le besó la cabeza—. Perdóname, Jasy. No quise gritarte, de veras.

—No me gusta cuando me gritas.

Si le hablaba mientras lloraba, aspirando las palabras, tragando lágrimas y agitando la cabeza de manera incontrolable, le partía el corazón.

—Perdóname, Jasy. —Se mojó la mano y se la pasó por la frente—. Dime que me perdonas. —Le besó las mejillas, y la frente, y así, cada parte, a excepción de los labios, que ella mordía para detener el llanto.

—¿Por qué me gritaste?

—Porque ibas a desnudarte frente a dos extraños. Y yo no quiero que nadie te vea desnuda.

—¿Está mal? —Abrió muy grandes los ojos, y Aitor pensó que era adorable.

—Ahora que has cumplido once años, sí, Jasy, está mal.

—Mi *taitaru* nos contó a Bruno y a mí que antes nuestro pueblo andaba sin nada de ropa.

—Antes —remarcó Aitor—, cuando vivíamos según las reglas del ser antiguo. Después llegaron los *pa'i* y nos enseñaron el buen ser. Y el buen ser dice que no debes andar sin cubrirte el cuerpo. Puedes hacerlo solo si hay mujeres contigo, pero nunca más, ¿entiendes? Nunca más puedes hacerlo si hay hombres.

—¿Bruno sí?

—Ni Bruno, ni nadie.

—¿Ni siquiera tú?

La pregunta lo tomó desprevenido. El sentido de posesión que ella le inspiraba desde pequeño era tan fuerte, que estuvo a punto de contestarle que él era el único que podía verla desnuda. Se detuvo a tiempo porque no habría sabido explicarle por qué y solo habría logrado confundirla, y a él lo urgía que comprendiese lo que estaba ordenándole.

—Ni siquiera yo —afirmó, asombrado de cuánto le había costado pronunciar esas tres palabras—. ¿Me perdonas, entonces? Mírame, Jasy. —Ella elevó el mentón y lo contempló a los ojos—. No estuvo bien que te gritase, pero lo hice porque te quiero, porque eres lo que más quiero en esta vida, ya te lo dije ayer, y prefiero morir a ver que un mal cae sobre ti.

—Sí —musitó—, te perdono.

—Gracias, Jasy. ¿Te gusta el lugar? —La niña asintió—. Lamento que nos hayamos encontrados con esos dos.

—Lope y Ginebra me agradan.

—A mí no. Y no quiero que les des confianza, Jasy. Tienes que ser más cuidadosa

con aquellos a los que no conoces. Podrían hacerte daño. ¿Quieres que te lleve al salto? —Le señaló la cascada a unas varas.

—¿No es peligroso? —se amilanó la niña.

—Si estás conmigo, no. Yo no soy el imbécil de Laurencio nieto, Jasy. ¿Crees que dejaría que algo malo te sucediese?

—¿Preferirías morir? —dijo, y sonrió con malicia, y el corazón de Aitor saltó en su pecho, pesado de amor y emoción.

—¿Te burlas de tu Aitor? ¿De cuánto te quiere? —Ella agitó la cabeza para negar antes de abrazarlo y plantarle un beso en la mejilla—. ¿Vamos al salto?

Se aproximó por el lado de la caída, donde el arroyo borboteaba y hacía espuma, y Emanuela encontró fascinante la experiencia de cruzar el chorro en brazos de Aitor y sentarse sobre las rocas para mirarlo caer desde adentro. A veces, metía la mano en la cascada y abría una ventana para ver hacia afuera. El salto provocaba un sonido ensordecedor, y sus voces adquirían un timbre extraño en ese capullo de agua y piedras. Aitor la tenía sentada delante de él, entre sus piernas, y la abrazaba y reía movido por la felicidad de ella.

—¿Te gusta, Jasy?

—¡Es mi lugar preferido en el mundo! —exclamó, con esa alegre vehemencia que la caracterizaba—. ¿Cuál es tu lugar preferido, Aitor?

«Tú». La respuesta lo asustó y la reprimió antes de que escapase de entre sus labios.

—La selva —dijo, sin fuerza, y la niña se giró con un ceño—. Este lugar también es mi preferido desde hoy.

Al notar que Emanuela castañeteaba y que la piel de los dedos se le había arrugado, decidió volver a la playa. Le friccionó los brazos desnudos y las piernas con un lienzo de algodón y la obligó a que se sentase sobre la roca para que el sol le secase el tipoy. Le deshizo las trenzas y le pasó los dedos entre el cabello para peinárselo. Le alcanzó el collar de conchillas, el que le había regalado seis años atrás, y la niña se lo puso. Le costaba creer que todavía lo usase. Había tenido que cambiarle el hilo en varias ocasiones porque se pudría y se cortaba, un trabajo endiablado, a decir verdad, que hacía con gusto solo para verla lucir su regalo al cuello.

Lope se aproximó con Miní en brazos.

—Está llorando —dijo, y se lo pasó a la niña.

—Tiene hambre. Te duele —declaró Emanuela y, antes de que Aitor atinase a impedirselo, posó la mano sobre la herida en el labio de Lope.

—No, ya no —contestó él, una vez que la niña retiró los dedos. La miró con el entrecejo fruncido, en claro desconcierto—. Hasta hace un momento, me dolía y me latía. Pero tú pusiste tu mano y... Siento como si ya no la tuviese ahí.

—Vamos, Emanuela. Hora de regresar.

—¿Cómo te lastimaste?

La respuesta de Lope detuvo, incluso, a Aitor.

—Me golpeó mi padre. Siempre lo hace.

—¿Por qué?

Aitor quería empujar a Lope, darle un puñetazo en la cara y borrar el gesto de adoración con el que contemplaba a Emanuela. El color de sus ojos era parecido al de ella, de ese azul que, dependiendo de la tonalidad del cielo, se pronunciaba o se volvía más claro. Jasy era blanca, como lo era ese imbécil de rizos rubios; ella pertenecía a la raza de Lope, no a la de él. Bullía de celos y de rabia, y no conseguía levantarse y ponerse en marcha para sacar a Emanuela de allí. Quería oír la respuesta.

—Porque de noche... mientras duermo, me ocurre algo, todas las noches, y eso enfurece a mi padre.

Aitor miró a Emanuela, que asentía con aire sereno como si la confesión hubiese sido de una claridad meridiana. Él no tenía idea de qué hablaba el bobalicón.

—Si dejas la ventana de tu casa abierta, le diré a Libertad que entre por allí y que te visite de noche y que te despierte para que no vuelvas a hacer eso que haces. ¿Le tendrás miedo a Libertad?

—No, no —contestó el joven deprisa—. ¿Qué ventana debo dejar abierta?

—La ventana.

—Hay muchísimas ventanas en mi casa.

—¿Muchísimas?

—Sí. ¿Crees que deba dejar abierta la de mi recámara, donde duermo? —Emanuela asintió—. ¿Cómo sabrá Libertad dónde vivo?

—Te seguirá ahora cuando regreses. ¿Dónde vives?

—Ginebra y yo vivimos en la hacienda de mi padre, en *Orembae*.

* * *

—Adelante —invitó Vespaciano de Amaral y Medeiros.

Florbela entró en el despacho de su esposo y carraspeó, nerviosa. Hacía años que no compartían la intimidad, lo que había abierto un abismo que la aterraba. Tenía la impresión que debía franquearlo cada vez que le dirigía la palabra, en especial, para abordar temas delicados.

El hombre detuvo la mano con la que escribía a un ritmo frenético y levantó la vista.

—¿Señora?

—¿A quién escribís, mi señor?

—De nuevo al virrey.

—¿Por el asunto del marquesado? —Amaral y Medeiros gruñó un sí—. ¿No creéis que sería hora de dar por terminado ese asunto? No necesitamos el título de marqueses para ser respetables.

—¡Señora! Por culpa de esos malditos jesuitas, me han privado de algo que me corresponde por derecho. Vos, por ser mujer, de entendimiento limitado, no comprendéis la extensión del daño que esos monjes de mala muerte nos han infligido.

—Estaba pensando... —dijo, y calló.

—Habla, Florbela. No tengo todo el día. Oliveira está al llegar para hablar de un asunto.

—¿Por qué no invitamos a almorzar al padre Ursus, como en el pasado?

—¡Qué! —Vespaciano se puso de pie y golpeó el escritorio con ambas manos.

—Escuchadme, por favor. Si volvieses a ganaros el favor del padre Ursus, demostrándole que lamentáis el conflicto limítrofe y que estáis dispuesto a restituirle los animales que le quitaste...

—¡Yo no le quité nada, mi señora!

—Solo para congraciaros, mi señor. Tal vez, con el tiempo y luego de cimentar una amistad con él, el padre Ursus escribiría al provincial en Asunción para referirle del cambio operado en vos. Este, a su vez, le escribiría al general en Roma, y de ese modo vuestra imagen en la Corona española cambiaría, pues la relación entre el general de la Compañía y el rey Fernando es muy estrecha, según comentan. —Amaral y Medeiros se acarició el mentón, mientras observaba a su mujer con un profundo ceño—. Resulta evidente que vuestros esfuerzos con el virrey no están dando frutos. Por otro lado, venía a deciros que, desde hace diez días, vuestro hijo no ha sufrido incontinencias de noche. Su colchón ha amanecido tan seco como una hoja en otoño.

La noticia lo sacó del trance.

—¿Diez días? ¿De corrido?

—De corrido, mi señor.

—Bueno... —Amaral y Medeiros reprimió la sonrisa que le amenazaba las comisuras y asestó golpeteos suaves al escritorio—. Sin duda... ¿A qué debemos el cambio, mi señora?

Florbela consideró que repetir la historia de Lope —la de la niña mágica que había conocido en el arroyo, que le había curado la herida del labio y que todas las noches le enviaba a su lechuza para que lo despertase y que de ese modo él utilizase el orinal en lugar de hacerse encima— era, al menos, poco juicioso. Su esposo dejaría de odiar a su único hijo por mojar la cama de noche para pasar a odiarlo por haber perdido el juicio.

—Estimo —dijo, en cambio— que está volviéndose un hombre, nuestro Lope.

—Sí, sí, puede ser. Gracias por referirme esta buena noticia, mi señora.

—De nada, mi señor. Ahora os dejo proseguir con vuestra carta.

—¿Florbela?

—¿Sí?

—Podéis invitar al jesuita a almorzar un día de estos.

—Gracias, Vespaciano —dijo, en un arranque de alegría—. Le pediré que nos confiese y que dé misa, si no os molesta. Nicolasa estará feliz con la noticia.

—Sí, supongo que a doña Nicolasa le agrada confesarse y comulgar.

Florbela percibió una nota sarcástica; no obstante, feliz con lo que acababa de conseguir, no le dio importancia. Abandonó el despacho de su esposo a paso rápido; deseaba compartir la noticia con su querida Nicolasa.

Al ver salir del estudio de su patrón a la mujer, Domingo Oliveira y Rasposo se retrajo tras el bargueño. No la saludaría como tanto deseaba porque últimamente encontraba difícil soportar su mirada de desprecio, la de la única mujer a la que amaba. Antes de Florbela de Amaral y Medeiros, las hembras lo divertían y en ellas desfogaba los demonios que lo dominaban de tanto en tanto, sobre todo cuando bebía, y que amenazaban con volverlo la bestia por la cual se había visto obligado a abandonar San Pablo entre gallos y medianoche. Él había creído que las mujeres eran todas como las que él conocía, las que lo satisfacían fugazmente para dejarlo luego hundido en el vacío, las que siempre sacaban provecho, las arteras como un yagareté. Hasta que conoció a Florbela de Amaral y Medeiros, tan digna, tan bondadosa, tan íntegra, tan bella, y se dio cuenta de que había estado equivocado, o tal vez no, quizá Florbela era única en su especie. Resultaba incomprensible que el patrón le pusiese los cuernos con doña Nicolasa, una arpía con cara de ángel y modos de chupacirios.

* * *

Lope saltó de pie, y una sonrisa le iluminó el rostro. Después de varios domingos de presentarse en el sitio donde había conocido a Manú, por fin volvía a verla. Ginebra también se puso de pie, aunque con un movimiento medido y femenino, y sonrió en dirección a Aitor, que fijaba la vista en Lope. Si este le hubiese prestado atención, habría regresado a *Orembae* a la carrera. A Ginebra, esa mirada de ojos amarillos como los de un gato, cargados de ira, le provocaba un borboteo en el estómago. Desde que lo había conocido, por las noches se lo imaginaba haciéndole las cosas que el capataz Oliveira solía hacerle a las indias encomendadas cuando pensaba que nadie lo veía.

—¡Manú! ¡Bruno! —exclamó Lope, y corrió hacia ellos.

—¡Buenas tardes, Lope! ¡Buenas tardes, Ginebra! —saludaron los niños.

Lope y Ginebra se pusieron en cuclillas y acariciaron a Timbé. Lope enseguida

tomó a Miní en brazos y comentó que había crecido.

—Manú —dijo a continuación, y Aitor apretó los puños para contener el deseo de echarlo a puntapiés—, gracias por haber enviado a Libertad todas las noches. Gracias a ella y a ti, mi padre no ha vuelto a pegarme. No ha tenido motivos. —La niña se limitó a contemplarlo, y su expresión serena aplacó incluso la ira de Aitor—. ¿Por qué no regresaron antes? Ginebra y yo hemos visitado este lugar todos los domingos, desde que nos conocimos.

—¿A qué han venido de nuevo aquí? —intervino Aitor.

—Pues... —balbuceó Lope.

—Queríamos volver a verlos —intervino Ginebra—. Deseábamos mucho volver a verlos —insistió, y le sonrió.

—Es Aitor quien conoce el camino hasta aquí —explicó Bruno— y solo hoy pudo traernos. Se lo pasa en el monte, aserrando, y falta mucho tiempo del pueblo.

—¿Eres aserrador, Aitor? —se interesó Ginebra, y él apenas movió la cabeza en señal de asentimiento—. Ahora entiendo por qué tienes brazos tan fuertes. —Sus ojos negros vagaron por los brazos desnudos de Aitor. Él notó que llevaba el cabello suelto sobre los hombros y que su vestido, muy distinto al tipoy de las mujeres de su pueblo, era de color celeste.

Emanuela entrelazó sus pequeños dedos con los de él, y Aitor la miró, sorprendido. Ella, en cambio, observaba a Ginebra con un gesto que le desconocía por lo duro, y eso lo sorprendió todavía más. ¿Estaba celosa? Lo sobrecogió una alegría que devastó su enojo; ya no le importaba haberse encontrado con esos dos en su lugar favorito. La levantó en brazos y le habló al oído:

—Vamos a nuestra cascada, Jasy.

Su respuesta, una risita traviesa, lo puso eufórico. La depositó en el suelo para despojarse de las muñequeras y de la camisa deprisa. Emanuela se quitó la hombrera de cuero y el collar de conchillas y los amontonó sobre las cosas de Aitor.

—Voy con ustedes —dijo Bruno.

—¡Sí! —exclamó Emanuela, y el buen humor de Aitor perdió brillo. Resignado, la recogió del suelo y la cargó hasta la cascada. La niña soltó chillidos de felicidad cuando cruzaron el chorro y siguió riendo después, mientras se acomodaban en la roca. La silueta de Bruno se perfiló tras la cortina de agua.

—Ayuda a Bruno a cruzar. Por favor, Aitor.

—Él es hombre, Jasy. Que lo haga solo.

—Tiene miedo.

—¿Cómo lo sabes?

Emanuela abrió una brecha en el agua y extendió la mano hacia su hermano de leche.

—Ven, Bruno. Yo te ayudaré.

Con un chasquido de lengua que el rumor de la cascada ahogó, Aitor aferró a su hermano por el antebrazo y lo ayudó a cruzar. Emanuela reía de dicha por tenerlo junto a ella. Amaba a Bruno, amaba a todos, y a él le costaba comprender por qué.

—¿Te gusta, Bruno?

El niño asintió con expresión azorada. Incluyó la cabeza hacia atrás y fijó la vista en el punto en donde el agua lamía el límite de la piedra antes de caer en el arroyo y formar el muro de agua que los protegía del exterior.

—Es nuestro lugar favorito en el mundo, mío y de Aitor. La selva también es el lugar favorito de Aitor, ¿verdad? —Se giró para obtener la confirmación y él le destinó una sonrisa apretada—. Pero, nuestra cascada te gusta más, ¿verdad?

—Más, sí. Mucho más.

—¿Puede ser mi lugar favorito en el mundo también?

—Sí, Bruno. Es el lugar favorito de los tres —contestó Emanuela.

A Bruno comenzó a molestarle la rigidez de la piedra; no encontraba posición, por lo que decidió volver a la playa con Lope y Ginebra. Emanuela hizo el ademán de seguirlo, pero Aitor la rodeó con los brazos y la obligó a volver a su sitio, delante de él.

—Quedémonos un rato más, Jasy, solos, tú y yo.

—Bueno.

—Te extrañé mucho todo este tiempo que estuve en el monte.

—Yo también. ¿Por qué tardaste tanto en volver?

—Había muchos árboles para aserrar.

—¿Te gusta aserrar?

—Sí. —El silencio de Emanuela lo llevó a preguntar—: ¿Habrías preferido que fuese ebanista y que te hiciera cosas bonitas?

—Mi tío Palmiro dice que no eras feliz siendo ebanista. ¿Es verdad?

—Sí, es verdad.

—Entonces, no quiero que seas ebanista. No quiero que estés triste.

—Pero, ¿sabes?, aunque me gusta ser aserrador, estoy triste porque no te veo todos los días.

—A mí me dan ganas de llorar cuando te vas al monte. A veces lloro —confesó, y bajó el rostro, avergonzada.

Aitor tragó varias veces para deshacer el nudo en la garganta. Le habría preguntado: «¿Quién te consuela, mi Jasy?», pero no se atrevía. Temía que le respondiese Bruno, o mi *pa'i* Ursus, o mi *pa'i* Santiago, o mi *ru*, o quien fuese. Detestaba que otros la amasen, la tocasen, la mirasen.

—No quiero que llores cuando me voy, Jasy.

—Las lágrimas me salen y ya.

Turbado a causa de ese sentimiento que le explotaba en el pecho y que le

aceleraba la sangre en las venas, ajustó el abrazo y hundió la nariz en el cuello de la niña.

—No soporto que sufras. No me digas que sufres, es muy duro para mí.

Emanuela se rebulló hasta que Aitor aflojó los brazos y le permitió girarse para enfrentarlo.

—Te prometo que, cuando vuelvas al monte, no lloraré. Te lo prometo —le aseguró en un arranque y con expresión contrita.

Sus miradas se aferraron, ninguno podía romper el contacto. La imagen de Emanuela se tornó borrosa. Las lágrimas acabaron por bañar las mejillas de Aitor, y la niña no las confundió con gotas de agua. Las tocó, una a una, con la punta del índice, y siguió su curso desde el párpado inferior hasta el filo de la mandíbula; algunas morían en las comisuras de los labios. El dedo de Emanuela se atrevió a vagar sobre algo que despertaba su curiosidad desde hacía un tiempo, la pelusa abundante y oscura que se juntaba sobre el labio superior de Aitor. Había oído al padre Ursus ordenarle que la afeitase, que Tarcisio le enseñaría. A ella le gustaba, tanto como que llevase el cabello tan largo. Tomó los mechones próximos al rostro, los colocó hacia delante y los trenzó como le había enseñado su *sy*.

La erección de Aitor le palpitaba entre las piernas, contra la rodilla de Emanuela, que le trenzaba el cabello, inocente y ajena a los pensamientos oscuros que le despertaba. No tenía tiempo de experimentar turbación, ni remordimiento, ni de buscar explicaciones; tan solo se concentraba en reemplazar las imágenes que lo excitaban —la mano de ella sobre su bigote, los pequeños pezones bajo el vestido empapado, su preocupación por él— con otras desagradables, como la cara de Laurencio abuelo. Apremiaba disminuir el bulto que le levantaba el pantalón. Después de evocar varios episodios ingratos, se puso de pie.

—Salgamos. Tienes la piel arrugada como la cara de mi *jarýi*.

Emanuela rio y le rodeó el cuello con los bracitos delgados para que él la cargase.

—¿Aitor? —preguntó, después de que salieron de la cascada.

—¿Mmm?

—¿Por qué mi *jarýi* tiene dibujos en la cara?

—Se llaman tatuajes. Tú sabes que ella no es guaraní, sino abipona, que es otro pueblo. Los abipones se dibujan la cara.

—¿Por qué?

—Mi *jarýi* me dijo que los hombres lo hacen para asustar al enemigo, y las mujeres, para ser más bonitas.

—¿Ginebra te parece bonita?

Aitor prorrumpió en una carcajada que atrajo las miradas de Lope, Bruno y de la susodicha.

—¿Por qué ríes? —quiso saber, sin reproche en la voz, más bien con curiosidad.

«Porque estás celosa, y eso me gusta».

—Me río porque estoy feliz de estar aquí contigo. Y sí, Ginebra me parece bonita.

—¿Más que yo?

—Nadie es más bonita que tú, Jasy. Nadie. Tus ojos azules son los más hermosos que conozco.

Ginebra, que había escuchado la última frase, comentó:

—Y tú, Aitor, tienes los ojos más bellos que yo haya visto jamás, con el color de los de un gato.

—Tienen el color de los ojos del luisón —la corrigió él, con ganas de coquetear para sacarse de encima el regusto amargo con que se había quedado después de lo sucedido bajo la cascada—. ¿Sabes lo que es el luisón, Ginebra?

—Sí, lo sabemos —contestó Lope—. Adeltú, el mayordomo de mi casa, nos contó acerca de él. Dice que es un demonio convertido en perro salvaje, con ojos amarillos y colmillos enormes.

—Como estos. —Aitor se levantó el labio superior para desvelar sus afilados caninos.

Lope y Ginebra contuvieron una exclamación y se aproximaron para estudiarlos.

—Dicen que mi hermano Aitor es un luisón —explicó Bruno—. En el pueblo, todos le temen.

—¡Aitor no es un luisón, Bruno! —se enfureció Emanuela, y tanto su hermano de leche como Aitor la miraron, perplejos—. Mi *pa'i* Ursus dice que es pecado creer en el luisón. El luisón no existe.

—Si fueses un luisón —dijo Ginebra—, yo no te temería, Aitor.

—Pero deberías temerme, Ginebra. Cuando me convierto en luisón durante las noches de luna llena, soy malo, malísimo.

Ginebra rio. Lope lo miró con desconsuelo. Emanuela, con ira. Bruno, con terror.

—Creo que deberíamos irnos, Ginebra —propuso Lope, en castellano.

—¿Vosotros también habláis en castellano? —se asombró Emanuela.

—Sí, con nuestros padres solo podemos hablar en castellano —explicó el joven.

—¿Cómo aprendisteis el guaraní?

—Porque siempre estamos con los hijos de los indios encomendados de mi padre.

—¿Indios encomendados?

—¡Emanuela! —La niña dio un respingo ante el grito de Aitor—. Deja de hablar en la lengua del blanco. No entiendo qué estás diciéndole.

—Lo siento, Aitor. Lope dice...

—No me importa qué dice. Ya es hora de irnos.

—¿Cuándo volverás, Manú? —se apresuró a preguntar Lope.

—No...

—Emanuela volverá cuando yo pueda traerla —la interrumpió Aitor.

—Manú, ¿quieres que vaya a buscarte a tu pueblo para traerte?

Aitor lo aferró por el jubón y lo atrajo hacia su rostro. Lope era más alto y, sin embargo, se empequeñeció ante la mueca asesina del indio.

—¿Cómo te atreves a contradecirme, blanco miserable?

—Yo... Yo...

—Acércate a Emanuela y te aseguro que iré a buscarte para arrancarte el corazón.

—Aitor. —La niña apoyó la mano en su brazo.

—¿Me has entendido?

Lope asintió, y Aitor lo desasíó. El muchacho trastabilló, mientras se colocaba fuera del alcance. Se acomodó la prenda antes de levantar la vista y fijarla en Emanuela.

—Lo siento, Manú.

—Adiós, Lope —dijo la niña, con acento triste—. Adiós, Ginebra.

—Adiós, Manú. Volveremos a vernos.

Como de costumbre, Timbé abría la marcha y Aitor la cerraba. Emanuela iba delante de él y, en lo que llevaban de camino, no se había vuelto para dirigirle la palabra, ni para sonreírle, como solía.

—¿Por qué le hablaste en castellano a ese marica?

—¿Qué es marica? —quiso saber Bruno.

—Uno que es poco hombre.

—¿Lope es marica? —se escandalizó el niño.

—¡Por supuesto! Ni siquiera sabe nadar y apuesto mi cuchillo a que no es capaz de cazar a una gallina en su gallinero. ¿Por qué le hablaste en castellano, Emanuela?

La niña giró de manera tan súbita, que Aitor soltó una exclamación y dio un paso atrás. Libertad y Saite echaron a volar entre graznidos.

—¡Ey!

—Y tú, ¿por qué le hiciste creer a Ginebra que eres el luisón?

La sonrisa de Aitor reveló su dentadura y le tocó los ojos, que chispearon en la penumbra de la selva. Por lo visto su dulce Jasy tenía uñas y se las mostraba solo a él.

—¿Celosa?

—¿Qué es celosa? —le preguntó, enfadada, con los brazos en jarra.

—Estás furiosa porque no quieres que sea amigo de Ginebra. Es muy bonita y tienes miedo de que la quiera más que a ti.

Emanuela aguzó la vista en el intento por entender las palabras de Aitor. Segundos más tarde, levantó las cejas y abrió grandes los ojos al caer en la cuenta de que él tenía razón, estaba celosa de Ginebra por esos motivos. La afligía el sentimiento, sospechaba que el padre Ursus le habría dicho que era pecado; sin embargo, no conseguía sacárselo de encima. Dio media vuelta y caminó a paso rápido, tanto que sorteó a Timbé y se adelantó varios palmos en la trocha. ¿Qué

estaba sucediendo entre ella y Aitor? Últimamente peleaban de continuo, y ella lloraba por cualquier cosa. En tanto avanzaba, se secaba las lágrimas con ademán impaciente.

No lo escuchó, él sabía desplazarse con sigilo, por eso se asustó cuando la levantó en el aire, y su espalda terminó contra el torso de Aitor. Luchó porque estaba enojada. Él ajustó los brazos en torno a ella y le hizo doler los senos que empezaban a despuntar.

—¡Jasy! —El aliento agitado y caliente de Aitor le golpeó la oreja, y se le erizó la piel, lo que le acentuó el malestar.

—¡Suéltame! Estás apretándome los pechos y me duelen.

Aitor maldijo entre dientes al percibir el tirón en los genitales. Aflojó la sujeción, y Emanuela se deslizó por su torso hasta tocar el suelo, maniobra que en nada ayudó a aplacarle la erección. Se arrodilló delante de ella y le aferró los antebrazos, tan delgados que los habría abarcado a los dos con una mano.

—¡Déjala, Aitor! —gritó Bruno por detrás.

—Vete, Bruno. Vuelve con Timbé. Ahora. —Esperó a que su hermano se alejase antes de volver a hablar—. Mírame, Jasy.

—No.

—¿Por qué?

—Estoy triste.

Aitor apretó los ojos y se mordió el labio.

—No, mi Jasy, no estés triste que me partes el corazón.

—¿Por qué peleamos tanto, Aitor? Antes nunca peleábamos. Nos queríamos.

Aitor la aplastó contra su pecho y apretó el abrazo.

—Nos queremos aún, Jasy. Nos queremos siempre. Te dije que eres lo que más quiero en la vida. —Le acunó el rostro entre las manos—. Tú me quieres aún, ¿verdad? —Intentó disimular la nota de desesperación y, cuando Emanuela asintió, aunque sin levantar los párpados, percibió que la opresión en su pecho cedía—. Mírame, Jasy. —La niña obedeció—. Quiero que me perdones por haberte gritado y dicho cosas que no mereces. Sé que tengo un carácter endiablado. Mi *pa'i* siempre me lo reprocha, pero no sé cómo cambiarlo. No sé cómo, Jasy, pero, aunque me veas enojado, aunque te grite, yo soy quien más te quiere en esta vida.

—¡Aitor!

Se abrazaron sin templanza. Aitor sofrenó el impulso para no lastimarla, pero la mantuvo contra su cuerpo. Inspiró y levantó los párpados. Sintió que se le congelaba el estómago al descubrir a una yarará cuzú detrás de Emanuela, a escasas pulgadas de su pierna. El lomo negro de rayas amarillas destacaba en la tierra roja del camino.

—Tranquila, mi Jasy —susurró—. No quiero que te muevas. No quiero siquiera que parpadees. No hables. No respire.

Por muy rápido que fuese, no existía ninguna posibilidad de acabar con la yarará desde esa posición tan desventajosa y con Emanuela interponiéndose entre él y los colmillos cargados de veneno de la maldita serpiente.

Sin apartar la vista del enemigo, Aitor hizo lo único que le vino a la mente, aunque implicase un gran riesgo: se concentró, inspiró profundamente y emitió el silbido con el que había adiestrado a Saite. La macagua se precipitó sobre la serpiente segundos después, y Aitor arrastró a Emanuela hacia atrás y la colocó detrás de él, mientras cargaba la honda. Libertad apareció enseguida, y se lanzó para picotear al reptil por la retaguardia.

Aitor se dio cuenta de que no podría disparar sin riesgo de golpear a las aves y dejó caer el brazo. Admiró a Saite, que luchaba con denuedo y utilizaba el ala derecha a modo de escudo. Soltaba picotazos a los ojos de la yarará y se servía de las garras para detenerla. Libertad seguía martirizándole la cola. Rogó que la serpiente no matase a ninguna de las aves que su Jasy tanto amaba. Se sentía culpable: se había distraído, y su distracción podría haberle costado la vida a Emanuela. No tenía perdón. Si algo llegaba a pasarle a su Jasy... El pensamiento le resultó intolerable. Apretó los puños y los dientes hasta sentir dolor en las encías. ¿Cuántas veces le había repetido su tío Palmiro que con la selva no se bromeaba, que ella fácilmente acababa con la vida de quienes no la respetaban? Su vida no le importaba, pero la de Jasy... Un malestar se le alojó en el estómago.

La yarará cuzú medía más de una vara. Saite y Libertad lucían pequeños en comparación, pero a su falta de tamaño se le oponía la decisión y la valentía con que luchaban, por lo que la serpiente comenzó a retraerse. La macagua le clavó ambas zarpas en la cabeza, y la yarará intentó golpearla con la cola, sin éxito, pues Libertad la mantenía sujeta. Segundos más tarde, la serpiente cesó de moverse, y Saite le arrancó el primer bocado con el pico.

Aitor silbó de nuevo, y las aves soltaron el botín de guerra. Libertad voló al hombro de Emanuela, y Saite se posó en su muñequera de cuero.

—Gracias, Saite —le susurró, cerca de la cabeza—. Te debo la vida de mi Jasy. Gracias, Libertad —dijo, y extendió el brazo para tocarle las plumas pardas del pecho.

—¡Saite! —Bruno, que desde lejos había presenciado la pelea, regresó corriendo—. ¡Libertad!

—¡Gracias, Libertad! —exclamó Emanuela—. ¡Gracias, Saite! —La macagua abandonó la muñequera de Aitor y se apoyó en la hombrera de Emanuela, que la acarició antes de besarla.

Aitor levantó a Emanuela en brazos, la sentó sobre sus hombros y la llevó en andas el resto del camino. No conjuraba la serenidad para apartarla de la protección de su cuerpo, y, mientras avanzaban hacia el pueblo, imágenes de Jasy agonizando y

muerta amenazaban con enloquecerlo. Una vez en San Ignacio Miní, la niña quiso bajar, y él fingió que no la había escuchado. Volvió a pedírselo, y la depositó en el suelo, pero se mantuvo cerca de ella. Sabía que se trataba de un comportamiento insensato; él volvería al monte y ella se quedaría en la doctrina, a merced de cuanto peligro acechaba en la selva. ¿Se escaparían ella y Bruno para encontrarse con Lope y Ginebra? No encontrarían fácilmente el camino y terminarían por perderse.

Cenaron en silencio un guiso de legumbres y carne de cordero. Laurencio abuelo estaba sobrio y taciturno; no levantaba la vista mientras devoraba la comida con la mano. Teodoro, el único Ñeenguirú, aparte de Aitor y de Bruno, que no se había casado a pesar de tener más de dieciocho años, comía sentado en un tocón, con Emanuela a sus pies. Como todos, la adoraba, y se inclinaba para hablarle al oído y arrancarle risitas.

—Mientras se come, no se habla, ni se ríe —los reprendía Malbalá.

Teodoro se incorporaba con actitud comedida y le guiñaba un ojo, acción que la niña imitaba, y sus intentos infructuosos hacían reír a todos, aun a Laurencio, que rara vez reía, y a Aitor, consumido por los celos. «Tal vez», pensó, «debería pedirle a Teodoro que la protegiera mientras me ausento del pueblo». Nunca se habían llevado bien. Con Marcos y Teodoro, Aitor había aprendido a pelear, porque, en general, definían las disputas a puñetazos limpios. Al final de la cena, sucumbió a su índole egoísta y a los celos y no habló con Teodoro. No quería propiciar que pasaran tiempo juntos y que Emanuela se aficionase a su hermano más que a él. Se alejó en dirección del cementerio y siguió hasta más allá de los talleres, hasta la barraca donde los padres guardaban el armamento y las monturas; se trataba de un sitio tranquilo, al que pocos concurrían. Era una noche sin luna, por lo que no habría matanza de animales. Ojalá atrapase al malparido que les arrancaba el corazón con la intención de perjudicarlo. El muy ladino se movía con astucia y se cuidaba de asesinar solo cuando él estaba en el pueblo y durante las noches de luna llena. Las guardias nocturnas no habían dado resultado, y el padre Ursus las había eliminado tiempo atrás. Apoyó la espalda y el pie derecho contra la pared de la barraca, y encendió su pipa, un hábito adquirido desde que se había convertido en aserrador para matar las horas de soledad. Inspiró con ansias el sabor del tabaco negro, que cultivaban en el *tupâmba'e* de la misión, y relajó los músculos. Tal vez el asesino de animales no lo perjudicaba, por el contrario, seguía alimentando la leyenda de luisón por la cual el pueblo le temía y lo respetaba. Nadie se acercaría a Jasy por temor a él. Una sonrisa ladeada le despuntó en la comisura izquierda.

Regresó a su casa y halló a Malbalá todavía en la enramada, mientras terminaba de lavar los platos en una batea, con semillas de *ybaro*, o árbol del jabón.

—¿Sy?

—¿Qué, hijo?

—Cuando no estoy en la doctrina —le preguntó en abipón—, tú proteges a Emanuela, ¿verdad?

Malbalá se puso de pie y se secó las manos en el mandil que le cubría el tipoy. Era una mujer alta, más alta que su esposo, pero Aitor ya la había alcanzado. Se miraron de hito en hito. Como no había nadie a la vista, Malbalá se permitió acariciarle la mejilla donde una barba joven comenzaba a despojarlo de los últimos vestigios de la niñez.

—Sí, Aitor. A Manú la protejo con mi vida, lo sabes.

—¿Quién la cuida cuando trabajas en el *tupâmba'e*?

—Si no está en el catecismo, con los otros niños, está con mi *pa'i* Ursus, en sus clases para ser española, o con tu *jarýi*. ¿Qué te preocupa, hijo?

—Que algo malo le suceda. Yo... —Se calló, embargado por una emoción que lo fastidiaba porque lo hacía sentir débil.

—Aitor, hijo mío, sabes que nadie conoce cuál es el día en que Tupá ha decidido llevarnos a su lado. No tiene sentido angustiarse por eso. Ha de ser lo que tenga que ser, hijo. A Manú la hemos conservado a nuestro lado durante once años, Tupá sea loado, pero tal vez algún día, cuando se convierta en una mujer, los blancos la querrán y tendremos que dejarla ir.

—¡No! —Su grito rasgó la quietud de la noche.

Se escucharon unos insultos mascullados dentro de la casa, y enseguida apareció Laurencio bajo el dintel. Cruzaron miradas de profundo odio antes de que Aitor rompiera el contacto para volver a adentrarse en la oscuridad de la noche. Regresó más tarde, cuando su familia dormía. Él no consiguió pegar ojo. Tenía la cabeza aturullada y el dolor aún alojado en el estómago. Aunque añoraba deslizarse en el camastro de Emanuela y observarla dormir, permaneció en su hamaca a modo de castigo por haber puesto en peligro su vida. Sobre todo, se instó a mantenerse alejado porque ya no sabía qué hacer con lo que ella le provocaba y le hacía sentir. Se levantó antes de que cantase el gallo y se aprestó para partir al monte. Incapaz de irse sin verla, se arrodilló junto a la cabecera de su cuja y la contempló con las ansias de un hambriento frente a un banquete.

La niña cambió el ritmo de la respiración, se rebulló y agitó los ojos bajo los párpados antes de levantarlos. Le sonrió al encontrarlo inclinado sobre ella, algo a lo que estaba acostumbrada. Aitor la besó en la mejilla y deslizó la punta de la nariz hasta dar con el punto detrás de su oreja donde se concentraba la aromática tibieza de su piel. El aroma de Jasy era único, como lo era el de la selva, y él los llevaba a los dos grabados en sus fosas nasales.

—¿Quieres acostarte a mi lado? —Aitor negó con la cabeza—. Perdóname.

—¿Por qué? —dijo, asombrado.

—Por haber hablado en español con Lope. No me di cuenta de que te molestaría.

Perdóname.

—Perdóname tú a mí por haberte gritado.

—¿Quieres que te enseñe a hablar en español?

—¿Lo harías?

—Sí. ¿Empezamos hoy?

—Parto para el monte, Jasy.

Apretó la mano en torno a su arco cuando los labios de Emanuela temblaron y se le anegaron los ojos. Dos lágrimas le descendieron por las sienes, y ella las secó enseguida, tal vez porque acababa de recordar que le había prometido que no lloraría. Le sonrió con una mueca vacilante, y él casi prorrumpió en gritos de dolor.

—¿Me prometes que no saldrás sola del pueblo? —Emanuela asintió—. Sin mi *pa'i*, sin mi tío Palmiro o sin mi *taitaru*, Jasy, no puedes ir a ningún lado. Ya viste lo que pasó ayer con la yará. ¡Júramelo, Jasy!

—Mi *pa'i* Ursus dice que es pecado jurar.

—En este caso, de vida o muerte, no es pecado. Júramelo por la vida de nuestra *sy*.

—Lo juro por la vida de nuestra *sy*.

—Bien —susurró, aliviado.

—Y a ti, ¿quién te cuida, Aitor?

La pregunta lo desorientó. Se había cuidado solo la mayor parte de su vida, y nunca había necesitado que nadie lo protegiese.

—Yo me cuido solo, Jasy.

—Yo rezo por ti, para que Tupá te cuide. Lo hago todas las mañanas y todas las noches. Y también cuando le rezamos el ángelus a Tupasy María, pienso en ti.

Aitor asintió, con la garganta pesada.

—Gracias —atinó a mascullar.

—Te quiero, Aitor. —La niña le echó los brazos al cuello y lo atrajo hacia la cama.

—Y tú no sabes cuánto te quiero yo a ti, Jasy.

La besó fugazmente en la frente. Se puso de pie y, sin volverse para mirarla, abandonó la casa y el pueblo a la carrera.

CAPÍTULO IX

Como había aserrado unos cedros de envergadura, Aitor necesitaría los bueyes para transportarlos, además de sortear un tajamar bastante profundo. Se dirigió al puesto más cercano para hacerse de una yunta. Rehuía esos puntos donde aserradores, boyeros y bogadores se encontraban para fraternizar. Tampoco le gustaban porque, como estaban bien acondicionados, con capilla y una casa de varios aposentos, con camastros limpios, los viajeros los preferían para hacer un alto a las misérrimas posadas, que más bien eran un toldo con un fogón, por lo que no era raro toparse con españoles y criollos, a los que toleraba menos que a los de su pueblo. Miraban a los indios con desprecio, como si el techo que los cobijaba y la capilla donde se retiraban a orar antes de reiniciar el viaje no los hubiesen construido los guaraníes, sin mencionar que eran los que los mantenían limpios y bien provistos.

Llegó al puesto en medio de una lluvia torrencial. Se acomodó en un sector solitario de la casa y encendió su pipa; por fortuna, el yesquero no se le había mojado. Con el brazo apoyado en la pared, miraba por la ventana y fumaba. Un grupo tomaba mate y conversaba en voz alta. Él no les prestaba atención, abstraído como estaba en sus pensamientos. Lo que le había dicho su madre la noche antes de partir lo atormentaba. «*A Manú la hemos conservado a nuestro lado durante once años, Tupá sea loado, pero tal vez algún día, cuando se convierta en una mujer, los blancos la querrán y tendremos que dejarla ir*». Apretó el puño en torno a la cazoleta y los dientes sobre la cánula. Nadie se la quitaría, ni aunque fuese hija del rey. Le importaba muy poco que su familia la quisiese de regreso. Si en más de once años no la había reclamado, ¿qué clase de familia era? La raptaría, la llevaría lejos, nadie volvería a verla. Se le ocurrió que tal vez Emanuela quisiese conocer a los de su sangre. Entonces, ¿qué haría? ¿Lo abandonaría para volver con los suyos? La creencia de que él la quería infinitamente más de lo que ella a él, la certeza de que él era uno de los tantos a los que ella amaba con facilidad, le causaba un sufrimiento que alimentaba la ira que lo acompañaba desde hacía años, desde que se acordaba. A veces, en sus días más negros, se la imaginaba con Lope, jugando bajo la cascada que era solo de ellos, y las ansias por matarla con sus propias manos se reflejaba en los hachazos impiadosos que descargaba sobre los árboles, uno tras otro, sin pausa; las astillas saltaban y le golpeaban la carne desnuda, las hojas y las ramas temblaban, su respiración se volvía superficial y rápida. Acababa agitado y hecho un lío.

—¡Ey, Aitor!

Giró apenas el rostro para ver quién lo molestaba. Se trataba de Rosario, primo de su tío Palmiro, con el cual había salido a cazar en algunas ocasiones. Si bien no eran

amigos, se profesaban un respeto basado en las habilidades de cazadores que ambos poseían.

—Buenas tardes, Rosario.

—¿Qué cuentas, muchacho? —Le pasó un mate, que Aitor aceptó con una inclinación de cabeza.

—Nada nuevo. Espero a que amaine para irme con una yunta.

—Lo mismo que todos.

Comentaron sobre el trabajo, sobre la caza, sobre unos carpincheros que se habían emborrachado la noche anterior y hecho desmanes, hasta que cayeron en un mutismo que llenaba el sonido de la lluvia y las voces de los paisanos.

—¿Rosario?

—Dime, muchacho.

—¿Has oído hablar de la hacienda *Orembae*?

El indio se quitó el chapeo de fieltro y se rascó la coronilla.

—Sí, hace años. Es la hacienda que colinda con la estancia de nuestro pueblo. Hubo unos líos de límites cuando tú eras un crío. Al pobre *pa'i* Ursus lo tenía a maltraer el asunto. Entiendo que, al final, todo se resolvió para bien de nuestra misión.

—¿Para qué lado tengo que rumbear si quiero llegar a *Orembae*?

—Los aserradores nunca vamos para ese lado, Aitor. El *pa'i* no quiere líos con esa gente endemoniada. Tú no te acuerdas porque eras muy chiquillo, pero nos robaron muchas reses. Y nos mataron otras tantas.

—Solo preguntaba. No pienso ir.

—Entiendo que queda hacia el este, del otro lado de la laguna. Has ido a la laguna conmigo y con Palmiro a cazar carpinchos. ¿La recuerdas?

—Sí. La lluvia ha parado. Mejor que me alce con los bueyes.

—¿Con qué boyero irás?

—Con ninguno. Los unciré y los manejaré yo.

—Siempre solo, ¿eh, Aitor?

—Así parece. Buenas tardes, Rosario.

—Hasta luego, muchacho.

* * *

Hacía un calor infernal, y, después de un aguacero, los mosquitos y la ura se habían vuelto tenaces, por lo que Aitor se subió a un timbó y se acomodó en la raíz adventicia de un isipoi para untarse el preparado de urucú que Malbalá le daba antes de partir; se lo pasaba incluso en las orejas, las que causaban risa a Emanuela cuando se recogía el cabello en una coleta porque las tenía muy separadas del cráneo. Sonreía

para sí en tanto la recordaba divertirse a su costa cuando un gemido lamentoso rompió el equilibrio de sonidos usuales. Guardó el pote de gres en su morral con movimientos cautelosos y se puso de pie en la rama. Aguzó el oído. Los gemidos se sucedían y también se oían sollozos ahogados. Estaba seguro de que había dos personas allí abajo, no muy lejos.

Ayudado por las raíces del isipoi escaló el timbó a la velocidad de un felino, hasta casi llegar a la cúpula, por donde filtraban los rayos del sol. Se sostuvo de una liana para inclinarse y atisbar hacia abajo. Su tío Palmiro siempre se había admirado de su extraordinaria vista y le aseguraba que era uno de los tesoros del cazador. No le llevó mucho descubrir el origen de los sonidos perturbadores: correspondían a un hombre blanco, con el culo al aire, y a una mujer —a ella no la divisaba muy bien—, echada de espaldas, a la que el blanco tomaba por la fuerza a juzgar por su sollozo y sus súplicas en guaraní.

Empuñó el arco, sacó una flecha del carcaj y la calzó en la cuerda. La punta se hundió en la nalga derecha del hombre, que profirió un alarido de dolor y se derrumbó sobre su víctima. Aitor se calzó de nuevo el arco en el torso y descendió en pocos segundos.

La muchacha intentaba sacarse de encima al hombre, y este, entre gritos y maldiciones, luchaba por ponerse de pie, sin éxito; el dolor lo entorpecía y vencía. Ninguno había reparado en Aitor, que arrancó la flecha de un tirón y la limpió en los pantalones del herido; no tenía intenciones de perder un arma magnífica, con una finísima punta de metal. El hombre profirió un alarido agudo y se volvió con la expresión deformada a causa del padecimiento. Clavó sus ojos en Aitor, que le soltó un puñetazo en la nariz y otro en el cuello, a la altura de la nuez de Adán, un vicio de su hermano Marcos, el cual había padecido en varias de sus peleas y que ahora ponía a buen uso. El hombre se derrumbó, medio inconsciente. Aitor lo empujó con el pie, y el cuerpo rodó hacia un costado. La muchacha se cubrió la desnudez malamente con los brazos y las piernas retraídas. Aitor buscó en torno hasta dar con la prenda, un vestido de basto percal de un blanco sucio y deslucido. Lo recogió, lo sacudió y se lo extendió. La joven estiró el brazo con desconfianza; le temblaba la mano.

—Vístete y vamos antes de que este *karai* se despabile. No te haré daño —la tranquilizó.

Sin sacudirse las hojas ni el polvo, la muchacha se pasó el vestido por la cabeza con dificultad; debían de dolerle los brazos, llenos de rojeces y mordidas. Le sangraba la nariz, y tenía un corte en el párpado superior del ojo derecho. Aitor la ayudó a incorporarse; lo impresionó cómo temblaba. No sería capaz de sostenerse en pie. La aferró por la muñeca y le acomodó el brazo sobre sus hombros. La sujetó por la cintura, y la encontró delicada y femenina.

—Vamos —la instó.

Urgía alejarse del atacante.

* * *

A pesar de la advertencia de Rosario, después de transportar los troncos con la ayuda de los bueyes y de cargarlos en la jangada, Aitor enfiló hacia *Orembae*. No había reflexionado acerca de su necesidad de aproximarse a la hacienda de Lope. Simplemente, se había dejado llevar por el impulso de conocer más acerca del muchacho que miraba a su Jasy con cara de idiota. Su objetivo se había truncado al descubrir al blanco y a la india, que en ese momento descansaba en un colchón de hojas que él había juntado. La chica no había pronunciado muchas palabras desde el día anterior, después del ataque; le había dicho que se llamaba Olivia y que vivía en *Orembae* desde que tenía memoria.

Había quedado mal después del ataque, por lo que el avance se volvía lento; debían detenerse cada hora. Olivia yacía de costado, las piernas recogidas sobre el pecho, las manos entrelazadas bajo el mentón. Aitor le estudió las pantorrillas que el vestido no cubría, la piel lustrosa y oscura, el hueso delicado de la rodilla y los pies delgados y pequeños. ¿Cuántos años tendría? ¿Quince, dieciséis? No muchos más.

—Vamos —la instó, y se aproximó para ayudarla a incorporarse.

—¿Adónde me llevas?

—A mi pueblo.

—¿Cuál es tu pueblo?

—San Ignacio Miní.

No intercambiaron más palabras. Cada tanto, se detenían para beber de la calabaza que Aitor llevaba en el morral, y proseguían. Entraron en la misión cerca del mediodía, y la gente se agolpó en torno a Aitor y a la muchacha renga, con magulladuras en la cara, la cual, sin duda, no pertenecía a la doctrina. ¿Se trataría de una víctima del luisón, una de la cual se había compadecido al recobrar su forma humana? No se atrevían a preguntarle, por lo que se limitaban a acompañarlos, mientras murmuraban sus hipótesis. Ursus, advertido por una muchacha, abandonó la casa de los padres y corrió por la avenida principal, la que conducía al ingreso del pueblo.

—¡Aitor, hijo! ¿Qué ha sucedido? —La india elevó la vista, y Ursus ahogó una exclamación—. ¿Olivia?

—Sí, *pa'i*.

—¿Qué te ha sucedido, hija? ¿Quién te ha golpeado de este modo? —Se aproximó y ayudó a Aitor a conducirla—. Llémosla al *cotiguazu*. ¡Diego, ve a buscar a tu *pa'i* van Suerk al hospital! Dile que nos encuentre en el *cotiguazu*.

* * *

Emanuela no ocultaba la felicidad de hallarse sobre las rodillas de Aitor mientras le relataba en qué había empleado el tiempo durante las largas semanas en las que él se había ausentado. Los ojos de Aitor vagaban por su rostro, intensos, hambrientos, como si pretendiesen grabar a fuego cada rasgo y nunca resultase suficiente. Una media sonrisa le despuntaba en la comisura cada vez que la niña agitaba las manos y gesticulaba para remarcar un concepto o para describir una situación. Amaba su alegría, y había amado el brillo en sus ojos azules cuando, de regreso de la casa de su *jarýi*, lo descubrió mateando con Malbalá en la enramada; lo había hecho sentir especial. Y también amó el gritito con que echó a correr para arrojarse en sus brazos. Y amó su risa cuando la hizo dar vueltas en el aire, y también después, cuando la estrechó y la olió. Cómo había echado de menos su aroma, el aroma del hogar.

—Te traje un regalo, Jasy —la interrumpió, y sonrió cuando ella ladeó la cabeza con ese ademán tan adorable y lo miró con un ceño.

—¿De veras?

Aitor hurgó en el morral a sus pies y extrajo una piedra pequeña, no más de una pulgada y media de largo, transparente y de un hermoso color violeta. Emanuela emitió una exclamación ahogada y permaneció con la boca abierta mientras estudiaba la piedra sin tocarla.

—¿Te gusta, Jasy?

—Es lo más lindo que he visto —aseguró, y Aitor rio—. ¡Gracias! —Le rodeó el cuello y le plantó un beso en la mejilla.

Aitor la abrazó y no le permitió apartarse de inmediato. La mantuvo pegada a él, la nariz hundida en su trenza.

—Pero antes de dártela, quiero preguntarte algo —dijo, y el movimiento de sus labios acarició el cuello de la niña—. ¿Cumpliste tu promesa? ¿Permaneciste en el pueblo? ¿No fuiste sola a ninguna parte?

—Fuimos a nuestro lugar secreto una vez. —Aitor se apartó para mirarla—. Mi *sy* nos llevó —se apresuró a aclarar, con temor en la voz.

Aitor se puso de pie y depositó a la niña en el suelo.

—¿Por qué mi *sy* los llevó a nuestro sitio secreto?

—Bruno le contó y ella nos llevó —contestó, cada vez más inquieta.

Aitor se dijo que convertiría a su hermano menor en astillas para el fuego.

—¿Estaban Lope y Ginebra?

—Sí —murmuró Emanuela, y, de modo instintivo, dio un paso hacia atrás, atemorizada por la mirada de él, que se alejó con su piedra en el puño.

La piedra no era redonda, sino de líneas afiladas, y se le clavaba en la carne, en

tanto avanzaba sin rumbo y a zancadas rabiosas. El dolor en la palma de la mano le recordaba que estaba permitiéndole a la ira que lo dominase, defecto que su *pa'i* Ursus le había marcado infinidad de veces. No conseguía ahogarla, y se sentía bien dándole rienda suelta. ¿Habría ido a la cascada con él? ¿Le habría permitido que la tocara? Las imágenes lo enceguecían, y ni siquiera reparaba en que la gente lo rehuía al verlo acercarse.

—¡Aitor! ¡Aitor!

Se detuvo de golpe. El padre Ursus lo llamaba desde la puerta del *cotiguazu*, la casa que albergaba a las viudas y a las huérfanas. El padre van Suerk estaba a su lado. Se encontraron a mitad camino.

—Hijo, ¿no me escuchabas?

—Discúlpame, *pa'i*.

—Acompáñanos a la casa. Quiero que me cuentes sobre Olivia, cómo fue que la encontraste.

—¿Ella está bien?

—Muy golpeada —intervino el padre van Suerk—, pero no tiene ningún hueso roto. Se repondrá con cuidados y descanso.

Aitor asintió y emprendió la marcha hacia la casa de los padres a una seña de Ursus.

—Siéntate, hijo —lo invitó—. Tarcisio, prepara unos mates.

—Como mande, *pa'i*.

—Y después te vienes con tus aparejos de barbero. Alguien aquí necesita una afeitada. —Guiñó un ojo a Aitor, que había notado el disgusto en el rostro del sirviente; no le dio importancia—. Cuéntanos cómo fue que encontraste a Olivia. Ella no quiso decirnos nada.

—Vive en la hacienda de aquí cerca, *Orembae*.

—Sí, lo sé. La he visto en algunas ocasiones servir la mesa cuando doña Florbela me invita a almorzar.

Aitor no tenía idea de quién era la tal doña Florbela, pero no preguntó. Supuso que se trataría de la esposa del dueño de la hacienda. ¿La madre de Lope, tal vez?

—Un hombre, un blanco —aclaró—, estaba atacándola. Le disparé una flecha.

—¿Lo mataste? —se horrorizó Ursus.

—No. Le clavé un flechazo en el culo.

—¡Ja! —exclamó el padre Santiago de Hinojosa, que abandonó los libros y se acercó para oír la historia.

Ursus lanzó un vistazo intimidatorio a su amigo y volvió el rostro hacia Aitor. Su mueca invitaba a la explicación.

—Lo tenía al aire, *pa'i*.

—¿Al aire? ¿Quieres decir que se había bajado los calzones? —Aitor asintió—.

Ya veo —susurró el sacerdote, y miró a sus colegas.

—Maldito bastardo —masculló Hinojosa.

—Santiago, por favor.

—No sabía qué hacer con la muchacha —admitió Aitor—. Lo único que se me ocurrió fue traerla para la doctrina.

—E hiciste bien, hijo, hiciste bien. —Ursus le palmeó el hombro—. Ahora habrá que esperar la ira de Vespaciano. Si lo conozco un poco, se desatará como un huracán en plena mar.

—Tal vez no —apuntó Hinojosa en castellano—. Desde hace un tiempo, está tratando de ganarse tu amistad de nuevo. En caso contrario, doña Florbela no habría podido invitarte a almorzar en esas tres ocasiones.

—¿Amistad? Lo dudo. Vespaciano no mueve un dedo sin un interés.

Aitor no entendía palabra, aunque comprendía que hablaban de un tal Vespaciano. Se dejó afeitar por Tarcisio, y los dos se mantuvieron alertas y tensos durante el proceso. Que un tipo en quien no confiaba le colocase el filo de una navaja en el cogote no le resultó para nada divertido. Sin embargo, le gustó lo fresca y suave que le quedó la cara, y deseó que Jasy se la tocara. El padre Ursus lo estudió antes de entregarle una caja forrada en cuero marrón.

—Esto me lo regaló mi padre cuando era un mozalbete como tú. Ábrela.

Aitor obedeció. En el interior, cubierto de una tela azul oscuro, suave y esponjosa, la misma del manto celeste de la Virgen y que el hermano Pedro llamaba «terciopelo», había tres utensilios, de los cuales él no conocía el nombre de ninguno.

—Esta es una navaja, parecida a la que usó Tarcisio para afeitarte hace un momento. Tiene mango de marfil. —Dijo «marfil» en castellano porque la palabra no existía en guaraní.

—¿Marfil?

—Es un material muy costoso y muypreciado en la Europa. Se saca del colmillo del elefante, el animal más grande que pisa la tierra.

El semblante inescrutable de Aitor sufrió una leve alteración, y Ursus sonrió para sí. Había tocado su corazón de cazador.

—La hoja está confeccionada con uno de los mejores aceros del mundo, el de Toledo, una ciudad al sur de la España —explicó—. Este aparejo extraño hecho de cuero de cabra... Toca qué suave es. —Aitor hizo como se le indicaba—. Esto se llama, justamente, suavizador, y sirve para afilar la hoja. Debes afilar la navaja antes de afeitarte, de otro modo, podrías cortarte, sin mencionar que la afeitada no será al ras. ¿Recuerdas cómo Tarcisio aferraba la navaja? —Aitor negó con un movimiento escueto de la cabeza—. No debes empuñarla como harías con tu cuchillo de caza. Pones el pulgar aquí... Así, muy bien. El índice y el mayor van en el vástago, aquí. Y la mueves de este modo para evitar cortarte... Sí, de ese modo. Y por último, esta es

una brocha. Es muy fina, con mango de marfil. Estos son pelos de tejón, muy buenos. Es para que la cargues de jabón y lo coloques en tu cara, como hizo Tarcisio —añadió—. Devuelve los utensilios a su lugar.

Aitor encastró los avíos en su sitio dentro de la caja. Bajó la tapa, la trabó y se la extendió a Ursus.

—Es para ti, Aitor. —El sacerdote rio ante la confusión del muchacho, que sostenía la caja en el aire y apretaba el entrecejo—. Es un regalo que quería hacerte desde hacía un largo tiempo, solo que desde hoy te aprovechará.

La sorpresa se convirtió en una emoción que se expandió como un calor por el pecho, el cuello y, cuando le alcanzó los ojos, se los anegó. Se odiaba por esa muestra de debilidad, por lo que se puso de pie con la caja calzada bajo el brazo, farfulló un «gracias» y abandonó la casa de los padres con la mente confundida y el corazón desbocado. Metió la mano en la faltriquera que le colgaba de la faja y extrajo la piedra de Emanuela. La observó largamente, y la culpa y los celos lucharon hasta agriarle el ánimo aún más.

A varas de su casa, se detuvo de golpe y maldijo. Laurencio nieto, de rodillas en la enramada, abrazaba y consolaba a Emanuela. Bruno lanzaba vistazos desconsolados en dirección a su hermana de leche y le acariciaba la cabeza. Se aproximó con el sigilo de un yaguararé y entró en la enramada por el lado al que Laurencio y Bruno le daban la espalda; no lo vieron, ni escucharon.

—Manú, no llores —le pedía Laurencio—. Sabes que Aitor tiene el alma negra. Es malo y mezquino.

—No —se quejó la niña, sin fuerza—, no tiene el alma negra.

—Sí, Manú, la tiene negra. No deberías llorar por él. No vale la pena. ¿Acaso crees que le importas? Mira cómo te ha tratado, mira cómo te ha hecho sufrir. Y te aseguro que tú no le importas pues acaba de traerse una mujer de la selva.

—¡Laurencio nieto!

El aludido dio un respingo y se apartó de la niña. A Aitor casi le dio por reír cuando las mejillas de su sobrino se vaciaron de color y adoptaron una tonalidad cenicienta. Se acordó de la noche en que, del susto, se había hecho encima, y le costó mucho refrenar la carcajada. Avanzó hacia él, que retrocedió hasta dar con la espalda en la pared. Aitor, que era bastante más alto, se inclinó sobre su rostro, le desveló los colmillos y le gruñó. El sollozo de Laurencio se deslizó entre los dientes que castañeteaban y los labios que temblaban con la calidad de un trémolo.

—¿Por qué tocas a Emanuela? ¿No te dije hace mucho tiempo que no volviesses a acercarte a ella? ¿No lo entiendes? Si vuelves a poner tus manos sobre ella, si vuelves siquiera a acercarte a ella o a hablarle, volveré a buscarte como aquella noche de luna llena. ¿La recuerdas, Laurencio nieto? Pero esta vez no tendré compasión. Te arrancaré el corazón y me lo devoraré crudo porque se está acabando el tiempo de las

amenazas. ¡Ahora, desaparece!

Aitor, Emanuela y Bruno lo observaron alejarse corriendo. Aitor se volvió hacia su hermano menor.

—¿Por qué le pediste a mi sy que los llevase a nuestro lugar secreto?

—Yo... Yo...

—¿No escuchaste cuando dije que volveríamos cuando yo pudiese llevarlos?

—Sí, escuché.

—¿Entonces?

—Queríamos ir, y tú no regresabas.

Era cierto, había demorado más de lo usual en regresar. La distancia lo mantenía alejado de Emanuela y de los pensamientos pecaminosos que le plagaban la mente cuando la tenía cerca. También se daba cuenta de que lo volvía más agresivo e irascible, impaciente, intratable, porque esa lejanía le jugaba trucos sucios y le alimentaba otros pensamientos, unos en los que él se la imaginaba feliz en la doctrina, rodeada de amor y atenciones, ocupada en las faenas del día, sin acordarse de él ni un instante.

Fijó la vista en su hermano menor, que pegó el mentón al pecho.

—No vuelvas a desobedecerme, Bruno.

—Bueno.

Entrelazó sus dedos con los de Emanuela y echó a andar sin dar explicaciones. Frenó de golpe y dijo:

—Quiero estar a solas contigo. —Hizo un círculo con la mano para abarcar a los animales que los seguían.

La niña sacó a la macagua de la hombrera de cuero y le susurró. El ave voló hasta posarse en el tejado de la casa de los Ñeenguirú. Lo mismo hizo con Libertad. Puso a Kuarahy en el suelo y acomodó a Miní sobre el lomo de Timbé.

—Regresen a casa —ordenó.

Los animales la obedecieron después de titubear unos segundos. Aitor volvió a tomarla de la mano y reinició la marcha. Emanuela trotaba a su lado. La guió en silencio hasta la torreta del baptisterio y miró en torno antes de abrir con la llave que acababa de escamotear de la casa de los padres. Cerró la puerta detrás de ellos.

—No te arrimes porque es de día y te verán. —No había sido su intención sonar tan duro. Se sentó en el suelo, la espalda contra la pared, en el extremo más sombrío y alejado a la abertura por donde asomaba el telescopio—. Ven, siéntate aquí conmigo.

Emanuela, que se había mantenido quieta y expectante, la mirada invariablemente sobre él, avanzó con indecisión, como si le temiese. Odiaba que le temiese; ella era la única a quien no quería inspirarle miedo. Aitor estiró el brazo y la tomó por la muñeca con delicadeza.

—Aquí —indicó, y la ubicó en el hueco que formaban sus piernas—. Deshazte las trenzas —susurró, y lo conmovió que ella lo obedeciese sin quejas, y se quedó prendado de la habilidad con que desanudaba el tiento de cuero y las desarmaba, y la feminidad con que se acomodó después el cabello.

Emanuela permaneció quieta, con las manos unidas sobre el regazo y la vista baja, mientras Aitor le olía el cabello y lo restregaba entre los dedos, como si apreciase la calidad de un género.

—Allá, en la enramada —le dijo al oído—, no estaba enojado contigo, sino con Bruno.

—No quiero que estés enojado con Bruno.

Los celos se mezclaron con la sorpresa; no le conocía ese tono, ni esa determinación.

—Teníamos muchas ganas de ver a Lope y a Ginebra.

«¿Teníamos? ¿Tú también deseabas verlos, Jasy? ¿A Lope?», y enseguida caviló: «Dijo Lope primero».

—¿Y a mí? ¿Tenías ganas de verme a mí?

La niña levantó el rostro con un movimiento veloz, como si la pregunta le resultase disparata, absurda.

—*Siempre* tengo ganas de verte a ti, pero tú nunca estás.

Volvieron a asombrarlo la mirada cargada de enojo y el acento decidido. Algo había sucedido durante esas semanas con su Jasy. Era la de siempre y, al mismo tiempo, un cambio se había operado en ella. La contempló directo a los ojos, y después vagó hacia sus labios, que le resultaron más carnosos y rojos que de costumbre, y continuó con el descenso hasta dar con los dos pequeños bultos que le levantaban la tela del tipoy. No se inquietó, ni se amargó al percibir el cosquilleo incómodo entre las piernas. Lo acogió con espíritu resignado.

—¿Qué es eso? —se interesó la niña, y apuntó hacia la caja de cuero.

—Un regalo de mi *pa'i* Ursus. Ábrelo. Debes quitarle la traba. Sí, esa.

—Qué bonito —dijo, sin la alegría de costumbre, y eso lo entristeció—. ¿Qué es?

—Son utensilios para quitarme el vello de la cara. ¿Ves que ya no lo tengo? —Se pasó los dedos por el bozo, y Emanuela lo imitó, provocando una nueva oleada de puntadas y tirones en sitios diversos.

—¿Para qué sirve esto?

—No quiero que lo toques. Se llama navaja y podrías cortarte. Es muy filosa.

—¿Más que tu cuchillo? —Aitor asintió—. Y esto ¿para qué sirve?

Aitor repitió las explicaciones del padre Ursus hasta caer en un silencio en el que ella observaba los objetos y acariciaba el terciopelo de la caja con la punta del índice, y en el que él la observaba a ella y le pasaba el dorso del índice por la mejilla y el filo de la mandíbula.

—¿Y mi regalo? —preguntó Emanuela de pronto.

—¿Ese llanto no era por mí, sino por la piedra?

—Era por ti —dijo, sin ánimo de bromear—, pero ahora quiero mi regalo.

La visión de la piedra devolvió un poco de vida a sus ojos alicaídos.

—¿Dónde la encontraste?

—En el Paraná. Y enseguida pensé: ¡Cuánto le gustará a mi Jasy!

Eso también pareció agradarle, porque, aunque sin mirarlo, la vista fija en la piedra, sonrió.

—La llevaré siempre conmigo —prometió, y, todavía sin enfrentarlo, comentó—: Me dijo Laurencio nieto que trajiste a una mujer de la selva. ¿Te casarás con ella?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque no la traje para eso, Jasy. La encontré en la selva, malherida. La traje a la doctrina porque no podía dejarla allá sola, para que un yaguareté o un *jagua pytã* —hablaba de un puma— se la devorasen.

Emanuela hizo girar la piedra entre sus dedos mientras la estudiaba con actitud abstraída. De pronto, elevó la vista y la fijó en la de él, y Aitor recibió una fuerte impresión. No le conocía esa mirada; sobre todo, lo impactó el extraño matiz de azul que habían adquirido sus iris.

—La trajiste porque eres muy bueno, y no es cierto que tienes el alma negra.

«La tengo negra, Jasy. Tú no la conoces porque a ti no te la muestro».

Contuvo el aliento en un acto mecánico cuando ella le rodeó el cuello con los bracitos delgados y lo apretó. Él la apretó a su vez, con fervor. Nada lo hacía sentir tan bien como el abrazo de su Jasy.

—¿Qué hicieron el día en que fueron a nuestro lugar secreto? ¿Fuiste a nuestra cascada con Lope? —la sonsacó, con expresión y acento cargados de artera mansedumbre.

—Lope no sabe nadar, y le teme al agua.

—¿Sabes, Jasy? Encontré otro sitio maravilloso al cual me gustaría llevarte algún día. Tiene un salto elevadísimo, más alto que esta torreta. —Los ojos de la niña se abrieron con desmesura—. Y el agua cae sobre unas piedras negras, donde podríamos sentarnos para ver el chorro. Hay un pozo de agua cristalina donde nadar que está lleno de aguapés.

—¿De veras? ¿De qué colores?

—Blanco y violeta, como el color de tu piedra —le respondió, dichoso de que la Jasy entusiasta hubiese regresado—. Tengo tantos deseos de llevarte.

—¿Cuándo me llevarás, Aitor?

—Cuando seas mayor porque está en un sitio lejano y nos tomaría algunos días ir y regresar.

—¿Cuándo seré mayor?

—Cuando tengas catorce años. —«Y pueda casarme contigo», añadió para sí. Una euforia siguió al pensamiento, y lo hizo sentir fuerte, poderoso, invencible.

—Faltan más de dos años —calculó la niña con aire afligido.

—Sí —admitió, y volvió a abrazarla porque no conseguía apartar sus manos de ella—. ¿Qué más hicieron con Lope y Ginebra?

—Hicimos carreras de escarabajos peloteros. —A Emanuela le gustaban unos escarabajos que, en pareja, macho y hembra, tomaban un pedazo de estiércol de mono y lo convertían en una bola que luego hacían rodar para transportarla largas distancias—. Ganó la pareja de Ginebra. Kuarahy no la quiere a Ginebra y, cuando ella quiso recogerlo, le mordió la enagua. Le arrancó un pedazo. Es muy bonita su enagua. ¿Sabes qué es una enagua? —Aitor negó con un ademán de la cabeza—. Es una prenda muy fina que se pone bajo el vestido. Yo le pregunté para qué servía, y ella me dijo: «Para cuidar el recato».

—¿Recato?

—Es una palabra en español, pero no sé qué significa. No le pregunté a mi *pa'i* Ursus. ¿Cuándo quieres que comience a enseñarte el español?

Los labios de Aitor se separaron en una amplia sonrisa. Jasy no había olvidado su promesa.

—Empecemos ahora. Dime cómo digo *rohayhu* en español.

—Te quiero.

—Te... quie... ro —repitió él, y a Emanuela, su pronunciación le arrancó una risita, que sofrenó tapándose la boca.

—Te quiero —dijo ella de nuevo, más pausado—. Aunque también en español dicen «te amo». Jesús dice a sus apóstoles «los amo», y creo que es más importarte que decir «los quiero». Sí —concluyó, con un asentimiento—, te amo es más importante que te quiero.

—Entonces, Jasy, *te... a... mo*.

Ella lo contempló con semblante serio antes de que una sonrisa le iluminase el rostro y le pusiese brillo a sus ojos, que, en la opacidad dorada del crepúsculo, habían adquirido un matiz de azul que, en ese instante comprendió, le recordaba al color del pecho del pájaro bailarín. Se le cortó el aliento ante tanta belleza, y le pareció mentira que le perteneciese solo a él.

* * *

Tal como había previsto Ursus, Vespaciano de Amaral y Medeiros se presentó en la misión dos días más tarde, y no lo hizo por el sector de la estancia, sino que realizó un gran rodeo para ingresar por la entrada principal del pueblo. Ursus, que había sido

alertado por el espía de turno, sabía que cabalgaba con tres de sus hombres —los tres armados con trabucos— y que un indio conducía una carreta. Entró, muy digno, en su ruano de gran alzada y recorrió la avenida principal. Con el mentón erguido, miraba hacia uno y otro lado, simulando la admiración que le inspiraban las construcciones sólidas de tonalidad rojiza, e intentando amilanar a los guaraníes, que se congregaban en silencio ante un espectáculo inusual: españoles en la misión. Cada tanto, los visitaba el provincial de Asunción, a veces el obispo, y muy infrecuentemente algún viajero solicitaba refugio para pasar la noche.

Amaral y Medeiros avistó la figura ciclópea del padre Ursus en la plaza de armas, cerca de un reloj de sol y rodeado por varios indios armados. Sonrió para sí: sin duda, le habían advertido de su llegada. Espías, por supuesto. Estos jesuitas eran más comerciantes, políticos y estrategas que curas, refunfuñó. Se le olvidaron sus rencillas y las quejas cuando una mirada casual cayó sobre una india asomada bajo la enramada de una casa. Era su india, la que había amado tantos años atrás. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que la había visto? Más de once, si la memoria le era fiel, cuando la descubrió bañándose en el Yabebirí con el niño de ojos amarillos. La reconoció de inmediato, no existió un instante de duda. Y ella lo reconoció a él porque levantó las cejas y separó los labios, y su mano buscó apoyo en un antebrazo desnudo y fibroso. Vespaciano estudió al dueño del brazo y, cuando sus ojos se toparon con unos brillantes como el sol, contuvo el aliento. Pocas cosas lo sorprendían; ese niño lo había sorprendido más de once años atrás, y volvía a hacerlo ahora, ya convertido en un hombre intimidante con esa postura de brazos cruzados al pecho y piernas ligeramente separadas, pero sobre todo con esa mirada recia, alerta y desafiante, que reflejaba un espíritu temerario e indómito, lo que él hubiese anhelado en un hijo. Las palabras de su capataz Domingo Oliveira acudieron a su mente: «*Me disparó un demonio de ojos amarillos*». Como ardía en fiebre, sin mencionar que era muy supersticioso, Vespaciano había creído que deliraba. En ese momento comprendió que no.

Devolvió la vista al frente y siguió avanzando en dirección al capellán de la misión. A pocos palmos del linde de la plaza de armas, elevó la mano y su comitiva se detuvo. Descendió del caballo, se quitó el fino sombrero de pelo de castor y caminó en dirección de Ursus. El único sonido lo componía el repiqueteo de sus nazarenas de plata. Un corro se abrió para darle paso. Se detuvo de golpe, estupefacto de hallar al muchacho de los ojos amarillos junto al jesuita y en la misma postura combativa de minutos atrás. ¿En qué momento había abandonado la casa? ¿Con qué sigilo y rapidez se había movido? En esa segunda revisión, se dio cuenta de que llevaba el pelo larguísimo, cerca de la cintura, y que una vincha blanca le circundaba la frente. Tenía un arco en bandolera y el mango de un cuchillo asomaba en la faja que le sostenía los pantalones.

—¿A qué debemos tu visita, Vespaciano? —preguntó el sacerdote en guaraní a modo de saludo.

—Ursus —dijo, e inclinó la cabeza, y los guaraníes murmuraron ante la falta de respeto que implicaba no llamarlo *pa'i*—. Sospecho que tienes algo que me pertenece, algo que este joven —señaló a Aitor, y le gustó que no se inmutase— tomó sin mi consentimiento.

—Sí, Olivia está con nosotros, pero ella no te pertenece. Es una vasalla del rey tanto como lo somos tú y yo, y tú has abusado de ella sometiéndola al yanaconazgo desde que era una recién nacida. Esa institución ha sido prohibida, lo sabes.

—No es yanaconazgo lo que la ata a mí, sino una encomienda.

Ursus se adelantó unos pasos, y Amaral y Medeiros debió conjurar todo su orgullo para no retroceder. El jesuita podía partírle la cabeza con una de esas manos. El indio de los ojos amarillos se movió con él, al unísono.

—*Memento mori*, Vespaciano —expresó el sacerdote, a lo que Amaral y Medeiros lanzó una risotada.

—Sí, Ursus, sí. Recuerdo que moriré.

—Entonces, deja de mentir por ambición y muestra un signo de humanidad. Olivia vive en tu hacienda como una esclava, y le concedes el trato que reservarías a un apestoso perro.

—¡Jamás le he puesto un dedo encima!

—Tú no, tal vez —añadió con un matiz que abría la posibilidad a la duda—, pero has permitido que esa bestia de tu capataz la ultrajase. Aitor se lo sacó de encima en el momento en que ese palurdo estaba forzándola.

«¿Conque Aitor?» Era un nombre vasco que hablaba de gallardía y grandeza; le iba bien.

—¿Podríamos hablar a solas? —pidió Vespaciano, en un tono conciliador, y Ursus asintió—. Pero antes quiero pedirte un favor. —El jesuita volvió a asentir—. En esa carreta está mi capataz, Domingo Oliveira, al que tú llamas bestia y palurdo. La herida de la flecha se infectó y está delirando. Sé que el sotocura de esta misión es médico. Si es verdad que esta es una doctrina cristiana, se avendrán a curarlo.

—Por supuesto. Señor corregidor —dijo Ursus, y se volvió hacia Palmiro Arapizandú—, ¿podrías disponer que trasladasen al hombre que yace en esa carreta al hospital para que el padre van Suerk lo revise?

—Ya mismo, *pa'i*.

—Gracias. Sígueme, Vespaciano.

En su camino hacia la casa de los padres, Amaral y Medeiros no pudo evitar detenerse en el atrio de la iglesia y admirar la belleza de la fachada en tonalidad rojiza, con sus tres puertas flanqueadas por columnas de ornamentados capiteles y bajorrelieves de ángeles con trompetas, vides y pámpanos, y conchas y hojas de

acanto en el hastial.

—¿De qué estilo arquitectónico se trata? —preguntó en castellano, más para alardear que para saber, porque no conocía del tema, ni le interesaba.

—Barroco, podríamos afirmar, aunque se advierten muchas características que le han añadido los hijos de esta tierra y que lo hacen único.

—¿Los indios han realizado esas tallas y bajorrelieves?

—¿Quién si no, Vespaciano?

—Pensé que algún hermano lego o uno de vosotros con estudios en arquitectura.

—En el pasado, sí, les enseñábamos a hacerlo, pero igualmente lo hacían ellos solos. Ahora contamos con grandes maestros entre los guaraníes, que a su vez pasan su conocimiento a los aprendices. Somos dos curas, a lo sumo tres por misión. ¿Cómo crees que podríamos construir y mantener estos pueblos si no fuese por el trabajo incansable de los indios? Nosotros brindamos la guía espiritual y nada más.

—Siempre consideré a los indios unos gandules.

—Porque los tratas como a bestias y no como a súbditos del rey. A nadie le gusta trabajar a punta de látigo y con maltratos, Vespaciano. Los guaraníes son gentes muy trabajadoras si pueden trabajar con alegría. Cada día parten a labrar nuestros campos cantando. Y bien conoces cuáles son los rendimientos de nuestras sementeras.

—Ni lo menciones, que por vuestra culpa el precio de la yerba y del tabaco está por el suelo.

Ursus carcajeó por lo bajo.

—Deberías dejar de ofrecer a los porteños ese masacote de yerba que produces y confeccionarla sin palo, como nosotros. Verías que el precio sería superior. —Amaral y Medeiros acordó de mala gana, con un gruñido—. ¿Te gustaría conocer el interior de la iglesia? Doña Florbela nunca consiguió que la visitases, ni que participaras de alguna ceremonia.

—Adelante. Muéstrame tu iglesia.

Si la fachada lo había sorprendido, el interior lo dejó perplejo, y le sirvió para confirmar lo que había supuesto durante largo tiempo: esas misiones obtenían unas ganancias que superaban ampliamente los dineros necesarios para pagar al rey el impuesto por cada indio. Se hallaba en un pueblo muy rico, que no ostentaba su fortuna, sino en los ornamentos para adorar a Dios y a sus santos. Visto el dorado a la hoja que cubría la mayor parte del templo, debía de haber algo de cierto en lo que se rumoreaba en los mentideros de Asunción y de Buenos Aires: los jesuitas ocultaban minas de oro en la región.

La casa de los padres era austera, aunque cómoda. Ursus lo invitó a sentarse a la mesa, y un indio con modos impecables, la nobleza obligaba a admitir, les sirvió mate y unos bollos hechos con harina de patay, freídos en tocino y rociados con miel silvestre, muy deliciosos. Comió unos bocados en silencio, mientras le imprimía a su

expresión un aire bonachón a sabiendas de que el jesuita lo estudiaba. Ursus cavilaba que su vecino era todavía joven y enérgico, de buena planta, de la que se valía para consolidar el genio autoritario con el que administraba su hacienda. Si tenía canas, se le perdían entre los mechones rubios y rojizos, estos últimos, legado de sus antepasados holandeses que habían asolado las costas brasileras. Hasta sangre pirata corría por esas venas, se dijo Ursus. No había de qué sorprenderse, concluyó.

—¿Qué edad tienes, Vespaciano?

—Cuarenta, Ursus.

El jesuita asintió.

—Vespaciano, no voy a devolvarte a Olivia.

—Ursus...

—Déjame hablar, por favor. Sabes que es obligación del encomendero proveer por el bienestar de sus indios encomendados. Resulta palmario que no has estado a la altura en el caso de esta pobre muchacha. Y no quiero imaginar lo que les sucede a las demás. Tengo entendido que ese demonio de tu capataz anda gallando a cuanta india joven se le cruza en el camino y que tú haces la vista gorda.

Que un jesuita, uno de los que había complotado para que no le entregasen el título de marqués, uno de los que se oponían a la encomienda y ponían en riesgo la economía de su hacienda, uno que inundaba el mercado de Asunción y de Santa Fe con yerba, caña de azúcar, algodón y tabaco, y que provocaba el desmoronamiento de los precios, le viniese a dar sermones, a él, a Vespaciano de Amaral y Medeiros, le resultaba intolerable. Pero él era un hombre de negocios, y para los negocios se necesitaba la sangre fría, por lo que hizo una afirmación con la cabeza y sonrió apenas. Tal vez Florbela tuviese razón, y, después de un tiempo, Ursus escribiría al rey para hablarle en buenos términos de su vecino Amaral y Medeiros.

—Está bien, Ursus, está bien. Quédate con Olivia, quédatela. No iniciaré otro pleito contigo para perderlo. Ya aprendí que la Compañía de Jesús es más poderosa aún que el propio rey.

Ursus se cuadró en la silla. Comentarios como ese perjudicaban a la orden y la habían colocado en una situación tensa, tanto en Portugal como en España.

—No digas sandeces, Vespaciano. Estamos al servicio de Nuestra Majestad, que Dios lo guarde siempre, y no contamos con ningún poder excepto el que nos da ser portadores de la Buena Nueva.

—Sí, disculpa.

—Y ahora, si no tienes nada que decir, te acompañaré a la plaza. A mi jornada todavía le esperaban muchas obligaciones.

Se pusieron de pie.

—Antes de marcharme, quisiera hacerte una pregunta. Es acerca del muchacho de los ojos amarillos, el que salvó a Olivia. —Ursus frunció el entrecejo, confundido—.

Le puso una flecha en el culo a Domingo —comentó con jocosidad— y le plantó dos trompazos que lo dejaron prácticamente inconsciente. ¡Tiene las pelotas bien peludas el chaval!

—Haz la pregunta, Vespaciano.

—¿Qué edad tiene?

—El 2 de abril hará los dieciséis años.

—¿Podrías cedérmelo? —La mueca de horror del jesuita no lo tomó desprevenido—. No te apresures, Ursus. No te lo pido como indio encomendado. Lo quiero para formar lo como capataz de mi hacienda. Le dispensaría el trato que destino a mis empleados criollos o españoles, o portugueses. Con respeto. Y le pagaría un buen jornal. Tengo la impresión de que este pueblo le queda chico a ese mozalbete.

La posibilidad de que un espíritu indómito, pendenciero y vanidoso como el de Aitor cayese en manos de un hombre sin escrúpulos como Vespaciano, que alimentaría esos defectos para su propio beneficio, le causó un malestar físico y lo puso de mal humor.

—La respuesta es no. Te acompaño hasta la plaza de armas —insistió.

—No parece guaraní —comentó Amaral y Medeiros—. Para empezar, su piel es más oscura, no tan rojiza, y es alto.

—Su madre es abipona.

—Comprendo.

—Aitor está fuera de discusión, Vespaciano. Quiero que te mantengas lejos de mi misión y de mis indios. Cuando tu capataz se haya recuperado, te mandaré aviso de modo que envíes la carreta para regresártelo.

—Como tú dispongas, Ursus.

* * *

La encontró sentada en la roca donde solía vestirse antes de escapar, tan silenciosa y misteriosa como había llegado.

—Sabía que estarías hoy aquí —dijo Amaral y Medeiros, y Malbalá se puso de pie—. Ayer me sorprendí al verte en San Ignacio Miní, aunque siempre sospeché que pertenecías a ese pueblo. ¿Cómo te llamas? ¿O tampoco me dirás tu nombre en esta ocasión?

—Mi nombre es Malbalá.

—Malbalá. El mío, Vespaciano, por si te interesa saberlo.

Se encaminó hacia ella con la determinación de reiniciar lo que se había truncado dieciséis años atrás. A pesar del tiempo transcurrido, ella aún conservaba ese halo juvenil y desvergonzado que tanto lo había atraído en el pasado. Quería volver a saborear esos labios gruesos y chupar sus pezones negros. Se detuvo en seco cuando

la india levantó la mano.

—No he venido aquí para eso.

—¿Para qué, entonces? —preguntó, con fastidio.

—Para hablar de mi hijo, de Aitor.

—¿El que atacó a mi capataz y se robó a mi india? —Malbalá asintió—. Habla.

—Mi *pa'i* Ursus me advirtió que estuviste preguntándole por él, que quieres llevártelo a tu hacienda.

—Sí, es verdad. ¿Qué hay con eso?

—No quiero que te lo lleves, no quiero que le hagas daño.

Lejos de su intención dañar a alguien al que le habría gustado convertir en su mano derecha; no obstante, decidió seguirle la corriente para ver qué provecho podía sacar.

—Tiene que pagar por lo que hizo.

—Él hirió a tu capataz para salvar a la muchacha, algo que habría hecho cualquier hombre con honor. Si mi *pa'i* Ursus no quiere devolverte a tu india, no es culpa de mi hijo, sino de tu capataz, que la trató como a un animal.

El chico tenía de dónde sacar las agallas. En tanto la excitación comenzaba a molestarle bajo el pantalón, una idea tomó forma en su mente.

—Puedo prometerte que no haré daño a tu hijo, ni me vengaré de él, si tú me prometes algo a cambio.

—¿Qué?

—Que volveremos a ser lo que éramos, cuando nos encontrábamos aquí al atardecer.

—No.

—¿Por qué? —preguntó más desorientado que enfadado.

—Porque no quiero tener más hijos.

—Entonces, no puedo asegurarte que no me cobraré lo que tu hijo me quitó.

—Tú no le harás daño.

Amaral y Medeiros profirió una carcajada sin humor.

—Sí, Malbalá, se lo haré. —Pronunciar su nombre fue un error porque, por alguna razón inexplicable, se le acentuó la erección.

—No puedes hacerle daño porque él es tu hijo.

—¿Qué? —Medio atontado de deseo, se dijo que no la había entendido correctamente. Como ella hablaba el guaraní con acento extraño —ahora sabía que se debía a su origen abipón—, lo más probable es que hubiese pronunciado mal, causando la confusión.

—Aitor es tu hijo. Cuando supe que estaba embarazada de él, dejé de venir a verte.

Amaral y Medeiros hizo cuentas rápidas y comprobó que cuadraban. Por un

instante, se permitió sentir alegría y orgullo.

—¿Cómo sabes que no es de tu esposo? Porque de seguro tienes un esposo.

—Sí, tengo esposo, pero Aitor no es de él. Nosotros no... Cuando tú y yo nos conocimos, hacía tiempo que mi esposo ya no lo era en ese sentido.

Se la quedó mirando, mientras digería lo que acababa de revelar.

—¡Mientes! —se enfureció un momento después—. Me dices esto para evitar que me tome revancha con él.

—Yo no miento. Nunca.

La declaración de la mujer le cerró la boca, y, mientras la contemplaba en lo profundo de los ojos negros, cayó en la cuenta de que no recordaba haber respetado tanto a otro ser humano como a esa pobre india abipona. Exudaba dignidad y valentía.

—¿Aitor sabe que es hijo mío?

—No, no lo sabe. Y no quiero que lo sepa. No te atrevas a perjudicarlo. No sé qué castigos le esperan en el infierno a un padre que daña a la carne de su carne.

Malbalá echó a correr, y Vespaciano no conjuró la voluntad para seguirla.

* * *

Desde el día anterior, desde la visita del patrón de *Orembae* a la doctrina, Aitor notaba extraña a Malbalá, sin mencionar su reacción desmedida al avistar al hacendado mientras este avanzaba por la avenida principal con aires de rey. Lo detestaba. Por eso, cuando vio que su madre, en lugar de ocuparse del *avamba'e*, enfilaba hacia los lindes del pueblo y se perdía en la selva, decidió seguirla. Malbalá no habría descubierto que él iba tras ella; era un hábil cazador, que sabía confundirse en el follaje —no por nada su tío Palmiro lo llamaba *urutaú*, el ave que se convertía en rama para despistar a sus depredadores— y avanzar sin perturbar la incesante canción de la selva; Malbalá, en cambio, era solo una pueblerina que poco y nada sabía del bosque, ni de sus secretos.

Enseguida coligió que se encaminaba al sitio secreto en el arroyo Yabebirí. No le resultó difícil hallar un sitio para esconderse. Malbalá se sentó en una roca, y, aunque cualquiera habría dicho que lucía serena, él la conocía demasiado para no apreciar su inquietud. Dio un respingo al ver aparecer al tal Amaral y Medeiros y estuvo a punto de delatar su presencia para salvarla de ese malparido, cuando su madre le habló con autoridad; era evidente que lo conocía. Entonces, cayó en la cuenta de por qué le resultaba familiar el rostro de ese blanco: se trataba del hombre que, tantos años atrás, había descubierto espiándolos en ese mismo sitio, tras el helecho. En aquella ocasión, él todavía no había cumplido cinco años; sin embargo, la imagen, la de esos ojos azules y el pelo como la paja, jamás se le había olvidado.

Siguió el diálogo con atención hasta que escuchó pronunciar su nombre. Las pulsaciones se le dispararon y le zumbaron los oídos. Necesitó unos segundos para recuperarse y retomar el hilo de la conversación. Minutos más tarde, habría deseado no haberlo hecho.

CAPÍTULO X

Malbalá lo había provisto de un pequeño talego con sal. Si bien era de los pocos productos que no producían en las misiones y había que comprarlo en Asunción, los guaraníes no la apreciaban como el español y casi no la utilizaban para cocinar, por lo que Aitor obtuvo la bolsita sin problema.

Dividió el contenido en dos montoncitos y los colocó dentro de sendas bolsas de arpillera, las que colgó con una fibra de güembé a la base de dos árboles, a unos cinco palmos del suelo, no muy lejos una de otra, de modo que, desde el sobrado ubicado en las ramas de un *yvyra pepe* —los padres lo llamaban alecrín—, muy fácil de trepar gracias a sus raíces arbotantes, las controlase al mismo tiempo. El sereno mojaría las bolsas a lo largo de la noche, la sal chorrearía y los animales se acercarían a chuparla. Entonces, él los cazaría. Prefería a los tapires, cuya carne era muy preciada, aunque también se conformaría con pecaríes, venados o pacas, al menos eso le había asegurado el puestero al cual se los llevaría para trocarlos por una pieza de tela castellana, muy blanca y fina. Quería que Jasy se confeccionase una enagua; admiraba la de Ginebra, y él había visto cómo la codiciaba cada vez que la joven se recogía la saya y exponía la delicada prenda «para el recato», lo que fuese que eso significase.

Se cubrió de barro para ahogar su olor de humano y trepó al árbol. Se ubicó en el sobrado y se armó de paciencia, la principal virtud del cazador, en opinión de su tío Palmiro. La noche caía lentamente y oscurecía el entorno. En un rato, su sentido de la visión desaparecería, y lo guiarían el olfato y su sutil oído. Cuando era pequeño y Palmiro Arapizandú lo llevaba a cazar, le resultaba difícil quedarse quieto y en silencio. Moverse, aunque fuese unas pulgadas, implicaba remover el aire en torno y agitar los olores; los animales apreciaban el cambio y huían. Hacer ruido era todavía peor. Tiempo después y siguiendo los consejos de su mentor, había conseguido dominar la necesidad de moverse o de hablar. Después fue menester conquistar una nueva habilidad: la de la concentración. Horas y horas a la espera de una presa, con los pensamientos que viajaban lejos de la selva, también constituían un desafío. El animal por el cual había hecho guardia toda la noche podía pasarle bajo las narices y él no verlo si le permitía a sus divagaciones que le nublasen la atención. Hacía años que Aitor no perdía una presa, aunque, mientras le disparaba con el arco, estuviese recordando a Jasy o, como en ese momento, meditase acerca del encuentro de su madre y Amaral y Medeiros en el sitio secreto, pese a que ya habían transcurrido varios meses. Si bien lo alegraba haberse enterado de que no era hijo de ese malnacido de Laurencio Ñeenguirú, detestaba saber que lo era de Amaral y Medeiros,

ese blanco engreído, que permitía a sus hombres vejar a las indias encomendadas de su hacienda, porque Olivia le había confesado que no era la primera vez que el capataz lo hacía, ni con ella, ni con otras. Siempre había deseado ser el hijo de Palmiro Arapizandú, y en varias ocasiones, durante las jornadas de caza que compartían, se había visto tentado a preguntarle. No quería pensar en su madre y en Amaral y Medeiros juntos, a orillas del Yabebirí; a esas imágenes las reemplazaba a fuerza de voluntad; por ejemplo, se obligaba a enfurecerse al cavilar que Lope era su medio hermano, ese pusilánime, paliducho y desgarrado marica, que ni siquiera sabía nadar y que se atrevía a mirar a su Jasy como lo haría con una santa en su peana. Aunque nada lo irritaba tanto como el cariño y, sobre todo, la consideración que Lope le profesaba. No toleraba que lo alabase o que lo contemplase con esos ojos grandes y azules, tan parecidos a los de Jasy, colmados de admiración. Durante el último encuentro en el arroyo, le había pedido que le enseñase a nadar, a lo cual él se había negado sin dar explicaciones. Ante el gesto de azoro de Lope, el muy imbécil de Bruno se había apresurado a prometerle que él lo haría, promesa a la cual había desistido horas más tarde, después de que Aitor lo acorraló en la letrina donde orinaba y lo amenazó con arrancarle los genitales si le enseñaba.

El recuerdo de la letrina se encadenó a otro, más placentero, el de Olivia, que una noche lo había esperado fuera del baño y, sin mediar palabras, lo había besado en los labios.

—Abre la boca, Aitor —le había susurrado, y él la obedeció sin pensarlo dos veces. La joven le introdujo la lengua, y el contacto con la suya le provocó la sensación más desconcertante de su vida. Fue como él imaginaba que debía de sentirse el golpe de un rayo. Nunca olvidaría el rayo que se había precipitado sobre el cedro en el instante en que él arrojaba tierra sobre el ataúd de la madre de Jasy para imitar a los padres; nunca olvidaría el erizamiento que le cubrió la piel, ni el extraño aroma metálico que se suspendió en el aire antes de ser ahogado por el de la rama quemada.

El beso de Olivia fue como un rayo, que le agitó los cinco sentidos. Se besaron sin intercambiar nuevas palabras. «Abre la boca, Aitor» había bastado. Lo demás se desenvolvió con naturalidad, y él, instigado por un hambre que no sabía que tenía, tomó la situación en sus manos y le devolvió el beso con la maestría de quien ha besado cientos de veces. Era fácil saber cómo hacerlo simplemente porque hacía lo que quería; en realidad, hacía lo que necesitaba para saciar esa excitación que lo había puesto en llamas. Quería que lo tocara como él se tocaba durante las largas noches en la selva. La aferró por la muñeca y le guió la mano hasta su erección. Detuvo el beso, expectante. Sonrió sobre los labios de la joven cuando esta abrió la mano y le acunó los testículos a través de la tela del pantalón. Sin romper la unión de sus bocas, a ciegas, Olivia le aflojó la jaretera y deslizó la mano hasta que sus dedos

dieron con su carne desnuda. Aitor volvió a experimentar el golpe del rayo y gimió, un sonido oscuro y ronco que, por alguna extraña razón, hizo reír a Olivia.

—Quiero que estés dentro de mí, Aitor.

Pensó en tomarla allí mismo, arrojarla sobre el camino de ladrillos que conducía a la entrada del baño y enterrarse dentro de ella. Desechó la idea de inmediato. Nadie podía verlos. Sabía que estaban haciendo algo prohibido, fornicar, así lo llamaban los padres, y constituía uno de los pecados más graves, severamente castigado en la doctrina y que te conducía a la hoguera del diablo si la muerte te pillaba sin haberte confesado. Solo se podía fornicar con la esposa y después de la boda, y con la única intención de procrear. A él, sin embargo, los pecados y los castigos lo tenían sin cuidado; así como no creía en Dios, tampoco creía en el demonio. Pero era consciente de que tenía que cuidar las apariencias. No quería que nadie le fuese con el cuento a su *pa'i* Ursus, porque terminaría con veinte verdugones en el lomo y vaya a saber con cuántos días en la cárcel. No le tenía miedo a los cuerazos, ni a la prisión, pero sí a que Jasy lo viese atado al rollo recibiendo el castigo. Sufriría por él, y eso era lo último que deseaba, sin mencionar que nadie desaprovecharía la oportunidad para contarle el motivo que había impulsado a su *pa'i* a castigarlo, y, aunque ella, en su inocencia, no sabría de qué se trataba la fornicación, de nuevo, algún alma caritativa se mostraría más que dispuesta a explicárselo. Le importaba bien poco si Dios y el demonio lo veían fornicando con Olivia, pero prefería que un yagareté le saltara encima a que su Jasy se enterase.

Apremiado por una erección dolorosa, aferró a Olivia por la muñeca y la condujo a un sector solitario, detrás de los talleres, en la barraca. Ella se quitó el tipoy con la misma urgencia con la que él se deshizo de los pantalones. Se acostaron sobre el suelo de tierra apisonada. Olivia debió de notar algo de torpeza en sus modos porque le preguntó:

—¿Es tu primera vez?

—Sí —admitió él, sin vergüenza.

Le gustó que Olivia se limitase a asentir con expresión seria. Lo miró a los ojos, mientras le aferraba el miembro, duro como una tacuara, y lo guiaba entre sus piernas.

—Empuja ahora —le ordenó, y fue fácil deslizarse dentro de ella, porque su carne estaba resbalosa, además de caliente. No necesitó moverse demasiado para alcanzar la instancia en la que, sabía, su pene comenzaría a escupir el líquido espeso y blancuzco, la simiente, como le había enseñado años atrás su tío Palmiro, en una oportunidad en que habían visto aparearse a una pareja de *mborevi*.

—¿Qué están haciendo, tío?

—Están fornicando.

—¿Qué es eso?

—Cuando seas un hombre, si una mujer te gusta, sentirás que tienes ganas de tocarla, pero, sobre todo, sentirás que tienes ganas de estar dentro de ella. Eso es fornicar.

—¿Cómo dentro de ella?

—Querrás poner tu lengua en su boca y tu *tembo* entre sus piernas, en un orificio que se llama *tako*.

—No creo que quiera, tío.

—¿Alguna vez te he mentado, Aitor?

—No, tío.

—Entonces, créeme, querrás estar dentro de esa mujer que te gusta, y lo querrás con tantas ansias que te olvidarás de todo y lo harás, sin importar que podrías ganarte el infierno por ello.

—¿Qué sucederá después de que meta mi *tembo* en el...?

—*Tako*. Sucederá que empezarás a moverte, así como está haciéndolo el tapir, hasta sentir que una sensación agradable, la más agradable que puedas imaginar, se apodera de ti. La sensación crece y crece, hasta que explota, y tu *tembo* escupe dentro de la mujer la simiente con la que se hace un nuevo ser. Así como le damos a la tierra las semillas para que crezca el maíz, el hombre le da a la mujer su simiente para que ella haga crecer a un nuevo ser humano en sus entrañas.

Sí, era su primera vez, pero sabía del asunto, por lo que, cuando presagió que se acercaba a la cúspide del placer, se retiró de Olivia y le empapó la pierna con su semen.

—¿Por qué te has retirado de mí? —quiso saber, azorada.

—Porque no quiero que quedes preñada.

A él no le sucedería lo mismo que a su primo Rafael, que había fornicado con una india de la Candelaria en oportunidad de la celebración de las fiestas patronales de esa misión, y después el superior lo mandó buscar y lo obligó a casarse con ella, una joven a la que prácticamente no conocía; se decía que ni siquiera le había preguntado el nombre antes de tomarla. Tuvo que abandonar San Ignacio Miní, a su familia y amigos para unirse a una mujer simplemente por un momento de calentura, y el padre Ursus no pudo decir ni pío. Él no caería en esa trampa; sus planes eran otros, y Olivia no estaba en ellos.

—¿Y yo? —le preguntó la joven, con una mueca de desconsuelo.

—Tú, ¿qué?

—Yo también quiero sentir, Aitor. Te apartaste tan súbitamente y con tanta rapidez, que no sentí nada. —Como él la contemplaba con gesto confundido, Olivia le explicó—: Necesito que me hagas sentir lo mismo que sentiste tú. Tócame. —Le sujetó la mano con delicadeza y le mostró cómo y dónde quería que la acariciase.

—Estás mojada —se sorprendió.

—Sí. Introduce un dedo dentro de mi *tako*. —Aunque el pedido le resultó insólito, la complació—. Ahora, sin quitar ese, introduce otro. Sí, así. Oh, Aitor. — Emitió un sollozo que, increíblemente, lo excitó, pese a que, segundos antes, se había sentido muy saciado—. Muévelos dentro de mí. Así, no te detengas. Ahora, sin quitar tus dedos de mi *tako*, usa tu pulgar para acariciarme aquí. —Le colocó el pulgar en un punto situado arriba de la vagina, una bolita dura que, sin duda, constituía la clave del asunto pues, una vez que comenzó a oprimirla y a masajearla, Olivia perdió el control. Aitor le cubrió la boca con la mano para evitar que sus alaridos despertasen a la misión.

Los encuentros con Olivia se sucedieron. Regresaba al pueblo después de semanas aserrando en el monte y se buscaban con las ansias de unos que han ayunado durante la Cuaresma. Ella le enseñó con generosidad y desvergüenza lo que sabía acerca del arte del placer, y Aitor pronto ganó confianza y destreza, al punto de sorprenderla con iniciativas que la hacían enloquecer.

El ruido en la base del árbol lo rescató de sus memorias. Se puso alerta, aunque sin mover un músculo. Aguzó el oído. Por el sonido, dedujo que se trataba de pecaríes. Necesitaba dos para obtener la pieza de tela. Se dijo que al menos había unos cuatro allí abajo. Sería fácil, en la oscuridad, herir a uno; a otro, ya era más difícil, pues la manada, alertada, echaría a correr. De igual modo, contaba con un tiempo infinitesimal en el que los animales, confundidos ante la caída de un compañero, permanecerían, congelados, a su alcance. Si accedía a la segunda flecha en su carcaj con velocidad y la ajustaba en la cuerda con precisión, tal vez lograrse una segunda presa y daría por terminada la noche. Tenía ganas de dormir.

Sin arrancar un quejido a las tablas del sobrado, se colocó en cuclillas y cerró los ojos; de igual modo, veía poco y nada. Se dedicó a oír y a olfatear. Las imágenes de lo que acontecía diez varas más abajo comenzaron a tomar forma tras sus párpados. Extrajo una flecha con movimientos que semejaban a los de un perezoso y la calzó con igual cuidado en la cuerda, untada con grasa de yacaré en la unión con el arco para evitar los crujidos. Inspiró profundo, apuntó y disparó. La segunda flecha la acomodó con velocidad y volvió a disparar. Sabía cuándo la punta se enterraba en la carne, conocía el sonido del impacto, y lo amaba. Encendió la lámpara de sebo y bajó de prisa para rescatar las presas. No tenía intenciones de compartir con ninguna alimaña la moneda de cambio que le permitiría comprar el regalo de Jasy.

* * *

—Eres el mejor amante que he tenido —le confesó Olivia tres noches más tarde, en la barraca, después de que él le hubiese provocado un orgasmo con los labios y la lengua—. ¿No vas a preguntarme si tuve muchos antes de ti?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque no me interesa —contestó, sin animosidad, más bien con acento sincero.

Olivia, aún echada sobre las mantas, completamente desnuda, entrecerró los ojos y apretó los labios en una mueca enojada.

—¿Aitor?

—¿Mmm? —masculló él, sin mirarla, mientras se subía los pantalones.

—¿Por qué haces de cuenta de que no existo durante el día? Si nos cruzamos en la calle, o en la plaza, o en la iglesia, ni me hablas, ni me miras.

Lo desorientó la pregunta, que enseguida le supo a reclamo. ¿No la miraba, ni le hablaba? No lo hacía adrede. Los pocos días que pasaba en la misión los dedicaba a Emanuela, siempre con los cinco sentidos puestos en ella. Estaba alerta, no la perdía de vista y, sobre todo, la cuidaba de los que le pedían favores o que les tocara una parte del cuerpo afectada por una dolencia. Por eso no prestaba atención a Olivia ni a ninguna otra, solo a su Jasy.

—¿Por qué? —insistió la muchacha.

—No me doy cuenta.

—¿No te das cuenta de que paso a tu lado? —se escandalizó.

—No.

—Solo tienes ojos para la niña santa.

El único indicio que tuvo Olivia de que Aitor había escuchado su murmullo fue que detuvo los dedos con los que anudaba los lazos de su camisa, tarea que reanudó un instante después; jamás levantó la vista, y su expresión no varió.

—Vamos, vístete —la urgió, en cambio.

Pasar las noches con Olivia le gustaba. Le sacaba de encima las ganas que acumulaba en la soledad del monte. Desde que se acostaban, rara vez se masturbaba, y ya no necesitaba mentirle a su *pa'i* Ursus cuando, en confesión, este le preguntaba si lo hacía. «Podrías acabar por quedarte ciego o podrían salirte pelos en las palmas de las manos», le advertía, porque no le creía cuando él le aseguraba que no se tocaba. Decirle: «*Pa'i*, no me masturbo porque Olivia me saca las ganas» habría sido poco juicioso, por lo que clavaba la mirada en el jesuita, que lo contemplaba como si pretendiese leerle la mente, y se plantaba en sus trece: él no se masturbaba.

Olivia se levantó y fue a buscar las prendas que Aitor le había arrancado cerca de la puerta. Ese día la había sorprendido su excitación, también la agresividad con que la había poseído.

—Creo que tu sobrino Laurencio está enamorado de la niña santa.

Aitor insistió en su mutismo y se ató la coleta. En la penumbra de la barraca, Olivia no había advertido que se le remarcaban los músculos de las mandíbulas, que

achinaba los ojos y dilataba las paletas de la nariz. Sus palabras estaban removiendo una herida que se había abierto esa tarde y que él había intentado olvidar en la barraca, enterrado entre sus piernas.

—La mira con ojos de enamorado —prosiguió Olivia— y le está encima todo lo que puede. Creo que a ella le gustan sus atenciones, porque ríe y le lanza miradas provocativas. Es una coqueta y presumida.

Olivia profirió un alarido cuando Aitor la aferró por el brazo y la atrajo hacia él. Sus ojos dorados, que en otras circunstancias la hechizaban y le cortaban el aliento, ahora se clavaban en los suyos con malicia, y le inspiraban pánico, lo mismo sus cejas tan peculiares, las que, en ese gesto rabioso, le conferían la apariencia de un ser endemoniado. Los años que Aitor llevaba desempeñando el oficio de hachero y aserrador lo habían dotado de una fuerza que, en ese momento en que él le permitía asomarse a una parte tan oscura de su naturaleza, se arrepentía de haber admirado; si lo deseaba, Aitor Ñeenguirú podía quebrarle el cuello con una mano. Las mujeres con las que vivía en el *cotiguazu* le habían advertido que se mantuviese lejos del luisón, y ella había desestimado el consejo.

—Óyeme bien, Olivia. Si quieres hablar mal de mí, del marica de Laurencio nieto, de mi *pa'i* Ursus, de Tupá o de la mismísima Tupasy María, adelante, me tiene sin cuidado. Pero si vuelvo a escuchar que siquiera balbuceas el nombre de Emanuela, voto a Dios, Olivia, yo mismo te llevaré amarrada a *Orembae* y te echaré a los pies del capataz para que termine lo que yo interrumpí dos años atrás. ¿He sido claro?

La joven asintió con agitaciones temblorosas, los ojos negros brillantes de lágrimas. Aitor la soltó, y Olivia cayó sobre las mantas, donde ahogó un sollozo.

—¡Estás enamorado de ella! ¡No estoy ciega, Aitor! ¡Veo cómo la observas, como si quisieras devorarla! ¡No la miras como la miraría un hermano, como la miran Bruno o Juan, o Teodoro, o cualquiera de tus hermanos! ¡La miras con deseo!

Aitor recogió el sombrero del suelo, lo sacudió y se lo calzó. Enfiló hacia la puerta, sorteando trastos viejos y montículos de paja.

—¡Aitor! —clamó Olivia, y corrió hacia él—. Aitor —gimoteó.

—¿Qué quieres, Olivia?

—Mírame.

—No. ¿Qué quieres?

—Vas a volver mañana por la noche, ¿verdad?

—No lo sé.

—¿Regresas al monte?

—Tal vez.

Intentó reanudar la marcha, pero la muchacha lo detuvo poniéndole una mano sobre el hombro. Él siguió dándole la espalda.

—Aitor, yo te amo y no quiero que sufras. La niña santa no pertenece a este lugar. Ella es blanca, hija de españoles. En pocos años, deberá irse para estar con los de su pueblo. Los *pa'i* jamás permitirán que se case contigo, ni con ninguno de la misión.

—Adiós, Olivia.

* * *

En tanto se alejaba de la barraca, lo acompañaban los sollozos de la joven que dejaba atrás. Quería huir de ella; así como la había necesitado esa noche para desfogar su ira, sus celos y su deseo insatisfecho, en ese instante no la soportaba. ¿O no soportaba lo que acababa de decirle porque sabía que era verdad, la misma que le había insinuado su madre en tantas ocasiones y que a él enfurecía?

Se trataba de una noche de verano particularmente densa y bochornosa; llovería antes del amanecer, presagió. Entró en la casa, y el calor lo acobardó. Se detuvo en el umbral. Un momento después, lo alcanzó el aroma familiar, el mismo que se le impregnaba a Jasy en el cabello y que él no se cansaba de inspirar. Siguió avanzando.

Laurencio roncaba en su hamaca; no obstante, debía ser cauteloso; no dormía la mona, por lo que su sueño no era tan profundo como en el pasado. Desde hacía un tiempo, desde que Emanuela se había dado cuenta del efecto nocivo de la bebida y se ocupaba de él, preparándole infusiones especiales y confiscándole las vasijas con chicha que él escondía en lugares insospechados —resultaba un misterio cómo las hallaba—, el hombre no se emborrachaba, y el humor le había mejorado.

La habitación era más espaciosa desde que Teodoro se había casado, por lo que llegó al camastro de Emanuela sin la necesidad de sortear tantas hamacas. Se quitó el sombrero y la vincha que le ajustaba la frente, y los colgó en la alcándara de Saite, la que le había construido su tío Palmiro años atrás. El ave no se agitó y, después de echarle un vistazo, volvió a acomodar el pico bajo el ala. Se quitó la camisa y la enganchó en la percha vacía de Libertad. Se preguntó si la lechuza caburé volaría aún por las noches hasta lo de Lope para despertarlo y evitar que se hiciera encima —por fin había entendido aquel críptico intercambio entre Emanuela y su medio hermano—. Sonrió con malicia. El muy imbécil se orinaba en la cama.

Timbé, que con los años había adquirido unas proporciones escandalosas, dormía en la enramada. Kuarahy y Miní lo hacían, como de costumbre, a los pies de la cuja, y no se inmutaron cuando él se recostó junto a Emanuela. Ya eran viejos, en especial el kinkajú y la lechuza caburé, y nadie entendía cómo seguían vivos. Ciertamente que Emanuela y Bruno les prodigaban los cuidados que no habrían recibido si llevasen una vida salvaje; no obstante, la situación no dejaba de sorprender y de atizar las leyendas de la niña santa.

Se colocó de lado en el camastro, de otro modo no hubiese entrado. Los pies le

colgaban. Es que, a los diecisiete años, era más alto que la mayoría de los varones adultos de la misión, sin mencionar su constitución fuerte, de espaldas cargadas y brazos poderosos de aserrador. Cada vez que regresaba del monte, el padre Ursus, para bromear, le plantaba las manazas en los hombros y le preguntaba: «¿Cuándo dejarás de crecer, hijo mío?».

Se sostuvo la cabeza con la mano y se dedicó a observar a Emanuela. Nada le daba tanta paz como contemplarla dormir. Su carita larga y delgada, sus pestañas negras, que formaban semicírculos sobre la piel tersa, sus labios apenas entreabiertos, su delicado mentón, que terminaba con un puntita muy marcada que él deseaba morder, y sus pómulos elevados componían la imagen más hermosa que él conocía. Las facciones de ese rostro amado empezaban a perder el aire infantil para convertirse en los de una mujer. Los pechos le habían crecido, circunstancia con la que Bruno la martirizaba, lo que le valía unos cuantos coscorriones de Malbalá o de Laurencio abuelo. Se la imaginó despierta y sonriente, los ojos vivaces cuando algo la divertía, desbordantes de bondad y de compasión cuando algo la conmovía; siempre dulces e inocentes. Llegado el momento, él sería el responsable de que esos ojos azules perdieran todo rastro de inocencia, solo él, y que Dios se apiadara de quien intentase robarle ese derecho porque tendrían que recogerlo en pedazos.

Esa noche, Emanuela dormía con un ceño, y tenía las pestañas aglutinadas, consecuencia de que había llorado. Como de costumbre, él había sido el responsable de su llanto. No quería despertarla y, al mismo tiempo, quería. Necesitaba pedirle perdón, decirle que la amaba, que no lo odiase, que si ella lo odiaba, él iba a morir de tristeza. Apretó los párpados al recordar el gesto dolido con que lo había mirado antes de que él se alejase hacia el arroyo.

Había vuelto del monte a primeras horas de la tarde, ciego de ganas de verla, ansioso por comprobar que estuviese bien, por abrazarla, olerla, besarla. Quería estudiarle los cambios. En semanas, el cuerpo y las facciones de su Jasy maduraban, perdían candidez, se redondeaban, y a él se le hacía más difícil sofocar la respuesta de su cuerpo, que actuaba en contra de las advertencias de la razón. En esa ocasión, la había encontrado un poco más alta, siempre muy delgada. ¿Seguiría siendo impúber? Lo era hasta su última visita; lo sabía porque siempre se lo preguntaba a Malbalá, que asentía sin mirarlo y con un ceño que ejecutaba cuando no quería hablar de cierta cuestión. Es que Laurencio y Malbalá le temían a la llegada del primer sangrado de Emanuela, pues sospechaban que marcaría el hito que comenzaría a alejarla de ellos, de la única familia que la niña conocía.

Entró en el pueblo después de tres semanas de ausencia y se dirigió a lo de Ñeenguirú con la única intención de desembarazarse del morral, higienizarse un poco y seguir camino hacia la casa de los padres; por la hora, Emanuela estaría allí, estudiando las maneras de los españoles. Por fortuna, no avistó a Laurencio abuelo en

la enramada, solo a su madre, sentada frente al telar, que se puso de pie y lo recibió con los brazos abiertos y una sonrisa que le desveló todos los dientes.

—Buenas tardes, sy —la saludó con la circunspección a la que Malbalá estaba habituada.

—Buenas tardes, hijo mío. —Lo abrazó y lo besó en ambas mejillas, en absoluto afligida por la parquedad de Aitor.

—¿Emanuela está en la casa de mi *pa'i*?

—Sí.

—Me gustaría lavarme un poco.

Malbalá regresó del interior de la casa con un trozo de jabón y una pieza de algodón.

—Acabo de poner agua limpia en la batea. Úsala.

—Gracias, sy.

—¿Cómo has estado, hijo? —le preguntó, mientras volvía a su puesto frente al telar y recomenzaba a hilar con el huso.

—Bien. ¿Y por aquí?

—Falleció el suegro de mi hermana Senaqué. Le pidieron a Manú que fuese a verlo cuando agonizaba.

—Mierda, sy. ¿Fue?

—No. Dijo que Tupá lo quería a su lado y que no le permitiría curarlo.

Terminó de enjuagarse los sobacos y el cuello y se secó con fricciones violentas. Entró en la casa y sacó de su baúl, el que compartía con Bruno, una camisa limpia, sin mangas. Se sintió mejor después de haberse lavado y cambiado.

—Ya vuelvo —le anunció a Malbalá, y se alejó deprisa, sin darle tiempo a que lo detuviese.

Trotó las cuadras que lo separaban de su Jasy. En la plaza, consultó el reloj de sol. Casi las cuatro de la tarde. El padre Ursus comenzaba su ronda por los talleres a las cuatro, por lo que no tendría que esperar mucho antes de verla. Se apoyó en una de las columnas del pórtico que circundaba la casa de los padres y se dispuso a esperar. Ansiaba encender la pipa que llevaba en la faltriquera; necesitaba el consuelo que le prodigaba el tabaco; no obstante, desistió: quería tener las manos libres y fresco el aliento.

Se le aceleró el pulso al verla pasar por la ventana que se hallaba junto a la puerta. Se aproximaba a la salida. ¿Por qué su corazón se comportaba de ese modo tan impetuoso? ¿Por qué los latidos le retumbaban en la garganta hasta causarle dolor? Se quitó el sombrero, nervioso, y aguardó con el aliento contenido a que ella abriese la puerta. Él vivía para ese momento, para ver la expresión de Emanuela, que se iluminaba cuando lo descubría de regreso después de semanas de ausencia. El brillo de sus ojos azules y la sonrisa que solo le destinaba a él lo ayudaban a soportar la

lejanía.

Emanuela abrió la puerta y la cerró dándole la espalda, y Aitor tuvo la impresión de que se movía con delicadeza, con una cadencia femenina que no le conocía. La niña levantó la vista y se detuvo de golpe. Un grito le brotó de entre los labios y se llevó la mano al pecho, al sitio donde el corazón se le había desbocado. Se quitó la *apisama* de la frente, y la tacuarembó que le colgaba a la espalda, con cuadernos y libros, cayó, pesada, sobre los ladrillos del pórtico. Aitor la miró fijamente, serio, aunque no severo. No avanzó, quería que ella fuese a él. Y ella fue, corriendo, riendo, con los brazos extendidos, que le echó al cuello para pegarse a él. Aitor le encerró la cintura como si sus brazos fuesen boas constrictoras, de esas que él a veces cazaba por la piel, y la levantó del suelo. Emanuela reía, dichosa, y, entre risas, le bañaba el rostro de besos; no hubo porción de piel que sus labios no tocasen, excepto la boca, y Aitor pensó que no resistiría, que le encerraría la cara con las manos y que la devoraría.

—¿Cuándo regresaste? —le preguntó, agitada, sonriente, radiante.

—Hace un rato. Pasé por la casa y vine a buscarte.

Emanuela rio y volvió a abrazarlo.

—Te eché tanto de menos —le confesó, y él apretó los párpados al mismo tiempo que los brazos en torno a su cintura, colmado de emoción—. Y tú, ¿me echaste de menos?

—Sabes que sí —dijo, y la garganta le dolió.

—Dímelo.

—No.

—¿Por qué no?

La depositó en el suelo, pero no retiró las manos de su cintura. Ella deslizó las suyas por los brazos desnudos de él, inconsciente del efecto que esa caricia causaba entre las piernas de Aitor.

—¿Por qué no? —insistió Emanuela.

—Si quieres que te lo diga, acompáñame al arroyo. Quiero darme un baño.

—Tengo que trabajar en el *avamba'e*.

—¿Conmigo en el pueblo quieres trabajar? —Emanuela sonrió—. Vamos —la instó. Se inclinó para recoger la tacuarembó, que se echó sobre el hombro, y le presionó la parte baja de la espalda para que echase a andar. En tanto se alejaban, Aitor volvió la cabeza y descubrió que el padre Ursus los observaba por la ventana con un ceño profundo. Se miraron a los ojos. Ursus atinó a levantar la mano para saludarlo y Aitor inclinó la cabeza en señal de respuesta.

Al llegar a la enramada, Emanuela se inclinó para besar a Malbalá en la mejilla.

—Sy, ¿puedo ir al arroyo con Aitor?

—¿Y tus tareas en el *avamba'e*? —le recordó la mujer, sin detener sus hábiles

dedos.

—Vamos, sy, déjala ir. Acabo de regresar, quiero estar con ella. Prometo que trabajaré en el *avamba'e* cuando volvamos del arroyo.

—Tú no sabrías qué hacer en el *avamba'e* —le recordó Malbalá, y Emanuela profirió una risita cristalina, que lo impulsó hacia ella, ciego, sin medir las consecuencias. Volvió a abrazarla y a besarla en el cuello, lo que le provocó cosquillas, que le arrancaron más carcajadas. Se dio cuenta de que no se había tratado de una idea sensata cuando Emanuela, intentando escapar, se contorsionó contra su cuerpo. El pene se le endureció en un santiamén. La mantuvo pegada a él para ocultar el bulto que se advertiría fácilmente bajo la tela delgada y blanca de sus pantalones.

—Estás más alta.

—Pero me falta mucho para alcanzarte.

—No quiero que me alcances. Nunca.

La respuesta de Aitor debió de afectarla, porque sus labios abandonaron lentamente la sonrisa y se separaron apenas para revelar la hilera blanca y perfecta de dientes. Fue en ese instante en que lo notó, entre las conchillas del collar y el tiento de cuero de donde colgaba la piedra que él le había regalado dos años atrás, un hilo de color verde brillante sostenía una cruz de madera.

—¿Y esto? —Aferró la cruz y la estudió de cerca. No tenía más de dos pulgadas, era delicada y con un fino trabajo de taraceo.

—Me la regaló Laurencio nieto. Él mismo la hizo —añadió, e instintivamente dio un paso atrás al advertir el cambio en el semblante de Aitor, que le impidió alejarse al apretar el abrazo en la parte baja de su cintura.

—Quítatela —le exigió.

—¿Por qué?

—Aitor, por favor... —terció Malbalá.

—¡Quítatela, Emanuela! ¡Ahora!

—¡No!

La niña ahogó un grito cuando Aitor cortó el hilo de un jalón y lo echó al fogón de la enramada, el que su madre siempre mantenía encendido.

—¡No! —Emanuela se abalanzó para salvar la cruz antes de que el fuego la consumiese. Aitor la retuvo por detrás—. ¡Suéltame! ¡Está bendecida! ¡Es un sacrilegio!

—Entonces —le susurró al oído, con acento rabioso—, me ligaré veinte azotes y unos cuantos días en prisión, pero valdrá la pena.

Malbalá salvó la cruz. El hilo se había perdido, y el fuego había ennegrecido bastante la madera, pero una lustrada con cera de abeja, la que empleaba Palmiro en su taller, le devolvería el esplendor.

—Suéltala —ordenó Malbalá, y clavó la vista en los ojos furiosos de su hijo, que

apartó los brazos de Emanuela con un ademán violento y un chasquido de lengua.

Emanuela giró para enfrentarlo. Se miraron con intensidad, ella más bien perpleja; él, resentido.

—¿Por qué?

—Tú solo puedes recibir regalos de mis manos. De nadie más.

—¿Por qué? —insistió, y Aitor volvió a chasquear la lengua para fingir impaciencia al ver que los ojos de Emanuela se anegaban.

—¿Te olvidas de que caíste al pozo de las rayas por culpa de ese marica de Laurencio nieto? ¡Casi mueres, Emanuela! ¡Tú puedes haberlo olvidado! ¡Yo no! — Se golpeó el pecho al pronunciar «yo».

—¡No fue culpa de Laurencio!

—¡Fue su culpa! —La aferró por los brazos y la obligó a ponerse en puntas de pie al aproximarla a su rostro—. No te atrevas a defenderlo —la amenazó, con los dientes apretados.

—Aitor, por favor.

—¡No me toques, sy! —exclamó, sin apartar la vista del rostro desencajado de Emanuela.

—¿Qué está sucediendo aquí?

Aitor elevó los ojos al cielo al escuchar la voz de su padrastro. ¿Qué diantres hacía allí? ¿No era temprano para que regresase de la herrería?

—¿Por qué está llorando Manú? ¡Qué le has hecho, demonio!

—¡No! —exclamó la niña, y se interpuso entre Aitor y Laurencio.

—¡Vete de mi casa, malnacido!

Emanuela rompió a llorar, y Aitor, agobiado por tantos sentimientos contradictorios, giró sobre sus talones y se alejó en dirección al arroyo.

—¡Aitor! —exclamó Emanuela, pero Laurencio la detuvo.

—¡Manú! No irás detrás de ese...

—¡No lo insultes, ru! ¡Por favor, no lo insultes!

Fue lo último que Aitor escuchó antes de echar a correr, apremiado por huir de la desolación que transmitía la voz de su Jasy y que él le había infligido. ¡Era un cobarde! ¿Por qué, maldita sea, siempre acababan peleando? ¿Por qué aceptaba regalos de Laurencio nieto? ¡Gusano inmundo! Resultaba evidente que no entendía de amenazas. ¿Cuántas veces le había exigido que se mantuviese lejos de ella? Arreglaría cuentas con él antes de partir.

El baño lo relajó, pero sentarse en la roca detrás del salto sin Emanuela le removió el dolor. Rumbeó para la barraca. De seguro, Olivia se habría enterado de su regreso y estaría esperándolo. Hizo un rodeo para no pasar por el pueblo. Lo desilusionó encontrar la barraca vacía. De igual modo, entró. Dormiría allí. No tenía ganas de compartir el techo con su padrastro. Al rato, cuando el hambre comenzaba a

molestarlo, escuchó que los goznes de la puerta chirriaban. Se puso de pie y se sumió en las sombras. La puerta terminó de abrirse. Era Olivia.

—¿Aitor?

Le saltó encima como un felino a su presa. La muchacha gritó, asustada, y enseguida rompió a reír, mientras Aitor le arrancaba el tipoy y, allí mismo, cerca de la puerta, la tomaba contra la pared. Se retiró antes de eyacular, como de costumbre, y Olivia levantó las cejas, pasmada ante la potencia con que brotó su simiente, que le empapó el muslo y se chorreó por la pantorrilla.

A pesar de que había empezado bien, con Olivia también terminó mal. Y allí estaba, recostado junto a Jasy, después de un día que había prometido tanto y que, al final, lo había sumergido en una angustia negra.

Se le congeló el aliento cuando Emanuela comenzó a rebullirse. Esperó y deseó. Los párpados se le agitaron antes de comenzar a separarse. A ella le llevó unos instantes comprender quién se hallaba a su lado. Una sonrisa trémula despuntó en sus labios, que murió enseguida para transformarse en un gesto de angustia. Se aferró al cuello de Aitor y se echó a llorar. Aitor tragó varias veces antes de hablar; la voz, igualmente, le brotó insegura y medio tomada.

—Shhh, mi Jasy, shhh... Perdóname, amor mío. Perdóname.

Aunque ella sollozaba quedamente, él temía que despertase a los demás, por lo que abandonó el camastro, la tomó en brazos y salió a la enramada. El aire fresco con aroma a lluvia le dio la bienvenida al lamerle el torso desnudo, y enseguida se sintió mejor, con su Jasy para él. Encendió el fanal de sebo que colgaba de la viga de madera antes de sentarse en el suelo, contra la pared, cerca de Timbé, que levantó la cabeza para ver de quién se trataba. Acomodó a Emanuela en el hueco de sus piernas y la obligó a recostarse contra su torso desnudo. Le besó la frente.

—Mírame, Jasy. —Ella elevó los párpados al cabo, lentamente—. Hola.

—Hola.

—¿Te dormiste llorando? —Emanuela asintió—. ¿Por qué? ¿Porque te arruiné la cruz? —Emanuela negó con la cabeza—. ¿Por qué, entonces?

—Porque siempre te enojas conmigo. Todo lo que hago te parece mal.

Su respuesta, expresada con esa vocecita de niña dolida, lo alcanzó en el pecho con la potencia de un hondazo. Se inclinó y le apoyó los labios sobre la frente. No los apartó para hablarle.

—Perdóname. No debí arrancarte la cruz. Perdóname. Estaba muy celoso.

—¿Por qué?

—Porque... —Tomó distancia. ¿Cómo explicarle a un alma pura acerca de los sentimientos negros?—. Porque soy malo, Jasy, por eso.

—Entonces, yo también soy mala, Aitor.

—No —susurró—, tú eres mi Jasy, mi tesoro.

—Sí, soy mala porque yo también te celo cuando tú hablas con Ginebra. —Bajó las pestañas para ocultar el embarazo.

La sonrisa de Aitor iluminó sus ojos, y el corazón le dio un vuelco, feliz con la revelación. Aunque sabía que despertaba los celos de Emanuela cuando coqueteaba con Ginebra, y por eso lo hacía, nunca había conseguido que ella lo admitiese. Oírsele decir era mejor de lo que había imaginado. Era, simplemente, maravilloso.

—Dímelo de nuevo, que sientes celos cuando me ves con Ginebra.

—Sí, siento celos. Y no me gusta. Por eso soy mala.

—No, Jasy, no lo eres. Nunca podrías ser mala. Yo soy malo, tú no.

—Tú tampoco lo eres. —Le recorrió la mejilla arrastrando la punta de los dedos, desde la sien hasta el filo de la mandíbula, y él, en un acto instintivo, o tal vez de preservación, cerró los ojos, incapaz de pedirle que se detuviera—. Tú eres bueno, yo lo sé. Te quiero, Aitor. Te amo —le dijo en castellano.

No se atrevió a levantar los párpados por temor a que las lágrimas se le deslizaran por las mejillas. Lo hizo también para no mirarla; de lo contrario, la habría besado en los labios con una voracidad para la cual su Jasy no estaba preparada. «Paciencia», se dijo, como cuando cazaba. Agradeció que ella no volviese a hablar, ni a tocarlo. Necesitaba esos minutos para reponerse, para que la erección remitiese. Lo sorprendía que ella no la percibiera en la base de la espalda. O tal vez la sentía y conjeturaba que se trataba de su cuchillo.

—Te traje un regalo por tu natalicio —susurró, un rato después, más dueño de sí.

Emanuela se incorporó con un movimiento que amenazó con echar por la borda los esfuerzos para calmarse.

—¿Te acordaste de que mañana es mi natalicio?

—Jasy —dijo, con acento y expresión ofendidos, mientras recordaba los esfuerzos en que se había embarcado para seguirle la huella al tiempo, para no olvidar el número del día y que el 12 de febrero pasase y él no lo advirtiera. A veces, se acercaba a un puesto de criollos, pese a la hostilidad con que lo recibían, solo para asegurarse de que estaba llevando bien la cuenta—. Emanuela. —Que la llamase por su nombre estando solos la afectó, y Aitor festejó el pequeño triunfo—. ¿Cuándo vas a entender que solo pienso en ti? Solo en ti, Emanuela, todo el tiempo en ti.

—No me llames Emanuela. —Aitor asintió, pero guardó silencio—. A veces tardas tanto en regresar que...

—¿Qué?

—Temo que ya no regresarás.

—¡Jasy! —Ella ahogó un sollozo—. Jasy, siempre, *siempre* regresaré al sitio donde tú estés. Quiero que confíes en mí. Nunca, nada ni nadie me alejará de ti. Mañana por la noche, cuando tu natalicio haya casi pasado y ya nadie te moleste, quiero que me acompañes a la torreta. Entonces, te daré mi regalo.

—Está bien.

—Tal vez no te guste tanto como la cruz del marica —dijo, con tono bromista, mientras le sonreía, y Emanuela le destinó una mirada que todavía hablaba de lo inocente que era, de lo poco que entendía la picardía, la malicia, a pesar de que cumpliría trece años al día siguiente—. Tal vez sí debería haber sido ebanista, como el marica, para llenarte de las cosas bonitas que a ti tanto te gustan.

—No me importa tener cosas bonitas.

—Lo sé. —La atrajo de nuevo a su regazo para besarla en la mejilla. Emanuela le recorrió con la punta del índice la cicatriz que le partía al medio la ceja izquierda. Aitor la observaba sin pestañear, los labios tensos, la respiración superficial.

—Dime cómo te hiciste este corte —le pidió la niña.

—Ya te lo conté, Jasy. Con el filo del horcón que está cerca de mi hamaca.

—Juan me contó la verdad. —El índice abandonó la cicatriz y descendió por la sien, por la mejilla y, cuando alcanzó el mentón, se demoró en la hendidura que allí se formaba.

—No me toques así, Jasy. Por favor.

—¿Te hago daño?

—Sí.

—Lo siento —se disculpó, y apartó la mano.

—¿Qué te dijo Juan?

De todos sus hermanos, con Juan era con quien mejor se llevaba. Debido a sus oficios, cada vez se veían con menos frecuencia; él, porque el monte lo mantenía alejado por largas temporadas; Juan, porque viajaba de continuo a las demás misiones, aun a las que se hallaban del otro lado del río Uruguay, para dar clases de música, para construir instrumentos, en especial órganos, o para dar conciertos.

—Que mi *ru* te golpeó con un bastón. Me dijo que tenías cuatro años. ¿Es verdad?

Comenzaron a caer gruesos gotones, que intensificaron el aroma de la selva. Ni Aitor, ni Emanuela prestaron atención. Los ojos dorados de él, que vagaban por el rostro de ella, se detuvieron en sus labios. Se trataba de los labios de mujer más carnosos que conocía, y resultaba inexplicable que los poseyese una niña de raza blanca. Se acordó de los de Ginebra, tan delgados. En el caso de Emanuela, tanto el superior como el inferior eran voluptuosos, succulentos, definidos. Una vez su *jarýi* Vaimaca se había referido a ellos como a «labios de un espíritu generoso». El deseo por saborearlos y mordisquearlos le obnubiló la razón.

—¿Por qué no me contestas? ¿Es verdad lo que me contó Juan? Porque Juan nunca miente.

—No, Juan nunca miente.

—¿Te golpeó él, entonces?

Aitor asintió solo una vez, un gesto rápido que evidenciaba su reticencia a abordar el tema. Emanuela se incorporó, se puso de rodillas y le besó la cicatriz. Apoyó los labios sobre la ceja partida, y Aitor inspiró de manera brusca al sentir la esponjosidad de esa boca sobre su carne, y la sujetó por la cintura con actitud desesperada, a punto de sucumbir, a punto de devorarla, a punto de hacerle tantas cosas con las que soñaba. A punto de asustarla a muerte. Le clavó los dedos en la carne y la soltó como si se hubiese quemado cuando ella gimoteó de dolor.

—Discúlpame.

—Está bien. ¿Por qué mi *ru* no te quiere, Aitor?

—No lo sé, Jasy —mintió—. Nunca me quiso. No, mi Jasy, no quiero que llores por mí. —Le encerró la carita con las manos y le barrió las lágrimas con los pulgares. A pesar de que ella tenía la piel muy bronceada, el contraste de los colores seguía siendo manifiesto—. No, mi Jasy, no llores, te lo suplico. —Le besó la punta de la nariz y, para hacerla olvidar, le raspó la mejilla con el mentón.

—No te afeitaste —rio ella entre lágrimas.

—Mañana lo haré, para tu natalicio.

Emanuela le rozó el cuello al sujetarle un mechón de cabello, y Aitor percibió que se le erizaba aun la piel de las orejas.

—Lo tienes larguísimo, mucho más que yo. ¿Quieres que te corte las puntas?

—¿Te sigue gustando que lo lleve así, casi a la cintura?

—Sí, me gusta muchísimo. ¿Quieres que te corte las puntas mañana? —insistió.

—No, mañana es tu día. Pasado mañana. ¿Ya has pensado qué me regalarás para *mi* natalicio?

Amó el sonrojo que le trepó por las mejillas y la manera en que se mordió el labio inferior, y casi quebró el silencio de la noche con una carcajada cuando la vio asentir con aire conspirativo y un revoloteo de pestañas.

—¿Recuerdas cuándo es mi natalicio?

—El 2 de abril. Cumplirás dieciocho años. Mi *pa'i* Ursus prometió avisarme cuando sea 2 de abril. ¿Estarás en el pueblo?

—Sí, vendré. Quiero que me des mi regalo.

—Sí.

—Además quiero pedirte un regalo muy especial para mí. —Emanuela asintió, expectante, los ojos enormes—. Quiero que cortes dos mechones de tu cabello y que los entretejas con fibras de güembé de la manera en que mi *sy* te enseñó para que me confecciones dos muñequeras.

—Mejor con las del *ysypo paje*. Duran más.

—¿Me las harás, entonces? ¿Con tu cabello?

—¡Sí! ¡Sí! Te las haré. ¿De qué color quieres que tiña las fibras?

—Del color de tus ojos, de color azul.

—Y también del color de tus ojos, de color amarillo, así estaremos siempre juntos.

—Jasy... —Le rodeó el cuello con las manos y la atrajo hacia él. La besó muy cerca de la boca, y su erección se tornó una molestia casi insoportable cuando ella le apoyó las manitas cálidas sobre el torso desnudo. La mantuvo muy cerca para decirle —: No quiero que vuelvas a usar la cruz de Laurencio nieto. Por favor.

—Está bien, pero ¿qué le diré a Laurencio nieto cuando me pregunte por qué no la llevo?

—Él no te preguntará.

—¿No?

—No. Confía en mí. Y ahora quiero que duermas un poco. Vamos, entremos.

* * *

Se despertó en medio de la noche, lo que le ocurría a menudo desde que Emanuela se había empeinado en que dejase la chicha. Como estaba aprendiendo el arte de curar de manos de Ñezú, lo atiborraba con infusiones para sacarle el vicio, sobre todo con una de hierba del toro, a la que había llegado a detestar. No obstante, le permitía hacer porque Manú, hija de su corazón, era la única que se preocupaba por él y que lo amaba con sinceridad.

Escuchó unos susurros. ¿O tal vez se tratase de sollozos? Movi6 la cabeza hacia el sector donde dormían Bruno y Emanuela, pero, en la oscuridad, no distingui6 de qui6n se trataba. A punto de levantarse, permaneci6 quieto en la hamaca al darse cuenta de que alguien abandonaba la casa. La puerta se abri6, y el tenue brillo de la luna creciente dibuj6 el contorno de la figura de Aitor; la habría reconocido entre miles, maciza y alta. Vio los pies de Emanuela, que colgaban de su brazo. Estaba llevándosela. Salt6 de la hamaca y lo sigui6. Debía admitir que experiment6 alivio al comprobar que no intentaba robársela, sino que se ubicaba en la enramada con ella sobre las piernas. No le hacía gracia tener que enfrentarlo. Años atrás, la diferencia física le había otorgado una ventaja sobre el pequeño bastardo que él había aprovechado con frecuencia. En ese momento, le temía más que a Añá porque lo sabía capaz de cualquier maldad. Siempre había albergado la esperanza de que, por ser el fruto del adulterio, el alimento predilecto de los yagaretés, acabaría entre las fauces de una de esas fieras. Cuando lo mandaron a aserrar al monte, las posibilidades de que se encontrase con su destino aumentaron; no obstante, el malparido siempre volvía, y lo hacía cada vez más fuerte, más robusto, más lozano, más dueño de sí, en tanto él se convertía en un viejo achacoso, lleno de malestares y dolencias, al que le costaba empuñar la maza en la herrería.

Los observ6, absorto. Estaban haciendo las paces después de la pelea de la tarde.

Había algo atractivo en el modo en que interactuaban esos dos, en cómo se miraban y se tocaban, en las risas sofocadas que compartían, en las caricias que se prodigaban, en los besos castos que intercambiaban. Se conocían y amaban profundamente, resultaba de necios negarlo. Manú languidecía durante las ausencias de Aitor, y volvía a florecer cuando a él se le daba por aparecer. Ella lo amaba como a un hermano, desde su inocente pureza, y, a pesar de que las jóvenes a esa edad comenzaban a pensar en el matrimonio, que concretaban a los catorce o quince años, su Manú no entendía de pensamientos impúdicos, ni pecaminosos, porque así la habían criado Malbalá, el padre Ursus y él. Era la niña santa, y así debía conservarse. Aitor, por el contrario, exudaba lujuria, y hasta un ciego habría notado que estaba excitado. Tenía la impresión de que, en cualquier momento, caería sobre los labios de la niña para devorarlos y que la despojaría de la virginidad sobre los ladrillos de la enramada. Sus ojos amarillos de luisón la consumían, sus manos la abarcaban, como si fuese de su propiedad, sus labios la acariciaban como si pretendiesen marcarla. Terminaría ensuciándola, le robaría el honor, y el padre Ursus les quitaría a Manú porque no habían sabido protegerla, se la llevaría lejos. ¿Cuántas veces habían intentado arrebatarla? ¿Finalmente lo lograrían por culpa del alma negra de ese bastardo? Si Manú desaparecía de sus vidas, ¿quién lo cuidaría en la vejez? ¿Quién lo amaría y asistiría hasta el final?

* * *

El padre Hinojosa se sorprendió cuando Tarcisio llamó a la puerta de su recámara y le anunció que la niña santa lo aguardaba en el comedor para proceder a las curaciones. Era su natalicio, día de fiesta para la misión, como si de las patronales se tratase, y había pensado que Emanuela olvidaría su empeine quemado. Hacía poco menos de un año, el chamán del pueblo, Ñezú Arapizandú, la había convertido en la heredera de su sapiencia, que, en opinión del padre van Suerk, era vastísima y sorprendente. Su conocimiento de la flora del lugar pasmaba al médico holandés. Emanuela acompañaba a su *taitaru*, como ella lo llamaba, en las excursiones que este emprendía para recolectar hojas, flores, raíces, resinas, conchillas, incluso caolín e insectos, y le explicaba para qué servía cada tesoro que la naturaleza les regalaba. Emanuela le había contado que su *taitaru* le enseñaba a pedir permiso a la selva antes de servirse de algo, incluso tenía que explicarle para qué se lo quitaba.

—¡Bendita seas, mi niña! —exclamó en castellano, a modo de saludo, cuando entró en el comedor, arrastrando el pie derecho y asistido por Tarcisio—. Pensé que te olvidarías de mí hoy que se festeja tu natalicio.

La niña ladeó la cabeza y frunció el entrecejo, ademán que ejecutaba cuando una situación la sorprendía o cuando algo le resultaba incomprensible.

—Buen día, *pa'i* —dijo, en cambio.

Hinojosa advirtió la presencia de Aitor, que permanecía cerca de la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho y las piernas ligeramente separadas. Su catadura lo habría asustado si no lo conociese desde que tenía cuatro años.

—Aitor, muchacho. ¿Cómo estás?

—Bien, *pa'i*. Gracias.

—Pues mira a este tonto de tu *pa'i* —prosiguió Hinojosa, como si el saludo del indio hubiese sido afectuoso y lleno de sonrisas—, rengo y tullido a causa de su propia estupidez. Me eché encima la caldera con agua hirviendo. Si no fuese por nuestra querida Manú, habría perdido el pie.

Emanuela sonrió y agitó la cabeza, como si juzgase exagerada la declaración.

—Tarcisio —pidió el sacerdote—, ayúdame a quitar la sandalia, por favor.

—Sí, *pa'i*.

Entraron Ursus y van Suerk, y aclamaron, contentos, al toparse con Aitor, que se apartó para darles paso.

—¡Muchacho! —lo saludó Ursus, y le apretó los hombros. Lo alegró que no se tensase, ni lo rechazara; todavía seguía siendo de los pocos que podían tocarlo sin provocar una reacción violenta en él—. ¿Te has dignado a venir a saludar a tu viejo *pa'i*?

Aitor dibujó una sonrisa vergonzosa que, Ursus meditó, le sentaba como a un Cristo dos pistolas. Se trataba de una expresión tan inusual en ese gesto de invariable severidad que más que una sonrisa parecía una mueca de fastidio.

—¿Qué cuentas, muchacho?

—Nada, *pa'i*. Todo como de costumbre.

—¿Cuándo vuelves para el monte? ¿Mañana?

—No. Tengo los ejercicios militares con la caballería y se me ha pedido que dé una mano en el aserradero.

—Bien, bien —farfulló, asombrado; debían de estar en serios aprietos los del aserradero para pedirle al luisón que los ayudase—. Entonces, te tendremos un poco más entre nosotros. Bien. ¿Me acompañas con unos mates?

—Se agradece, *pa'i*.

—Sentémonos a la mesa.

Van Suerk se aproximó a Emanuela, que, de rodillas en el piso, estudiaba la quemadura que acababa de desvendar.

—Recuérdame cuándo te hiciste la quemadura, Santiago —pidió el holandés.

—Hace tres días.

—¡Tres días! —Las cejas del médico se dispararon hacia arriba en franca sorpresa—. Tres días... Y ya luce tan curada. ¿Cómo lo has hecho, Manú?

—Lo primero que hago es esto. —Sumergió un trapo en una vasija de barro y lo

estrujó—. Limpio la quemadura con una infusión de llantén. Mi *taitaru* dice que, antes de echarle las hojas de llantén, el agua debe borbotear mucho tiempo en el fuego. La uso cuando está tibia. ¿Molesta, *pa'i*?

—En absoluto, mi niña —contestó Hinojosa.

—También es muy buena para curar heridas una cocción de hojas de sarandí blanco, pero preferí la de llantén. Mi *taitaru* asegura que es mejor en el caso de quemaduras. Después, le coloco este emplasto que preparo machacando la raíz de *mburukuja* —Emanuela se refería a la pasiflora— con sebo de yacaré. Y ya está. Solo resta vendar de nuevo con trapos limpios.

—¿Solo machacas la raíz de la pasiflora? ¿No le agregas nada más al emplasto?

—No, mi *taitaru* dice que es en vano mezclar ingredientes diversos. Si no tuvieses raíz de *mburukuja*, *pa'i*, también es eficaz la de cordoncillo o la cebolla picada.

Ursus observaba, prendado, el intercambio entre el médico y la niña. ¿O ya debería pensar en ella como «la joven», aunque todavía fuese impúber? Su Manú, su pequeña e indefensa Manú, nacida a orillas del Paraná y a la que él había rescatado de una muerte segura y que ese día cumpliría trece años, estaba convirtiéndose en una mujer delicada, culta y bondadosa. La amaba como si fuese carne de su carne, lo mismo que al muchacho que tenía frente a él. Lo observó al pasarle un mate.

—Es a nuestro modo, hijo, con el agua caliente.

—Está bien, *pa'i*.

Aitor sorbía la bombilla y, con los párpados entornados, enfocaba la vista en Emanuela; ni un instante sus ojos la abandonaban. Ursus notó que, no solo la miraba, sino que la cuidaba, estaba alerta. Mantenía un ojo vigilante sobre Tarcisio, quizá demasiado cerca de la niña para su gusto; y también sobre el padre van Suerk, que se inclinaba para verla proceder, en tanto tomaba nota de lo que la niña le explicaba. Emanuela se había convertido en el puente entre el *paje* y el médico. Después de años de escatimarle las fórmulas y de ocultarle los secretos, Ñezú se los contaba a Manú y hacía la vista gorda cuando esta le pasaba el conocimiento al holandés.

Emanuela terminó de vendar el pie de Hinojosa y permaneció quieta, con las manos sobre las rodillas y la vista fija en la herida. Ursus se dio cuenta de que el ambiente mutaba, y el ánimo alegre y relajado de un momento atrás cambiaba drásticamente; el silencio se volvía solemne y los gestos se agravaban; parecían contener el aliento, mientras aguardaban el próximo movimiento de la niña. La vieron bajar los párpados lentamente y extender las manos hacia el pie herido; las apoyó sobre la venda. Hinojosa ya le había referido a Ursus que lo hacía desde la primera curación, lo de tocarlo y transmitirle un calor extraño, que le alcanzaba aun la rodilla; un calor que, pese a la piel en carne viva, no lo molestaba, por el contrario.

—No menciones esto a nadie, Santiago —le había pedido días atrás, siempre

preocupado por ocultar lo que era en vano seguir negando: la niña poseía un don sanador.

Atisbó de reojo a Aitor, y lo vio estrechar el puño en torno al mate, agitar las paletas de la nariz y hundir el cuello entre los hombros, como si se aprestase a embestir. Resultaba evidente que el poder de Emanuela no le caía en gracia. ¿Por qué? Le temería a la Inquisición o se debía a su naturaleza posesiva y egoísta, que detestaba compartir a la niña. Hinojosa sostenía que Aitor estaba chalado por Manú; él disentía: Aitor la amaba con el celo de un hermano mayor. Nunca olvidaría cómo la había cuidado esa noche, en la jangada, mientras la traían a la misión, recién nacida y a un paso de la tumba. Tampoco olvidaría los días que siguieron, en los que el pequeño de casi cinco años no se movió del lado de la vasija donde Ñezú la había cubierto con plumas de pato. Y siempre había sido así entre ellos, Emanuela crecía a la sombra de la protección de Aitor, que se comportaba como un cancerbero al que ella amaba y al que, por ese mismo amor, toleraba en su posesividad y tiranía. Aitor, tan hostilizado y estigmatizado desde su nacimiento, se aferraba a la niña que lo contemplaba con devoción. En realidad, todos sus hermanos de leche, desde Bartolomé hasta Bruno, la protegían y la veneraban; era la princesa del hogar. Esa mañana, en la misa, ninguno había faltado, ni siquiera Juan, que había viajado desde la misión de Santos Mártires del Japón, donde instalaba el órgano en la iglesia, para acompañarla en la misa de su natalicio. Con todo, Aitor era el más devoto, tal vez porque la niña misma establecía una diferencia con él.

Emanuela batió las pestañas y abrió los ojos con la misma lentitud con que los había cerrado, y el aire se tornó más ligero, más brillante, y los ánimos se restituyeron.

—Gracias, mi niña —susurró Hinojosa—. Te daré mi regalo ahora.

—¿Para mí, *pa'i*?

—¿Acaso no festejamos hoy tu natalicio? —La niña sonrió, avergonzada, y se dispuso a acomodar los enseres de las curaciones en una canasta—. Tarcisio, ve a buscarlo. Lo olvidé sobre mi camastro.

—Yo también te daré mi regalo, Manú —dijo el padre van Suerk, y se encaminó hacia los interiores de la casa.

—Entonces —habló Ursus, y se puso de pie—, no me quedará otra que darte el mío ahora.

Abrumada, siempre sonriendo y con las mejillas arrebatadas, Emanuela buscó la seguridad de Aitor, que se puso de pie y le colocó un brazo sobre el hombro.

—Toma, mi niña —dijo Ursus, y le entregó un cartapacio que había mandado encuadernar para ella en la misión de Loreto, donde se hallaba la imprenta de la orden. Siempre andaba pidiéndole papel, cualquier pedacito valía, para tomar nota de lo que le enseñaba Ñezú y para dibujar las plantas. Era talentosa, y diseñaba —las

plantas, los árboles, detalles de las hojas y de las flores, incluso animales— con admirable realismo.

—Para que hagas tus escritos y tus bosquejos. Y aquí tienes una pluma nueva y un tintero. A la tinta sabes hacerla con la borra del mate, ¿verdad?

No lo sorprendió que se pusiese en puntas de pie y lo obligase a inclinar el torso para besarle en las mejillas; siempre había sido cariñosa y demostrativa. Apareció van Suerk con un libro de aspecto envejecido y tapas de cuero azul, medio desvencijadas. Era bastante grande y lucía pesado. Lo apoyó sobre la mesa, frente a la niña.

—Con este libro, querida Manú, empecé a estudiar medicina en la Universidad de Padua. Se titula *Tesoro de pobres*. Está en latín, pero me ha dicho tu *pa'i* Ursus que te has vuelto muy diestra en esa lengua.

—Sí, *pa'i* —contestó la niña, abstraída mientras hojeaba con cuidado las páginas amarillentas.

—Me gustaría entregártelo. No podrá estar en mejores manos.

—Gracias, *pa'i*. —Con van Suerk no se mostró tan suelta y se limitó a sonreírle.

—Mi libro —intervino Hinojosa— no te enseñará a curar el cuerpo, pero sí el alma. Son los *Sonetos* de Shakespeare.

—Mi *taitaru* dice que primero se enferma el alma y después el cuerpo. Por lo que si es un libro para el alma, le hará bien a mi cuerpo.

Los sacerdotes intercambiaron miradas azoradas.

—Está en castellano, Manú —comentó Hinojosa, y se lo extendió—. Es una excelente traducción.

—Gracias, *pa'i*. —Se trataba de una edición pequeña, primorosa, con tapas en cuero rojo, que Emanuela acarició antes de abrir. El padre Hinojosa le había escrito unas palabras en guaraní: *Para Emanuela, un pedacito de Dios entre nosotros. Su pa'i Santiago. San Ignacio Miní, en el año de la Gracia de 1749.*

Ursus la observó leer la dedicatoria. Santiago se la había mostrado el día anterior. Él siempre tenía esos impulsos y hacía ese tipo de cosas extrañas y escandalosas, como escribir un mensaje en la página de respeto de un libro. No obstante, al leer sus palabras, se le habían llenado los ojos de lágrimas, y lo mismo le ocurría a Emanuela en ese momento, que murmuró un «gracias, *pa'i*» con la voz gangosa. Nunca sería una beldad, su Manú. Tenía el rostro largo y enjuto; su nariz, aunque delgada y corta, era bastante aguileña y prominente; la boca ancha, decididamente desproporcionada para su cara, con labios demasiado carnosos, en absoluto finos y delicados como se esperaba de una mujer hermosa. Había que reconocer que su cabello era de un bonito color castaño claro, aunque indomable, con tanta cantidad de rizos, que Malbalá nunca conseguía domeñar, sin importar cuán ajustado se lo trenzase; los mechones se escapaban, sin remedio, y le caían sobre las sienes. Sus ojos, sin embargo,

conquistaban al más renitente, y una vez que batía con inocencia las pestañas negras, sus defectos se dulcificaban. Azules, tan azules que a Ursus le recordaban a las gencianas que su madre y Ederra cultivaban en Buenos Aires. Si uno superaba el impacto de la primera impresión, la de encontrarse con un color casi inverosímil, caía en la cuenta de la inteligencia, la vivacidad y la bondad que se reflejaban en ellos. ¿Cuánto tiempo más le permitiría el provincial mantenerla en la misión? Un escalofrío le surcó la espina dorsal. Tosió, nervioso. No quería pensar.

Emanuela acabó de leer la dedicatoria y elevó el rostro, y ni siquiera el parco Tarcisio resultó inmune al efecto de esos ojos cargados de lágrimas y de esa sonrisa trémula.

CAPÍTULO XI

Esa noche, antes de que terminase el natalicio de Emanuela, Aitor y ella se deslizaron fuera de la casa cuando los demás dormían. Había luna llena, que les iluminó el camino hacia la torreta del baptisterio. Aitor, que se había hecho con la llave mientras Emanuela curaba al padre Santiago, la cubrió con su cuerpo mientras abría. Tenía una excelente visión desde allí arriba, y echó un vistazo receloso antes de entrar; había sentido que los espiaban.

Emanuela corrió hacia el telescopio, se arrodilló y ajustó el visor sobre su ojo derecho. Enfocó hacia la luna. Aitor se arrodilló detrás de ella, con las piernas apartadas para encerrar las de ella. La sujetó por la cintura. La niña no se inmutó y siguió observando el cielo nocturno. Con la mano abierta, los dedos bien separados, le rozó el cabello que le caía hasta la mitad de la espalda. Le había pedido que no se lo recogiera. Le desveló la parte derecha del cuello y se inclinó para olerlo. Lo tenía sudado y caliente. En esa noche calurosa y húmeda, el manto de rizos le caía como una frazada sobre la espalda; él, al suyo, lo llevaba en una coleta por esa razón. Emanuela, en cambio, se lo había dejado suelto para complacerlo. El sentimiento lo abrumó, y, sin meditar, la besó justo en la base, donde se unía con el hombro. Ella emitió una risita inocente, y él bajó los párpados y arrastró los labios hacia arriba, hasta enterrar la nariz en la depresión detrás de la oreja.

—No me haces tanta cosquilla porque te rasuraste —comentó, sin apartarse del telescopio.

—Sí —dijo él, con la voz forzada, siempre pegado al cuello de la niña—, y me froté la cara con ese bálsamo que me diste.

—Lo hago con romero, laurel y menta. Es un buen descongestivo.

—¿Qué es un descongestivo?

—Algo que sirve para calmar la inflamación y la rojez.

Aitor dio un respingo cuando ella lo sorprendió dándose vuelta. Emanuela estiró la mano y le acarició el mentón con el índice y el mayor, y él cesó de respirar. Ella no seguía el recorrido de sus dedos, sino que lo miraba a él, y los deslizó por su mejilla izquierda antes de retirarlos.

—Está muy suave. —Se inclinó para olerlo, y, cuando la nariz de ella entró en contacto con su piel, el pene le creció bajo el pantalón—. Huele muy bien.

Regresó al telescopio de la misma manera intempestiva con que se había girado, y Aitor se preguntó si estaría nerviosa.

—¿Jasy?

—¿Cuándo vas a darme mi regalo?

Mostraba tan poco interés por los obsequios de los demás, que se asombró con la pregunta, o más bien con la ansiedad con que la formuló. Se puso de pie y fue a buscar el morral, que había desechado junto a la puerta. Sacó la pieza de tela, feliz de poder dársela; había padecido temiendo que esa blancura se ensuciase. Caminó hacia la ventana por la que asomaba el telescopio. La niña seguía mirando la luna.

—Jasy, ven aquí —dijo, después de esconder el regalo a sus espaldas.

Lo obedeció de inmediato y se ubicó delante de él, donde la luz de la luna le bañaba el rostro.

—Esto es para ti.

Emanuela recibió el retazo, y la sonrisa de Aitor fue expandiéndose en tanto los ojos de la niña se abrían desmesuradamente y su boca formaba una expresión de silencioso estupor. La vio pasar la mano sobre el género y quedarse admirándola.

—¿Te gusta?

—¿Esto es para mí?

—Sí, Jasy —contestó él, sin poder evitar un ligero acento de fastidio en la voz—. ¿Para quién compraría yo algo tan fino?

—¿Dónde lo compraste?

—¿Crees que lo robé? —Lo había ofendido el matiz receloso en la pregunta de ella.

—¡No! Claro que no.

—Se lo compré a un puestero del río. Él a veces los recibe a cambio de comida, alojamiento o caballos. ¿Te gusta?

Emanuela dio un salto y se aferró a su cuello. Él la abrazó con destemplanza y volvió a preguntarle al oído:

—¿Te gusta?

—Es lo más lindo que he visto.

—Lo mismo me dijiste cuando te traje la piedra violeta.

—La piedra y esta tela son lo más lindo que he visto en la vida. —Lo obligó a apartarse y lo miró a los ojos para decirle—: Gracias, Aitor. Es el mejor regalo que he recibido.

—¿De veras? —Había recibido tantos, sin mencionar el cartapacio y los libros, de los cuales había hablado el resto de la tarde, que Aitor temía que le mintiese—. Pero fueron mejores los obsequios de los *pa'i*, ¿verdad?

—No —dijo, sorprendida de que pusiese en duda su palabra—. Tu regalo es el mejor de todos. El mejor —repitió—. Es tan suave. Y tan blanca. —A la luz de la luna, parecía fosforecer.

—El puestero me dijo que se llama algodón de Castilla. —Por fin podía decírselo. Se lo había pasado repitiendo la famosa palabra, Castilla, para no olvidarla. Juzgó importante mencionársela a Jasy; el puestero había hablado del algodón «de Castilla»

como si se tratase de una información imprescindible—. No sé qué es Castilla — admitió.

—Es una región de la España —explicó Emanuela, sin apartar la vista del paño—. En ella, hay una fábrica importante de algodón. Está en la ciudad de Ávila.

La admiraba por ser tan culta, cuando él a duras penas leía y escribía en guaraní. Su Jasy podría leer el libro en latín que le había regalado el padre Bansué.

—Quería que la tuvieras para que te confeccionaras una enagua como la de Ginebra. Sé que te gusta.

Ella levantó la vista, y Aitor se llenó de suspicacias. ¿La habría ofendido mencionando a Ginebra en esas circunstancias?

—La enagua... Veo cómo se la miras. Creí que...

—A mí me gustaría confeccionarte una camisa, Aitor.

—¿Qué? ¡No, Jasy! —dijo, y rio, henchido de felicidad—. No, Jasy. —Le acunó el rostro con las manos; apenas las apoyó sobre el filo de sus mandíbulas—. La tela es para ti.

—Pero yo quiero confeccionarte una camisa con ella, Aitor. Tienes solo dos. Y a esta —dijo, y apoyó la mano tibia sobre el torso de él, lo que le causó un respingo entre las piernas—, mi *sy* le ha hecho tantos remiendos que...

—No, Jasy, no —susurró, evidentemente conmovido.

Se miraron con fijeza, él todavía con las manos en el rostro de ella.

—Tú eres lo más lindo que yo he visto en mi vida. —Emanuela bajó las pestañas y se mordió el labio inferior en un gesto inocente y sensual a la vez—. ¿Qué sucede, Jasy?

—No soy linda. Ginebra es mucho más bonita que yo.

—Sabes que no. Al menos, no para mí.

—A veces me observo en el reflejo del arroyo, donde está tranquilo, y no me gusta. Mi nariz no es pequeña como la de Ginebra y tengo la boca muy grande. Ella la tiene delicada, y sus labios son delgados. Ella es muy bonita. Olivia, aún más.

La mención de ese nombre inquietó a Aitor, y dejó caer las manos a los costados del cuerpo.

—¿Qué tiene que ver Olivia en todo esto?

Emanuela levantó la vista y la fijó en la de él. Había un brillo provocador en esos ojos azules que él desconocía.

—Hace unos días, el padre van Suerk me envió al *cotiguazu* para que curase una llaga en la pierna de doña Elisa. Olivia estaba allí. La saludé y no me contestó. Me miró con antipatía. ¡Yo nunca le hice ningún mal, Aitor! —se apresuró a afirmar.

—Lo sé, lo sé —susurró él—. Continúa. ¿Qué sucedió después?

—Doña Elisa me dijo que no le hiciese caso. Que Olivia era una pícara, que siempre se escabullía del *cotiguazu* de noche para verse... Para verse contigo —dijo,

sin mirarlo—. ¿Es verdad, Aitor?

—No —mintió, porque jamás le confesaría acerca de su relación con la india de *Orembae*. Ese asunto, que se relacionaba con su parte más sórdida y oscura, que le servía para aquietar al demonio hambriento que Emanuela, sin darse cuenta, despertaba en él, ni siquiera la rozaría. Ya estaba resultándole intolerable pronunciar ese nombre, el de Olivia, durante ese momento en la torreta, que, se suponía, era solo de ellos.

—¿No?

—No, Jasy, no.

—Pero doña Elisa afirmó que ella se escabulle del *cotiguazu*. ¿Para qué lo haría? ¿Por qué se escabulliría Olivia del *cotiguazu* de noche?

Era impensable hablarle con franqueza acerca de lo que un hombre y una mujer compartían por las noches, en primer lugar, porque, si empezaba a referirle acerca del tema y las imágenes de Jasy y él desnudos, amándose, le obnubilasen el pensamiento, no se creía capaz de sofrenar el deseo de poseerla allí, en la torreta del baptisterio, aunque todavía no fuese núbil; en segundo lugar, porque Emanuela no sabía nada del sexo y la escandalizaría. En esa nueva visita, su madre le había confirmado que aún era impúber y que el padre Ursus insistía en que se la preservase en la inocencia, pese a que las muchachas del pueblo, a los trece, ya sabían qué se esperaba de ellas como esposas. El jesuita, que mostraba un costado obsesivo cuando de la educación de Emanuela se trataba, se había plantado, inflexible, en esa cuestión.

—No lo sé, Jasy. ¿Qué nos importa a nosotros?

—¿Se escabullirá para encontrarse con alguien y conversar con él, así como hacemos nosotros?

Su mirada expectante y el tono que le imprimió a su voz lo colmaron de ternura. Le pasó el dorso del índice por la mejilla y sonrió.

—Tal vez.

—Doña Elisa lo dijo como si estuviese mal. ¿Está mal esto que hacemos, Aitor? —Él agitó la cabeza para negar, siempre con una sonrisa—. Amo venir aquí, contigo, para conversar y ver la luna. Y a ti, ¿te gusta?

Él carraspeó antes de contestarle.

—Cuando estoy solo en el monte, solo pienso en volver al pueblo, en volver a ti, para pasar un momento contigo, aquí, a solas. Solo pienso en eso, Jasy.

Emanuela le sonrió con aire tímido y volvió a bajar la vista.

—Creo... —vaciló, y a él lo entristeció que ella le tuviese vergüenza o tal vez miedo.

—Dime, Jasy. A mí puedes decirme lo que sea.

—Creo que le gustas. A Olivia. Hoy, en la misa de la mañana, vi cómo te miraba. ¡Maldita doña Elisa! ¡Y maldita Olivia! La habían atribulado con sus desplantes

antipáticos y sus palabras malintencionadas. Su Jasy lucía apesadumbrada por culpa de dos harpías entrometidas. ¡Añá se las llevase!

Volvió a acunarle el rostro con las manos.

—No podría saber cómo me miraba, Jasy, porque yo solo te miraba a ti. Estabas hermosa con el cabello suelto y tu guirnalda de franchipanes. —Con la punta del índice, le recorrió la frente, donde había descansado la corona de flores—. Y olías tan bien.

Sus palabras no parecieron impresionarla. El ceño no se borraba de su expresión.

—No quiero que Olivia le diga a mi *pa'i* que quiere casarse contigo.

Ahogó una carcajada, sorprendido, halagado, confundido.

—No importa lo que Olivia haga, Jasy. Yo nunca aceptaría.

Emanuela levantó las cejas en señal de asombro. En la misión, la costumbre marcaba que las indias les confesaban a los padres su interés por tal o cual muchacho. Enseguida, el jesuita preguntaba al aludido si deseaba casarse con la joven, y nunca, hasta lo que Emanuela sabía, un muchacho se había negado. Invariablemente la respuesta era sí. Poco tiempo atrás, su hermano Teodoro había aceptado la propuesta de matrimonio de Emilia Caaguazú, quien, el propio Teodoro admitía, era altanera y poco industriosa.

—¿De veras? ¿No aceptarías?

—No, Jasy.

—¿Me lo prometes?

Aitor no contestó. Le quitó la pieza de tela y la colgó en el telescopio. La guió para que se arrodillasen, uno frente al otro. Le tomó las manos.

—Jasy, hace tiempo que quiero que hagamos algo, pero no te lo había pedido porque tú eras pequeña y no quería asustarte. —Dímelo ahora, Aitor. Tengo trece años. Soy grande y no me asusto fácilmente.

—¿No te asustas fácilmente? —repitió, sofocando la risa para no ofenderla.

—No. Dímelo.

—Sí, ahora te lo diré. Quiero que hagamos un pacto, tú y yo, un pacto que sea para toda la vida. Un pacto de sangre —añadió, e hizo una pausa para estudiar su reacción.

—¿De sangre?

—Sí. Quiero que mezclemos nuestras sangres, así yo estaré en ti y tú, en mí. Para siempre.

—Está bien.

—Gracias, Jasy —dijo él, aliviado, y le besó las manos—. No sabes cuánto significa para mí que hayas aceptado.

—¿Es muy importante para ti?

—Sí. Es lo más importante.

—Entonces, para mí también.

—¿Te acuerdas de ayer, de cuando me dijiste que temías que yo algún día no regresase? —Ella asintió—. Este pacto te servirá para saber que *siempre* regresaré a ti, no importa lo que ocurra, yo siempre volveré a buscarte. —La miró durante unos segundos antes de volver a hablar—. En este pacto de sangre que haremos en el día de tu natalicio quiero prometerte que siempre serás lo más importante para mí y que estaré a tu lado mi vida entera. Solo tú estás en mi corazón y nunca nadie ocupará tu lugar. Eres lo que más quiero en el mundo y siempre lo serás. Ahora tú —la instó, y como la niña no sabía qué decir, la ayudó—: ¿Siempre seré lo más importante para ti?

—Sí.

—Dímelo.

—Siempre serás lo más importante para mí.

—¿Estarás a mi lado la vida entera?

—Sí.

—Repítelo, Jasy, si en verdad es lo que quieres.

—Quiero estar a tu lado mi vida entera.

—¿Nunca me dejarás?

—Nunca te dejaré.

—¿Soy lo que más quieres en este mundo?

Emanuela dudó, porque también amaba al resto de su familia y a su *pa'i* Ursus, pero, al descubrir la desolación que su titubeo causaba en Aitor, asintió decididamente.

—Sí, eres a quien más quiero en este mundo. Te amo, Aitor —dijo en castellano, e impulsada por la sonrisa de él, que le había devuelto el brillo a su mirada de oro, y también conmovida por el pacto que estaban a punto de sellar, le echó los brazos al cuello y lo besó en la mejilla.

—Te amo, Jasy. Te amo más que a nada, ni a nadie en el mundo. —La obligó a separarse de él—. Y ahora, cerremos nuestro pacto de amor eterno.

—¿Es un pacto de amor eterno?

—Sí, Jasy, para mí lo es. ¿Y para ti?

Emanuela guardó silencio y, mientras sopesaba lo que acababa de vivir y meditaba su respuesta, jamás apartó la vista de los ojos demandantes de Aitor.

—Sí, porque sé que siempre te amaré.

—Y siempre estaremos juntos. Toda la vida, ¿verdad?

—Sí, toda la vida.

Emanuela se acobardó al ver que Aitor extraía la navaja del morral, la que el padre Ursus le había regalado tiempo atrás y que ella le había visto «suavizar» esa tarde.

—¿Me va a doler?

—No, mi Jasy. Confía en mí.

Aitor le aferró el pulgar de la mano izquierda y lo apretó hasta que la punta se cargó de sangre y se tornó roja.

—Cierra los ojos, Jasy. Te prometo que no sentirás nada. —La niña obedeció y él, sin dejar de presionar el dedo, hundió apenas el filo de la navaja en la carne—. Ya está. ¿Dolió?

—No —admitió ella, mientras veía brotar la sangre.

Aitor se cortó el suyo, también el de la mano izquierda, aplicando la misma técnica, y enseguida entrelazaron las manos y unieron los pulgares, haciéndolos coincidir en el corte.

—Así sellamos nuestro pacto de amor eterno, Jasy, mezclando nuestras sangres. Desde ahora, yo siempre estaré en ti, y tú, en mí. Nos amaremos la vida entera y nunca nos separaremos.

—Nunca —acordó ella.

Aitor se inclinó y la besó ligeramente en los labios. Ella se sobresaltó porque él nunca la había besado allí, pero no dijo nada. Sus ojos lo seguían sin pestañear, atentos al mínimo movimiento o señal. Aitor le devolvía la mirada con una intensidad que a otro habría atemorizado. Estaba muy afectado por el rito, y también por la sumisión de ella, por la confianza que depositaba en él, y por ese suave contacto de sus bocas que nunca imaginó que lo excitaría tanto. La presión en su pene era casi insoportable, y sentía pesados los testículos. Llevarse el dedo de Jasy a la boca no podía juzgarse como una buena idea en esas circunstancias; igualmente lo hizo para restañarle la herida. Ella no se alteró, ni pareció sorprenderse; se limitó a contemplarlo con una expresión que, como por ensalmo, la desposeyó de los últimos vestigios de niña. Entonces, lo imitó: se colocó el pulgar de él en la boca y lo chupó y lo acarició con la lengua sin dejar de mirarlo. Aitor eyaculó en sus pantalones. Se agitó apenas y ahogó un gemido, mientras luchaba por recobrar y medir la reacción de ella, que abrió grandes los ojos y se quitó el dedo de la boca, sin soltarle la mano.

—¿Te hice doler, Aitor? —Él negó con la cabeza, incapaz de articular; le faltaba el aliento—. ¿Qué te ocurre?

—Estoy bien —susurró, con voz apretada.

La necesidad de estrecharla entre sus brazos se tornó incontrolable. Se cerró sobre ella y la aplastó contra su pecho. Hundió la cara en su cabello suelto e inspiró como si acabase de emerger después de varios minutos bajo el agua.

—Abrázame, Jasy —le suplicó.

Como de costumbre, ella obedeció. Aitor la besó en el cuello. Se juró que lo haría solo una vez, pero se permitió hacerlo de nuevo, y de nuevo, y de nuevo. Emanuela echaba la cabeza hacia atrás y sus manitas se le ajustaban en la espalda, y, aunque él era consciente de que lo hacía porque tenía miedo, o tal vez por eso mismo, porque le

temía y lo hacía sentir poderoso, lo excitaba hasta la locura.

—Me siento muy rara —sollozó la niña, y su acento angustiado operó como un chorro de agua helada en Aitor.

—No, no, mi Jasy —murmuró, agitado, y la mantuvo apretada—. No pasa nada. Tranquila.

La besó en la mejilla y en la frente antes de apartarse. No la miró, no podía, estaba avergonzado.

—Ven. —Se puso de pie y le ofreció la mano—. Sentémonos contra la pared y conversemos un rato antes de volver a la casa.

La habría sentado entre sus piernas si no hubiese tenido el pantalón húmedo con su simiente —por fortuna, en la penumbra de la torreta, ella no lo advertiría— y si hubiese confiado en su juicio. Le indicó que se ubicase a su lado. Cayeron en un mutismo incómodo, mientras miraban hacia delante. Intentó no tocarla. Su determinación duró unos minutos. Al cabo, le buscó la mano derecha con la izquierda.

—¿Puedo tomarte de la mano, Jasy? —En silencio, lo que conmovió profundamente a Aitor, Emanuela entrelazó sus dedos con los de él—. ¿Te duele la herida?

—No. ¿Y a ti?

—No. ¿Jasy?

—¿Sí?

—Gracias por confiar en mí.

—Está bien.

—¿Qué piensas hacer con la tela que te regalé? —le preguntó, impostando un tono casual.

—No lo sé aún. Yo quiero hacerte una camisa —insistió, y Aitor descansó la cabeza contra la pared, cerró los ojos y sonrió.

—¿Nada de enaguas como la de Ginebra?

—¿Para qué? En el pueblo nadie las usa.

—Entonces, ¿por qué no te confeccionas un nuevo tipoy?

—Mi sy me ha confeccionado muchos. En cambio, tú solo tienes dos camisas.

—Tengo tres. Esta, la otra igual que esta y una con mangas, para el invierno. —Emanuela guardó silencio—. ¿Jasy?

—¿Sí?

—¿Estuviste hoy con Laurencio nieto? —La mano de ella se estremeció en la de él—. No tengas miedo, Jasy. No me enojaré si estuviste con él.

—Mientras estabas bañándote en el arroyo, fue a visitarme por mi natalicio.

«Maldito gusano. Aprovechó que me había ido para asediarla. Lo voy a descuartizar».

—¿Y?

—Me entregó un obsequio. —Emanuela se puso de rodillas con rapidez y le habló con urgencia y miedo—: Ya sé que me dijiste que solo puedo aceptar obsequios de tus manos, pero todos me habían entregado presentes y no podía decirle a él que no me lo diese porque...

—Entiendo. —Le acarició la mejilla y le sonrió para calmarla—. Tranquila. ¿Qué te regaló?

Emanuela volvió a sentarse contra la pared.

—Una cajita que hizo en la ebanistería.

—¿Te preguntó por qué no llevabas la cruz?

—Sí.

—¿Cómo te lo preguntó?

—Me dijo que siempre llevaba tu collar de conchillas y la bolsita con la piedra violeta, pero no su cruz.

—¿Tú qué le dijiste?

—Que tú no querías que la llevase. —Aitor rio entre dientes—. ¿Por qué ríes? —se ofendió la niña—. No me gustó lastimarlo.

—Pero no te molesta lastimarme a mí usando las cosas que otros te regalan, ¿verdad?

—No sabía que te lastimaba —se entristeció Emanuela—. Perdóname —añadió, y Aitor le descubrió el ceño que hacía cuando estaba confundida.

—¿A ti te gustaría que yo me pavonease por el pueblo con una camisa que me hubiese confeccionado Olivia?

—No, no me gustaría —confesó, con aire abatido.

—Bien, creo que ya entiendes lo que siento cuando veo que ese marica te obsequia sus tonterías y tú las usas.

—Pero no te importa si me las obsequia mi tío Palmiro u otro de la misión. ¿Por qué te molesta que lo haga Laurencio nieto?

Lo enfureció su acento provocador.

—Porque ese malnacido te quiere para él, ¡y tú eres solo mía, Emanuela! —La niña dio un respingo e intentó alejarse. Aitor se lo impidió y la ubicó sobre sus piernas; al carajo los pantalones húmedos y el buen juicio—. Jasy, Jasy —le susurró al oído, mientras sus brazos la envolvían como cinchas—. Eres mía, ¿acaso no lo entiendes? Solo mía. De nadie más. El pacto que acabamos de sellar nos une para siempre. Tú me perteneces solo a mí, y yo, solo a ti. ¿Entiendes?

—Sí —contestó, con miedo evidente.

* * *

Emanuela caminaba, en silencio y con la cabeza baja, junto a su abuelo Ñezú. En general, cuando partían hacia la selva para recolectar hojas, raíces, flores y savias, ella conversaba sin cesar. Esa mañana, sentía un peso en el corazón y no tenía nada que decir. Quería olvidar la mueca desolada con que Aitor la había contemplado la noche anterior, cuando, después de regresar de la torreta, ella le susurró que quería dormir sola, y él, después de asentir, se alejó, abatido, hacia su hamaca. Necesitaba estar sola y meditar acerca de lo que habían compartido. Amaba a Aitor, pero a veces la asustaba, y también la entristecía no comprenderlo, ni saber cómo consolarlo o hacerlo sentir mejor. Detestaba causarle pena.

La mañana no trajo la calma ni la claridad que ella había esperado, por el contrario, se sentía apesadumbrada. Repasaba una y otra vez las palabras intercambiadas durante el pacto de amor eterno, y el corazón se le desbocaba en el pecho. Aitor la había sorprendido con la propuesta, y ella había aceptado. ¿Por qué? ¿Para no causarle dolor o porque realmente quería intercambiar esos votos solemnes? Él se aproximó para darle los buenos días en ese instante de duda, cuando juzgaba que se había precipitado en prometerle amor eterno, porque de algo estaba segura: Aitor pretendía que solo lo amase a él, y ella amaba también a sus otros hermanos, a su *ru*, a su *sy*, a su *taitaru*. Miró a Ñezú de soslayo, silencioso junto a ella, sin inquirirla por su comportamiento extraño, ni presionarla para que le contase por qué no había dicho una palabra en todo el camino cuando, usualmente, no mantenía la boca cerrada ni el tiempo que se empleaba para dar dos pasos.

Apretó los puños y los párpados para cerrarse a la imagen de desconcierto de Aitor cuando, esa mañana, se acercó para saludarla y ella alejó el rostro. Había temido que volviese a besarla en los labios. El pánico de experimentar de nuevo esa cascada de cosquillas, que nacieron cuando su boca entró en contacto con la de él y que terminaron por aterrizar en su estómago, la condujo a apartar la mejilla y a lastimarlo. Habría sido mejor afrontar el pánico a un beso en los labios que el dolor que la laceraba en ese momento en el cual la expresión de Aitor se le fijaba con pertinacia en la mente. No importaba cuánto apretase los párpados; la mirada, primero sorprendida, luego herida de Aitor la asediaba como un depredador. Entonces, él había intentado revisarle el corte en el pulgar izquierdo, y ella había retirado la mano con un tirón y corrido fuera de la casa para no detenerse hasta alcanzar la de sus abuelos, sin importar que Aitor la llamase a gritos. No la había seguido, posiblemente porque Malbalá se lo había impedido.

¿Qué estaba sucediéndole? Ya nada era fácil; todo lucía complicado, e hiciera lo que hiciese, Aitor siempre se enfadaba y ella terminaba lastimándolo. Las lágrimas se agolparon en sus ojos. No quería llorar. Respiró profundamente e intentó calmarse. Buscó la mano de su *taitaru*, quien, sin hacer preguntas, sin siquiera mirarla, se la apretó con calidez. La paz de Ñezú fue calando en ella; el corazón se le aquietó, y el

frío que le había entumecido el pecho se derritió.

¿Cuándo había comenzado a notar el color de los ojos de Aitor, ese amarillo que la atraía como la luz atrae a la mariposa? ¿Cuándo había empezado a envidiarle las pestañas, negrísimas y espesas, que constituían el marco ideal para sus ojos de oro? ¿Cuándo se había dado cuenta de que sus cejas poseían una forma muy peculiar? ¿Cuándo había empezado a compararlo con otros varones de la misión? Hacía poco se había fijado en que era más alto y mucho más corpulento que su *ru*. Todavía no lo alcanzaba al *pa'i* Ursus, que le llevaba quizá más de una cabeza, y tal vez nunca lo hiciera, pero sí había notado que destacaba entre los varones del pueblo. ¿Por qué le gustaba observarlo mientras se afeitaba en la enramada? Se le estremecía el estómago cuando él fruncía el entrecejo para rasurarse el cuello. Otro detalle de Aitor que la cautivaba era el vello, medio ralo y muy lacio, que le cubría la parte final de las pantorrillas y los antebrazos. No quería acordarse de que, en su visita anterior, lo había seguido al lugar secreto en el arroyo para espiarlo mientras se bañaba; le daba vergüenza; la memoria la hacía sentir culpable y sucia. Se había escondido tras un sarandí y lo había estudiado con ávido interés; no quería perder detalle. Los labios se le habían ido separando lenta y ligeramente, sin que ella lo notase. El corazón no le había latido rápidamente, por el contrario, lo hacía con golpes espaciados, pero tan contundentes que la ensordecían. Después, en la tranquilidad de la noche, se había acordado de las sensaciones nuevas que la habían asaltado mientras se dedicaba a grabar en su memoria los pormenores del cuerpo de Aitor. Cada movimiento que él ejecutaba —mientras se enjabonaba el pelo, mientras se lavaba entre las piernas, donde tenía mucho vello oscuro, mientras se agachaba para lavarse los pies y le mostraba el trasero— le había vuelto más profunda y difícil la respiración. El pulso se le aceleró cuando él se expuso en todo su esplendor bajo la cascada —la cascada que él llamaba «nuestra»— para quitarse el jabón del cabello larguísimo. Entonces, apreció con nitidez lo que le colgaba entre las piernas, el mismo apéndice que le había visto tantas veces a Bruno cuando eran pequeños o a algunos animales, a Miní, por ejemplo, solo que el de Aitor era más grande, mucho más grande, y estaba rodeado de pelo negro. El cosquilleo que le había dado fastidio en el estómago momentos atrás, le anidó entre las piernas cuando Aitor se lavó «eso». Se trató de una sensación desconcertante y dolorosa, a la que no destinó un pensamiento porque su atención se enfocaba en el cuerpo de él. Tenía vello en el pecho, aunque poco y solo en la parte del medio; a ella le hubiese gustado tocarlo.

Aitor se movió para salir, y Emanuela, que había ido incorporándose a medida que el deseo por descubrir más la volvía imprudente, se obligó a acurrucarse de nuevo detrás del sarandí. Si Aitor hubiese llegado a descubrirla, la vergüenza le habría impedido mirarlo a la cara. Ella nunca había sentido vergüenza de él. ¿Qué estaba sucediéndole? ¿Por qué estaba espiándolo? ¿Por qué había decidido seguirlo al

oírlo decir que se marchaba a darse un baño? Interrumpió el cuestionamiento cuando él se sentó en una roca, la misma de siempre, y comenzó a secarse con el paño de algodón que le había dado su *sy*. Primero se frotó el cabello, tan largo, negro y lacio, y que solo a ella permitía cortar y trenzar. Le habría gustado tener el cabello como el de Aitor; el de ella, en cambio, era rizado e indomable. Aitor se secó el pecho, y, mientras lo hacía, perdía la mirada en un punto indefinido. ¿En qué estaría pensando? Anheló que en ella. Él siempre la hacía sentir especial, más que nadie. A pesar de que estaba habituada al cariño y a las muestras de afecto de la gente del pueblo, con Aitor era diferente. A él lo tenía sin cuidado si ella podía curarlo o ayudarlo a obtener un favor de Tupá; él solo deseaba su compañía, contarle de sus días en el monte y oírla mientras ella le contaba acerca de sus quehaceres en la misión. ¿Por qué prestaba atención a que los brazos se le tensaban y parecían inflarse cuando él aplicaba presión para secarse los muslos? Nunca antes lo había notado. Ambicionó sentirse libre para correr hacia él, caer de rodillas y besarle todo el cuerpo. El deseo la asustó tanto que abandonó su escondite y regresó corriendo a la misión. ¿Qué la había impulsado a seguirlo?, volvió a cuestionarse.

El aullido de un carayá rojo, tal vez un pariente de su adorado Miní, la trajo de nuevo a la realidad de la selva y a la de la mano de Ñezú en la suya. Unos pasos más tarde regresó al tema que la obsesionaba. Pensó en lo sucedido la noche anterior, mientras Aitor la abrazaba y le besaba el cuello, y ella había sabido que algo insólito estaba ocurriendo, algo nuevo y poderoso. ¡Qué extraña se había sentido entre sus brazos! Y, al mismo tiempo, qué maravillosamente bien. Tan bien que la sensación la había apabullado.

—Me sorprendió que hoy quisieses venir conmigo a la selva, Manú —expresó Ñezú en su voz baja y pausada.

—¿Por qué, *taitaru*?

—Porque nunca te alejas del pueblo cuando Aitor nos visita. A veces, para estar con él, ni siquiera asistes a tus clases para ser española.

La fastidiaba que llamasen de ese modo a sus clases de castellano y latín. Ella no era, ni quería ser española. Ella era guaraní.

—Hoy Aitor tiene sus ejercicios con la caballería y después irá al aserradero. No estará en casa en todo el día.

El hombre asintió con la cabeza baja y prosiguió la marcha en silencio, y Emanuela intuyó que no le había creído. La verdad era que estaba eludiendo a Aitor. Necesitaba distanciarse de él, de lo que le provocaba su cercanía, su mirada, su olor, sus manos cuando la tocaban. Necesitaba aclarar sus pensamientos y, en especial, sus sentimientos, porque de algo estaba dándose cuenta: por Aitor sentía distinto que por el resto de sus hermanos. Cuando él volvía del monte después de semanas de ausencia y ella lo avistaba desde lejos, el corazón le latía con tanto frenesí que le

provocaba un agudo dolor en el cuello. Corría hacia él, desesperada por sus abrazos, sus besos y su risa. En cambio, cuando Juan, que viajaba a menudo —el año anterior había pasado varios meses en Lima—, regresaba al pueblo, ella se alegraba y corría a saludarlo, pero la emoción era completamente distinta. Cuando Bruno anunciaba que iría al arroyo a bañarse, a ella solo le causaba indiferencia. Le preparaba el trozo de jabón, el paño de algodón y la muda, se los entregaba y jamás pensaba en seguirlo para verlo desnudo. Con Aitor, en cambio, el anuncio le desataba una ansiedad y una inquietud, que, en su visita anterior, la habían doblegado, y terminó por seguirlo. ¿Por qué deseaba ver a Aitor y no a Bruno? ¿Quién podía explicarle dónde radicaba la diferencia? ¿Por qué le costaba decidir con quién hablar sobre esta cuestión que la martirizaba y que la avergonzaba? Juzgaba impropio lo que Aitor le inspiraba. ¿Acaso no eran hermanos? ¡Estaba tan confundida!

—Has estado muy callada todo el camino, Manú.

—Estoy pensando, *taitaru*.

—¿En Aitor?

La niña lo miró con un ceño.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque soy viejo y sé de las cuestiones del corazón. Y apuesto a que él está pensando en ti ahora.

—No creo, *taitaru*. Me parece que está muy enojado conmigo.

Esperó un comentario de su abuelo que no llegó. Devolvió la vista al camino y siguió avanzando en silencio.

—*Taitaru*, ¿tú amas a mi *jarýi*?

—Más que a mi vida —respondió el hombre sin vacilar.

—¿Qué significa «más que a mi vida»?

—Que daría mi vida por ella si fuese necesario.

—¿De veras? ¿Preferirías morir tú en lugar de ella?

—Sí.

—¿Qué se siente cuando se ama a otro más que a la vida?

El anciano se acarició el mentón, mientras sometía la respuesta a cuestión. Se detuvo y arrancó una flor de la pasionaria que colgaba de un árbol. Se la mostró a la niña.

—Cuando ves una flor, Manú, lo primero que te atraen son su forma y sus colores. La hueles, la admiras y gozas con su visión. Te gusta y quieres que sea solo para ti. Después, pasado ese primer momento de admiración, la estudias con actitud reflexiva. Y es en ese momento en que descubres sus poderes, los que pueden ayudarte a curar o a matar. Entonces, decides si es buena o si debes desecharla. Con el amor entre un hombre y una mujer, Manú, sucede algo similar. En un primer momento, miras a esa persona y te gusta lo que ves. Te gustan sus ojos, el modo en

que sonrían cuando sus labios lo hacen; te gustan sus maneras, los ademanes que utiliza para expresarse; te gustan su cuerpo, su olor. Te gusta que te mire con apreciación. Te gusta tocar su piel y que esa persona toque la tuya. Te gusta oírlo hablar y las cosas que te dice, porque te hacen sentir único. Los sentimientos son muy fuertes, a veces turbadores, y asustan. Pero siempre cedemos a ellos porque son más poderosos que nuestra voluntad. Es después que empezamos a conocer profundamente al otro, a descubrir sus virtudes y sus defectos. Entonces, nos preguntamos si queremos compartir nuestra vida con ese otro y si estaríamos dispuestos a dar la vida por él. Ten —le ofreció la pasionaria—, sé que te gusta especialmente la flor de *mburukuja*.

—Gracias, *taitaru*. Te quiero.

—Y yo a ti, mi niña.

Reiniciaron la marcha. Cada tanto, se detenían y cortaban hojas, despegaban cortezas o excavaban la tierra hasta dar con raíces codiciadas. Emanuela preguntaba y su abuelo le explicaba. Iban colocando la cosecha en la canasta que la niña llevaba sujeta a la frente.

—¿*Taitaru*?

—¿Sí, Manú?

—¿Por qué la gente dice que Aitor es el luisón? ¿Porque tiene pelo en las piernas y en los brazos? ¿Porque sus ojos son amarillos y sus colmillos, afilados? ¿Porque es más alto y corpulento que los demás?

—Lo que acabas de enumerar son las características físicas de Aitor que hacen que la gente confirme lo que pensaron de él desde el día en que nació, que es un luisón.

—Pero ¿por qué piensan que es un luisón desde el día en que nació?

—Porque hace muchas, pero muchas lunas, un espíritu maligno llamado Taú se enamoró de una joven muy bella, Keraná. Tanto la deseaba que entabló una lucha con el espíritu del bien, Angatupyry, que se negaba a la unión de esos dos. Por fin, Taú ganó la batalla y se llevó a Keraná. Pero no fueron afortunados en su unión, porque Angatupyry los condenó a una horrible maldición: todos sus hijos serían monstruos. Tuvieron siete: Teyu Yagua, Mbói Tu'i, Moñái, Jasy Jateré, Kurupí, Ao Ao y, por último, Luisón. Por eso, cuando un matrimonio tiene siete hijos, al séptimo se lo cree un luisón, una criatura maligna que en las noches de luna llena se transforma en un perro enorme y salvaje que destruye todo a su paso.

Emanuela contó con los dedos; movía la boca, pero no emitía sonido.

—Aitor es el séptimo hijo de mi *ru* y de mi *sy* —dijo, al cabo, y Ñezú asintió—. ¿Por eso mi *ru* no lo quiere, *taitaru*? ¿Porque Aitor es un luisón?

—No lo sé, mi niña.

—¿Crees que Aitor es el luisón? ¿Crees que se convierte en un perro salvaje?

—No. Pero sí creo que en él habita un demonio lleno de ira que, me temo, algún día lo llevará a hacer cosas muy malas. A pesar de todo, nuestro Aitor ha sido muy afortunado.

—¿De veras? ¿Por qué?

El anciano se detuvo y la miró a los ojos.

—Porque te encontró a ti, Manú. Aquella noche en que naciste, él estaba allí, en la jangada que te trajo hasta la misión. Esa noche de luna llena, él selló su destino. — La niña levantó las cejas y contuvo el aliento, abrumada por la revelación—. Tú eres lo único que Aitor tiene. Tú eres lo único que él quiere.

* * *

A media mañana, no quedaba alma en San Ignacio Miní que no se hubiese enterado de que, la noche anterior, noche de luna llena, en la que Aitor Ñeenguirú se hallaba de visita en el pueblo, se habían degollado varios animales, a los cuales se les había extraído el corazón. Después de tanto tiempo sin asesinatos, volvían a acontecer.

Aitor caminaba por la avenida principal en dirección a la plaza de armas, ajeno a las miradas furtivas que le lanzaban y a los cuchicheos que lo seguían. No se importunó cuando su compañía, la que lideraba su hermano mayor Bartolomé, lo recibió con un mutismo ominoso. Le importaba poco si habían asesinado a todas las aves de corral del pueblo, le importaba menos si la gente creía que era él. Su único problema lo constituía Jasy y la manera en que lo había tratado esa mañana antes de huir de él. La habría seguido si Malbalá no le hubiese ordenado que la dejase en paz. Tal vez Malbalá tenía razón, debía dejarla tranquila, al menos por ese día. Lo vivido la noche anterior la había afectado. Si lo había afectado a él, que sabía lo que estaba ocurriendo y sabía a qué se enfrentaba, ¿cómo no iba a afectarla a ella, tan pura e inocente? Su Jasy, que había aceptado el pacto de sangre sin cuestionarlo, ni recelar. «¿*Me va a doler?*», era todo lo que había preguntado, y él la había amado hasta la locura por entregarse y confiar en él. Su confianza y entrega lo colmaban de poder y de fuerza, a pesar del poder que ella ostentaba sobre él, si no, ¿cómo se explicaba que se hubiese desgraciado dentro de los pantalones? Ni en oportunidad de la primera vez con Olivia, cuando esta le tocó el *tembo*, padeció esa humillación. Había bastado que Jasy se llevase su pulgar a la boca, se lo chupase mientras lo miraba, para que él explotara sin contención. Por fortuna, ella no había entendido lo que había tenido lugar.

Igualmente, la había asustado. Su intensidad involuntaria la había abrumado. No debió de haberla abrazado y besado después. Imposible sofrenarse. «*Me siento muy rara*», había sollozado. Esas palabras se repetían en su mente una y otra vez, y lo torturaban y lo excitaban, las dos cosas al mismo tiempo. Estaba volviéndose loco.

Quería volver a verla. Quería pedirle perdón por haberse enojado mientras hablaban del marica de Laurencio nieto cuando él le había prometido que no lo haría. Ella confiaba en él, y él violaba esa confianza que debería de tratar como al Santísimo Sacramento.

¡Maldito Laurencio nieto! A causa de él y de su insistencia con Jasy se había visto obligado a adelantar los planes, porque lo del pacto de sangre hacía tiempo que deseaba llevarlo a cabo; no obstante, había decidido dejarlo para cuando ella fuese núbil y Malbalá le hubiese explicado ciertas cuestiones. Se torturaba pensando que quizás ella no hubiese advertido la grandeza de lo que habían compartido, ni de los votos y promesas que habían intercambiado. La vio dudar en algunos momentos, lo que le había causado una profunda pena. Aunque había habido otros en que lo había hecho sentir especial. «*No quiero que Olivia le diga a mi pa'i que quiere casarse contigo*». ¿Por qué le diría algo tan hermoso si no estuviese celosa? ¿Por qué sacrificaría una prenda de algodón tan fina para confeccionarle una camisa a él? Porque no tenía duda de que en su próxima visita tendría una camisa nueva; era muy testaruda. ¿Por qué no la usaba para hacerle una camisa a Bruno, que tampoco contaba con tantas, o a Laurencio abuelo? ¿Por qué para él? ¿Porque él le había regalado el retazo de tela o porque lo amaba más que a los demás?

De algún modo, superó las prácticas militares sin necesidad de descargar el puño en la cara de nadie. Lo cierto era que mantenían la distancia, ni siquiera hacían contacto visual con él y se cuidaban de enfadarlo, aun su hermano mayor. Después de guardar la montura en la barraca, de cepillar el caballo y de soltarlo en el potrero de la estancia, regresó al pueblo y se dirigió a la ebanistería. Tenía cuentas que saldar con su sobrino Laurencio. Lo aguardó en la entrada, con el chapeo caído en la frente y apoyado sobre un tilo, cuyo aroma dulce y femenino le recordó a Jasy, porque ella solía entrelazar las flores como plumeritos en sus trenzas.

La espera se hizo larga, y temió que debiese posponer el ajuste de cuentas, porque después del ángelus del mediodía, tenía que presentarse en el aserradero, y la hora estaba aproximándose. Laurencio nieto salió de la ebanistería con aire relajado y una sonrisa. Por fortuna, estaba solo.

—Laurencio nieto —lo llamó Aitor, sin elevar el tono.

—¿Sí? —El muchacho se dio vuelta y, al ver de quién se trataba, perdió el buen talante.

Aitor se separó del tronco y se levantó un poco el ala del sombrero; igualmente, una sombra le ocultaba los ojos.

—No quiero esta basura cerca de mi mujer. —La cajita rodó por la calle hasta detenerse a los pies de Laurencio, que se inclinó para recogerla; dentro estaba la cruz.

—Son de Manú —expresó, con una mueca de confusión.

—Lo dicho: no quiero esta basura, ni ninguna otra, cerca de mi mujer.

—Manú no es tu mujer —se atrevió a desafiarlo, mientras retrocedía.

Aitor avanzaba.

—Lo es. ¿Cuántas veces te advertí que no te acercases a ella? Se acabaron las advertencias, Laurencio. Ahora quiero que vayas a buscar ese cuchillo que te regaló tu abuelo Ñeenguirú y pelees conmigo.

—No.

Aitor esbozó una sonrisa ladeada y sobradora al percibir el pánico en la voz de su sobrino. Poco menos de dos años menor que él, tenía buena contextura, fuerte y sólida. Además, sabía usar el cuchillo.

—Sí. Ve a buscarlo —lo instó, siempre con acento medido—. Vamos a acabar con esta mierda aquí y ahora. No volverás a acercarte a mi mujer. Nunca más.

—¡Me le acercaré si me da la gana! —Echó a correr en dirección a su casa, y Aitor lo siguió. No le tomó demasiado alcanzarlo y detenerlo. Lo obligó a volverse con un jalón que casi arrojó a Laurencio al suelo. Aitor lo sujetó por el hombro y lo propinó una trompada en el lado izquierdo de la cara. Esquivó el puño que su sobrino le lanzó a las costillas, y volvió a golpearlo en el rostro, mientras lo retenía por el cabello de la coronilla. Lo golpeó una y otra vez. Sabía que terminaría con los nudillos destrozados, y otro tanto le sucedería a la cara del muchacho, que ya estaba bañada en sangre. En su furia ciega, no advirtió que tres hombres se le aproximaban por detrás. Experimentó el brusco jalón, que le hizo perder el equilibrio. Cayó de espaldas, y cuando sus asaltantes intentaron caerle encima, lanzó un rugido que los paralizó. Saltó de pie y desenvainó el cuchillo que llevaba en la faja. Los hombres retrocedieron. Entonces, se dio cuenta de que una pequeña multitud lo rodeaba. Se alejó hacia atrás, el cuchillo en alto. Se formó un corro por el que emergió la figura ciclópea del padre Ursus. El jesuita miró a Laurencio nieto, al que sostenían dos hombres, y luego a él. Se contemplaron con fijeza.

—Suelta el cuchillo, Aitor. —Agitado, con un ceño muy profundo, Aitor siguió mirándolo; sus ojos amarillos destellaban a la luz del mediodía—. Dame el cuchillo. —Se aproximó hacia él, y la gente ahogó un grito de pánico. A menos de dos varas, Ursus se detuvo—. Hijo, dale el cuchillo a tu *pa'i*. No querrás lastimarme, ¿verdad? No a mí, Aitor. Piensa en Manú. Ella no querría que me lastimases. Lo sabes, ella no lo querría.

Aitor tomó el arma por el filo y se la extendió. El sacerdote la recibió y, con voz quebrantada, ordenó:

—Arréstenlo.

El alguacil del Cabildo y dos ayudantes se aproximaron y se detuvieron delante de él. Dudaron.

—Arréstenlo —repitió el jesuita, con un poco más de convicción, y los hombres lo sujetaron por los brazos, aunque eran conscientes de que el luisón estaba

permitiéndoselo.

* * *

Emanuela regresó al pueblo por la tarde de mejor ánimo y con una buena cosecha a sus espaldas. Conversaba con su abuelo, mientras le preguntaba acerca de las propiedades del *manduvi*, como llamaban al maní, cuando se detuvo de golpe.

—Mira, *taitaru* —Se hizo sombra con la mano—. El pueblo está reunido en la plaza. ¿Nos hemos perdido algún festejo?

—No, están azotando a alguien.

Emanuela relajó el entrecejo, y su semblante se oscureció. Detestaba el castigo con azotes. Ocurría con poca frecuencia, pero, cuando tenía lugar, ella se encerraba en su casa. No comprendía el interés de la gente por ser testigo del dolor y de la humillación ajenos. A punto de retomar la marcha hacia su casa, volvió la vista hacia la plaza cuando alguien vociferó:

—¡Castigo al maldito luisón!

—¡Muerte al luisón!

—¡Ha vuelto a descorazonar a nuestros animales!

—¡Ha intentado asesinar a su sobrino!

Se arrancó la *apisama* de la frente, sin importarle que la tacuarembó, colmada de hierbas y de raíces, quedase olvidada en la calle, y corrió hacia la plaza. Su abuelo la siguió en silencio y a un trote ligero.

Emanuela mantenía una actitud determinada y sigilosa mientras se abría paso entre la multitud, que se apartaba y la contemplaba con expresiones de sorpresa y miedo. La espalda sanguinolenta y en carne viva de Aitor fue lo primero que Emanuela vio. En el mismo silencio con que había avanzado, corrió hacia rollo donde lo tenían sujeto por las muñecas y se interpuso entre él y el siguiente latigazo, que cayó sobre sus espaldas. La multitud soltó un alarido. Emanuela gimió, y lágrimas de dolor le nublaron la vista. Se aferró a la cintura de Aitor y entrelazó sus manos sobre el vientre de él para que no les resultase tan fácil apartarla. Lo protegería con su vida, nadie volvería a golpearlo.

—Jasy, Jasy —farfullaba Aitor, casi sin aliento—. Amor mío, sal de aquí.

—No. Nadie te hará daño. *Nadie*.

—¡Niña santa!

Emanuela, que apretaba los ojos y apoyaba la mejilla sobre las heridas de Aitor, no hizo caso del llamado, ni tampoco reparó en que el verdugo estaba arrodillado detrás de ella y que le besaba el ruedo del tipoy. El hombre lloriqueaba.

—¡Perdóname, niña santa! ¡No quise azotarte! ¡No quise! ¡Apareciste como un ángel del cielo! ¡No te vi!

—¡Manú!

El vozarrón de Ursus no la amedrentó. Ajustó los brazos en torno a Aitor y clavó los pies en la tierra. Tendrían que azotarla a ella, pues a él no volverían a tocarlo.

—¡Manú! ¡Sal de ahí!

—¡No, *pa'i*! ¡No permitiré que vuelvan a azotarlo!

—¡Está recibiendo su castigo!

—¡No me importa! ¡Ya recibió bastante! ¡Está sangrando! ¡Nunca hacen sangrar a nadie! ¿Por qué a él sí?

—¡Faltan cinco azotes, Manú!

—¡Pues que me los den a mí!

La multitud ahogó una exclamación. La dulce, alegre y bondadosa niña santa se había convertido en una tigresa para defender al demonio del pueblo. La situación carecía de sentido. ¿Por qué lo amaba tanto? ¿Por qué lo defendía, si era la maldad hecha carne?

Emanuela percibió que Saite y Libertad se posaban en sus hombros y cobró seguridad. Reconoció las manos de Miní sobre su cintura, que ya no era un monito pequeño, sino un carayá adulto; cuando se le daba por aullar, espantaba al más bravucón. Ellos no permitirían que la alejasen de Aitor; la defenderían como de la yarará tanto tiempo atrás.

—Javier. —El padre Ursus se dirigía al verdugo—. Levántate de ahí muchacho y deja de besar el vestido de Manú. Vamos, basta con eso.

—Pero, *pa'i*...

—¡He dicho basta! El castigo ha terminado. Puedes irte. —Después de un silencio, en el que solo se escuchaban los pasos arrastrados del verdugo, Ursus volvió a hablar—. Vamos, mi niña, apártate de él.

—No —sollozó—. Volverás a lastimarlo.

—No, Manú —intervino el padre Santiago, y su voz amigable reconfortó a Emanuela—. Ya has escuchado a tu *pa'i* Ursus, el castigo ha terminado. Permítenos desatarlo y llevarlo a un sitio donde puedas curarle la espalda.

—¿Adónde lo llevarán?

—A prisión —informó Ursus—. Se quedará allí dos días, a pan y agua.

Emanuela se apartó con cuidado para no intensificar el padecimiento de Aitor; el tejido de su tipoy había absorbido la sangre y se había adherido a los verdugones. La multitud contenía el aliento mientras ella observaba al luisón, que, con las rodillas flexionadas, seguía colgado del rollo por las muñecas, la frente apoyada en la piedra y la respiración agitada. La vieron inclinarse y besarlo en la sien con dulzura infinita. Se sobresaltaron cuando, con la mejilla derecha cubierta de sangre y los ojos cargados de ira, se giró hacia ellos, la expresión de dulzura transmutada en una de ira, y les vociferó:

—¡Desátenlo! ¡Ahora!

Dos ayudantes del alguacil rompieron filas, corrieron hacia el rollo y le quitaron los grilletes que le rodeaban las muñecas. Aitor cayó de rodillas y apoyó las manos en el pilar de piedra. Emanuela se inclinó para murmurarle:

—Allí estaré, en prisión, para curarte las heridas.

Saltó de pie y, sin mirar a nadie, sin prestar atención a Bruno, que la llamaba, se marchó a su casa.

* * *

Javier, el verdugo, que también era el responsable de la prisión, volvió a caer de rodillas cuando Emanuela entró seguida de su abuelo Ñezú. La niña santa había curado a su hija de las tercianas, pues por mucho que insistiese el padre Bansué de que habían remitido gracias a la quina y a la infusión de verbena, él sabía que habían sido las manos de la santa sobre la frente de su pequeña las que la habían librado del morbo, sin mencionar que no habían regresado como solían.

—Javier —dijo con acento duro; no le perdonaba que hubiese azotado a Aitor con tanta dureza, al punto de arrancarle la carne y hacerlo sangrar. En general, los latigazos solo dejaban rojeces e inflamaciones—. Ponte de pie y llévame con Aitor, por favor.

El hombre descolgó un anillo lleno de llaves enormes y ennegrecidas y los guió por un pasillo flanqueado por puertas de grueso lapacho. Abrió la última del lado derecho. La pestilencia, mezcla de sudor y orina, la acobardó bajo el dintel. Una lámpara de aceite ardía en una esquina y le permitió descubrir a Aitor echado de bruces sobre una litera con la cara vuelta hacia la pared. Entró con decisión, tomó el balde de madera donde los reos hacían sus necesidades y se lo entregó al carcelero.

—Por favor, Javier, vacíalo y enjuágalo. Y quiero que traigas una escoba para limpiar el piso. Está inmundo. —El hombre, con aire avergonzado, asintió—. Deja la puerta abierta para que se ventile. Apesta aquí dentro.

—Pero, Manú...

—Javier, juro por mi vida que Aitor no escapará.

Se habían demorado porque Ñezú había insistido en hervir más agua para limpiarle las heridas; necesitarían bastante. Emanuela, todavía con las mejillas y el tipoy ensangrentados, se arrodilló junto al camastro y apartó el cabello del rostro y de la espalda de Aitor. Estaba dormido o inconsciente, no sabía. Se inclinó y lo besó en la mejilla.

—Tiene fiebre, *taitaru* —se angustió.

El hombre se acercó, le tocó la frente y asintió.

—Lo primero que debes hacer es guardar la calma. Lo segundo será limpiarle las

heridas. Hay que evitar que se pudran. ¿Cómo lo harías, Manú?

—Yo... —No quería que su abuelo la evaluase en esa instancia. Quería que le dijese qué hacer.

—Guarda la calma. Lo más importante es que te olvides de tus emociones.

—No puedo.

—Es difícil porque se trata de él, pero tienes que hacerlo. Tupá te ha concedido el don de la sanación. Debes aprender a usarlo. ¿Qué harías? —insistió.

—Lavarle las heridas con agua y jabón.

—Agua hervida, nunca lo olvides.

—No, *taitaru*. ¿Le dolerá?

—Sí.

Emanuela ahogó un sollozo y se puso manos a la obra. Empapó el trapo limpio en el agua y lo untó con el jabón de sosa que preparaba Malbalá. Con pasadas delicadas, fue limpiando las heridas y retirando los tejidos muertos. Aitor se rebulló y se quejó.

—Tranquilo —le susurró—. Aquí estoy, contigo. Sé que duele, pero tengo que curarte.

—¿Jasy?

—Sí, soy yo. No te muevas.

Aitor volvió la cabeza y descubrió a Emanuela de rodillas junto a él. Más allá, avistó a su abuelo, serio y sigiloso como de costumbre.

—Viniste.

—Sí, y no te dejaré. —La sonrisa de Aitor le provocó ganas de llorar—. Tengo que limpiarte las heridas. Dolerá.

—Está bien.

Aitor apretaba los párpados y los dientes. Su mano izquierda se cerraba en torno a la cadena que sostenía la litera, mientras la derecha se aferraba al borde de la tabla donde se hallaba recostado. Emanuela notó que tenía los nudillos pelados y sanguinolentos. Se los limpió también, con agua y jabón de sosa. Aitor no gritaba, ni siquiera emitía quejidos. Respiraba de modo acelerado y superficial.

Emanuela le enjuagó la espalda con agua hervida y fresca, lo mismo los nudillos, y Aitor suspiró, aliviado.

—¿Ahora qué hago, *taitaru*?

—¿Qué le pondrías para evitar la pudrición?

Emanuela se puso nerviosa.

—No lo sé. Dímelo, *taitaru*. Por favor.

—Aceite de tomillo es una opción. Pero lo mejor sería bálsamo de copaiba.

—¡Lo traje! —se exaltó, y lo buscó en su canasta. Extrajo el pote de barro y le quitó el tapón. Enseguida, el aroma vivo y penetrante de la copaiba inundó el sitio—. Espero que no te arda —susurró en el oído de Aitor, y aplicó el medicamento—. Lo

siento —repetía, cuando él se retorció en la litera.

—Está bien.

Al terminar, Emanuela guardó el bálsamo y se volvió hacia su abuelo.

—¿Vendamos las heridas, *taitaru*?

—No. Es mejor que queden así, protegidas por la copaiba y nada más. Cicatrizarán más rápidamente. Si la herida fuese más profunda, deberías vendarla. Pero estas no lo son. ¿Qué haces para bajar la calentura, Manú?

—¿Una infusión de ipecacuana?

—Podría ser, pero juzgo más apropiado darle un cocimiento de cañafístula, orozuz y culantrillo.

—¿Los tres juntos? —se sorprendió Emanuela, adoctrinada por su *taitaru* a no mezclar los componentes.

—Sí, pero los hierves por separado y luego, cuando entibian, los mezclas. La cañafístula le bajará la fiebre y también lo hará dormir. Necesita descansar. El orozuz y el culantrillo ayudarán en la cicatrización.

—¡Iré a preparar los cocimientos!

—¡Jasy, no me dejes!

Emanuela regresó a su lado y le tomó la mano.

—Enseguida vuelvo. —Lo besó en la sien—. Nunca te dejaría —le susurró sobre la piel—. Mi *taitaru* permanecerá contigo.

Javier esperaba en la puerta de la celda, con una escoba de biznaga y el balde limpio.

—¿Quieres que barra, Manú?

—No. —Estaba segura de que lo haría sin evitar que el polvo aterrizase en la herida de Aitor—. Déjala allí. Yo lo haré, más tarde.

—Pero, Manú...

—Déjala ahí, Javier —reiteró, antes de marcharse.

Se topó con el padre Ursus y el padre van Suerk en la entrada de la cárcel.

—¿Adónde vas, Manú?

—Ya vuelvo —contestó, sin detenerse.

Una sombra cruzó el semblante de Ursus, que se apartó para que la niña siguiese su camino.

—Javier, llévame a la celda de Aitor.

—Sí, *pa'i*. Por aquí. Verás, *pa'i*, tengo la puerta abierta de su celda. Es aquella.

—¿Por qué la tienes abierta, hombre?

—Así lo dispuso la niña santa. Para que se ventilase.

—¿Hedía, acaso?

—Sí, *pa'i* —admitió el hombre, y bajó la vista.

—Eso es porque no haces tu trabajo, Javier. Tu obligación es mantener limpias las

celdas.

—Sí, *pa'i*.

—Volveré mañana para inspeccionar que las celdas estén limpias. Ahora, tráeme una silla.

Los sacerdotes entraron y saludaron a Ñezú con una inclinación de cabeza.

—¿Duerme?

—No creo, *pa'i*.

—¿Manú ya lo curó? —quiso saber van Suerk.

—Sí, *pa'i*.

—¿Qué es eso? —preguntó el holandés, y señaló el bálsamo de copaiba sobre las heridas.

—Tendrás que preguntarle a ella, *pa'i*.

Ursus se sentó en una banqueta que Javier ubicó cerca de la cabecera de la litera.

—¿Hijo?

Las pestañas de Aitor se agitaron.

—*Pa'i* —dijo con voz ronca.

—¿Cómo te sientes? —Aitor cerró los ojos y no respondió—. Golpeaste muy duramente a tu sobrino. El padre van Suerk ha tenido que darle un cordial con láudano para que se durmiese y dejase de quejarse del dolor.

—Es un marica —masculló, con los ojos cerrados.

—¿Por qué lo golpeaste tan ferozmente? Él dice que no sabe. Yo creo que lo sabe pero no quiere decírmelo.

Bien, pensó Aitor, al menos el imbécil mostraba un poco de criterio y mantenía el pico cerrado. Le había enviado un mensaje con su hermano Juan, quien lo había visitado en la cárcel antes de que lo condujesen al rollo para castigarlo. Le había dicho:

—Ve y dile al marica de Laurencio nieto que si llega a abrir la boca, cuando salga de aquí, lo asesinaré.

—Dímelo, Aitor —insistió el jesuita—. ¿Por qué lo golpeaste con tanta alevosía?

Aitor suspiró antes de abrir los ojos y fijarlos en el sacerdote.

—Esa es una cuestión entre Laurencio nieto y yo, *pa'i*. Me condenaste por haberle roto el hocico a trompadas y no por el motivo que lo hice. De modo que no tengo por qué decirte por qué lo hice.

—¡Eres un necio! Te haces odiar aún más por todos golpeando a un niño.

—¡No es un niño! Tiene dieciséis años. Yo, a los dieciséis años, ya hacía tres que me pasaba semanas solo en el monte, aserrando y cazando para comer. ¡No es un niño! Es un cobarde, que es muy distinto. Y todos me odiarían igualmente, así me comportase como un ángel, porque no importa qué haga, siempre seré el luisón para ellos.

—Sería juicioso dejarlo descansar —aconsejó van Suerk—, así las heridas curarán más rápidamente.

—Sí —admitió el jesuita, y el desánimo se le evidenció en el tono de voz y en los hombros caídos—. Descansa, hijo. Dios te bendiga. —Le apoyó la mano sobre la cabeza.

Van Suerk y Ursus volvieron a encontrarse con Emanuela en la calle. Regresaba a la cárcel. Bruno y Juan le seguían el paso y acarreaban dos jergones y mantas.

—¿Qué llevas en esa vasija, Manú? —se interesó el médico holandés.

—Los ingredientes para preparar un cocimiento para Aitor, para que le baje la fiebre.

—¿Tiene fiebre? —La niña asintió—. ¿Qué llevan ahí tus hermanos?

—El jergón de mi cama. Es para Aitor. Aunque no lo admita, sé que está muy incómodo sobre la tabla desnuda de la litera.

—¿Y ese otro jergón? —se inquietó Ursus—. ¿De dónde lo tomaste?

—Mi *pa'i* Santiago me permitió tomarlo del sótano de la casa de ustedes, *pa'i*.

—¿Para qué lo necesitas?

—Es para mí. Pasaré la noche en la celda, con él.

—¡De ninguna manera!

—¡Lo haré, *pa'i*! Aitor tiene fiebre. Tengo que permanecer a su lado, asistirlo, cuidarlo. —Reinició su camino, con aire furioso.

—¡Emanuela! ¡Vuelve aquí!

La niña volvió sobre sus pasos y se plantó frente al jesuita.

—Nunca te perdonaré lo que le hiciste a Aitor, *pa'i*. —Lo expresó en castellano para evitar que los demás comprendiesen.

—Aitor cometió un delito —se inquietó Ursus—. Tenía que pagar, como cualquier otro.

—Jamás habías condenado a nadie a cincuenta latigazos. Mis hermanos acaban de decírmelo. ¡Cincuenta latigazos! Y permitiste que Javier se ensañara con él por esa absurda creencia de que Aitor es el luisón y que descorazona a los animales. Sabías muy bien que estaba siendo más cruel que de costumbre. ¡Lo sabías y no hiciste nada para protegerlo! Te quedaste allí, de pie, junto a la gente, mientras veías cómo el verdugo le arrancaba la carne. No hiciste nada. —Un sollozo le borbotó entre los labios—. ¿No ha recibido suficiente castigo durante su vida? ¿El desprecio y el odio de su propio pueblo no son suficientes? Nunca te perdonaré por esto. Y si piensas impedirme pasar la noche a su lado, pues tendrás que arrastrarme y atarme al rollo a mí también.

—Creo que será mejor que regresemos, Ursus —terció van Suerk.

Aún estupefacto, Ursus asintió.

—¿*Pa'i*? —dijo Emanuela, y miró al holandés.

—¿Sí, Manú?

—¿Podrías ocuparte de limpiarle la quemadura a mi *pa'i* Santiago? Yo no quiero volver a dejar a Aitor.

—Sí, por supuesto. Yo lo haré.

—Gracias, *pa'i*.

* * *

Los habían dejado solos. Primero se habían marchado Bruno y Juan, después de ayudar a Aitor a levantarse para acomodar el jergón sobre la litera y a recostarse nuevamente. Ñezú se fue después, una vez que Emanuela acabó de darle el cocimiento.

—Volveré al amanecer —anunció el *paje*—. Traeré agua hervida para limpiar la herida y le colocaremos una nueva capa del emplasto.

—Gracias, *taitaru*. —Emanuela lo abrazó y lo besó. El hombre le devolvió una palmada en la mejilla, sin mirarla a los ojos.

Aitor dormía gracias al brebaje de cañafístula, orozuz y culantrillo. Emanuela aprovechó para asperjar el agua jabonosa que había utilizado en las heridas de Aitor y barrió la celda. Hacía tiempo que nadie la limpiaba. Abrió la puerta, a la que Javier no se atrevía a echar llave con ella dentro, y depositó el montoncito de mugre y la escoba en el pasillo. Volvió a cerrar. Exhaló un suspiro y bajó los párpados. Estaba exhausta. Se echó en el jergón, sobre el piso, junto a la litera de Aitor, e intentó dormir. Al rato, abrió los ojos y los fijó en el techo. Si los cerraba, la asolaba la imagen de él colgado en el rollo y con la espalda en carne viva.

«*Amor mío, sal de aquí*». Se cubrió la boca y apretó los párpados cuando las palabras de Aitor se repitieron en su mente. Las ganas de llorar le calentaron los ojos y le agitaron el pecho. «*Amor mío, sal de aquí*». «*Amor mío*». «*Amor mío*». Era la segunda vez que la llamaba de ese modo. Dos noches atrás, después de la pelea por la cruz de Laurencio nieto, también le había dicho «*amor mío*». «*Perdóname, amor mío*». Ella era su amor. Las lágrimas se le escabulleron entre los párpados y se mezclaron con las risas que pugnaban por escapar de sus labios sonrientes. Aitor la amaba como su *taitaru* amaba a su *jarýi*. Y ella lo amaba a él. En ese instante comprendió que él era distinto para ella, que nadie le provocaba lo que él —las cosquillas, la curiosidad, el deseo, los celos, la urgencia, la nostalgia—. «*Taitaru, ¿tú amas a mi jarýi?*», le había preguntado a Ñezú esa mañana. «*Más que a mi vida*», había sido la respuesta, y cuando ella había querido saber qué significaba «*más a que mi vida*», el *paje* no dudó en contestar: «*Que daría mi vida por ella si fuese necesario*». No lo había comprendido entonces, no cabalmente. En ese momento, sin embargo, lo vivía como una certeza de la que no existía duda, como el sol que salía

cada mañana, porque ella no había dudado en arrojarse sobre él para recibir los azotes en su lugar. «Y lo volvería a hacer», se dijo, orgullosa, dichosa, plena.

—Daría mi vida por ti, Aitor —necesitó murmurar en la oscuridad.

No conseguía calmarse. La revelación la había conmocionado. Repasar las escenas de la noche anterior, mientras sellaban el pacto de sangre y amor eterno, no la ayudaba a bajar el ritmo de las pulsaciones. No obstante, las revivía una y otra vez porque, a la luz de lo que acababa de descubrir, adquirirían un valor trascendental y sagrado. Las revivía, además, porque la hacían feliz y le provocaban sensaciones que le convulsionaban el cuerpo. Se tocó los pezones. ¿Por qué los tenía duros si no hacía frío? ¿Por qué sentía una opresión en la parte baja del estómago? ¿Qué tenía entre las piernas que cosquilleaba de ese modo?

Aitor la amaba a ella, no a Olivia, ni a Ginebra, a ella, a pesar de que no era linda, que su boca era enorme, que su nariz no era delicada, que su cabello semejaba a un nido de pájaros, como solía lamentarse Malbalá, y que no poseía una figura agraciada. Pese a sus tantos defectos, el amor de Aitor la hacía sentirse hermosa. El llanto se le trababa en la garganta, y las lágrimas le bañaban las sienes y el cuero cabelludo. Necesitaba calmarse si quería acercar sus manos a la espalda de Aitor para ayudarlo a sanar. En ese estado, su don sanador, como lo llamaba Ñezú, no la asistiría. Aunque tal vez permanecer en ese estado de exaltación le conviniese: no quería dormirse. Sabía que si al despertar, Aitor la descubriría descansando, con tal de no molestarla, soportaría cualquier incomodidad y necesidad.

Cansada de horadar el techo con la mirada, se incorporó en el jergón. La luz tenue del brasero, donde mantenía caliente la infusión de cañafístula y un poco de guiso que le había dado Malbalá, iluminaba apenas los rasgos de Aitor. Se lo notaba tenso en el sueño, con el entrecejo fruncido y las mandíbulas apretadas. Le contempló las manos de nudillos pelados, también rígidas; una colgaba fuera, echa un puño, y rozaba el jergón extendido en el suelo; la otra apretaba el filo de la litera. Tomó la que colgaba y le observó las heridas. Besó uno a uno los nudillos, y el puño fue cediendo. Le besó los callos de las palmas, duros y amarillentos, después de tantos años de empuñar el hacha y el serrucho. Eran las manos de un hombre trabajador. Sonrió, orgullosa de él. Nunca había sentido orgullo por él, eso también era nuevo, y bello, y desconcertante. Le estudió la forma de los dedos, largos y delgados, y las uñas, siempre quebradas y sucias y poco cuidadas. Las besó, y se dijo que le pediría al padre Santiago la tijerita para cortárselas. Se movió con sigilo hacia la cabecera y se inclinó para besarle los nudillos de la otra mano, la que apretaba el filo de la litera, que, poco a poco, fue aflojándose. La tomó con cuidado y le besó la punta de los dedos y, cuando llegó al pulgar, se demoró en el corte por donde había brotado la sangre para sellar el pacto de amor. Recordó que lo había chupado y pensó en la reacción repentina e insólita de él; se había sacudido y emitido un sollozo. ¿Le habría hecho doler?

La mano de Aitor se movió en la de ella, no con la torpeza de alguien que está despertando, sino con movimientos deliberados que buscaban entrelazar sus dedos con los de ella. Emanuela gateó hasta el costado de la litera y sonrió al encontrarlo despierto.

—Perdóname si te desperté —se apresuró a decir, con acento compungido—. Lucías tan tenso que pensé en relajarte un poco.

—Jasy —susurró él—, mi Jasy.

Emanuela fijó la vista en sus labios, en cómo se movían de costado, medio aplastados contra el jergón. Tragó con dificultad antes de responder.

—Sí, aquí estoy.

—No te fuiste.

—No, te dije que no me iría. Pasaré la noche contigo. —Le tocó la frente todavía afiebrada—. ¿Quieres agua fresca o un poco de la tisana con miel?

—Agua.

Ella se movió con diligencia y encendió la lámpara de aceite. Regresó con una calabacita, que depositó en el suelo para ayudarlo a incorporarse, mientras le sujetaba la larga trenza que ella misma le había hecho, para evitar que le tocara las heridas. Se le anudaba el estómago cada vez que él apretaba los ojos y soltaba el respiro por la boca con exhalaciones violentas. Cada movimiento de los músculos de la espalda le causaba espasmos de dolor. Le colocó la trenza sobre el costado izquierdo antes de ponerse de rodillas para darle de beber. Aitor lo hizo con fruición, y también aceptó un poco de la infusión de cañafístula, lo que alegró a Emanuela.

—Me gustaría que comieses un poco del guiso que te traje. Es de carne de cerdo y vaca. Mi sy le puso granos de choclo y duraznos, como a ti te gusta.

—Se supone que estaré aquí a pan y agua.

—Me importa muy poco lo que se supone.

Aitor elevó las cejas y reprimió una sonrisa. Ella no habría sido capaz de entender cuánto la amaba en ese momento.

—¿Tú ya comiste?

—No —admitió.

—Comeré si comes conmigo.

—Está bien —aceptó ella, sonriente, y se alejó de prisa para ir a buscar la vasija en el brasero.

—Dame de comer en la boca, Jasy.

—Te duele la espalda si mueves los brazos, ¿verdad?

Él asintió, pese a que no se lo había pedido por eso. Quería que lo alimentase. Quería que lo limpiase, que lo curase, que lo tocara, que lo besara, que lo chupara, que lo amara, que viviera solo para él y por él. No hablaron mientras comían. Aitor nunca apartó la mirada de Emanuela; ella, en cambio, le lanzaba vistazos furtivos y,

cuando sus ojos coincidían, le sonreía con timidez y bajaba las pestañas. Aitor encontraba extraño el comportamiento de ella, e intentaba dilucidar a qué se debía, si al pacto sellado la noche anterior o a que él hubiese terminado preso.

Después de comer, Emanuela enjuagó la vasija y las cucharas en un balde con agua limpia que Javier le había llevado.

—¿Quieres un poco más de infusión? —le preguntó, sin mirarlo, haciéndose la que se empeñaba en acomodar los utensilios.

—No, gracias. Ven aquí, Jasy.

Ella lo miró de costado a través de la celda. La llama del fanal le echaba, de manera intermitente, luces y sombras a sus facciones, lo que le acentuaba el aspecto tenebroso. Podía comprender por qué los demás le temían; ella, en cambio, se sentía segura y protegida, aun si sus ojos habían adquirido una tonalidad inverosímil y la contemplaban con exigencia. Caminó hacia él y se puso de rodillas sobre el jergón con la actitud de una embrujada.

—Quiero que me muestres tu espalda. Quiero ver la mordida del látigo en tu piel. Date vuelta —ordenó.

Se quedó mirándolo, indecisa. Al cabo, le dio la espalda y se bajó los breteles, que le descansaron sobre los brazos, y después la pechera del tipoy, que se arrugó sobre su vientre. Aunque él no pudiese verlos, se cubrió los pequeños senos con las manos. Se puso rígida e inspiró con brusquedad al sentir la mano de él sobre el verdugón. Pasado el primer impacto, las caricias de Aitor le despertaron los cosquilleos que ya aceptaba con resignación, y también el dolor en los pezones endurecidos, y la puntada entre las piernas. Debía de haber algún problema con ella por responder de ese modo.

—Voy a matar a Javier por esto.

—No, por favor. Fue mi culpa, yo me interpuse. No lo lastimes. Me sentiría culpable. Y el remordimiento no me dejaría vivir. —Los dedos de Aitor continuaron acariciándola—. Me ha pedido disculpas muchas veces, pese a que lo hizo sin intención. Y se ha mostrado muy diligente y servicial. Me ha prestado la lámpara, y el brasero, y me trajo agua limpia. No lo lastimes por mi culpa, por favor.

—Está bien. Por ti, lo dejaré pasar.

—*Aguyje* —le agradeció.

Aitor le depositó pequeños besos a lo largo de la marca roja e hinchada, y las sensaciones que le convertían el cuerpo en algo ajeno, extraño y sensible se intensificaron hasta alcanzar umbrales dolorosos. Se subió el tipoy y se colocó los breteles con rapidez. Intentó ponerse de pie para alejarse, pero Aitor la sujetó por el brazo y la obligó a volverse. Se miraron a los ojos, y, aunque la intensidad de los de él la asustó, no consiguió apartar los suyos; permaneció quieta bajo el influjo de su luz dorada.

—Nunca nadie había hecho algo así por mí.

—Lo volvería a hacer.

—¿Por qué?

«Porque te amo más que a mi vida». Desvió la mirada, avergonzada de su pensamiento, de lo que le provocaba la visión del torso desnudo de él.

—¿Por qué volverías a hacerlo, Jasy? Dímelo. Por favor.

La súplica de él la embargó de emociones que se mezclaron con las otras y que la dejaron atónita y hecha un lío. Nunca había experimentado sensaciones tan agudas.

—¿Por qué golpeaste a Laurencio nieto? —le preguntó, desesperada por poner distancia—. Bruno me contó que te encarcelaron y azotaron por eso, porque lo golpeaste.

—Porque te quiere para él y no entiende que tú eres mía —contestó al cabo, sin mirarla.

—Oh, Aitor.

—Maldito gusano marica —masculló, y golpeó el jergón con el puño—. Tantas veces le advertí que no se te acercara. ¡Eres mía, Emanuela! —La aferró por los brazos y la atrajo hacia él—. ¡Eres mía!

—Sí, tuya.

La respuesta lo desorientó; se había preparado para recibir su enojo y oposición. Jamás habría esperado que le respondiese con ese acento dulce y sumiso y, al mismo tiempo, tan decidido.

—Debes acostarte de nuevo. —Emanuela se puso de pie para asistirlo—. Vamos, Aitor. Ya estuviste demasiado tiempo sentado. Es mejor para la cicatrización si te recuestas.

Él obedeció, todavía sobrecogido por la admisión de ella. ¿O se lo habría dicho para calmarlo, para evitar que atormentase de nuevo a Laurencio nieto?

Emanuela lo ayudó a recostarse boca abajo y le acomodó la trenza de modo que no le tocara las heridas.

—¿Estás a gusto?

—¿Jasy? —dijo él, en cambio, y le buscó la mano.

—¿Qué?

—Perdóname.

—¿Por qué? —se extrañó ella, y ladeó la cabeza y frunció el entrecejo en ese ademán de confusión que a él desarmaba.

—Por lo que sea que te haya hecho enojar esta mañana. No me permitiste que te besara, ni que te viese el dedo donde te había hecho el corte.

—El dedo está bien. No te preocupes por eso.

—¿Por qué estabas enojada conmigo? ¿Por qué huiste de mí?

—No estaba enojada contigo, Aitor. Estaba confundida.

—¿A causa del pacto de sangre?

—Por eso y por esto que estoy sintiendo, que me asusta.

—¿Qué estás sintiendo? No me ocultes nada, Jasy. No a mí. ¿Qué te asusta?

—Lo que tú me haces sentir —admitió, y entrelazó las manos sobre su regazo. Como bajó la vista, no pudo ver la sonrisa de Aitor.

—¿Qué te hago sentir? —Intentó preguntarlo sin evidenciar su ansiedad, ni su dicha; no quería cantar victoria antes de tiempo; la desilusión podía destruirlo—. Dímelo, Jasy. —Ella se encaprichó en su mutismo—. Jasy, por...

—Cuando te veo a ti —lo interrumpió—, cuando tú vuelves al pueblo después de haberte pasado semanas en el monte, no siento lo mismo que cuando Juan vuelve de viaje. No es lo mismo. —Se estrujó las manos y mantuvo la vista baja al decir—: ¡Lo quiero mucho a Juan, Aitor! Es mi hermano y lo quiero. Pero cuando te veo a ti...

La mano de Aitor le acunó la mandíbula, y Emanuela ladeó la cabeza para besarla.

—Jasy, amor mío.

—Es la tercera vez que me llamas así, amor mío.

—¿La tercera vez? ¿Las vas contando?

Que asintiese con el mentón al pecho, sin mirarlo, envuelta en ese aire de niña, despertó en él algo más que la lujuria que solía dominarlo. Un rugido le estalló en el pecho, y pareció abrirle un hueco de ansiedad, de necesidad, la de protegerla, de llevarla consigo adonde fuese, de tenerla siempre dentro de su campo visual, de que nadie la amase, ni la desease, ni la admirase excepto él. El sentimiento era tan fuerte que lo impulsó a incorporarse, olvidado del padecimiento que le azotaría la espalda y que lo alcanzaría hasta los pies. Emanuela se sobresaltó y abrió grandes los ojos.

—¿Qué haces?

Aitor le apretó los hombros y se inclinó para hablarle de cerca.

—¿Es cierto lo que me dijiste hace un momento, que eres mía? ¡Júramelo!

—Te lo prometí anoche —le recordó ella, intimidada—, anoche te lo juré.

—Lo que compartimos anoche, Jasy... —Se la quedó mirando, desprovisto de las palabras para comunicar el tumulto que le agitaba las entrañas—. No sé si estabas preparada para lo de anoche. Eres pequeña aún. Y yo me apresuré. Por eso te asustaste y esta mañana me rechazaste.

—¿Quieres que deshagamos el pacto? —La desolación de su voz y de su gesto le dieron esperanzas.

—No, mi Jasy, claro que no, pero no quiero atarte a unos votos que son sagrados para mí, si tú no los comprendes en verdad. Eres tan joven. —Le acarició la mejilla y la contempló con ternura.

—Te amo, Aitor —dijo, en castellano—. También amo al resto de mi familia, los amo, pero a ti... No sé por qué tú me haces sentir cosas que no siento con los demás.

—¿Qué cosas?

Por mucho que rogase, ella no contestaría a su pregunta. No le confesaría que se le alborotaban ciertas partes del cuerpo cuando lo veía, ni que había sucumbido a la tentación de espialo desnudo mientras se bañaba, ni que la noche anterior, en sus brazos, acunada por sus besos en el cuello, había anhelado que la tocara en los sitios que se le alborotaban por su culpa. No le pediría que volviese a besarla sobre los labios.

—¿Qué cosas? —insistió él, y la obligó a mirarlo al levantarle el rostro por el mentón.

Ella se cubrió la cara y agitó la cabeza, y él se apresuró a recogerla contra su pecho.

—Está bien, está bien, no me lo digas. No digas nada, Jasy. Está bien. Shhh...

Emanuela levantó los brazos y enseguida los dejó caer. Ese gesto, el de acordarse de las heridas en su espalda, que no olvidase su padecimiento, aun en un momento de desconcierto y confusión, le habló del amor de ella, el que él necesitaba para vivir. La apretó un poco más y le pareció que Emanuela se perdía en su torso, tan pequeña y delgada era. ¿A qué estaba sometiéndola? ¿A ella, a su Jasy, a su niña adorada? ¿Acaso no se daba cuenta de la angustia que la asolaba? Ella se removió para separarse, y él se apresuró a aflojar el abrazo, solo un poco, para darle espacio. A pesar de todo, aún lo gobernaba su índole egoísta y no estaba preparado para permitirle que se apartase de él. Sus ojos se encadenaron a los enormes y azules de ella. Se le cortó el aliento y la sangre le explotó en las venas cuando ella le confesó:

—Daría mi vida por ti, Aitor.

Él habría querido decirle algo tan poderoso como lo que ella acababa de regalarle, porque sus palabras habían sido el obsequio que le había quitado el ardor de la espalda y el peso en el alma. Guardó silencio, mientras luchaba contra el llanto.

—¿Por qué lloras? —se preocupó ella al ver que sus ojos se anegaban—. Te duele mucho, ¿verdad? Te duele y no me lo dices.

Aitor negó con la cabeza y le dedicó una sonrisa de labios vacilantes, y Emanuela se quedó hechizada, admirando el efecto del brillo de las lágrimas sobre los iris amarillos.

—Vuelve a recostarte —le pidió—. Por favor. —Le tocó la frente—. Todavía tienes fiebre. Acuéstate.

Aitor le tomó el rostro entre las manos, con suavidad, como si recogiese agua, y, cuando Emanuela por fin levantó las pestañas y se atrevió a enfrentarlo, la obligó a permanecer unida a él a fuerza de mirarla con la voluntad que lo caracterizaba.

—No sé qué hacer contigo, Jasy —le confió—. Quiero contarte tantas cosas, quiero decirte lo que tengo aquí guardado para ti desde hace tanto tiempo, pero tengo miedo de asustarte. ¿Me temes, Jasy?

—A veces, cuando te enojas, me asustas y te temo.

—No quiero asustarte, ni que me temas. Cuando me enojo, no es contigo, ya te lo expliqué. Es porque me vuelven loco los celos, porque tengo un carácter endiablado, pero no me enojo contigo. Además, Jasy, jamás, *jamás* te haría daño. Antes prefiero quitarme la vida.

—¿Por qué dices que no sabes qué hacer conmigo? ¿Qué tienes que decirme que no pueda oír? Ya no soy pequeña, Aitor. Tengo trece años y estoy ayudando al padre van Suerk en el hospital. Soy una *curusuya* —declaró, en referencia al oficio de enfermero.

—¿Qué piensas que hicimos anoche en la torreta, Jasy?

—Un pacto de sangre, un pacto de amor eterno.

—¿Qué significa para ti un pacto de amor eterno?

—Te prometí que siempre te amaría, que nunca me separaría de ti, que eres lo más importante para mí. —Como él se quedó mirándola en la actitud de quien espera escuchar algo más, Emanuela se impacientó—. ¿Me olvidé de algo?

—No, solo que creo que el significado de los votos que intercambiamos no es el mismo para ti que para mí.

—¿Qué significan para ti? —De nuevo, él se quedó en silencio, mirándola—. Aitor, ¿qué significado tienen para ti?

—Quiero que seas mi esposa, Jasy. —Ella sofocó una exclamación y se envaró en el abrazo de él, que se inclinó y le hundió el rostro en el cuello, donde siguió hablándole con timbre desesperado—. No me rechaces, no te asustes, no me mires con temor. No quiero que seas mi esposa ahora, ni mañana, pero sí cuando estés lista. No quiero a ninguna otra, solo a ti. Yo te esperaré, Jasy, todo el tiempo que necesites. Solo quiero que me prometas que te preservarás para mí, que solo yo estoy en tu corazón y que me elegirás a mí por esposo cuando te sientas preparada. No puedo irme al monte, pasarme días y días allá, sabiendo que podría perderte a manos de otro. ¡Me vuelvo loco de solo imaginarlo! Por eso le rompí el hocico a Laurencio nieto, porque ese marica pretende mi lugar, y prefiero que...

—Aitor, tengo miedo —lo interrumpió.

—¿De qué, Jasy?

—De esto que siento por ti. No es lo mismo que siento cuando miro a Bruno, o a Bartolomé, o a Juan, o a cualquiera de mis otros hermanos. Cuando te miro a ti, siento... —Bajó la vista para ocultar el embarazo y para no descubrir la burla en la expresión de él.

—¿Qué sientes? Dímelo.

—Te reirás.

—Te juro que no. Ten confianza en mí.

—Cuando te miro, siento... cosquillas en el estómago, y la piel se me eriza. Y tú

eres mi hermano, y creo que está mal —añadió de prisa para enmascarar la vergüenza que le había causado admitir lo de las cosquillas y el erizamiento; lo de los pezones duros y los latidos entre las piernas no se lo habría confiado ni a fuerza de azotes en el rollo. Se atrevió a espiarlo a través de las pestañas. La sonrisa de él, que le desvelaba los hermosos colmillos afilados, la desconcertó.

—No somos hermanos, Jasy. Y tú lo sabes bien. Tú no eres hija de mi madre. —E iba a agregar: «Ni de mi padre», pero calló. Los ojos azules de Jasy le recordaban los de Amaral y Medeiros. Pero, aunque fuese hija de él y, por tanto, su medio hermana, a él lo tenía sin cuidado. Emanuela sería su mujer, a como diera lugar. Le habló al oído.

—¿Así que cosquillas en el estómago?

—No te burles. Lo prometiste.

—No me burlo. Es lo más lindo que me han dicho en la vida, Jasy. Estoy feliz. Tú no sabes lo que provocas en mí, porque eres demasiado pequeña, pero si lo supieras, ahora mismo podrías sentirlo —aseguró, y hablaba de la erección que crecía debajo de ella.

—¿Sientes cosquillas en el estómago también?

—Sí, en el estómago y en otras partes.

—¿Sí? ¿De veras?

Aitor sonrió y asintió. Un mutismo hechizado por las miradas que los mantenían unidos cayó sobre ellos. Ni el silencio, ni los ojos de Aitor la intimidaban y, por primera vez en mucho tiempo, después de tantos desasosiegos y dudas, Emanuela se sintió cómoda en su presencia.

—No quiero que mates a Laurencio nieto —susurró, al cabo.

—Jasy —la voz de él se endureció, y ella le apoyó los dedos en los labios para acallarlos.

—Ni a Laurencio, ni a nadie, porque quiero ser tu esposa. Algún día. —La afectó la mirada de él, y a pesar de que la comodidad de segundos atrás se esfumó y de que él volvió a acobardarla, también deseó que la besase en los labios, como había hecho el día anterior, así, como al pasar, pero que para ella había significado tanto—. Te lo prometo —insistió, porque se imaginó que él no le creía—. Me guardaré para ti. No quiero que te preocupes por mí cuando estés en el monte. Siempre estaré aquí, esperándote. *Siempre*.

—¡Jasy! —La aplastó contra su pecho y apretó los párpados, embargado de una felicidad como no había experimentado en su vida—. ¡Jasy! Hace tanto que espero este momento, que me digas esto, que me lo prometas. —La apartó para estudiarla, y la expresión de perplejidad de ella le habló de la niña que aún la habitaba. A veces se revelaba como una mujer de agallas, como cuando lo salvó del látigo, o cuando le curaba las heridas al padre Santiago, con dominio y solvencia; y en otras, como en

ese instante, en que sus ojos se abrían con desmesura ante la destemplanza de él, todavía era su pequeña Jasy, la que él no quería mancillar. La obligó a sentarse en el borde de la litera y la acunó en sus brazos.

—No me temas, Jasy, te lo suplico. —Ella guardó silencio, los ojos fijos en los de él—. ¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así? Seré paciente contigo, Jasy. Te lo prometo. Pero no me mires de ese modo.

—¿Aitor?

—¿Qué?

—¿Los esposos se besan como tú me besaste anoche en la torreta?

Una sonrisa ladeada fue despuntando en la comisura izquierda de Aitor. La mirada se le volvió socarrona, y Emanuela percibió que los latidos en esos lugares ocultos de su cuerpo adquirirían una fuerza renovada.

—¿Cómo? ¿De este modo?

Recostada sobre el regazo de Aitor, acunada entre sus brazos, vio que él cerraba los ojos y se inclinaba hacia ella. Sin pensarlo, bajó los párpados en el instante previo a sentir el roce de los labios. Aitor los demoró allí un momento antes de moverlos con delicadeza. Le acariciaba los labios con los labios, los deslizaba sobre los de ella de una comisura a la otra, hasta que le apretó el inferior y lo succionó, con suavidad; igualmente, ella se sobresaltó. Emitió un gemido cuando la puntada entre las piernas se tornó insoportable y apartó la cabeza.

—No te asustes —le imploró él sobre la frente, y su aliento tibio le intensificó la tirantez en los senos—. Estás conmigo, entre mis brazos, sana y salva. Nunca tengas miedo si estás conmigo, Jasy.

—Está bien.

Aitor le estudiaba cada detalle del rostro y lo consideraba un tesoro que le pertenecía solo a él. Se quedó prendado de las medias lunas negras que formaban sus pestañas sobre la piel untuosa. La había conmocionado; no importaba, sabía que, al principio, sería así; le tendría paciencia. En ese momento, no obstante, el problema lo tenía él con una erección que volvería a desgraciarlo si no conseguía someterla. Se puso a pensar en lo vivido esa tarde, en el rollo, en el dolor de cada azote, en la humillación, en la ira.

—¿Eso que acabamos de hacer hacen los esposos, Aitor? —La vocecita de Emanuela lo trajo de nuevo a la realidad de esa celda inmunda que, paradójicamente, guardaría el recuerdo del mejor momento de su vida, cuando su Jasy le había confesado que él le hacía sentir lo que ningún otro, «cosquillas en el estómago».

—Eso y mucho más, amor mío.

—¿Más? —Él asintió—. Cuéntame.

—No estás lista aún, Jasy. ¿Te gustó el beso?

—Sí —admitió, y bajó las pestañas de nuevo, avergonzada—. Me gustaría que

volvieses a besarme, si es posible.

No, no era posible si quería guardar la compostura. ¿Cómo negarle algo a ella? ¿Cómo negarle un beso después de haber deseado devorar su boca durante tantos años?

—Sí, amor mío, es posible. Pero no te asustes.

—No lo haré. Te lo prometo.

Descendió sobre su boca con lentitud y de nuevo se posó sobre ella con la gentileza de una mariposa sobre una flor. La esponjosidad de sus labios volvió a sorprenderlo, pues si bien los había imaginado tantas veces en la selva, mientras se masturbaba, le resultaron mucho más suaves, succulentos, dulces, mórbidos, y se trató de una revelación impactante pensar que solo le pertenecían a él, de que nadie los había probado antes y que nadie jamás los probaría; ese derecho lo ostentaba solo él. Sin darse cuenta, dominado por la felicidad y el deseo, profundizó el beso; sus labios abandonaron el simple contacto y devoraron los de ella. Entonces, cometió el error de pensar que un día le rodearían el pene y lo succionarían. Detuvo el movimiento de la boca, que se tensó sobre la de ella, apretó los párpados, hundió los dedos en la carne delgada que sostenía entre sus brazos y respiró con dificultad. Domar su erección se volvió una empresa condenada al fracaso cuando los dedos de Emanuela le rozaron el cuello y se cerraron en torno a su nuca, donde lo presionaron para que continuase.

—No, amor mío, no —jadeó sobre su boca, cuyos labios se separaron para emitir un sollozo, mezcla de vergüenza y decepción, y con el aliento le acarició los de él, húmedos de saliva, y Aitor decidió que no seguiría con esa tortura o la poseería sobre la litera, a ella, a un niña impúber que no sabía nada de nada.

Le retiró la mano de la nuca y se puso de pie. Se alejó hacia el extremo opuesto de la celda, mientras se refregaba la cara e inspiraba para calmar el pulso. La erección se había tornado dolorosa. Necesitaba un momento a solas. Al volverse, la encontró todavía donde la había dejado, sus ojos enormes fijos en él, quieta, con las manos tomadas bajo el mentón y una expresión de desconsuelo. Se aproximó en dos zancadas y la cobijó en su abrazo.

—¿Te toqué las heridas de la espalda? —se angustió—. ¿Te hice daño?

—No, no, no me hiciste daño, al contrario, me hiciste feliz, *muy* feliz, pero, ¿sabes, Jasy? Te amo tanto que me cuesta controlar lo que me haces sentir. Te deseo como nunca he deseado a nadie, y querría que hiciéramos cosas para las que no estás preparada. Por eso me aparto, porque no quiero forzarte, no quiero hacer algo de lo cual me arrepienta, no quiero asustarte, amor mío.

—Está bien. Pero ¿me aseguras que no te hice daño?

—Te lo aseguro, Jasy.

Bajó la vista y se estrujó las manos antes de preguntar:

—Aitor, ¿beso bien?

Atajó la carcajada antes de que escapase. No habría reído para burlarse, sino movido por la infinita ternura que ella le inspiraba. Le inspiraba tantos sentimientos, opuestos a veces. Le costaba entender que estuviese padeciendo esa calentura, que solo ella era capaz de causarle y que le pesaba entre las piernas, y, al mismo tiempo, sentir dulzura y deseos de acunarla como a un bebé. Le sujetó el rostro con las manos y la obligó a levantarlo; ella, de todos modos, le mezquinó los ojos y los mantuvo ocultos tras las pestañas.

—Mírame, Jasy. —Le obedeció—. Tu beso ha sido hermoso para mí. ¿Lo ha sido para ti? —Ella asintió con agitaciones rápidas y gesto de fascinación—. Gracias por habérmelo dado, amor mío. —La sonrisa de ella lo impulsó a sonreír a él también—. Ahora necesito que salgas un momento. Tengo que... usar eso. —Señaló el balde que Javier había enjuagado por orden de Emanuela.

—Está bien.

—Quédate junto a la puerta. No tardaré. No te alejes de allí.

—Está bien.

Le llevó apenas unos segundos alcanzar el alivio. Con el antebrazo izquierdo apoyado en la pared y la frente sobre este, se sobó con fricciones veloces, mientras volvía a fantasear con la boca de Emanuela en torno a su miembro erecto. Se mordió la carne mientras su simiente saltaba en chorros intermitentes en el balde. Se limpió el exceso con un lienzo, el que habían usado para envolver la vasija del guiso, y echó agua limpia para diluir el semen. Abrió la puerta y la atrajo hacia él con un tirón brusco. Emanuela cayó sobre su pecho, donde él la aplastó sin misericordia.

—Jasy, Jasy —susurraba con ardor, los labios pegados a la columna de su cuello, justo debajo de la oreja. A pesar del hedor de la celda, el perfume de ella perseveraba en ese lugar secreto. ¿Cómo sería el aroma entre sus piernas?

—¿Estás bien? —Se rebulló y buscó distanciarse. Le tocó la frente con actitud experta—. No tienes fiebre —anunció, con una sonrisa.

—No, ya no. Tú eres mi mejor medicina.

—Me gustaría que te recostases. No entiendo cómo puedes estar de pie. ¿No te duele la espalda?

—No.

—Acuéstate igualmente, por favor. Necesitas descansar.

—Tú también.

Emanuela lo tomó de las manos y, con una mirada y una sonrisa que lo aturdieron, caminó hacia atrás para guiarlo a la litera.

—Acuéstate —le ordenó, y él la complació con actitud sumisa.

Emanuela se arrodilló sobre el jergón, a la altura de la espalda de Aitor, y no se movió, ni pronunció sonido durante largos minutos. Al cabo, él experimentó una sensación cálida entre los omóplatos, que se expandió hacia arriba, hacia abajo y

hacia los costados. Soltó un suspiro y se relajó. Quería observarla, pero no se atrevía a moverse por temor a romper la armonía que lo acunaba como agua tibia y fragante. Jasy estaba con él, encerrada en esa celda, lo había protegido con su cuerpo de los latigazos y lo había defendido con la fiereza de un yaguareté, lo había curado, le había prometido que sería su esposa y ahora le regalaba su don, ese que poseía desde pequeña y que la convertía en una santa. Pues esa santa era de él, y solo él le hacía sentir cosquillas en el estómago, y solo él la besaba en los labios y ella disfrutaba. El amor que Jasy le profesaba, a él, al luisón del pueblo, a la criatura de alma negra, era su tesoro más preciado. El amor de Jasy era su orgullo.

Lo sorprendió cuando se inclinó sobre su mejilla y lo besó, no una vez, sino varias veces, pequeños besos depositados en su mejilla y en el filo de la mandíbula, y en la sien, y en el costado de la nariz. De modo mecánico, cerró los ojos y entreabrió los labios. La calma lograda al aliviarse era aniquilada por una simple ringlera de besos, y, cuando ella le besó la oreja y le susurró: «Te amo, Aitor. Te amo más que a mi vida», su pene se encabritó con bríos renovados. Por mucho que hubiese decidido apartarse de Olivia, tendría que recurrir a ella. Era insensato volver al monte con esa calentura. La aplacaba o terminaría por asestarse un hachazo en la pierna.

CAPÍTULO XII

Cada tanto, Ursus aceptaba las continuas invitaciones de doña Florbela. Montaba su caballo y se dirigía a *Orembae* para almorzar y pasar las primeras horas de la tarde. No le gustaba alejarse de la doctrina; no obstante, juzgaba que era de buen cristiano mantener relaciones amistosas con los vecinos, sobre todo con uno que había resultado tan problemático en el pasado.

Un indiecito le recibía la montura y otro lo acompañaba a la casa, una soberbia construcción, más sólida que vistosa, que, tras un muro enjalbegado de una vara de grosor, encerraba unos jardines que la señora de la estancia conservaba con primor. La costumbre marcaba que primero lo condujesen al despacho del patrón, donde Vespaciano de Amaral y Medeiros lo invitaba con un aperitivo —por lo general un vino de Jerez, el cual, Ursus no tenía duda, provenía del contrabando—, que saboreaban mientras conversaban sobre la realidad política.

—Las cosas parecen haberse aquietado un poco para la Compañía de Jesús desde que el rey Felipe (Dios lo tenga en su gloria) emitió esa famosa cédula, la Cédula Grande, como la llamáis vosotros.

—Solo un poco —concedió Ursus.

—¿La orden sigue enfrentando dificultades?

—Nuestros enemigos no desaparecieron con la Cédula Grande, y tú lo sabes bien, Vespaciano. —Lo miró sobre el borde del vaso con intención—. La Compañía de Jesús sigue molestando a los encomenderos y a los comerciantes del Paraguay. Las cosas no son fáciles en la corte de Madrid tampoco.

—Sí, sí —concedió, con aire ausente—. Dime, Ursus, ¿cómo se encuentra Aitor?

Aunque se había acostumbrado a la pregunta —incluso a que lo llamara simplemente Aitor—, al jesuita lo desconcertaba el interés del estanciero por un pobre indio de su misión, más allá de que se tratase del que le había birlado una india encomendada. De todos modos, no advertía resentimiento, ni enojo en el tono de Amaral y Medeiros, más bien genuino interés por el desarrollo del muchacho. También había notado que lo mencionaba o preguntaba por su bienestar en esa instancia en que permanecían a solas, jamás en presencia de la familia.

—Aitor —masculló Ursus y se removió en la silla—. He debido mandarlo azotar tres semanas atrás —dijo, y soltó un suspiro; aún le pesaba todo aquel asunto, y después de tanto tiempo, su adorada Manú lo trataba con fría deferencia.

—¿Por qué?

De nuevo lo desorientó la reacción del estanciero, que estuvo a punto de saltar en la butaca de cuero. Se incorporó y aferró el borde del escritorio.

—Por una pelea. Le desfiguró el rostro a su sobrino.

—¿A un niño?

—No —admitió el sacerdote—. Laurencio, el sobrino de Aitor, es solo dos años menor que él.

—Un asunto de faldas, estoy seguro —declaró, con orgullo evidente.

—Lo dudo —disintió, y no profundizó más allá, reacio a compartir con Amaral y Medeiros la historia de Aitor, de la supuesta maldición que lo perseguía desde el día de su nacimiento, ni los hallazgos de animales descorazonados que, cada tanto, cuando había luna llena, suscitaban el pánico y alimentaban la leyenda.

—¿Sigue trabajando como aserrador?

—Sí, y es un trabajador excelente. Muy cumplido y responsable.

—¡Ja! Lo sabía. Por eso lo quería para mí.

—Ni lo sueñes, Vespaciano.

—¿Un hombre no puede soñar sin que lo condenen?

En ocasiones, su anfitrión lo dejaba sin palabras, a él, un jesuita, famosos por el don de la retórica.

—¿No se ha casado?

—No.

—Extraño —consideró el estanciero—. Cuando lo vi en aquella oportunidad era un recio ejemplar de macho. ¡Un verdadero zagalón! De excelente textura, bien formado, con facciones toscas, sí, como lo son las de estas gentes, pero para nada desagradables. Me resulta increíble que no haya formado una familia. ¿Qué edad tiene? El 2 de abril hará los dieciocho, ¿verdad?

—Ahora me sorprendo yo, Vespaciano. ¿Cómo es que recuerdas el natalicio de Aitor? —Amaral y Medeiros no comentó al respecto, y Ursus prosiguió—: Sí, el 2 de abril hará los dieciocho.

—¿Por qué no se ha casado aún? Debe de existir alguna razón. Sé que tú y él son como padre e hijo. ¿Qué sabes?

—A veces, estimado Vespaciano, la relación más cercana entre dos personas, la de padre e hijo, es la más distante. Uno no suele confiarle al padre los asuntos del corazón. Menos que menos Aitor.

—¿Por qué menos que menos Aitor?

—Porque es un solitario nato, que se guarda todo para él y que no siente la necesidad de compartir sus problemas con nadie.

—¡Magnífico! Un verdadero macho, como me lo imaginaba. Pero tienes razón, Ursus, los hijos y los padres suelen ser muy cercanos en vano. Mira a mi hijo Lope, una gallina.

—Por favor, Vespaciano, no hables así de tu único hijo. Es un muchacho de un corazón de oro, gentil y refinado.

—¿Para qué quiero un hijo gentil y refinado cuando lo necesito para lidiar con peones brutos e indios indolentes?

—Tal vez deberías meditar la posibilidad de que Lope quiera dedicarse a otra actividad, tal vez al arte. Sé que le gusta la poesía.

—¡Sobre mi cadáver! Puedo soportar cualquier cosa, Ursus, menos un hijo manflorón. Pero dime, ¿por qué crees que Aitor no se ha casado?

Explicarle que ninguna mujer de la misión lo pediría en matrimonio porque le temían como a la viruela resultaba impensable.

—Se lo pasa en el monte, aserrando, y está muy poco en el pueblo. No tiene tiempo de hacer amistades, ni de que las muchachas lo conozcan.

—Mmmm... —masculló el hombre, mientras se acariciaba el mentón.

Adeltú llamó a la puerta y entró. Incluyó la cabeza en señal de respeto y anunció que el almuerzo estaba por ser servido. Amaral y Medeiros lo despidió con un ademán de mano y se echó al colete el último trago de vino.

—Vamos, Ursus. No hagamos esperar a las damas.

—¿Cómo se encuentra doña Florbela?

Amaral y Medeiros agitó la cabeza y frunció la nariz.

—Muy desmejorada, Ursus, muy desmejorada. No sé qué hacer. En breve, partiremos hacia Buenos Aires. Quiero que la vea su físico.

—¿Tienes dónde hospedarte allí? Cuentas con la casa de mis padres, que te recibirían con los brazos abiertos si les avisase que tú y doña Florbela irían.

—¡Ursus, me siento honrado con tu oferta! —exclamó el hombre, con sincera sorpresa y satisfacción—. Aprecio tu ofrecimiento. Y te lo agradezco. De igual modo, mantengo casa en la ciudad. Mis negocios me llevan de continuo hacia el Río de la Plata.

La conversación se cortó cuando ingresaron en el comedor. Con el primer vistazo, captó a doña Florbela en el estrado, inmaculada en un vestido de bombasí verde claro, con un recamado de aljófar en la bata de cotilla que hablaba de la riqueza de los Amaral y Medeiros. Su esposo no había exagerado al aseverar que estaba muy desmejorada. Lucía pálida y empequeñecida contra el respaldo de guadamecí de su silleta de enea. Doña Nicolasa abandonó su silla para verdugado y, con gesto de gravedad, se digirió hacia su amiga y anfitriona y, con solícita actitud, la ayudó a levantarse. Ursus observó que llevaba un vestido con corpiño de seda azul que debía de costar una fortuna y por el cual asomaban sus pechos opulentos. Así como Florbela personificaba la debilidad, Nicolasa de Calatrava exudaba frescura y salud. La joven Ginebra, cuya belleza hubiese resultado palmaria aun cubierta por arrapiezos y no con el brocado de hilos de oro, bastante inadecuado para un clima como el del Paraguay, también se puso de pie y, con la misma actitud servicial de la madre, tomó del brazo a su «tía» y la ayudó a bajar del estrado. Los chapines

crujieron sobre los tablones cubiertos con esteras de güembé, de manufactura de la misión. Florbela los había comprado años atrás, antes del conflicto limítrofe.

Ursus aceptó las reverencias con que las mujeres reconocieron la jerarquía otorgada por sus investiduras talares y ofreció el brazo a la dueña de casa donde esta apenas apoyó sus dedos para dejarse guiar hasta el comedor. Amaral y Medeiros hizo lo propio con doña Nicolasa. Apareció Lope, que sonrió con timidez mientras se acomodaba el lazo y se estiraba el jubón, sin darse cuenta de que manchaba con tinta el fino tejido. El padre le lanzó un vistazo reprobatorio, que hizo estremecer al joven; la madre lo contempló con permisivo cariño.

Los sirvientes se presentaron con bandejas de plata cargadas con manjares, como de costumbre, que distribuyeron a lo largo de la mesa.

—¿Así que pensáis partir hacia Buenos Aires, doña Florbela? —comentó Ursus.

—Sí, padre. Mi señor cree que sería prudente visitar a mi físico, el doctor Murguía. He sentido algunos malestares últimamente.

—Siempre podéis consultar al doctor van Suerk, el segundo en la doctrina. Es un gran médico.

—Os agradezco, padre. Es un ofrecimiento muy generoso. Pero el doctor Murguía me conoce desde antes de que naciese Lope y a él no tengo que explicarle nada.

—Pero es que Buenos Aires queda tan distante...

—Viajaremos en mi barco —intervino Amaral y Medeiros—. Con viento a favor, en pocos días, estaremos en el Puerto de Santa María del Buen Ayre.

—Padre, si deseáis escribir a vuestra familia, con gusto llevaré las misivas yo misma y las entregaré en mano.

—Se agradece, señora —contestó Ursus, en verdad interesado—. Es tan difícil que las cartas lleguen a buen puerto. La mayoría se pierde. Espero que pronto se oficialice el correo real en estas tierras, aunque lo veo difícil. Parece que Dios y el rey se han olvidado de que existimos.

—Nosotros partiremos en una semana, padre. Hacedme llegar vuestras misivas y, como os he dicho, las entregaré en mano.

—¿Acompañarás a tus padres, Lope?

—No, padre.

—Lope se quedará al frente de la estancia —apuntó Amaral y Medeiros, y Ursus fue testigo de la mirada severa del padre y de cómo empalideció el semblante del hijo.

—Pero nos acompañarán las queridas Nicolasa y Ginebra. —Florbela sonrió en dirección de las mujeres—. Además de visitar a mi físico, iremos de compras. Quiero que Ginebra tenga el mejor de los ajuares. También compraremos el género para su vestido de bodas.

Ursus recordó los planes de bodas para Ginebra y Lope, un asunto en el que, a juzgar por la mueca desolada del muchacho, no tenían ni voz ni voto. Se había decidido años atrás, cuando eran pequeños. ¿Sería Lope un manflorón, como temía su padre? Porque a Ursus le costaba entender que no se mostrase ansioso por desposar a una joven tan magnífica como Ginebra, con sus pesados bucles negros, un rostro ovalado que terminaba en una perilla respingona, que le acentuaba el aire juguetón e infantil, y una frente amplia que le otorgaba nobleza al conjunto. No obstante, sus ojos negros, vivaces y despiertos, a veces lo intimidaban, a él, a un sacerdote hecho y derecho, no en un sentido procaz o lujurioso, sino porque parecían esconder un gran secreto. Tal vez estuviese desvariando. Más allá de eso, la joven era una beldad, de esas que todos admiraban, hombres y mujeres por igual, y de la cual se decía que, además de belleza, tenía salero.

—¿Cuándo será la boda? —preguntó adrede, y estudió la reacción de los futuros esposos.

La palidez de Lope se acentuó. El semblante de Ginebra no se inmutó, no reveló nada, y eso fue suficiente para que Ursus confirmase su sospecha: la joven ocultaba una verdad. Él era su confesor; tal vez conseguiría hacerla hablar. También lo era de Lope, pero el muchacho se ponía tan nervioso que comenzaba a tartamudear dificultando el proceso hasta tal punto que el jesuita se apiadaba y lo absolvía sin más.

—Cuando regresemos de Buenos Aires con el ajuar de Ginebrita, fijaremos la fecha, padre —contestó Florbela—. Celebraremos la ceremonia en la capilla de la estancia, que la hizo consagrar mi suegra tantos años atrás. Y esperamos que sea vuesa merced quien la presida, si eso es posible, padre. Sería un honor —añadió, de pronto tímida.

—El honor será todo mío, señora, os aseguro. Avisadme con tiempo y aquí estaré para unir en matrimonio a estos dos jóvenes. —Dirigió la mirada hacia doña Nicolasa, que estaba hecha unas pascuas—. ¿Qué novedades habéis tenido de la suerte de vuestro esposo, señora?

La sonrisa de la mujer se esfumó como por arte de magia. Ursus miró de soslayo a Ginebra, que, a la mención de su padre, siguió comiendo como si nada.

—Ninguna, padre. Mi pobre Hernando continúa preso en Lima. La última carta que recibimos es de ocho meses atrás. En ella me decía que el pedido de revisión de su causa había sido rechazado por la Audiencia de Charcas.

—¿Hace cuánto que se encuentra en prisión?

—Van para catorce años.

«¡Catorce años!», se escandalizó el sacerdote. El coronel Hernando de Calatrava no era santo de su devoción. De hecho, había participado activamente en las revueltas comuneras que tantos dolores de cabeza les habían propiciado a la Compañía de

Jesús. Igualmente, juzgaba excesiva la pena.

—Escribiré al provincial de la orden exponiéndole el caso de su esposo, doña Nicolasa. Seguramente, el provincial le escribirá al virrey del Perú para pedirle misericordia.

—Gracias, padre Ursus —farfulló la mujer, y el jesuita no supo si lucía desilusionada o emocionada.

* * *

Cuando pensó que había aserrado el último árbol, Aitor se preguntó por qué no caía. Se hizo sombra con la mano y se dio cuenta, demasiado tarde, de que a más de treinta varas de altura, sus ramas se enredaban con las de un árbol vecino. Insultó entre dientes. Se trepó deprisa en el vecino, impulsado por la rabia y las ganas de volver a la doctrina, a Emanuela. Ansiaba el reencuentro, que sería distinto de los anteriores, porque en esa ocasión ella lo recibiría por primera vez como a su futuro esposo. El pensamiento lo distrajo y se resbaló. Atinó a manotear una liana. Se balanceó en el vacío durante largos segundos. Respiró con dificultad, en parte por el esfuerzo, en parte por lo cerca que había estado de romperse la crisma y morir en el suelo mullido y oloroso de la selva lejos de su adorada Jasy. La imagen le provocó un estremecimiento porque se dio cuenta de que no le temía a la muerte, sino a no volver a verla. Con un envión, se lanzó hacia delante y aterrizó en una rama de sólida prestancia. Continuó ascendiendo, con más juicio ahora, hasta alcanzar la copa, donde los rayos de sol le calentaron la piel.

El magnífico ejemplar de grapia que acababa de aserrar y para el cual necesitaría una yunta de bueyes, se había entrelazado con el timbó que crecía a pocas varas. Estudió la situación, pues no terminaría de cortar el timbó para enterarse de que también se había enredado con el árbol siguiente. Afortunadamente, el timbó había estrechado lazos solo con la grapia, y una vez que lo aserrase, caerían los dos gigantes. Sí, definitivamente necesitaría la yunta. Con dos ejemplares de esa talla se daría por servido y, por un tiempo, permanecería en la misión con Jasy. El nuevo vínculo que los unía, el que había superado la edad de la inocencia, la idea de los hermanos y del amor casto, lo intrigaba. Anhelaba verla desempeñarse como una novia solícita. Quería verla nerviosa y tímida. Quería verla dispuesta y excitada. Quería verla en todas las formas posibles. No habían compartido mucho tiempo después de que él salió de la cárcel. Con las heridas de su espalda prácticamente curadas —no por acción del bálsamo de copaiba, se recordó—, volvió al monte. No tenía ganas de cruzarse con el *pa'i* Ursus, ni con su sobrino Laurencio, ni con su hermano Bartolomé, menos que menos con Laurencio abuelo. Temía acabar a las trompadas de nuevo y, por ende, en el rollo, lo cual causaría una profunda pena a su

Jasy. Haberla expuesto a aquel martirio le había dolido más que los cuarenta y cinco cueros que el pérfido de Javier le había propinado.

Acabó de aserrar el timbó y, como había supuesto, cayó junto con la grapia. Antes de ir por la yunta, divisó un palmito. Le estudió la corteza y la altura y se dijo que estaba a punto. Aunque con los brazos entumecidos, decidió cortarlo para extraer el corazón tierno y jugoso. A Jasy le encantaba el cogollo de palmito, y preparaba un encurtido que conservaba en vasijas y que servía en ocasiones especiales.

* * *

Entró en el pueblo con un mal presentimiento. Traía los palmitos en el morral, envueltos en hojas de banano, y se convenció de que las ansias se debían a que deseaba ver la alegría de Jasy cuando se los entregase. A medida que avanzaba por la avenida principal en dirección a su casa, las pulsaciones se le aceleraban. Trotó el último trecho, ajeno a las miradas de soslayo que le lanzaban. Avistó a Bruno en la enramada, que luchaba con Miní, un juego que ambos disfrutaban. Timbé, con Kuarahy en el lomo, se levantó pesadamente y arrastró su pata de palo para salir a recibirlo. Los palmeó a los dos con aire ausente, mientras echaba un vistazo dentro de la casa; estaba vacía, como había supuesto. Saite y Libertad faltaban de sus alcándaras. Deseó que estuviesen con ella y no de cacería; se sentía tranquilo cuando las aves rapaces la custodiaban.

—¡Ey, Bruno!

El chico y el carayá detuvieron la lidia.

—¡Aitor! ¿Acabas de llegar?

—¿Dónde está Emanuela? —Bruno se rascó la coronilla y frunció la nariz, y Aitor se impacientó—. ¿Dónde, Bruno?

—En lo de mi *pa'i* Ursus, creo, tomando sus clases para ser española.

No, era demasiado tarde; el sol languidecía en el cielo. A esa hora, Emanuela siempre estaba de regreso.

—Y mi *sy*, ¿dónde está?

—Trabajando en el *tupâmba'e*.

Arrojó el morral en la enramada y, sin muchas esperanzas, se encaminó hacia la casa de los padres; en realidad, corrió a la casa de los padres. Le abrió Tarcisio, que levantó apenas las cejas para evidenciar un instante de sorpresa antes de regresar a su parsimonia habitual.

—¿Está Emanuela aquí? —disparó, sin saludar.

—¿Quién es, Tarcisio? —se escuchó la voz del padre Santiago.

—Aitor Ñeenguirú, *pa'i*.

—¡Ey, muchacho! Pasa, pasa. —El jesuita introdujo la péñola en el tintero y

abandonó su sitio en la mesa—. ¡Aitor! Bienvenido.

—Gracias, *pa'i* —dijo, incómodo, sin deseos de entrar. No estaba preparado para enfrentar al padre Ursus todavía, más allá de que era improbable que se lo topase; a esa hora, el sacerdote hacía su ronda por los talleres.

—Acabas de regresar del monte, ¿verdad? Lo digo por lo tupido de tu barba.

—Así es, *pa'i*. Busco a Emanuela —explicó, sin más preámbulos.

—¿No está en tu casa?

Los latidos acelerados de Aitor cobraron un nuevo ritmo, más pausado, aunque más violento, y se convirtieron en una dolorosa puntada en el cuello.

—No. —La palabra brotó de sus labios como una exhalación.

—Tu *pa'i* Ursus la mandó a casa temprano porque no se sentía bien. Estaba muy pálida y alicaída. Debe de estar por enfermar de un constipado.

¿Qué le estaba diciendo ese cura? ¿Que su Jasy no se sentía bien, que estaba pálida y alicaída? ¿Qué sandeces! ¿Si Emanuela jamás enfermaba y lucía sana como un pez! Su gesto debió de ser revelador a juzgar por la mutación que se operó en el del jesuita, que abandonó la ligereza y frunció el entrecejo.

—Tarcisio —ordenó—, corre de inmediato a ver si Manú está en el hospital.

—Sí, *pa'i*.

—Yo iré a buscarla a los talleres. Tal vez decidió acompañar a Ursus, como solía hacer en el pasado, antes de empezar a trabajar en el hospital.

—Y yo iré a lo de mi *taitaru* —propuso Aitor, y se marchó sin más.

Cruzó el jardín de los padres, salió al atrio de la iglesia y, a punto de entrar en la plaza de armas, sus ojos dieron con la torreta del baptisterio. Se detuvo de pronto y se quedó mirándola. Sin lógica, se dirigió hacia allí. Subió los escalones de dos en dos y no le importó que alguien lo avistase en la débil luz del atardecer.

La puerta estaba sin llave. El corazón le dio un vuelco y comenzó a latir con una lentitud dolorosa, como si la sangre se le hubiese espesado en las venas. La descubrió en un rincón después de que se acostumbró a la penumbra. Estaba sentada en el suelo, las piernas recogidas contra el pecho y la cara hundida entre las rodillas. La agitación que le sacudía los hombros le hizo comprender que lloraba. Saite y Libertad se mantenían cerca de ella, pero no la tocaban, como si respetasen su dolor. Un pánico, acendrado, profundo y doloroso, como jamás había experimentado —tal vez se semejaba al del día en que la había herido la raya o cuando lo del ataque de la yarará—, lo paralizó bajo el dintel.

—¡Jasy! —consiguió articular.

La cabeza de Emanuela se disparó hacia arriba y, cuando la niña lo reconoció, emitió un sollozo y se puso de pie. Corrió hacia él. Se abrazaron en el centro de la estancia. Aitor la pegó a su pecho y, por primera vez en su vida, dijo: «Gracias, Tupá». No sabía por qué lloraba, pero tenerla en el refugio que componía su abrazo le

bastaba por el momento.

La condujo al sitio donde solían sentarse, cerca del telescopio, contra la pared. La acomodó entre sus piernas, la espalda de Emanuela en el pecho de él, y la envolvió con sus brazos. Entrelazó las manos con las de ella y la besó en el cuello, donde el pulso se le había disparado. Lo enterneció que intentase calmarse. Se agitaba como una niña, surcada por espasmos y sollozos que no conseguía controlar. Aitor le pasó la mano por la frente y le retiró algunos mechones humedecidos por las lágrimas y el sudor. Le besó la sien, pequeños y pacientes besos que la serenaron.

—¿Qué sucede, amor mío? Dime lo que sea. Díselo a tu Aitor. —Las manos de Emanuela se ajustaron en su antebrazo y él la sintió estremecerse—. Aquí estoy, Jasy. Nada malo te ocurrirá ahora que estoy de regreso. Dime, amor mío, ¿qué sucede? ¿Alguien te ha hecho daño?

Emanuela se giró para enfrentarlo, y Aitor experimentó una opresión en el pecho al descubrir su rostro congestionado, las pestañas aglutinadas y los ojos inyectados. La besó ligeramente en los labios, que estaban calientes y mórbidos después del llanto. El contacto, aunque rápido y sutil, los afectó íntimamente. Se sostuvieron la mirada en silencio.

—Creo que voy a morir, Aitor.

—No —susurró él para protegerse del dolor que lo asaltó en el centro del pecho—. ¿Qué te ha sucedido, Jasy? —atinó a reaccionar—. ¿Por qué dices que...?

—Hace dos días —habló ella, con la voz tomada— me desperté con una molestia extraña aquí. —Apoyó la mano en el bajo vientre y de inmediato Aitor la cubrió con la de él—. No le di importancia, pensé que tal vez la comida me había caído mal. Después, cerca del mediodía, sentí que un líquido caliente me escurría entre las piernas. Fui a los baños y me levanté el vestido en la letrina y... —Ahogó un lamento, sacudió la cabeza y apretó los ojos.

—¿Qué viste, Jasy? Dímelo.

—¡Sangre, Aitor! Me salía sangre de entre las piernas. No puedo ver por dónde sale. Pero sale y sale, y desde hace dos días no deja de salir. No sé qué hacer. ¡No quiero morir, no quiero!

—¡No vas a morir, amor mío! —La besó en la mejilla húmeda—. No vas a morir. Tranquila, Jasy. No es nada, te lo aseguro. No quiero que te atormentes más.

—¿Cómo puedes estar seguro de que no es nada? ¡Estoy sangrando! En este momento, siento cómo me brota la sangre.

—¿Mi sy nunca te habló del sangrado o de la regla?

—No —farfulló—. ¿Qué es eso?

Aitor apretó las mandíbulas para sofrenar la ira que le infló el pecho. Sostendría una seria conversación con Malbalá, y con su abuela también. ¿Cómo diantres se les había olvidado mencionarle algo tan vital? La pobre niña había padecido una tortura

durante dos días, dos días en los que él se lo había pasado lejos, en el monte, sin socorrerla, ni aliviarle la pena.

—¿No le contaste a mi *sy* o mi *jarýi* acerca de esto? —Emanuela negó con la cabeza—. ¿Por qué, Jasy? Si yo no estoy, tienes que recurrir a ellas.

—No me atrevía.

—¿Por qué? Siempre has estado muy apegada a ellas.

—No quería que me dijese que iba a morir. —Se giró inesperadamente y se abrazó a él; hundió el rostro en la curva que formaban su cuello y su hombro antes de confesar—: ¡No quiero morir, Aitor! ¡Tengo tantos deseos de ser tu esposa!

Un calambre le atenazó la garganta. Sí, la comprendía. En aquel instante en el monte, cuando su pie dio un paso en falso en lo alto del timbó y casi se precipitó al vacío, él había pensado lo mismo: no quería morir porque no quería que acabasen sus sueños junto a Jasy. La besó en la coronilla y le acarició la espalda, y, una vez que comprobó que el bulto en la garganta se le había disuelto, le susurró palabras de amor.

—Te amo, Jasy. Eres mi vida. No sería un hombre completo si tú no me amases. Te amo como nunca amé, ni amaré a nadie. Eres mi amor y mi orgullo, y mi alegría y mi luz.

Emanuela emergió del refugio de su cuello y se pasó el dorso de la mano por los ojos en un gesto añorado que arrancó una risa ahogada a Aitor.

—¿No voy a morir, Aitor?

—No, amor mío. —Volvió a besarla en los labios con delicadeza—. Lo que está sucediéndote es algo que le sucede a todas las mujeres. Es el sangrado que se da una vez cada ciclo de luna. Dentro de veintiocho días volverás a sangrar.

—¡De nuevo! —se descorazonó, y Aitor le encerró la cara con las manos y la besó, con más pasión esta vez, movido por un espíritu entre divertido, risueño y un poco excitado. Su Jasy ya era mujer.

—Sí, de nuevo. Y de nuevo y de nuevo, hasta que seas vieja como mi *jarýi*. Entonces, dejarás de sangrar.

Emanuela se lo quedó mirando con el gesto de quien está sometiendo el tema a una profunda reflexión.

—¿Todas las mujeres sangramos?

—Todas.

—¿Por qué?

—Es la señal de que te has convertido en mujer y de que puedes casarte.

—¿Porque sangro me convertí en mujer?

—Sí.

—¿Ahora puedo casarme contigo?

—Sí.

—¿Por qué ahora? ¿Por qué había que esperar a que sangrase?

—Porque la sangre dice que estás madura y que podrás darme hijos.

Era adorable cuando abría grandes los ojos y separaba apenas los labios en una mueca de turbación y sorpresa. Aitor contuvo las ansias de recostarla en el piso y de besarla hasta quitarle el aliento.

—¿Antes no podía dártelos?

—Antes del sangrado, no.

—Entonces, ahora que he sangrado y después de que nos casemos, ¿Tupá pondrá un niño en mi vientre?

—No, Tupá no. Yo te lo pondré en el vientre.

—¿Tú? —No la asustaba, ni la repelía la idea; solo había asombro en su expresión y en su acento.

—Sí, amor mío, yo.

Aitor meditó que habría sido sensato encargar la explicación a su abuela o a su madre, porque con solo haber declarado: «Yo te lo pondré en el vientre», su pene se había encabritado. Desechó la posibilidad y se reprochó ser un cobarde y un flojo, incapaz de controlar sus apetitos. ¿Quién mejor que él, su futuro esposo, para iniciarla en los misterios del amor? Se trataba de un momento íntimo y sublime, que por nada cedería a otro.

—¿Cómo harás para ponerlo ahí?

«¿Cómo haré?», se dijo, de nuevo acobardado. ¿Cómo explicarle sin espantarla?

—Siéntate. —Ella lo hizo delante de él, entre sus piernas, que él separó para darle espacio—. Dame las manos. —Se las extendió, y él se inclinó para besárselas—. Lo que voy a explicarte es algo bueno y maravilloso, pero tal vez te confunda un poco al principio y te haga sentir rara. ¿Prometes que confiarás en mí y que no te asustarás? Tal vez te sentirías más a gusto si fuese mi *sy* o mi *jarýi* quien te lo explicase, pero quiero ser yo, Jasy, porque esto será lo que compartiremos durante el resto de nuestras vidas, algo que nos hará muy felices, algo muy nuestro, solamente nuestro y de nadie más. ¿Prometes que no te asustarás?

—Sí, lo prometo.

—Me dijiste que estás sangrando entre las piernas, pero que no sabes por dónde sale la sangre. Pues sale por un orificio que es el mismo por donde salen los niños cuando nacen.

—No es posible, Aitor. Tengo la impresión de que es muy pequeño.

—No sé bien cómo es la cuestión cuando nacen los niños, pero entiendo que ese orificio, que es muy pequeño ahora, se ensancha.

—Oh.

—¿Acaso nunca asististe a un parto en el hospital? —Emanuela agitó la cabeza para negar—. Ya veo. Pues por ese orificio, yo entraré en tu cuerpo y pondré algo allí

dentro, que se convertirá en un bebé con el tiempo. —Aitor se preguntó qué imágenes estarían saltándole en la mente para provocarle ese gesto de estupefacción—. ¿Jasy? ¿Qué ocurre? No temas. Pregúntame lo que desees.

—¿Cómo entrarás en mi cuerpo? ¿Entrarás todo dentro de mí?

—No, amor mío —dijo, y contuvo las ganas de reír y de abrazarla—. Solo una pequeña parte mía entrará dentro de ti.

—¿Cuál parte, Aitor?

—Una que tengo aquí. —Posó la mano entre sus piernas, y Emanuela elevó las cejas y se cubrió la boca.

—Esa —susurró.

—¿Cómo *esa*? ¿Acaso la conoces? —Hacía años que Bruno y ella no se bañaban desnudos en el arroyo; él se había ocupado de acabar con esa costumbre. ¿Todavía se acordaría del miembro de su hermano menor?—. ¿Jasy? —se impacientó.

Le descubrió un rubor a la luz anaranjada del atardecer, que también le arrancaba destellos al bronce del telescopio y que confería una tonalidad verdosa a los ojos de Emanuela. Por un instante, se quedó perdido en la belleza de su mirada, hasta que cayó en la cuenta de que ella sonreía con aire travieso. Insistió:

—¿A quién le has visto el *tembo*?

—¿Tembo? ¿Así se llama?

—Sí. ¿A quién se lo has visto? —insistió, al borde del enojo.

—A ti —susurró, simulando concentración en sus manos entrelazadas.

—¿A mí? ¿Cuándo?

—Un día dijiste que irías al arroyo a bañarte y te seguí.

—¡Jasy! —La aferró por las muñecas y, mientras reía a carcajadas, la ubicó de nuevo contra su torso. La encerró en un abrazo posesivo, de donde le hubiese gustado que nunca saliese—. Conque espiándome, ¿eh? —Le apartó la trenza, le olisqueó el cuello y se lo besó.

—Sí, lo siento. Hice mal, ¿verdad?

—Sí y no. No está mal que hayas querido verme desnudo. Eso me gusta. Me gusta mucho. Sí está mal que fueses sola hasta el arroyo. ¿Y si te ocurría algo, mi Jasy? Nadie sabía que habías escapado y que estabas allí, escondida, espiándome.

—Hubiese gritado y tú habrías acudido en mi ayuda, como la vez que salvaste a Olivia.

Ese nombre en esa conversación le causó un profundo malestar, como cuando un alimento no le sentaba bien al estómago.

—Cuéntame qué viste ese día —pidió para distraerla—, mientras me bañaba.

—Ya lo sabes —dijo, de pronto vergonzosa—. Vi tu... *tembo*. Te enjuagabas el cabello en nuestra cascada y pude verlo muy bien.

—¿Y? ¿Qué opinas?

—Es... extraño. Había visto el de algunos animales; el de Miní y el de un caballo en una ocasión en que mi *pa'i* nos llevó al potrero porque había nacido un potrito. Bruno me lo señaló. Pero el tuyo... es... distinto. —Permaneció callada, la vista perdida en un punto indefinido, y Aitor prefirió no interrumpir sus cavilaciones—. ¿Aitor? —se volvió para hablarle, y sus bocas quedaron a escasas pulgadas.

—Mmmm...

—¿Me dolerá cuando entres dentro de mí?

Sí, definitivamente había sido una mala idea iniciar esa conversación. Estaba costándole sofrenar el demonio que se alzaba dentro de él y que lo invitaba a acariciarle los pequeños senos que despuntaban bajo el algodón del tipoy.

—Sí, la primera vez, sí. Un poco. —Al menos, eso le había asegurado Olivia, que la primera vez era dolorosa—. Después no, Jasy. Después —le susurró al oído—, gozaremos de la dicha más grande, amor mío. Ya lo verás. Tú y yo, tan juntos que seremos uno solo.

—Como si hiciéramos un nuevo pacto de amor eterno.

Lo emocionó la comparación, y la inocencia con que lo había expresado, que, paradójicamente, le agitaba la parte sórdida de sí mismo, esa que quería desnudarla y lamerle la sangre que le brotaba de entre las piernas y hacerla gritar de placer.

—Sí —admitió al fin, con la voz ronca.

—No tengo miedo de que hagamos el nuevo pacto, Aitor. —Le apoyó una mano en la mejilla, que él no afeitaba desde hacía semanas, y lo obligó a volverse para besarlo en la otra. Él la aferró por la mandíbula y le devoró los labios sin templanza, como había soñado tantas veces. Emanuela giró entre sus brazos y él la acomodó en un ángulo que le facilitó el acceso dentro de su boca. Ella se estremeció e intentó apartarse, pero él ajustó el abrazo y la inclinó hasta casi recostarla contra su pecho.

—No temas, amor mío. Recuerda que estás conmigo, con tu Aitor, que se quitaría la vida antes de hacerte daño. Confía en mí, Jasy. ¿Acaso no sientes el amor que te tengo?

La resistencia de Emanuela se esfumó y alzó las manos para entrelazarlas en el cuello de él, que emitió un sonido extraño, mezcla de gemido y ronquido. En esa ocasión, ella no se sobresaltó; había comprendido que era su manera de expresarle que le agradaba.

—Abre la boca, Jasy —jadeó él, y su aliento sobre los labios húmedos le erizó los pezones.

Lo obedeció con torpeza, aunque sin vacilar, y su entrega generosa y audaz acabó con la poca prudencia que le quedaba. El beso se tornó voraz, inmisericorde, impaciente, un intercambio de inocencia por lascivia, de pureza por lujuria, de generosidad por mezquindad, un resumen de sus naturalezas que colisionaban en sus bocas, en sus lenguas, en sus alientos, en sus salivas. Aitor nunca alcanzaba

demasiado profundo dentro de ella. El deseo lo había enceguecido, ensordecido, y solo percibía el cuerpo de Emanuela entre sus manos, que se estremecía, y a él no le importaba si de miedo o de placer. Ya no sería capaz de apartarse hasta que tomase de ella lo que necesitaba para apaciguar la bestia que ella misma despertaba. Le acunó un seno, y Emanuela soltó un gemido contra sus labios, que contó con el poder de despabilarlo. Se apartó y le apoyó la boca empapada en la frente. El aliento agitado de Emanuela le golpeaba el mentón, y todavía sentía sus dedos en la nuca, que se aferraban a él como si de eso dependiese su vida.

—Dios mío, Jasy.

Reunió coraje y bajó la vista para mirarla. Su imagen le resultó sobrecogedora, con las pupilas tan dilatadas que sus ojos se habían vuelto negros; los labios entreabiertos, rojos e hinchados, por donde escapaba su aliento, que siempre olía tan bien; los pómulos ruborizados, y en especial la expresión, esa de miedo, estupefacción, amor, deseo, inquietud, recelo, curiosidad. Era la imagen más tentadora que había visto en sus casi dieciocho años, y era toda para él.

—Jasy, mi tesoro —pensó en voz alta—. Este fue nuestro primer beso, amor mío —le explicó, al tiempo que le suavizaba el ceño con el pulgar—. Este fue nuestro primer beso de esposos.

—¿Y los anteriores?

—Eran una preparación para este. Te sentí muy cerca de mí, Jasy. Te sentí muy mía.

—Soy tuya —le recordó, con cierta perplejidad.

—Sí —dijo él, y sonrió—. ¿Te gustó nuestro primer beso?

—Sí. Las cosquillas en el estómago y aquí —apoyó una mano sobre el pecho que él había tocado— y en otras partes eran tan fuertes... Casi insoportables. Sentí... Siento una ansiedad, como si me faltase algo.

—Sí, Jasy, te faltó yo dentro de ti. Entonces te sentirás completa, y esa sensación desaparecerá. Te lo prometo, amor mío.

Se quedaron en silencio, contemplándose con semblantes serios, pero no graves. Emanuela, que permanecía recostada en el regazo de Aitor, elevó la mano y le tocó el hueso de la frente, y le dibujó el diseño peculiar de las cejas triangulares, y le recorrió la cicatriz de la izquierda, y lo obligó a cerrar los ojos al acariciarle los párpados; descendió por la nariz, recta y luego ensanchada en la parte de las fosas nasales, y por fin le alcanzó los labios, y él le atrapó el índice y lo mordisqueó, y ella rio con ese sonido cristalino que a él amansaba.

—Te amo, Jasy. Quiero que nunca lo olvides. Y cuando estés entre mis brazos y yo entre dentro de ti, será como haber alcanzado el *Yvy Marae'y*. —Aitor hablaba de la Tierra sin Mal, el Paraíso de los guaraníes—. Y te besaré como acabo de besarte ahora, y tú me besarás con la misma pasión, y nuestros cuerpos harán de nuevo el

pacto de amor eterno, y lo harán una y otra vez, porque creo que nunca podré saciarme de ti.

—Te amo, Aitor.

—Gracias por amarme, Jasy.

—Gracias por amarme, Aitor. Y gracias por decirme que no voy a morir. —Él sonrió y le besó la frente—. No tenía miedo de morir, solo tenía miedo de no ser tu esposa. Eso era lo que me entristecía, solo eso.

—Oh, Jasy. Amor mío. Perdóname si te he confundido últimamente con todo lo que te he contado y que te he forzado a vivir. Es que... —Emanuela lo acalló tocándole los labios.

—Está bien. Ahora soy mujer. Era preciso que lo supiese para ser una buena esposa.

—Sí, mi mujer y mi esposa. Hace tantos años que espero este momento... Ahora que estoy viviéndolo, me parece que no es verdad.

—Es verdad, Aitor.

—Sí. Es verdad.

Emanuela se cubrió la boca y rio con un gesto travieso.

—¿Qué me ocultas, Jasy? —sonrió él.

—Ahora entiendo tantas cosas.

—¿Qué cosas, amor mío?

—Cuando veía a los animales haciendo bebés...

Aitor soltó una risotada, y Emanuela levantó una ceja, con aire ofendido.

—¿De qué ríes?

—De tu expresión, *haciendo bebés*.

—¿Cómo se dice cuando... bueno, cuando el *tembo* de un hombre entra en una mujer?

—Hacer el amor.

—Hacer el amor... Qué bello.

—Aunque no creo que entre animales se diga de ese modo. Los animales copulan, fornican...

—¿Hacer el amor y fornicar es lo mismo?

—Bueno... No, no es lo mismo. Yo te haría el amor a ti, porque te amo con locura. Si un hombre y una mujer que no se aman, lo hacen solo por el placer, sería copular o fornicar.

—Ah. ¿Hay hombres y mujeres que lo hacen sin amarse?

—Sí. —Evitó mirarla porque la culpa y la vergüenza lo acosaban.

—¿Solo por el placer? ¿Qué placer?

—Se siente algo muy lindo entre las piernas cuando un hombre entra dentro de una mujer. Los dos lo sienten. Y es aún mejor si se aman, como nosotros.

—¿Hacerlo sin amor es pecado? Porque hay un mandamiento que dice: No fornicarás. Yo no sabía qué significaba y mi *pa'i* Ursus siempre me decía: «No cometer actos impuros», pero yo igualmente no entendía de qué hablaba. ¿Es pecado, entonces?

—Eso dicen los *pa'i*, que es pecado.

—Y tú, ¿qué piensas?

Aitor sacudió los hombros.

—Estabas diciéndome que ahora entiendes muchas cosas.

—Sí —retomó ella, de nuevo sonriente—. Una vez, llevamos a Timbé a la porqueriza y había dos chanchos... fornicando o co...

—Copulando.

—Sí, y yo le pregunté a mi *sy* qué estaban haciendo y ¿sabes qué me contestó? Que le rascaba la espalda porque le picaba.

Aitor soltó una carcajada, que contagió a Emanuela, y la risa se intensificó hasta que les brotaron lágrimas. Aitor la apretó contra su pecho movido por la dicha de tenerla. Por tenerla, era el hombre más afortunado que existía. Su felicidad no conocía límite. Fueron calmándose. Aitor la besó en los labios con suavidad, demorándolos para apreciar su morbidez.

—¿Así lo haremos nosotros, Aitor? ¿Como lo hacían los chanchos?

Él montándola por detrás era una imagen en la que no podía demorarse si quería que Emanuela saliese de la torreta con la virginidad intacta.

—Así y de otras formas también.

—¿Cuáles?

—Te lo diré cuando llegue el momento.

—Oh. —Se la veía desilusionada—. ¿Cuándo será eso?

—Cuando seas mi esposa. Entonces, compartiré contigo todo lo que sé y seremos felices.

—¿Cómo sabes tanto de estas cosas? —preguntó sin malicia, ni recelo; él, igualmente, se puso nervioso.

—Porque me lo explicó mi tío Palmiro —contestó deprisa—. No le contaste a nadie que vamos a casarnos, ¿verdad, Jasy?

—A nadie, aunque fue muy duro no contárselo a Bruno. A él siempre le cuento todo.

Aitor pugnó por esconder los celos y acallar su sentido de la posesión, e intentó explicarle de buen modo lo que deseaba, sin que sonara como un mandato.

—Desde que una mujer acepta por esposo a un hombre, ese hombre se convierte en su mejor amigo, y ningún otro puede serlo.

—¿De veras?

—De veras. —Ante la desolación de ella, se apresuró a agregar—: No te exijo

que dejes de ser su hermana, ni su amiga, pero la intimidad que compartías con él ahora es solo mía.

—¿Por qué no quieres contarles a todos que vamos a casarnos?

—Porque tú eres blanca, Jasy, y temo que los *pa'i* no aceptarán nuestro amor. Están prohibidos los matrimonios mixtos en las doctrinas.

—Yo no soy blanca, Aitor —dijo, con timbre caprichoso—. Soy guaraní.

—No, Jasy, eres blanca, eres hija de españoles. Por tus rasgos, es fácil darse cuenta de que no hay sangre india en tus venas. Pero no es eso lo que debe preocuparnos, sino mantener oculto nuestro amor hasta que yo vea cómo resolver la situación. No quiero que te preocupes por nada. Yo me haré cargo de todo. Solo te pido que protejas nuestro amor escondiéndolo.

—Está bien.

—¿Tengo tu palabra?

—Sí, la tienes.

Emanuela echó la cabeza hacia atrás y vio por la tronera que el cielo oscurecía rápidamente.

—Deberíamos volver a casa. Mi *sy* debe de estar preocupada.

Aitor se acordó del padre Santiago, que, de seguro, estaría a punto de perder la cordura cavilando qué había sido de la niña santa.

—Tú ve a casa. Yo iré a lo de los *pa'i* para avisarles que te encontré en lo de mi *taitaru*. ¿Cómo hiciste para entrar en la torreta? —preguntó de pronto.

—Me robé la llave de la casa de los padres.

—Jasy... —Una sonrisa ladeada y seductora le embelleció la expresión.

—Eres hermoso —dijo Emanuela sin pensar, y a él se le oscurecieron los ojos dorados—. Te extrañaba mucho y me sentía muy triste y muy mal. Quería venir a nuestro lugar para sentirme cerca de ti. Por eso me encontraste aquí.

Era tarde, sin mencionar que su erección no necesitaba más estímulo, por lo que besarla otra vez no era una idea juiciosa. Pero ella le miraba la boca con esos ojos grandes que le recordaban a los de un venado, y él no halló la voluntad para resistirla. Además, quería enseñarle que ella también podía jugar con su lengua, con sus labios, con sus dientes, que podía hacerle lo que quisiera, él le pertenecía tanto como ella a él. Inclino la cabeza y descendió hacia su boca, y, antes de que se tocaran, Emanuela lo sorprendió rodeándole la nuca con una mano y atrayéndola hacia ella. Aitor se apoderó de sus labios y soltó el aire por la nariz con una sonoridad que la asustó. Se quedó quieta, concentrada en la presión que ejercía la mano de él sobre su vientre y en la voracidad con que su boca se apoderaba de la de ella. No quería tener miedo, quería aprender, quería conservar cada detalle de ese beso, quería demostrarle cuánto lo amaba.

—Abre tu boca, Jasy —lo escuchó decir— y tócame la lengua con la tuya. —

Como la sintió vacilar, él se apresuró a decir—: Deseo tanto que me toques con tu lengua, donde quieras, amor mío. En cualquier parte. Mi cuerpo es tuyo.

Emanuela levantó los párpados y se encontró con que los ojos de Aitor habían perdido su extraña tonalidad amarilla para volverse de un negro insondable. Él quería que lo tocara con su lengua, y ella quería complacerlo, aunque le diese vergüenza y no supiese cómo proceder. Su mirada, que le comunicaba amor infinito, le dio coraje. Aplicó presión en la nuca de él para acercar sus bocas y, cuando lo tuvo a escasas pulgadas, sacó la lengua y le lamió el labio inferior. Aitor se sacudió como si hubiese recibido la coza de un caballo y se quedó, rígido y acezante, sobre los labios de ella.

—¿Aitor?

¡Mierda! Se había desgraciado de nuevo. Resultaba difícil creer que estuviese viviendo esa humillación por segunda vez. Ella le lamía el labio y él reaccionaba como un novato, sin dominio sobre su pene. Su pene hacía lo que le placía en lo que a Emanuela se refería. Ella lo había sorprendido, se justificó. Su audacia y su inocencia lo habían desarmado.

—Estoy bien, Jasy.

—¿Te dolió?

—No, amor mío, no, todo lo contrario. Tú me haces sentir cosas muy fuertes y mi cuerpo reacciona así, como si me golpease un rayo.

La imagen le trajo a la mente el día del entierro de la madre de Emanuela, cuando un rayo golpeó el árbol del cementerio, y los del pueblo le achacaron el mal agüero a él, un niño de cuatro años. El recuerdo lo ayudó a templar las emociones caóticas.

—Vamos. Ya es tarde. Todos deben de estar preguntándose dónde estás.

—¿Aitor? —La aflicción en su semblante lo alcanzó en el corazón—. ¿Hice algo mal?

—No, amor mío. No has hecho nada mal. Te lo juro, Jasy. Es que los deseos por entrar dentro de ti están volviéndome loco, pero tendré que esperar hasta que nos casemos.

—¿Por qué?

—Porque no quiero mancillarte, Jasy. Quiero que llegues intacta a mis brazos cuando sea tu esposo. No quiero arrastrarte al pecado, ni a nada que te perjudique.

—Entonces, ¿sí es pecado?

—No, contigo nunca sería pecado, pero los *pa'i* dicen que las mujeres decentes lo hacen solo después de casarse. De lo contrario, es pecado. Y sé que si lo hiciéramos antes de casarnos, tú te sentirías culpable y se lo confesarías a mi *pa'i* Ursus y...

—Nunca me sentiría culpable por tenerte dentro de mí.

Aitor se la quedó mirando, y si bien su semblante no reveló lo que pensaba, su espíritu estaba atónito. ¿Era esta la niña que, momentos atrás, no sabía nada acerca del sangrado, ni de cómo se hacían los niños?

—Te amo, Aitor.

—Y yo a ti, Jasy. Vamos —insistió, completamente alborotado, y se puso de pie—. Sal tu primero. Cuídate de que no te vean. Dame la llave.

Emanuela se dirigió al rincón donde había estado llorando y la recogió del piso. Aitor no se movió; estaba incómodo con el producto de su eyaculación entre las piernas.

—Gracias —dijo cuando ella se la entregó, y la besó en la frente—. Ahora ve.

Emanuela se giró para marcharse, y él la atrapó por la muñeca y la atrajo de nuevo hacia la seguridad de su cuerpo. La sonrisa de ella y la pregunta en sus ojos lo mantuvieron en silencio durante algunos segundos.

—Te traje un obsequio de la selva. —La sonrisa de Emanuela se extendió, y su boca pareció ocuparle todo el rostro—. Corazón de palmito.

Se aferró a su cuello y profirió una exclamación alegre, y dio saltitos hasta que se detuvo y lo besó con ligereza en los labios, y él la pegó a su pecho y se preguntó de dónde conjuraría la voluntad para permitirle que saliese de esa torreta y que regresara al mundo que tanto la amaba y que a él lo detestaba.

—¡Gracias, Aitor! Te haré un encurtido exquisito, y podrás llevártelo al monte.

—Es para ti, Jasy. Lo traje para ti.

—Un poco para mí y un poco para ti. Quiero que compartamos todo, Aitor, como los esposos.

—Sí, como los esposos, amor mío. Ahora ve.

—Sí. Saite, Libertad —las llamó, y las aves volaron hacia ella para posarse en sus hombros. Se volvió antes de trasponer la puerta y le sonrió.

Aitor abandonó la torreta minutos después. En tanto cruzaba la plaza en dirección a la casa de los padres, se topó con Olivia. Se miraron de soslayo. No precisaban más que ese intercambio para saber que se encontrarían en la barraca esa noche.

* * *

Después de haber pasado por lo de los padres para explicar que había hallado a Emanuela con Ñezú juntando hierbas y de devolver subrepticamente la llave, Aitor se encaminó hacia su casa. Desde cierta distancia, vio a Malbalá que se inclinaba sobre el fogón y revolvía dentro de una vasija de barro; Laurencio abuelo sorbía un mate con los codos sobre las rodillas y observaba un punto indefinido; Bruno molestaba a Kuarahy, que, ya viejo, lo miraba con indiferencia. ¿Dónde estaba Emanuela? El pánico lo llevó a gritar:

—¡Bruno, ven aquí!

Malbalá y Laurencio se sobresaltaron y aguzaron la vista para distinguirlo en la oscuridad. Bruno corrió hacia él.

—¿Qué?

—¿Dónde está Emanuela?

—Llegó hace un momento. Está en la casa. Dijo que no se sentía bien.

Sonrió, aliviado, y Bruno le destinó un vistazo desconcertado. Su hermano nunca sonreía, a Manú, tal vez, pero a él no.

—¿Han ido al arroyo durante mi ausencia? ¿Se han visto con Lope y Ginebra?

—Yo sí. Manú no.

Volvió a sonreír, y Bruno apretó el ceño.

—¿Por qué Emanuela no?

—Me dijo que no quería desobedecerte. Que tú nos habías dicho que solo contigo podíamos ir.

—Y tú, ¿por qué me desobedeciste? —Aunque lo preguntó de buen modo, Bruno bajó la vista, se estrujó las manos y cambió el peso del cuerpo de un pie al otro.

—Porque tenía muchas ganas de ver a Lope y a Ginebra, y tú te tardabas en volver.

—¿Los viste?

—Sí.

—¿Y? ¿Lope te preguntó por qué no habíamos ido Emanuela y yo?

—Lope preguntó por ella. Por ti, no.

—¿Qué te preguntó?

—Que por qué no había ido.

—¿Solo eso? —Bruno agitó la cabeza para negar—. ¿Qué más? —El buen humor se le estaba esfumando.

—Que quiénes eran sus padres, que por qué vivía en la doctrina, que si era cierto que era una santa. Esas cosas.

—Y tú le respondiste, por supuesto —dijo con agresividad, y el niño dio un paso atrás—. Escúchame bien, Bruno, te prohíbo que vuelvas a encontrarte con ellos. No debes volver a responder preguntas de extraños...

—Pero Lope y Ginebra son nuestros amigos desde hace mucho tiempo.

—Me importa un carajo. —Bruno levantó las cejas, escandalizado por la mala palabra—. No quiero que vuelvas a verlos, ¿está claro? ¿Cómo se te ocurre responder sobre la vida de Emanuela? ¿Quieres que nos la quiten?

—¡No! —contestó, de pronto angustiado—. No —repitió, en un susurro—. No pensé que...

—Deja de hablar de ella. Y si llego a enterarme de que has vuelto al arroyo para encontrarte con Lope y Ginebra, te voy a dejar la jeta como a Laurencio nieto, ¿está claro?

El niño bajó la cabeza y asintió. Aitor se encaminó a la enramada. No miró a Laurencio abuelo cuando pasó a su lado, y este siguió sorbiendo el mate como si

Aitor fuese un fantasma invisible.

—Hola, sy.

—Hola, hijo.

Siempre era igual: si el esposo de su madre estaba cerca, ella se mostraba fría. Aunque debería haberse acostumbrado, el comportamiento de Malbalá lo lastimaba.

—¿Cuándo regresaste?

—Esta tarde.

—¿Dónde estabas?

—Fui a buscar a Emanuela. La encontré sola. Llorando —añadió con intención, y Malbalá apartó la mirada del guiso y la fijó en la de él—. ¿Tú o mi *jarýi* se tomaron la molestia de explicarle que, un día, le llegaría el sangrado?

Aun en la penumbra de la enramada, a duras penas iluminada por la lámpara de aceite, Aitor advirtió la palidez que tornó cenicientas las mejillas de su madre. La mujer negó con una agitación de cabeza y regresó al preparado del guiso.

—¿Cómo pudiste ser tan cruel, sy? —masculló entre dientes para que Laurencio no escuchase—. Hace dos días que Emanuela vive pensando que morirá.

Malbalá se cubrió la boca y ahogó un sollozo. Una lágrima le rodó por la mejilla, y después otra, y otra, que acababan en la comida.

—¿Por qué no se lo advertiste para que no pensase lo peor? ¡Estaba llorando, sy! Desconsoladamente.

—¡No quería que se hiciese mujer!

—Baja la voz. No quiero que tu esposo se meta en esto. ¿Cómo que no querías que se hiciese mujer? Por mucho que no lo quisieras, sabías que iba a suceder. ¡Tendrías que haberla preparado, sy!

—Lo sé, lo sé. Soy una cobarde. —Detuvo el ir y venir de la cuchara de madera y la apretó en su puño—. Ahora nos la quitarán, lo sé.

—¿Qué dices? —se enfureció Aitor.

—Ahora que ya es mujer y que puede casarse, los *pa'i* se la llevarán a la ciudad para que se case con uno de los suyos.

—¡Deja de decir necedades!

—No son necedades, es la verdad. Mi *pa'i* Ursus cada tanto me pregunta si ya le vino el sangrado. Ahora tendré que decirle que mi niña es mujer.

—¡Pues le mientes!

—¡No! ¿Cómo podría?

—Si no le mientes, le gritaré a todo el que quiera escucharme, pero sobre todo a tu adorado *pa'i* Ursus y a ese despojo que tienes por esposo, que soy el hijo bastardo de ese estanciero al que le robé la india encomendada.

—¡Oh!

—Lo haré, sy. Te lo juro por lo más sagrado que tengo en la vida que lo haré.

Nadie nos quitará a Emanuela. Nadie.

Malbalá intentó detenerlo, pero Aitor se desembarazó de su mano con una sacudida y pasó junto a ella sin destinarle un vistazo. Entró en la casa y se dirigió hacia la esquina donde se hallaba el camastro de Emanuela. Ella leía a la luz de la vela el libro que le había regalado el padre Santiago, ese de sonetos de un escritor con apellido impronunciable. Cayó de rodillas junto a la cabecera, con el ánimo destrozado. Emanuela apartó el libro y le sonrió. Él también sonrió, pero se trató de una mueca poco sincera.

—¿Qué sucede? —quiso saber ella, y le acarició la mejilla—. ¿Por qué traes esa cara?

—No te vi en la enramada y me preocupé. Siempre estás ayudando a preparar la cena a esta hora.

—Me duele un poco —admitió, y se colocó la mano sobre el bajo vientre.

—¿Y tus manos mágicas no te calman el dolor como hacen con los demás?

—No funcionan conmigo, solo con los demás. No sé por qué.

—Porque eres demasiado generosa, amor mío, por eso. —Apoyó la cara con gentileza donde a ella le dolía y se la entibió con el aliento. Emanuela ahogó un gemido de placer, y Aitor se estremeció de dicha. Se mostraba tan dispuesta a recibir el amor que quería darle, era tan espontánea y sincera en sus respuestas, tan libre, pese a que las revelaciones debían de escandalizarla. Una y otra vez la sometía a la prueba de aceptar lo nuevo en su corazón todavía de niña, y ella no lo decepcionaba. Siempre estaba a la altura, como si tratase con una mujer adulta. ¡Oh, Dios, cuánto la amaba! Si llegaban a quitársela... Con el rostro aún sobre ella, apretó los párpados.

—¿Aitor?

—¿Qué, amor mío?

—Mírame. Tú eres mágico porque me soplaste ahí, donde me dolía, y cesó de dolerme.

El rostro de Aitor se iluminó con una sonrisa que le desveló los dientes blancos, donde destacaban los colmillos afilados. Emanuela se quedó mirándolos, fascinada. ¿Por qué la visión de sus colmillos le agitaba el estómago y le ponía duros los senos?

—Mi amor es mágico —dijo él—. Mi amor por ti es mágico, e inmenso y eterno.

—El mío por ti también. Quiero leerte un soneto de Shakespeare que me hizo acordar de nuestro amor. Es el ciento dieciséis. Trataré de traducirlo de la manera más correcta. ¿Quieres que lo lea? —preguntó de repente, asaltada por la duda.

—Sí, claro. Quiero que me leas lo que te hizo pensar en nuestro amor.

—*No permitan que la unión de unas almas fieles admita impedimentos. No es amor el amor que cambia cuando un cambio encuentra o que se adapta a la distancia al distanciarse. ¡Oh, no! Es la marca indeleble que contempla la tempestad y que nunca tiembla; es la estrella de los barcos sin rumbo.* —Hizo una pausa, en la

que desechó un párrafo que no comprendía—. *El amor no se deja engañar por el tiempo, aunque los rosados labios y las mejillas caigan bajo un golpe de guadaña. El amor no cambia en pocas horas o en semanas, sino que resiste aun en el día del Juicio Final. Si es esto erróneo y puede ser probado, nunca escribí nada, ni hombre alguno ha jamás amado.*

Ella levantó la vista del pequeño libro, y su mirada se inmovilizó en la de Aitor, y así permanecieron durante algunos segundos, en un silencio reverente.

—Nuestro amor —habló él, al cabo— es amor porque nunca cambiará. Te he amado desde que tenía cuatro años, desde que te vi aquella noche en la jangada, recién nacida. Te he amado cada minuto de mi vida, te amo en este momento con locura y lo haré hasta...

—Hasta el día del Juicio Final —completó ella, y él asintió porque no se creía capaz de articular.

* * *

Aitor permaneció en la doctrina hasta después de su natalicio. Hacía cinco años, desde que había empezado con el oficio de aserrador, que no permanecía tanto tiempo en la misión. Fueron los días más felices de su vida. Su Jasy era una fuente de inagotable alegría y sorpresa para él. Lo amaba, y su amor era el tesoro más valioso que existía, y le pertenecía a él.

Día a día, descubría los cambios que se operaban en ella, en su cuerpo, en su mirada, que perdía el candor de la infancia, en el aplomo que comenzaba a apartarla de la actitud juguetona de Bruno, en la gravedad que le imprimía a sus modos y a su expresión mientras se desempeñaba en el hospital como una *curusuya*, junto al padre Bansué, o mientras dibujaba las plantas y anotaba las enseñanzas de su *taitaru* en el cartapacio, obsequio de su *pa'i* Ursus. Sí, Emanuela estaba cambiando, y hasta tenía la impresión de que, en esos días, el tipoy se le ajustaba en los pechos y en las caderas, o tal vez se tratase de una ilusión, no importaba; igualmente, su cuerpo, delgado, menudo y apenas núbil, lo volvía loco. Por fortuna, no se había desgraciado una tercera vez frente a ella, pese a que mantener el control cuando la tenía entre sus brazos y la besaba estaba convirtiéndose en una empresa difícil. Por eso acudía a Olivia, para dejarla tranquila a ella, aunque la muchacha estaba cansándolo con sus reproches y comentarios velados.

—Otras manos, unas que se dicen santas, te ponen más calentito que una brasa, y a mí me toca enfriarte —había comentado con sarcasmo en la víspera de su natalicio, mientras él se ponía los pantalones.

—No me pareció que enfriarme fuese algo que te disgustase —alegó él, que generalmente guardaba silencio ante las protestas mordaces de la india—. Hace unos

momentos, mientras me *enfriabas*, aullabas como una carayá en celo.

—Sí, aullaba. Tú sabes cómo hacerme aullar, Aitor. —Se puso de pie y caminó hacia él con una disposición sumisa—. Te amo, Aitor, y te quiero para mí. ¿Por qué no puedes amarme? ¿Qué te da ella que yo no pueda darte? ¡Ni siquiera es bonita! —Aitor siguió vistiéndose mientras recibía las declaraciones de amor de Olivia con indiferencia—. Le diré al *pa'i* Ursus que quiero casarme contigo —resolvió, con talante caprichoso.

—No lo hagas —le advirtió él, sin mirarla—. Le diré que no, y quedarás marcada para siempre. Ya nadie te querrá.

—No me importa, solo te quiero a ti. Lo haré.

—Y yo diré que no. Una y mil veces no.

—Le diré al *pa'i* lo que hay entre tú y la niña santa.

Aitor reaccionó con tanta velocidad y de manera tan inopinada, que Olivia no se dio cuenta de lo que había sucedido hasta que se vio contra la pared de la barraca, con la mano de él en torno al cuello.

—¿Tú crees que yo amenazo en vano? ¿Crees que lo que te dije tiempo atrás, que te devolvería a *Orembae* y te echaría a los pies del capataz, es una amenaza vacía? Qué poco me conoces, Olivia. Te echaría a una cueva llena de yaguetés si te atrevieses a dañar a Emanuela de algún modo. Soy capaz de cualquier cosa por ella. No creas que lo que se dice de mí, que soy un luisón y que tengo el alma negra, es mentira, porque no lo es. Si no, pregúntale al imbécil de Laurencio nieto, que te cuente él cómo le fue por intentar desafiarme. Y me importa muy poco que seas mujer. Muy, muy poco. Si vuelves a amenazarme con irle con el cuento a mi *pa'i* Ursus, te arrancaré el corazón con los dientes. —Los desveló, igual que un perro enojado, y Olivia apartó el rostro y gimoteó.

—Perdóname —masculló—, perdóname, Aitor. No volveré a hacerlo. No volveré a...

—Mejor así —dijo, y le retiró la mano del cuello. Dio media vuelta y abandonó la barraca.

* * *

El día de su natalicio, Aitor le pidió a Emanuela que lo acompañase al arroyo, al lugar secreto. Él se marchó primero, y ella lo siguió minutos más tarde, después de mentirle a Malbalá acerca de su destino. No le gustaba hacerlo, nunca lo había hecho, pero le había prometido a Aitor que protegería su amor ocultándolo, y no faltaría a su promesa. Igualmente, por estar a solas con él en el día de su natalicio y entregarle sus obsequios en la intimidad le habría mentido a su *pa'i* Ursus en confesión.

Se encontraron en un punto de la trocha y avanzaron en silencio, con los dedos

entrelazados. Aitor había dispuesto que no hablasen para no atraer la atención de los espías y los *tapererepura*; todos eran excelentes baquianos, y Aitor estaba seguro de que conocían ese sendero, por muy oculto que la selva lo conservase. Emanuela no abrió la boca para no contrariarlo; lo notaba tenso y preocupado. ¿Se debería a la discusión de esa mañana con su *ru*? No habían llegado a las manos porque ella se había interpuesto. Desconocía el motivo de la discusión; en verdad, cualquier nimiedad las desataba. En esa ocasión, escuchó voces elevadas, y cuando salió a la enramada, su *ru* amenazaba a Aitor con su macana. La sangre se le congeló en las venas, y soltó un alarido sin desearlo. Se plantó delante de Aitor, que de inmediato la colocó detrás de él.

—¡*Ru*, por favor, suelta eso! —le había implorado, y el hombre, después de vacilar, clavó el arma en un tocón, acción que puso de manifiesto que el herrero principal del pueblo todavía era fuerte, y se alejó mascullando insultos.

Amaba a su *ru*, siempre había sido bondadoso y cariñoso con ella. Había creído que rescatarlo del vicio de la bebida le suavizaría el carácter atrabiliario y, en especial, la animosidad que mostraba hacia su séptimo hijo. Se había equivocado, es más, a veces tenía la impresión de que Laurencio, desde que no bebía, se comportaba de manera más agresiva. La quería, no tenía duda de eso, aunque habría preferido que la quisiera un poco menos a ella, que no era su hija, y más a Aitor, que sí lo era.

Lo miró de soslayo, mientras prácticamente trotaba a su lado. Él no se daba cuenta de que cada una de sus zancadas equivalía a tres de ella. Lo descubrió reconcentrado, con el ceño muy apretado, y deseó pasarle los dedos para borrarlo; sabía que contaba con ese talento, el de borrarle las penas. Con ella, Aitor reía y estaba feliz. Volvió a observarlo, y le notó muy blanquecina la cicatriz de la ceja izquierda, señal de que estaba tenso. ¿Cómo había podido su *ru* amenazarlo con una macana? ¡Y en el día de su natalicio! Lo más probable era que Laurencio no recordase que su hijo había nacido ese mismo día, dieciocho años atrás.

Una pena muy profunda se apoderó de ella, y el desánimo le ganó al entusiasmo que la había embargado cuando decidió embarcarse en ese encuentro furtivo. Se le calentaron los ojos y se le anudó la garganta. Pensó en Aitor de pequeño, con cuatro años, recibiendo el golpe que lo había marcado para siempre en la ceja izquierda y en el corazón; pensó en su miedo, en su desconcierto, en su dolor. Lo imaginó llorando a escondidas, desorientado y confundido. ¿Cuántas veces se habría preguntado por qué no lo quería su padre? Tampoco lo querían los demás. Las personas que no lo despreciaban se contaban con los dedos de una mano. ¡Ya nada importaba!, se animó. ¡El pasado no importaba! Ella lo amaba y lo amaría como nadie lo había amado, y su amor curaría las heridas, sería el bálsamo que le daría alivio, el que lo haría feliz. Llegaron al arroyo Yabebirí, y Emanuela había recuperado la sonrisa. Quería que ese fuese un natalicio memorable para Aitor.

Apoyó la canasta sobre una roca y, cuando levantó la vista, lo descubrió mirándola con esa intensidad que antes le resultaba turbadora y que ahora la llenaba de cosquilleos y sensaciones incómodas, que en parte Aitor calmaba besándola, aunque a veces se cuestionaba si, en realidad, no los empeoraba. Caminó en su dirección, deseosa de prodigarle amor a manos llenas. Se detuvo a pocos pasos de él y le sostuvo la mirada.

—Te amo —susurró, y le ofreció la mano.

Aitor entrelazó sus dedos con los de ella, y permanecieron en silencio, unidos por ese simple contacto y el de sus ojos.

—Quiero que seas feliz —expresó ella, con la voz afectada, y él chasqueó la lengua antes de atraerla hacia el cobijo de su cuerpo.

—Soy feliz, amor mío —dijo, con los labios pegados en la coronilla de Emanuela—. Tú me haces feliz.

Apretó el abrazo en torno a la cintura de él y lo besó en el pecho, justo donde la camisa se abría y aparecía la piel oscura y un poco de ese vello ralo y lacio.

—Estás muy serio. ¿Es a causa de la pelea con mi *ru*?

—No, Jasy. Ni me acordaba de eso.

—¿Entonces?

No le expondría sus recelos, no quería arruinar ese encuentro a solas. No la preocuparía al decirle que, para emprender una vida juntos, tendrían que escapar de la misión; la asustaría, la destrozaría; ella estaba muy apegada a la familia y a su *pa'i* Ursus. Sin embargo, no tenían otra opción. La Compañía de Jesús jamás les permitiría casarse. Corrían el riesgo de que un día, el provincial se cansase de la situación irregular de la niña santa de San Ignacio Miní, y mandase llamarla para entregarla a una familia de españoles, que le buscaría marido. La idea le provocó ardor en la boca del estómago. Hasta el momento su *pa'i* Ursus había conseguido retenerla porque la quería como a una hija; pero ¿cuánto tiempo sería capaz de hacerlo? La obediencia ciega era una de las reglas más estrictas de la orden. Si el provincial les indicaba que se arrojasen de cabeza en el abismo, los jesuitas tenían que hacerlo. Empezaría a buscar un futuro para ellos lejos de la misión, de lo contrario, los separarían.

—Pienso en que mañana tengo que regresar al monte y siento que será imposible dejarte. Por eso estoy un poco triste —mintió a medias.

Emanuela se puso en puntas de pie y lo besó en los labios.

—Recuerda que cada instante del día y hasta que cierre mis ojos para irme a dormir, estaré pensando en ti. Y cuando me duerma, soñaré contigo, porque no puedo alejarme de ti ni siquiera cuando duermo. Te llevo siempre conmigo —dijo, y se tocó el collar de conchillas y la bolsita con la piedra violeta—, adonde sea que vaya estás conmigo, Aitor, siempre.

—¡Amor mío!

La mantuvo pegada a él; no intentó besarla, ni tocarla para calmar su lujuria. Solo necesitaba sentirla cerca. Quería absorber su tibieza, su bondad, su entrega, su amor. Nada contaba con el poder para serenarlo como su Jasy.

—Quiero darte mis obsequios —la escuchó susurrar, y su aliento penetró el tejido de la camisa y le humedeció el pecho.

—Sí —dijo, con voz enronquecida.

Lo condujo de la mano hasta la canasta y le indicó que se sentase sobre la roca. Ella permaneció de pie, y a Aitor le resultó divertida la mueca de entrecejo fruncido y labios apretados en la que Emanuela había caído mientras hurgaba el contenido de la canasta. Se cubrió la boca para ocultar la sonrisa.

—Este es el primero —expresó, con aire triunfal, y se lo entregó.

Aitor tomó el regalo y lo reconoció enseguida: el algodón de Castilla que le había entregado para su natalicio. Finalmente se había salido con la suya y le había confeccionado la camisa. La extendió delante de él. Era de mangas largas, con una cartera hasta la mitad del pecho, que se cerraba con lazos de la misma tela.

—Jasy, es hermosa. Pero...

—No lo digas, Aitor. No digas que debería haberme confeccionado algo para mí, porque ya hemos hablado de eso. La tela me la diste para que yo hiciese con ella lo que deseara, ¿no es así? —Asintió, y elevó una ceja y la comisura izquierda en una mueca divertida—. Pues bien, yo deseaba, más que nada, hacerte una camisa.

Le pasó un brazo por la cintura y la atrajo hacia él para colocarla entre sus piernas.

—¿Así que, más que nada, deseabas hacerme una camisa?

—Sí —contestó ella, de pronto avergonzada, con la vista en algo muy importante que parecía haber hallado en la uña del pulgar derecho.

—¿Una camisa para tu Aitor?

—Sí, para mi *amado* Aitor.

Ante la repuesta, la mueca socarrona de él se esfumó como por ensalmo. Ella levantó la vista, y él comprobó que todo vestigio de timidez había desaparecido. Emanuela lo miró con ojos que no disfrazaban su deseo por él, casi una paradoja en ese rostro que aún no se desembarazaba por completo de los rasgos de niña.

—Bésame —le rogó, con acento atormentado, y ella se pasó la lengua por el labio antes de inclinarse para complacerlo. Apenas lo rozó con la boca, la excitación que se desató entre sus piernas lo desposeyó de la capacidad de razonar con claridad. ¿Por qué se sometía a esa tortura una y otra vez? A ese punto, resultaba imposible detenerse, y se lanzó como tapir en el monte, a topa tolondro. Le colocó una mano en la parte baja de la cintura y otra detrás de la cabeza, y profundizó el beso tímido de ella hasta ser consciente de que ya no llegaría más adentro de su boca con la lengua.

Se imaginó penetrándola con su miembro del mismo modo, y un gemido ronco le hizo vibrar la garganta. La acercó aún más al ángulo que formaban sus piernas, donde la sangre le pulsaba en el pene, y ella se sujetó a sus hombros con manos indecisas.

—Aitor... —la escuchó susurrar, no con el acento de alguien que pide una tregua, sino con el deseo con el que ella lo sorprendía a cada momento.

—Jasy, amor mío, te amo. Te amo tanto.

—¿Te gustó la camisa?

—Nunca tuve una mejor.

—Mi sy me felicitó por haber hecho las puntadas tan pequeñas y parejas. Mira.

No prestó atención a lo que le mostraba. La miraba a ella en cambio, y a la saliva de él con que le había humedecido los labios, y a lo hinchados y enrojecidos que se los había dejado. Un orgullo de macho le expandió el pecho. Algún día, se prometió, le bañaría las entrañas con su simiente y le haría un hijo.

—¿Le dijiste a mi sy que era para mí?

—Sí, para tu natalicio.

—¿Te preguntó de dónde habías sacado la tela?

—Le mentí —admitió, y la culpa que le coloreó las mejillas la volvió apetecible. Aitor le mordisqueó el cuello, y Emanuela se retorció y rio—. Le dije que me la habían dado en el *tupâmba'e*. No hay géneros tan finos en el *tupâmba'e*, pero creo que mi sy no lo notó. ¿Quieres probártela? Me gustaría ver cómo te va. Igualmente ibas a quitarte esta para meterte en el arroyo.

Aitor se la sacó por la cabeza y la desechó en el suelo. Emanuela se apresuró a recogerla, doblarla y guardarla en la canasta, mientras él se cubría con la nueva. Al volverse, se quedó mirándolo, atónita.

—Me va muy bien, ¿no lo crees? —dijo él, ajeno al estupor de ella—. Es muy cómoda. Creo que podré aserrar y hachar sin problemas —afirmó, en tanto simulaba los movimientos para probar la amplitud de las mangas.

—Este blanco tan puro —al fin expresó ella, y Aitor levantó la vista, atraído por su tono de voz— luce bellísimo en ti. —Le aferró un mechón de cabello, que él no había trenzado ese día, y lo colocó sobre la pechera de la camisa—. El contraste entre tu pelo negro y tu piel oscura y la camisa blanca es magnífico. Siempre luces hermoso para mí. Pero hoy luces especial. Tus ojos amarillos parecen brillar más gracias a la luz del blanco.

—¿Te gusto, Jasy?

—Sabes que sí.

—Dímelo.

—Eres hermoso, el más hermoso que conozco.

—Y si conocieses a otro más hermoso que yo, ¿me dejarías por ese?

Emanuela rio y sacudió la cabeza.

—No existe nadie más hermoso que tú.

—Seguro que sí —porfió él.

—Tal vez, pero yo nunca me daría cuenta porque solo tengo ojos para ti.

—Jasy... Eres la criatura más sorprendente que conozco. Siempre me dejas con la boca abierta.

—Ahora quiero mostrarte mi segundo regalo, algo que tú me pediste en el día de mi natalicio, ¿recuerdas?

Él no le permitió salir del hueco entre sus piernas, por lo que Emanuela se estiró de costado para alcanzar la canasta. Al levantar el brazo derecho, la sisa del tipoy sin manga se desbocó, y Aitor le vio el seno. Era pequeño, muy blanco, y tenía el pezón erecto. Se imaginó apretando los labios en torno a él y succionando. Su pene dio un salto bajo los pantalones, y Emanuela se volvió de súbito y le clavó la vista en la entrepierna. Lo había sentido contra la cadera. Lo interrogó con la mirada.

—Es mi *tembo*, Jasy. Está loco por ti, por eso salta y quiere salir.

—¿Para entrar dentro de mí?

«Oh, Jasy, qué difícil estás haciéndolo».

—Sí, amor mío, sí.

—Toma, este es mi segundo regalo.

Las muñequeras, las que él le había pedido con un mechón de sus rizos. Eran dos, más bien anchas, de unas tres pulgadas, confeccionadas con los hilos del *ysypo paje*, o bejuco —así lo llamaban los padres—, en tonalidades azules y amarillas, como los colores de sus iris, donde destacaba el castaño oscuro del cabello de Emanuela, perfectamente entrelazado con las fibras, formando un tejido delicado y prolijo.

—¿Tú las hiciste, Jasy?

—Sí. No pude pedirle ayuda a mi sy, que es la mejor tejedora que conozco, y las hice sola. Tal vez por eso no son tan bonitas.

—¡Son hermosas! Te pregunto si las hiciste tú sola porque no sabía que fueses tan talentosa.

—Sí, las hice yo sola, a escondidas. Para ti. Con mi cabello —dijo, y pasó el índice por la parte donde destacaba el mechón.

—Gracias, amor mío. Me las pondré después de que salgamos del agua.

—Puedes mojarlas, si quieres. Las fibras del *ysypo paje* son muy resistentes.

—En ese caso, pónmelas ahora.

Emanuela le remangó las mangas de la camisa nueva y le ató las muñequeras, y Aitor nunca cesó de observarla. En tanto, se preguntaba: «¿Me amas tanto como yo a ti?».

—¡Qué hermosas te quedan! Mira, Aitor. Me agrada el conjunto que forman con tu muñeca oscura y peluda y el blanco de la camisa —dijo, mientras deshacía los dobleces de la manga para acercarla a la muñequera.

—Hermoso —repitió él, en voz baja, sin apartar la vista de ella.

—Y ahora, el tercer regalo.

—¿Hay un tercer regalo?

—Sí. Y ya no más.

De nuevo, adrede, la forzó a inclinarse de costado sobre la canasta para espiarle el seno, ahora con el pezón relajado, cuya tonalidad lo asombró, un rosa pálido; se lo veía muy suave.

—Toma, Aitor.

Se trataba de un pedazo de tacuara, de unos dos palmos de largo y unas dos pulgadas de diámetro. En un costado había un tallado que rezaba: AITOR Y JASY. El corazón le saltó, y las pulsaciones se le desbocaron. Ver sus nombres juntos lo sumió en una emoción indescriptible. AITOR Y JASY. Ellos eran para siempre, como esa talla indeleble sobre el bambú.

—¿Cómo hiciste esto, Jasy?

—Mi tío Palmiro me enseñó, y me prestó una lezna especial para hacerlo.

Se le erizó la piel al pensar que la herramienta podría haber resbalado en la superficie de la caña y haberla lastimado. Calló su temor para no entristecerla. Se mostraba muy orgullosa de su trabajo.

—Él no vio lo que escribí. Solo me explicó cómo hacerlo.

—Tienes una caligrafía preciosa, amor mío.

—Gracias. Mi *pa'i* siempre me lo dice. Después pinté las letras con tinta. Pero hay algo dentro de la tacuara.

Aitor la levantó a la altura del rostro, cerró el ojo izquierdo y miró con el derecho. Sí, había un rollo de papel, que resultaron ser dos. Emanuela sostuvo la tacuara para que él los desplegara. El primero tenía un retrato de él.

—¡Jasy! —exclamó, con sincero estupor. La había visto infinidad de veces concentrada sobre su cartapacio, dibujando plantas y flores con un realismo pasmoso, pero un retrato era algo distinto. No solo se trataba de un trabajo que reflejaba sus facciones a la perfección, sino que, en esa mirada, en ese ceño, en esa mueca de los labios, había captado la naturaleza indómita de su espíritu. La mano de su Jasy había actuado sobre el trozo de papel movida por el instinto, o tal vez por esa sabiduría innata que la habitaba y que la convertía en la única persona que en verdad lo conocía, tal vez porque solo a ella le había abierto su corazón.

—¿Te gusta?

—Estoy... Me he quedado sin palabras. Es perfecto. Gracias, amor mío. —La aferró por la nuca y la besó en los labios.

—Ahora mira el otro, por favor.

El segundo dibujo surtió un efecto desmedido en él, porque a la emoción se le sumó la excitación. Eran ellos dos, besándose con tanta pasión que a un desconocido

lo habría llevado a afirmar que el autor era un hombre de gran experiencia en las cuestiones sexuales, y no una joven que acababa de tener su primer sangrado días atrás. ¿Cómo era posible que esa criatura, niña hasta hacía poco, hubiese imaginado una escena tan voluptuosa? Su Jasy escondía un espíritu que él deseaba despertar y gozar.

Aitor paseaba los ojos por el diseño, y se demoraba en los detalles, por ejemplo, en el punto en donde sus bocas se unían, en su mano, que le apretaba a ella la cintura, en la expresión beatífica de Jasy, y en la sensual de él.

—Jasy, esto es lo más hermoso que me han dado jamás. Esta tacuara y los dibujos me acompañarán siempre. ¿Así nos imaginas cuando cierras los ojos? —Ella asintió, con los pómulos ruborizados—. Yo también nos imagino así, siempre juntos y besándonos. Eres tan talentosa, amor mío. Yo, en cambio, no sé hacer nada.

—Tú eres el mejor aserrador, hachero y cazador del pueblo, y yo estoy orgullosa de ti. Me siento segura cuando estoy contigo, Aitor —añadió, luego de una pausa.

No quería perder la compostura, no después de la declaración de ella. Se cubrió la boca para carraspear, parpadeó dos veces y le sonrió.

—Jasy. —Le acarició la mejilla, suave como el algodón con el que ella le había confeccionado la camisa—. Nadie me había regalado cosas tan hermosas. Nadie me hace sentir tan importante como lo haces tú, hoy y todos los días.

—Eres lo más importante para mí, Aitor. ¿Sabes? Cuando hicimos el pacto de sangre, nos prometimos que seríamos lo más importante el uno para el otro, pero tú lo serías para mí igualmente, sin necesidad de promesas, porque *en verdad* nada es más importante para mí que tú.

Sin importar cuánto se esforzase, las lágrimas le calentaron los ojos y los labios le temblaron. Emanuela lo observaba con dulzura y, pese a esa muestra de debilidad, con admiración. Ella estaba orgullosa de él; la criatura más perfecta que conocía, a quien el propio Tupá había concedido un don extraordinario, estaba orgullosa del demonio del pueblo. Y lo amaba. Él era lo más importante para ella.

—¿Quieres que vayamos a nuestra cascada? ¿O prefieres comer antes?

Aitor carraspeó y se pasó el dorso de las manos por los ojos con actitud casual.

—¿Has traído para que comamos?

—Sí. Te preparé tus comidas favoritas.

—Pensé que solo traías unos paños y una muda en la canasta, Jasy. Debe de estar pesada —dijo, y se agachó para sujetarla—. ¡Jasy, *está* pesada! ¿Por qué no me la diste para que la llevase por el camino?

—Sujeta a la frente, con la *apisama*, no pesa tanto. No me regañes, Aitor.

—No te regaño, amor mío. Es que no soporto pensar que has acarreado este peso durante la caminata.

—No es nada. ¿Comemos o nos bañamos?

—Vayamos a nuestra cascada. Deseo besarte bajo la cascada. Es algo con lo que he soñado desde hace mucho tiempo.

El rubor regresó a los pómulos de Emanuela, y volvió a mirarse las manos.

—Deshazte las trenzas, Jasy. Quiero que te sueltes el cabello. —Ella desarmó las dos trenzas y guardó los lazos en la canasta—. Amo tu cabello. —Aitor se apoderó de un manojo y hundió el rostro en él—. Siempre huele tan bien.

—Yo amo el tuyo —afirmó ella.

Aitor se quitó la camisa nueva. Emanuela la dobló y la guardó en la tacuarembó. Evitaban dejar la ropa a la intemperie porque era el nido favorito de la mosca ura, que depositaba los huevos en el tejido y desde allí las larvas se deslizaban bajo la piel humana. Se las extraía efectuando un corte con el sajador. Emanuela había ayudado al padre van Suerk en varias ocasiones a efectuar la operación, y resultaba desagradable.

Aitor se desajustaba la faja y se quitaba el cuchillo, cuando Emanuela se detuvo detrás de él.

—¿Qué pasa, Jasy? —quiso saber, sin volverse, ocupado en ocultar el arma entre dos rocas.

Emanuela no contestó. Extendió la mano y le acarició las cicatrices de la espalda, las de los azotes. Aitor se irguió y permaneció rígido, con el aliento trabado en el pecho. Cerró los ojos y disfrutó de la manera en que los dedos de ella le dibujaban los perfiles de las marcas. Se le erizó la piel y se le agitó el respiro al darse cuenta de que ahora las acariciaba con los labios. Vio las dos cosas al mismo tiempo: las manos de ella sobre su vientre, pequeñas y de dedos flacos, uñas prolijas y limpias, y cómo se elevaba el tejido de su pantalón.

—Lo siento —la escuchó susurrar, y la tibieza de su aliento en la espalda le pronunció el erizamiento y la erección.

—No quiero que te angusties. Ya pasó. Además, ese fue un día maravilloso, el mejor de mi vida, porque me prometiste en la celda que serías mi esposa.

Sintió que los labios de Emanuela se estiraban en una sonrisa, y los suyos respondieron de manera automática. Le aferró las manos y la obligó a colocarse frente a él, bien cerca, de modo de evitar que advirtiese el bulto.

—No quiero que estés triste por esas cicatrices. —Emanuela, que le miraba la de la ceja, asintió—. Vamos al arroyo.

Aitor se metió en el agua solo con los pantalones; ella, con el tipoy. Se sumergió por completo en el arroyo cristalino y, al emerger, echó la cabeza hacia atrás para que el peso del agua le peinase los rizos. Se escurrió el rostro y levantó los párpados. Aitor, sumergido hasta el cuello, la observaba desde cierta distancia con hambre en los ojos. El cuerpo de Emanuela respondió al deseo, y los pezones se le comprimieron bajo la tela mojada. La mirada de él se movió enseguida hacia abajo y se concentró en los dos botones que se elevaban bajo la pechera del vestido. Le

gustaban a juzgar por cómo los miraba. Se los tocó con la palma de la mano primero y luego los atrapó entre el índice y el pulgar. Aitor exhaló una respiración ronca, y Emanuela levantó la vista de prisa, preocupada. Solo tenía la cabeza fuera del agua. Apretaba los párpados con fuerza y se mordía el labio inferior. Sus paletas nasales se dilataban y se apretaban al ritmo de una respiración agitada.

—¡Aitor! —Se precipitó en su dirección, pero se detuvo cuando él sacó la mano izquierda del agua y, todavía con los ojos cerrados, le indicó que no avanzara.

Acababa de masturbarse, ahí, bajo el agua, frente a ella. Si no lo hacía, se justificó, no podría ir a la cascada. No se refrenaría.

—¡Déjame ir a ti! —la escuchó suplicarle—. ¿Qué tienes? ¿Qué te sucede?

Ah, su dulce Jasy, tan inocente y tan seductora, y tan ignorante de lo que le ocasionaba solo con tocarse los pezones erectos.

—Nada, amor mío. Un calambre en la pierna —le mintió—. Ya pasó. Ven.

La observó avanzar, su cuerpo menudo luchando contra la resistencia del agua. El tipoy se le introducía entre las piernas y le marcaba el triángulo donde, de seguro, apenas si crecía un poco de vello. «¡Basta!», se conminó, o debería hacer uso de su mano una y otra vez. Ella se arrojó a sus brazos, y él la atrajo hacia él. Los dos quedaron sumergidos hasta el cuello.

—Rodéame la cintura con las piernas.

Emanuela se levantó un poco el ruedo del vestido, sin romper el contacto de sus ojos, y Aitor lo juzgó el gesto más sugerente y sensual del que tenía memoria. Las piernas de ella se cerraron en torno a él. Pensó en la vulva de Emanuela, apenas cubierta por el tejido de los calzones que había empezado a usar desde que le había llegado el sangrado. Malbalá ya le había confeccionado varios. Solo un ligero lienzo separaba su vientre de las partes de ella que solo a él pertenecían y pertenecerían para siempre. Ella se lo había prometido, con sangre, le había jurado que solo sería de él.

—Prométemelo de nuevo —le pidió, sin darse cuenta de que seguía el curso de sus pensamientos.

—¿Qué deseas que te prometa de nuevo?

—Que solo serás mía.

Emanuela estuvo a punto de recordarle que se lo había prometido poco menos de dos meses atrás, en el día de su natalicio. Calló y lo miró a los ojos. Quería que ese día fuese especial, quería que él se sintiese amado y deseado, quería darle todo lo que él le exigiera.

—Soy y solo seré tuya —le susurró al oído, y percibió la reacción destemplada de él en la carne de la cintura, donde Aitor clavó los dedos sin reparar en el dolor que le causaba. No se quejó.

—Júrame que nadie te tocará como lo hago yo, que solo mis manos conocerán tu cuerpo, que solo yo te poseeré.

—Te lo juro, Aitor.

—Júramelo por lo más sagrado que tengas.

—Tú eres lo más sagrado que tengo —afirmó, desorientada—. ¿Debo jurar por ti?

—Sí, si es verdad que soy lo más sagrado para ti.

—Sí, lo eres. Lo juro por ti. Solo tú me poseerás y me tocarás.

—*Aguyje* —le agradeció con los ojos cerrados, y la besó en la frente—. Algún día —expresó, transcurrido un silencio— voy a hacerte el amor aquí, bajo el agua.

—¿Y bajo la cascada también?

Rio por lo bajo, enternecido y excitado.

—Sí, amor mío, bajo la cascada también. Y sobre aquellas rocas. Y sobre la playa.

—¿Y en aquel sitio al que quieres llevarme, que está lejos?

—¿Cuál?

—Ese del que me hablaste hace tiempo, que tiene un salto mucho más alto que el nuestro, con piedras negras donde nos sentaremos para ver el chorro. Me dijiste también que había un pozo de agua cristalina donde nadaríamos, que está lleno de aguapés con flores blancas y violetas.

—¿Te acuerdas de eso? —se asombró él.

—Me acuerdo de todo lo que me dices, Aitor —replicó ella, con un ceño, como si el hecho de que él esperase que olvidara una de sus palabras fuera un sacrilegio.

Aitor pronunció la sonrisa y le pasó el pulgar por el entrecejo para distenderlo.

—Sí, cuando te lleve a ese sitio, también te haré el amor allí.

—Dime dónde. —Era demasiado inocente para saber que se embarcaba en un juego peligroso, que él, si hubiese sido juicioso, habría detenido en ese momento. Como no lo era, contestó:

—Primero detrás del chorro, sobre las piedras negras. Después en el agua, entre las flores.

—¿Y después?

—Después tendrás que permitirme recuperar fuerzas pues estaré agotado —mintió, para terminar con la conversación.

—Oh. ¿Te cansará hacerme el amor?

—Nunca me cansaré de hacerte el amor, Jasy. Pero se termina agotado, como si hubieses trepado un árbol altísimo. Tienes que esperar un momento para hacerlo de nuevo.

—¿Cómo lo sabes? ¿Lo has hecho ya?

—No —respondió, demasiado deprisa y nervioso—. No —repitió, más dueño de sí—. Ya te dije que me lo explicó mi tío Palmiro. ¿Vamos bajo la cascada?

—¡Sí, por favor!

La llevó en andas y, como le hacía cosquillas en el cuello al besarla y morderla, Emanuela se rebullía y reía a carcajadas. Profirió un grito de sorpresa cuando Aitor cruzó el chorro en lugar de entrar por el costado. Ella le escurrió el agua del rostro y le quitó los mechones que le impedían ver.

—Gracias, amor mío.

—De nada.

La ubicó en una roca más baja que la de él y la encerró dentro de la curva de su torso. Emanuela estiraba la pierna y abría una brecha en el chorro con el pie, y Aitor se imaginaba arrastrando la boca desde el talón hasta la cara interna de sus muslos. ¿Cómo se comportaría su Jasy en los arrebatos de la pasión? ¿Cómo serían sus gemidos, sus jadeos? La aferró por la barbilla y la obligó a que lo mirase. Ella giró con un movimiento en absoluto estudiado, y al mismo tiempo deliberado, que le cortó el aliento. Elevó las pestañas y le sonrió. Con el cabello retirado hacia atrás, el rostro se le despejaba, y sus ojos de venado cobraban una dimensión inverosímil, con el azul de un matiz muy puro en la penumbra de la cascada y las pestañas más negras a causa del agua. Sin soltarle el mentón, le pasó el pulgar por el labio inferior, y se lo apretó con más vigor que el que habría empleado para una caricia, pues su ánimo no estaba para caricias. A ella no pareció importarle porque no se quejó, ni frunció el entrecejo, sino que separó los labios en una acción automática. La hilera de sus dientes blanquísimos en contraste con el encarnado de los labios lo excitó, y se acordó de cómo su Jasy los perseguía para que se los lavasen con el bicarbonato de sodio que los padres repartían e insistían en que se utilizase para evitar los dientes picados. Desde niña, los había cuidado.

—Eres lo más hermoso que he visto en mi vida.

—Tú también eres lo más hermoso que he visto en mi vida.

—Y si me pusiese feo, ¿me amarías igualmente?

—Sí —contestó ella; no titubeó, ni rio, lo expresó con una seguridad que no dejó lugar a la duda.

Bajó la cabeza y, antes de que sus labios entrasen en contacto, sonrió, con aire de macho satisfecho, porque ella lo aguardaba con los ojos cerrados y la boca ofrecida. Le mordió el labio inferior, y Emanuela gimió y arqueó el cuello hacia atrás. Hechizado por la voluptuosidad de sus labios, por su suavidad y morbidez, siguió mordisqueándola, chupándola, lamiéndola, hasta que ella separó los dientes y soltó el aliento, y su lengua se introdujo con voluntad propia en la cavidad de su boca y la poseyó con la furia de un saqueador. Profirió un gruñido al percibir los dedos de ella hundirse en su antebrazo. La obligó a darse vuelta por completo, de modo que quedase de rodillas frente a él. Sin necesidad de instrucciones, Emanuela le rodeó el cuello y se pegó a él.

—Tócame la lengua con la tuya, Jasy. Por favor.

Emanuela cayó en la cuenta de que retraía la lengua en la parte posterior, asustada por el asalto de la de él. La desplegó apenas y lo rozó sin querer. Aitor inspiró bruscamente y la aferró por las asentaderas. Le clavó los dedos en la carne, y ella exclamó dentro de su boca, un poco a causa del dolor, también porque la había escandalizado. Nunca imaginó que él estaría interesado en tocarla allí. Sus manos la apretaban, pero también la empujaban hacia el sitio donde se hallaba su *tembo*. Lo notó duro y caliente contra su tipoy mojado.

Aitor profundizó el beso a sabiendas de que se había desmadrado y de que terminaría arrepintiéndose de las consecuencias. A punto de detenerse y de apartarla de él, Emanuela lo aferró por la parte posterior de la cabeza y, en un acto que habría considerado tierno si la excitación no lo hubiese obnubilado, lo imitó en el beso: lo penetró con la lengua, que movió con torpeza al principio; no obstante, a medida que la pasión la dominaba y ella actuaba con libertad, adquirió una maestría que lo asombró. La sorpresa duró poco; después le tuvo miedo a su desenfreno.

Las lenguas se entrelazaron en una lucha sin tregua que alimentaba las ansias en lugar de aplacarlas. Las manos de Aitor se movieron de manera instintiva sobre las pequeñas nalgas de ella, hacia arriba y hacia abajo. Era demasiado tarde para detenerse. Imposible. Refregaba la erección contra el hueso de la pelvis de Emanuela, que seguía besándolo sin reparar en los extraños meneos a los que la sometía. Dios, estaba usándola para masturbarse. A ella, a su inocente Jasy, que no comprendía lo que estaba sucediendo.

La eyaculación fue violenta, y prolongada, y devastadora. Quería ocuparse de ella, del desconcierto que estaría experimentando, y no conseguía sobreponerse y emerger de la parálisis que lo acometía. ¿Había gritado? Sí, un poco. Ella debía de estar asustada. Aflojó de prisa las manos, y pensó en que se le formarían cardenales en los puntos donde sus dedos la habían maltratado. Más tarde, le habría gustado ver las marcas de él en el culo de ella, y besarlas, y lamerlas... «¡Basta!», se amonestó de nuevo. «Por el bien de ella, basta». Abrió los ojos lentamente.

—Aitor —gimoteó ella—. ¿Estás bien?

—Sí, muy bien. No pasó nada.

—Pero gritaste y te pusiste muy tenso y dejaste de besarme.

—Sí, amor mío, lo sé.

—¿Qué pasó? ¿Hice algo mal?

Río por lo bajo y agitó la cabeza.

—Al contrario, lo hiciste perfectamente bien.

—¿De veras?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué gritaste?

—¿Te acuerdas de cuando te expliqué que yo pondría algo dentro de ti para que

tuviéramos un hijo? —Ella asintió, con expresión adorable por lo seria y preocupada—. Eso que pondré dentro de ti, mi semilla —explicó—, cuando sale de mi cuerpo, sale de este modo, con un poco de... violencia.

—Entonces, ¿acaba de salir tu... semilla? —Aitor asintió y la besó en la frente—. ¿Y te duele cuando sale?

—No, todo lo contrario. Es la sensación más placentera que existe. Nada se le compara.

La mueca de alivio de Emanuela y la manera en que se relajó contra su cuerpo lo colmaron de ternura. Lo traía como un toro por la argolla; un rato lo volvía loco con su inocente seducción, al siguiente lo ablandaba con sus modos generosos y su dulzura. La envolvió entre sus brazos, y los apretó hasta sentir que la perdía en su pecho. Ojalá pudiese guardarla dentro de sí.

—Jasy, Jasy, ¿qué estás haciéndome? No quiero asustarte, amor mío, pero me es muy difícil contenerme cuando estoy contigo.

—No me asustas —afirmó—. Solo temo hacer algo mal y no complacerte.

—¡Jasy! —Rio de dicha, y también porque lo divertía la preocupación de ella después de lo que había operado en él solo con un beso.

Emanuela le arrojó los brazos al cuello y le susurró con pasión:

—Tú eres a quien más amo en este mundo, Aitor.

—Solo con tu amor me basta. Si me amas, no necesito nada más. Ven, salgamos. Estás temblando de frío.

En realidad, Emanuela temblaba de la emoción y del esfuerzo por contener el llanto. ¿Por qué le daba por llorar después del beso que habían compartido? Esa intimidad la hacía feliz. ¿Por qué llorar?

Aitor se empeñó en secarla, y ella lo dejó hacer. Le metió la mano, envuelta en el lienzo de algodón, entre las piernas, y mientras empujaba el ruedo del tipoy hacia arriba, la mantenía sujeta por un brazo y también con los ojos, porque ella, si hubiese querido apartar la mirada, no habría podido. Esos iris amarillos la hechizaban. A medida que las pasadas se aproximaban al punto por donde orinaba y por donde sangraba, las pulsaciones aumentaban. Deseaba que le quitase el bombacho y que la acariciase allí para aliviar la hinchazón. La sobresaltó el pensamiento. Lo escandalizaría. Aitor, para complacerla, se avendría, pero de seguro le causaría repulsión.

—¿Te gusta que te toque las piernas? —Emanuela asintió, sin pestañear—. Me gustaría tocarte aquí. —Le rozó con el lienzo la parte que, instantes atrás, ella había deseado que le acariciase. Dio un respingo, y él ajustó la mano en su brazo para evitar que escapase. Emanuela sabía que las mejillas se le habían coloreado, lo que acrecentó su vergüenza. La boca se le había secado y el corazón le brincaba en el pecho. ¿Aitor le había leído el pensamiento?

Él sonrió con aire compasivo y tolerante, y la besó con ligereza en la boca.

—Pero no lo haré, Jasy. Por ahora. No estás preparada. —La abrazó con un movimiento rápido que la tomó desprevenida—. Perdóname, amor mío —le suplicó, con los labios pegados en el cuello.

—¿Por qué?

—Por exigirte tanto en tan poco tiempo. Me has dado tanto, y yo quiero más. Y no me detengo a pensar que esto es nuevo para ti, y que te asusta.

«No me asusta, Aitor, y lo deseo», le habría dicho. En cambio, le preguntó:

—¿Tienes hambre?

—Sí, mucha. Ya vengo.

—¿Adónde vas?

—A orinar. Ya vengo.

Se alejó hacia unos helechos, a pocas varas de ella, desde donde la vigilaba y la escuchaba disponer lo que había preparado para él. Elevó la cabeza con un movimiento rápido al escuchar a Lope.

—¡Manú! ¡Manú! ¡Por fin!

Había tanta alegría en el acento de su voz que Aitor sintió la necesidad de matarlo. Se ajustó la jaretera del pantalón y emergió de los helechos con el ímpetu de la bestia que se había liberado dentro de él. Ver que la abrazaba no colaboró para aplacar la ira con que corrió hacia ellos. Se la arrancó de los brazos y lo empujó. Lope terminó sobre sus asentaderas, en el suelo.

—¡Cómo te atreves a poner tus manos sobre ella!

—¡Dis-discúlpame, Ai-tor! —tartamudeó el joven—. ¡No-no fue mi intención faltarle el respeto a tu hermana! ¡Te-te doy mi palabra de ho-honor!

—Aitor, por favor. —Emanuela le tocó la mejilla, y él le clavó los ojos en llamas—. Lope no pretendía faltarme el respeto.

—¡No puede tocarte, Emanuela! ¡No puede tocarte! ¡Cómo se atreve a poner sus manos sobre ti!

—Discúlpame, Aitor. —El muchacho se sacudía la parte posterior de los pantalones de calicó gris, que llegaban a media pierna y que se ajustaban a la rodilla con una vistosa hebilla, la que hacía juego con la de los zapatos de taco—. Discúlpame —repitió, y le extendió la mano en ademán conciliatorio—. Hacía tanto tiempo que no veíamos a Manú, que la alegría me hizo olvidar las maneras de caballero. No volverá a ocurrir.

Aitor sintió la presión de Emanuela en el brazo, que lo instaba a aceptar la disculpa de Lope. Le apretó la mano con más vigor del necesario y lo miró fijamente al ordenarle:

—No vuelvas a tocarla.

—No lo haré.

—Hola, Aitor. Hola, Manú —saludó Ginebra, que lucía tan compuesta como si el pequeño altercado no hubiese tenido lugar.

—Hola, Ginebra —contestó Emanuela, mientras Aitor se limitaba a sacudir el mentón en señal de saludo.

A punto de comunicarles que estaban festejando el natalicio de Aitor, Emanuela guardó silencio; no le gustaba el modo en que Ginebra lo estudiaba, con esa media sonrisa y esa mirada de ojos velados por batidas deliberadas de pestañas.

—Aitor y yo íbamos a comer. ¿Quieren unirse a nosotros?

—¡Sí, por supuesto! —exclamó Lope, con la misma alegría con que la había saludado—. Eres muy amable, Manú.

Un gruñido irrefrenable brotó de la garganta de Aitor, y Lope lo miró de soslayo antes de sentarse sobre una roca, a una distancia prudente. Emanuela sirvió primero a Aitor. Le entregó un pedazo de su torta favorita, la de patay, con piñones y mojada con miel silvestre.

—Es tu favorita —murmuró, y él asintió sin mirarla.

—¿Y Bruno? —quiso saber Ginebra—. Gracias —añadió, cuando Emanuela le entregó una porción de torta.

—Mi hermano empezó a trabajar como aprendiz en la alfarería. Solo el domingo podrá venir al arroyo. Y ustedes, ¿qué hacen aquí si no es domingo?

«Sí, ¿qué *mierda* hacen aquí?», habría vociferado Aitor.

—Nuestros padres y Ginebra viajarán mañana hacia Buenos Aires. Nos dieron la tarde libre.

—¿Tú no irás, Lope? —se interesó Emanuela, y le ofreció torta, que el joven aceptó con una sonrisa y una inclinación de cabeza.

Aitor masticaba su porción como si se tratase del hígado de Lope. De su medio hermano, reflexionó. Emanuela le ofreció una calabacita con una infusión verdosa y le sonrió con miedo, y él fue incapaz de devolverle la sonrisa. También estaba enojado con ella porque le había permitido que la abrazase.

—¿Qué es? —la inquirió de mal modo, con los ojos fijos en el contenido de la calabaza.

—Es una tisana de yerba. La endulcé con yerbabuena. Está fría. Bébela y dime si te gusta.

Engulló el último bocado, tragó el mate cocido y se puso de pie.

—Es buena —dijo, y le devolvió la calabaza—. Pero prefiero el mate con bombilla. —La desilusión en la mirada de Emanuela lo alcanzó como un golpe—. Vamos, Emanuela. Ya es tarde.

—Sí, sí —respondió ella, sumisa, y el enojo de Aitor cedió otro poco.

—Te ayudo, Manú —ofreció Lope.

—Lo haré yo —se interpuso Aitor, y el muchacho dio un paso atrás.

Acomodaron los utensilios en un mutismo tenso. Emanuela se colocó la *apisama* sobre la frente con una habilidad que despertó la admiración de Lope. Aitor le habría borrado la sonrisa a trompazos.

—Yo llevaré esto, Emanuela —dijo, y le sollevó el peso de la tacuarembó que le colgaba a la espalda, mientras ella se quitaba la *apisama* con actitud obediente y en silencio.

—¿Cuándo volverán al arroyo? —preguntó Lope en dirección a Emanuela.

—Cuando yo vuelva del monte.

—¿Cuándo será eso? —insistió el muchacho con una temeridad que fastidió a Aitor.

—Cuando sea —contestó, y se dio vuelta para marcharse.

—Adiós, Lope. Adiós, Ginebra. Que Dios los acompañe en su viaje a Buenos Aires.

—Gracias, Manú.

—Adiós, Manú —saludó Lope—. Que Dios te bendiga.

—A ti también, Lope.

Aitor elevó los ojos al cielo. «¿Que Dios te bendiga? ¿Es marica, o qué? ¿Tengo un medio hermano marica?»

Recorrían la trocha en fila, Aitor primero, ella detrás. Casi corría. Saite y Libertad, que habían ido a buscarla al arroyo, la seguían a vuelo rasante.

—¡Aitor, detente!

Él volvió sobre sus pasos con pisadas iracundas.

—¿Qué sucede?

—¿Por qué caminas tan rápido?

La miró fijamente, con un ceño que habría espantado al más bragado. ¿No se daba cuenta de que estaba furioso porque ella parecía no comprender la falta que había cometido?

—¿Por qué me miras de ese modo?

—¿Por qué le permitiste que te abrazara?

—Me tomó por sorpresa.

—¡Deberías haberlo apartado, como hice yo!

—No me atreví.

—¿No te atreviste? ¿O sea que cualquiera puede tocarte? ¡Yo soy el único con ese derecho! ¿Me entiendes? —La sujetó por el mentón y aplicó presión hasta saber que la lastimaba.

Las aves le revolotearon en torno, con aleteos amenazantes.

—Diles que se calmen.

—Saite, Libertad, tranquilos.

Se posaron sobre sus hombros, y Aitor retiró la mano. Se cubrió los ojos antes de

preguntarle en voz baja y timbre ominoso:

—¿Por qué permitiste que te tocara? Hoy volviste a jurarme que solo yo...

—¡Él no me tocó como tú lo haces!

Las aves escaparon. Aitor apartó la mano de la cara y la miró con asombro.

—¡Cuando me abrazó, no sentí nada de lo que tú me haces sentir! ¡No sentí nada! ¡Nada! No quería que me abrazara —sollozó—, pero no sabía cómo pedirle que no lo hiciera sin lastimarlo.

—¡Ja! Ahora resulta importante no *lastimar* a ese imbécil.

—Es nuestro amigo —musitó, de pronto abatida.

—No es mi amigo, Emanuela. Y, ciertamente, él no quiere ser tu amigo. Él quiere ser otra cosa para ti.

—¿Qué? —Era tan genuina su sorpresa e inocencia que la ira de Aitor se disolvió.

—Quiere ser lo que yo soy para ti, Jasy. ¿Acaso no lo ves?

—No —susurró, y bajó la vista.

—Te quiere para él, Jasy.

—Pero yo te amo a ti, solo a ti.

Se miraron fijamente. Aitor luchaba con sus demonios con denuedo, consciente de que estaba comportándose como un patán. La candidez de ella, que lo excitaba como nada, también lo aterraba porque implicaba un gran riesgo: cualquiera podía apoderarse de ella.

—¿Crees que le permitiría a otro tocarme en las piernas como lo hiciste hoy en el arroyo?

La pregunta lo sorprendió. Levantó las cejas, al tiempo que se cuestionaba si ella, además del don de curar con las manos, también poseía el de oír los pensamientos ajenos.

—¿Eso crees? ¿Que cualquier hombre podría acariciarme y besarme como tú lo haces y que yo nada diría? Pues no es así. Te permito tocarme y besarme, y acariciarme porque lo deseo. Pero si fueran otras las manos, se me revolvería el estómago. ¡Saite, Libertad! —exclamó, y las aves abandonaron la rama donde se habían refugiado para regresar a los hombros de su ama.

—¡Espera, Jasy! —La aferró por la muñeca—. Perdóname.

—¿Por qué no confías en mí, Aitor? Yo confío en ti.

Él bajó la vista y apretó los párpados. La culpa se convirtió en una sensación caliente que le quemó el pecho.

—Confío en ti, amor mío. Perdóname.

—¿Piensas que por tener trece años y no saber nada de las caricias de los hombres soy tonta?

—¡No, no! Claro que no. —La sujetó por los brazos y la atrajo hacia él—. Eres la persona más cultivada que conozco. Me siento orgulloso de ti, de cuánto sabes acerca

de todo. Me siento orgulloso de ti —insistió, en un susurro.

—No deseo pelear contigo, Aitor. Pero parece inevitable.

—No, no. Perdóname.

—¿Confiarás en mí?

—A ti te confiaría mi vida, Jasy. No confío en las intenciones de los demás.

Ella bajó el rostro al recordar que no había mencionado el natalicio de Aitor a causa de la difidencia que le inspiraba Ginebra.

—Te entiendo, Aitor. Pero ¿podrías prometerme algo?

—Lo que sea.

—Que no volverás a enojarte conmigo si otros se comportan de un modo que a ti te desagrada. Porque quiero que sepas que yo jamás te faltaré. Te lo juré con mi sangre que solo sería tuya, y volví a hacerlo hoy, por ti, que eres lo más sagrado que tengo. Y sé muy bien lo que hice.

Aitor le acunó el filo de las mandíbulas y la besó en los labios.

—A veces creo que sigues siendo mi pequeña Jasy, tan inocente e indefensa, y no me doy cuenta de que ya no lo eres. Perdóname, amor mío.

—¿Me prometes que no volverás a enojarte conmigo por las acciones de los demás? —insistió ella, y en su perseverancia e implacabilidad, Aitor descubrió otra faceta de la fortaleza de su adorada Jasy.

—Lo prometo, amor mío.

—Volvamos, ya es tarde.

—Espera. —Le rodeó la cintura y se inclinó sobre sus labios—. Me gustas cuando muestras las uñas.

—No me gusta mostrar las uñas. Menos a ti.

—Pero eres hermosa cuando lo haces.

—Tú, en cambio, eres hermoso cuando sonríes.

Aitor rio por lo bajo y asintió.

—¿Así que cuando ese pusilánime de Lope te abrazó no sentiste nada? —la sonsacó, mientras le depositaba besos detrás de la oreja.

—Es así, no sentí nada.

—Y cuando yo te toco, ¿qué sientes?

Emanuela bajó los párpados e inspiró con ansias. La mano de Aitor sobre sus nalgas la había despojado de palabras. Al cabo, susurró con ánimo vencido:

—Aunque sé que no debería, a ti te dejo hacerme lo que quieras.

—¿Qué sientes, Jasy? —presionó él.

—Que estoy en el *Yvy Maraé*’y.

CAPÍTULO XIII

En los últimos días, le había seguido la huella al tiempo; necesitaba saber en qué día vivía porque el padre Ursus le había pedido que regresase antes de las fiestas patronales de la misión para echar una mano, y él le había prometido que lo haría. Después de los cincuenta latigazos, las cosas mejoraban lentamente entre ellos, y en gran parte se debía a que Aitor estaba feliz y con ánimo conciliador, aunque lo limitaba al padre Ursus, porque con sus enemigos ancestrales mantenía la actitud implacable de siempre.

Entró en el pueblo tres días antes del 31 de julio, fiesta de San Ignacio de Loyola, y enseguida percibió la efervescencia que dominaba a la gente. Se esmeraban en decorar las casas con guirnaldas de flores, hojas y frutos. Adornaban los arcos de tacuaras con hojas de palmeras y flores de la pasión para luego montarlos sobre la avenida principal, formando una especie de glorieta, por donde avanzarían los huéspedes de honor. Aitor creía haber entendido que se recibiría la visita del obispo del Paraguay y del provincial de la orden, además de la de los invitados de costumbre, los padres de las misiones vecinas. Si bien la gente esperaba con entusiasmo los festejos patronales, a él no podían importarle menos. Lo único que deseaba era ver a su Jasy. Estaba convirtiéndose en un suplicio pasar tanto tiempo lejos de ella. Tendría que buscar una solución, y pronto. Escapar, sí, pero ¿dónde la llevaría? No quería que le faltasen las comodidades a las que estaba habituada, ni que se deslomase trabajando o que pasase necesidades.

La descubrió avanzando por la plaza de armas con su canasta de potingues y electuarios calzada en la cadera, mientras conversaba animadamente con Miní, a quien llevaba de la mano. Timbé con Kuarahy en el lomo —ya prácticamente no se bajaba de allí— la seguía a unos pasos de distancia. Saite iba montado en su hombro, mientras que Libertad le revoloteaba en torno. Aitor soltó un silbido, y las aves rapaces volaron hacia él. Emanuela detuvo su conversación y levantó la vista. Aitor le sonrió desde la lejanía, en tanto le ofrecía el brazo a la macagua para que se apoyase en la muñequera; Saite lo saludó con vuelos rasantes en torno.

Un cosquilleo de anticipación le recorrió el cuerpo al ver que Emanuela depositaba la canasta en la plaza y corría hacia él. Agitó la muñeca para que el ave echase a volar y la esperó con el corazón desbocado en el pecho. Emanuela se arrojó en sus brazos y él la hizo dar vueltas en el aire, lo que le arrancó risas y exclamaciones. Pese a estar habituados al cariño que la niña santa le profesaba al luisón, las gentes se detenían y los observaban con muecas de asombro. Emanuela continuaba en sus brazos, ajena a los curiosos, y le bañaba el rostro con besos,

aunque se cuidaba de no hacerlo en la boca. A él lo asombraba que ninguno sospechase que el vínculo que los unía iba mucho más allá del fraterno. Cierto que ella siempre había sido demostrativa con él, sin contar que evitaban tocarse o mirarse como cuando estaban en la intimidad. Olivia era la única que conocía el secreto, pero no abriría la boca si sabía lo que le convenía. Aitor, igualmente, sospechaba que Vaimaca y Ñezú lo sabían, y quizá también Malbalá, aunque su madre siempre había elegido lo que deseaba saber y lo que prefería dejar fuera de su gobierno. También se acordó de Laurencio nieto, a quien le había dicho que mantuviera lejos de «su mujer» las baratijas que realizaba en la ebanistería. De igual modo, su sobrino no constituía una amenaza: no le tenía miedo, sino pánico, y cada vez que Aitor regresaba al pueblo, el muy cobarde se mandaba mudar al pueblo de la Candelaria, a la casa de su primo Rafael. Laurencio nieto tampoco abriría la boca, o sabía que volvería a partírsela.

Aitor la depositó en el suelo y tomó distancia para estudiarla. Su Jasy sonreía, y la sonrisa, que le desvelaba por completo la dentadura, le alcanzaba los ojos y le iluminaba el semblante. El ejercicio le había puesto color a sus mejillas, un rubor adorable que lo hacía pensar en que estaba más cerca de ser niña que mujer. No obstante, la notó alta y estilizada; siempre le daba la impresión de que había crecido unas pulgadas, y rogó que no llegase el día en que lo sobrepasase.

—Estás hermosa —susurró.

—Tú estás hermoso —aseguró ella, de igual modo, en un susurro—. Tu barba... Me gusta mucho —declaró, y se refrenó de acariciarlo.

—¿Me ayudas a afeitármela? Comienza a fastidiarme.

—¡Sí, por supuesto!

Aitor la acompañó a recoger la canasta y caminaron hasta la casa sin darse la mano.

—Te amo —musitó ella, con la vista al piso.

—¿Hay alguien en la casa?

—No creo —contestó, desorientada—. Mi *sy* está trabajando en el *avamba'e*, y Bruno, en la alfarería. Mi *ru* todavía está en la herrería.

Aitor entró en la casa sin detenerse en la enramada. Emanuela, en cambio, se demoró un momento para colgar la canasta en una horqueta en la pared y para agregar agua limpia en el abrevadero de los animales. Cruzó el umbral, y una fuerza sorpresiva la succionó. Aterrizó en los brazos de Aitor, quien, con la espalda contra la pared, la pegó a su cuerpo. Los pechos agitados se chocaban, mientras ellos se contemplaban con sonrisas y ojos chispeantes.

—Dímelo de nuevo.

—¿Qué?

—Lo que me dijiste camino hacia acá.

—Te amo. —Se puso en puntas de pie, se colgó de su cuello y lo repitió—. Te amo. —Lo besó con ligereza sobre los labios—. Te amo, Aitor. —Otro beso suave—. Te amo tanto. Nadie te ama como te ama tu Jasy.

Esa última afirmación lo excitó y emocionó al mismo tiempo. La intensidad de las sensaciones lo aturdió, se le atiborraron las palabras y quedó todo alborotado. Emitió un jadeo ronco y la aferró por la nuca. Ajustó el brazo con que le envolvía la parte baja de la cintura, lo que obligó a Emanuela a elevarse un poco más sobre las puntas de sus pies, y cayó sobre sus labios. Ella, atrapada, estática, hechizada, se rindió a él y lo recibió dentro de la cavidad de su boca con una entrega que solo sirvió para acabar con la poca prudencia a la que Aitor se aferraba. El beso fue terrible, voraz, impiadoso, exigente, y los dejó perplejos y acezantes, él con la frente sobre la de ella, la mano todavía en la parte posterior de su cabeza, y el brazo en su cintura. Ella, agitada y temblorosa, le hundía los dedos en la carne de los hombros.

—Y a ti, nadie te ama como te ama tu Aitor.

—Nadie —acordó ella, en un jadeo y con los ojos cerrados. Y como sabía cuánto lo necesitaba su alma atribulada, le aseguró—: Eres y serás el único para mí.

Aitor emitió un gruñido de satisfacción al tiempo que deslizaba el brazo sobre las nalgas de Emanuela y la pegaba a su erección. Le mordió el lóbulo de la oreja, y ella rio.

—Me haces cosquilla con la barba. ¿Quieres que te la rasure ahora?

Aitor se detuvo y emergió del cuello de Emanuela con aire resignado. Asintió. Aunque deseaba continuar con esos juegos de amor, sabía que era riesgoso —cualquiera de su familia podía sorprenderlos— y que él terminaría con una calentura difícil de ocultar a plena luz del día. Por otro lado, le fascinaba que su Jasy lo rasurase. Tiempo atrás, le había pedido a Tarcisio que le enseñase, y había aprendido muy bien. A nadie le habría permitido colocar una navaja cerca de su cuello, solo a su adorada Jasy.

Emanuela le aferró las manos y le estudió las uñas.

—Mmmm... —musitó, con expresión y timbre de desaprobación—. También te cortaré y limpiaré las uñas. —Se apartó unos palmos y le estudió los pies desnudos—. Las de las manos y las de los pies. Y te curaré estos cortes. Siempre traes las manos llenas de cortes y astillas.

Incapaz de contenerse, Aitor la envolvió de nuevo entre sus brazos y le habló con la boca pegada en la garganta.

—¿Y me cortarías un poco las puntas del cabello?

—Sí, haré todo lo que me pidas.

—¿Todo? —repitió él, con acento seductor.

—Sabes que sí, que siempre hago todo lo que me pides.

—Y yo te amo tanto por eso.

Emanuela se ruborizó y bajó la vista para ocultar una sonrisa. Aitor no quería perderse el arrebol de sus mejillas, así que le colocó el índice bajo la barbilla y lo obligó a mirarlo.

—Te amo, Jasy. —Lo expresó con una seriedad que borró la sonrisa avergonzada de ella—. No creo que puedas entender hasta dónde llega mi amor por ti.

—Explícamelo —le pidió, con inocente avidez.

Le acunó el rostro con las manos.

—Siempre, desde que tengo memoria, has sido lo más importante para mí, desde que eras una pequeña que dormía en una vasija cubierta con plumas de pato y yo no podía apartar mis ojos de ti. —Ella sonrió con picardía, y él la besó en los labios—. Me levantaba por la mañana y lo primero que pensaba era en verte. Y durante el día, también quería verte, estar contigo, tomarte de la mano, hacerte jugar y reír.

—Me gustaba cuando, de noche, abandonabas tu hamaca y te metías en mi cama.

—Sí —dijo él, con nostalgia—, eso a mí también me gustaba. Me gustaba mucho. Algún día, cuando nos casemos, será mi derecho dormir contigo entre mis brazos.

—Sí.

—Jasy, mi amor por ti no tiene fin.

—¿Y darías tu vida por mí como yo lo haría por ti?

—Vendería mi alma a Añá si fuese necesario para preservarte de todo mal.

—¡No, eso no! —se escandalizó ella—. Tu alma no. Prométemelo, Aitor. Mi vida no vale tanto como tu alma.

—Tu vida es lo más precioso que tengo. Emanuela —que la llamase por su nombre en esas circunstancias le cortó el aliento—, no puedo vivir sin ti. No vivo sin ti —añadió con voz baja y forzada—. ¿De qué me sirve la vida si no estás tú en ella? ¡No la quiero!

—¡Siempre estaré! —le dijo, agitada y con los ojos arrasados.

—Sí, amor mío, siempre estarás junto a mí. Solo vivo por y para eso, para que estés siempre junto a mí. Y me aseguraré de que así sea.

—¡Te eché tanto de menos! —Le echó los brazos al cuello y buscó la cercanía de su cuerpo con actitud desesperada—. ¡Llévame contigo la próxima vez, Aitor!

Le acarició la frente y la contempló con devoción. Que se lo pidiese, aunque él no estuviese dispuesto a complacerla, bastaba para dotarlo de la fuerza que necesitaba para marcharse en unos días.

—Me llevarás contigo, ¿verdad?

—No, Jasy. Aquello es muy duro, y yo no quiero eso para ti.

—No me quejaré, te lo prometo.

Aitor rio por lo bajo y la apretó hasta que la escuchó emitir un gemido ahogado; entonces, aflojó su abrazo inclemente.

—No sé por qué Tupá me premió contigo si tengo el alma negra.

—Si en verdad tuvieses el alma negra, no me amarías. —Aitor aguzó los ojos en confusión—. Si tuvieses el alma negra —continuó ella—, no sabrías cómo amar. Y yo me siento muy amada por ti.

Aitor le pasó las manos por el rostro, despejándoselo de mechones inexistentes, y lo hizo con movimientos inmoderados, mientras luchaba por disolver la pelota en la garganta y por detener el temblor en los labios.

—¿Quieres que te rasure ahora? —Él asintió—. Ve a sentarte en la enramada. Voy a buscar los utensilios.

Lo rasuró con tanta delicadeza que se quedó dormido con la cabeza apoyada en su seno, y siguió dormido aun cuando le untó la piel con el bálsamo de romero, laurel y menta. Al terminar, se quedó de pie, sosteniéndole la cabeza y observándolo dormir, hasta que un aullido de Miní lo sobresaltó.

—Tranquilo —susurró ella en su oído—. Es Miní, que me pide su comida.

—Ve a dársela.

—No. Ahora estoy contigo.

—Me quedé dormido.

—Sí.

—¿Mucho tiempo?

—No, lo que duró la rasurada y un momento más. Ahora te cortaré las uñas.

Así los encontraron Laurencio abuelo y Laurencio nieto cuando se aproximaron a la enramada. El más joven, al ver que Aitor estaba de regreso, se apresuró a despedirse de su abuelo y de Manú, y se perdió de vista. El hombre saludó a Emanuela con un beso en la frente y caminó junto a Aitor sin mirarlo, como de costumbre.

—Manú, cébame unos mates, hija.

—Sí, *ru*. En un momento.

—Ahora.

Aitor se giró sobre el tocón y le clavó la mirada de ojos celados bajo las cejas diabólicas. Sabía cómo usarlos para atemorizar a sus enemigos.

—Laurencio —expresó en voz clara, y como hacía tanto tiempo que no se dirigía a su padrastro, más aún que no lo llamaba por su nombre, el herrero y la muchacha se conmovieron—, Emanuela no es tu sierva. Si quieres mate, ve y sírvetelo tú mismo.

—Aitor... —musitó ella, y le apretó el brazo.

Laurencio se puso de pie y agitó el índice para vociferar:

—¡Ella tampoco es tu sierva y la encuentro a tus pies cortándote las uñas! ¡Manú, deja de hacer eso y tráeme el mate!

Aitor la aferró por la muñeca para impedir que se alejase.

—Emanuela se queda donde está y ya te dije que tú vayas por el mate. No lo diré

otra vez, Laurencio.

—¿Quién eres tú para darme órdenes en mi propia casa? ¡Vete de aquí, engendro del demonio!

—¡*Ru*, por favor, no lo llames así! ¡Es tu hijo!

—¿Preguntas quién soy, Laurencio? Soy el que puede hacerte mucho daño, y tú no contarías con el poder para detenerme. Antes, cuando era un niño indefenso, me golpeabas y me insultabas hasta el cansancio. Ahora, las tornas se volvieron a mi favor, y la fuerza está de mi parte. ¿Cuánto piensas que me llevaría degollarte como a un cerdo? —Desplegó la navaja, obsequio del padre Ursus, con un sonido que pareció cortar el aire.

Emanuela sollozó, y Laurencio se quitó el cuchillo de la cintura y dio un paso adelante. Se frenó de golpe cuando Aitor abandonó el tocón y lo enfrentó. Le llevaba varias pulgadas, sin mencionar que pesaba unas cuantas libras más. La vida de aserrador y hachero lo había moldeado hasta convertirlo en un hombre de una fortaleza física que Laurencio reconoció de inmediato. Masculló un insulto, escupió sobre los ladrillos de la enramada y se alejó en dirección a la plaza.

Aitor devolvió la navaja al estuche y recibió a Emanuela en sus brazos cuando lo buscó con el semblante pálido y una expresión angustiada.

—Perdón por esto —le suplicó.

—No me pidas perdón. No es tu culpa. No es tu culpa. Lo siento tanto, Aitor.

—¿Crees que me importa que me odie? Hace tiempo que no me importa. No quiero que te angusties por esto, amor mío. Que tú me ames, Jasy, eso es todo lo que necesito para ser feliz.

—Entonces, eres el hombre más feliz del mundo.

* * *

Los festejos por el día de San Ignacio de Loyola se hallaban en su apogeo. Habían comenzado en la víspera, con la llegada del obispo del Paraguay y del provincial, el padre Emanuele Querini, al que todos llamaban padre Manuel. El pueblo fue a recibirlos al atracadero y los agasajó con música de la orquesta conducida por Juan Ñeenguirú y un cortejo de autoridades engalanadas con coronas y capas bellamente decoradas con plumas de todos colores.

Además de celebraciones religiosas y procesiones, se organizaron comilonas en la plaza de armas, para las cuales se carnearon treinta vacas y se asaron junto con mandiocas, papas, calabazas, batatas y cebollas. Se bebían infusiones y jugos de frutas, y pese a que el alcohol estaba prohibido en la misión, se introdujeron furtivamente algunas garrafas con chicha, que ocasionaron algunos altercados. Al terminar las celebraciones, las celdas de la cárcel estaban llenas.

Se representaron escenas de la vida de San Ignacio, se organizaron bailes, se interpretaron piezas sacras del padre Doménico Zipoli, de Pachelbel y de Händel, y se realizaron desfiles militares. El coro de niños, que cantó un melodioso *Miserere*, compuesto por el propio Juan Ñeenguirú, mereció las felicitaciones del obispo. El pueblo disfrutaba y participaba activamente. Como anfitriones, todos daban una mano, aun los más pequeños, que iban detrás de los invitados de honor sosteniendo largas hojas de palmeras o de güembé para hacerles sombra.

Aitor contemplaba con ojos aguzados y un aire aburrido que ocultaba un profundo desprecio. A él, esa mascarada lo atraía poco y nada; no obstante, se mantenía cerca para vigilar que nadie molestase a Emanuela. Durante ese tipo de festejos, la gente solía perder las inhibiciones y se volvían más atrevidos, lo que resultaba en un asedio a la niña santa para pedirle favores y para tocarla. Sobre todo, Aitor se mantenía atento a Laurencio nieto, que en esa oportunidad no había escapado a refugiarse a la Candelaria pues se habría reputado una gran falta de respeto no participar de las patronales. El chico guardaba distancia, aunque siempre la buscaba con los ojos. Cansado de que la mirase como si estuviese dispuesto a robársela, Aitor se encaminó hacia él, que, al verlo aproximarse, se caló el chapeo sobre la frente y echó a correr en dirección a su casa.

Del único número que Aitor participó fue del desfile militar, y lo hizo no porque estuviese obligado a marchar con su compañía de la caballería —a él, en realidad, nadie lo obligaba a nada—, sino porque a Emanuela se le iluminaban los ojos cada vez que lo veía montado y con su uniforme. Y fue en esa ocasión que, buscando a su Jasy entre el público, avistó al grupo de esclavos africanos que, desde hacía unas semanas, vivía en la misión. No era inusual que los negros, propiedad de la Compañía de Jesús, se desplazaran entre los pueblos para ayudar a recolectar la yerba, en las construcciones o en las sementeras. Sin embargo, nunca habían estado en San Ignacio Miní. Aitor recordó aquella oportunidad, más de catorce años atrás, cuando vio una negra por primera vez, en las calles de Asunción. Lo había impresionado en su mente de niño. Ahora, como adulto, lo atraían sus rasgos tan peculiares y su color tan oscuro, mucho más oscuro que el de los guaraníes, que tiraba al rojizo, como si buscasen mimetizarse con la tonalidad de la tierra.

El grupo de esclavos tenía prohibido participar de los festejos y relacionarse con la gente del pueblo. No obstante, se les permitía observar de lejos y comer las sobras del asado. En tanto su caballo se aproximaba al sector donde se hallaban los negros, Aitor descubrió que una de ellos lo miraba con una fijeza deliberada. Le sonrió con impudicia cuando sus ojos hicieron contacto. La estudió de arriba abajo, y la encontró muy atractiva con su pañuelo blanco envuelto en la cabeza y el vestido que se le ajustaba en la cintura delicada y que no le cubría por completo las pantorrillas, fuertes y bien torneadas. Apartó la vista y volvió a columbrar entre las gentes para ubicar a

Emanuela.

* * *

El domingo 3 de agosto, último día de visita del obispo y del provincial, Aitor se puso de mal humor cuando el hermano Pedro fue a buscar a Emanuela por la tarde. Los huéspedes pedían conocerla. Durante su estadía, habían oído tanto acerca de la niña santa, que no se marcharían sin hablar con ella. Desde el milagro de la curación de Juana, la joven madre gravemente afectada de fiebres tercianas cuando Emanuela era apenas una recién nacida, pasando por la «resurrección» de Laurencio abuelo hasta su actual desempeño en el hospital, donde los enfermos sanaban más rápidamente —el padre van Suerk servía de testimonio—, todo había llegado a oídos de los prelados.

Emanuela entró en la casa de los padres escoltada por su padre Laurencio y sus hermanos Bruno y Aitor. Malbalá tenía vedado el acceso, como toda mujer mayor de catorce años, por lo que aguardó en el pórtico, con Miní de la mano y Timbé a sus pies, ya que el hermano Pedro no les había permitido el ingreso. Saite y Libertad la esperaban posadas en el alféizar de la ventana. La caburé lo hacía con tranquilidad; Saite, en cambio, golpeaba el vidrio con el pico.

—¿Y esas aves? —se interesó el provincial.

—Son de Manú, Excelencia —explicó Ursus—. Las ha criado desde que eran pequeñas y la siguen a todas partes.

—Son aves rapaces —comentó el obispo, que se había acercado a la ventana.

—Sí, lo son.

—¿No corréis riesgo de que se alimenten con vuestros animales de corral?

—Oh, no, Excelencia. Manú las ha educado muy bien. Saite y Libertad jamás lo harían.

—¿Estáis seguro, padre Ursus? —insistió el obispo—. La presencia de dos aves rapaces en la misión podría constituir la explicación de esos sucesos escalofriantes que me ha mencionado vuestro provincial, los de los animales descorazonados.

Ursus sintió que las mejillas se le coloreaban bajo la barba. La matanza de animales durante las noches de luna llena era una espina en su costado que nunca había conseguido arrancar.

—No, Excelencia. Le aseguro que las aves de Manú no tienen nada que ver en esos sucesos. En ellos se advierte claramente la mano del hombre.

—¿Y ese aullido? —se sobresaltaron al unísono los dos invitados.

—Es el carayá de Manú —explicó el hermano Pedro—. Está fuera con Malbalá. No le permití el acceso.

—¿Qué es un carayá?

—Un simio, Excelencia —volvió a explicar Ursus—. Él también está con Manú desde que era un recién nacido.

El obispo elevó las cejas en un gesto de asombro, y caminó hacia la que apodaban niña santa. Emanuela mantuvo la vista al suelo como le había indicado Malbalá, mientras el prelado la estudiaba con una sonrisa que Aitor le había borrado de un trompazo. Dio un paso delante, la aferró por la muñeca y la alejó del alcance del clérigo cuando este intentó acariciarle la mejilla. El hombre, atónito, se lo quedó mirando.

—No la toque —le advirtió en guaraní.

—¿Qué ha dicho? —preguntó el obispo, mientras alternaba miradas confundidas entre el muchacho con el color de ojos más extraño que había visto y los sacerdotes ubicados detrás de él.

—Aitor —habló el padre Ursus, con timbre nervioso—, al igual que todos los hermanos de leche de Manú, es muy celoso de ella.

—¿Qué ha dicho? —insistió el clérigo.

—Ha pedido que no la toque.

El rostro del anciano se tiñó de un intenso rojo carmesí, que le trepó por la pelada y se le confundió con el escarlata del solideo.

Ursus se aproximó a Aitor con paso decidido y le ordenó:

—Retírate. Ahora.

—*Pa'i...*

—¡Retírate!

Un destello que no recordaba haber visto en los ojos oscuros de su *pa'i* Ursus, una furia que también parecía ser una súplica, lo llevaron a asentir en una inusual muestra de sumisión. Aitor se calzó el chapeo y se marchó. Malbalá se hizo a un lado para dejarlo pasar.

—Hijo... —lo llamó, pero Aitor echó a correr y no le prestó atención.

—Le pido disculpas por este altercado, Excelencia —se disculpó Ursus—. El muchacho no pretendía faltarle el respeto. Solo...

—¡Pero lo ha hecho, padre Ursus!

—Como le digo, sus hermanos de leche la protegerían con sus vidas, si fuese necesario —argumentó, en un intento por aplacar al prelado—. Han sido sus mejores guardianes, y yo estoy tranquilo pensando que la familia Ñeenguirú la atesora.

—Pero debería de saber ese impertinente que yo no le haría daño. ¡Soy el obispo del Paraguay! Espero que sea castigado como se merece por esta falta inaceptable de respeto.

—Lo será, Excelencia. Yo mismo me ocuparé de eso.

* * *

La rabia llenó de lágrimas los ojos de Aitor, y mientras se le escurrían por las sienes, corría sin tregua ni rumbo. Corrió hasta alcanzar la zona de las barracas donde dormían los esclavos. A medida que el rugido de la sangre que le pulsaba en los oídos fue mermando, el sonido de tambores y cantos en una lengua desconocida ganó preponderancia. Caminó, intrigado, hacia el sector del cual emergía una luz dorada que titilaba. Los esclavos, en torno a un gran fuego, bailaban, cantaban y golpeaban unas cajas peculiares, que marcaban el paso de la danza. Se acercó, atraído por el espectáculo de las mujeres sacudiendo las caderas y los senos como jamás había visto. Una, de curvas generosas y que bailaba con especial gracia, ejecutaba unos movimientos que semejaban al zigzagueo de una serpiente. La reconoció después de una atenta observación: era la que lo había mirado con actitud coqueta durante el desfile. La rabia se le iba mezclando con la excitación que le provocaba imaginarla a horcajadas sobre él, mientras la muchacha replicaba esos vaivenes con su pene dentro.

Los tambores fueron deteniéndose y los cánticos, acallándose. Lo habían visto. Los indios tenían prohibido acercarse a ese sector del pueblo mientras los esclavos permanecían en la misión, por lo que su presencia provocó miradas sorprendidas y comentarios mascullados. Aitor, ajeno a la curiosidad que suscitaba, clavaba la vista en la negra, que se la devolvía con igual descaro y aire desafiante. Le sonrió con malicia, un gesto en el que ladeó la comisura izquierda y entrecerró los ojos, y la negra replicó con una mueca parecida. Se giró para alejarse y, luego de dar dos pasos, se volvió y la miró con intención. Los esclavos rompieron el círculo para permitir que su bailarina favorita saliese. Nadie habló, ni trató de detenerla cuando la mujer marchó detrás del indio.

Aitor sabía que la negra lo seguía. Caminó hacia la barraca donde se encontraba con Olivia. Se detuvo a las puertas y esperó. Era noche de luna llena, por lo que, cuando la silueta emergió del sector sumido en sombras, la luz iluminó de lleno a la negra, que se aproximaba a paso lento. Aitor apreció el meneo de sus caderas y la sonrisa que le desvelaba unos dientes blanquísimos. Había oído hablar acerca de la naturaleza lasciva de las africanas; se afirmaba que eran insaciables y expertas. La impotencia vivida frente al obispo y la excitación lo volvieron intemperante, por lo que, cuando la tuvo a mano, la aferró por el cuello y la atrajo hacia él. Sus labios se aplastaron sobre los de ella, que abrió la boca para reír. Soltó un aliento agradable. Como Aitor no hablaba prácticamente el castellano y la negra no hablaba el guaraní, se comunicaron a través de la atracción y de la lujuria que los dominaba. La muchacha se dejó guiar, confiada, hacia la barraca, donde se desvistieron en silencio, mientras se miraban a los ojos.

Ensobercidos por sus propios gemidos y jadeos, no escucharon el chirrido de los goznes del portón. Olivia entró, con un fanal en alto, y buscó a Aitor entre las

sombras, segura de que lo hallaría esperándola. Profirió un alarido al descubrirlo entre las ancas de la negra.

—¡Aitor!

La cabeza de este emergió de entre los senos de la esclava y giró hacia el sector del cual provenía la voz que conocía bien. Le destinó una sonrisa sórdida por lo perversa.

—¿Te gustaría unirme a nosotros, Olivia? Eres bienvenida.

La joven sofocó un grito de indignación.

—¡Dicen la verdad cuando te llaman *Aña memby*! ¡Eres el hijo del diablo!

Huyó cubriéndose la boca para esconder el llanto.

* * *

Emanuela se rebullía en la cama; no encontraba una posición cómoda, no lograba conciliar el sueño. La taquicardia que se había desatado en la casa de los padres, cuando su *pa'i* Ursus echó a Aitor, no se había quietado con el pasar de las horas; por el contrario, se intensificaba en tanto la noche avanzaba, silenciosa, y Aitor no regresaba. Su hamaca permanecía vacía. ¿Adónde habría terminado? ¿Habría regresado al monte sin despedirse de ella? El pensamiento le provocó dolor de estómago. Se colocó de costado y pegó las rodillas al pecho. No lo haría, su Aitor no sería tan cruel de marcharse sin avisarle, aunque en ocasiones, caviló, solía serlo, cruel y despiadado, sobre todo cuando los celos lo turbaban al punto de convertirlo en un ser irracional. De seguro, estaba rabioso con ella porque no le había exigido al obispo que apartase la mano. Intentó espantar esa idea recordando que él le había prometido que no la culparía por las acciones de los demás. Se reprochó no haber corrido detrás de él. Un instante después se consoló reflexionando que su huida solo habría servido para empeorar las cosas. «No me abandones, Aitor», le suplicó en su mente, y alzó aún más las rodillas, hasta colocarlas bajo el mentón.

También la atormentaba la ansiedad por el castigo que le impondría su *pa'i* Ursus. Faltarle el respeto al obispo, ¡nada menos que al obispo!, le merecería varios azotes, no tenía duda al respecto, y tal vez unos días en prisión. Por fortuna, los invitados de honor se marcharían con las primeras luces del sol, y no se quedarían para sumarse a la humillación de su amado. Se echó a llorar, y lo hacía tan apocadamente que no tuvo dificultad en oír a Aitor cuando se tambaleó dentro de la casa. ¿Estaba ebrio? El alma se le precipitó, y con ella se llevó la sangre de su rostro, que se tornó frío en la noche de invierno. Se incorporó en la cama sobre un codo y aguzó la vista para observarlo en la penumbra. No, no estaba ebrio. Agotado, sí, pero no ebrio. Ella conocía bien el caminar de un hombre borracho. Lo vio quitarse la camisa por la cabeza, la de algodón blanquísimo de Castilla, la que ella le había confeccionado con

tanto amor, y echarla al piso de ladrillos sin consideración. Dolida, se recostó de nuevo y aguardó a que se aproximase a su cama, como solía hacer. Esperó y esperó. Hacía rato que el silencio había vuelto a reinar en el interior de la casa. Se incorporó una vez más y descubrió que Aitor dormía en su hamaca. Ni siquiera se había molestado en comprobar si ella estaba bien. Se acomodó sobre la almohada, deprimida y con las ilusiones destrozadas, y se dijo que amarlo, en ocasiones, la hacía infeliz.

* * *

Al día siguiente, cerca del mediodía, Emanuela se encontraba en la enramada, ocupada en preparar una vulneraria con astillas de guayacán para tratar la tisis de una pobre viuda. Por fortuna, el obispo y el provincial se habían marchado al amanecer, y el pueblo, pasadas las fiestas patronales, recuperaba poco a poco la rutina y la disciplina marcada al son de las campanas. Detuvo el ir y venir de la cuchara de madera cuando escuchó ruidos dentro de la casa. Aitor, por fin, se despertaba. Aguardó con el aliento contenido hasta que lo vio detenerse bajo el dintel, con la misma camisa del día anterior, que ella se había molestado en recoger del piso y colgar en el horcón, y mientras se ataba malamente una coleta. Miraba hacia delante, hacia un punto indefinido, y no pestañeaba. Emanuela se preguntaba si sabía que ella estaba allí, a pocos palmos de él, junto al fogón. Tenía la cara hinchada de sueño y una mueca de mal humor. ¿Adónde había ido después de abandonar la casa de los padres? Esa mañana se había inclinado para besarlo en la frente, y el aroma poco familiar de su piel le había acicateado las fosas nasales, no por desagradable, sino por desconocido.

—Aitor —susurró, para no sobresaltarlo, y él se volvió súbitamente.

Se contemplaron en silencio a través del espacio de la enramada. Emanuela sonrió como una invitación para acercarse o permitirle ir a él. La mirada de Aitor se suavizó de inmediato. Estiró la mano.

—Ven —dijo, y Emanuela colocó la cuchara sobre el borde de la vasija, se limpió las palmas en el mandil y caminó hacia él.

Aitor la envolvió en sus brazos y le besó la coronilla. Emanuela le circundó la cintura y buscó fundirse en su pecho. La camisa emanó el mismo aroma extraño de su piel, y se retiró en un acto instintivo.

—Anoche estaba preocupada. ¿Dónde estabas?

—Por ahí, esperando a que se me pasase la rabia.

—Tenía miedo de que te hubieses ido sin despedirte.

—Sabes que no haría eso, Jasy.

Se miraron a los ojos. Él, con una gravedad que no conseguía suavizar; ella, con

miedo.

—No volvió a tocarme —musitó.

Aitor asintió y devolvió la vista hacia delante.

—Tengo miedo.

—¿De qué? —preguntó él, sin mirarla.

—Del castigo que te impondrá mi *pa'i* Ursus por haber irrespetado al obispo.

—Yo no irrespeté a ese viejo. Solo le dije que no te tocara.

—Lo sé, pero mi *pa'i* y el obispo lo interpretaron como una insolencia. ¿Por qué no te vas al monte ahora? Tal vez, cuando regreses, se le haya pasado el enojo. Yo hablaré con él.

—Creo que es tarde para eso, Jasy. Ahí viene mi *pa'i* y toda una comitiva para impartirme el castigo.

—¡Oh, no! —Emanuela hundió los dedos en la cintura de Aitor.

Aitor frunció el entrecejo al distinguir al corregidor del pueblo, es decir, a su tío Palmiro, entre los que integraban el grupo que venía para comunicarle la condena. También estaban los alcaldes, el de primero y el de segundo voto, además del alguacil mayor y sus ayudantes. El Cabildo completo venía a tirarle de las orejas por haber faltado el respeto al obispo. Le pareció excesivo; solo se trataba de una falta menor.

La comitiva se detuvo frente a la enramada. El padre Ursus y el padre Santiago (¿qué diantres hacía ahí el padre Santiago, que jamás se inmiscuía en los asuntos de la misión?) se acomodaron a un costado, como si fueran meros espectadores. La gente se comenzó a reunir en torno.

—Aitor Francisco de Paula Ñeenguirú —habló el alguacil—, en nombre de la autoridad que me concede el Cabildo de San Ignacio Miní, te declaro en arresto.

—¿De qué se me acusa? —preguntó, y ladeó la boca en una sonrisa sardónica.

—Del asesinato de la esclava María de los Dolores García.

—¿De qué estás hablando, Dalmacio? —Aitor caminó hacia él, con Emanuela pegada a su cuerpo—. ¡De qué mierda estás hablando!

El alguacil retrocedió, y Palmiro Arapizandú se interpuso.

—Tranquilo, Aitor. —Su voz bastó para detenerlo. Aitor apartó la vista del oficial de justicia y la posó sobre su tío—. La esclava María de los Dolores García apareció muerta esta mañana dentro de la porqueriza. Degollada. En la mano, sujetaba esto. —Palmiro extendió el brazo y le mostró un objeto manchado con barro; no obstante, Aitor lo reconoció de inmediato: una de las muñequeras que le había confeccionado Emanuela. Con razón no la encontraba por ningún lado al despertar—. Muéstrame la que llevas puesta, Aitor.

—No es necesario. Esa muñequera es mía.

—También hallamos esto —se atrevió a intervenir el alguacil, y le enseñó la navaja, regalo del padre Ursus, también muy sucia, con sangre y barro, pero

reconocible igualmente.

Aitor apretó a Emanuela al escucharla gimotear.

—Yo no asesiné a esa esclava.

—Tenemos un testigo que asegura que estuviste con ella anoche.

«Olivia», masculló Aitor para sí, y le dieron ganas de acogotarla. No quería que Emanuela fuese testigo de los trapos sucios que se ventilarían.

—Jasy —le susurró—, quiero que vayas a casa de mi *jarýi* y te quedes allá.

—No.

—Jasy, por favor.

—¡No! —Ajustó su abrazo—. ¡No te dejaré!

—Aitor —lo instó Palmiro Arapizandú—, ¿qué tienes para decir?

—Que haya estado con ella anoche no significa que la haya asesinado.

—La evidencia en tu contra es aplastante.

—¡Por favor, tío Palmiro! —se exasperó Aitor—. Es obvio que se trata de una celada que alguien me ha tendido para deshacerse de mí. ¿Crees que sería tan estúpido de asesinar a una mujer y regar el lugar con pruebas para inculparme?

—Puede ser, pero hasta tanto este caso se esclarezca, tendremos que arrestarte.

—¡Noooo! —El grito de Emanuela congeló a los ayudantes del alguacil que se aproximaban para engrillarlo—. ¡Aitor no la mató! ¡Él no es un asesino! ¡Por favor, tío Palmiro, tú sabes que él no asesinaría a nadie!

—Lo siento, querida Manú —se acongojó el hombre—, pero tendremos que arrestarlo.

Emanuela estaba acordándose de lo que le había referido Bruno, que a su vez le había contado Juan, de ese hombre en la doctrina del Yapeyú, que había asesinado a su esposa a cuchilladas y que se lo habían llevado al fuerte de Buenos Aires para juzgarlo. Allí había pasado varios meses, en las mazmorras, para después morir ahorcado en la Plaza Mayor. La imagen de su amado Aitor colgado, sin vida, la privó del aliento, del razonamiento, de la capacidad de moverse. Había perdido contacto con la realidad; el entorno se había cubierto de una luz incandescente que vibraba al ritmo de sus pulsaciones. Lo único que percibía era el calor del cuerpo de él que le subía por las yemas de los dedos. Reaccionó cuando alguien intentó apartarla de su amado. No se dio cuenta de que se trataba de Bruno, que había abandonado la alfarería cuando le advirtieron lo que estaba sucediendo en su casa.

—¡Noooo! —gritó—. ¡Aitooooor! ¡Noooo!

Sus alaridos, penetrantes, agudos y desquiciados, resultaban perturbadores. Emanuela luchaba para zafarse, y gritaba, y lloraba, y se ahogaba, y vociferaba el nombre de Aitor, una y otra vez, incansablemente. Tenía la impresión de que, si permitía que se lo llevaran, nunca volvería a verlo.

Sus mascotas —todas, aún el anciano Kuarahy y la perezosa Timbé—, en

completo descontrol, aullaban y chillaban, lanzaban tarascones, manotazos y picotazos en torno a ella, y si no lastimaban a Bruno, que era quien la privaba de la libertad, era porque lo querían y respetaban tanto como a Manú.

Aitor, con las manos engrilladas en la espalda, comenzó a alejarse rodeado de sus carceleros, y los alaridos de Emanuela arreciaron, clamores agudos que horadaban el silencio en el que se había sumido el pueblo. La gente, que siempre la había conocido alegre, tranquila y juiciosa, la observaba con los ojos como platos. Ursus, con la vista nublada a causa de las lágrimas, pensaba: «Señor mío y Dios mío. Qué fuerte es el lazo de amor que se creó entre estos dos aquella noche, más de trece años atrás, en las orillas del Paraná. Es lo más fuerte y poderoso que he visto. Más fuerte y poderoso que mi fe en ti. Ayúdalos».

Aitor, a quien cada clamor y alarido de Emanuela lo alcanzaba como un puñetazo en el corazón, se detuvo al pasar junto a Ursus y, sin levantar la cabeza, le suplicó:

—*Pa'i*, ten compasión de mi Emanuela. Permíteme calmarla antes de irme. No puedo dejarla en ese estado. Temo que le haga mal.

—Sí, hijo —concedió el jesuita, y, con un gesto de cabeza, le ordenó a Bruno que la soltase.

Al sentirse libre, Emanuela se precipitó hacia Aitor, y la gente se abrió para darle paso. Tropezó a unas pulgadas de él y se aferró de sus brazos para no caer. Hundió el rostro en su pecho y lloró a gritos. Aitor agitaba las muñecas en una acción automática, desesperado por abrazarla, mientras la besaba en la coronilla. Se exhortó a tranquilizarse y a no perder el juicio; lo único que contaba en ese momento era serenarla. Comenzó a sisearle al oído y a repetir el nombre con el que solo él la llamaba.

—Shhh... Mi Jasy... Shhh... Tranquila, amor mío. Tranquila. Shhh...

Le partían el corazón los esfuerzos de Emanuela por frenar el llanto, y la manera en que se le sacudía la cabeza a causa de los espasmos ocasionados por el llanto incontrolable. Aún no respiraba con normalidad, pero al menos se había apartado de su pecho y tomaba largas inspiraciones para regularizar las pulsaciones. No lo miraba, sino que fijaba la vista en un punto de su camisa. Volvió a inclinarse para hablarle al oído y la besó primero en la mejilla, caliente, empapada y enrojecida.

—Quiero que te quedes tranquila y me dejes ir.

—Nooo —gimoteó ella, y le hundió un poco más los dedos en la carne de los brazos.

—Sí, quiero que te quedes tranquila. Nada malo va a sucederme. Resolveré este malentendido. Confía en mí. ¿Confías en mí? —Emanuela asintió, sin mirarlo, y la pena que le causó ese simple gesto casi lo puso de rodillas—. Entonces, no quiero que te preocupes por esto. Nada malo me sucederá. Volveré a ti, amor mío.

—Tengo miedo. —A Aitor le costó entenderla, tan tomada y rasposa tenía la voz.

—Sé que tienes miedo, pero no quiero que lo tengas. Necesito que mi Jasy sea valiente por mí. Saldré de esta, amor mío, y podremos ser felices. Solo quiero que me jures una cosa.

Eso captó la atención de la niña, que levantó las pestañas para mirarlo. Tal vez, reflexionó, una visión tan detallada del rostro de su Jasy en ese momento no resultaba una buena idea. De nuevo, le vinieron ganas de permitirles al abatimiento y a la pena que se hicieran con los pocos arrestos que le quedaban y caer de rodillas y llorar a gritos. Los ojos enormes e inyectados de su Jasy, más azules que nunca en la maraña de pequeñas venas enrojecidas, colmados de un amor infinito que él no merecía, inocentes en su confianza, la que él había traicionado, serían una imagen que lo perseguiría para siempre, lo sabía.

—Quiero que me jures que crees en mi inocencia. —Emanuela ahogó un sollozo y volvió a hundir el rostro en su pecho—. Dímelo, Jasy. Solo necesito saber que tú crees en mi inocencia.

—Sí, creo en tu inocencia. Nadie me hará creer lo contrario.

—Óyeme bien, Jasy. En estos días te dirán cosas muy feas de mí. Tengo muchos enemigos que quieren desprestigiarme. Prométeme que tú no darás crédito a nada de lo que te digan.

—Te juro que no daré crédito a nada de lo que digan en tu contra.

—Si tú crees en mí, entonces tengo la fuerza para enfrentar lo que se me viene encima.

—Creo en ti, amor mío.

Era la primera vez que lo llamaba así, «amor mío», y por un instante Aitor se quedó sin habla. Tragó varias veces antes de pedirle:

—Dímelo de nuevo. Dime amor mío.

—Amor mío —susurró ella en su oído—, amor mío. Amor de mi vida. Te amo, Aitor.

—Espérame, Jasy. Volveré por ti.

—Te esperaré la vida entera, si es necesario.

—Suficiente —intervino el alguacil mayor, y, con la ayuda de sus ayudantes, lo condujo hasta la prisión.

Aitor se permitió volver la vista solo una vez, y experimentó alivio al ver que el padre Ursus consolaba a Emanuela y la mantenía segura entre sus brazos. A pocos les habría confiado la vida de su mujer. Su *pa'i* contaba entre ellos.

* * *

Comenzaba a ponerse el sol. Aitor lo sabía porque la poca luz que ingresaba por un ventanuco cerca del techo mermaba minuto a minuto. Lo habían mantenido en la

celda todo el día. Nadie se presentó a verlo, solo Javier, el carcelero y verdugo del pueblo, que le había llevado un poco de caldo de gallina y pan. No cruzaron palabras; Javier, porque le temía; Aitor, porque lo detestaba; no olvidaba que le había latigueado el lomo a su Jasy, y lo tenía sin cuidado de que lo hubiese hecho sin querer. Al anochecer, cuando la celda se hallaba sumida en la oscuridad, el carcelero regresó y le entregó una lámpara de aceite, un plato con guiso de legumbres, carne de vaca y zapallo y una calabacita con mate. En esa ocasión, sin embargo, le comentó:

—Lo ha traído tu madre.

Aitor devoró el guiso todavía caliente y después se sentó en la litera para saborear el mate, más tranquilo después de haber saciado el hambre. Fijaba la vista en la llama del fanal y pensaba en Emanuela, en su entrega y devoción, que había expuesto ante todos sin preocuparse por las consecuencias. Nunca olvidaría los alaridos de terror que profirió al ver que se lo llevaban. Se le repetían en la mente, una y otra vez; estaban volviéndolo loco. Apretó los ojos y percibió el calor de las lágrimas bajo los párpados. De esa situación endiablada, lo que más lamentaba era haberle causado una pena tan honda a su Jasy. ¿Qué estaría haciendo en ese momento? ¿Lloraría? ¿Se habría dormido? Ya era muy tarde, calculó.

La puerta de la celda volvió a abrirse. Se pasó rápidamente el dorso de la mano por los ojos; no quería que el carcelero lo descubriese llorando. Se puso de pie de un salto cuando Ursus entró y cerró detrás de él. Él mismo acarreaba una silla que colocó cerca de la litera. Miró a Aitor a los ojos antes de suspirar y dejarse caer en la silla. Había sido una jornada larga y difícil. Aunque con el corazón destrozado y la mente en el caso de la negra María de los Dolores, había continuado con las actividades de la misión como cualquier otro día. Había meditado largamente lo que estaba a punto de llevar a cabo, incluso lo había consultado con las dos personas a quienes más respetaba por su juicio y prudencia: su amigo Santiago de Hinojosa y el corregidor Palmiro Arapizandú. Pocos minutos antes, habían terminado de deliberar y llegar a la misma conclusión: Aitor no podía ser culpable. Era demasiado hábil y escurridizo para haber cometido tantos errores que lo incriminasen. De todos modos, la Justicia no interpretaría las pruebas con los mismos ojos. La condena a muerte estaba prácticamente cantada. Quien había pergeñado el asesinato, quería inculpar a Aitor, de eso no cabía duda. Y él no estaba dispuesto a que se cometiese una injusticia de tal calibre. Ahí lo tenía, sano, magnífico, aguerrido, entero, sereno, un ejemplar de hombre como pocos. Imaginarlo colgado en la horca le provocaba dolor de estómago. Esa vitalidad y coraje no se perderían a causa de los amañes de algún perverso que lo odiaba.

—Siéntate, hijo. He venido para hablar contigo.

—¿Cómo está Emanuela?

Ursus hizo una mueca de preocupación y se sentó.

—¿Cómo está ella, *pa'i*?

—El padre van Suerk debió darle una tisana a la que agregó un poco de láudano.

—¿Láudano? ¿Qué es eso?

—Es el extracto del opio, una planta que contiene una sustancia muy fuerte que sume a las personas en un sueño muy profundo. —Levantó la mano para acallarlo—. Antes de que comiences a vociferar insensateces y a romper lo poco que hay aquí, he de decirte que tu abuelo Ñezú estuvo de acuerdo. No ha parado de llorar desde la mañana y de suplicarme que te deje ir. No ha querido comer, ni beber cosa alguna. Estaba macilenta, los labios resecaos y al borde del quebranto. Era menester tranquilizarla.

Aitor apartó el rostro y se mordió el puño para sofrenar el llanto, más bien los rugidos que le agarrotaban la garganta. Destrozaría con sus dientes y sus manos al hijo de mala madre que le había urdido esta trampa, y no lo asesinaría por él, sino por hacer sufrir a su Jasy.

Ursus le puso una mano en el hombro y aplicó presión antes de decir:

—Coraje, hijo mío. Ella está dormida ahora. Tu madre vela su sueño.

No le mencionaría, porque lo volvería loco de la angustia, que de tanto llorar y suplicar, Emanuela había terminado con la garganta lastimada y escupiendo sangre. Fue en ese momento en que van Suerk y Ñezú intercambiaron una mirada. El *paje* asintió, y el médico holandés se marchó para preparar una infusión de ambay con miel silvestre, a la que adulteró con una buena medida de láudano.

—Toma, hija —le había ofrecido van Suerk—. Es una tisana de ambay. Te suavizará la garganta.

—Gracias, *pa'i* —dijo, con voz enronquecida—, pero no creo que pueda tragarla.

Ñezú tomó la taza de manos del médico y se sentó junto a ella.

—Mírame, Manú. —La niña obedeció—. Quiero que tomes un primer trago. Será difícil hacerlo pasar, lo sé. Pero lo necesitas. Una vez que pase el primero, con los demás será más fácil. Hazlo por Aitor, que enloquecería de dolor si supiera que estás escupiendo sangre.

—Está bien. —Dio un primer sorbo y apretó los párpados cuando el brebaje descendió por la garganta lastimada—. No abandonarán a Aitor a su suerte, ¿verdad, *pa'i*?

Ursus se acercó y le quitó de la frente un mechón empapado en sudor y lágrimas.

—No, Manú. ¿Cómo crees? Bebe un poco más de tu tisana. Te hará bien.

Sorbió unos tragos y alzó la vista de nuevo.

—Tú crees en su inocencia, ¿verdad, *pa'i*?

—Sí, hija, sí. Quédate tranquila, nada malo le ocurrirá. Sigue bebiendo. Tienes la garganta muy lastimada, Manú.

—Sí. —Bebió en silencio, con los ojos en el suelo, que luego levantó y fijó en el

corregidor—. ¿Y tú, tío Palmiro? Tú crees en la inocencia de Aitor, ¿verdad?

—Sí, mi niña. Aitor es como un hijo para mí. Yo mismo lo convertí en el gran cazador y aserrador que es. Lo conozco como a la palma de mi mano. Sé que no sería capaz de una bajeza semejante.

Emanuela bebió los últimos tragos de la tisana de ambay, y poco después, los párpados comenzaron a pesarle.

—Tengo mucho sueño —protestó, y daba pena verla luchar para vencer el sopor.

—Ven, mi niña —dijo Ñezú—. Te acompañaré a tu casa. Debes descansar.

Ñezú abrió la puerta de la casa de los padres y se topó con Malbalá, cuyo rostro de ansiedad y angustia conmovió a los hombres.

—Llévala a casa, Malbalá —ordenó Ñezú—. Acuéstala apenas llegues. Tiene que dormir. Está agotada.

—Como mandes, *ru* —contestó la mujer, y pasó el brazo por los hombros delgados de Emanuela, que apoyó la cabeza sobre el regazo de su madre adoptiva; de pronto, le pesaba como si fuese de plomo.

Ursus conjuraba las escenas de esa tarde, mientras contemplaba el gesto amargado de Aitor.

—Anímate, hijo. Emanuela ha peleado por ti como una leona y en parte le debes a ella lo que estoy a punto de llevar a cabo. Pero antes, quiero escucharte en confesión. —Sacó la estola morada del bolsillo de su sotana negra y se la acomodó detrás del cuello y sobre el pecho—. Ave María Purísima.

—Sin pecado concebida, *pa'i*.

—Dime tus pecados, hijo.

—*Pa'i*, son tantos... No sabría por dónde empezar.

—Empieza por lo que sucedió anoche. ¿Estuviste con la esclava María de los Dolores?

—Sí.

—¿Fornicaste con ella?

—Sí, *pa'i*.

—¿Te arrepientes?

—Sí. —Aunque, meditó Aitor, no por lo que el *pa'i* pensaba, sino por lo que su momento de debilidad estaba causándole a él y, sobre todo, a Jasy. Tal vez, si no se hubiese acostado con la negra, el enemigo no la habría utilizado para inculparlo.

—¿Es la primera vez que cometes el pecado de fornicación?

—No, *pa'i*.

—Ya veo.

—Soy hombre, *pa'i*, y el deseo es fuerte.

—Y la carne, débil.

—Así es. Pero yo no maté a la esclava. La dejé viva cuando me fui. Sé que tengo

muchos enemigos en este pueblo, y que a varios les gustaría verme muerto, así que supongo que alguno de ellos me tendió esta trampa.

—Es lo que sospechamos tu tío Palmiro, tu *pa'i* Santiago y yo. Y así como sé que me mentiste aquella vez, cuando me dijiste que tú no te habías disfrazado de lobisón y asustado a tu sobrino Laurencio, ahora sé que dices la verdad.

Aitor guardó silencio y se limitó a mirarlo a los ojos. Había tanta arrogancia y seguridad en él, que Ursus no pudo evitar admirarlo.

—En aquella oportunidad, cuando asustaste a Laurencio nieto, te ocupaste de crear una coartada para protegerte. Fuiste hábil y le pediste la llave de la torreta al padre Santiago. ¿Por qué, a esa temprana edad, harías algo tan inteligente, y ahora, con más de dieciocho años, regarías de pruebas en tu contra la escena del crimen?

—Además, no tenía motivos para matarla. ¿Por qué lo habría hecho? Mis enemigos supieron usarla. La pobre desgraciada murió a manos de alguien que en verdad me odia.

—¿De quién sospechas, hijo?

—Tú conoces tan bien como yo a mis enemigos, *pa'i*.

—¿Qué hay entre tú y Olivia?

—¿Por qué preguntas, *pa'i*?

—Aitor, responde a la pregunta.

—A veces me acuesto con ella. —El jesuita asintió con aire resignado—. Ella te fue con el cuento de que me encontró fornicando con la esclava, ¿verdad?

Como Olivia no se lo había dicho en confesión, el sacerdote asintió. «¡Mierda!», masculló Aitor para sí. Una hembra despechada era más peligrosa que una yarará.

—*Pa'i*, sé que soy una desilusión para ti. Y no lo niego, soy un gran pecador. Pero te aseguro que jamás asesinaría a nadie, a menos que tuviese que defender mi vida o la de aquello que amo.

—Sí, lo sé —concedió Ursus, y se acordó de la ocasión en que Aitor, con tan solo nueve años, transido de dolor y de rabia, no asestó el flechazo en el corazón de su padre, que tan mal lo trataba—. Sé que tienes un corazón noble, pero me temo que no he sabido educarte bien, hijo mío.

—*Pa'i*, tú has sido para mí el mejor de los padres, y a pocas personas respeto tanto como a ti. Pero soy lo que soy, y nada lo puede cambiar.

Ursus, emocionado, asintió.

—Lo sé, hijo, lo sé. —Carraspeó antes de apoyar la mano sobre la coronilla de Aitor y darle la absolución—. *Ego te absolvo a peccatis tuis in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti.*

—Gracias, *pa'i*.

—Ahora óyeme bien. Con la evidencia que hay en tu contra, dudo mucho de que puedas salir bien parado de esta. Vendrá una cuadrilla del ejército a buscarte y te

llevará a Buenos Aires, donde serás juzgado y, probablemente, condenado a muerte. Y yo no permitiré que se cometa esa injusticia. Lo único que queda por hacer es permitirte que huyas, dejarte escapar. Esto que haré va en contra de todas las leyes religiosas y temporales que nos asisten, pero mi cariño por ti es superior a todo. Y, como te mencioné antes, no permitiré que se cometa una injusticia. He decidido protegerte, aunque arda en el infierno por eso.

—*Pa'i*, no arderás en el infierno porque yo no la maté.

—Más tarde, tu *pa'i* Santiago vendrá a verte. Deberás golpearlo y huir. Tu tío Palmiro ya está ensillándote tu caballo y otro de reserva, con algunas provisiones.

—¿Deberé golpear a mi *pa'i* Santiago?

—En un primer momento, pensamos en mí para esa parte de la charada, pero, al someter el asunto a un poco de reflexión, nos dimos cuenta de que no sería verosímil. Eres un hombre fuerte, pero no tanto como yo. Así que el pobre Santiago se ofreció como el cordero del sacrificio. Es imperativo que lo golpees para que las sospechas no recaigan sobre él. En el pueblo es sabido que te apaña y te consiente en todo.

—Está bien.

—Toma. —Ursus extrajo unas monedas de la faltriquera—. Son unos pocos pesos. No puedo darte más sin que el hermano Pedro, que lleva los libros contables, sospeche. Cuídalos con tu vida. Los necesitarás.

—Gracias, *pa'i*. —Aitor se quedó mirando las monedas de plata; era la primera vez que tenía dinero en las manos.

—Cada una de estas monedas vale un peso, y cada peso equivale a ocho reales. —De nuevo, metió la mano en la faltriquera y sacó otra moneda, distinta de las que le había dado a Aitor previamente—. Esto es un real. Llévatelo, para que no lo confundas. Por tanto, si tuvieses que pagar por algo que costase dos reales y entregases una moneda de un peso, tendrían que devolverte seis reales. Nunca pusiste mucha atención en tus lecciones de aritmética y álgebra. Espero que lo poco que aprendiste te sirva para no dejarte burlar. Allá fuera son todos muy pícaros, Aitor.

—Lo sé, *pa'i*.

—Ahora repite lo que te he dicho.

—Esta moneda vale un peso, que equivale a ocho de estas —dijo, y levantó el real que acababa de entregarle el jesuita.

—Muy bien. Sé juicioso al gastarlo. —Ursus se puso de pie y Aitor lo imitó—. Bueno, hijo, ha llegado el momento de despedirnos. En un rato, cuando Javier deje su puesto, se presentará Santiago, e interpretarán la puesta en escena.

—*Pa'i*, intenta descubrir quién fue el que degolló a la esclava porque no podré mantenerme mucho tiempo lejos de la misión. Algún día volveré.

—¿Lo prometes?

—Sí, *pa'i*. Y te haré saber que estoy cerca.

—Pero ahora quiero que huyas lo más lejos posible, hijo mío. La cuadrilla del ejército llegará pronto, apenas envíe aviso al presidio de San Antonio. —Ursus se refería al fuerte más cercano, que custodiaba la frontera del avance imparable de los portugueses—. Rastrearán la zona.

—Nadie podrá encontrarme, te lo aseguro.

—Sí, lo sé. —Lo aferró con torpeza por la nuca y lo envolvió en un abrazo—. ¡Cuídate, hijo mío! Y vuelve sano y salvo con tu *pa'i*. Yo haré lo imposible para descubrir al verdadero asesino y limpiar tu nombre.

—Gracias, *pa'i*. Solo quiero pedirte algo.

—Cualquier cosa. Anda, dime.

—Que protejas con tu vida a mi Emanuela. Dejarla es lo más duro para mí.

—Lo sé, hijo, lo sé.

—Prométeme que no permitirás que ese obispo se la lleve. Ayer, en tu casa, la miraba como si la quisiese para él.

Ursus no se atrevió a contradecirlo, pese a la gran insolencia de Aitor, en parte porque ese no era el momento, y también porque el muchacho tenía razón. Antes de partir esa mañana, el obispo le había comentado que meditaría la posibilidad de tomar a Emanuela bajo su ala protectora y de llevarla a vivir con él y con su hermana a Asunción, donde terminarían de pulirla para casarla con un hombre de bien.

—Lo prometo, hijo —expresó sin asidero, aunque incapaz de negarle esas palabras que le brindarían un poco de paz en un momento de tanta tribulación—. Nadie le hará daño a Manú, y nadie la apartará de mi lado. Te lo prometo —insistió.

—Gracias, *pa'i*. No sabes lo que tu promesa significa para mí.

Volvieron a abrazarse. Ursus, con lágrimas en los ojos, se retiró deprisa, ocultando el rostro.

* * *

—Anda, hijo —lo instó el padre Santiago dos horas más tarde, en plena noche—. Pégame fuerte que de eso depende tu libertad y la mía, porque si descubren que te he dejado escapar, el que terminará con grilletes seré yo.

Aitor le asestó dos golpes en la mandíbula y uno en el estómago, y el jesuita se desmoronó en el suelo. Se apresuró a abrir con la llave y a huir sin mirar atrás. Escuchó los quejidos del padre Santiago hasta alcanzar el ingreso de la cárcel. Allí se detuvo y registró los alrededores; en apariencia, el pueblo dormía y, salvo los sonidos de los batracios y de los insectos, el silencio era sepulcral. Salió a la noche invernal, y el frío lo alcanzó en el pecho. Se cerró la camisa y pensó en Jasy, en que sus manos la habían confeccionado para él. Se dijo que entraría un momento en la casa solo para besarla y susurrarle al oído cuánto la amaba, aunque ella se hallase sumida en ese

sueño inducido por lo que fuese que le había dado el padre Bansué. Se le agarró el cuello tratando de contener el llanto. ¿En qué estado se habría encontrado su Jasy para que hubiesen decidido dormirla? «*Anímate, hijo*», le había dicho el padre Ursus. «*Emanuela ha peleado por ti como una leona y en parte le debes a ella lo que estoy a punto de llevar a cabo*». Su Jasy no lo había abandonado. De seguro había pedido verlo y no se lo habían permitido. Entonces, se había dedicado a pelear por él como un ángel vengador. El mismo *pa'i* Ursus había admitido que dejarlo huir, en parte, se debía a los ruegos de ella. «Amor mío», sollozó. ¿Cómo lograría transcurrir ese tiempo lejos de ella, con el miedo de que el obispo o cualquier otro se la arrebatase? ¿Qué pensaría de él cuando le fuesen con el chisme de sus deslices con Olivia y con la esclava? Le había prometido que haría oídos sordos a las calumnias, solo que no lo eran.

Desechó la idea de entrar en su casa. Por mucho que se desplazase con la ligereza de un felino, no correría riesgos. En esa habitación dormía su principal enemigo, tal vez el perpetrador de aquella trampa. Si lo pillaba, despertaría al pueblo con sus gritos y exclamaciones, y la huida se complicaría. Corrió hacia la entrada de la doctrina, y a unas varas, divisó tres siluetas, además de la de dos caballos; las reconoció enseguida: su tío Palmiro, Ñezú y Vaimaca.

Lo primero que hizo su abuela fue echarle un poncho sobre los hombros y un fular de lana.

—Átatelo al cuello —le ordenó, y el muchacho obedeció.

A continuación le sujetó el rostro con las manos arrugadas y sarmentosas y lo miró a los ojos para decirle en abipón:

—Busca a tu abuelo Icholay, y si él ya no viviese, a tus tíos, Añapiré y Payquín. Pídeles asilo y protección. Ellos te lo brindarán.

—¿Cómo sabrán que soy hijo de Malbalá?

—Lo sabrán, tú no te preocupes por eso. Pero no te acerques a ellos con la barba crecida, o pensarán que eres criollo o guarayú, y te matarán.

—¿Adónde los encuentro?

—Sigue el curso del río Paraguay hacia el norte, hasta dar con la desembocadura del Bermejo. Luego sigues el curso del Bermejo. Mi gente ha de estar a pocas leguas. En invierno, acampan cerca de la desembocadura. Así era en mis tiempos mozos.

Vaimaca abrazó a su nieto, y este le suplicó al oído:

—Te encargo lo más preciado que tengo en la vida, *jarýi*. Cuídame.

—Ve tranquilo, Aitor. Cuando regreses, tu Emanuela estará aquí, esperándote. Tendrán que matarme para llevársela. Y eso no será fácil.

—Gracias, *jarýi*. Dile que la amo y que no me olvide. Dile que volveré por ella.

—Lo haré.

Se volvió hacia su tío Palmiro, que le entregó el escaupil, el carcaj, el arco, la

honda y el cuchillo, que Aitor fue acomodando en su cuerpo.

—Ahí llevas provisiones de carne seca, mandiocas asadas, choclos y otras cosas. No pasarás hambre, sin mencionar que eres uno de los mejores cazadores que conozco. Estoy orgulloso de ti, hijo mío. También tienes un odre con agua y un pote de unguento de urucú, pues tu *jarýi* asegura que los mosquitos de por aquellas zonas del Bermejo son tan endiablados como los nuestros. El yesquero llévalo siempre contigo. —Se lo entregó, y Aitor lo metió en el morral, que se echó al hombro—. Que Tupá te guíe y guarde, hijo mío.

—Gracias, tío. Te debo la vida.

—Atraparé al pícaro que te jugó esta mala pasada y así podrás volver con nosotros.

Aitor se limitó a asentir. Abrazó a Palmiro Arapizandú y a su abuelo Ñezú, se montó en el caballo y abandonó el pueblo a la luz de la luna llena.

CAPÍTULO XIV

A la mañana siguiente de la huida de Aitor, Emanuela se despertó mareada y sumida en el torpor típico, consecuencia del láudano. Salió a la enramada y vomitó en el suelo. Malbalá y Laurencio abuelo abandonaron sus sitios junto al fogón y corrieron a auxiliarla. En tanto la mujer traía agua fresca en una calabacita, Laurencio le sujetaba el cabello en una coleta para que vomitase sin ensuciárselo. Resultaba desconcertante verla enferma, porque, salvo durante sus primeros días de vida, en los cuales habían creído que moriría, Emanuela siempre gozaba de excelente salud.

—Enjuágate la boca, hija. —Malbalá le ofreció la calabacita.

—Gracias, sy.

—Escupe ahí mismo. Ahora me ocupo de limpiarlo.

—Yo lo limpiaré —dijo Emanuela.

—No —se opuso Laurencio—. Tú regresarás a la cama. Estás muy pálida.

—¿Qué hora es?

Laurencio asomó la cabeza fuera del techo de la enramada y columbró el cielo.

—Deben de ser como las diez, mi niña.

—¡Las diez! —Emanuela, que se levantaba con el canto del gallo y las campanas, le devolvió una mirada atónita—. ¿Por qué me permitieron dormir tanto?

—Porque ayer estabas exhausta, Manú —argumentó Malbalá, mientras arrojaba agua sobre el vómito—. Necesitabas descansar, hija. Siéntate, te serviré un poco de mate con pan de maíz. Te sentará bien al estómago.

—Gracias, sy, pero comeré más tarde. No retendré nada en el estómago ahora. Además, quiero ir a ver a Aitor a la prisión. Esta vez Javier tendrá que permitirme entrar. No acept...

—Manú —la interrumpió Laurencio—, ven, hija, siéntate un momento junto a mí.

—No, *ru*. Primero he de ir a ver a Aitor. Estoy segura de que Javier no le vació la escupidera y de que no le ha llevado nada sustancioso para desayunar.

Laurencio le encerró la cara con las manos y la besó en la frente.

—Aitor no está en la cárcel, mi niña.

—¿No? ¿Dónde está? —Se echó a temblar, y un sudor frío le cubrió el cuerpo—. ¿Adónde lo llevaron, *ru*? —preguntó con miedo.

—Manú, Aitor escapó anoche.

—¡Oh! —Se cubrió el rostro con las manos y se echó a llorar. Percibió que Laurencio la arrastraba a la casa, seguramente para recostarla. Dio media vuelta y echó a correr, ajena a los llamados de sus padres, que salieron detrás de ella.

Emanuela abrió la puerta de la escuela, donde de seguro encontraría al padre

Ursus impartiendo el catecismo, y, olvidándose de las buenas maneras y de la cortesía, le preguntó:

—¿Es cierto que Aitor ha huido? —Con la última palabra, se le escapó el último resto de vigor. Cayó inconsciente en el umbral.

Los niños soltaron una exclamación y abandonaron sus pupitres para rodearla. El padre Ursus corrió hacia ella y la recogió del piso.

—¡Clara! —llamó a la mayor de las niñas—. Hazte cargo de la clase. Enseguida vuelvo.

—Sí, *pa'i*.

—¿Qué le sucedió? —se horrorizó Malbalá, que, junto con su esposo, acababan de entrar en el patio de la escuela.

—Cayó desmayada en la puerta —explicó Ursus, con voz agitada, mientras se dirigía a la casa de los padres.

—Acaba de vomitar —indicó Laurencio— y no quiso desayunar.

—Ayer prácticamente no comió nada en todo el día —añadió su esposa.

—Se ha desmayado de debilidad, entonces —concluyó el jesuita.

Malbalá debió de esperar en el pórtico. Laurencio acompañó dentro al padre Ursus, que recostó a Emanuela en su cama. A poco, apareció Tarcisio con un pequeño frasco de gres.

—Aquí tienes las sales, *pa'i*.

Ursus quitó el pequeño tapón de corcho y pasó el frasco bajo las fosas nasales de Emanuela. La niña se rebulló y se quejó antes de parpadear varias veces y volver en sí.

—Tarcisio, ve y dile a Malbalá, que está fuera, que Manú ya recobró la conciencia. Después, prepara un poco de mate y trae algo ligero para comer.

—A la orden, *pa'i*.

Emanuela intentó incorporarse y volvió a caer sobre la almohada; el mareo y las náuseas la doblegaron. Respiró hondamente para calmar los revoltijos del estómago. Al sentirse más segura, abrió los ojos y preguntó:

—*Pa'i*, ¿es cierto que Aitor escapó anoche?

—Sí, Manú.

—¿Cómo?

—El padre Santiago fue a visitarlo muy tarde. Él lo golpeó y escapó.

—¡Lo golpeó!

—No te alteres, Emanuela. Estás muy pálida y débil. Si no guardas la calma, me negaré a seguir contándote.

—Lo siento, *pa'i*. Prometo comportarme de ahora en adelante. ¿Cómo está mi *pa'i* Santiago?

—Con unos moretones en la cara y el orgullo mancillado, pero nada más, mi niña.

—Espero que no le guarde rencor. Aitor lo aprecia mucho.

—Y él, a Aitor. —Ursus se inclinó para hablar al oído de la niña—. Creo que está muy contento de que se haya fugado.

—¿De veras?

—Sí, mi niña.

—Pero... ¿Adónde iré? ¿Y si los soldados lo encuentran? —Levantó las pestañas y abrió grandes los ojos cuando una revelación pareció golpearla—. ¿Volverá algún día? —A esta pregunta la barbotó con voz temblorosa.

—Solo Tupá lo sabe, Manú.

Sin considerar la promesa hecha al jesuita segundos antes, Emanuela se cerró sobre su cuerpo y se puso a llorar. No quiso comer, ni tomar nada de lo que se le ofrecía, y, con el correr de las horas, el padre van Suerk comenzó a preocuparse. Tenía los labios secos y la piel verdosa, y le costaba mantener los ojos abiertos.

—Ve a llamar a Ñezú —indicó el padre Ursus, que seguía junto a su cama, velando a Emanuela.

Ñezú entró en la habitación del sacerdote, observó las caras de abatimiento de los sacerdotes, del hermano Pedro, de Laurencio, incluso de Tarcisio, y pidió en voz baja:

—Quiero estar a solas con ella.

Ursus asintió, y los hombres vaciaron la recámara. Ñezú se inclinó sobre Emanuela y le acarició el rostro. La niña batió los párpados antes de fijar la vista en su abuelo.

—*Taitaru...*

—Voy a incorporarte un poco de modo que puedas tomar el caldo de gallina que te ha preparado el bueno de Tarcisio. Huele muy bien.

Emanuela arrugó la nariz y retiró la cara.

—No, *taitaru*. Siento náuseas.

—Si bebes unas cucharadas del caldo, te contaré lo que Aitor nos dijo a tu *jarýi* y a mí anoche, antes de partir.

—¿Estuvo con ustedes? —se emocionó.

—Sí, mi niña. Y solo habló de ti.

Emanuela se cubrió el rostro y reinició el llanto. Ñezú la dejó hacer mientras se ocupaba de sentarla contra la pared y le acomodaba la almohada en la espalda.

—Ahora quiero que detengas el llanto. Terminarás por enfermarte gravemente, y Aitor volverá y me dará una tunda por no haberte cuidado como le prometimos.

Emanuela se limpió la nariz con la manga del vestido e inspiró varias veces para sofrenar los espasmos. Le dolía el cuerpo de tanto llorar.

—Cuéntame, *taitaru*. Prometo no ponerme mala.

—Y beberás el caldo. De lo contrario, no te diré nada.

—Sí, beberé el caldo.

Ñezú le acercó la cuchara a la boca, y Emanuela la introdujo en su boca con actitud desconfiada. No tragó enseguida, por miedo a vomitarlo. Cuando el caldo bajó por su garganta y luego le alcanzó el estómago, percibió una agradable sensación, como si la calidez y el buen sabor del cocido le hubiesen aquietado las aguas turbulentas que se agitaban dentro de ella. Cerró los ojos y suspiró.

—Cuéntame.

—Aitor escapó porque no le quedaba alternativa. Las pruebas en su contra eran muy poderosas. La condena a muerte era cosa segura. Vamos, come. No te diré nada si no lo haces.

—¿Tú sabías que escaparía?

Ñezú devolvió la cuchara al plato y levantó los párpados caídos y arrugados para mirar a Emanuela a los ojos.

—Mi hijo Palmiro y otros organizaron su huida. Eso es todo lo que tienes que saber. Y me jurarás ahora, por lo más sagrado, que no le revelarás a nadie esta verdad.

—Lo juro, *taitaru*. Jamás diré nada. A mi tío Palmiro y a esas otras personas les debo la vida del hombre que... —Se detuvo.

—Sí, del hombre que amas. Ya lo sé. Hace tiempo que lo sé.

—Sigue contándome, por favor.

—Nos encontramos con él en la entrada del pueblo. Ya le teníamos listos dos caballos, el de él, el que usa en la compañía de la caballería, y uno de reserva. Llevaba provisiones, agua y varias cosas más.

—¿Y abrigo? —se preocupó.

—Sí, tu *jarýi* le dio un poncho y un fular de lana.

—Gracias a Dios —suspiró.

—Cuando se despidió de Vaimaca, la abrazó y le dijo: Te encargo lo más preciado que tengo en la vida, *jarýi*. Cuídamela. Por supuesto, hablaba de ti. Tu *jarýi* le prometió que te protegería con su vida. Aitor, muy emocionado, le agradeció y le pidió: Dile que la amo y que no me olvide. Dile que volveré por ella.

Las lágrimas se deslizaban sin fin por las mejillas pálidas de Emanuela.

—Gracias por contármelo, *taitaru*. Gracias.

—De nada, mi niña. Y ahora bebe un poco más de caldo, o Aitor te encontrará flaca y fea cuando regrese.

* * *

Después de la huida de Aitor, Emanuela no volvió a sonreír. Una seriedad sempiterna le transformó las facciones, y, en pocas semanas, perdió el aire de inocente alegría para adoptar uno amargado. Se movía con sigilo, hablaba poco, comía frugalmente y se dedicaba por completo a su trabajo como *curusuya* en el hospital y a aprender el

oficio de *paje* con su abuelo. No volvió a pronunciar el nombre de Aitor, ni siquiera en un descuido, aunque todos intuían que en su mente lo repetía de continuo. Su tiempo libre lo pasaba en la iglesia, de rodillas en la capilla de la Asunción de Nuestra Señora, rezando por él. Se había convencido de que, por ser mujer, la Tupasy María la comprendería mejor que Tupá, que era hombre.

Detrás de esa fachada tranquila y severa, el espíritu de Emanuela agonizaba. En ocasiones, despertaba en medio de la noche y se decía que se había tratado de una pesadilla, que Aitor estaba en el monte, aserrando, y que volvería a ella en unos días. Entonces, miraba el sitio vacío, donde solía colgar su hamaca, y comenzaba a llorar quedamente, para no despertar a sus padres, ni a Bruno. Era en los únicos momentos en los que se permitía llorar, esos, y cuando visitaba la cascada de ella y Aitor. Se sentaba detrás del chorro. Al principio, embelesada con los recuerdos, se permitía unos minutos de dicha. Se tocaba los pechos y recordaba los besos que habían compartido, y también las palabras de amor. Hasta que la realidad le caía encima, como el agua de esa cascada sobre las piedras, y el conjuro se desvanecía, dejándola sola, triste y vacía.

Sus animales, que percibían el dolor que la atravesaba, la seguían a sol y a sombra, en respetuoso silencio. En ocasiones, Miní la buscaba para jugar, como en el pasado, y Emanuela le palmeaba la cabeza y seguía con sus actividades.

Una mañana, Kuarahy no tuvo fuerzas para subirse al lomo de Timbé; tampoco aceptó la leche caliente con pan mojado que tanto le gustaba. Emanuela lo acunó en su regazo y no probó de curarlo con las manos; era en vano, Aitor se había llevado su don sanador. El kinkajú se durmió alrededor del mediodía y unas horas más tarde, Emanuela supo que su corazón se había detenido para siempre. Bruno lloró a sus pies, lo mismo Malbalá, mientras Laurencio abuelo los contemplaba con desconsuelo. Emanuela, en cambio, no derramó una lágrima. Permaneció sentada en la enramada con el animalito sobre las piernas. Acariciaba la piel suave de Kuarahy y miraba hacia delante, a un punto fijo, sin pestañar. Bruno intentó quitárselo, y ella se cerró sobre el kinkajú, impidiéndoselo. Más tarde, ya de noche, Malbalá se lo pidió para enterrarlo, y Emanuela le contestó simplemente «no». Laurencio abuelo no se atrevió a acercarse; a veces, desde que Emanuela había cambiado tan radicalmente, temía que estallase en cólera y le echase en cara no haber amado a Aitor.

—Ve a buscar a tu *jarýi* —le pidió Malbalá a Bruno, que volvió al rato con Vaimaca a la zaga.

La mujer se sentó en un tocón, junto a Emanuela, y le acarició la sien. Le cantó una canción abipona que se entonaba en los entierros. Un silencio se cernió al final de la melodía, tenso para todos, excepto para Emanuela, que seguía acariciando al animalito muerto y mirando a la nada.

—¿Qué deseas hacer, Manú? —preguntó, al cabo, Vaimaca.

—Cuando él regrese, Kuarahy ya no estará, y él se pondrá muy triste.

Nadie necesitó que explicase que se refería a Aitor.

—Sí, mi niña —concedió la anciana—. Pero Aitor sabía que Kuarahy estaba viejo y cansado. Ya tenía derecho a reposar.

—No quiero separarme de él, *jarýi*. Es como si...

—¿Como si qué, mi niña?

—Temo enterrar a Kuarahy —admitió, y por primera vez en muchas horas, giró la cabeza para mirar a la mujer.

—¿Por qué, Manú?

—Porque fue el primer regalo que él me hizo, cuando yo era muy pequeña. También me trajo a Miní y a Saite, pero eso fue después. Kuarahy fue el primero que puso en mis manos, y no puedo dejar de pensar en la manera en que me miraba mientras aguardaba a que yo se lo agradeciera. No sé si lo hice debidamente. Quiero decir, no recuerdo si le agradecí con la devoción que él merecía, porque en verdad me había hecho muy feliz dándomelo. Pero sobre todo porque era él quien me lo daba, él, que era mi hermano favorito, a quien yo más amaba. A quien más amo en este mundo.

Malbalá, Bruno y Laurencio la contemplaban con azoro, pues, desde la huida de Aitor, era el discurso más largo que había pronunciado. Que declarase abiertamente que amaba a Aitor más que a nadie, no los tomaba por sorpresa; sin embargo, los conmocionaba porque empezaban a vislumbrar el amor que la unía a él, mucho más poderoso de lo que habían sospechado.

—Recuerdo cuando Aitor lo puso en tus manos. Estabas en mi casa esa tarde, ¿lo recuerdas?

—Sí, lo recuerdo.

—Le echaste los brazos al cuello, como sueles hacer con los que quieres, porque nunca escondes que amas a los que amas, y lo besaste en la mejilla varias veces. Él reía, muy avergonzado, la cara enrojecida, y te abrazaba con torpeza. En realidad, no sabía bien qué hacer con tanta fiesta que tú le prodigabas.

—¿Crees que le agradecí lo suficiente, *jarýi*?

—Sí, mi niña. Aitor fue feliz en ese momento. Muy feliz, como siempre que tú estabas con él.

Asintió con movimientos lentos y la vista en el cuerpo inerte del kinkajú.

—No puedo dejar de sentir esta desazón, *jarýi*.

—¿Qué desazón, mi niña?

—Que si entierro a Kuarahy... él no volverá a mí.

—Volverá, Manú. No es Kuarahy lo que lo une a ti, sino ese amor que él te tiene desde el instante mismo en que naciste.

—Cuéntame de nuevo, *jarýi*. Cuéntame de cuando él no se movía de mi lado,

cuando yo estaba en tu casa, bajo las plumas de pato.

—No se movió de tu lado durante días. Ni siquiera admitía dormir en una hamaca, porque debíamos colgarla lejos de tu vasija. Yo le armaba un lecho con mantas junto a ti, y sé que él estaba incómodo, pero no se quejaba. Solo una vez conseguimos que te dejase, y fue porque quería rezarle a Tupá para que vivieras.

—¿Aitor le rezó a Tupá?

—Sí, mi niña. Después tu *sy* consiguió llevarlo al arroyo para bañarlo porque apestaba. Lo convencimos diciéndole que su olor te desagradaría. Después volvió corriendo a tu lado. Yo pensé que, inquieto como era, se olvidaría de ti pronto y se marcharía a hacer sus cosas. Pero no. Permaneció días y días a tu lado, y cuando tu *sy* te amamantaba, él te besaba la cabecita. No permitía que nadie, excepto tu *sy* o yo, te tocara. Y cuando le decíamos que tal vez tu familia estaría buscándote, se enfurecía, los ojos amarillos se le encendían, y gritaba ¡no!, y nos mandaba callar a todos. Siempre ha sido de ese modo contigo, Manú, como un guardián muy celoso, que solo te quiere para él.

—Amor mío —susurró Emanuela, y solo Vaimaca la escuchó—. *Jarýi*, ¿crees que él esté bien? Han pasado casi tres meses y seguimos sin noticias. Estoy tan angustiada —admitió, por fin.

Vaimaca le acarició la frente.

—¿Recuerdas cuando se pasaba semanas en la selva, aserrando?

—Sí.

—¿Y que siempre regresaba a ti sano y salvo?

—Sí.

—Esta vez será igual, solo que le tomará más tiempo volver.

—¿Qué ocurrirá si nunca descubrimos quién fue el verdadero asesino de la esclava?

—Eso no lo detendrá, Manú. Tú deberías saberlo, mi niña. Y ahora permítele a Kuarahy descansar para siempre. Se lo merece, después de haber vivido muchos más años de los que debía vivir, y que los vivió para estar contigo, por lo mucho que te quería.

—Está bien —susurró de manera casi inaudible.

—¿Dónde quieres que descanse?

—Si mi *sy* me lo permite, quisiera que descansase en el *avamba'e*, bajo el ñangapiry. A Kuarahy le encantan sus frutos.

Malbalá se aproximó con una sonrisa temblorosa y le acarició la mejilla.

—Sí, mi niña. Tu Kuarahy puede descansar bajo el ñangapiry. Bruno —dijo, y se volvió para hablarle—, ve y pídele a los *pa'i* que te presten una pala. Y te vas derecho a cavar una tumba bajo el ñangapiry.

—Como mandes, *sy*.

Era noche cerrada. Laurencio y Malbalá sostenían unas antorchas de resina, mientras Bruno abría un pequeño foso junto al tronco del árbol, cuyos frutos habían hecho las delicias del kinkajú. El padre Ursus, enterado por el menor de los Ñeenguirú de la muerte de Kuarahy, decidió acompañarlos durante las exequias, y dijo unas palabras mientras Emanuela depositaba el cuerpo de animal envuelto en un lienzo en el fondo del pozo. La niña permaneció de rodillas sobre la tierra removida, con el brazo estirado, la punta de los dedos en contacto con el cuerpo frío del animal a través de la tela.

—San Francisco de Asís —dijo el sacerdote— llamaba a los animales mis hermanos, y los trataba como tales. Ellos también son criaturas del Señor. Kuarahy era un hermano para todos nosotros, un fiel amigo de Bruno y de Manú, una bestiecilla alegre y divertida, que nos hizo reír y rabiar a veces, pero que siempre nos quiso y nos fue fiel. Que su recuerdo nunca muera entre nosotros.

—Amén.

Ni siquiera Saite, el más apegado a Emanuela, regresó esa noche a la casa. Timbé y Miní se echaron junto al montículo de tierra. Libertad y Saite se acomodaron en una rama de la planta de la pitanga, o ñangapiry. Los cuatro, arrullados cada tanto por los graznidos tristes de la caburé, acompañaron a Kuarahy en su primera noche lejos de la casa de los Ñeenguirú.

* * *

Ursus regresó a la casa de los padres y se encontró con Santiago de Hinojosa, que escribía a la luz de una vela la respuesta a la carta del obispo, detuvo el rasgueo de la péñola y levantó la vista.

—¿Cómo estuvo aquello? —preguntó, en referencia al entierro de Kuarahy.

El jesuita se quitó el poncho y suspiró.

—Muy triste, amigo mío. A mi pobre Manú, las pérdidas no le dan respiro.

—Y ahora el obispo pidiéndotela para él.

—¡Sobre mi cadáver! —masculló el hombre, sacando a relucir la dureza vasca que él se esforzaba por sojuzgar—. La quiere por un capricho —declaró, y miró en torno para asegurarse de que estuviesen solos—. La quiere para usarla como su sierva personal, lo sé. No desea el bien de ella, ni su felicidad. Él y su hermana la quieren para que les cure los achaques de viejos y les haga compañía. Y que arda en el infierno si permito que Manú tenga un destino tan cruel. No la he educado con tanto esmero para que este la use como una sierva. ¿Cómo va la carta?

—Bien. En breve la termino. Creo que no tendrá opción más que quedarse con las ganas de tener a Manú.

—Se armará la de Dios es Cristo, lo sé. Y a todos los problemas que enfrenta la

orden, yo le agregaré un conflicto con el obispo a causa de una niña blanca.

—La Compañía de Jesús —habló Hinojosa, con acento tranquilo— siempre se ha caracterizado por no hacer la corte a los obispos y por tratar directamente con el papa. Esa ha sido una de las fuentes de nuestros problemas más graves, la envidia de los prelados. Además, sabemos que el actual obispo de Asunción no es gran amigo de nuestra orden. ¿Por qué cederle nuestro tesoro a él?

—¡Muerto antes de cedérsela! —ratificó Ursus—. No a él. Se lo prometí... — Cerró la boca y se dejó caer en la silla junto a Santiago.

—A Aitor, ¿verdad?

Ursus asintió con los ojos cerrados, y el latigazo de dolor que lo assolaba cada vez que lo recordaba se sintió con más fuerza en el estómago. Se prepararía un bebedizo con la harina de conchillas que le había traído Emanuela días atrás, cuando le comentó acerca de sus malestares estomacales.

—Estás preocupado por su suerte, ¿verdad?

—Sí, por eso y porque no hemos podido dar con el verdadero asesino.

—A ver, querido amigo, repasemos el listado de los enemigos de Aitor. El primero, su padre, aunque cueste decirlo.

—Tiene una coartada de fierro. Su hijo Bartolomé y su nieto Laurencio aseguran que estuvieron todos juntos en la herrería terminando un trabajo.

—¿Qué hacía Laurencio nieto en la herrería si él es ebanista?

—Lo mismo le pregunté yo, y me dijo que necesitaba una pieza de hierro para terminar un bargueño que debía enviar a la misión de San Cosme al día siguiente. Escribí al capellán de San Cosme, y me confirmó lo del dichoso bargueño.

—¿Qué dices de la muchacha esa, la tal Olivia?

—Afirma que, después de descubrirlo fornicando con María de los Dolores, regresó a la *cotiguazu* y que no volvió a salir hasta la mañana siguiente para ir al *tupâmba'e*. Varias mujeres confirmaron su relato.

Cayeron en un silencio en el que los dos reflexionaban acerca de los hechos y los repasaban una y otra vez en sus mentes.

—¿Y si se tratase de alguien que no vive en la misión? —postuló Santiago—. ¿Y si se tratase de un enemigo que Aitor se hizo en sus largas estadías como aserrador? Sabemos que pasa tiempo en los puestos, incluso en los de los criollos y españoles. Nada sabemos de sus actividades cuando está lejos de casa.

—Sí —admitió Ursus—, podría ser. No es mala tu teoría, amigo mío.

—¿Qué hay del capataz de la estancia de Amaral y Medeiros? Él sí que tiene motivos para odiarlo. Le quitó a la mujer que estaba vejando y le clavó una flecha en el culo. Suficiente para humillar la hombría de cualquiera, ¿no crees? Sin contar que su patrón debió de darle como mínimo un mamporrazo por haberle hecho perder a una india encomendada.

—Sí, tienes razón. ¿Cómo no se me ocurrió antes? Mañana mismo enviaré un recado a casa de Vespaciano y le pediré audiencia.

—¿Acaso no había viajado a Buenos Aires?

—Sí, pero con suerte, tal vez ya haya regresado.

* * *

Una vez llegado al río Bermejo, Aitor se cuidaba de mantener la barba a raya tal como le había aconsejado su abuela. Juntaba semillas del *ybaro*, o árbol del jabón, las mezclaba con agua en un recipiente —una calabaza o el cráneo de algún animal— y, al estrujarlas, obtenía una espuma que suavizaba la rasurada a cuchillo; su bella navaja, obsequio del padre Ursus, se había perdido para siempre.

Usaba el reflejo del río, oscuro y rojizo, para quitarse el vello malamente, y, durante todo el proceso, evocaba a su Jasy, cuando ella lo afeitaba con una destreza que lo sorprendía, y las cosas que le contaba mientras le deslizaba la navaja por el cuello y el rostro, y la paz que él experimentaba con la cabeza apoyada en su vientre y cómo se entregaba a sus cuidados con una confianza que solo en ella depositaba. No había bálsamo de romero, laurel y menta para completar el trabajo, por lo que se enjuagaba los restos de espuma y se quedaba mirando fijamente su imagen, aunque en realidad, era la de ella la que veía, porque no quería olvidar sus rasgos, ni sus gestos, ni cuando, confundida, fruncía el entrecejo y ladeaba la cabeza; ese era uno de sus favoritos. Pensarla le arrancaba las pocas sonrisas de los últimos tiempos. Sin embargo, en ocasiones, pensarla le resultaba tan doloroso que intentaba olvidar, arrancarla de sus retinas, de su mente, de su corazón, lo que se demostraba una empresa imposible.

Una tarde, inmerso en sus memorias, de cuclillas en la marisma, con la vista fija en el agua que iba y venía, escuchó un crujido a sus espaldas. Insultó por lo bajo, odiándose por haber bajado la guardia y por haberse expuesto. Lentamente, se puso de pie y giró sobre sus pies con cuidado. A unas dos varas, un grupo de indios —contó siete— lo apuntaba con flechas y lanzas. Lo estudiaban en silencio, y Aitor hizo otro tanto. Eran hombres jóvenes, bastante altos, algunos más que él, con cuerpos fornidos y saludables, cuyas pieles oscuras brillaban a la luz del mediodía. Le llamaron la atención sus frentes, muy extendidas, hasta que se dio cuenta de que se habían rasurado el cabello; entonces recordó las historias de su *jarýi* Vaimaca, y de cómo los de su tribu se lo rasuraban, no solo delante, sino por detrás, extendiendo la nuca. Sus rostros estaban cubiertos de tatuajes negros, lo mismo sus brazos y piernas, y todos llevaban el *tembetá*, un canuto de paja o de madera que les colgaba debajo del labio inferior, para lo cual se perforaban la carne con un hierro candente, costumbre que también practicaban los guaraníes, y que había caído en desuso con la influencia

de los padres. Como aún hacía frío, cubrían sus torsos con unas especies de ponchos fabricados con pieles de nutria. Plumas coloridas les adornaban la cabeza y el cuello, y colgaban de los lóbulos de sus orejas. Iban descalzos.

—Soy hijo de Malbalá —habló Aitor en un abipón fluido, pero en el cual esos hombres, si en verdad eran abipones, distinguirían un acento extraño— y nieto del cacique Icholay, sobrino de Añapiré y de Payquín. He venido hasta aquí desde muy lejos, para conocerlos. Mi nombre es Aitor Ñeenguirú.

Los hombres volvieron a estudiarlo a la luz de la información que el forastero acababa de proporcionarles. También observaban sus caballos, pues para los abipones esa bestia representaba poderío y virilidad.

—Dices que eres nieto del gran Icholay —habló uno de ellos, cuyo plumaje presentaba el aspecto más rimbombante—. ¿Cómo sabemos que no mientes?

—Mi abuela Vaimaca me dijo que ustedes sabrían reconocerme.

—Aproxímate.

Aitor caminó con pasos medidos, pero seguros, y jamás apartó la vista del que le había dirigido la palabra. Mostrar debilidad a esos hombres famosos por su ferocidad podía costarle la vida. Respetaban el coraje y el arrojo. Se detuvo a pocos palmos, y fue testigo del impacto que su rostro les causó. Tal vez, coligió, semejava a su abuelo o alguno de sus tíos.

Le hicieron una seña para que los siguiera. Aitor fue a buscar a sus caballos y caminó detrás de ellos, que cuchicheaban sin que él pudiese comprender lo que decían. Montó cuando los demás lo hicieron, y condujo su montura a un paso de marcha, como el de sus guías. Cada tanto, alguno se volteaba y lo contemplaba, y Aitor intentaba deducir si lo hacía con malicia o con curiosidad. Sus sentidos se mantenían alerta, bajar la guardia podía significar perder la vida en esos parajes desconocidos. Estos hombres o bien estaban llevándolo a conocer a su abuelo, o bien a una muerte horrenda. Sabía que ningún botín de guerra era mejor para un abipón que la cabeza de su enemigo. ¿Y si su abuelo lo rechazaba? Después de todo, Vaimaca y sus cuatro hijas habían abandonado la tribu. Estaba a punto de enfrentarse a su destino, y solo un nombre le vino a la mente: Jasy.

Cuando el desánimo y el sol implacable comenzaban a corroerle las fuerzas, se abrió un claro en el bosque, y una laguna de aguas cristalinas brilló ante sus ojos. Sin advertir al grupo, condujo a sus caballos a la orilla y, al igual que ellos, bebió y llenó el odre. El agua era exquisita, fresca y sin el sabor a lodo del Bermejo. Levantó la vista, y descubrió que el grupo lo contemplaba desde la otra orilla. Se incorporó y los siguió.

—Estamos llegando —le informó el mismo que le había hablado antes.

Penetraron en una zona boscosa y avanzaron por un camino trazado a fuerza de surcarlo. A poco andar, se abrió otro claro, ocupado por casuchas construidas por las

totoras que Aitor había visto crecer en abundancia a orillas del Bermejo. Las gentes salían de sus viviendas y se reunían en pequeños corros para intercambiar opiniones mientras lo analizaban. El grupo se detuvo y desmontó; Aitor hizo lo mismo. Lo convocaron con una seña y lo guiaron hasta la choza más espaciosa, en cuyo ingreso se destacaba un arreglo de plumas multicolor que indicaba la jerarquía del propietario.

—Espera aquí —le indicó su interlocutor, y a continuación solicitó permiso para ingresar. Lo hizo solo; los otros seis rodearon a Aitor en silencio.

Minutos más tarde, un hombre levantó la estera que cumplía la función de puerta y se detuvo a unos pasos, bajo un techo de hojas. A esa distancia, y con la sombra que lo cubría, Aitor solo apreció que no era joven, quizá ya habría superado largamente la cincuentena de años; no obstante, se lo veía esbelto y saludable. El hombre avanzó hacia él, y fue el turno de Aitor de impresionarse: sus ojos eran del mismo color amarillo que los de él. La similitud no acababa allí: el corte de la cara, lo achinado de los ojos, las cejas triangulares, la nariz delgada y recta, que luego se ensanchaba en las fosas nasales, el mentón robusto, en todo se parecía a ese desconocido. Sin duda, el hombre y las gentes que, poco a poco, se cerraban en torno a él, descubrían también las semejanzas.

—Me informa Quebadín que aseguras ser mi nieto.

—¿Tú eres el gran cacique Icholay, padre de Añapiré y de Payquín?

—El mismo.

A la mención de esos nombres, se levantó la puerta de totoras, y dos abipones se apostaron a los costados de Icholay.

—Pues entonces, sí, soy tu nieto. Hijo de tu hija menor, Malbalá, la que tuviste con Vaimaca.

—¡Ah, esa traidora!

—Mi abuela Vaimaca es la mujer más valiente y noble que conozco. Te pido, con respeto, que no la insultes.

El hombre frunció el entrecejo, más bien confundido que enfadado.

—Abandonó a su pueblo —adujo el cacique.

—Porque tú la despreciaste y tomaste a una nueva mujer.

—Es mi derecho como cacique. Puedo tener varias mujeres.

—No niego tu derecho. Pero ella te había dado seis hijos, y tú la hiciste a un lado y la humillaste. Ella me confesó años atrás que te amaba y que te respetaba como a ninguno de su pueblo, y que no soportaba verte con la otra, que por eso se fugó.

La declaración pareció complacerlo, y una sombra de sonrisa le cruzó por los labios.

—¿Cuál es tu nombre?

—Aitor Ñeenguirú.

—¿Aitor? ¿Qué clase de nombre es ese?

—Es nombre de otro pueblo, de uno tan lejano que es necesario cruzar el océano infinito para llegar. Significa patriarca o noble.

—¿De dónde vienes, Aitor Ñeenguirú?

—Nací y me crié en una misión con los jesuitas, en una doctrina llamada San Ignacio Miní. Está sobre la orilla derecha del Paraná.

Sin duda, se dijo Aitor, la última pieza de información lo había disgustado. Su gesto se había endurecido, y achinaba los ojos del mismo modo que él cuando se enojaba.

—¿Por qué has venido?

—Tuve que huir de mi pueblo, y mi abuela Vaimaca me dijo que ustedes me recibirían.

—¿Huir? ¿Por qué?

—Me acusan de un asesinato que no cometí. Si no huía, los españoles me habrían ahorcado.

—Malditos hombres barbados —masculló el cacique, y escupió al costado—. ¿Tienes mujer?

—Sí.

—¿No vino contigo?

—La dejé al cuidado de mi madre y de mi abuela.

—¿Tienen hijos?

—No todavía. Ella es muy joven aún.

—Entonces, ¿hace poco que estás con ella?

—No, ella es mía desde el día en que nació.

El cacique levantó las cejas en señal de asombro, y desveló un poco más los ojos. El parecido seguía asombrando a Aitor.

—¿Eres cazador?

—El mejor de mi tierra.

—Y, por lo que veo —dijo, y con la barbilla apuntó a los caballos de Aitor—, también sabes montar.

—Sí.

—Estos son mis únicos hijos varones —sin volverse, los presentó—, Añapiré y Payquín.

El primero era muy alto, más que el padre, y en sus facciones Aitor descubrió las de su abuela. El segundo le recordó a su tía Senaqué, de pómulos salientes y boca ancha y carnosa. Al igual que todos, sus rostros estaban cubiertos por tatuajes.

Aitor inclinó la cabeza en señal de saludo y respeto. Su tío Añapiré se adelantó y le apretó el brazo, no con afecto, sino en la actitud de quien está probando la calidad del músculo, como si se hallase en un mercado de esclavos. También le estudió las

manos y le probó la tonicidad de los músculos de las piernas. Aitor sofrenaba la ira y lo dejaba hacer, consciente de que, para los abipones, cada hombre valía según su manejo de la montura, la flecha y la lanza, y eso, en gran medida, se reflejaba en la contextura física.

—¿Cuál es tu oficio? —preguntó Añapiré.

—Soy cazador, aserrador y hachero. —Las últimas dos palabras las había pronunciado en guaraní, porque no conocía su significado en abipón.

—¿Qué significa...?

—¿Aserrador y hachero? Yo soy el que corta árboles para convertirlos en madera para construir cosas. Es un trabajo muy duro, que requiere mucho vigor, además de destreza. En mi tierra, algunos árboles son tan gruesos como aquella vivienda. — Señaló una construcción circular, de unas seis varas de diámetro, que terminaba en un techo cónico—. Después debo arrastrarlos hasta el río y cargarlos en una balsa. En ocasiones me sirvo de una yunta de bueyes, pero mayormente me calzo el arnés en el lomo y los remolco yo mismo. Me paso días lejos de mi pueblo, por lo que, si no supiese cazar y pescar, moriría de hambre.

Payquín, que de los tres poseía la mirada menos intimidante, le preguntó:

—¿Cómo está mi madre?

—Muy bien, a Dios gracias.

—¿Se ha casado de nuevo?

Aitor desvió la vista hacia su abuelo, que permaneció imperturbable ante la pregunta de su hijo.

—Sí.

—¿Con un buen hombre?

—Sí, un buen hombre. Es el curandero del pueblo.

—¿Es un buen curandero?

—Sí, muy bueno. El médico jesuita de la misión siempre está queriéndole sacar las fórmulas de sus medicinas.

—¡Ja! —exclamó Icholay, con aire divertido—. Estos jesuitas... —masculló, y Aitor no habría sabido decir si los despreciaba o los quería.

—Eres bienvenido en mi casa, Aitor —expresó Payquín—. Mi esposa, mis hijos y yo te recibiremos con los honores que merece el hijo de mi hermana Malbalá.

—Gracias, tío.

—No —intervino Icholay—, el muchacho se quedará en mi casa. Pasa. Te daremos de beber y de comer.

Levantó la puerta de totoras, y Aitor entró en un ambiente oscuro con olor a humo y a un cocido de aroma punzante, que le desagradó. A medida que sus ojos se acostumbraron a la penumbra, se dio cuenta de que se hallaba en una habitación ovalada, de unas diez varas en su parte más ancha, y que era el sector principal,

donde se desarrollaba la vida en familia, con el fogón a un costado, cerca de una abertura, pieles para acomodarse en el piso y toda clase de trebejos para cocinar y tejer. Una mujer, notablemente más joven que Icholay, removía el contenido de una vasija de barro colocada sobre el fuego. No se volvió para mirarlo hasta que el cacique se lo ordenó.

—Ella es mi esposa, Ariayé. —Aitor inclinó la cabeza y evitó mirarla a los ojos—. Él es mi nieto, Aitor, y vivirá con nosotros por un tiempo, hasta que decida volver con los suyos o bien construir su propia casa y tomar mujer de entre las nuestras.

—Se agradece, abuelo, pero yo ya tengo mujer y me gustaría volver a ella algún día.

—Siéntate, muchacho. —Le indicó unas pieles blancas muy tupidas, como de cordero.

—Abuelo, me gustaría primero ocuparme de mis caballos. Han sido muy fieles conmigo durante todo este largo viaje y no querría descuidarlos.

El hombre sonrió, complacido por la premura del joven.

—Tus tíos ya están ocupándose de ellos. No te apures, que nadie como un abipón para cuidar una montura. Si hay algo que nos destaca de los demás pueblos de estas regiones es que somos los más hábiles jinetes, por eso el hombre barbudo jamás pudo, ni podrá, con nosotros.

Ariayé les sirvió un potaje espeso y de color pardo en el que flotaban pedazos de una carne que Aitor no reconoció, legumbres y maíz. Lo comieron con las manos y lo acompañaron con una tisana tibia bastante amarga. Icholay parecía a gusto con Aitor; este, no obstante, se mantenía alerta y con la mano derecha siempre lista para empuñar el cuchillo. Por muy hospitalario que el cacique se mostrase, Aitor sospechaba que pasarían días, tal vez semanas, antes de que su abuelo eliminase el último escrúpulo y confiase plenamente en él. Podía entenderlo; él habría actuado de igual manera.

A ambos costados del sector principal de la casa, el de forma ovalada, se erigían dos habitaciones circulares, con techo cónico de totoras. En una dormía el matrimonio; la otra le fue entregada a Aitor. Había pertenecido a la única hija que Ariayé le había dado al cacique Icholay, y que se había casado poco tiempo atrás.

Esa primera noche, sintiéndose sucio y miserable, Aitor la pasó en vela, con el cuchillo a mano.

* * *

Entre las gentes de San Ignacio Miní nació un anhelo que nadie manifestaba abiertamente y que todos nutrían en su corazón: deseaban que el luisón regresase. Desde su huida, la niña santa no había impuesto las manos. Algunos murmuraban que

él se había hecho con su poder sanador. La veían trabajar incansablemente en el hospital, junto al padre Bansué, o pasarse horas en la enramada de Ñezú, anotando en su cartapacio, con actitud reconcentrada, las recetas y medicinas del *paje*. La veían trabajar junto a su madre en el *avamba'e* y también limpiar la casa y preparar los alimentos. La veían en misa por las mañanas, y también deslizarse en la iglesia para pasar un buen rato de rodillas en la capilla de la Asunción de Nuestra Señora. La veían siempre activa y servicial, pero nunca la veían sonreír. La Emanuela de alegría contagiosa y sonrisa perenne había desaparecido. Otra había tomado su lugar, una que semejaba a un ánima en pena.

Nadie se esforzaba tanto en hacerla sonreír como Laurencio abuelo. Le hacía chanzas, le traía pequeños obsequios, le contaba historias y chismes, incluso le regaló una cachorrita de la perra de su hijo Marcos. Estuvieron días buscándole nombre. La llamaron Porã, porque era muy bonita. Vaimaca insistía en que le recordaba a los pompones de algodón que recolectaban en el *tupâmba'e*, tan blanca y esponjosa era, con ojos negrísimos que se movían con vivacidad. Emanuela se enamoró de la perrita, que la seguía a todas partes y dormía a los pies de su camastro. Timbé, muy triste por la pérdida de Kuarahy, adoptó a la pequeña Porã, que pasaba las horas que Emanuela se ausentaba para ir al hospital acurrucada contra su vientre o subida en su lomo. Miní le tenía celos, por lo que vivía ligándose cachetes o tarascones —estos impartidos por Timbé— cuando lo pillaban molestándola o robándole la comida. Su pasatiempo favorito era arrastrarla de la cola a gran velocidad. Porã chillaba y se contorsionaba para sacarse de encima al carayá. Al final, alguien intervenía —a veces la salvaban Saite o Libertad— y regresaba a la enramada lloriqueando y con su espumoso pelo blanco teñido de una tonalidad rojiza.

Al verla entusiasmada con la cachorrita, Laurencio se ilusionó al pensar que su adorada Manú, poco a poco, recuperaría la alegría. Las esperanzas se desvanecieron con el correr de los días. La niña —para él siempre sería una niña, aunque sangrara y le crecieran los pechos— se encerraba en sí misma, hablaba muy poco, comía cada vez menos y perdía la mirada con mayor frecuencia. En ocasiones, Porã le saltaba en torno y le ladraba invitándola a jugar, y Emanuela no se daba cuenta, hasta que alguien —Bruno, Malbalá o él— le advertía de las fiestas con que la perrita la agasajaba. Entonces, esbozaba una tímida sonrisa, la tomaba en brazos y se alejaba con ella en dirección al arroyo. Volvía al rato, tan silenciosa y alicaída como se había ido.

Laurencio se dio por vencido, y así como él no había logrado insuflar un poco de alegría en su hija adoptiva, esta le contagió la desazón. Comenzó a beber de nuevo a escondidas, y, pese que en ocasiones se presentaba muy tomado, Emanuela no lo notaba, o si lo notaba, no le decía nada, ni le preparaba la infusión de hierba de toro para combatir el vicio. Aun eso habría deseado Laurencio, que Emanuela lo

atormentase y persiguiese como en el pasado para obligarlo a abandonar la chicha, porque, sin duda, lo habría preferido a su indiferencia. A la tristeza, se le sumó una ira renovada en contra del bastardo de Malbalá, cuya existencia había sido fuente de humillación para él, un recuerdo constante de la traición de su amada esposa, y cuya ausencia lo desposeía del amor de su hija, su tesoro máspreciado. Porque él era el padre de la niña santa, el que la había cobijado en su hogar, alimentado, protegido y amado desde que era una recién nacida.

Un mañana, Laurencio no reunió la fuerza para bajar de la hamaca. Malbalá, al ver que no salía a tomar mate a la enramada, entró a buscarlo.

—No me siento bien —balbuceó, y siguió durmiendo.

Emanuela, que había ido a la primera misa, al regresar y enterarse de que su *ru* no había ido a trabajar, se precipitó dentro de la casa.

—¿Qué sucede, *ru*? ¿Te sientes mal?

Sorprendido por el interés de la niña, Laurencio recibió de buen grado el malestar y el debilitamiento que lo postraban. Extendió el brazo y acarició la mejilla bronceada de Emanuela.

—Me siento muy cansado, hijita.

—¿Solo eso?

—Me duelen los músculos, como si alguien me hubiese asestado una paliza.

—Te daré una friega con árnica —resolvió, muy solícita.

—Si crees que eso me hará bien...

—Sí, *ru*, lo creo.

La salud de Laurencio, además del trabajo y sus tantas obligaciones, la mantuvieron ocupada, sin tiempo para retirarse al único sitio donde se permitía llorar: el lugar secreto del arroyo. No obstante, Aitor la acompañaba como un peso en el alma y en el corazón adonde fuese, y ella estaba segura de que no pasaban dos minutos sin que lo evocase. Es más, ocuparse de la salud de su *ru*, que ya prácticamente no se bajaba de la hamaca, le traía memorias penosas de cuando lo agredía y lo insultaba. «Engendro del demonio», lo había llamado en más de una ocasión. A su pena, se le sumaba el resentimiento.

—¿Por qué no me tocas, Manú querida, así me curo? —le pidió Laurencio una mañana.

—Te toco siempre, *ru* —arguyó, y se inclinó para retirar la vasija con agua que su abuelo Ñezú le había indicado que colocase bajo la hamaca del enfermo, día y noche.

—Me tocas para las friegas y cuando me higienizas, pero no me tocas con tu poder.

Emanuela salió de la casa con la vasija y volvió al cabo, después de haberle cambiado el agua. La colocó bajo la hamaca en silencio.

—Tócame con tu poder, hija —persistió Laurencio.

—Mi poder ya no existe, *ru*.

—Él se lo llevó —masculló entre dientes.

—Él se llevó mi corazón, *ru*, y, sin él, no tengo poder. Además, tú no estás enfermo de un mal que yo habría podido curar. Si te hubieses lastimado, roto un hueso o enfermado de tercianas, tal vez habría podido ayudarte. Pero tu mal no es del cuerpo, sino del alma, que está triste y llena de malos recuerdos. Y yo no puedo curar eso, los malos recuerdos —explicó—. Con eso, tal vez mi *pa'i* Ursus pueda ayudarte, pero yo no.

* * *

Entre los abipones, Aitor había conocido algo que se le había negado desde el nacimiento: reconocimiento y admiración. La confianza de su abuelo Icholay llegó pocos días más tarde de su llegada, cuando se alejaron de la aldea para cazar. Los abipones, por ser jinetes, se servían de la lanza, y no eran muy hábiles con el arco y la flecha, difíciles de manejar al galope. Aitor, entrenado en el uso de esa arma para la caballería, los dejó estupefactos al desplegar una habilidad que sus huéspedes creían imposible: montando a gran velocidad, sin sujetarse de las riendas, se irguió apenas en los estribos —elemento que el abipón no utilizaba— y mató en una sucesión rapidísima dos jabalíes de una manada.

Icholay saltó del caballo y se aproximó a la montura de Aitor, que le devolvió la sonrisa.

—¡Qué gran hombre eres, Aitor! ¡Estoy orgulloso de ser tu abuelo! —Aitor inclinó la cabeza y siguió sonriendo—. No me mentías cuando me decías que eras el mejor cazador de tu tierra. ¡Y tal vez lo seas de la mía también! ¿Quién te enseñó esas destrezas?

—El corregidor del pueblo, mi tío Palmiro, él me enseñó a usar el arco y la flecha. Montar se lo debo a mi *pa'i* Ursus, él me enseñó. Es un gran jinete.

—Estos jesuitas... —farfulló el cacique, aunque, en esa oportunidad, sonreía con aire benevolente.

La noticia de que Aitor había cazado dos jabalíes, suficiente para alimentar a todo el pueblo, fue recibida con una algazara a la que el homenajeado no estaba acostumbrado. Las mujeres lanzaban unos chillidos agudos, que al final se convertían en un ululato gracias a unos movimientos veloces y diestros que hacían con las lenguas. Sonaban maracas y flautas hechas de caña, que aportaban al concierto general. Aitor recibía el estruendo con una sonrisa porque nunca se había sentido tan admirado, ni respetado. Los hombres le reconocían la hazaña dándole palmadas en los hombros y en la cara; las viejas lo contemplaban con cariño, y las más jóvenes, aún solteras, le lanzaban vistazos invitantes, porque si algo había aprendido en ese

tiempo era que las abiponas no conocían la vergüenza. La mayoría se tatuaba a muy temprana edad, catorce, quince años, como símbolo de belleza que atraería un buen marido. Los hombres, en cambio, lo hacían para intimidar al enemigo.

Las costumbres de los abipones eran una fuente de continua sorpresa para él. Con el paso del tiempo, se dio cuenta de que no reconocían autoridad alguna. Si llamaban cacique a Icholay, era porque se destacaba por su valor en batalla, porque más bien era un jefe para la guerra, no para la vida civil. Bastaba un acto de cobardía o un error para que le diesen la espalda y eligiesen a una nueva cabeza que los condujese en sus eternas luchas con los hombres barbudos, como llamaban al blanco, o con sus vecinos, que eran varios: mocovíes, tobas, vilelas, lules, calchaquíes, y cualquiera que les disputase el territorio y las fuentes de agua, o jagüeles, como los llamaban, que en época de sequía se convertían en la diferencia entre la vida y la muerte. Nadie, ni siquiera el español con sus armas de fuego, se aventuraba en territorio abipón sin negociar con ellos. Su ferocidad y destreza en batalla los precedía.

Así como acataban a ciegas las órdenes del jefe militar, en los demás aspectos de la vida, cada abipón era señor de sí mismo, y a esto Aitor lo encontraba de su gusto. Nunca había experimentado una libertad tan profunda como entre esas gentes, libertad de la que no solo gozaban los varones, sino también las mujeres, porque si dejaban de desear a su esposo, podían abandonarlo y buscarse uno nuevo, y nadie armaba escándalos. Aitor no habría soportado que su Jasy lo dejase y se uniese a otro, pero, pensando en Malbalá, atada a Laurencio abuelo de por vida, habría deseado que los jesuitas semejaran más a los abipones en ese sentido. No comprendía por qué el matrimonio no se podía romper si la pareja era infeliz.

El momento de mayor excitación llegó cuando su abuelo le anunció que los pomberos, o espías, que se desplazaban por el territorio sin ser vistos, le habían advertido que una columna de tobas, como los llamaban despectivamente, había ingresado sin autorización y que andaban cazando a diestro y siniestro.

—Sé que formas parte de la caballería de tu pueblo, Aitor —expresó Icholay—, pero ¿has estado alguna vez en batalla, hijo mío?

—No, abuelo.

—Entonces, cuando ataquemos a esos infames, será tu bautismo de fuego.

Un escozor le recorrió el cuerpo, un poco por miedo, otro poco por anticipación y entusiasmo. En el miedo estaba sellado el nombre de su Jasy, porque si perdía la vida en esos parajes, no volvería a verla, y eso lo aterraba. Sin embargo, no podía negarse. Decepcionar a su abuelo le habría resultado intolerable, sin contar que su espíritu combativo y viril lo tentaba a formar parte de la lucha y, por fin, convertirse en un guerrero. Aitor, que había estrechado lazos muy fuertes con sus primos, hijos de su tío Payquín —Quebadín, el que lo había encontrado a orillas del Bermejo y lo había interrogado, Navedañac y Nedlanigrín—, prometió permanecer cerca de ellos durante

la contienda y responder a las órdenes del mayor, que comandaba un grupo de veinte guerreros.

La noche antes de la batalla, no lograba conciliar el sueño. Como de costumbre, cerraba los ojos y la imagen de Jasy, la última de ella, desarmada por el llanto y la pena, lo invadía con la fuerza y la violencia de una cuchillada. Intentaba reemplazarla por alguna feliz, de las que tenía tantas, sin éxito. El rostro transfigurado por la pena, la angustia y el terror de su adorada Jasy lo llevaba sellado a fuego en el corazón y en la mente. Aunque, en verdad, era el recuerdo de sus alaridos lo que lo inquietaba y le espantaba el sueño. Agudos, profundos, desgarradores. Lo habían conmocionado en aquel momento y lo seguían conmocionando meses más tarde. Finalmente, ella se había calmado, él la había calmado. Recordaba el calor de sus manitas, que se apretaban a sus brazos, cerca del hombro, y el modo en que los espasmos le sacudían la cabeza. Esa imagen lo fue conduciendo a través de las últimas palabras que habían intercambiado. *«Óyeme bien, Jasy. En estos días te dirán cosas muy feas de mí. Tengo muchos enemigos que quieren desprestigiarme. Prométeme que tú no darás crédito a nada de lo que te digan».* *«Te juro que no daré crédito a nada de lo que digan en tu contra».* *«Si tú crees en mí, entonces tengo la fuerza para enfrentar lo que se me viene encima».* *«Creo en ti, amor mío».* Resultaba paradójico que hubiese sido feliz en el instante en que su vida se desmoronaba solo porque ella lo había llamado «amor mío». *«Dímelo de nuevo. Dime amor mío».* *«Amor mío, amor mío. Amor de mi vida. Te amo, Aitor».* *«Espérame, Jasy. Volveré por ti».* *«Te esperaré la vida entera, si es necesario».* Aitor se cubrió los ojos y lloró en silencio, consciente de que en ese llanto se mezclaban lágrimas de alegría con otras de profunda tristeza. Ese amor desesperado que ella le había inspirado siempre, desde que tenía cuatro años, era correspondido, y con creces. Su Jasy, el ser más noble y perfecto que pisaba la tierra, era de él, del luisón con alma negra. Y estaba esperándolo, guardándose para él. ¡Ah, cuánto la echaba de menos! Lo atormentaba pensar que el obispo se la hubiese llevado o que algo malo le sucediese. Confiaba en Vaimaca, en que la preservaría para él. Sin embargo, la fe en su abuela no conseguía borrar las premoniciones oscuras que lo asolaban.

Lo venció el cansancio y durmió unas horas antes de que su abuelo lo despertase para iniciar la marcha que los conduciría a los lindes del territorio, donde los tobas se habían instalado. Avanzaron durante la jornada, bajo un sol abrasador, en un paraje más agreste que el de la selva, con otros olores, colores y sonidos. Guardaban silencio. A Aitor le molestaba la vincha ancha y gruesa de cuero que su primo Quebadín le había sugerido que se ajustase en torno a la cabeza para evitar las espinas de los árboles, que eran más bajos y de hojas más pequeñas que los de la selva. Lo molestaba y lo acaloraba. No obstante, intentaba mantener la concentración. Quería volverse uno con ese ambiente como lo era con el monte, donde se sentía amo y señor

porque lo conocía como pocos, porque respiraba al mismo ritmo y se movía a la misma velocidad. Pendiente de un nuevo olor, de una rama rota, de huellas, de cualquier cambio que le indicase que estaban espiándolos, movía la cabeza con lentitud hacia uno y otro lado y aguzaba los ojos. Así como el cacique Icholay se servía de pomberos, los tobas debían de hacer lo mismo.

Cayeron sobre los invasores aprovechando la luna llena y cuando el campamento ya dormía. Sin embargo, la reacción del enemigo fue rápida, como si estuviesen esperándolos, y de inmediato se pusieron a tono en la lucha. Grandes jinetes al igual que los abipones, los tobas, o kom, que así se denominaban ellos, constituían un rival de ley, al que había que respetar y mostrar el lado más fiero para amedrentarlos.

La sangre de Aitor fluía con velocidad soliviantada por los aullidos de guerra que lanzaban ambos bandos y por el denuedo con que se enfrentaban. Él, con su habilidad para galopar y disparar con el arco y la flecha, desmontó a varios. Una lanza le golpeó con poca fuerza en el pecho, pero si no hubiese vestido el escaupil, tal vez lo hubiese herido malamente. También derribó a unos cuantos con la honda, y, al darse cuenta de que los tobas agitaban unas tiras de cuero para lanzar piedras, deseó estudiar de cerca el artilugio. Cuando la contienda estaba llegando a su fin, un indio enemigo, de a pie, lo derribó del caballo y lo comprometió en una lucha cuerpo a cuerpo. El toba, con la parte delantera de la cabeza pelada a la usanza abipona, lo tenía contra el piso, e intentaba insertarle la punta de un cuchillo en el ojo izquierdo. Era vigoroso y se mostraba dispuesto a acabar con su vida. Aitor, de cara al cielo, tuvo una fugaz visión de la luna llena, que esa noche brillaba con una intensidad peculiar, de un blanco esplendente. «Jasy», pensó, y se acordó de sus palabras: *«Tú eres el mejor aserrador, hachero y cazador del pueblo, y yo estoy orgullosa de ti. Me siento segura cuando estoy contigo, Aitor»*. Percibió que una corriente cálida le surcaba los brazos de hachero y que cambiaba la sensación de entumecimiento por una de poder. Con un rugido que desorientó al toba, le mostró los colmillos y le torció la muñeca. Hizo la cabeza a un lado antes de que el cuchillo acabara por tierra. Se lo quitó de encima con facilidad y se arrojó sobre él. No le dio tiempo a reaccionar: desenfundó su cuchillo y se lo clavó en el pecho, con tanta fuerza que sintió cómo rompía los huesos a su paso. Se quedó de rodillas junto al cadáver, la cabeza inclinada y acezante, aunque solo unos segundos. Saltó en pie y corrió tras su caballo, que, como la fiel bestia que era, no lo había abandonado. Se dio cuenta de que la lucha languidecía y de que a luz de la luna se distinguían decenas de montículos que regaban el suelo. Al día siguiente, el sol revelaría los cadáveres con macabro detalle.

* * *

Emanuela se incorporó en su camastro con la respiración rápida y agitada y el cuerpo

empapado en sudor. Porã levantó la cabeza y gañó. Saite y Libertad batieron las alas en sus alcándaras. La perrita caminó hasta recostar el hocico en el regazo de su dueña, que la tomó en brazos y le susurró:

—Perdóname si te he despertado, querida Porã. Pero he tenido una pesadilla horrible. Soñaba que él me llamaba y yo no podía encontrarlo. Pero ha sido solo una pesadilla —intentó convencerse y no reparar en el presentimiento que le decía que Aitor la necesitaba.

Se recostó con la perrita pegada al pecho y le rogó a Tupá con los ojos apretados y los labios sumidos que lo preservara de todo mal, hasta que el agüero fue disolviéndose en su pecho y permitiéndole respirar con normalidad.

A la mañana siguiente, le resultaba imposible calmar la inquietud. Quería correr hacia él, comprobar que se hallase bien, abrazarlo con todas sus fuerzas y no dejarlo escapar. La impotencia de no saber adónde ir, ni a quién preguntarle, ni a quién referirle su desazón, la llevó, casi de manera automática, a la capilla de la Asunción de Nuestra Señora, donde cayó de rodillas y se cubrió el rostro.

—Te imploro, Tupasy María, protéjelo, cuídalo, sálvalo, presévalo. ¿Qué me pides a cambio por devolvérmelo con bien?

Un movimiento a sus espaldas, que alteró el juego de luces y sombras, atrajo su atención. Se dio vuelta, intrigada; la iglesia estaba cerrada y ella había accedido por la sacristía, una prerrogativa con la que pocos contaban. Un mal presentimiento le oprimió el pecho al ver que se trataba de Olivia. No contemplaba la imagen de la Virgen, ni parecía sumida en oración. La contemplaba a ella, fijamente, sin batir las pestañas. La hostilidad de esa mujer la desorientaba. Estaba tan habituada al afecto y al respeto de todos, que la malicia con que la miraba cuando se cruzaban por el pueblo la confundía más que ofenderla. Sospechaba que se trataba de Aitor. Los demás creían que ella era la niña santa, un ser etéreo, incapaz de comprender las cuestiones mundanas de los hombres. Pero ella sabía ver y comprender.

—Olivia —dijo de buena manera—, ¿deseas compartir el reclinatorio conmigo? Acércate, te haré un sitio. —Empezó a desplazarse y se detuvo al escucharla decir:

—Rezas por él, ¿verdad? Por Aitor. ¿Crees que él está pensando en ti? Ya te debe de haber olvidado, como te olvidaba cada noche que se encontraba conmigo en la barraca para que hiciéramos el amor.

Las palabras de la india la alcanzaron como un golpe en la espalda. En verdad, sintió como si alguien de gran fortaleza la golpease con un saco pesado, lleno de piedras. El dolor se expandió por la espalda y se irradió hacia sus miembros, paralizándola; incluso le congeló los pulmones, y cesó de respirar. La vista se le nubló con lágrimas nacidas del padecimiento.

—No deberías sufrir por él, como tampoco debería hacerlo yo, porque nos engañó a las dos la noche en que fornicó con esa esclava, María de los Dolores García, para

después asesinarla.

Quería expresar tantas verdades y ninguna emergía de su boca. Las vociferaba en su mente con una claridad que, entre sus labios, se desvanecía. Los sentía rígidos y fríos, lo mismo que sus piernas. Buscó apoyo en el reclinatorio y se conminó a ponerse de pie. Bajó el escalón de la capilla y pasó junto a Olivia sin mirarla. La india la siguió.

—Yo soy la mujer para Aitor —la escuchó decir—. Él a ti no te ve como mujer, sino como un ser superior, que puede redimir su alma negra.

Se giró súbitamente, y la india trastabilló y abrió grandes los ojos negros. Elevó el índice y apretó los dientes para hablar.

—No vuelvas a decir que tiene el alma negra. Tú no lo conoces. Él y yo somos la misma persona, compartimos el alma y nuestros corazones laten al unísono. Su alma es la mía, y la mía, la de él. Su alma es pura, y buena, pero eso es algo que él solo me permite ver a mí. ¡Aléjate, mala mujer! ¡Y no vuelvas a referirte a él en términos despectivos o te pesará!

Temblaba mientras cruzaba la sacristía, y ni siquiera dejó de estremecerse cuando salió al calor de la siesta. La maldad existía, y ella lo sabía, pero, cada vez que la enfrentaba, era como si le restasen un poco de vida. Se sintió aturdida, no sabía adónde ir. Caminó sin rumbo hasta acabar en el cementerio, que visitaba a menudo para llevarle flores a la madre que le había dado la vida en el día de su muerte. Se arrodilló frente a su tumba y leyó la lápida: *Emanuela (m. 12 de febrero 1736)*. Se inclinó y pasó el índice por las letras talladas a cincel. ¿Quién había sido la mujer que le había dado la vida? ¿Por qué se hallaba sola, a orillas del Paraná, a punto de dar a luz? ¿Qué destino tan cruento la había conducido a ese final desastroso? ¿A quién le había entregado su corazón?

—Madre —murmuró en castellano—, madrecita mía. —Luego permaneció en silencio, mientras sus ojos repasaban una y otra vez el espartano epitafio—. Amo a Aitor, madre —se atrevió a pronunciar su nombre después de tantos meses—. Lo amo como a nadie en el mundo, y daría mi vida por él.

Las palabras se precipitaron fuera, y con ellas se evadió un poco de la presión que le dificultaba la respiración.

—Él me advirtió que sus enemigos lo difamarían y me pidió que no les diese crédito. Y yo le prometí que no lo haría. Pero Olivia no es su enemiga, al contrario, creo que lo ama. ¿Crees que debería creerle? Ella dice... —Calló, incapaz de repetir la declaración de la mujer. Pegó el mentón en el pecho y cerró los ojos—. Me habría gustado tanto conocerte, madrecita. —Se puso de pie y tocó la lápida antes de abandonar el cementerio.

El padre van Suerk la esperaba en el hospital. No tenía ganas de ir. La asombró su falta de interés por una tarea que encontraba apasionante. La pesadilla de la noche

anterior sumada al encuentro con Olivia en la iglesia la habían dejado vacía; ni turbada, ni triste; simplemente vacía. Solo Aitor le habría devuelto las ganas de vivir.

Sin analizar la falta que cometía al no presentarse a trabajar, se dirigió al único sitio donde recobraría la paz. El lugar secreto del arroyo Yabebirí guardaba memorias que siempre operaban en su ánimo como un lenitivo, aunque la añoranza a veces se tornaba insoportable, y se permitía llorar. Era el único sitio en que lo hacía. No iría bajo la cascada porque allí se volvía más sensible, y ese día necesitaba paz, y no recordar. Sin embargo, batallar para no caer en los recuerdos era un esfuerzo desperdiciado. Sin remedio, su mente voló a otro tiempo, a uno de felicidad en el que él la había tenido abrazada bajo el chorro y la besaba introduciéndole la lengua y haciéndola gemir. «*Nunca me cansaré de hacerte el amor, Jasy. Pero se termina agotado, como si hubieses trepado un árbol altísimo. Tienes que esperar un momento para hacerlo de nuevo*». «¿Cómo lo sabes? ¿Lo has hecho ya?» «No. No. Ya te dije que me lo explicó mi tío Palmiro. ¿Vamos bajo la cascada?» Él siempre le había hablado de las cuestiones entre un hombre y una mujer con solidez y conocimiento, obtenidos gracias a las lecciones impartidas por Palmiro Arapizandú. A la luz de los comentarios de Olivia, Emanuela empezó a dudar de que Aitor solo repitiese las enseñanzas del corregidor. Se sentó sobre una roca y sacudió la cabeza. Se decía que lo traicionaba por albergar la posibilidad de que él le hubiese mentido. ¿Había estado con una mujer? ¿Con Olivia? ¿Con la esclava asesinada?

—¡No! —exclamó, y apretó los puños contra sus piernas. Le había jurado que no daría crédito a las calumnias de sus enemigos. ¡Qué fácil caía en la trampa! Qué débil era. Con razón Aitor no quería llevarla con él al monte. «*Aquello es muy duro, y yo no quiero eso para ti*», le había explicado. Bajó el rostro, avergonzada, triste, confundida, y, de manera repetitiva, como cuando rezaba el rosario, recitó en susurros cargados de llanto sus versos favoritos del soneto de Shakespeare, el número ciento dieciséis. *No es amor el amor que cambia cuando un cambio encuentra o que se adapta a la distancia al distanciarse. No es amor el amor que cambia cuando un cambio encuentra o que se adapta a la distancia al distanciarse.*

—¡Manú!

Emanuela sofocó un grito y giró bruscamente sobre la roca.

—¡Lope! —Se puso de pie y le sonrió.

El muchacho, alto y delgado, corrió hacia ella. Los rizos rubios, que llevaba más largos que de costumbre, se agitaban en el viento. Sus ojos azules brillaban a causa del sol y de la alegría.

—¡Manú! —repitió al detenerse frente a ella, agitado. El rubor en sus mejillas, producto de la corrida, le acentuó la palidez del resto de la cara—. Manú —dijo en un tono quedo, y la abrazó.

Emanuela se puso rígida, no porque le molestase la muestra de afecto de su

amigo, sino porque recordaba cuánto lo disgustaba a Aitor que se tomase esas libertades. Lo apartó suavemente; no quería ser grosera. Dios sabía cuánto se alegraba de verlo. Lope era muy querido para ella. Al pasar cerca de su rostro, le olió el aliento, y detectó un aroma familiar, que le recordó al de su *ru* cuando bebía chicha. ¿Lope tomaba?

—¡Qué dicha verte, querida Manú! Hace meses que no nos vemos. ¿Estás bien? —dijo de pronto, y la sonrisa se le esfumó—. ¿Qué sucede, querida Manú? —La tomó de las manos y la obligó a sentarse de nuevo—. Tienes una expresión muy triste.

—Estoy triste, Lope. Aunque verte es una gran alegría.

—Gracias. Para mí verte es lo mejor que puede pasarme. —Emanuela apretó el entrecejo y ladeó la cabeza—. Pero dime, ¿qué ha sucedido? ¿Por qué no han vuelto al arroyo?

—Si supieras, Lope... Aitor fue acusado de un asesinato que no cometió y debió huir de la misión. Hace meses de esto y no sabemos nada de él.

—¡Pobre Aitor! ¡Qué desgracia! —se lamentó con sinceridad. Aitor nunca había sido gentil, ni amigable con él; sin embargo, Lope se entristecía por su infortunio.

—¿No has venido con Ginebra?

—No. —Lope irguió la espalda y sus facciones se endurecieron.

—¿Está enferma?

—No. Solo ocupada.

—¿Con qué? ¿Ha empezado a trabajar?

Lope soltó una carcajada que a Emanuela irritó; estaba cargada de cinismo y no de diversión.

—¿Ginebra, trabajar? No, no, Manú. Ella no es como tú, que te levantas con el canto del gallo y trabajas sin parar el día entero. Ella y su madre no saben lo que eso significa.

—Entonces, ¿en qué ocupa su tiempo?

—Por ahora se entretiene organizando su boda.

—¡Oh! —Guardó silencio durante unos segundos—. Ginebra se casará. Es una hermosa noticia. ¿Con quién?

—Conmigo —masculló, sin mirarla, y Emanuela observó que había entrelazado los dedos de las manos y los apretaba hasta volverlos de una intensa tonalidad roja, con manchones blancos. En un acto instintivo, colocó la suya sobre las de él para aplacar la tensión. Lope, enseguida, la aferró y se la besó.

—Manú —dijo, con los labios sobre la mano de ella, que Emanuela retiró ejerciendo un poco de fuerza.

—¿No eres feliz, Lope? —El muchacho negó con la cabeza, sin levantar la vista—. ¿No deseas casarte con Ginebra? Ella es muy bonita y simpática.

—Sí, es muy bonita y simpática, pero no la amo. Prácticamente nos hemos criado juntos. La veo como a una hermana, no como a mi mujer. Además...

—¿Qué, Lope? Dime. Hablar te hará bien, y sabes que lo que me cuentes morirá conmigo.

—Sí, lo sé. Sé que puedo confiar en ti. En nadie confío como en ti, Manú. Es que... Me avergüenzo de lo que siento, de lo que tengo en mi corazón. Yo amo a otra.

—Oh, ya veo. ¿Por qué no te casas con esa otra joven?

—Porque mi padre me mataría antes de que lo hiciese. Desde que Ginebra y yo éramos niños, nuestros padres han planeado la boda. Mi familia se uniría a la de Calatrava, que son personas de alcurnia aunque ahora hayan caído en desgracia, y la familia de los Calatrava se uniría a la adinerada familia de Amaral y Medeiros.

Emanuela jamás había escuchado que la gente se casase por motivos de esa índole, y le resultó extraño, difícil de creer. En la misión, las jóvenes pedían en matrimonio a los jóvenes cuando creían estar enamoradas de ellos.

—¿Ginebra te ama?

—No.

—¿Te lo dijo?

—No es necesario. Lo sé.

—No comprendo, Lope. Tú no la amas, ella no te ama. ¿Por qué aceptan este matrimonio? Después de todo, cuando estén frente al altar, dependerá de ustedes decir sí o no. Y tu padre no podrá hacer nada.

Lope rio por lo bajo, con la vista fija en sus manos de nuevo entrelazadas.

—Tú no conoces a mi padre, Manú. Le temo desde que era un niño. ¿Recuerdas cuando enviabas a Libertad a mi ventana para que me despertase de noche? —Emanuela asintió—. Creo que no sabes el bien que me hiciste con aquella ayuda, querida mía. —La tomó por sorpresa y volvió a besarle la mano—. Creo que si no hubiese dejado de orinarme de noche, mi padre habría terminado por matarme a golpes.

—Entiendo —dijo, y pensó en Laurencio abuelo y en Aitor, que siempre lo había enfrentado; Lope, en cambio, inclinaba la cerviz y obedecía.

—¿Qué dice Ginebra de este matrimonio?

—Nada. Lo acepta y sigue adelante.

—Tal vez sea porque te ama —tentó Emanuela, con esperanza en la voz.

—No, no me ama. Ginebra hará cualquier cosa para satisfacer a su madre. Ella hace y dice lo que doña Nicolasa le indica, sin chistar.

—Y tú, ¿nunca has pensado en hablar con tu padre, explicarle lo que sientes?

—¿Hablar con mi padre? —Lope le imprimió a su gesto una mueca entre divertida y horrorizada—. Es imposible. Somos tan distintos, Manú. Él todo lo entiende a partir de la fuerza, el maltrato, los gritos, los golpes, la mentira y el

engaño. Yo, frente a él, me siento como un venado frente a un yaguareté.

—Entiendo —volvió a susurrar—. ¿No tienes a quién recurrir, alguien que podría ayudarte a hacerlo entrar en razón?

—Al único que tengo es a mi tío Edilson, el hermano de mi madre. Pero mi tío es muy parecido a mi padre.

—¿Qué harás, pues?

—No lo sé. Si supiera que la mujer que amo me ama, entonces creo que lograría reunir la fuerza para escapar con ella y hacer una vida lejos de mi padre y de su nefasta influencia.

—¿No se lo has preguntado? A la mujer que amas, me refiero.

—No. Nunca me he atrevido.

—Pues deberías, Lope.

El joven elevó el rostro y levantó las rizadas pestañas negras con un movimiento deliberado que sorprendió a Emanuela. Su mirada había cambiado, como si un hechizo hubiese caído sobre él convirtiéndolo en un hombre seguro y decidido en un santiamén.

—¿Me amas, Manú?

Ella se lo quedó mirando, con la cabeza ladeada. Él rio entre dientes, divertido con la mueca de confusión de ella.

—Es a ti a quien amo, adorada Manú. —Le sujetó las manos y se las besó varias veces y se las pasó por las mejillas sin afeitar.

—¿Has estado tomando, Lope?

Él volvió a reír sin fuerza y la miró con ojos chispeantes.

—Tal vez un poco.

—Pues no deberías. Te hace decir cosas que no piensas. Perder el control sobre nuestras palabras es peligroso.

—Manú, que haya tomado antes de venir aquí no significa que no sepa lo que estoy diciendo en este momento. Te pregunto si me amas porque tú acabas de afirmar que debería preguntarle a la mujer que amo si me ama.

—¡Pero yo no soy esa mujer!

—¡Tú eres esa mujer! —exclamó Lope con una ira repentina que la asustó.

Emanuela se desembarazó de sus manos y se puso de pie.

—Manú, discúlpame. No quise gritarte. Es que me da un poco de grima que no creas que te amo, cuando te he amado desde el día en que te conocí, cuando eras apenas una niña. ¡Es un secreto con chirimías, Manú! Creo que los demás (Bruno, Aitor, Ginebra) —enumeró— lo saben. Todos, excepto tú.

«No es mi amigo, Emanuela», le había asegurado Aitor tiempo atrás, en referencia a Lope. «Y, ciertamente, él no quiere ser tu amigo. Él quiere ser otra cosa para ti». «¿Qué?» «Quiere ser lo que yo soy para ti, Jasy. ¿Acaso no lo ves?» No, no

lo había visto. Se avergonzó de su ignorancia y candidez, y deseó no haber contradicho a Aitor. Lo había hecho rabiar y sentirse frustrado. Él era experimentado, conocía la índole de la gente, y parecía ver más allá de lo que los demás mostraban, como si con esos ojos de sol, él echase luz sobre lo que se ocultaba en el corazón de las personas.

—¿Por qué has tomado?

—¿Cómo?

—Te pregunto que por qué has tomado.

—Ehhh...

—Dime la verdad.

—Tomo porque me he dado cuenta de que, cuando lo hago, no tartamudeo tanto y me siento más envalentonado.

—No tomes más, Lope. Yo conozco el daño que la bebida les hace al cuerpo y al alma. No tomes más, por favor.

—Está bien. Lo prometo. Pero tú dime si me amas.

—¿Por qué dices que me amas?

—Porque cuando te veo aquí, en nuestro lugar, el corazón me salta en el pecho y una alegría que solo experimento ante tu presencia me hace sentir feliz de estar vivo. Al mismo tiempo, al verte, una paz muy profunda me invade, como si mis tribulaciones y problemas desapareciesen. Tú me ayudaste a superar aquel problema que tanto me humillaba de niño y sé que me ayudarás a convertirme en el hombre que mereces. Solo tú, Manú.

Ocurría a menudo en su vida: con ella, la gente confundía la gratitud y la admiración con el amor. Por eso el amor de Aitor le resultaba tan genuino, porque a él lo tenía sin cuidado su don; es más, parecía fastidiarlo. No deseaba discutir acerca de la naturaleza del cariño de Lope. Quería irse; tenía la impresión de que, permaneciendo y oyéndolo profesar su amor, traicionaba la confianza de Aitor. Irse también le causaba pena, porque quería a Lope y no deseaba lastimarlo.

—No te amo, Lope, no como tú pretendes —declaró.

—Ya veo.

—Siento por ti un gran afecto —afirmó, para mitigar la desilusión—. Eres un buen amigo y no me gustaría perderte.

—¡No me perderás, Manú! —exclamó, de nuevo vehemente y decidido—. Nunca me perderás. Si lo que puedes darme es tu amistad, la atesoraré para siempre. Será lo más valioso para mí.

—Gracias, Lope —murmuró con ganas de llorar—. Ahora tengo que irme. Están esperándome en el hospital.

—Sí, sí, ve. ¿Cuándo volveré a verte?

—No lo sé.

—¿Por qué no regresas los domingos, como antes, así podemos conversar?

«Porque Aitor no quiere», se dijo. Meditó que, habiendo aclarado los sentimientos con Lope, la relación entre ellos se mantendría en su cauce, y él no intentaría nada improcedente. Levantó los ojos y se encontró con los ansiosos y expectantes de él. «Son hermosos», admitió. El color azul cielo se destacaba en el marco de las pestañas tan negras y largas. Extraño que no las tuviese rubias, caviló, cuando su cabello era de esa tonalidad tan pálida.

—Sí, volveré los domingos. No todos, porque en el hospital nunca tenemos días de descanso, pero lo haré siempre que pueda.

—¡Gracias, Manú! —La abrazó, y ella no reunió el coraje para pedirle que no lo hiciese.

CAPÍTULO XV

Ursus montó el caballo temprano, antes del amanecer, y se dirigió a *Orembae*. Había prometido bendecir ese día el compromiso de Lope y de Ginebra. El matrimonio lo celebrarían en unos meses, y él no conseguía sacarse de la cabeza que se trataba de una cuestión forzada, en la que ambos jóvenes cumplían con los mandatos paternos. No era tan ingenuo para creer que todos los matrimonios se constituían en el amor; sabía que no era así. No obstante, a él lo violentaba celebrar un sacramento sabiendo que los receptores se encontraban embargados en la más profunda miseria. Tal vez no fuese el caso de Ginebra, a la que nada parecía emocionar, ni enojar; pero sí el de Lope, no había duda de ello. En cada oportunidad en que visitaba la hacienda de Amaral y Medeiros, el chico lucía más pálido y delgado que la vez anterior. ¿Acaso Florbela y Vespaciano no lo advertían?

En *Orembae* se dio con la sorpresa de que Edilson Barroso, el cuñado portugués de Vespaciano, se encontraba de visita y de que permanecería varios meses, tal vez hasta la boda de su sobrino. Era un hombre de unos cuarenta y cinco años, de sólida estampa, con hombros fuertes y piernas largas. Llevaba el cabello, que en las sienes comenzaba a platearse, prolijamente recogido en la nuca con una coleta, y el rostro, de toscas y oscuras facciones, sin barba. Poseía una mirada penetrante e inteligente, que hablaba de un espíritu experimentado. Era un hombre rico; eso se deducía con solo echar un vistazo a la casaca de fino bucarán marrón, con el cuello de tirilla, muy a la moda, y bordados en hilos de oro, que orlaban los faldones abiertos, como también a la chupa haciendo juego y a los calzones ajustados en la rodilla con botones de lapislázuli. Las medias de seda blanca se introducían sin arrugas en unos zapatos de hebilla de oro y tacón alto. No era un traje para esas tierras, ni esas temperaturas; con todo, el hombre lo portaba con garbo.

—¡Ah, el gran padre Ursus! —exclamó en un castellano con pesado acento portugués, y extendió la mano con alegría—. Mi querida hermana Florbela me ha referido vuestro nombre incansablemente en sus misivas, padre. Os tiene en su más alta estima.

—Vuestra hermana, señor Barroso, es demasiado benevolente conmigo. Ensalza mis pocas virtudes y soslaya mi gran cantidad de defectos.

El portugués soltó una risa estruendosa, aunque de un sonido rico y atractivo, que hizo reír a Ursus a su vez.

—Pasad, pasad —invitó Amaral y Medeiros, y señaló la puerta de su despacho.

Ursus percibió un nerviosismo en el timbre de su voz que lo sorprendió.

—Os dejos a solas, cuñado. He prometido a Florbela acompañarla un momento

en el estrado antes de la comida.

Amaral y Medeiros indicó al jesuita que ingresara, y cerró detrás de él. El rito de pasar unos momentos a solas antes de reunirse con las mujeres y los jóvenes se repetía sin excepción. Al principio, Ursus había sospechado que Vespaciano intentaba comprar su amistad para obtener un favor. No tenía duda de que la del hacendado era ofrecida si este consideraba que podía obtener algo a cambio. ¿Tal vez una carta de recomendación para volver sobre sus sueños de ser marqués? Sin embargo, con el paso del tiempo, Ursus empezaba a sospechar que el hombre disfrutaba de su compañía y prestaba atención a sus consejos y comentarios. No solo había dejado de anteponer el «padre» a su nombre, sino que a veces lo llamaba «amigo mío», como en ese momento, mientras le ofrecía de beber.

—¿Qué tomas, amigo mío? Te sugiero un aperitivo para abrir el apetito. Lo traje Edilson, y es excelente.

—Se agradece.

Sirvió en dos vasos y le pasó uno al sacerdote. Levantó el de él y lo estudió.

—Estaño, Ursus.

—¿Cómo dices?

—Este vaso es de estaño, como mucha de la vajilla de la que nos servimos a diario. Dependemos de este metal, sobre todo para la producción de armamento.

—Sí, lo sé. El estaño es un metal muy requerido.

—¿Qué haríamos sin él? —Se trataba de una pregunta retórica, por lo que Ursus guardó silencio—. ¿Sabes a qué ha venido Edilson?

—Entiendo que al compromiso y boda de tu hijo.

—¡Ja! Edilson no se aleja de Buenos Aires, ni de la Colonia del Sacramento sin que haya un propósito económico detrás. Lo de la boda de Lope es una excusa. Además, faltan meses para eso. Me ha dicho que está buscando estaño por estas tierras, más hacia el norte. Unos portugueses le aseguraron que en estas tierras hay estaño, y él está dispuesto a encontrar dichas minas.

—Nunca, en mis tantos años en el Paraguay, he sabido de minas de estaño. Pero ¿quién puede afirmar que no existen? Después de todo, estas tierras están sin explorar. Solo Dios sabe qué hay allí fuera.

—¿Minas de oro?

—Si las hay —contestó Ursus, y se esforzó por no morder el anzuelo y perder la compostura—, nunca me he enterado de ello.

—¿De veras? —Al vistazo de ceño fruncido que Ursus le destinó, Amaral y Medeiros sonrió con aire conciliatorio—: Está bien, está bien. No te importunaré con ese tema.

—Vespaciano, en nombre de la amistad que estamos construyendo, te rogaría que no hicieses comentarios como el de recién. Suspicias como esa (la de que

escondemos minas de oro en las doctrinas y que se las ocultamos al rey) están perjudicando a la orden a la cual he consagrado mi vida. ¿Y sabes qué es lo peor del asunto? ¡Que es una calumnia! ¡Tales minas no existen! Al menos, no en nuestros terrenos.

—Entiendo, amigo, y te pido disculpas. No volverá a ocurrir. Cambiemos de tema. Cuéntame de Aitor. ¿Qué puedes decirme de él?

Ya no lo desconcertaba el interés del estanciero por Aitor, aunque sí lo intrigaba el motivo. En ese instante, se debatía entre seguir ocultándole la verdad o, mejor dicho, mentirle, o bien revelar lo sucedido. Al principio, como no confiaba en Amaral y Medeiros, no le había referido los trágicos sucesos del asesinato de la esclava y la huida de Aitor. Temía que, de alguna manera, el hombre los utilizase para perjudicar a su muchacho.

—Verás, Vespaciano. Aitor...

La seriedad que le imprimió a su voz y a su gesto puso en alerta al hacendado, que se incorporó en la butaca y lo fulminó con un vistazo de auténtica preocupación.

—¿Qué le sucedió a Aitor, Ursus? Dímelo. Dime lo que sea.

—¿Por qué te interesas tanto por él, Vespaciano? Es algo que me tiene confundido desde hace tiempo. ¿Por qué un hombre como tú se interesaría por uno de mis pobres indios?

—Aitor no es un pobre indio, Ursus. En eso te confundes. Es un hombre que exuda valor y fortaleza. Me gustaría que mi Lope fuese como él —apuntó, con acento amargo.

—No puedes compararlos. Pertenecen a dos mundos muy distintos. Aitor ha llevado una vida dura. Lope, en cambio, ha sido tu único hijo, siempre protegido y mimado.

—Lo he arruinado.

—Lo habrás arruinado para tus fines, pero no lo has arruinado como persona. Es un muchacho bondadoso, noble, educado. ¿No puedes ver sus virtudes, hombre del corazón de piedra?

—No, no puedo —admitió—. Pero háblame de Aitor. Te pregunto por él porque no pierdo la esperanza de contarle entre mi gente algún día.

Ursus suspiró y se arrellanó de nuevo en la silla.

—Aitor ya no vive en la misión. —Amaral y Medeiros apretó el entrecejo—. Sucedió un hecho dramático y él tuvo que huir para que la Justicia no lo prendiese.

—¿Qué sucedió? —La calma tensa de Vespaciano demostraba el interés que el tema le suscitaba.

—Una de las esclavas de la orden, que pasaba una temporada en la doctrina para recolectar yerba y algodón, fue hallada muerta. Asesinada —añadió—. En la mano tenía una de las muñequeras de Aitor y cerca del cuerpo se halló la navaja con que la

degollaron. La navaja se la había regalado yo a Aitor cuando comenzó a afeitarse.

Amaral y Medeiros apoyó el codo en el brazo de la butaca y se sostuvo el mentón. Durante unos segundos se mantuvo callado, en profunda meditación.

—Tú que lo conoces bien, amigo mío —dijo al cabo—, ¿crees que el muchacho es tan idiota para matarla y regar el cuerpo y el sitio de pruebas en su contra?

—Como tú dices, lo conozco muy bien. No solo que no es tonto, sino que es todo lo contrario. Es un hábil cazador, que sabe convertirse en uno con la selva para perseguir una presa sin que esta se dé cuenta. Sabe disfrazar su olor, caminar con el sigilo de un pez, confundirse con la vegetación... En fin, el muchacho sabe cómo hacer las cosas sin dejar huella. Pero no es eso lo que me lleva a asegurarte que él no mató a la pobre esclava. No lo hizo simplemente porque no asesinaría a un ser humano, a menos que se viese obligado para defenderse. Aitor es duro, implacable, diría, pero no un asesino.

—Y dices que huyó.

—Sí. En verdad, no le quedaba otra salida. Lo habrían condenado a la horca, sin duda.

Pocas veces Ursus había visto tan reflexivo y preocupado a su anfitrión. Iracundo, eufórico, impaciente, bromista, sí, pero esa serenidad deliberada y ese aire reconcentrado y serio, jamás.

—¿Están haciendo algo para descubrir al verdadero asesino?

—Interrogamos a los posibles sospechosos. Todos salieron del paso con una coartada.

—¿Cuándo ocurrió la muerte de la mujer?

—Suponemos que el 3 de agosto por la noche, o el 4 por la madrugada. Aitor huyó el 5.

—¡El 5 de agosto! —reaccionó—. ¡Y recién me lo mencionas ahora, Ursus! Estamos a enero. ¿Por qué no lo contaste la última vez que estuviste aquí? Como siempre, te pregunté por él.

—Porque no quería que lo supieses.

—¿Por qué? —La pregunta surgió con acento dolido.

—Porque no confiaba en ti, Vespaciano. No sabía si utilizarías esa información para perjudicarlo.

—¡Jamás lo perjudicaría!

—¿Cómo podía estar seguro? Después de todo, por culpa de Aitor perdiste a una india encomendada y tu capataz recibió un flechazo.

—¿Dónde está? —dijo, con impaciencia—. ¿Dónde se esconde?

—No lo sé.

—¡Dímelo, Ursus! —Amaral y Medeiros descargó el puño sobre el escritorio.

—Puedes emplear tus métodos intimidatorios con quien quieras, Vespaciano, pero

no conmigo. Ojalá supiese dónde se esconde mi muchacho. Es como un hijo para mí, y no sé dónde está, ni siquiera sé si está bien. ¿Crees que no vivo angustiado pensando en él, en el futuro de prófugo que le aguarda?

—¿Hacia dónde pudo ir?

—Hacia los cuatro puntos cardinales.

—¿Crees que volverá algún día?

—Sí, estimo que sí.

Pensó en Emanuela, en la única que lo haría regresar. Por fin se había permitido aceptar la verdad que su amigo Hinojosa le había expuesto tiempo atrás y a la cual él se había cerrado, que Aitor estaba enamorado de la niña santa. Tal vez en un comienzo se había tratado de un amor fraterno, posesivo y profundo, pero fraterno. Con el tiempo, se había transformado en un amor de hombre que vencería cualquier obstáculo por recuperar a la mujer amada.

—¿Puedo contar con tu promesa —habló Amaral y Medeiros— de que me mandarás aviso de cualquier novedad que se presente con respecto a Aitor?

—Sí, lo prometo.

* * *

El cura de la misión acababa de irse, y el patrón lo había mandado llamar. Se sacudió las botas en las piedras del camino para no manchar los pisos de madera de doña Florbela, y las nazarenas de plata tintinearón. Se quitó el sombrero y entró en la casa, al patio donde en los meses más calurosos, a esa hora del atardecer, su patrona y la recogida, doña Nicolasa, sorbían mate y bordaban. Amaba verla bordar. Su perfil inclinado sobre la labor, como de alabastro, le resultaba una visión magnífica y perfecta.

—Buenas tardes —saludó, y las señoras levantaron la vista y asintieron a modo de respuesta—. Con su permiso, doña Florbela. Vuestro esposo me aguarda en el despacho.

—Pase —dijo, sin mirarlo, su atención de nuevo en la aguja.

—Gracias, señora.

Desde la pérdida de Olivia, doña Florbela lo despreciaba. Antes, le había tenido miedo; en ese momento, lo despreciaba. Llamó a la puerta del despacho y el vozarrón de Amaral y Medeiros le ordenó entrar.

—Quiero que mañana mismo, antes de que salga el sol, cuatro cuadrillas de tres hombres partan hacia los cuatro puntos cardinales para buscar a una persona y me la traigan aquí.

—¿A quién, patrón?

—A Aitor Ñeenguirú.

—¿Al indio? ¿Por fin le daremos caza a ese infeliz y lo traeremos aquí para que responda por Olivia?

Amaral y Medeiros apoyó las manos en el escritorio y se inclinó hacia delante. Unió las cejas en una profunda mueca hostil y miró a su capataz fijamente.

—Óyeme bien, Domingo. Si tú o alguno de los hombres tocase con una flor o le arrancase un cabello a Aitor Ñeenguirú, yo mismo me ocuparé de retorcerle los testículos hasta arrancárselos.

La imagen de las manazas de su patrón arrancándole las pelotas le hizo apretar los cachetes de la cola y juntar las rodillas.

—Disculpe, patrón. Pensé que por fin nos cobraríamos venganza de él. Después de todo, perdimos a Olivia por su culpa.

—Perdimos a Olivia por *tu* culpa, porque no sabes mantener la verga dentro de los calzones.

«Vuesa merced tampoco», le habría replicado, mientras se acordaba del par de veces que lo había pillado saliendo del puesto que mantenían a media legua del casco de la estancia en compañía de doña Nicolasa. De seguro, no se habían reunido para tejer encaje a bolillo. A veces, lo tentaba contárselo a doña Florbela, para enemistarla con su esposo y para ganarse su confianza. Hasta el momento, no había hallado la ocasión propicia.

Amaral y Medeiros extendió un mapa de la provincia del Paraguay trazado sobre una vitela con tintas roja y negra.

—Enviarás a un grupo hacia el Guayrá —dijo, y señaló hacia el norte de su estancia—. Quiero que vayan a Villa Rica, Ciudad Real y Ontiveros. El otro grupo irá a Asunción, y de allí bajará hasta Herradura, y más allá, hasta el Bermejo. El siguiente grupo abarcará la zona de Corrientes, sobre todo la de los aserraderos y astilleros que allí se encuentran. Y al cuarto, lo quiero del otro lado del Uruguay, para que visite los pueblos que los jesuitas poseen en esas tierras. No digo que esté viviendo en una de esas doctrinas, pero tal vez esté merodeando y demos con él. Conoces sus señas. Con ese aspecto de hombre recio y esos ojos amarillos, no creo que pase inadvertido. A menos que él lo desee —dijo más para sí al recordar lo que Ursus le había referido acerca de las dotes de cazador de su hijo. «Mi hijo», pensó, y el orgullo le calentó el pecho.

—Patrón, una vez que demos con él, ¿qué le diremos? No es una persona con la que se pueda razonar y no creo que quiera seguirnos voluntariamente hasta *Orembae*.

—Le dirán lo siguiente: que Amaral y Medeiros, amigo del padre Ursus, le ofrece trabajo, vivienda y protección.

Domingo Oliveira y Rasposo asintió con semblante impertérrito, mientras planeaba la mejor manera de echarle el guante a ese indio miserable antes que ninguno. Lo despacharía al otro mundo lentamente no solo para cobrarse la

humillación del flechazo en el culo, sino para evitar que se acercase a *Orembae*.

* * *

Aun embrujado por los vapores de la chicha, Aitor se daba cuenta de que la muchacha que lo rodeaba con las piernas y lo instaba a hundirse más profundamente en su carne no era Emanuela. No obstante, si cerraba los ojos, la veía a ella, y la evocaba estremecida por sus besos. ¡Cuánto lo excitaba que temblase de pasión! Era tan inocente en su despertar a los placeres del cuerpo, y se había entregado con tanta generosidad, pese a que él la había avasallado, a ella, a la niña santa, a su pequeña y honesta Jasy. La echaba tanto de menos. No podía quejarse, su destino como prófugo podría haber sido muy difícil, vagando por la campaña, huyendo de la milicia, del hambre y del infortunio. Su familia materna lo había acogido con los brazos abiertos y lo había invitado a formar parte de su pueblo. Lo trataban con respeto —cierto que él se lo había ganado, como guerrero y como cazador—, lo consultaban, lo tenían en cuenta. Con esa gente, se había sentido amado. Sin embargo, entre ellos no estaba Jasy. Después de esos meses y pese a vivir una experiencia nueva y fascinante con los abipones, confirmaba lo que siempre había sospechado: sin ella, lo demás carecía de sentido.

Escuchó unos gemidos de mujer seguidos de palabras agitadas e impacientes, que lo urgían a apurar las embestidas.

—Más fuerte, Aitor. Más... —El gozo que se apoderó de ella la hizo callar. Gimió y se arqueó debajo de él. Aitor aceleró el empuje de sus caderas con los ojos apretados para que la imagen de Jasy no se le escapase. Era ella la que le pedía más, la que lo apremiaba a tomarla con rudeza, la que se retorcía a causa del placer que él estaba regalándole.

—¡Oh, Jasy! —exclamó, y permaneció estático, con los brazos estirados y la nuca hacia atrás. Le temblaban los labios y las mandíbulas—. Jasy —gimoteó, y cayó sobre su compañera.

—¿Qué has dicho, Aitor? ¿Has hablado en tu lengua?

Aitor levantó el párpado de un ojo y observó el entorno. No tenía idea de dónde se hallaba. Cuando se embarcaban en una borrachera para celebrar una victoria en el campo de batalla, él nunca sabía dónde terminaría, ni cómo. La primera vez, después de pelear con los tobas, había despertado días más tarde junto a la laguna, con una anciana que le tatuaba figuras en los brazos después de haber terminado con las de su rostro. Se arrastró hasta el agua y contempló, horrorizado, su imagen. Aunque con la cara hinchada a causa de los pinchazos de espina, vio con claridad los diseños: el rombo entre las cejas, con una cruz en su interior, y cuyo ángulo inferior continuaba por el tabique nasal para abrirse en tres líneas paralelas que morían en la punta de la

nariz; los dos círculos, uno encima del otro, con un punto en el centro y que parecían caer de los rabillos de sus ojos; y por último, las cuatro líneas paralelas y punteadas que le surcaban los pómulos. Había convivido con los tatuajes de su abuela y de sus tías y, durante el tiempo transcurrido entre los abipones, los diseños que les cubrían el rostro y el cuerpo se habían convertido en parte de sus fisonomías, como la forma de los ojos o el corte de la cara. Sin embargo, descubrir esos dibujos impresos para toda la vida en su piel lo alteró sobremanera. Juntó agua con las manos y se lavó el rostro varias veces, con fricciones frenéticas. El agua se aquietaba, y el reflejo le devolvía la misma imagen, la de su rostro con tatuajes. «Jasy», pensó, angustiado, convencido de que lo repulsaría.

Se volvió hacia la anciana, que lo contemplaba con serenidad y una expresión impávida, mientras sostenía en el aire la espina de cactus, cuya punta se encontraba ennegrecida por la mezcla de saliva y cenizas con que coloreaban los diseños.

—¿Qué diantre has hecho, mujer?

—Lo que me pediste.

—¡Yo no te pedí nada! ¡Me has arruinado el rostro!

—Creo que he hecho uno de mis mejores trabajos —replicó, sin alterarse—. Tu rostro es aún más bello que antes.

—¡Pero mi mujer lo aborrecerá! —soltó, sin pensar.

—Si es una buena mujer y te quiere, respetará tu decisión.

—¡No fue mi decisión! ¡Fue la tuya!

La mujer sacudió la cabeza y se ocupó de lavar la vasija que contenía la tinta.

—Nunca entenderé a los hombres. ¿Por qué beben si después se arrepienten de lo que hicieron mientras la chicha les poseía el espíritu? —La anciana recogió sus utensilios y se incorporó con dificultad—. No quiero que mi trabajo se arruine —le comunicó—, por lo que te pido que vayas a casa de tu abuelo y permanezcas recostado el día entero. No comerás carne, ni pescado, ni legumbres, ni verduras. Le pedirás a Ariayé que te prepare un poco de fruta y la infusión de yerba de venado. Ella sabrá cuidarte —remató al cabo, y se alejó en dirección a la aldea.

Aitor se quedó mirándola, demasiado aturdido para reaccionar. Volvió a estudiar el reflejo en el agua de la laguna. «*Si es una buena mujer y te quiere, respetará tu decisión*». Las palabras de la anciana no lo consolaban. ¿Qué diría su Jasy? ¿Lo rechazaría, se enojaría, lo amaría con esas marcas en el rostro? Se analizó los diseños en los brazos; esos no lo fastidiaban tanto, al contrario, los encontró muy agradables. Le rodeaban la parte más gruesa del músculo como si se tratase de ajorcas, en una sucesión de triángulos rellenos de puntos, y otra, paralela a la de los triángulos, con figuras más complicadas, como si fuesen estrellas. ¿Cuántos días había empleado la mujer para realizar su trabajo? ¿Uno, dos, tres? Una vez que la chicha se mezclaba con su sangre, Aitor perdía el contacto con el tiempo y la realidad, como en ese

instante en que regresaba del estupor causado por el alcohol y no sabía con quién había fornicado, ni dónde se encontraba.

¡Mierda! Se había olvidado de retirarse antes de eyacular. No debía pensar en Jasy cuando se acostaba con otra porque perdía el control. Era como si un sueño lo devorase y lo escupiese en San Ignacio Miní, entre los brazos de su única y verdadera mujer. Ahora tendría que esperar un tiempo y rogar que la joven que tenía debajo, sea quien fuese, no estuviese preñada. Sabía que las abiponas gozaban de una gran libertad, y que si quedaban encintas y sin esposo, abortaban o mataban a la criatura al nacer. Él no lo habría permitido. Las enseñanzas de los padres, después de todo, habían calado dentro de él. Sin embargo, regresar a la misión con la cara cubierta de tatuajes y un hijo a cuestas le resultaba demasiado. Jasy lo repudiaría, y con razón.

—Qué bonita muñequera —comentó la muchacha, y pasó el dedo por el mechón de cabello castaño de Emanuela.

Aitor retiró el brazo y cubrió el adorno con la mano, en el acto de protegerlo.

—¿Qué te sucede? —se preocupó la joven, una muy hermosa, advirtió él, con los ojos verdes y los labios llenos. La recordó después de unos segundos; era amiga de una de las hijas de su tío Añapiré; siempre le sonreía y le coqueteaba.

—No quería vaciarme dentro de ti. No quiero preñarte.

—Yo tampoco quiero quedar preñada. No te preocupes. Mi abuela me preparará una lavativa y mataré la semilla que tú pusiste dentro de mí.

—Ve y hazlo ahora. No pierdas tiempo —la instó, y se puso de pie. Le ofreció la mano, que la muchacha aceptó.

Estaban lejos de la aldea, en el monte. Aitor se puso los calzones y se echó encima la camisa, la de algodón de Castilla que Emanuela le había confeccionado. La memoria del día de su natalicio en el arroyo lo atacó sin aviso. Descansó la frente en el tronco de un algarrobo, todavía aturdido por los efectos de la chicha, con un mal sabor de boca que lo descomponía y un dolor de cabeza que le provocaba palpitaciones en las sienes.

—Jasy —sollozó, avergonzado, triste, vacío. ¿Qué le habría dicho ella al saber que, al igual que Laurencio abuelo, se entregaba al vicio de la bebida? Esa era su tercera borrachera, de la cual tal vez emergiese con un hijo. En la primera se había ganado los tatuajes y en la segunda, una herida en el muslo derecho que, al despertar, le dolía como mil demonios y que no recordaba cómo se la había hecho. La vieja curandera, mientras lo suturaba con una espina de cactus y tripa de chancho montés, le explicó que, durante los festejos por una batalla ganada a una pandilla de mocovíes, se había trezado en una pelea a cuchillo con Choraté, uno que le había tomado ojeriza desde que lo había descubierto afeitándose en la laguna. Las mujeres jamás se emborrachaban, y eran las encargadas de mantener cierto orden durante los prolongados festejos. Cuando las cosas escapaban a su dominio, una pelea por

ejemplo, se ocupaban después de las consecuencias, como suturar tajos, colocar compresas en contusiones o entablillar huesos rotos.

—¿Cómo está Choraté? —se desesperó Aitor, no porque le importase el abipón, sino porque no tenía ganas de llevarlo en la conciencia.

—Le metiste un buen cuchillazo en el vientre.

—¿Murió?

—No. Pero no está bien. Se le escapó mucha vida en la sangre que perdió.

—¿Lograrás salvarlo, Comecá? —quiso saber, angustiado—. No quería malherirlo. No recuerdo nada, pero ahora sé que no quería malherirlo.

—Convocaré a los espíritus y les hablaré de tu arrepentimiento. Puede que te pidan algo a cambio para salvarlo.

Su abuelo lo visitó más tarde ese día. Él también lucía en el rostro y en el modo de caminar, pesado y lento, los efectos de la borrachera. Se sentó sobre unas pieles y le palmeó la mano.

—¿Cómo te sientes, nieto mío?

—La pierna duele un poco, abuelo.

—Tú lo dejaste peor a Choraté —expresó Icholay, y Aitor se preguntó si lo expresaba como un reproche o con acento orgulloso.

—Lo siento. No recuerdo nada de la pelea. Pero sé que, si no hubiese estado hechizado por la bebida, no lo habría herido.

—¿Por qué te crece la barba, Aitor?

Se trataba de una pregunta delicada. Para los abipones, los hombres barbados provenían solo de dos grupos humanos: los españoles, sus peores enemigos, o bien los guarayúes, una tribu con la cual siempre estaban en conflicto por cuestiones territoriales.

—También he advertido que te crece el pelo en las piernas, en los brazos y un poco en el pecho.

—Mi padre es un hombre blanco —admitió, con recelo. No sabía cómo reaccionaría el cacique Icholay.

—¿No me dijiste que el esposo de tu madre es un guaraní de San Ignacio?

—Sí, pero ese no es mi padre. Mi padre es un hacendado de la zona, con el cual ella... Con el cual ella tuvo un asunto.

—¡Ja! Mi pequeña Malbalá le puso los cuernos al marido. ¡Y con un barbado! ¿Con cuántos más?

—Con ese, que yo sepa. Sus otros siete hijos son de Laurencio Ñeenguirú.

—¿Conoces a tu padre? —Aitor asintió—. ¿Sabe que eres su hijo? —Volvió a asentir—. ¿Por qué no le pediste ayuda cuando tuviste que huir de San Ignacio?

—Porque no confío en él. Hace años le robé una india encomendada y le puse un flechazo en el culo al capataz de su hacienda porque estaba tomándola a la fuerza.

Icholay soltó una carcajada.

—¿Y por eso no confías en él? Pues si yo fuese tu padre, estaría orgulloso de ti. ¿Cuántos años tenías cuando eso ocurrió?

—Quince.

—¡Carajo, Aitor! Ya tenías tantas agallas con solo quince años. No me extraña que peeles con arrojo ahora que eres un hombre.

—Gracias, abuelo —dijo, aliviado.

Aitor despegó la frente del algarrobo después de rememorar el diálogo sostenido con su abuelo tiempo atrás. También se acordó de la conversación entre Malbalá y Amaral y Medeiros en el lugar secreto del arroyo, que él había oído a escondidas. Después de tantos años, todavía le producía sentimientos contrapuestos, alivio por saber que no era hijo de Laurencio abuelo, e ira porque no tenía duda de que su padre, un hombre blanco, rico y vanidoso, lo despreciaría si él, un indio miserable, se presentaba en su hacienda y le pedía ayuda. Lo arrojaría a las fauces del ejército para que lo liquidasen en la horca.

¿Habría dejado preñada a la amiga de su prima? Tal vez la suerte le sonreiría de nuevo, como en ocasión de la pelea con Choraté, que no había estirado la pata y se había restablecido sin problema, y lo salvaría de convertirse en padre a la fuerza.

—¡Mierda! —masculló, y golpeó el tronco con el puño. Se odiaba por idiota, por débil, por traidor. El hueco que le perforaba el estómago se agrandaba conforme pasaban los segundos, y parecía abarcarle el torso por completo. Un vacío insondable lo sumía en una tristeza de la cual solo su Jasy lo habría liberado. Ya no soportaba la distancia, no verla, no olerla, no besarla, saborearla, tocarla, sentirla temblar entre sus brazos. Aunque pusiese el cogote en juego, volvería y se las ingeniaría para estar con ella a solas. Nada le importaba, se dijo. Que se fuesen todos al infierno. Esperaría unas semanas, comprobaría que la abipona no estuviese preñada y regresaría a su tierra. El amor de Jasy era lo único que contaba. Si ella formaba parte de su vida, él sería feliz. La pregunta que se deslizó a continuación lo fastidió, y, aunque intentó eludirla, se repitió con la tenacidad de los martillazos de un herrero: ¿Jasy seguiría formando parte de su vida?

* * *

A medida que se aproximaba su natalicio, las ganas de desaparecer la inquietaban. Emanuela estaba convencida de que no sería capaz de enfrentar los saludos, los regalos y las sonrisas con el corazón pesado de tristeza. No quería festejar cuando su alma lloraba a gritos cada mañana al despertar y recordar que Aitor se había ido. *«Dile que la amo y que no me olvide. Dile que volveré por ella»*. Se aferraba a las últimas palabras de él como a una rama en un huracán. No desfallecería. Jamás. No

obstante, por esos días, su ánimo flaqueaba.

La salud de su *ru* constituía otra fuente de preocupación. Poco a poco, la piel se le había tornado de un color amarillento, lo mismo la parte blanca de los ojos, síntoma de que, en opinión de van Suerk, su hígado estaba dañado. Tantos años de chicha llegaban para cobrar su parte. Por fortuna, en la última semana, había comido un poco más y, desde hacía tres días, con la ayuda de Bruno y de ella, abandonaba la hamaca, caminaba delante de la casa y luego se apoltronaba en una silla mecedora que Emanuela había rescatado del sótano de la casa de los padres y que Laurencio nieto había puesto en condiciones en el taller de ebanistería. Allí se lo pasaba en la enramada, callado y con la vista perdida. Cada tanto, estiraba el brazo y acariciaba el lomo de Porã, que se había vuelto su fiel compañera.

—¿En qué piensas, *ru*? —le preguntó Emanuela esa mañana, mientras lo conducía del brazo para que caminase.

—En los errores que cometí en mi vida. Son muchos, hijita mía.

—Todos cometemos errores. Sabes lo que dice mi *pa'i* Ursus: errar es humano.

—Sí, pero hay humanos y humanos, Manú. Y hay errores y errores. Por ejemplo, tú eres el mejor ser humano que conozco, y yo no te llego a los talones, hija mía.

—Yo no soy mejor que tú, ni que nadie. Cada uno es como es, *ru*. Para algo Tupá nos ha puesto en este mundo.

—Sí, a mí me puso para traer tristeza y amargura. A ti, para dar luz y alegría.

—No hay luz sin oscuridad, *ru*. —El hombre giró el cuello y la miró sin comprender—. ¿Te gustaría hablar con mi *pa'i* Ursus? Él es un hombre comprensivo. Nada de lo que le digas lo enojará. Te lo prometo, *ru*.

—No, hijita, no tengo deseos de hablar con nadie. Mi alma no tiene arreglo.

Emanuela sospechaba que a su *ru* lo atribulaba el recuerdo de su hijo Aitor, de lo mal que lo había tratado durante toda la vida. En ese momento, en el que creía percibir el hálito de la muerte sobre la nuca, abandonar el mundo con ese peso lo angustiaba. A punto de mencionarlo, guardó silencio. Hablar de Aitor con Laurencio abuelo no era sabio, ni oportuno. Estaba lastimada y triste y no confiaba en las palabras que pronunciaría; podrían resultar fatales para el alma de su *ru*.

—Vamos —dijo en cambio—, volvamos a la enramada así descansas un poco en tu silla.

—Gracias, hijita.

Emanuela trabajó el resto del día en el hospital. El padre van Suerk se apoyaba cada vez más en ella, y la hacía sentir imprescindible, lo cual la alegraba. Había ampliado sus conocimientos en los últimos meses, y siempre estaba leyendo y consultando *Tesoro de pobres*, el libro que le había regalado el médico holandés, y otros de su nutrida biblioteca, sin descuidar los escritos que nacían de las conversaciones con su *taitaru*. La actividad entre los enfermos la apasionaba, y,

aunque hubiese perdido su don, estaba segura de que los ayudaba igualmente a sanar solo con brindarles amor, sonrisas y cuidados meticulosos.

Esa tarde, terminó de hacer beber la quina a un niño con tercianas —el pobrecito vomitaba el medicamento de lo mal que sabía—, echó un vistazo en torno para asegurarse de que todo estuviese en orden y decidió que era hora de regresar a su casa. Se quitó el delantal y lo colgó. Verificó que hubiese agua en el aguamanil y la vertió en la palangana. Se enjuagó el rostro, se lavó las manos y se pasó un lienzo húmedo por la nuca para refrescarse. El calor de febrero estaba resultando más impiadoso que el de enero. Se acercó para despedirse del padre van Suerk y lo halló sentado en su escritorio, enfrascado en la lectura de lo que parecía una carta por los restos del sello de lacre.

—*Pa'i*, me voy a casa.

—¿Cómo, hija? —El holandés alzó la vista sobre el filo de los quevedos.

—Que me voy a casa, *pa'i*, a menos que me necesites para algo más.

—No, mi niña. —Se la quedó mirando con una sonrisa hasta que levantó el pedazo de papel manila y lo sacudió con gesto alegre—. He recibido carta de un queridísimo amigo, un médico inglés con el cual estudiamos juntos en Montpellier.

—¡Oh!

—Siéntate, siéntate, Manú. Me gustaría leerte algunas líneas. Oirás algo muy interesante. ¡Disculpa! Acabas de decirme que estás yéndote. ¿Me concedes unos minutos?

—Por supuesto, *pa'i* —dijo, y arrastró una silla para ubicarse junto a él.

—Oye con atención, Manú. —El sacerdote movió los ojos sobre la misiva hasta ubicar el párrafo—. Sí, aquí —se dijo, y comenzó a leer; la carta estaba en latín—. He tenido el placer de conocer en Londres a Lady Mary Montagu, una aristócrata de recia estirpe, esposa del que fue embajador por mi país en el Imperio Otomano, una señora muy distinguida, de bellas facciones, aunque algo opacadas por las marcas de la viruela. Su conversación es cultivada y muy interesante debido a los viajes que ha realizado junto con su esposo. Y aquí viene la pieza de información que, sé, te dejará tan atónito como a mí. Lady Montagu, que hizo grandes amigas entre las esposas del sultán, me comentó que allá tienen por costumbre inocularse durante varios días consecutivos con el pus que obtienen de las pústulas de las ubres de la vaca infectadas con una forma de viruela, muy común entre estos animales. Así evitan la enfermedad o, si se la contagian, es tan leve que ni marcas deja. Su entusiasmo es tal que hizo inocular a su hijo y a su hija, y los niños, ahora adultos, jamás contrajeron la enfermedad, pese a atravesar por varias pestes. —Van Suerk bajó la carta, se quitó los quevedos y la miró con una sonrisa—. ¿Qué me dices, Manú? ¿No te resulta extraordinario?

—He leído algo sobre esa enfermedad, *pa'i*. Sé que es despiadada y la

mortalidad, muy alta. Si esto que refiere tu amigo inglés fuese cierto, sería maravilloso, sin duda.

—Mañana te harás cargo del hospital, Manú. Iré a la estancia y hablaré con el capataz. —Van Suerk se refería al sitio donde la misión criaba el ganado, alejado del pueblo por el riesgo a las estampidas—. Le pediré que me ayude a buscar esas pústulas en las ubres de la vaca.

—Ve tranquilo, *pa'i*. Yo me haré cargo de todo. Y le pediré a mi *taitaru* que me eche una mano.

—Sí, claro. Ahora ve, mi niña.

—Gracias por leerme la carta, *pa'i*.

—De nada, Manú. Hasta mañana.

Se despidió del padre van Suerk y caminó hacia la casa de los padres. Llamó a la puerta. Le abrió Tarcisio, que le sonrió con evidente alegría.

—Pasa, Manú, pasa.

—¿Está mi *pa'i* Ursus?

—Está en su recámara, haciendo sus ejercicios espirituales. ¿Debo llamarlo? ¿Es algo urgente?

—No, Tarcisio. Solo dile que vine a verlo. Regreso mañana.

Un rato más tarde, mientras Emanuela preparaba un caldo para su *ru* en la enramada, apareció Ursus.

—¡*Pa'i*! —se alegró Emanuela—. Pasa, pasa. ¿Has cenado? ¿Quieres un poco de caldo?

—¿Es tu caldo de gallina, Manú? —se interesó el jesuita, y la joven asintió—. Pues sí, dame un poco. Sabes cuánto me gusta. ¿Cómo has estado, Laurencio? —preguntó antes de ubicarse a su lado, en un tocón demasiado bajo para un hombre de su altura.

—Aquí, *pa'i*, tirando.

Conversaron de nimiedades mientras Emanuela le daba el caldo a Laurencio en la boca y Ursus se tomaba dos cuencos. Bruno y Malbalá también los acompañaban y comían en silencio.

—Hija, ya podrías buscar esposo —comentó el sacerdote—. Cocinas mejor que tu *sy*.

Ursus calló de inmediato y observó las miradas cargadas de sorpresa, miedo y angustia que los miembros de la familia Ñeenguirú le devolvían. El futuro de Emanuela era un tema del que nadie se atrevía a hablar y con el que nadie bromeaba. Malbalá seguía respondiendo que no cada vez que el jesuita le preguntaba si le había llegado el primer sangrado. Esa negativa parecía haberse convertido en la última barrera de protección para evitar que les arrebatasen a la niña santa. La cuestión con el obispo de Asunción los había tenido a maltraer durante semanas. La contestación

del padre Hinojosa había obtenido la aprobación del provincial Querini, que se la había hecho llegar al prelado sin modificar ni una coma. El hombre habría presentado batalla si no lo hubiesen convocado desde Lima para ponerlo a cargo del obispado de Arequipa.

—Manú —dijo Ursus, con la intención de cambiar de tema—, me dijo Tarcisio que habías ido a verme, hija. ¿Qué necesitas?

—Me gustaría hablar contigo, *pa'i*. ¿Podemos hacerlo mientras te acompaño a tu casa?

—Sí, por supuesto.

—Sí, me ocuparé de limpiar todo cuando regrese.

—Yo me haré cargo, Manú —le aseguró Malbalá—. Bruno me echará una mano.

Emanuela entrelazó el brazo con el de Ursus y caminaron unas varas en silencio por la avenida principal. Se trataba de una noche calurosa, de cielo despejado, en la que las estrellas y la luna llena se recortaban con una nitidez llamativa en la bóveda negra. Emanuela elevó los ojos y los fijó en la luna. Pensó que, en una noche como esa, Aitor y ella lo habrían pasado en la torreta contemplando los astros con el telescopio. Se negó a imaginar los besos y las palabras que habrían intercambiado; por experiencia sabía que ese tipo de fantasías la conducían a una alteración del cuerpo que no tenía idea de cómo apaciguar.

—Lo echo tanto de menos, *pa'i* —expresó, con voz quebrada.

—Lo sé, mi niña, lo sé.

—Me angustia pensar en la suerte que pudo haber corrido. Y si...

—No, Manú. Nada de «y si» o perderás la cordura. Ten fe en Tupá y en él. Desde que tenía trece años, Aitor ha sabido cuidarse solo en un lugar como la selva, lleno de peligros y desafíos. Solo Dios sabe cómo permití que tu tío Palmiro me convenciera de enviarlo a aserrar siendo casi un crío. Ahora veo que hice bien, pues, con todo lo que aprendió desde temprana edad, ahora, que es adulto, sabrá cuidarse.

—Quiero que vuelva —dijo, y se permitió sonar como una caprichosa; se le estaba haciendo cuesta arriba conservar el temple y mostrarse juiciosa.

—Todos lo deseamos.

—No todos, *pa'i* —respondió con acento endurecido—. Quien asesinó a María de los Dolores lo hizo para alejarlo del pueblo. Y estoy segura de que era el mismo que descorazonaba los animales en las noches de luna llena.

—Sí, yo lo creo también.

—¿*Pa'i*? —dijo, después de un silencio.

—¿Sí, mi niña?

—No quiero pasar mi natalicio en el pueblo. No creo que pueda soportar las muestras de afecto, los regalos y la alegría de la gente cuando mi corazón está destrozado.

—Entiendo. ¿Qué te gustaría hacer?

—El segundo hijo de mi primo Rafael nació hace dos semanas. Me gustaría tanto conocerlo. ¿Podemos mi *sy* y yo ir a la Candelaria y pasar unos días allá con él y su familia? Rafael siempre me manda aviso con Damián —Emanuela se refería al *tapererepura*, el mensajero de San Ignacio Miní— de que me espera en su casa. Allá no saben que es mi natalicio, y podré pasarlo tranquila.

Ursus cubrió la mano de Emanuela, la que le descansaba en el antebrazo, y siguió avanzando en silencio, la vista al suelo.

—Sí, Manú —pronunció al cabo—, te autorizo a ir a la Candelaria. Las escoltará Damián. Irán a lomo de mula, si te parece.

Emanuela se detuvo y lo enfrentó.

—Gracias, *pa'i*. Sabía que me comprenderías.

—Tendrás que hablar con el padre Johann. Se ha vuelto muy dependiente de tu ayuda en el hospital.

—Solo serán tres días, *pa'i*. Le pediré a mi *taitaru* que le eche una mano en mi ausencia. —Ursus asintió—. ¿Puedo pedirte otro favor, *pa'i*?

—Nunca pides nada, Manú. Así que sí, puedes pedirme otro favor.

—En mi ausencia, ¿podrías visitar a mi *ru*? Sé que estás muy ocupado el día entero, pero ya que no tomaré mis clases de castellano y latín durante esos días, había pensado que quizá podrías pasar un poco de tiempo con él.

—Lo haría aunque tuviese que darte tus clases de castellano y latín. Si uno de mis feligreses necesita mi ayuda, encuentro el tiempo necesario, Manú.

—Gracias, *pa'i*.

—¿Cómo está la salud de Laurencio? Me pareció verlo mejor.

—Sí, está un poco mejor. Pero creo que es su alma la que está enferma, *pa'i*. Por eso te pido que lo visites. Tal vez a ti te cuente qué lo tiene tan atribulado. Es como si de pronto le hubiese caído un peso que no es capaz de sobrellevar.

—Ah, sí, la conciencia a veces se vuelve tan pesada que nos aplasta y nos destruye. —Ursus la besó en la frente—. Ahora regresa a tu casa, hija. Caminaré solo el último tramo.

—¿*Pa'i*?

—¿Sí, Manú?

—Quería pedirte algo más, si es posible.

—¿Esta vez es para ti o para los demás? —bromeó el sacerdote para borrarle el ceño de preocupación.

—¿Podrías devolverme la navaja y la muñequera de Aitor? —preguntó, sin mirarlo a los ojos.

—No las tengo conmigo, hija.

—¿No? —Emanuela elevó el rostro. A la luz de la luna, sus ojos brillaron de

lágrimas.

—¿Recuerdas el retén que vino del presidio de San Antonio luego de la muerte de María de los Dolores? —Emanuela asintió—. El capitán levantó un acta y se llevó consigo la navaja y la muñequera. Eran las pruebas del delito.

—Oh —susurró, con voz estrangulada.

—No creo que volvamos a recuperarlas, Manú.

—Está bien —consiguió balbucear—. Buenas noches, *pa'i*.

—Buenas noches, hija. Que descanses.

Emanuela se alejó de prisa. No conseguiría refrenar el llanto por mucho tiempo, y no deseaba que su *pa'i* se diera cuenta de que lloraba por la pérdida de una navaja y de una tonta muñequera. En realidad, los objetos representaban mucho más para ella, y, aunque sabía que se trataba de un pensamiento supersticioso, contra los cuales su *pa'i* Ursus siempre la alertaba, tenía la impresión de que, junto con la navaja y la muñequera, lo había perdido también a él.

* * *

Para Laurencio abuelo, los tres días sin Manú y sin Malbalá resultaron una pesadilla. Vaimaca se ocupaba de sus comidas y sus hijos y nueras estaban pendientes de él. No transcurría un minuto del día en soledad, y, por la noche, dormía en la casa con Bruno. No obstante, a él lo inquietaba que Emanuela y su esposa estuviesen lejos de la doctrina. Había derramado lágrimas silenciosas al verlas alejarse a lomo de mula por la avenida principal, escoltadas por Damián. ¿Y si no volvía a verlas, a las dos mujeres que más amaba? Más tarde, sentado cómodamente en la silla mecedora, meditó que las dos mujeres que más amaba eran las dos mujeres que más amaban a Aitor. ¡Qué juego tan perverso del destino! Si bien la huida de ese bastardo lo había alegrado como a pocos, ser testigo del desmoronamiento de Malbalá, pero sobre todo del de Emanuela, le causaba una pena infinita. A veces se decía: «¡Ojalá que nunca vuelva!», para arrepentirse de inmediato al meditar que, para ellas, se trataría de un golpe del que, tal vez, no se repondrían. Aunque no hablaban de él, sabía que vivían con la esperanza de su regreso.

De algún modo, aun no viviendo en la misión, ese engendro demoníaco se las había ingeniado para perjudicarlo, pues en el momento en que más necesitaba del don de su hija, ella lo perdía a causa de que su corazón ya no latía con alegría. Durante años la había visto ayudar a los demás, incluso a él mismo, cuando el bastardo lo empujó y su cabeza dio contra los ladrillos de la enramada. En el presente, en ese tiempo de necesidad, Emanuela se había quedado vacía, y él percibía cómo se le escapaba la vida.

El padre Ursus lo sorprendió al visitarlo el primer día de ausencia de Manú y

Malbalá. Lo saludó con simpatía y se sentó junto a él en la enramada. Vaimaca, que preparaba el almuerzo, le cebó mates. Conversaron de los tiempos en que los bandeirantes portugueses invadían las misiones jesuíticas del Guayrá y arreaban a los guaraníes como ganado para transportarlos a San Pablo de Piratininga y venderlos como esclavos. Ursus les relató las epopeyas de los padres Mansilla, Masseta, Cataldino y Ruiz de Montoya, entre otros, y de los abusos y las vejaciones que los portugueses, apoyados por los tupíes, enemigos ancestrales del pueblo guaraní, les habían causado a los indios de las misiones. Miles de esclavos, miles de muertos, pueblos arrasados, iglesias profanadas, casas destruidas, sementeras perdidas, cosechas incendiadas, animales robados, el saldo era espeluznante. Los jesuitas jamás abandonaron a sus indios. Pedían a gritos la ayuda de las autoridades, muchas veces complotadas con los bandeirantes para obtener una pecunia de la venta de los guaraníes, y salían ellos mismos a negociar con el enemigo armados de la cruz y de la palabra. Cuando estas se demostraron insuficientes para lidiar con un grupo ebrio de ambición y maldad, se volvieron al rey, que después de un largo tiempo, los autorizó a formar ejército y a poseer armas de fuego, una medida que escandalizó a muchos, tanto en la corte de Madrid como en las Indias; lo juzgaban un desatino: los indios podían volverse en contra de su soberano y luchar por recuperar la libertad. Después de más de un siglo, sus escrúpulos no solo resultaban vanos, sino ridículos en vista de los innumerables servicios que los soldados guaraníes, al mando de los jesuitas, le habían brindado al rey sin que este tuviese que gastar un maravedí de su tesoro ya que los gastos en armamento, uniformes, caballos y aprovisionamiento corrían por cuenta de la Compañía de Jesús.

Así los encontró el año 1641, armados y bien entrenados por los hermanos legos que, antes de unirse a la orden, se habían desempeñado como mercenarios y conocían el arte de la guerra. El encuentro final entre los bandeirantes y los guaraníes había tenido lugar el 11 de marzo de 1641, en un paraje del río Uruguay, cercano al cerro Mbororé. Fue un momento de gloria para los indios y los padres jesuitas, y de escarnio para los bandeirantes. Nunca volvieron a atacar a los pueblos con la prepotencia e impunidad con que lo habían hecho durante décadas. Con todo, los jesuitas jamás abandonaron la guardia, y mostraban mucho celo en mantener las doctrinas vigiladas con indios especializados en «hacer la espía», como decían.

—¿Cómo sabes tanto, *pa'i*? —se interesó Laurencio.

—Porque he leído las cartas anuas que muchos de esos valientes le enviaban al provincial en Asunción. Así me enteré de que el valiente Nicolás Ñeenguirú, tu antepasado, había sido el héroe guaraní que había conducido a sus huestes a la victoria.

El rostro amarillento y envejecido de Laurencio cobró una nueva luz. Sonrió, algo inusual en él, y agitó la cabeza con un brío que habían creído perdido para siempre.

—Sí, *pa'i*. Por mis venas y las de mis hijos corre la sangre de ese héroe de nuestro pueblo.

Ursus regresó por la tarde, luego de la misa, y volvieron a tomar mate y siguieron conversando sobre la batalla de Mbororé. El jesuita conocía detalles de la estrategia planeada entre los caciques y los hermanos legos que Laurencio desconocía. Ambos disfrutaban de la charla, y la incomodidad y la distancia del pasado, que se habrían juzgado infranqueables debido al amor que uno profesaba por Aitor y al odio del otro, comenzaban a acortarse.

Al cabo de los tres días de ausencia de Manú y de Malbalá, Laurencio Ñeenguirú esperaba con ansias las visitas del sacerdote y se preguntaba qué epopeya de la historia de las misiones jesuíticas le relataría.

* * *

Los cumpleaños antes de la huida de Aitor habían significado para ella ocasiones de gozo y de alegría. ¿Se convertirían en ese padecimiento a partir de la desaparición de él? Emanuela sospechaba que su vida se había quebrado aquella madrugada del martes 5 de agosto, porque a partir de esa fecha había comenzado a medir el tiempo y a ubicar los acontecimientos con una nueva referencia, un nuevo mojón: el antes y el después de la huida de Aitor, como si se tratase del antes y el después de Cristo para ella.

En la Candelaria, su primo Rafael las había recibido con deferencia y cariño, y por unas horas, Emanuela sintió los beneficios de hallarse lejos de San Ignacio y de los recuerdos que guardaba. Sin embargo, el anonimato que había anhelado se desvaneció cuando comenzaron a reunirse en torno a la enramada de la casa de su primo las gentes de la Candelaria que se presentaban para venerarla, tocarla y pedirle favores. ¿Cómo se habían enterado de que ella era la famosa niña santa de San Ignacio Miní? Rafael lo descubrió enseguida cuando sonsacó la verdad a Mariana, su esposa: orgullosa de contar con una visita tan prominente en su casa, la joven se había jactado de la huésped de fuste que hospedarían; incluso había contado que, al día siguiente, era el natalicio de la niña santa.

Emanuela, para evitar una pelea entre su primo y su esposa, soslayó la situación y se armó de paciencia. Aunque sabía que su don había desaparecido, los tocaba igualmente y se dedicó a recetarles brebajes, a aplicarles ventosas de acuerdo con las enseñanzas de su *taitaru*, a curarlos con emplastos y a enseñarles las propiedades de las plantas. Aunque tanta actividad la mantuvo distraída, al tercer día, cuando iniciaron la marcha de regreso, se sintió feliz. Quería volver a su pueblo, sobre todo quería regresar para ver cómo seguía su *ru*.

En San Ignacio Miní la recibieron como si se tratase de Jesucristo entrando en

Jerusalén. Ella, a lomo de mula, avanzaba por la avenida principal rodeada de una multitud que la vitoreaba y le cantaba como si su don, el que la había convertido en la niña santa, todavía la asistiese. La orquesta, dirigida por la batuta de Juan, interpretaba sus melodías favoritas. Le arrojaban flores de franchipán, le besaban los pies descalzos y le extendían obsequios que ella ya no conseguía sostener. Pese a que había creído que las muestras de afecto la perturbarían con su alma de luto, se dio cuenta de que la alegraban y que desplazaban el frío que se había alojado en su pecho desde la huida de Aitor y que ni el sol más cruento del verano había conseguido disolver.

Al final del recorrido la esperaban los padres y el hermano Pedro. Ursus la abrazó y la besó en la coronilla. El padre van Suerk le confesó que se había sentido perdido sin ella en el hospital, y que Ñezú, más que ayudarlo, había puesto en tela de juicio sus procedimientos y decisiones, sumiéndolo en la confusión.

—Me alegro que estés de regreso, Manú. Se notó tu ausencia en el hospital. Mañana te referiré mi visita a la estancia, adonde fui por lo de las pústulas en las ubres de las vacas, ¿recuerdas?

—Sí, *pa'i*, lo recuerdo.

Emanuela, que ansiaba ver a su familia y a sus animales —solo Saite y Libertad la habían acompañado—, se despidió de los padres y, sin esperar a Malbalá, corrió hasta su casa. Se arrojó a los pies de su *ru* y apoyó la cabeza sobre sus piernas. El hombre sollozaba, mientras sus hijos le gastaban pullas para distraerlo.

—No vuelvas a dejarme, hijita —le pidió al cabo.

—No, *ru*, no volveré a hacerlo. Perdóname. ¿Te has sentido bien? ¿Te han cuidado con esmero?

—Sí, hijita, pero nadie lo hace como tú.

—Manú, no te apures —la consoló su hermano Bruno—. Mi *ru* ha estado mejor que cuando tú le revoloteas en torno el día entero. Además, mi *pa'i* Ursus vino a verlo dos veces por día todos los días, y eso lo ponía de muy buen ánimo.

—¿De veras, *ru*?

—Sí, hijita. Mi *pa'i* ha sido muy gentil conmigo y ha venido a darme la bendición todos los días.

Ese atardecer, en la enramada de los Ñeenguirú, con sus hijos y nietos en torno a él, fue el último momento de alegría de Laurencio. Una semana más tarde, mientras caminaba del brazo de Emanuela, sintió un fuerte dolor en el costado derecho, que lo dobló y ya no lo abandonó. Al pedido de auxilio de Emanuela, varios indios acudieron en su ayuda y condujeron a Laurencio en andas hasta su hamaca. Ñezú y el padre van Suerk lo revisaron, cada uno a su modo y cada uno con sus tiempos. Los dos miraron a Emanuela y agitaron la cabeza para negar. A unas varas, Laurencio se rebullía en la hamaca y gemía.

—Tiene el hígado muy inflamado —aseveró el holandés.

—¿Qué podemos darle, *pa'i*? —se angustió Emanuela—. El dolor es insoportable.

—Unas gotas del cordial con láudano le aliviarán el dolor.

—Ese cordial tuyo, *pa'i*, es el que hizo tanto daño a Manú —apuntó Ñezú, sin ánimo combativo, con voz neutra—. Es muy fuerte y nuestro cuerpo no lo resiste. Intentaremos primero con una infusión con corteza de ceibo.

—Iré a prepararla —se ofreció Emanuela.

—También le daremos una tisana de cordoncillo. Es muy buena para el hígado —explicó Ñezú.

—La prepararé también.

—Vaimaca —dijo Ñezú, y se volvió hacia su mujer, que aguardaba bajo el dintel—, ve a buscar las calabazas. Le aplicaremos ventosas.

Emanuela solo se alejaba de su padre adoptivo una vez por día, cuando iba al arroyo a darse un baño. Lo hacía deprisa, mientras se angustiaba por un sinfín de cosas que podían sucederle con ella lejos. Volvía a la carrera y entraba en la casa temiendo lo peor. Desde la huida de Aitor, nunca había lamentado la pérdida del don para sanar. Así como Tupá se lo había obsequiado, un día se lo había quitado. Sin embargo, durante el tiempo en que su *ru* luchaba por vivir, Emanuela anhelaba volver a percibir el familiar y suave calor en las palmas de las manos. Igualmente, las apoyaba sobre el hígado de Laurencio abuelo, sin éxito.

Malbalá y Vaimaca la ayudaban; preparaban las comidas e infusiones para el enfermo, limpiaban la casa, alimentaban los animales, pero no se ocupaban del enfermo. De forma natural, esa tarea había recaído en Emanuela. Ella lo higienizaba, le preparaba los baños de vapor con hierbas aromáticas, le aplicaba las ventosas —pequeñas calabazas que aplicaba extrayendo el aire por succión, lo que la dejaba exhausta y algo mareada de tanto aspirar—, lo alimentaba solo con caldos preparados sin carne y sin sal, le daba fricciones en las piernas y en los pies, que se le hinchaban, y lo velaba a lo largo de la noche. Luchaba con denuedo para mantenerlo con vida porque, pensaba, no estaba preparada para otra pérdida. El hombre, sin embargo, languidecía frente a sus ojos. Un marasmo general a veces le impedía levantar los párpados. Algunos sectores del rostro, sobre todo la nariz, se habían cubierto de pequeños vasos sanguíneos, que parecían arañas de color rojo y violeta. La tonalidad amarillenta de la piel se acentuaba en todo el cuerpo. Las palmas de las manos, en cambio, se habían vuelto rojas y calientes. La orina era oscura y el color de las heces le recordaba al blanquecino del caolín. Ella anotaba lo que veía en su cuadernillo, como también la eficacia o el fracaso de los distintos procedimientos en los que se embarcaban. Como última medida, aumentaron la dosis de la tintura que Ñezú preparaba con astillas del *yvyra paje*, sin ningún éxito. Al día siguiente, defecó con

sangre, y los dolores en el costado se volvieron intolerables.

—Bebe, *ru* —le pidió Emanuela.

—¿Qué es, hijita?

—Láudano, para que descanses.

—No. Antes quiero ver a mi *pa'i* Ursus. Necesito hablar con él.

Bruno corrió a buscarlo. A esa hora de la mañana, el jesuita impartía las clases de catecismo a los niños. Los dejó a cargo de Clara, la mayor, y, luego de pasar por la casa de los padres para hacerse de los santos óleos y de su estola morada, se dirigió a paso veloz a lo de Ñeenguirú.

Ursus cruzó el umbral y reconoció el olor de inmediato; era inconfundible, el olor de la muerte. Emanuela, Vaimaca y Malbalá se encontraban en torno a la hamaca de Laurencio, que parecía dormido. El color amarillo de su piel lo impactó, y notó que se profundizaba en torno a las fosas nasales y a los párpados. También resultaba manifiesto el modo en que se le sumían las mejillas, lo que le remarcaba los pómulos de por sí elevados y sobresalientes.

El enfermo levantó los párpados al oír el saludo comedido de Ursus. Incluso ese simple acto le implicó un gran esfuerzo.

—*Pa'i* —susurró.

—Aquí estoy, Laurencio. Bruno dice que quieres hablarme.

—Quiero hacer confesión, *pa'i*. Antes de partir —añadió, y Emanuela se tapó la boca para embozar el sollozo.

—Déjenos a solas, por favor —pidió el jesuita, que cerró la puerta de la casa detrás de las tres mujeres—. Ya se han ido —indicó, mientras se colocaba la estola morada—. Dime lo que te perturba.

—Temo ir al infierno, *pa'i*, temo que pasaré el resto de la eternidad dentro de la gran olla de Satanás.

—No será así, Laurencio. Para eso estoy aquí. Cuéntame lo que te perturba.

El hombre bajó los párpados y permaneció muy quieto. Ursus temió que la debilidad lo hubiese vencido. Cuando volvió a abrir los ojos, el sacerdote soltó el aire que había estado conteniendo.

—Siempre he odiado a ese bastardo —afirmó el indio, y sus ojos, tan apagados segundos atrás, fulguraron en la penumbra.

—¿A quién? —preguntó Ursus con tono llano.

—A Aitor.

—¿Por qué? —Su acento tranquilo ocultó la rabia que se alzó en él—. Es tu hijo.

—Ese no es hijo mío.

—¿Qué quieres decir?

—Malbalá lo tuvo de otro, no de mí.

Ursus se lo quedó mirando y no fue capaz de ocultar la sorpresa.

—En ese tiempo, ella y yo... Un poco de agua, *pa'i*, por favor.

El jesuita acercó la calabacita con agua a los labios de Laurencio y lo ayudó a incorporar la cabeza para beber. El hombre volvió a recostarse, exhausto. Bajó los párpados de nuevo, y Ursus se armó de paciencia otra vez.

—En ese tiempo, ella y yo... Ella y yo no vivíamos como marido y mujer.

—¿Por qué?

—Porque, después del nacimiento de Teodoro, yo temía que me naciese otro hijo varón. El luisón —admitió, y bajó la vista, avergonzado.

—¿Entiendes que eso del luisón no es más que un cuento, una leyenda? —Ursus medía el tono y relajaba el gesto para no dar rienda suelta a su carácter vasco y arrojar fuera el grito de odio que le bullía en el pecho. Ese indio ignorante y supersticioso había convertido en un infierno la vida de una inocente criatura a causa de un personaje de la mitología guaraní.

—Sí, *pa'i*.

Aunque Ursus no le creía, decidió no ahondar. Los pocos arrestos del enfermo desaparecerían pronto.

—Continúa, Laurencio.

El hombre guardó silencio. Levantó la mirada y la dirigió al cura con resolución.

—Al principio, cuando Malbalá me dijo que Aitor era hijo de Kurupí, pensé que moriría dentro de los siete días de nacido, como les sucede a los vástagos de ese demonio. Después, cuando el niño no murió y me di cuenta de que no era hijo de Kurupí, entendí que era hijo de un hombre común y corriente. Entonces esperé a que lo devorara un yagareté.

—¿Por qué habría de devorarlo un yagareté? —se asombró el jesuita, que conocía la leyenda del enano Kurupí, con el pene tan largo que se lo enroscaba en la cintura para no pisarlo, pero no la del felino más grande de la selva.

—Los hijos de las adúlteras son el alimento favorito de los yagaretés, *pa'i*.

Ursus, abatido ante tanta superstición e ignorancia después de siglos de esfuerzo evangelizador, se limitó a asentir y lo estimuló con un ademán de mano para que continuase hablando.

—Cada vez que partía hacia el monte para aserrar, yo deseaba que se convirtiese en alimento de algún yagareté y nunca regresase. Pero el malnacido regresaba siempre. Y su presencia se convertía en mi humillación. El odio y los celos me consumían. Entonces, comencé a asesinar pequeños animales y a descorazonarlos en las noches de luna llena en las que él permanecía en el pueblo. Yo era el que asesinaba y descorazonaba a los animales para que lo culparan a él —repitió, y guardó silencio; lucía extenuado.

Ursus apretó la mano en torno a la caja de madera que contenía los óleos y bajó el rostro para ocultar la mirada cargada de odio. No quería que el penitente la

descubriese y decidiese acabar con la confesión.

—Prosigue, Laurencio.

—Yo fui el que asesinó a la esclava para que lo culpasen a él.

A Ursus le resultó imposible contener la exclamación ahogada y el espanto que se le imprimió en el gesto.

—Lo seguí esa noche cuando salió como un forajido de tu casa y después lo descubrí fornicando con la negra en la barraca.

Sí, era cierto: recordaba que Laurencio abuelo se había excusado con el obispo y salido detrás de Aitor. Al interrogarlo luego de la muerte de la esclava, él había asegurado que se lo había pasado en la herrería, trabajando en una pieza especial para Laurencio nieto.

—¿Por qué? —atinó a balbucear, y enseguida se dio cuenta de lo innecesario de su pregunta.

—Porque lo odiaba. Porque lo odio —admitió—. Porque él era el fruto de la traición de Malbalá. Porque ella lo quería más que a mis hijos. —Se detuvo, acezante, y Ursus le acercó de nuevo la calabacita con agua, pero el hombre no bebió—. Porque estaba robándome a Manú. Porque estaba robándome a mi niña. Ya me había robado demasiado. No iba a permitir que me quitara lo único que me quedaba cuando más lo necesitaba. La maté para que lo culpasen a él, para que lo colgasen en la horca, para que muriese.

Ursus se apretó los ojos con el pulgar y el índice y contuvo el respiro. Necesitaba calmarse y pensar.

—¿Te arrepientes, Laurencio?

—No quiero ir a la olla de Satanás, *pa'i*.

—¿Te arrepientes, Laurencio? —insistió, y elevó el tono de voz.

—Sí, *pa'i*. Estaba bebido cuando hice esas cosas.

—No justifiques una debilidad con otra. Arrepiéntete, así podrás ganarte la misericordia divina.

—Sí, me arrepiento.

—No puedes llevarte este secreto a la tumba, Laurencio. Si en verdad estás arrepentido por haberle quitado la vida a una inocente y por haber causado tanto daño a Aitor, sea o no tu hijo, tienes que hablar con el corregidor y contarle la verdad. —Como lo vio vacilar, Ursus hizo algo que jamás creyó que haría: amenazó al penitente —: No te daré la absolución si no le cuentas a Palmiro Arapizandú lo que me has dicho a mí. Y sin mi absolución, te irás al infierno.

—*Pa'i* —rogó el hombre con lágrimas en los ojos—, mi familia lo sabrá y me despreciará.

—Mejor el desprecio de tu familia que transcurrir la eternidad en manos del demonio.

La confesión adquiriría visos de extorsión. Ursus, sin embargo, estaba determinado a salvar a Aitor de la horca o de una vida de fugitivo y de escarnio.

—¡Hazlo por Manú! —exclamó por fin, cansado de la duda del hombre—. ¡Hazlo por ella, que está en un sinvivir desde que Aitor se fue! Hazlo por ella —agregó, con voz más contenida—. Por ella, que te ha cuidado como ni tu propia hija lo hubiese hecho. No se ha separado de tu lado, no te ha abandonado jamás, te ha amado sin condiciones, pese a que tú jamás ocultaste el odio que sentías por el hombre que ella ama.

—¿Ella ama a...? ¿Manú lo ama a... él?

—Sí —suspiró Ursus, y no podía culpar al indio de ceguera pues él había estado igualmente ciego durante años—. Sí, lo ama. Lo ha amado desde niña, y ahora lo ama como una mujer ama a un hombre. Ha perdido la alegría y ese entusiasmo que tenía por la vida a causa de la huida de Aitor. ¿No lo has notado, Laurencio?

—Mi niña... —sollozó, sin fuerzas.

—Tienes que hablar con el corregidor. Y también mandaré llamar al alguacil mayor.

—Está bien —claudicó el hombre—, llámalos, *pa'i*.

Con dos de sus zancadas, Ursus alcanzó la puerta y abrió con brusquedad, lo que sobresaltó a la gente en la enramada.

—¡Bruno!

—Mande, *pa'i*.

—Te vas derechito a la casa de tu tío Palmiro y le dices que se venga deprisa. Que traiga al alguacil mayor. Que yo lo ordeno.

El grupo soltó una exclamación, a la que el jesuita no prestó atención. Cerró la puerta y regresó junto a la hamaca del enfermo, que seguía sollozando quedamente.

—Cálmate, Laurencio. Es justo que estés afligido, pues has cometido pecados terribles y has perjudicado a muchos inocentes, en especial a la pobre María de los Dolores y a Aitor, que no tiene la culpa de las faltas de su madre. Pero cálmate, porque en un momento harás lo que se debe hacer y tu alma no se perderá en manos del demonio.

Ursus apoyó sobre un arcón la caja de madera y extrajo el botellín de metal que contenía el óleo de los enfermos. Se embebió el dedo y trazó cruces sobre la frente y las manos de Laurencio, mientras repetía una fórmula en latín. En tanto devolvía el recipiente a la caja, llamaron a la puerta. Ursus, que había pensado que, ante la inminencia de la confesión, Laurencio se echaría a temblar y a barbotar, se sorprendió al notarlo tranquilo. Abrió la puerta. El corregidor y el alguacil mayor, cada uno blandiendo su bastón y su vara, lo contemplaron con expresiones asustadas.

—¿Nos mandaste llamar, *pa'i*?

—Sí, Palmiro, pasa. Pasa, Dalmacio.

Entraron y enseguida se quitaron los chapeos en señal de respeto.

—Acérquense a la hamaca. Laurencio tiene algo que referirles.

* * *

Ursus, el corregidor y el alguacil mayor salieron una hora más tarde y se toparon con un gentío en la enramada. A los hijos, nietos y nueras de Laurencio abuelo, se le habían sumado las hermanas de Malbalá, sus familias y los amigos y conocidos de los Ñeenguirú. «Solo falta Aitor», meditó Ursus.

Emanuela se acercó con las mejillas empapadas y lo miró con sus ojos enormes, inyectados y azules llenos de miedo y de preguntas.

—Ve a su lado. Te necesita hasta el final. Su alma está muy atribulada.

—Sí, *pa'i*. Gracias.

Ursus se alejó a paso rápido seguido por Palmiro y Dalmacio. Ninguno habló mientras cruzaban la plaza de armas. A los indios les costaba seguir el paso del jesuita, que alargaba las trancadas, de por sí extensas, para evitar que se le acercasen a consultarlo o para darle charla.

Entró en la casa, colgó el sombrero de ala ancha junto a la puerta y se volvió hacia el corregidor y el alguacil.

—Pasen. Siéntense a la mesa. ¡Tarcisio!

El sirviente, que se hallaba en los interiores, se presentó con diligencia.

—Mande, *pa'i*.

—Prepáranos unos mates.

Como el agua estaba lista, el sirviente no tardó en presentar una bandeja con los aparejos para cebar.

—Yo lo haré —indicó Ursus—. Ve a trabajar un momento en la huerta.

El indio inclinó la cabeza en señal de asentimiento, se encasquetó el chapeo y salió de la casa, que quedó sumida en el silencio. Ursus cebó un mate y se lo entregó a Palmiro para respetar el orden de precedencia que le confería ser la máxima autoridad política del pueblo.

—Es a nuestra usanza —se disculpó el jesuita, y entregó el mate caliente.

—*Aguyje, pa'i* —agradeció Palmiro.

—Sé que su obligación —habló Ursus— es denunciar de inmediato lo que acaban de saber. No obstante, quería pedirles que aguardásemos el desenlace de los hechos. Por fortuna, no hay un inocente en la cárcel pagando por un crimen que no cometió, por lo cual la premura es menor. Dudo de que Laurencio Ñeenguirú pase la noche. Esta mañana el padre Johann me dijo que su salud está muy deteriorada y que, salvo un milagro, no vivirá mucho más. Si están de acuerdo, preferiría que esperasen hasta después de su muerte para anunciar lo que saben. Juzgo que, de lo contrario, será

muy duro para la familia lidiar con las dos cosas. De igual modo, ahora vayan al Cabildo y labren el acta correspondiente. Palmiro, redacta en castellano una carta para el gobernador de Buenos Aires y para el jefe de la milicia contándoles las novedades. Escribe otra para el capitán del presidio de San Antonio. Quiero que me devuelva la muñequera y la navaja de Aitor —expresó con semblante sombrío.

—Sí, *pa'i*.

—Me traes las misivas para que las corrija.

—Como desees, *pa'i*.

—Les agradezco su comprensión y colaboración.

—Siempre supe que Aitor era inocente —declaró Palmiro Arapizandú— de la matanza de animales en las noches de luna llena y del asesinato de la pobre esclava.

—Sí, Palmiro. Tú y otros pocos creíamos en él. Los demás lo condenaron.

—¿Enviarás por él, *pa'i*, ahora que se sabrá la verdad?

—¿Y adónde, hijo mío?

La pregunta, formulada con desazón, flotó en el aire sin respuesta.

* * *

Después de la confesión, Laurencio aceptó beber el láudano. Van Suerk le recetó una dosis muy elevada, por lo que se durmió enseguida y las agitaciones y las convulsiones causadas por el dolor cesaron. Por la tarde, a eso de las siete, cuando el sol comenzaba a desaparecer, le subió la temperatura y la respiración se le tornó agitada e irregular. Emanuela le aferraba la mano y se inclinaba sobre su rostro como si con ese acto le insuflase el aire que a él tanto le costaba inspirar.

Un grupo de mujeres bisbiseaba el rosario en un rincón de la habitación. Los hijos de Laurencio se agolpaban del otro lado de la hamaca, con semblantes desconcertados, como si no supiesen cómo proceder, y alternaban la mirada entre su padre y Emanuela, como si en ella residiese la respuesta a ese gran lío. Malbalá se mantenía cerca de la cabecera, con la vista fija en su esposo, ajena a sus hijos, a los bisbiseos de las mujeres, a las lágrimas de Emanuela. No pestañeaba, y sus ojos negros y rasgados permanecían secos.

Alrededor de las diez de la noche, un sudor frío y profuso cubrió la frente de Laurencio. Emanuela se lo secó y le pasó un lienzo embebido en agua limpia por los labios resquebrajados. A cada momento, la respiración se le tornaba más trabajosa y superficial, y Emanuela sollozaba y rezaba en silencio; le suplicaba a Tupá que acabase con esa agonía y que se lo llevase al *Yvy Maraë'y*, a la Tierra sin Mal.

Laurencio arqueó la espalda, expulsó el aire con un estertor y, poco a poco, se relajó. Las mujeres detuvieron el rezo y los hijos del enfermo cesaron el cuchicheo. Malbalá emergió de su abstracción y se colocó junto a Emanuela, que, asustada,

retiró la sábana que cubría a Laurencio, apoyó el oído en su pecho y comprobó que el corazón no latía. Imitó al padre van Suerk y le buscó el pulso en la muñeca. Allí tampoco lo encontró. Se abrazó al cuerpo sin vida de su padre adoptivo y se echó a llorar. Enseguida percibió que la rodeaban, de seguro sus hermanos. Sintió que le apretaban los hombros a modo de torpe consuelo. Ella no se movió; no conjuraba el ánimo para apartarse del hombre que la había querido como a una hija. Unas manos gentiles la conminaron a retirarse.

—Permite que los demás se despidan, Manú —murmuró Vaimaca, y Emanuela se cobijó en el abrazo de su *jarýi*, que siempre le había parecido una mujer alta y que ahora era un poco más baja que ella.

—Sí, *jarýi* —sollozó, y, al levantar los párpados, cruzó la mirada con la de Malbalá, que lucía perdida y confundida.

Emanuela soltó a Vaimaca y se encaminó hacia su *sy*, que la vio aproximarse con los ojos desmesuradamente abiertos y los labios apretados. Se abrazaron.

—No siento nada —admitió Malbalá en un susurro, y Emanuela percibió la culpa y la congoja en el timbre de su voz—. No puedo quitarme a Aitor de la cabeza —confesó—. Lo único que deseo es que mi hijo vuelva a mí.

Emanuela se mordió el labio inferior para refrenar la oleada de angustia y dolor que la sofocó. Más la reprimía, más potente se volvía. Terminó por transformarse en un temblor que le recorría el cuerpo. Los dientes le castañeteaban y sus manos se sacudían. Se apartó de Malbalá y corrió fuera de la casa, y siguió corriendo por la avenida principal, casi sin aliento, medio a ciegas porque se trataba de una noche sin luna, mientras percibía la fresca del viento en las sienes empapadas de lágrimas. Cruzó la plaza y entró en el jardín que se anteponía a la casa de los padres. Se quedó bajo el pórtico, mirando la puerta, agitada e indecisa. Llamó a la puerta con dos golpes enérgicos. Escuchó el chasquido de un yesquero y la luz titilante que se filtraba por la ventana. Tarcisio abrió con cara de dormido.

—¡Manú!

—¿Podrías despertar a mi *pa'i* Ursus, por favor? Mi *ru* acaba de morir.

—Sí, sí. De inmediato.

Ursus, que, al escuchar los golpes, había sospechado el motivo de la intempestiva visita, se presentó en la sala con una palmatoria en la mano. Emanuela levantó las cejas, sorprendida de verlo cubierto por esa camisa de noche blanca. Salvo en las ocasiones en que vestía los paramentos sacerdotales, solo lo conocía de negro. Lo recorrió de arriba abajo, y, cuando sus miradas se encontraron y descubrió en los ojos del jesuita el amor que sentía por ella, Emanuela ahogó un sollozo y corrió hacia él. El sacerdote apoyó la vela sobre la mesa y la recibió en sus brazos, donde le pareció que el cuerpo de su adorada Manú se perdía, tan menuda y delgada estaba.

—¡*Pa'i*! ¡Mi *ru* se acaba de ir! ¡Se acaba de ir para siempre! ¡Y ya no volveré a

verlo! ¡Nunca más!

Ursus la contenía contra su torso y la sujetaba intentando absorber los espasmos de llanto que la recorrían. Le besaba la coronilla y le susurraba palabras de consuelo.

—Mi niña, mi dulce niña, tu *ru* por fin está en paz. Debes ser fuerte y resignarte a la voluntad de Dios, que es sabio y sabe lo que hace. Tu familia te necesita entera, Manú. Ellos dependen de ti.

—No quiero ser fuerte, *pa'i*. Estoy cansada de ser fuerte. Si él estuviese aquí...

—Un nuevo acceso de llanto la dominó, y Ursus la condujo a una silla, donde la obligó a descansar.

—Tarcisio, tráele un poco de agua. Iré a cambiarme. Manú, te acompañaré de regreso a tu casa.

—*Aguyje, pa'i* —agradeció con sinceridad, pues no estaba segura de poder regresar para enfrentar sola lo que la aguardaba.

* * *

Lo velaron durante el resto de la noche, mientras Ursus dirigía los rezos y las mujeres respondían con diligencia y piedad. Por la mañana, la familia completa y casi todo el pueblo asistieron a la primera misa. Laurencio, el maestro herrero del pueblo, había sido muy querido y respetado. Lo enterraron al mediodía. En un clima como el del Paraguay, no era conveniente velar los cuerpos durante muchas horas; a poco empezaban a despedir mal olor.

Los siete hermanos Ñeenguirú acarrearón el cajón confeccionado en la carpintería de la misión y al que Laurencio nieto le había tallado unos pocos ornamentos durante la noche. En tanto el cortejo avanzaba en dirección al cementerio, algunos comentaban por lo bajo que solo faltaba el luisón, a lo que otros respondían que se había tratado de la intervención de la Divina Providencia. Al difunto le habría disgustado que ese demonio asesino lo condujese a su morada final.

Emanuela, con un pañuelo en la mano y el brazo de su *sy* entrelazado en el suyo, se detuvo cerca de la fosa y observó cómo bajaban el cajón con la ayuda de dos cuerdas de bejuco. Resultaba difícil de entender que en esa caja se hallaba su *ru*, que no volvería a verlo, ni a oírlo, que su cuerpo se descompondría y que sería como si nunca hubiese existido. «Seguirá existiendo en mi corazón», se daba ánimos. «Siempre recordaré al hombre que me acogió en su hogar y que me amó como a un hijo más». Ese pensamiento desembocó irremediablemente en el recuerdo de Aitor, y al dolor por la pérdida de su padre adoptivo se sumó el de la ausencia de su amado.

¿Cómo habría tomado Aitor la muerte de su padre? Emanuela se dijo que nadie podría culparlo si lo hubiese hecho con indiferencia, incluso con alivio, pues si bien ella estaba segura de que la muerte dulcificaría los yerros de Laurencio, ella jamás

olvidaría lo cruel que había sido con su séptimo hijo.

La voz del padre Ursus le llegaba como un sonido lejano, de esos que acostumbran al oído y pasan a formar parte del silencio. Se esforzó por concentrarse y entender lo que decía. Siempre le había gustado la voz de su *pa'i*. Recordaba que, de niña, su sonido le producía alegría, y corría a buscarlo para echarse en sus brazos. «Todavía tengo a mi *pa'i*», se animó, porque, sin duda, ese jesuita que la había salvado de la muerte catorce años atrás, era como un padre para ella, en el sentido espiritual, pero más en el sentido temporal. Siempre había intuido que el amor de ese hombre hacia ella era incondicional. Haberlo recordado en ese momento fue como si un rayo tibio de sol le acariciase el pecho entumecido por la profunda pena. Se relajó un poco y consiguió respirar mejor.

Ursus acabó con el responso e indicó al mayor de los Ñeenguirú, a Bartolomé, que echase el primer puñado de tierra sobre el cajón. Los demás lo imitaron, y luego lo hicieron los parientes cercanos y los más amigos. Los encargados del cementerio terminaron de cubrirlo a paladas. Nadie se quedó a verlos terminar el trabajo, excepto Porã, que una vez formado el montículo, se recostó encima y se puso a gañir.

Por la tarde, cuando la casa de los Ñeenguirú se vació y volvió a reinar el silencio, Emanuela buscó a la perrita para alimentarla. Se detuvo de pronto y miró en dirección al cementerio.

—Vamos, Timbé. Vamos, Miní. Acompañenme. Iremos a visitar a mi *ru*.

La cerda abandonó su sitio en la enramada con movimientos pesados e indolentes. Miní aferró la mano de Emanuela, mientras Saite se montaba en su hombrera de cuero. Libertad revoloteaba en torno. La joven sonrió al avistar a la perrita dormida sobre el montículo. Se aproximó en silencio para no sobresaltarla. Porã abrió los ojos y, al verse rodeada, levantó la cabeza y ladró.

—Le haremos un poco de compañía a mi *ru* —dijo Emanuela, y se sentó junto a la perra sobre el montículo de tierra roja y recogió las piernas bajo el tipoy—. Pero después, Porã, regresaremos todos juntos a casa. Él se quedará aquí y nosotros regresaremos, amigos míos.

* * *

El domingo que siguió al entierro de Laurencio Ñeenguirú, las campanas sonaron a rebato a una hora inusual, por lo que el pueblo, como indicaba la regla, se congregó en la plaza de armas. Allí se encontraron con los padres, el hermano Pedro, el corregidor y las demás autoridades del Cabildo. Ursus levantó las manos para acallar los murmullos, que fueron reemplazados de inmediato por un mutismo tenso. Paseó la mirada sobre la multitud y la demoró durante unos segundos en Malbalá y Emanuela.

—Les pido que presten atención a las palabras que les dirigirá el cacique Palmiro Arapizandú. Una calumnia muy grande ha caído sobre uno de nuestro pueblo y ha llegado la hora de hacer justicia y de limpiar su nombre.

El jesuita asintió en dirección del corregidor y este dio un paso adelante. Estaba nervioso. Para los guaraníes, el don de la palabra, a la que conferían poder divino, contaba entre las virtudes de un buen líder. Parlamentar con elocuencia demostraría que estaba a la altura del puesto de corregidor.

—Hermanos, según reza en las actas de nuestro Cabildo, entre la noche del domingo 3 de agosto y la madrugada del 4, un asesinato tuvo lugar en nuestra doctrina. La esclava María de los Dolores García fue degollada y abandonada en la porqueriza del *tupâmba'e*. Dos objetos fueron hallados, uno en la mano de la difunta y otro, a pocos palmos de ella. Se trataba de la muñequera de Aitor Ñeenguirú y de su navaja. Las pruebas demostraban que él la había asesinado y por eso las autoridades dispusimos su arresto. La madrugada del martes 5 de agosto, cuando el *pa'i* Santiago lo visitaba, Aitor Ñeenguirú lo golpeó y escapó. —Guardó silencio, mientras recorría con ojos encendidos al gentío—. ¡E hizo muy bien en escapar! —exclamó, y voces confundidas se alzaron de la multitud—. ¡Él era inocente! ¡Él no había asesinado a la esclava! ¡Él no era culpable del horrible crimen que todos estuvieron dispuestos a endilgarle sin dudar!

Ursus mantenía fija la atención en Emanuela, que fruncía el entrecejo y ladeaba la cabeza, como si las palabras del corregidor le resultasen incomprensibles.

—El verdadero asesino —prosiguió Palmiro Arapizandú— confesó su crimen antes de morir cinco días atrás. —Los murmullos se acrecentaron—. ¡Laurencio Ñeenguirú quería morir en paz y salvar su alma del fuego eterno por eso confesó su crimen! ¡Laurencio Ñeenguirú es el asesino de María de los Dolores García, y no su hijo Aitor!

Los murmullos se convirtieron en un clamor ensordecedor. Ursus atestiguó la transformación en el semblante de Emanuela, que se cubrió la garganta con las manos, mientras sus labios dibujaban un clamor mudo. La vio caer de rodillas, y en un acto instintivo, corrió hacia ella. No le importó tranquilizar a la muchedumbre, solo contaba llegar a ella y consolarla.

Bruno, que se había acuclillado junto a su hermana de leche, la abrazaba y lloraba con la frente apoyada en la espalda de ella. Emanuela farfullaba palabras inentendibles. Malbalá, también de rodillas junto a sus hijos, se cubría el rostro y lloraba amargamente.

—¡Bruno! —vociferó Ursus, con poca paciencia.

El chico se movió, y el jesuita levantó a Emanuela y la cobijó entre sus brazos. Emanuela hundió la cara en la sotana negra y reanudó el llanto con un gemido desgarrador. Lloraba de pena, de alegría, movida por el odio, por el amor, por el

alivio, por la preocupación, mientras un nombre se repetía en su mente al ritmo desenfrenado de su corazón: «Aitor, Aitor, Aitor».

—Ya, mi niña —le susurró el sacerdote—, ya todo pasó. Esta pesadilla ha terminado. Cálmate, Manú, cálmate.

—*Pa'i*... —sollozó, y elevó la vista arrasada por las lágrimas y el dolor—. ¿Por qué?

Más que entenderla, Ursus interpretó su pregunta porque la voz le había surgido como una exhalación.

—¡Ah, Manú! La naturaleza humana es un laberinto imposible de recorrer en toda su extensión y profundidad. Tu *ru* era un hombre atormentado. Su alma no estaba en paz. Te pido que no lo juzgues y trates de perdonar.

—¡Pero Aitor era su hijo! —exclamó, con voz quebrada pero clara.

Ursus, a quien la verdad sobre el origen de Aitor le había sido revelada en confesión, le palmeó la mejilla húmeda y le sonrió.

—Ahora eso quedó atrás, Manú. Ahora solo importa encontrar a Aitor y traerlo de regreso a casa.

—¡Sí, *pa'i*!

—¡Silencio! ¡Silencio! —El corregidor elevó la voz sobre las aclamaciones del gentío y prosiguió con su discurso—. A más, Laurencio Ñeenguirú admitió haber sido el que cometía las matanzas de animales.

—¡Mientes! —La acusación de Bartolomé Ñeenguirú acalló los últimos bisbiseos—. ¡Tú mientes, Palmiro Arapizandú! ¡Todos aquí sabemos que quieres a Aitor como si fuese de tu sangre! Estás aprovechando la muerte de mi padre para salvarlo del castigo que le corresponde por haber asesinado a la esclava.

—¡Bartolomé! —intervino Dalmacio, el alguacil mayor—. Yo estaba ahí el día en que tu padre nos refirió cómo asesinó a María de los Dolores. Y tú sabes que yo, por Aitor Ñeenguirú, no siento ningún afecto especial. Por el contrario, siempre me ha fastidiado su soberbia. Pero la justicia es la justicia, y estoy aquí hoy para hacer que se respete. Tu padre confesó haber asesinado a la esclava y nos refirió los detalles de cómo lo hizo, de cómo te usó a ti y a tu primogénito como coartada.

—¡Mi padre confesó esa mentira para salvar a Aitor! —intervino Andrés, el segundo de los Ñeenguirú—. Después de todo, Aitor era su hijo.

—El odio que tu padre sentía por Aitor no es un misterio para nadie, Andrés —argumentó Palmiro—. Todos sabemos que lo odiaba. La razón se la llevó a la tumba. Pero sabemos que lo odiaba. Asesinó a la esclava para acabar con él. Tu padre admitió que no se atrevía a matarlo con sus propias manos porque Aitor es demasiado ágil, fuerte y pícaro para uno como él. Por eso urdió esa trampa.

—¡Era su hijo! —insistió Andrés—. Es cierto, nunca se llevaron bien, pero Aitor era su hijo. ¡Mi padre se achacó el crimen para protegerlo! ¡Aitor era su hijo!

—¡Cállate, Andrés! —ordenó Malbalá, y se puso de pie, mientras se limpiaba las lágrimas de los ojos con manos exasperadas—. Aitor no era hijo de Laurencio Ñeenguirú, y él lo sabía. ¡Por eso lo odiaba y lo golpeaba y lo humillaba! ¡Porque mi pequeño Aitor no era hijo suyo! ¡No era hijo suyo! —repitió, fuera de sí, y corrió hacia la casa.

El silencio que siguió se prolongó durante varios segundos. Los pueblerinos intercambiaban miradas perplejas, aun los padres y el hermano Pedro lucían desconcertados. La pregunta que nadie se atrevía a esbozar, pero la que todos se formulaban flotaba entre ellos como un mal olor: ¿quién era el padre de Aitor?

—Ve con tu sy, Manú —la instó Ursus—. Tú también Bruno. Ella los necesita ahora.

—Sí, *pa'i* —respondieron los jóvenes al unísono.

La encontraron escondida en el sobrado de la casa, el entrepiso al que se accedía con una escalera apoyada en la pared y que las familias guaraníes construían para almacenar los frutos del *avamba'e*. Guiado por el llanto, Bruno trepó la escalera y se asomó por el pequeño ingreso, por el que entraban agachados. Elevó la vela ya que el atardecer había teñido de sombras el interior de la habitación, y la descubrió acurrucada en una esquina, mordiéndose el puño para aquietar los lamentos.

—Ven, sy —la instó el muchacho—, sal de ahí.

La mujer se movió al cabo y descendió con piernas inseguras. Emanuela la recibió y se abrazó a ella.

—¡Gracias, sy! ¡Gracias por haber dicho la verdad y por haberlo defendido!

—He deshonrado la memoria de mi esposo. Mis otros hijos me odiarán.

—Yo no te odio, sy —aseguró Bruno, con voz triste.

—Tú no, hijo, pero ya verás cómo tus hermanos lo harán.

CAPÍTULO XVI

Lope de Amaral y Medeiros se detuvo en el borde de la roca que se suspendía sobre el despeñadero. Le resultó una burla que, en esa instancia final de su vida, por primera vez no le temiese a la altura, ni al agua que corría debajo. Se trataba de una sensación magnífica, liberadora, que lo hacía sentir vivo. Sonrió con aire sarcástico. Lo hacía sentir vivo en el instante en que estaba por morir. La paradoja lo distrajo unos momentos, aunque enseguida regresaron para atormentarlo los pensamientos que lo habían conducido hasta ese sitio, al que, desde niño, evitaba acercarse por temor. Su madre le había repetido que no trepase a la roca, y él había obedecido, no por respetar el mandato, sino porque sentía pánico.

El miedo había sido su compañero a lo largo de dieciocho años. Pensar en otros dieciocho años con él a su lado le resultaba intolerable. Solo con Manú habría reunido el coraje para transcurrirlos. Ella, que lo había ayudado a acabar con el problema de la orina nocturna, habría sido capaz de ayudarlo con cualquier problema. Era tan delicada y fuerte al mismo tiempo; femenina y valiente; comprensiva y firme. La admiraba, la amaba, la respetaba. No sentía por nadie lo que por ella, y le estaba agradecido por haberle hecho conocer un sentimiento tan profundo y vivificador. Emanuela, sin embargo, le había asegurado que no lo amaba. «*No te amo, Lope, no como tú pretendes*». Lo quería y atesoraba su amistad, pero a él no le bastaba. Quería que lo amase. Sin embargo, en ella no existía una gota del amor apasionado que a él estaba ahogándolo.

Igualmente y en nombre del amor de Emanuela, había enfrentado a su padre el día anterior para comunicarle su decisión de cancelar la boda con Ginebra. Estaba al tanto de que habían gastado más de cinco mil pesos en Buenos Aires, y que el vestido de su futura esposa se confeccionaría con el mejor raso y el más fino encaje, y que el ajuar era de los más completos que podían reunirse, con sábanas de lino bordadas, piezas del mejor algodón de Castilla, camisones de delicada holanda, un conjunto de peine, cepillo y espejo en plata labrada, un recado de escribir con tintero en alabastro, sello con las iniciales G, A y M, por Ginebra de Amaral y Medeiros, y papel con el escudo de los Calatrava, hasta una tina enorme de latón, esmaltada de blanco, donde Ginebra tomaba sus baños desde que había regresado de la ciudad. No obstante, el objeto más costoso que su tío Edilson había conseguido —fruto del contrabando, no cabía duda— y que su padre había pagado sin inmutarse, lo constituía un aderezo de collar, arracadas, imperdible, pulsera y rascamoño de topacios, que, admitía, le iba muy bien a Ginebra, sobre todo en el conjunto de su piel blanca y sus cabellos tan oscuros.

Sí, don Vespaciano había invertido una pequeña fortuna para llevar adelante ese matrimonio. No sería fácil convencerlo de abandonar la farsa cuando, para su padre, lo más importante era el dinero. Durante todo un día estuvo reflexionando sobre la posibilidad de pedirle ayuda a Ginebra, que no demostraba por su futuro suegro el mismo pánico que él. Enfrentarlo con ella a su lado le facilitaría el trago amargo. Estaba seguro de que ella no lo amaba y de que rechazaba esa unión tanto como él. Sin embargo, esa noche, mientras cenaban en silencio, Lope la observaba, bellísima en uno de los trajes que su madre Florbela le había confeccionado con la sarga azul adquirida en Buenos Aires, y desistió. A pesar de que habían pasado la mayor parte de su vida juntos, se daba cuenta de que no la conocía, y de que sería difícil lograrlo. Era medida, reservada y misteriosa. Jamás perdía los estribos, ni se enojaba, ni se alteraba. Tampoco la asaltaban las ganas de reír, ni de corretear, ni de hacerle cosquillas o gastarle bromas. Había una firmeza y determinación en su índole que lo asustaba, como aquel domingo que, con ardides, lo condujo hasta el arroyo, sabiendo que tenían prohibido alejarse del perímetro del casco de la estancia. Le estaba agradecido; por ella, había conocido a Manú. No obstante, su futura esposa constituía un misterio que lo intimidaba.

Ginebra jamás habría colaborado para acabar con su boda, no solo porque para ella, una recogida, hija de un traidor que desde hacía quince años se pudría en una cárcel de Lima, unirse a la fortuna de los Amaral y Medeiros le otorgaba la seguridad que se le había negado desde pequeña, sino porque no habría contradicho la voluntad de doña Nicolasa así hubiese tenido que morir para satisfacerla. La relación de esa madre y de esa hija se había transformado en otro misterio para él. Resultaba contradictorio que una joven tan decidida e inteligente como Ginebra cumpliera a rajatabla los designios de doña Nicolasa cuando, muchas veces, contrariaban los de ella. No obstante, resolver el enigma que encarnaban no le interesaba.

Ginebra quedaba fuera; no encontraría en ella la aliada que necesitaba. ¿Y su madre? Florbela lo amaba con un cariño tierno que se había convertido en el lenitivo para calmar el dolor causado por el desamor y la incompreensión de su padre. Con todo, ¿cómo lo ayudaría una mujer que, día a día, se apagaba frente a sus ojos? Años atrás, cuando todavía contaba con la energía para plantarse frente a su marido, Lope habría albergado una esperanza. En ese momento, involucrarla en un conflicto como el que se avecinaba sería cruel.

Por fin, decidido a enfrentar a Vespaciano de Amaral y Medeiros, le había pedido que lo recibiese en su despacho después de la cena. Bebió a escondidas unos sorbos del brandy que su tío Edilson les había traído de regalo, se acomodó la chupa y el lazo de su camisa y llamó a la puerta. Solo bastó que la voz de su padre tronase «¡Adelante!» para que un temblor lo recorriese, ese temblor que luego se le alojaba en la lengua y lo avergonzaba haciéndolo tartamudear.

—¿Qué deseas, Lope? —quiso saber Amaral y Medeiros, sin invitarlo a sentarse, ni levantar la vista del documento que leía.

—Hablar con vos, padre —dijo en castellano, el idioma que empleaba para dirigirse a sus mayores.

—Habla. Deprisa —añadió—. Estoy ocupado.

Lope inspiró profundamente y carraspeó.

—Yo-yo...

—No empieces con tu tartamudeo que no seré capaz de digerir la cena.

—No-no pue-do evitarlo.

—¡Trata de evitarlo porque me fastidia! ¿Qué quieres? —insistió.

—Quie-ro can-can-ce-lar la boda.

Amaral y Medeiros se puso de pie y la butaca tambaleó detrás de él.

—¿Qué diantres has dicho! Con toda esa temblequera no sé si he comprendido bien. ¿Has dicho que quieres cancelar la boda?

Lope ni siquiera asintió. Paralizado por el miedo, se quedó mirando a su padre con el aliento contenido y sin pestañear.

—¿Has dicho que quieres cancelar la boda?

—Sí.

—¿Has perdido la cordura?

—No.

—¿Por qué diantres quieres cancelar la boda?

—Por-porque no-no a-a-mo a Gi-gi-ne-bra.

Amaral y Medeiros lo observó con una mueca que delataba su confusión.

—¿Que no amas a Ginebra? ¡Y qué mierda importa si la amas o no la amas! —estalló el hombre, y Lope dio un paso atrás cuando su padre rodeó el escritorio y se detuvo frente a él—. ¡Qué mierda importa! —reiteró—. Tú te casarás con quien yo diga porque solo yo sé lo que te conviene. Eres un niño todavía, sin las pelotas ni el discernimiento para decidir con sensatez. Has tenido suerte, pues Ginebra es una hembra bellísima, además de callada y prudente. No será un inconveniente vivir con ella. ¿Y tú me dices que cancelarás la boda? ¡Exijo saber por qué! ¡Dime por qué!

Lope se mordía el labio inferior y apretaba los puños para sofrenar los espasmos que lo recorrían de pies a cabeza. No habría podido hablar; le faltaba el aire y la lengua se le había vuelto de piedra.

—¿Acaso mis sospechas son ciertas y eres un manflorón?

«¿Un manflorón? ¿Qué es eso?»

—¿Se trata de eso, Lope? ¿Te calientan los hombres?

«¡Qué!» Al pánico se le sumó la sorpresa, y esto no lo ayudó para controlar el caos en que se convirtió su cuerpo. Amaral y Medeiros lo observaba con desprecio y disgusto, y él no acertaba a mover los labios para sacarlo de su error.

—¡Eres la desgracia más grande que pudo haberme caído encima! —A la declaración le siguió una bofetada de revés que volvió negra la realidad en torno a Lope. El anillo de su padre le había mordido la carne del labio, que sangraba profusamente. Él no lo notaba. Permanecía allí, de pie, con la cara aún de costado y la mano apoyada donde el calor y el dolor le señalaban el centro del golpe.

—¡Qué has hecho, Vespaciano! —Escuchó la voz alterada de su madre, y un taconeo le advirtió que se aproximaba. Siguió congelado, incapaz de mover un dedo. No levantó los párpados, ni se quitó la mano del rostro al sentir las de ella en sus brazos. Se dejó conducir fuera.

En el borde del despeñadero, Lope evocaba el doloroso encuentro de la noche anterior y sollozaba. La vista del río algunas varas más abajo se había enturbiado a causa de las lágrimas que le acariciaban las mejillas y morían en su boca. El escozor que le causaban las que terminaban tocándole la herida del labio le recordaba que la decisión que había tomado era justa. Aunque su alma se condenase para la eternidad y su cuerpo jamás descansase en un camposanto, debía partir. La idea de retornar a su casa, al desprecio de su padre, a la mirada triste y lánguida de su madre, al reproche en los ojos de Ginebra y de doña Nicolasa, resultaba intolerable. Tal vez, se planteó con un espíritu desafiante, todo ese cuento del infierno no era más que eso, un cuento. Tal vez del otro lado no había nada, solo silencio y oscuridad. ¿Quién podía afirmarlo? ¿Quién había ido y regresado para contarlo? De igual modo, prefería irse a quedarse, fuera como fuese lo que lo aguardaba después de la muerte. En ese mundo solo habría miedo, tristeza y soledad.

Inspiró profundamente y saltó.

* * *

Aitor se acuclilló en la orilla y se observó en la superficie mansa del agua. Se rascó la barba crecida y se estudió los tatuajes del rostro; los de los brazos lo tenían sin cuidado. A medida que se aproximaba a San Ignacio Miní, a la inquietud de no saber con qué se encontraría y cuál sería la reacción de Emanuela se le sumaba las ansias por tenerla entre sus brazos. Soliviantaba los caballos para acelerar el paso, y al cabo los sofrenaba. Así había sido durante las últimas leguas.

Al despedirse de su familia abipona poco más de un mes atrás, había deseado poseer alas para llegar en pocas horas junto a su Jasy. Una vez tomada la decisión de regresar y después de haberse asegurado de que la amiga de su prima no esperaba un hijo suyo, nada ni nadie lo habría detenido. Su abuelo, por ejemplo, intentó hacerle razonar que implicaba un gran riesgo volver cuando había transcurrido poco tiempo —de hecho, solo seis meses— desde el asesinato de la esclava. De seguro, la milicia todavía lo buscaba y se mantenía alerta. Entre los abipones, aislado del mundo de los

blancos, nadie le haría daño, nadie iría a buscarlo hasta allí porque los militares sabían que, para penetrar en su territorio, primero tenían que negociar con el cacique Icholay. Aitor, no obstante, se mantuvo firme. Un mecanismo se había disparado dentro de él y resultaba imposible detenerlo. Era como si se hubiese despertado de un sueño, más bien de una pesadilla, y pretendiese seguir con su vida como antes de dormirse. Le costaba entender cómo había superado esos meses lejos de ella, sin noticias, arriesgándose a que se la quitaran, el obispo de Asunción, el provincial de los jesuitas, o quien delante fuese. Cierto que, en esa madrugada del 5 de agosto, huir se había presentado como la única opción para salvar el pescuezo. En ese momento, sin embargo, volver era lo único que contaba.

Igualmente, despedirse de su abuelo, de sus tíos y primos no resultó fácil porque el lazo de afecto que los unía era genuino. Se respetaban, admiraban y querían. Jamás olvidaría que, sin conocerlo, lo habían acogido con afecto y lo habían hecho sentir parte de la familia, una experiencia nueva para él.

—Regresa cuando lo desees, Aitor —le había expresado Icholay—. Siempre serás bienvenido por el pueblo de tu madre.

—Gracias, abuelo.

—Y trae a tu mujer —lo instó su tío Payquín—. Ella también será bienvenida. Y la trataremos como a una de las nuestras.

—Gracias, tío.

—Hijo, me saludas a mi madre y a mis hermanas —le pidió su tío Añapiré—, y les dices que las echamos de menos, que cuándo se vendrán para visitarnos.

—Lo haré, tío.

Se dio un fuerte abrazo con sus primos favoritos, Quebadín, Navedañac y Nedlanigrín, saludó al resto del pueblo desde su montura y partió.

Un sonido sobre su cabeza lo sacó de las reminiscencias. Levantó la vista y descubrió a un hombre en una roca. Enseguida, sin abandonar su postura en cuclillas, se retrajo con sigilo y se ocultó tras un sarandí espeso de hojas y flores. Desde allí, se abrió un resquicio entre el follaje y observó. ¿Lope? ¿En verdad se trataba de Lope? ¿Qué hacía al borde de la roca? Desde esa distancia resultaba difícil ver en detalle su gesto, aunque daba la impresión de que un ceño profundo le volvía seria la expresión, que Aitor recordaba sonriente y amigable. ¿Por qué se detenía tan cerca del despeñadero? ¿Y si resbalaba? El muy marica no sabía nadar, sin mencionar que esa parte del Yabebirí era poco profunda y ocultaba piedras filosas.

Soltó una exclamación al verlo saltar. Abandonó su escondite y corrió hacia la orilla. El arroyo aún vibraba con el impacto, pero Lope no emergía. Aitor se quitó la camisa y se arrojó al agua. Nadó con brazadas rápidas hasta el sitio donde lo había visto caer y se sumergió. El agua, enturbiada por el movimiento, le dificultaba la búsqueda. Agitaba los brazos, que golpeaban con las rocas puntiagudas. No desistiría,

él debía de estar por allí. La corriente, suave en ese recodo, no podía haberlo arrastrado muy lejos. Emergió, inspiró profundamente y volvió a sumergirse. Se movió en dirección al curso del agua, mientras tanteaba a ciegas. Sus dedos se enredaron en algo. En un primer momento creyó que eran las raíces de un camalote; enseguida se dio cuenta de que eran los rizos largos de Lope. Tiró con fuerza y lo sacó a flote. Le cruzó el brazo por el pecho, le calzó la mano en la axila y nadó hacia la orilla. Si bien era alto, Lope tenía una contextura delgada; igualmente, arrastrarlo a la orilla no fue fácil pues se había convertido en un peso muerto. Lo recostó sobre su estómago y le golpeó la espalda para que escupiese el agua que había tragado. Con cada puñetazo que asestaba, lo llamaba con voz de comando.

—¡Lope! ¡Vamos! ¡Lope!

El muchacho tosió, y vomitó agua, que se mezcló con la sangre que le manaba de la frente, donde se había golpeado con una roca bajo el agua. Aitor lo giró después de asegurarse de que no escupiese más agua. Lope aleteó las pestañas y le llevó unos segundos enfocar la vista.

—¿Aitor? —murmuró antes de que los ojos se le pusiesen en blanco y volviese a perder la conciencia.

—¡Mierda!

No podía abandonarlo. Moriría si no lo asistían y se convertiría en el manjar de un yagareté o de algún otro felino, un margay tal vez. Aunque Lope no le caía en gracia, sobre todo por el modo en que miraba a su Jasy, lo ayudaría. Después de todo, era su medio hermano.

Lo arrastró hasta su caballo de reserva, al que obligó a arrodillarse sobre los cuartos delanteros para facilitarle la tarea de cruzarlo en el lomo. Guió al animal con lentitud para que se levantase. Saltó sobre su montura y tiró de la reata. No se atrevía a acelerar el paso por temor a que el cuerpo resbalase y cayese. No podían estar muy lejos de *Orembae*. Lope había llegado a ese sector del arroyo caminando, puesto que él no había visto un caballo en las cercanías. En tanto columbraba el camino en busca de la dirección correcta, Aitor se preguntaba si el muchacho habría saltado para quitarse la vida. ¿O tal vez para aprender a nadar? Le resultó un método demasiado drástico para una personalidad apocada como la del muchacho de *Orembae*.

A lo lejos avistó una cúpula con una veleta y supo que su orientación no le había fallado. A riesgo de perder su carga, apresuró el paso. Quería entregar a Lope al primer peón con que se cruzase y abandonar *Orembae* lo más rápido posible. No quería toparse con el capataz, ni con el patrón. Con su padre, pensó. Otro padre que lo odiaba y que lo despreciaba y que lo habría entregado a los milicianos con gusto.

—¡Carajo! —masculló, porque ese contratiempo con Lope implicaba un gran riesgo, y él solo deseaba aproximarse a San Ignacio Miní y hallar la forma de entrar en contacto con Jasy.

Se detuvo en los lindes del casco de la hacienda y columbró en torno. Eran las primeras horas de la tarde. Tal vez la familia dormía la siesta. Soliviantó los caballos, que avanzaron a un trote veloz. Aitor echaba vistazos hacia atrás y se preocupaba por los saltos que daba el cuerpo inerte de Lope sobre la montura. Se frenó al avistar a un indio joven, un muchachito más bien, y silbó para atraer su atención. El chico frenó en seco, se hizo sombra con la mano y luego corrió hacia él.

—¿Quién eres? —preguntó, y, al reconocer el cuerpo en el otro caballo, vociferó —: ¡Patroncito Lope! ¿Qué le has hecho al patroncito?

—Nada le he hecho. Y deja de gritar como una mujercita. Lo saqué medio muerto del agua. Cayó de cabeza y se golpeó con una piedra.

—¡Oh, Dios mío! ¿Está muerto?

—No lo sé —admitió, con impaciencia—. Vamos, ayúdame a bajarlo. Tengo prisa.

Se deslizó de la montura y caminó con rapidez hasta el caballo de reserva. El indio, de unos trece, catorce años, resultó más un estorbo que una ayuda, por lo que Aitor, luego de insultar entre dientes, le dijo que mantuviese quietas las manos.

El grupo de jinetes que se aproximó al galope lo pescó justo en medio de la maniobra para bajar al malherido. Lo habría soltado y montado en su caballo para huir como alma que lleva el diablo si, al hacerlo, no hubiese existido el riesgo de que el «patroncito» se quebrase el cuello. Ya lo culpaban de un asesinato que no había cometido; no le endilgarían un segundo. Conservó la calma y se concentró en lo que estaba haciendo. Luego lidiaría con los hombres que se aproximaban.

—¿Qué está sucediendo aquí? —La voz de Amaral y Medeiros era inconfundible, profunda, tronadora, amenazante; a él, sin embargo, no le causó miedo.

—¡El patroncito Lope ha tenido un accidente! —informó el muchachito—. Este hombre acaba de traerlo, patrón.

—¡Ayúdenlo! —ordenó Vespaciano, y varios jinetes desmontaron y se hicieron cargo del cuerpo de Lope—. ¡Llévenlo a la casa! ¡De inmediato!

Vespaciano de Amaral y Medeiros dio media vuelta para interrogar al desconocido y se quedó de piedra. ¿Era él? Estaba muy cambiado, tenía un aspecto salvaje y descuidado, con tatuajes en el rostro que le volvían fiera la expresión. Lucía más fornido, más maduro, más hombre. Sus ojos, esos de los iris amarillos que tanto lo habían impresionado, seguían siendo los mismos. El corazón le saltó en el pecho, como reacción a la alegría y al orgullo que experimentó al verlo.

—¿Aitor? ¿Eres tú?

Sin responder, Aitor se trepó sobre su montura para escapar. Amaral y Medeiros atinó a sujetar las riendas. El animal se encabritó, y Aitor casi perdió el equilibrio.

—¡Déjeme ir!

—¡Aitor, escúchame!

—¡Suelte las riendas! —exigió, y lo amenazó con el cuchillo.

—Aitor, escúchame.

Una nota inusual en el timbre de la voz de ese hombre lo hizo detener el forcejeo.

—Sé que estás pasando por un mal momento. Tu *pa'i* Ursus me lo confió. Quiero ayudarte. Por favor, permíteme ayudarte. ¿Me recuerdas? ¿Sabes quién soy?

Aitor lo fulminó con un vistazo y asintió rápidamente antes de preguntar:

—¿Por qué querría ayudarme después de lo que le hice?

—No importa lo que hiciste. Eso quedó en el pasado. Además, fue justo que salvaras a esa joven india de la lujuria de mi capataz.

—Eso no explica por qué quiere ayudarme. Estoy seguro de que es una trampa para entregarme a la milicia.

—¡No! No, Aitor —repitió, con menos vehemencia—. Te juro por la vida de mi hijo, el que acabas de devolverme malherido, que jamás te haría daño.

—¿Por qué quiere ayudarme?

Amaral y Medeiros guardó silencio durante unos segundos. Se observaron fijamente, como entregados a un duelo de voluntades.

—Porque me considero un buen juez en materia de hombres, y sé que tú eres uno de valía, de esos que trabajan duro y que no le temen a nada. Te quiero aquí, en *Orembae*. Quiero que trabajes para mí.

Aitor no confiaba en ese hombre, por eso le costaba rendirse a la sinceridad que trasuntaban sus ojos azules, esos que semejaban tanto a los de su Jasy. Asintió con una expresión severa y de ceño muy apretado, y se deslizó fuera del caballo.

—¡Bravo, muchacho! —Amaral y Medeiros exclamó en castellano y lo palmeó en el hombro. Él se apartó; no quería que lo tocara.

—Oiré lo que tiene para ofrecer. Es lo único que prometo.

—Me parece justo. ¡Morales! —llamó sin apartar la mirada sonriente de Aitor—. Ocupate de los caballos de nuestro visitante. Pásales la almohaza como se debe y les das de comer y beber.

—Sí, patrón.

—¿Qué le ha dicho? —desconfió Aitor, pues Amaral y Medeiros se había expresado en castellano.

—Que cepille bien a tus caballos y que les dé de beber y de comer.

—Dígale que no se los lleve lejos. Mi conversación con usted podría durar muy poco.

Amaral y Medeiros rio por lo bajo y con sarcasmo antes de indicar a Morales lo que le había pedido Aitor, que se apresuró a desatar los morrales y echárselos al hombro. Caminó detrás de su anfitrión con el arco cruzado en el pecho y el cuchillo en la faja de sus calzones. Después de trasponer un portón de cedro empotrado en una pared enjalbegada de más de un vara de ancho y más de cinco de altura, entraron en

un perímetro muy cuidado en el que se avistaba la casa de una planta, de paredes blanqueadas a la cal, enrojecidas cerca del suelo, y con tejas en el techo. La cúpula que había avistado a lo lejos pertenecía a la capilla, erigida a un costado de la propiedad. A la casa, la circundaba una galería con recios horcones de lapacho a modo de columnas para sostener la saliente, y piso de lajas rojas. Varias contraventanas, con rejas de hierro forjado y colocadas a tramos en el extenso muro, conducían al interior de la casa. Aitor admiró las grandes placas de vidrio que cubrían esas extrañas puertas que parecían ventanas; en la misión, el vidrio solo cubría las ventanas de las casas de los padres, que eran pocas y de un tamaño mucho menor que el de esas. También lo impresionó el piso de madera que tocaron sus pies al entrar. Nunca había visto algo así. Observó en torno, pasmado e incapaz de absorber en tan poco tiempo cada elemento y cada detalle: los muebles, los adornos de plata, los cuadros, las alfombras, las lámparas. Amaral y Medeiros se alejaba a paso enérgico, indiferente al boato que lo circundaba. Sin duda, para él, ese sitio era cosa de todos los días.

Había un agradable aroma, no a humo ni a comida, como en su casa de la misión o en la choza de su abuelo Icholay, sino a cera de abejas y a flores. Quería brindarle algo similar a su Jasy. Ella debía convertirse en la reina de un palacio tan magnífico como ese. Quería dárselo, ponerlo a sus pies, verla abrir grandes los ojos azules, quería asombrarla, causarle admiración y respeto, quería merecerla, a su princesa blanca con el alma guaraní. El deseo lo sorprendió, y se detuvo al percibir como si un puño se hubiese cerrado en torno a su corazón.

—Aitor —escuchó decir a Amaral y Medeiros—, pasa, muchacho.

El hombre, de pie bajo el dintel de una puerta de madera oscura, lo aguardaba con mirada anhelante. Lo incomodaba un poco que lo contemplase de ese modo; se sentía más a gusto con el prepotente hacendado que había marchado por la avenida principal de San Ignacio Miní. Caminó hacia él y entró en una habitación que no lo impresionó menos que la anterior. Los muebles no lo sorprendían tanto, porque se parecían a los que su tío Palmiro confeccionaba en la ebanistería; en realidad, lo que le quitaba el aliento era verlos en ese contexto, sobre esos pisos de largos tablones de madera encerada y con tantos adornos. Al girar y descubrir la biblioteca, más alta y más ancha que la de la misión, colmada de libros, estuvo seguro de que esa habría sido la habitación favorita de su Jasy. Al recordar el pequeño estante que su tío Palmiro le había confeccionado y colgado sobre la cabecera de su cama, en el que Jasy había acomodado sus pocos libros, Aitor percibió que se le formaba un nudo en la garganta.

—¿Te interesan los libros, Aitor?

—No —dijo, con voz enronquecida.

—A mí tampoco —admitió el hacendado, con tono risueño—. Pero a juzgar por el modo en que los miras, se diría que sí. —Aitor le clavó la vista y no comentó—. La

mayoría de estos libros pertenecen a Lope y a mi mujer. Ellos son los que leen en esta casa, no yo.

Se escuchó un taconeo, y la puerta del despacho se abrió de golpe.

—¡Vuesa merced! —exclamó Florbela—. ¡Han traído malherido a mi pequeño Lope! ¡Ha caído al...! —La mujer se detuvo al descubrir a Aitor detrás de ella y retrocedió en un acto reflejo, acobardada por el aspecto brutal de su gesto. Con todo, no conseguía apartar la vista de esos ojos de una tonalidad que no terminaba de discernir en la penumbra del despacho.

Aitor la estudió sin recato y lo primero que pensó fue que la mujer estaba a punto de desvanecerse. El pecho se le agitaba con una respiración rápida e irregular, y las mejillas sumidas y los círculos violeta en torno a los ojos le pronunciaban el aspecto enfermizo.

—Este valeroso muchacho trajo a nuestro Lope a casa, mi señora.

—¡Oh! ¿Dónde lo encontró..., señor?

—No habla el castellano, Florbela. Solo guaraní.

La mujer, que, con los años y la ayuda de su hijo, había aprendido los rudimentos del idioma autóctono, reformuló la pregunta.

—Lo vi en una roca, una que asomaba a un despeñadero bastante alto. Yo me encontraba en el arroyo, desde allí lo vi. Resbaló y cayó al agua.

—¡Oh, qué desgracia! ¡Mi pobre niño!

—Lope no sabe nadar —apuntó Amaral y Medeiros, con el semblante de pronto sombrío.

—Lo saqué desmayado del agua. Se había herido en la frente con una piedra.

—¡Gracias! —Florbela se olvidó de su pánico inicial y estiró las manos en un acto reflejo para tocar las de Aitor, pero las retiró antes de rozarlo, en parte al darse cuenta de su exabrupto, también a causa de la mirada endurecida que el muchacho le dirigió—. ¡Gracias! —repitió, casi sin aliento, y se quedó mirándolo—. ¿Cómo podemos pagarle por lo que ha hecho por nuestro único hijo?

—Con nada, señora.

—¡Pero usted le ha salvado la vida!

—¿Cómo se encuentra Lope, mi señora? —intervino Amaral y Medeiros, en un tono que no disfracaba el fastidio que le ocasionaba la agitación de su mujer.

—Ya despertó y la herida no sangra. Le duele mucho la cabeza y está un poco confundido. Me gustaría ir por el padre Johann a la misión. Podríamos traerlo y pedirle que pase la noche aquí, para controlar a Lope.

Aitor se tensó al oír el nombre del padre Bansué. No estaba preparado para enfrentar a los de la misión. Al meditar que, cuando el médico holandés llegase, él se habría ido, se relajó.

—¿Para qué molestar al padre Johann? —se ofuscó Amaral y Medeiros—. El

viaje desde la misión es de varias horas. Si Lope recuperó la conciencia y solo tiene un dolor de cabeza, no será necesario.

—Pero...

—Basta, Florbela —masculló en castellano—. Ve con tu hijo y dale de beber una de tus tisanas. Ahora, si me permites, me gustaría seguir hablando con el muchacho.

—Como ordenéis, mi señor. —Se giró hacia el héroe de la jornada y, con una sonrisa que no se le reflejó en la mirada, le preguntó—: ¿Cuál es su nombre, señor?

—Aitor —dijo simplemente.

—Aitor, le debo la vida de mi hijo. Mi reconocimiento hacia usted será eterno. Gracias.

Siempre severo, con el entrecejo fruncido y con los labios apretados, inclinó la cabeza en silencio. La observó retirarse, y aunque en un primero momento lo había golpeado su aspecto enfermizo, durante la conversación había admirado sus modos refinados y su educada gentileza. No habría sabido describirla, ni a los costosos ropajes que la cubrían, ni a las joyas que le proporcionaban brillo, ni al peinado de complicada manufactura, pero deseó prodigar a su Jasy con esa riqueza para convertirla en una dama distinguida como doña Florbela.

—Aitor —habló Amaral y Medeiros—, por favor, toma asiento. Te pido disculpas por la interrupción de mi esposa.

Aitor estudió la butaca de cuero mullido. Se quitó el arco que le cruzaba el pecho y el carcaj a sus espaldas y los apoyó contra el escritorio, al alcance de la mano. Se sentó con movimientos cautos. La silla, con brazos y respaldo, era cómoda, muy cómoda, debió admitir. Un asiento como ese podía volver flojo al más sacrificado.

—Dices que mi hijo resbaló de la roca.

—Sí. —Mentía, y sospechaba que Amaral y Medeiros lo olfateaba; era pícaro ese criollo. No obstante, el instinto, ese que él respetaba desde pequeño, le indicaba que no revelase que había visto saltar a Lope a una muerte segura.

—Qué muchacho tan idiota. Aproximarse a un peñasco...

—Necesito que me diga cómo pretende ayudarme. Llevo prisa.

—Sí, sí, por supuesto. Te ofrezco mi protección.

—Yo no necesito la protección de nadie. Desde que me acuerdo, me protejo solo.

«Y a ti, ¿quién te cuida, Aitor?» La pregunta de Jasy, la que le había formulado tiempo atrás, cuando aún era una niña, lo sorprendió en esas extrañas circunstancias. «Yo me cuido solo, Jasy». «Yo rezo por ti, para que Tupá te cuide. Lo hago todas las mañanas y todas las noches. Y también cuando le rezamos el ángelus a Tupasy María, pienso en ti».

—¿Aitor, me oyes? —Enfocó la vista en su anfitrión y asintió—. Sé que te proteges solo desde tu infancia —reiteró Vespaciano—. No tengo duda de ello. Pero también sé que la milicia te persigue...

—Yo no asesiné a nadie.

—Lo sé y te creo, pero Ursus me refirió que las pruebas en tu contra son aplastantes y, en tanto se descubra al culpable, tú necesitas esconderte. Yo te ofrezco un sitio donde esconderte. Y también te ofrezco trabajo con una buena paga, casa y comida.

—No.

Se puso de pie, y Amaral y Medeiros reflexionó que si bien no era tan alto como él, desde esa posición, lucía poderoso gracias a sus hombros anchos, sus fuertes brazos, el pelo largo y los tatuajes en el rostro.

—¿No aceptas? —Se puso de pie a su vez.

—Le agradezco, pero no. Tal vez en usted podría confiar, pero jamás confiaría en su capataz. Él me la tiene jurada y, a la primera, me entregará a la milicia.

—Domingo Oliveira hará lo que yo le ordene. De hecho, él y un grupo de mis hombres hace semanas que rastullan diversas zonas, buscándote.

Aitor levantó las cejas, incapaz de disimular la sorpresa.

—¿Por qué?

—Porque desde que Ursus me dijo que estabas en aprietos, fue mi deseo ayudarte.

—¿Por qué?

—Ya te lo dije —expresó Amaral y Medeiros, con aire impaciente—. No me gusta que un buen ejemplar de macho se desperdicie. Aquí necesito hombres fuertes y valientes para el trabajo. Y te aseguro, no es fácil conseguirlos. Desde que los jesuitas los redujeron a ustedes, los guaraníes, la mano de obra se ha vuelto más escasa que el oro. Y sin hombres que recolecten la yerba, el tabaco y la caña, o que asistan el rodeo, yo acabaría en bancarrota.

Aitor se preguntó si algún día ese hombre se avendría a confesarle que era su padre. No, nunca lo haría. Amaral y Medeiros no se arriesgaría. Él constituía la prueba viviente de su traición. Si su mujer, esa distinguida señora, se enteraba del desliz que su esposo se había permitido con una india, con un ser tan inferior, no se lo tomaría a bien, y Amaral y Medeiros era del tipo práctico, que no se complicaba la vida con sentimentalismos.

—Si me quedase a trabajar en su propiedad, no aceptaría órdenes de su capataz.

—No lo harás. Trabajarás a mi lado. Quiero que conozcas el funcionamiento de *Orembae* tan bien como yo. —Al verlo vacilar, Amaral y Medeiros le propuso—: Quédate por un tiempo, mientras decides qué hacer con tu vida. Ahora no es sensato que te aparezcas por la misión. Si muestras el pico, te caerán encima.

—No es tan fácil atraparme —se jactó, con una sonrisa ladeada, que pareció agrandar al patrón porque sonrió a su vez con aire divertido.

—Quédate.

Aitor lo miró fijamente. Aunque su razón le dictaba que se marchase, el instinto

le susurraba que confiase. Amaral y Medeiros nunca se comportaría como un padre; no obstante, se mostraba dispuesto a ayudarlo, y, en honor a la verdad, él necesitaba ayuda.

—Está bien.

—¡Bravo! —exclamó de nuevo en castellano, y Aitor se preguntó qué significaba esa palabra.

—Pero antes quiero ir a la misión para enterarme de cómo van las cosas por allá.

—No. Es muy riesgoso. Yo enviaré una carta a Ursus y, cuando recibamos la respuesta, sabremos a qué atenernos.

Amaral y Medeiros caminó hacia un mueble donde Aitor distinguió una botella de largo cuello de vidrio; jamás había visto algo similar. Contenía un líquido de color ámbar.

—¿Te bebes un brandy conmigo? Es de la mejor calidad.

—¿Qué significa... brani?

—Brandy. Es una bebida espirituosa. Una bebida con mucho alcohol —aclaró—. Se hace con la uva y su sabor es único.

—Está bien.

Amaral y Medeiros vertió una medida en dos vasos de estaño y le entregó uno a Aitor, que la olfateó antes de echársela al colete de un trago. Le ardieron los ojos y percibió una quemazón en la garganta. Tan fuerte como la chicha, se dijo, aunque sabía mejor.

—¿Bueno?

—Sí.

—¿Otra?

—No. —Su ayuno se venía prolongando desde hacía horas, y necesitaba la mente despejada para lidiar con un pícaro como Amaral y Medeiros, que en ese momento le observaba los tatuajes sin prudencia.

—¿Por qué llevas tatuado el rostro?

—Viví un tiempo con los abipones.

—Los abipones —repitió en voz baja, mientras se acariciaba el mentón—. Son una tribu de bravos guerreros, implacables, sin piedad. Los militares no se atreven a enfrentarlos, ni a invadir su territorio. Habilísimos jinetes. Un teniente amigo mío, que vive en Corrientes, siempre menciona con reverencia a un cacique abipón. Un tal... Icha... Iche...

—Icholay.

—¡Exacto!

—Es mi abuelo. El padre de mi madre.

Las cejas de Amaral y Medeiros se dispararon en un gesto de inequívoca sorpresa, quizá de admiración, conjeturó Aitor.

—Sangre de guerrero corre por tus venas, muchacho —expresó, con timbre jactancioso, que provocó una inesperada oleada de orgullo en Aitor.

—Sí.

Llamaron a la puerta, que se abrió sin esperar la autorización. Un hombre alto, de contextura fuerte, vestido con una camisa blanca de fino algodón y unos calzones de damasco verde oscuro, entró con paso decidido y fijó la vista en Aitor, que cuadró los hombros y apoyó la mano en la empuñadura de su cuchillo.

—Tranquilo, muchacho —murmuró Vespaciano, con acento divertido—. Este es mi cuñado, Edilson Barroso. No corres riesgo con él.

—¿Este es el famoso Aitor, el héroe que salvó a mi sobrino? —expresó en un guaraní en el que Aitor reconoció el acento portugués que había escuchado en los puestos a lo largo del Paraná.

—Este es —confirmó Amaral y Medeiros.

Barroso extendió la mano, a la cual Aitor contempló con desprecio.

—No te tocará porque no confía en ti —expresó el dueño de casa en castellano, siempre con acento divertido—. Eres portugués, y para un guaraní no hay nada peor que un portugués. En su entendimiento, vosotros sois todos bandeirantes.

Barroso retiró la mano sin ofenderse a juzgar por la sonrisa que destinó a Aitor.

—Mi hermana Florbela y yo te estaremos siempre agradecidos por haberle salvado la vida a nuestro querido Lope. Desde hoy tienes un amigo en mí.

Aitor, turbado por las palabras y la sinceridad de un hombre que, en su opinión, no podía ser otra cosa que un bandolero y esclavista de indios, asintió con un movimiento tenso.

—He venido a buscarte, Aitor —prosiguió Barroso—. Lope pide verte.

Aitor, que tenía tantas ganas de ver a Lope como de encontrarse con la milicia, dudó, actitud que Amaral y Medeiros interpretó como timidez o vergüenza.

—Ve, muchacho, ve. Es justo que conozcas a mi hijo y que le des la oportunidad de agradecerte.

«Ya lo conozco a su hijo», pensó Aitor, mientras asentía con poco entusiasmo.

Barroso lo guió por la lujosa sala que ya conocía hasta un patio con macetones de los que trepaban enredaderas que se abrazaban a los horcones que sostenían el saledizo de tejas. Lo cruzaron para ingresar por una contraventana que desembocó en un pasillo flanqueado por puertas y decorado con pequeños muebles, espejos con marcos dorados a la hoja y pinturas. Aitor ocultaba su perplejidad y observaba de reojo. Solo una vez había visitado una construcción de esas características, más de catorce años atrás, en Asunción, cuando había pasado unos días en el Colegio Seminario de los jesuitas. Con todo, el boato de esa casa no se comparaba con las espartanas habitaciones de la casa de la Compañía de Jesús.

Barroso empujó una puerta y entró.

—Pasa, Aitor.

Le llevó un momento habituarse a la penumbra del dormitorio.

—¡Aitor! —exclamó doña Florbela—. Pasa, pasa. Lope ha pedido verte.

Movió la vista hacia la cama donde Lope yacía con la cabeza vendada por completo, como si en lugar de haberse lastimado en la frente, se hubiese partido el cráneo de punta a punta. La cama, enorme —entrarían cómodamente cuatro personas, calculó—, tenía una cabecera de madera de incienso cuyos tallados él reconoció como los de Palmiro Arapizandú. De pronto, sintió la urgencia de tocar la pieza a la cual las manos de su tío habían embellecido, y el anhelo por volver a su pueblo y a los suyos resultó avasallador.

La descubrió sentada en una silla ubicada junto a la cama. Ginebra sostenía la mano de Lope y lo contemplaba a él. Cuando sus miradas se tropezaron, los pómulos de la muchacha se colorearon, y aun en la penumbra Aitor lo notó. ¿Temía que los delatase revelando a doña Florbela que se conocían desde hacía años?

—Aitor —dijo doña Florbela—, ellas son mi querida amiga, doña Nicolasa, y su hija, Ginebra, la futura esposa de Lope.

La tal doña Nicolasa emergió de un sector bañado en sombras, y Aitor la estudió con desinterés. Doña Nicolasa lo miró con desdén y apartó los ojos. Sin duda, Ginebra había heredado de su madre los hermosos rasgos y el aire de superioridad.

—Buenas tardes —saludó en castellano, y su voz pareció afectar a Ginebra, porque soltó la mano de Lope y se puso de pie. El rubor de sus mejillas se había intensificado.

—¡Hablas en castellano! —se sorprendió la dueña de casa.

—Muy poco —admitió.

—¡Qué descortesés hemos sido contigo, Aitor! —exclamó doña Florbela—. No te hemos ofrecido nada para comer. Enseguida enviaré a alguien con una bandeja.

—Ginebra y yo te acompañaremos —declaró Nicolasa, que recogió el ruedo del vestido y, con un giro muy digno, abandonó la habitación.

Ginebra pasó junto a Aitor y le sonrió fugazmente.

—Siéntate, muchacho. —Barroso señaló la silla junto a Lope que su prometida había abandonado—. ¿Quieres que me quede, Lope, o prefieres que los deje a solas?

—A solas, tío —balbuceó sin ánimo—. Gracias.

Una vez que Barroso salió del dormitorio, Aitor ocupó la silla.

—Querías verme.

—Sí. Quería saludarte. Hace tiempo que no nos vemos.

—¿Vas a casarte con Ginebra? —Lope bajó la vista y asintió—. ¿No la quieres como esposa? —Lope negó lentamente—. ¿Por eso te arrojaste al arroyo desde el despeñadero?

—Dijiste que me había resbalado —le recordó, de pronto la expresión encendida

y alerta.

—Sí, dije que te habías resbalado. Pero sé que no lo hiciste. Sé que te arrojaste.

Lope bajó la vista y balbuceó un gracias.

—¿Por qué? ¿Por haberte salvado de una muerte que buscabas?

—No, por haber dicho que me resbalé cuando conocías la verdad.

Aitor sacudió los hombros y giró en la silla para observar la decoración del dormitorio. Allí también había una biblioteca cargada de libros que lo llevó a preguntarse quién era tan imbécil de querer leer tantos libros. A él, el aburrimiento lo habría matado al cabo de dos páginas.

—Manú me dijo...

Aitor devolvió la atención a Lope.

—¿Emanuela? ¿Has estado con ella? ¿La has visto? ¡Habla!

—Sí-sí —tartamudeó—. Ha-hace ti-tiempo.

—¿Estaba con Bruno?

—No-no. Esta-estaba so-sola.

—¿Y tú?

—Ta-tam-bién.

La respiración de Aitor se aceleró a medida que las imágenes de Lope y Emanuela solos, en el arroyo, se disparaban en su mente. De seguro, el muy imbécil había aprovechado cada ocasión para tocarla. En otras circunstancias, habría terminado de romperle el cráneo a trompazos.

—¿Cómo estaba? —preguntó, sin mirarlo.

—Muy tris-triste. Por ti.

Llamaron a la puerta, y doña Florbela entró con una india por detrás que acarrea una bandeja que apoyó sobre un escritorio.

—Aitor, no conozco qué te agrada, por lo que te he traído un poco de todo. Ven, muchacho, siéntate aquí y come tranquilo.

—Gracias, señora —dijo, con timbre sombrío.

La anfitriona y la india se retiraron, y Aitor se sentó a comer. Los aromas que le jugaron bajo la nariz le recordaron que estaba famélico. Como el caldo del cuenco estaba tibio, lo bebió de un trago largo. Se limpió con la manga de la camisa los restos que le humedecían los labios antes de atacar el pan, el pedazo de queso, las presas de pollo y el choclo hervido, con las manos, sin levantar la vista y respirando por la boca mientras masticaba. Al terminar, se dio vuelta y casi soltó una carcajada al toparse con la expresión pasmada de Lope.

—¿Qué? —lo increpó.

—Nunca había visto a alguien comer... así —dijo, sin tartamudear.

—¿Así, cómo?

—Tan rápidamente, con tanto ahínco.

Aitor volvió a la silla junto a la cama y clavó la mirada en la de Lope con la intención de amedrentarlo.

—Háblame de Emanuela.

—Estaba muy triste por tu huida.

—A eso ya lo dijiste. ¿Qué más te contó?

—Lo del asesinato que no cometiste.

—¿La tocaste?

—¿Cómo? —Lope se incorporó un poco en la almohada.

—Que si la tocaste.

—No.

—Más te vale.

—Yo respeto a tu hermana, Aitor.

Lope bajó la vista cuando el peso de la mirada de su interlocutor se tornó insoportable. Teniendo en cuenta que ese indio le inspiraba la clase de miedo que sentía en presencia de su padre, más tarde se preguntaría qué lo había llevado a declarar:

—Yo la amo. Manú es mi gran amor.

Quizá las ganas de morir, porque cuando Aitor saltó de la silla, que cayó con estruendo detrás de él, y sus manos enormes y endurecidas le estrujaron la camisa, Lope creyó que lo asesinaría. Aitor lo acercó a su rostro acezante con una sacudida que lo separó del colchón.

—¿Qué has dicho?

—Que amo a Manú —repitió con un sentido de la fatalidad que le dio mucha paz—. ¡La amo! Y si quieres, mátame. Me harías un favor. Hoy quería morir, quería acabar con mi vida porque no vale nada si ella no está conmigo.

La ira solo se igualaba a su estupor. Siempre había sospechado que ese petimetre miraba a su Jasy con ojos blandos. No había esperado que le profesase un amor tan grande, al extremo de intentar quitarse la vida por ella.

—Mátame, Aitor, me lo debes. Porque no sé si reuniré el coraje para probar de nuevo. Fuiste tú el que me sacó del agua cuando yo deseaba permanecer allí. Me lo debes.

—¡Bah! —Aitor lo empujó contra la almohada con una mueca de disgusto—. Eres un imbécil.

—Solo soy un hombre enamorado con el corazón roto porque mi amor no es correspondido. Puedes estar tranquilo, ella me dijo que no me ama.

—¡Te atreviste a hablarle de amor a Emanuela! ¡Te atreviste, gusano cobarde!

—¡Sí, me atreví! Por ella, reuní el coraje y se lo confesé. Por ella haría cualquier cosa. Ella es especial, ella es única.

Pocas veces Aitor se había encontrado en una situación en la que no sabía cómo

actuar. Molerlo a trompadas era lo primero que se le ocurría, pero atacarlo cuando el muchacho lucía más muerto que vivo, lo juzgó de poco hombre.

—Agradece que te encuentras en esta cama. De otro modo, te convertiría en un amasijo de carne.

—¡Hazlo!

—¡No! Solo peleo con quien puede pelear a su vez. ¡No soy un cobarde! —Se inclinó y, con el índice bajo la nariz patricia de Lope, lo amenazó—: Vuelve a acercarte a Emanuela y vas a desear no haber nacido.

—¡Ya lo deseo! ¡Ya lo deseo!

Aitor salió de la habitación con el ímpetu de un huracán. Lope amaba a su Jasy, la amaba hasta la locura, porque lo que había intentado en el despeñadero era una locura. Aseguraba que ella le había dicho que no lo amaba. ¡Por supuesto que no lo amaba! ¡Lo amaba a él! Él era su único amor. Sin embargo, reflexionó al alcanzar la sala lujosa, Lope de Amaral y Medeiros era dueño de esa riqueza y estaba dispuesto a ponerla a los pies de su Jasy. Él, en cambio, poseía unos pocos pesos, los que le había entregado su *pa'i* Ursus antes de huir, y una condena a muerte que pendía sobre su cabeza. Nada más.

* * *

Su vida, desde la huida de Aitor, no había cambiado, y la rutina que duraba desde hacía años se sucedía con serenidad. Lo único nuevo y que la acompañaba a todas partes era la tristeza, que ella asociaba con la opresión en el pecho, que a veces le dificultaba la respiración. Ciertamente que, desde la declaración pública del nombre del asesino de la esclava, el peso se había aligerado, y en ocasiones una tímida sonrisa le despuntaba en las comisuras cuando se imaginaba el regreso de Aitor libre de culpa. No obstante, el conato de alegría nunca se concretaba, porque entonces se acordaba de su *ru* Laurencio, a quien había amado como a un padre, y se daba cuenta de que su amor por él estaba convirtiéndose en odio. No quería pensar en él, quería olvidarlo si recordarlo la colmaba de amargura y desprecio.

Del tema de Laurencio abuelo nadie hablaba, al menos no con ella. La gente seguía mostrándose amable y cariñosa, lo mismo sus hermanos, esto es, cuando se los cruzaba en la calle o a la salida de misa, porque ya no frecuentaban la casa; evitaban a Malbalá, a la que, Emanuela se había enterado, apodaban «la perdida». A excepción de Juan, que se lo pasaba fuera de la doctrina debido a sus actividades musicales, y de Bruno, los demás Ñeenguirú le habían retirado el saludo. Incluso la gente la miraba con desdén y hacían comentarios hirientes en voz alta. Malbalá no quería ir al matadero a buscar la ración de carne, ni a trabajar en el *tupâmba'e*, ni a las celebraciones, ni a los festejos religiosos. Prefería recluirse en la casa, donde se lo

pasaba sentada en el telar, confeccionando sus ponchos, alfombras y reposteros.

En una oportunidad, a la salida de misa, una prima de Laurencio abuelo la encaró para insultarla, y, aunque Malbalá, dispuesta a marcharse, se envolvió en su embozo —las mañanas comenzaban a ser frías— y se mantuvo indiferente, la mujer la aferró por el cabello y la arrojó al suelo. Por fortuna, el hermano Pedro intervino y evitó que se le echase encima. La prima de Laurencio fue castigada con un día de encierro en la cárcel, en ayunas. Al día siguiente, que era domingo y el templo se llenaba de gente, Ursus leyó un pasaje del Evangelio de San Juan que no correspondía según la liturgia, el de la adúltera.

—¡Y ahora yo les digo a ustedes! —tronó la voz del jesuita, y su tono acusador se suspendió en el mutismo del templo—. ¡El que tenga el alma completamente libre de pecado arroje la primera piedra contra aquel al que culpa de haber faltado! ¡Quiero ver al primer hipócrita arrojar esa piedra!

Al terminar la misa, Bruno, Juan, que estaba de regreso, y Emanuela cerraron un círculo en torno a Malbalá y la escoltaron de regreso a la casa. Se hizo corro en el atrio de la iglesia para permitirles avanzar. Nadie lanzó pullas, ni se murmuraron comentarios procaces, y un silencio incómodo los acompañó en tanto se alejaban. Emanuela, que mantenía la vista en alto, con actitud desafiante, detuvo la mirada en Olivia, que le devolvió la mueca despectiva a la que la tenía acostumbrada desde siempre, en especial, desde el desgraciado encuentro en el interior de la iglesia. Una vez más, lamentó haber reaccionado a su provocación y revelado algo tan íntimo, como que ella y Aitor compartían el alma.

Se dio cuenta de que estaba celosa de Olivia. Era hermosa, con ojos verdes y rasgados que le conferían la apariencia de una gata, y una nariz pequeña y recta bastante inusual para una guaraní. Para ella, que consideraba a su nariz el peor de sus rasgos, esto la hacía sentir fea y en desventaja. Envidiaba el cuerpo de Olivia, torneado y voluptuoso, y el sentimiento, tan nuevo para ella, en un principio la había tenido confundida y triste. Le habría gustado tener esos senos redondos y enormes, que se le aplastaban bajo la tela del tipoy. ¿Desde cuándo se fijaba en los senos de las mujeres? Nunca les había prestado atención, ni siquiera había reparado en que los había grandes, medianos y pequeños, caídos y enhiestos; ahora lo sabía, y vivía observándolos y comparándolos con los de ella, que apenas si formaban dos montículos poco atractivos. Lo peor era cuando pensaba en Aitor, porque, de manera instintiva, estaba segura de que él los prefería grandes y redondos, y no pequeños y chatos, como los de ella.

Aunque persistía en el esfuerzo para cerrarse a la duda, siempre terminaba por preguntarse si lo que Olivia le había confesado en la iglesia era cierto, que ella y Aitor hacían el amor en la barraca, o que Aitor se había acostado con María de los Dolores. Sabía que, con solo esbozar el recelo, se convertía en una traidora. Le había

prometido que no daría crédito a las calumnias con que sus enemigos intentarían manchar su nombre, y ella no hacía otra cosa. No obstante, la duda persistía porque, después de todo, Olivia no contaba entre los enemigos de Aitor. ¿O sí?

* * *

Habían transcurrido tres semanas desde la llegada de Aitor a *Orembae*, y Amaral y Medeiros pocas veces se había sentido tan vital y de buen humor. Se lo pasaba fabulando proyectos que llevaría adelante con la colaboración de su hijo. Un orgullo que no había experimentado por nadie le arrancaba carcajadas y lo tenía sonriendo como un tonto a lo largo del día. Aitor era un hombre ignorante, inculto y poco refinado, de maneras toscas que tal vez se habían acentuado durante su tiempo entre los abipones; no obstante, era rápido de entendederas y, como estaba acostumbrado a hacer su voluntad y a ser libre como un pájaro, tomaba la iniciativa, lo cual merecía el respeto de Amaral y Medeiros. Le agradaba que el muchacho no esperase a que el patrón le impartiese órdenes para cumplir con sus obligaciones o para afrontar las decenas de complicaciones que se presentaban en las sementeras y con la hacienda.

El encuentro con el capataz, Domingo Oliveira y Rasposo, se había desarrollado en un ambiente de desconfianza y tensión. Al regresar de la búsqueda infructuosa, Oliveira compareció en el despacho del patrón donde lo aguardaba una sorpresa: el indio Aitor se hallaba de pie, a un costado de la butaca de Amaral y Medeiros, como si se tratase de un guardia del cuerpo, los brazos cruzados sobre el pecho y las piernas algo separadas, en una actitud de clara hostilidad. Lo perturbó su aspecto, muy distinto del de aquel muchachito que le había puesto un flechazo en el culo. Ese era un hombre de cruel expresión, con tatuajes en el rostro que le pronunciaban los rasgos diabólicos. Los ojos amarillos, implacables en su intensidad, lo obligaron a desviar la vista, y eso lo enfureció.

—Veo que lo habéis hallado, patrón —dijo en castellano, a sabiendas de que excluía al guaraní del diálogo.

—Así es, Domingo —pronunció Amaral y Medeiros, y el acento alegre de su voz no pasó inadvertido al capataz—. Aitor aceptó quedarse para trabajar en *Orembae* —continuó en guaraní—. Lo hará a mi lado, por lo que tú y él no tendrán tratos. Espero que podamos llevar la fiesta en paz.

—Yo no me interpondré en su camino —propuso el capataz, en un tono frío y especulativo—, si él se mantiene lejos del mío.

—Así será —contestó Amaral y Medeiros—. Aitor y tú guardarán la distancia porque no admitiré disputas, ni chismes en mi hacienda. ¿He sido claro? —Dirigió la mirada hacia Aitor, que se limitó a asentir con semblante oscuro y un ceño que le marcaba el trazo triangular de las cejas. Luego, la posó sobre Oliveira, que asintió a

su vez.

Con todo, al capataz estaba resultándole difícil hacer de cuenta que ese indio no invadía lo que él reputaba su territorio cuando se enteraba del tratamiento especial que el patrón le confería, como por ejemplo, al permitirle ocupar una de las habitaciones en el sector de la estancia destinado a la servidumbre de la casa en lugar de asignarle un camastro en los puestos construidos lejos de la vivienda familiar, donde los peones convivían y dormían como sardinas en banastas; o cuando se enteraba de que el maldito guaraní hacía sus comidas en la cocina de la casa con Adeltú y las empleadas que asistían a las señoras; o de que Amaral y Medeiros le había regalado varias de sus camisas y calzones. Lo ponía de malas cuando lo descubría conversando con don Edilson, si bien, en honor a la verdad, era el portugués quien hablaba; el indio, siempre con los brazos cruzados sobre el pecho, le prestaba atención y se limitaba a soltar monosílabos o a asentir y negar con la cabeza. Sin embargo, nada lo enfurecía tanto como las ocasiones en que doña Florbela le sonreía y le daba charla. Se había quedado de piedra el día anterior cuando, al cruzar por la sala para responder al llamado del patrón, lo descubrió apoyado en la baranda del estrado, espacio donde las tres mujeres bordaban y tomaban mate, para admirar de cerca la pieza de encaje de ñandutí que la anfitriona le enseñaba. Le habían comentado que doña Florbela estaba agradecida con el indio por haberle salvado la vida al joven Lope, y que por tal motivo le daba un tratamiento especial. Él, sin embargo, tenía la impresión de que, más que agradecida, la esposa del patrón se mostraba prendada del indio, y le sonreía y lo miraba con devoción, en tanto que a él le destinaba vistazos displicentes y lo evitaba. ¡Maldita fuese! Siempre le tocaba la china, mientras que el indio salía beneficiado.

* * *

Acostado en su cama, con el brazo izquierdo bajo la cabeza, Aitor horadaba la penumbra apenas iluminada por la vela. Pensaba en Emanuela, en que la tenía tan cerca y al mismo tiempo, tan lejos. Esa tarde, le había lanzado un ultimátum a Amaral y Medeiros: mandaba aviso de nuevo a San Ignacio Miní o él iría por su cuenta. Dos días después de la llegada de Aitor a *Orembae*, el hacendado había enviado una misiva a su *pa'i* Ursus. El mensajero había vuelto con la noticia de que el jesuita se hallaba en Asunción y que le entregarían la carta cuando regresase. Eso había ocurrido poco menos de tres semanas atrás y todavía no tenían noticias de él. ¿Para qué habría viajado a Asunción? ¿Tendría que ver con Emanuela o con lo mismo de siempre, la venta de los productos de la doctrina y esas cuestiones? La duda se le alojó como un frío en el estómago, y ya no soportó la posición horizontal. Se incorporó y se sentó en el borde de la cama. Apoyó los codos sobre las piernas y

se cubrió la cara con las manos.

Lo urgía hablar con su *pa'i* Ursus. Era imperativo conocer la situación y si habían descubierto al culpable del asesinato. Él no seguiría frenando su vida, la cual se reducía a un nombre: Jasy. La quería con él a como diera lugar. Si podían permanecer juntos en San Ignacio, mejor; en caso contrario, huiría con ella. No la llevaría a *Orembae* para que Lope la deslumbrase con su riqueza, sus libros y sus maneras refinadas. Aunque lamentaría abandonar la hacienda de Amaral y Medeiros —trabajaba a gusto con él y la paga era excelente—, lo haría. Lope y Emanuela no volverían a encontrarse.

Había evitado cruzárselo por temor a que la ira que malamente reprimía desde que le había confesado que la amaba, se desatara y resultase imposible dominarla. Sospechaba que no se frenaría hasta matarlo. ¿Qué emociones habrían asaltado a Jasy mientras Lope le declaraba su amor? ¿La habría tocado? Aunque le había asegurado que no, no le creía. «*Puedes estar tranquilo, ella me dijo que no me ama*». Al recuerdo de esas palabras, la tensión en su pecho cedió un poco. «*Por ella haría cualquier cosa. Ella es especial, ella es única*». Sí, su Jasy era única, y Lope podía olvidarse de volver a posar sus ojos en ella, porque solo le pertenecía a él, le había pertenecido desde que había llegado al mundo a orillas del Paraná. Jasy le había jurado por su vida que era lo más sagrado para ella, que jamás pertenecería a otro.

—¡Mierda! —masculló, y se puso de pie.

La ansiedad estaba convirtiéndolo en una fiera enjaulada. *Orembae* se erigía como una prisión. Las paredes de esa habitación se cernían sobre él para ahogarlo. Caminó por la reducida superficie con las manos sobre la cabeza y agitando los codos. Necesitaba descargar esa efervescencia que le cosquilleaba en las piernas. A punto de echarse la camisa para salir a tomar el fresco de la noche, se detuvo en seco: alguien llamaba a su puerta. De seguro no era Adeltú, ni otro de los sirvientes. Se habían ido a dormir horas atrás.

—¿Quién es?

—Yo, Aitor. Ginebra. Abre, por favor.

—Vete.

—Abre, te lo suplico. Tengo que hablar contigo.

—Vete. No quiero problemas.

—No los tendrás, te lo prometo. Solo serán unos minutos. Abre.

Con la frente apoyada en la puerta, meditó unos segundos antes de quitar la traba. No importaba lo que tuviese para decirle. Le permitiría entrar por una razón: para usarla. Cerró detrás de ella y trabó de nuevo.

—¿Qué quieres?

—Hablarle.

—¿De qué?

—De... mí y... de ti.

Aitor siguió contemplándola a la espera de que se explicase. Ginebra, siempre tan compuesta e indescifrable, se puso nerviosa.

—No quiero convertirme en la esposa de Lope. —Sobrevino una nueva pausa en la que Aitor mantuvo su postura amotinada—. No soy mujer para él —declaró—. No quiero ser su mujer. Aitor... ¿Te gusto?

La miró directo a los ojos. Ginebra bajó la vista y apretó las manos en el sitio donde mantenía cerrado el rebozo que la cubría casi por completo.

—Desnúdate.

A la reacción de desconcierto de la joven le siguió casi de inmediato una sonrisa nerviosa. Aitor se deshizo de sus calzones, mientras ella abría el mantón y le permitía ver un camisón blanco que le llegaba hasta los pies.

—Quítatelo.

La muchacha obedeció con una lentitud que Aitor no supo calificar de deliberada o insegura. Ginebra terminó de despojarse de la prenda y la usó para cubrirse.

—Déjame verte —le pidió con tono suave, y ella bajó la vista mientras retiraba el camisón de su cuerpo y lo lanzaba sobre la cama.

Aitor la estudió sin percatarse de que su mirada la ponía nerviosa. Era muy blanca, como él se imaginaba que sería su Jasy bajo el tipoy, donde el sol no le acariciaba la piel, donde solo él lo haría. Se aproximó y la recorrió con la punta del índice desde el hombro hasta el brazo. Se dio cuenta de que Ginebra se erizaba.

—Eres muy hermosa. Y lo sabes.

—Gracias. Tú también lo eres.

—¿Con los tatuajes te parezco hermoso? —preguntó con burla.

—Con los tatuajes me gustas más.

La condujo hasta el camastro y la obligó a recostarse. Se colocó encima de ella y, con la rodilla, le separó las piernas. Le besó los pezones, y Ginebra arqueó la nuca y gimió. Siguió excitándola, buscando excitarse a su vez, apretando los párpados y fantaseando que era Jasy la que se retorció bajo su peso y gimoteaba. No, si continuaba por ese derrotero perdería el control y terminaría eyaculando dentro de la futura esposa de su medio hermano. Mantendría la mente despejada.

La tocó entre las piernas, y Ginebra se sacudió, un poco a causa del placer, un poco por la sorpresa y la vergüenza. Estaba lista, decidió al comprobar la humedad que le brotaba de entre las piernas. Se aferró el pene erecto y lo colocó cerca de la entrada. Se mantuvo apartado de ella estirando los brazos y empujó con un empujón fuerte que perforó la barrera que le confirmó lo que había sospechado: Ginebra era virgen.

Se trataba de su primera vez con una virgen. Por el grito sofocado, Aitor estimó que le había dolido, tal como Olivia le había asegurado que acontecía. La experiencia

no debía de ser agradable para ella. Cuando lo creyó prudente, comenzó a moverse, en un principio con vaivenes lentos. Después, al comprobar que la joven se relajaba, cerraba los ojos e inhalaba con respiros agitados, aumentó la frecuencia de las embestidas. Ginebra elevó las piernas, le clavó los talones en los glúteos y se acopló al ritmo de Aitor. Ajustó las piernas y le mordió el hombro cuando la acometió el placer. Poco después, él se retiró y se alivió sobre su vientre.

Saltó de la cama y, sin mirarla, caminó hacia el mueble donde Adeltú le había dejado una palangana con agua limpia. Embebió un trapo, lo estrujó y se lo extendió.

—Límpiate —le indicó.

En tanto la joven se higienizaba, Aitor se volvió de espaldas y se puso los calzones. Deseaba que se marchase sin aspaviento. Quizás armaría un escándalo; tal vez se echaría a llorar, arrepentida por lo que acababa de hacer, por haber perdido la virginidad a manos de un indio. Ginebra, en cambio, depositó el trapo con la simiente y su sangre en el suelo, recogió el camisón y se lo puso. Aitor le pasó el rebozo. Ella se puso de pie para recibirlo y se envolvió, todo en silencio y sin mirarse.

Se detuvo frente a él y elevó la vista.

—Aitor, no quiero convertirme en la esposa de Lope.

—No lo hagas.

—Si me quedo, tendré que hacerlo. Mi madre jamás consentirá que no lo despose. Tú no la conoces, no sabes de lo que es capaz para lograr lo que se propone. —Como él seguía mirándola con expresión vacía, Ginebra le rogó—: Llévame lejos de aquí, Aitor. Llévame contigo. Quiero ser tu mujer.

Aitor retrocedió hacia la puerta con la clara intención de abrirla, mientras negaba con la cabeza. Descorrió la traba.

—No.

—¿Por qué? Tú y yo somos iguales, estamos hechos el uno para el otro. Estamos cortados del mismo paño.

—No. Ahora vete.

—Es a causa de Manú, ¿verdad? Es a ella a quien crees amar, ¿no es así? —Ginebra notó que había dado en el clavo cuando las paletas nasales de Aitor se agitaron y sus labios se tensaron—. Manú no es mujer para ti, Aitor. Tú necesitas a alguien mundano y fuerte a tu lado. Ella... Ella es un ángel, un ser frágil y bueno con el que nunca llegarás a ponerte de acuerdo en nada. Ustedes son opuestos. Ella no será feliz a tu lado. En cambio, ella y Lope... —Ginebra emitió una exclamación cuando Aitor la sujetó por el brazo, la arrastró hasta la puerta y la empujó fuera. Cerró la puerta sin emitir palabra.

Apagó la vela y se echó en la cama con un bufido. Creyó que se sacaría de encima la inquietud y las ansias, y solo había conseguido empeorar su mal humor. Las palabras de Ginebra, que, estaba seguro, no las había pronunciado con maldad,

igualmente lo habían lastimado. No le había permitido que concluyese el discurso. Justo al final, cuando empezaba a pronunciar el nombre de su Jasy junto al de Lope, lo urgió la necesidad de acallarla. Emanuela le pertenecía, y nada contaba, ni que fuese un ángel, ni que fuese frágil, ni etérea. Profirió una risa sarcástica. ¡Qué poco la conocía Ginebra! Una niña de trece años que se había lanzado sobre un reo para protegerlo de los latigazos y que había recibido uno en la espalda, esa no era una mujer débil, ni frágil, ni etérea. Era una mujer con las pelotas más peludas que las de muchos de los hombres que conocía. Lope sería una mascota para su Jasy, y jamás podría satisfacerla, ni en la cama, ni en la vida.

Ardía en deseos por verla. Si al día siguiente no llegaban novedades desde San Ignacio Miní, tomaría la cuestión en sus manos, ¡y que todo se fuese al demonio!

* * *

Vespaciano de Amaral y Medeiros observaba a Aitor desde la orilla del río Paraná adonde habían conducido al semental que ninguno de sus peones conseguía domar. Le temían al alazán porque le había roto la pierna a uno y mordido la cara a otro. Nadie se atrevía a montarlo. Aitor le había propuesto intentarlo a la usanza abipona, es decir, en el agua, donde el animal se acostumbraba a las cosquillas y a la molestia en el lomo con más facilidad. Además, al luchar para quitarse de encima al jinete en un ambiente denso, se cansaba más rápidamente y, al final, claudicaba.

Hacía más de una hora que Amaral y Medeiros observaba a Aitor interactuar con la bestia, y se dijo que habría transcurrido otra hora más sin aburrirse, ni cansarse de admirarlo. A su hijo, al hijo de él y de Malbalá, a ese hombre magnífico al que no podía reclamar como carne de su carne. Desde que lo tenía en *Orembae*, había fantaseado con la posibilidad de darle su apellido, de reconocerlo. Habría bastado convocar a su notario, el que vivía en Asunción, y ordenarle que iniciase las diligencias para cumplir con lo que la ley exigía en esos casos.

Una y otra vez desistía, no porque le temiese a la reacción de Florbela, sino a causa de sus planes para comprar otro marquesado, o un condado, o el título que le diese alcurnia a su nombre, y que se irían al traste si entre sus antecedentes contaba un ilegítimo habido con una india mientras él estaba casado, con su esposa encinta. La ambición por convertirse en un par del reino se demostraba mayor que la de reconocer a Aitor, y esa realidad empañaba en parte la alegría de esas semanas de trabajo junto a su primogénito, porque Aitor, además de ser su orgullo, era su primogénito. Se consolaba pensando que, aunque no le diese su apellido, lo mantendría siempre a su lado y lo pondría a cargo de *Orembae* una vez que conociese profundamente el funcionamiento de la hacienda. Lope podría dedicarse a sus poesías y a sus libros, mientras su hermano mayor se ocupaba de salvaguardar el patrimonio

de los Amaral y Medeiros. No solo le debería la vida, sino seguir siendo rico.

El caballo se encabritó y relinchó, y Aitor se inclinó sobre la cruz y le habló al oído, mientras lo sobaba en el vientre, bajo el agua. Poco a poco, el animal fue calmándose y aquietándose. Por fortuna, lo del semental lo tenía entretenido, porque esa mañana lo había enfrentado con el ceño más pronunciado que lo habitual, que le convertía en una línea el rombo tatuado, y una agresividad a duras penas contenida, y le había recordado que, si para el mediodía no habían llegado noticias de la misión, se iría para allá.

Aitor regresó montado en el peligroso alazán y entró en el predio del casco con el aire de un emperador victorioso. El corazón de Vespaciano le saltó en el pecho, lleno de vanidad. Bajó el rostro y ocultó la risa al descubrir las expresiones azoradas de los peones; la mueca de odio de Domingo Oliveira tampoco le pasó inadvertida.

—Llévalo al potrero y dale una buena cepillada —le ordenó—. Se la ha ganado.

Lo vio elevar la vista al cielo para determinar la ubicación del sol.

—Es casi mediodía —declaró Aitor.

—Sí, lo sé. Haz lo que te he ordenado y regresa a la casa. Estaré esperándote en el despacho. Si no hay novedades de Ursus, yo mismo te acompañaré a la misión. Pero tú permanecerás escondido en los alrededores. Solo yo entraré en el pueblo. No quiero que te arriesgues. ¿He sido claro?

Aitor asintió y sacudió las riendas para obligar al alazán a cambiar el rumbo. Amaral y Medeiros lo observó alejarse antes de descender de la montura y entregar el caballo a un palafrenero. Entró en la casa y, apenas traspuso la contraventana que daba a la sala, el vozarrón de Ursus lo detuvo en seco. No sabía si alegrarse o preocuparse. ¿El jesuita intentaría arrebatárselo? No sería tan insensato. Sabía que, en *Orembae*, Aitor estaba protegido, mientras que fuera de los lindes de su propiedad lo acechaba una condena a muerte.

—¡Ursus, querido amigo! —exclamó, y caminó hacia el estrado de doña Florbela, donde el sacerdote sorbía un mate.

—¡Vespaciano!

Se palmearon la espalda e intercambiaron palabras de cortesía. Doña Florbela los observaba con una sonrisa, mientras meditaba que se trataba de un milagro que esos dos enemigos hubiesen terminado por congeniar como viejos amigos.

—Vine tan pronto como me fue posible —explicó el jesuita—. Regresé la semana pasada de un viaje a Asunción y he tenido mucho trabajo en la doctrina. ¿De qué querías hablarme?

—Ven, acompáñame al despacho. Conversaremos allí.

—Yo también tengo novedades que referirte.

Amaral y Medeiros cerró la puerta tras el sacerdote y se digirió hacia la botella de brandy.

—¿Un trago?

—No, gracias.

—Yo me serviré uno.

—¿Es tan difícil lo que tienes para decirme? —preguntó Ursus, con acento risueño.

—Habla tú primero.

—Te traigo una excelente noticia, Vespaciano. Finalmente hemos sabido quién asesinó a esa pobre muchacha, la esclava.

—¡Esa sí que es una buena noticia! —exclamó el hacendado, y Ursus, como siempre, juzgó un poco desmedido el comportamiento; después de todo, Aitor no se relacionaba con Amaral y Medeiros de modo alguno—. Por favor, cuéntame los detalles. —Se acomodó en su butaca con un vaso de brandy en la mano y lo instó a hablar.

Ursus le refirió los hechos y, a medida que el dramatismo de la historia se desplegaba, la sonrisa del dueño de *Orembae* se desvanecía.

—La pobre madre de Aitor declaró frente a todo el pueblo su pecado de adulterio para hacer verosímil la confesión de su difunto esposo y se ganó el escarnio de sus hijos y de la mayoría del pueblo.

Amaral y Medeiros apretó el puño bajo el escritorio. Carraspeó antes de preguntar:

—¿Dijo quién es el padre?

—No. —Ursus buscó una posición más cómoda en la silla y siguió hablando—. Pero, más allá del dramatismo que envolvió a la muerte de Laurencio Ñeenguirú y a la confesión de su esposa, lo único que cuenta es que el nombre de Aitor quedó libre de culpa y cargo. Ya se informó a las autoridades en Buenos Aires y a las del presidio de San Antonio para que procedan con los oficios que corresponden. Lo único que quiero ahora es encontrarlo. Estoy muy preocupado por su suerte.

Amaral y Medeiros no quería perder a su hijo ahora que lo había tratado y que había descubierto el magnífico hombre que era. Se planteó referir una mentira a Ursus para despacharlo pronto y evitar un encuentro con Aitor. Lo desechó casi de inmediato; tal vez Aitor ya se habría enterado de la visita del sacerdote.

—Yo también tengo una excelente noticia, Ursus.

—Habla. Me tienes en ascuas.

—Aitor está aquí, en *Orembae*.

—¿Mi muchacho? ¿Aquí?

Llamaron a la puerta en ese momento.

—Ese debe de ser él. ¡Adelante!

Ursus se puso de pie de inmediato y aguardó sin respirar, mientras la puerta se abría con una lentitud que lo exasperaba. Un sollozo le barbotó entre los labios al

verlo. Estaba cambiado, más recio, más hombre, su aspecto aún más temible.

—¡Hijo!

—¡Pa'i!

Aitor abrazó al jesuita, que lo encerró en sus brazos como si temiese que se lo arrebatasen de nuevo. Ursus se encontraba conmovido, eso resultaba evidente para Amaral y Medeiros, que experimentó envidia del vínculo de ese cura con su hijo. Ursus conocía a Aitor desde el día de su nacimiento, lo había nombrado en honor de su abuelo vasco, lo había educado y convertido en el hombre que a él tanto enorgullecía, lo había protegido y amado; habría debido de estar agradecido en lugar de nutrir envidia. Pero su naturaleza nunca había sido generosa, ni noble, por lo que se dejó llevar por el negro sentimiento.

Ursus apartó a Aitor y le sujetó los hombros.

—Mi muchacho... Gracias, Señor —musitó—. Gracias por devolvérmelo.

—Pa'i, ¿cómo está ella?

Las aclaraciones estaban de más; no preguntaba por su madre, ni por su abuela. La tensión de sus músculos y la mirada tormentosa que le destinaba hablaban de Emanuela.

—Bien, hijo, bien.

—¿En la doctrina?

—Sí, en la doctrina.

Aitor soltó un suspiro y dejó caer la cabeza entre los brazos del sacerdote. Amaral y Medeiros frunció el entrecejo, mientras se preguntaba de quién estarían hablando. De Malbalá, dedujo.

—Cuando me enteré de que estabas en Asunción, me imaginé que se trataba de ella, del obispo...

—No, no, quédate tranquilo. Ella está bien.

—Siéntate, Aitor —intervino Amaral y Medeiros—. Tómame un brandy.

Aitor miró fugazmente al jesuita, que a vez destinó un vistazo poco amigable al anfitrión por ofrecerle una bebida alcohólica.

—No, gracias, don Vespaciano.

—No le pegues tus mañas y vicios, Vespaciano —le advirtió Ursus—. Aitor no ha bebido nunca. No está acostumbrado.

—Está bien, está bien —dijo, con aire condescendiente, y guiñó un ojo a su hijo.

Ursus y Aitor tomaron asiento uno frente al otro.

—Veo que has terminado con el rostro tatuado igual que tu abuela y tus tías.

—Pasé un tiempo con mis parientes abipones, *pa'i*. Me recibieron con mucho afecto.

—Loado sea el Señor. Hijo, no sabes la angustia en la que hemos vivido preguntándonos por tu suerte.

—¿Cómo están mi *sy* y mi *jarýi*?

Ursus carraspeó y cambió de posición en la silla.

—Aitor, verás, hijo, han sucedido algunas cosas de las que no estás al tanto. Tengo buenas noticias —se apresuró a añadir al descubrir la mueca de aflicción del muchacho—. Lo primero que quiero que sepas es que ya sabemos quién asesinó a la pobre esclava.

—¿Quién? —La voz de Aitor surgió endurecida.

El jesuita bajó la vista y la clavó en sus manos, que mantenía entrelazadas y ajustadas.

—Laurencio abuelo.

—¡Maldito hijo de puta! —Se puso de pie con un rugido. Se llevó las manos a la cabeza y se aplastó el cabello—. Maldito hijo de puta —repitió, con menos ahínco—. ¿Cómo lo descubrieron?

—Lo confesó antes de morir.

—¿Murió? —La expresión se le ablandó con la sorpresa.

—Sí, hijo. Tenía el hígado destrozado después de tantos años de intemperancia con la bebida. —Sobrevino un silencio en el que ninguno habló—. Lo importante es que confesó que había sido él el asesino de María de los Dolores. También confesó que había sido él el que se dedicaba a descorazonar animales.

Aitor descargó ambos puños en el escritorio y así permaneció, con los brazos extendidos delante de él y la cabeza caída hacia delante. El resentimiento estaba dificultándole la respiración.

—¿Por qué? —balbuceó—. ¿Por qué me odiaba tanto?

Ursus abandonó la silla y se encaminó hacia Aitor. Le puso una mano sobre el hombro y lo apretó.

—Porque sabía que no eras su hijo.

Aitor mantuvo la misma posición, mientras intentaba normalizar las inspiraciones.

—Creo que siempre lo sospechaste, ¿verdad? —Aitor no se inmutó, ni habló—. Tu madre lo gritó a todo el pueblo cuando tus hermanos empezaron a decir que Laurencio había confesado el asesinato para salvarte.

Aitor soltó una risa que salió como un ronquido cargado de sarcasmo.

—Ahora todos saben que él te... bien, que él no te veía como a un hijo.

—¿Convirtió mi vida en un infierno por algo de lo que yo no tenía culpa alguna?

—Así es, hijo. Lo siento, Aitor. Lo siento tanto. Si lo hubiese sabido antes...

—Está bien, *pa'i* —dijo, y se incorporó con un movimiento ágil y flexible—. No te disculpes por algo de lo que no tienes culpa. Siempre me protegiste y me amaste, y eso es algo por lo cual te estaré agradecido toda mi vida. —Se pasó las manos por la cara en el acto de quien busca despejarse después de haber dormido, y volvió a

llevarlas hacia atrás, estirando el cabello y, con él, los ojos, que adquirieron una forma que le confirió un cariz despiadado a su gesto. Aun Amaral y Medeiros se sintió afectado y carraspeó.

—Muchacho —dijo—, lo único que cuenta es que ya no pesa sobre ti el pedido de captura. Esa pesadilla ha acabado y ahora puedes continuar con tu vida.

—Quiero volver al pueblo, *pa'i*, ahora, en este momento.

—Aitor —volvió a intervenir el dueño de casa—, ¿es juicioso que vuelvas a San Ignacio? Por lo que estuvo contándome Ursus, tus enemigos no acabaron el día en que murió ese hombre. Tus hermanos no están muy felices con la noticia de que su madre le haya puesto los cuernos a su padre. Le han retirado el saludo.

Aitor volvió la cabeza con un giro repentino y clavó la vista en la de Ursus, que asintió con aire triste.

—Solo Juan y Bruno siguen tratándola con respeto y cariño. Y Manú, por supuesto.

—Malditos hijos del demonio —masculló—. ¿Cómo la trata el resto de la gente?

—No muy bien.

—Ahora mismo nos marchamos para el pueblo, *pa'i*.

—Pero, Aitor —se inquietó Amaral y Medeiros—, no es conveniente que vuelvas a vivir en la misión. ¿Qué ocurriría si alguno de tus enemigos volviese a tenderte una trampa?

—Don Vespaciano, ahora no puedo pensar en eso. Hay asuntos urgentes e importantes que tengo que tratar.

—No quiero que abandones *Orembae* —declaró, la postura de pronto endurecida—. Mis planes para ti son muy ambiciosos. Cuando conozcas bien el funcionamiento de mi hacienda, quiero que te hagas cargo de ella. Dios sabe que Lope no está capacitado para eso, y necesito a alguien como tú para que la lleve adelante con puño de hierro.

—¿Qué hay de su capataz?

—Ese no es tu problema. Deja a Domingo de mi cuenta. Lo único que debe importarte es que te quiero al frente de *Orembae*.

Ursus observaba el intercambio con expresión atónita. En especial, lo pasmaba la actitud de Vespaciano, al que siempre había considerado egoísta, ambicioso y cínico. ¿Por qué se interesaba en un pobre indio como Aitor? ¿Por qué deseaba brindarle un futuro tan esplendoroso? ¿Dónde estaba la trampa?

Aitor guardó silencio y se quedó mirando a su padre. El ofrecimiento era tentador. Convertirse en el capataz de una hacienda como *Orembae* le permitiría rodear a Jasy de las comodidades que tanto lo habían impresionado en esa casa. No obstante, la presencia de Lope, que no perdería oportunidad para abalanzarse sobre ella, le impedía aceptar. Necesitaba reflexionar antes de tomar una decisión.

—Don Vespaciano —dijo, al cabo—, ahora me urge partir, pero le prometo que regresaré a *Orembae*.

—¿Cuándo?

—En unos días. Volveré, lo prometo.

El hombre asintió con una sacudida rígida y con el semblante serio. Era fácil ver que le costaba aceptar la determinación de Aitor.

—Iré a preparar mis cosas, *pa'i*. No me llevará mucho. Quiero que emprendamos el regreso cuanto antes.

—Sí, hijo, ve. Si partimos ahora, llegaremos al atardecer.

Aitor salió con un ímpetu que pareció vaciar de energía y de vida el interior del despacho. Amaral y Medeiros se dejó caer en la butaca y se sujetó la frente, como si de pronto se hubiese agotado.

—Si te ha dicho que volverá —habló Ursus—, lo hará. Cumplirá con su palabra.

—¿Qué hay en la misión que lo urge a volver de ese modo tan intempestivo?

Ursus, que no quería hablar de Emanuela, dijo:

—Vespaciano, meses atrás se vio obligado a escapar entre gallos y medianoche acusado de un crimen que no había cometido, tuvo que abandonar a su familia y a sus amigos, y marchar hacia un destino incierto que habría acobardado a cualquiera. Él lo encaró con el temple que lo caracteriza. ¿No crees que es lógico que quiera volver para mirar a la cara a quienes lo creyeron culpable? ¿No te parece entendible que quiera volver para abrazar a su madre, a su abuela, a su abuelo, a su padrino? Hay gente en la misión que lo ama entrañablemente y que ha pasado por un infierno durante estos meses.

—Sí, por supuesto —admitió, con aspecto vencido.

—Lo has protegido y lo has tratado con respeto en un momento en el que Aitor lo necesitaba. Quiero agradecerte por ello. Siempre estaré en deuda contigo por haber protegido a mi muchacho en un tiempo de necesidad.

—Valió la pena. Aitor no me ha defraudado, y se demostró el hombre trabajador y valiente que yo sospechaba que sería. Por eso quiero que vuelva a *Orembae*. En la misión siempre correrá el riesgo de que vuelvan a perjudicarlo.

—Después de lo que hizo Laurencio Ñeenguirú, no será tan fácil hacerlo caer en la trampa de nuevo. Vespaciano, deja que las cosas tomen su curso de nuevo. Ahora todo está muy revuelto. Las aguas necesitan reposar. Deja que Dios se haga cargo. Lo que sea que suceda, será para el bien de mi muchacho.

Amaral y Medeiros volvió a asentir con ese movimiento único y rígido. No lucía convencido.

—Antes de marcharme, quisiera tener un momento con doña Nicolasa. Traigo noticias de su esposo.

—¡Por supuesto! Enseguida mando llamarla.

Al cabo, la mujer entró en el despacho. Si estaba nerviosa, lo disimulaba, y Ursus caviló que resultaba imposible leer en su rostro las emociones que la dominaban.

—Los dejo a solas —expresó Amaral y Medeiros, y se marchó.

—Sentaos, mi señora —ofreció Ursus, y señaló la silla frente a él.

—Gracias, padre. ¿Queríais hablarme?

—Así es. Después de tantos meses, por fin he podido averiguar algo sobre el destino de vuestro esposo.

—¡Oh!

—Por alguna razón que no he logrado descubrir, el coronel Hernando de Calatrava se ha ganado un enemigo muy poderoso en Lima, un dominico que ocupa una situación privilegiada en el Santo Oficio. Un tal Claudio de Ifrán y Bojons. ¿El nombre os dice algo?

—No, padre. Jamás lo he escuchado.

—La malquerencia entre vuestro esposo y este oficial del Santo Oficio viene de tiempo atrás, de antes de la revuelta de los Comuneros. ¿Vuestro esposo visitó Lima antes de la revuelta?

—Sí, en el año 32. Pasó un largo tiempo en esa ciudad. Se ocupaba de una misión encomendada por el teniente general de su compañía de aquel momento. No sé de qué iba el asunto. Solo sé que debió viajar a Lima a ocuparse de algo allá. Cuando regresó no era el mismo, pasaba mucho tiempo en Asunción. Ginebra y yo seguíamos viviendo en Villa Rica, como sabéis, y él nos visitaba cuando sus ocupaciones se lo permitían. Después se inmiscuyó en ese triste asunto de la revuelta, y las cosas terminaron muy mal para él y también para nosotras.

—Sí, lo sé. Según hemos sabido, la condena de su esposo se ha prolongado injustamente por las intervenciones de este dominico muy poderoso, que sostiene una venganza, al parecer personal, con el coronel de Calatrava. El provincial de mi orden ha tomado el caso de vuestro esposo con especial interés. Le he referido las circunstancias en las que se encuentran vuesa merced y vuestra hija desde hace tantos años y se ha compadecido de vosotras, también del coronel. Ha decidido ayudarlo a recuperar su libertad. No deseo que vuesa merced se haga ilusiones, pero el padre Querini es un hombre de medios. Me permito albergar esperanzas.

Doña Nicolasa conservó la máscara inescrutable durante la exposición de Ursus y no la alteró con la última declaración del jesuita. Se puso de pie e inclinó la cabeza en señal de respeto.

—Gracias, padre Ursus. Aprecio infinitamente vuestra ayuda y la de vuestro provincial. Cualquier cosa que podáis hacer para mejorar mi situación, la de mi hija y la de mi esposo, os estaré eternamente agradecida.

—Os mantendré informada, mi señora.

—Muchas gracias. Buenas tardes, padre.

—Que Dios os bendiga, hija.

La mujer volvió a inclinar la cabeza y abandonó la habitación.

CAPÍTULO XVII

Alrededor de las tres de la tarde, a Emanuela la acometió un cansancio que estaba demostrándose difícil de combatir. Bostezó, y los ojos le ardieron al bajar los párpados. Sorbió un poco de mate que siempre la despabilaba, y prosiguió ocupándose de los enfermos del hospital. A poco, mientras se inclinaba en la hamaca de una anciana para ayudarla a beber un cocimiento de *taperyva* —el padre van Suerk la llamaba *Cassia occidentalis*—, le sobrevino otro embarazoso bostezo. Hacía dos noches que no dormía bien, y la falta de sueño estaba afectándola en el desempeño de sus tareas. Se despertaba sudada, pese a que las noches eran frías, y agitada, con un calor y un latido entre las piernas a causa de las imágenes, que, aun despierta, seguían atormentándola: ella y Aitor, desnudos bajo la cascada, besándose y tocándose en lugares de sus cuerpos que, ella estaba segura, estaba prohibido tocar. El sueño se había repetido con malsana nitidez dos noches seguidas, dejándola acezante y presa de una ansiedad que la impulsaba a tocarse entre las piernas para aliviar la presión y el latido. Por supuesto, esos sueños eran más agradables que los otros, los que la despertaban con un alarido cuando veía a Aitor colgando de una horca en la plaza de armas, o cuando lo oía llamarla con acento desesperado y ella no acertaba a encontrarlo. Con todo, la dejaban igualmente aturdida, agitada y muy despierta.

Alrededor de las cuatro de la tarde, la falta de sueño se convirtió en un dolor de cabeza como no recordaba haber padecido en su vida. Era tan fuerte que le provocó náuseas, y un sudor frío le cubrió la frente y el bozo. El calor dentro del hospital, alimentado por varios fuegos que ardían en torno, le dificultaba la respiración. Apoyó la frente contra la pared y reclinó el cuerpo.

—¿Qué te ocurre, Manú? —El padre van Suerk la obligó a volverse—. ¡Estás muy pálida, hija!

—Me he mareado un poco, *pa'i*. Es que hace dos noches que no duermo bien. Ya pasará.

—Nada de eso. Te regresas a tu casa y descansas.

—*Pa'i*, tengo que ocuparme de...

—De nada. Cumple mis órdenes, Manú. Te vas para tu casa ahora y te echas a descansar.

Emanuela asintió, agradecida, y abandonó el hospital. Fuera, el aire fresco la revitalizó y le secó el sudor de la frente. Caminó hacia su casa, y con cada paso recuperaba el vigor. Al llegar, encontró a Malbalá en la enramada, abstraída en su labor frente al telar.

—Buenas tardes, *sy*.

Malbalá giró en su banqueta y frunció el entrecejo.

—¿Qué tienes, hija?

—Cansancio, sy, solo eso. El padre van Suerk me envió de regreso para que me echase a dormir, pero aprovecharé para ir al arroyo a darme un baño. Me hará bien.

—Está bien. No tardes.

Emanuela entró en la casa y preparó el jabón, un lienzo para secarse, el pote con el ungüento para *urucuizarse* y una muda. Besó en la frente a su madre adoptiva y caminó por la avenida principal seguida por Miní, Porã, Saite y Libertad. Había decidido visitar el sitio secreto en el arroyo, y eso ya le había levantado el ánimo. Hacía tiempo que no iba por temor a encontrarse con Lope. Ese día, sin embargo, necesitaba acudir a ese lugar con la misma desesperación con que se habría aferrado a la única medicina para combatir una enfermedad. Necesitaba sentirse cerca de él; quería sentarse bajo la cascada e imaginarlo como en sus sueños, ardiente y apasionado. No le importaba si, al conjurar esas imágenes, estaba pecando. Eran lo que los *pa'i* llamaban «pensamientos impuros». Para ella, en cambio, eran pensamientos magníficos.

Llegar al recodo del Yabebirí en esa disposición le aflojó las rodillas. Las escenas de tantos momentos felices junto a él se abalanzaron sobre ella como una bandada de murciélagos. Tal vez, caviló, no se había tratado de una buena idea aventurarse en ese sitio que tanto significaba para ellos. Caminó hacia la roca donde solían sentarse y la observó con labios temblorosos. Se puso de rodillas sobre la marisma y la acarició con reverencia porque allí había estado él; su cuerpo, el que echaba tanto de menos, había tocado esa piedra.

Se puso de pie con renuencia para entrar en el arroyo. Porã se entretenía en la orilla molestando a una rana y, de paso, se volvía de color rosa a causa del barro. Miní se trepaba a un *yacaratia* dispuesto a darse un banquete con sus frutos ovalados y cuyo color naranja denunciaba que estaban listos para saborear. Rio con timbre melancólico al verlo balancearse con la ayuda de la cola para atrapar uno especialmente atractivo. Volvió la vista al arroyo, y el reflejo del sol sobre la superficie la atrajo como un imán. Miró en torno y se quitó los calzones, los que guardó dentro de la canasta. Resolvió bañarse con el tipoy puesto.

Sus pies tocaron el agua, y aguardó unos segundos mientras se acostumbraba a la temperatura, bastante más baja en invierno. Se sumergió hasta la cintura. Se detuvo y, casi con miedo, volvió la vista hacia la cascada. La estudió al principio con un genio desapegado; no obstante, a medida que los recuerdos irrumpían con violencia, la respiración se le agitó, y se mordió el labio para atajar el llanto. Apartó la vista y se instó a no ir; sería como someterse a una tortura.

El aroma del jabón y la espuma que le cubrió el cabello y los brazos la animaron enseguida. Se lavó entre las piernas, y se dio cuenta de que sus dedos resbalaban a

causa de una sustancia viscosa. ¿Se trataría del sangrado? No, se recordó, faltaban unos días para eso. También notó que tenía las partes hinchadas y calientes. Las tocó con cuidado y, si bien no experimentó dolor, un cosquilleo molesto la obligó a apretar las piernas; el latido se intensificó. Soltó un suspiro, cansada de especular acerca del origen de la inflamación. Se enjuagó y salió del arroyo. Se ocultó detrás de un espeso helecho para despojarse del tipoy mojado y secarse. Se vistió de prisa y regresó a la roca, donde se sentó para cubrirse con el unguento que la protegería de los insectos. Las pasadas fueron sumiéndola en un letargo que la dominó como si un espíritu ajeno la hubiese poseído y le ordenase que se recostara. Acomodó la cabeza sobre el lienzo con el que se había secado, pegó las rodillas al pecho y cerró los ojos. «Solo un momento», se dijo, «hasta que recupere la fuerza para volver».

* * *

Durante el viaje de regreso, Aitor habría deseado galopar sobre su montura en lugar de mantener ese paso circunspecto. Una vez abandonados los lindes de *Orembae*, entraron en la extensa y bien cuidada red de caminos que comunicaban a los pueblos jesuíticos y que les habría permitido avanzar al galope en ese entorno selvático sin riesgo de romperse el cuello. No obstante, Aitor tensaba las riendas y sofrenaba al caballo porque se daba cuenta de que Ursus no estaba para esos trotes. Aprovechó para preguntarle por lo sucedido en la misión durante los largos meses de ausencia.

—Tu tío Palmiro dio aviso al gobernador y a las autoridades de la milicia acerca del giro que dieron los hechos. También le escribimos al jefe del presidio de San Antonio. Ya obtuvimos respuesta. Junto con ella, nos devolvieron tu muñequera y la navaja. Manú me las había pedido tiempo atrás. Cuando me las devolvieron, se las entregué.

En lo que iba del recorrido, era la primera vez que Ursus la mencionaba, y Aitor experimentó un cosquilleo de emoción y tragó con dificultad. Faltaba tan poco para tenerla entre sus brazos que la situación comenzaba a adquirir rasgos inverosímiles. Mantuvo la vista al frente y guardó un silencio que duró un buen rato. Quería preguntarle acerca de tantas cuestiones al sacerdote y no se atrevía. «¿Sigues amándome? ¿Consiguieron mis enemigos apartarme de su corazón? ¿Dio crédito a las acusaciones que cayeron sobre mí? ¿Se enteró de mis traiciones con Olivia y la esclava?»

—Háblame de ella, *pa'i* —pidió al cabo, sin apartar la vista del frente, con voz ronca y baja.

Ursus se acomodó sobre la montura, se mojó el labio inferior con la lengua y carraspeó, y Aitor creyó que el corazón le explotaría a causa de la aprensión.

—Ha sufrido mucho, hijo. Mucho —remarcó, y, al observar a su pupilo de

soslayo, se dio cuenta, por el movimiento constante de los huesos de las mandíbulas bajo la piel oscura, de que las apretaba sin piedad, lo mismo las riendas a juzgar por el tono blanquecino de los nudillos.

—Cuéntame de cuando supo que me había escapado.

—¿Para qué, Aitor?

—¡Cuéntame, *pa'i*!

—¿Qué quieres que te diga? ¿Que sufrió un martirio por ti? Pues, sí, lo sufrió. Día a día nos tocó verla convertirse en otra persona, en un ser sin vida, sin alegría. No ha vuelto a sonreír. Ahora solo espero que tu regreso me devuelva a mi Manú.

La cabeza de Aitor cayó hacia delante, y Ursus advirtió las lágrimas que se derramaban y que el pelaje del caballo absorbía. Decidió cerrar la boca.

—Cuéntame, *pa'i* —le rogó, con voz quebrada.

—No. Ya has regresado, eso es lo único que importa. Manú no querría que supieses lo que ha padecido desde tu huida.

—Al menos, júrame que ella está bien.

—La encontrarás más alta, más mujer, pero muy triste. Desde que te fuiste, perdió la alegría, y junto con ella, se le borraron los últimos rasgos de niña. Como te dije, ya no sonríe, tampoco salta, ni canta. Solo trabaja, cuida de tu madre, de tu hermano Bruno y de sus animalitos, y espera a que tú regreses.

—¿De veras, *pa'i*? ¿Espera a que yo regrese?

Ursus volvió la cabeza con un movimiento rápido y le clavó una mirada cargada de confusión.

—¿Acaso lo dudas? —preguntó, con aire indignado.

—No. Es solo que... Tal vez le dijeron que yo... y la esclava...

—¿Que habías fornicado con ella? —Aitor asintió, con la vista baja—. Pues si se ha enterado de ello, jamás lo menciona, al menos no a mí. Estimo que no lo creería aunque se lo refiriesen. Te defiende a capa y espada, y nadie se atreve a hablar mal de ti delante de ella.

Avanzaron en silencio durante un largo rato. A Aitor lo dominaban emociones y sentimientos que no le habrían permitido expresarse con fluidez. Ursus se mantenía callado en tanto repasaba los acontecimientos de los últimos meses y analizaba si existía alguno que mereciese la pena mencionar a Aitor.

—Debes saber que Kuarahy, el kinkajú que le trajiste de la selva a Manú cuando era muy pequeña, murió.

—Otro golpe para ella —comentó, con angustia evidente.

—Uno muy duro. Se sentó en la enramada con el animalito muerto en el regazo, y así se lo pasó durante horas. No permitía que lo enterrásemos. Tu *jarýi*, bendita sea, se sentó a su lado y le fue sonsacando lo que tanto la apesadumbraba. Tu madre me refirió después que Manú dijo estar recordando el día en que tú le habías entregado a

Kuarahy y la manera en que te habías quedado mirándola como si esperases su agradecimiento. La mortificaba pensar que no te lo había agradecido suficientemente y como merecías por ser a quien más ama en el mundo.

«¡Amor mío!», clamó el alma de Aitor, y mientras las lágrimas resbalaban por sus pómulos tatuados, se mantuvo erguido y con la vista fija enfrente, el cuerpo en tensión y las los dientes comprimidos.

—Después de un rato admitió que no quería enterrar al kinkajú porque sentía que, si lo enterraba, te perdería para siempre.

Aitor agitó las riendas y aplicó presión a los flancos del caballo, que salió disparado por el camino. Cabalgó hasta tomar distancia del jesuita. Aunque el sacerdote lo conocía desde que había nacido y era como su padre, no lloraría delante de él. Ursus lo vio alejarse y decidió no seguirlo.

* * *

Llegaron a San Ignacio Miní alrededor de las cinco de la tarde. En un punto del camino, Ursus y Aitor se habían reencontrado, por lo que entraron juntos y avanzaron por la avenida principal a paso lento, mientras las gentes se detenían a observarlos; al descubrir que el luisón acompañaba al *pa'i*, ahogaban exclamaciones y corrían para comunicar la noticia.

Malbalá, aún sentada frente al telar, giró en la banqueta atraída por la agitación a sus espaldas. El sol del atardecer la encegueció. Se hizo sombra con la mano y aguardó a que sus pupilas se habituasen a la luz. Divisó la figura de dos jinetes que se detenían delante de la casa. A uno, gracias a su corpulencia, lo identificó enseguida: su *pa'i* Ursus; al otro, se dijo, no lo conocía. Sin embargo, cuando el hombre se apeó de la montura y agitó la cabeza para quitar del medio el largo cabello renegrido, el movimiento le resultó familiar. Se puso de pie y aguzó la vista, que no era la misma de sus años mozos. «¿Aitor?», pensó, mientras lo seguía con atención. Se llevó la mano a la garganta en el acto de retener, sin éxito, el clamor que hizo a su hijo levantar la cabeza y mirarla. Le sonrió, y Malbalá echó a correr, sin reparar en el gentío que empezaba a reunirse en torno a ellos.

Aitor la recibió en sus brazos y, al aplastarla contra su pecho, le despegó los pies del piso.

—¡Aitor, hijo de mi alma! ¡Regresaste, hijo mío!

—Aquí estoy, sy, he regresado.

Los pies de Malbalá volvieron a tocar el suelo, y la mujer estiró las manos y le acunó el rostro. La imagen se le enturbió, y ella siguió acariciándolo, atesorándolo. Había creído que no volvería a verlo, y esa certeza había estado matándola en silencio.

—Gracias por volver, hijo mío. Te he echado tanto de menos. Hemos estado tan preocupados por ti.

—Estoy bien, sy. Estoy bien.

Malbalá se pasó el dorso de la mano por los ojos y volvió a estudiar la expresión de Aitor. Además de los tatuajes, que le acentuaban el aspecto salvaje y de perdonavidas, lo notó más alto, delgado y fibroso, más cómodo con su cuerpo, como si hubiese adquirido la flexibilidad de un felino. Le acarició los antebrazos que las mangas enrolladas de la camisa no le cubrían, y, bajo sus dedos, se dibujó el perfil de las venas, los tendones y los músculos. Volvió a acariciarle la frente y a detener sus manos sobre sus pómulos.

—¿Estuviste con mi pueblo? Reconozco esos tatuajes.

—Sí, estuve con mi abuelo y con mis tíos, tus hermanos Añapiré y Payquín. Te mandan sus recuerdos.

—¿Cómo te trataron?

—Como a uno de ellos, sy. Fueron una verdadera familia para mí.

La sonrisa de Malbalá, de comisuras vacilantes y ojos arrasados, alcanzó a Aitor en el centro del pecho, donde el corazón, ya desbocado, dio un brinco y comenzó a latir con más intensidad.

—Aquí te dejo a tu muchacho, Malbalá —Ursus se atrevió a intervenir.

—Gracias, *pa'i*. Gracias por habérmelo devuelto.

—Lo encontré trabajando en la hacienda de nuestro vecino.

Malbalá y Aitor intercambiaron una mirada significativa; ninguno hizo comentarios. Aitor rompió el contacto y observó el entorno, ansioso por ver a su Jasy.

Bruno fue el primero en llegar; lo habían alertado en la alfarería. Aitor lo descubrió entre la multitud y caminó hacia él. Lo sujetó por la nuca y lo atrajo hacia él. Desconcertado por la muestra de afecto de su hermano, el chico tardó en reaccionar y en devolverle el abrazo.

—¿Las cuidaste por mí? —le susurró.

—Sí. Las dos están bien, dentro de lo que cabe —añadió.

—¿Dónde está Emanuela?

—No lo sé. Yo estaba trabajando. Vine corriendo apenas me avisaron de tu llegada. A esta hora suele estar en el hospital.

Aitor se disponía preguntar a Malbalá por la suerte de Emanuela, cuando Vaimaca, Ñezú y Palmiro Arapizandú se abrieron paso entre la gente y se acercaron a saludarlo. Aitor abrazó largamente a su abuela, y la besó en la coronilla. La mujer, al igual que Malbalá, le sujetó el rostro; su mirada, no obstante, fue distinta, más serena, más analítica, más directa.

—Veo que hallaste a los míos.

—Ahora son los míos también, *jaryi*.

La anciana se limitó a asentir y a palmearle la mejilla.

—¿Dónde está ella, *jarýi*?

Malbalá, al oír la pregunta, se acercó para responder:

—Hace dos noches que no duerme bien, por lo que el padre Bansué le dio la tarde libre. —Ante el ceño de Aitor, la mujer se apresuró a añadir—: Ella está bien, Aitor. Solo un poco cansada y con dolor de cabeza. Me dijo que iría al arroyo a bañarse. Estará al llegar.

Aitor no esperaba a que volviese. Todos estaban allí excepto la que más deseaba estrechar contra su pecho. Dio media vuelta y, haciendo caso omiso de los llamados de su madre y del padre Ursus, corrió hacia el arroyo. La gente se apartó para abrirle paso, y él avanzó sin reconocer su presencia, como si se tratase de árboles.

Salió del pueblo y se detuvo. El instinto le indicó que se apartase del camino y tomase por la trocha que conducía al sitio secreto del arroyo. Corrió hasta que la sangre le pulsaba con tanta velocidad que lo ensordecía y le causaba dolor en la garganta y en la parte baja del pecho. Se abrió paso entre los sarandíes y los helechos que ocultaban el recodo del arroyo y se detuvo en seco: Emanuela dormía, ovillada, cerca de la roca. Miní, sentado junto a ella, se dedicaba a mondar unos *yacaratia*; hacía ruidos divertidos al comer la fruta. Un perro blanco, de pelo más bien lanudo, se hallaba recostado a los pies de Emanuela. Saite y Libertad debían de estar cerca, dedujo.

Se tomó un momento para recuperar el aliento y para admirarla dormir. Era la visión más reconfortante y hermosa de la que tenía memoria. Tragó para humedecer la garganta seca y soltó el silbido con el que había entrenado a las aves. El perro levantó la cabeza y paró las orejas. Gruñó y le mostró los dientes, lo cual lo complació. La macagua y la lechuga caburé se lanzaron en picado sobre él y se posaron en sus antebrazos.

—¡Aquí estoy de regreso! —las saludó, mientras las aves batían las alas y emitían graznidos agudos—. ¿Han cuidado a mi ángel, amigos míos?

Miní abandonó su fruto y fue hacia él. Aitor colocó a las aves sobre sus hombros y levantó al carayá en brazos, que aulló con regocijo. El perro, al presenciar el recibimiento que sus amigos le ofrecían al extraño, se levantó y ladró.

Al advertir que Emanuela se removía, Aitor apoyó a Miní en el suelo, hizo volar a las aves y se aproximó con circunspección; no quería asustarla. La vio restregarse los ojos e incorporarse. Frenó cuando Emanuela elevó la vista y abrió grandes los ojos al descubrirlo a pocas varas de ella. Como hacía cuando algo la desconcertaba, frunció el entrecejo y ladeó la cabeza. Se puso de rodillas.

—¿Estoy soñando? —pensó en voz alta, y Aitor sonrió.

—No, Jasy. Soy yo. He regresado.

Emanuela se cubrió el rostro, pegó el torso a las piernas y se echó a llorar. No se

atrevió a abrir los ojos ni cuando él la levantó y la acomodó en su regazo. Aunque temía que se tratase de una ilusión, de otro de esos sueños maravillosos que luego se diluían al despertar, se atrevió a levantar los brazos y, a ciegas, cerrarlos en torno al cuello de él. Aitor se echó hacia delante y la cubrió por completo, como si intentase fundirla en su cuerpo o devorarla, y ella agradeció su intensidad y la fuerza con que la sujetaba; no le importaba el dolor en las costillas, tampoco que le costase respirar. Siguió llorando, sintiéndose dichosa entre sus brazos, un poco incrédula también. ¿Era él? ¿Su amado Aitor estaba de regreso? ¿El sufrimiento por fin había acabado?

Porã ladraba, Miní aullaba y las aves lanzaban chillidos y sobrevolaban en torno. Nada percibía Emanuela; solo oía la respiración de Aitor, el bombeo de su corazón y su llanto. Él también lloraba. Siempre a ciegas, le buscó el rostro con las manos y le pasó los pulgares por las mejillas para secarle las lágrimas.

—Te amo —dijo, con voz insegura y tomada.

Aitor ahogó un sollozo y hundió la cara en la curva que formaban el cuello y el hombro de Emanuela. Un momento después, le acarició la frente con sus labios mojados y carnosos. Ella movió la cara hacia arriba y le rogó:

—Bésame en la boca.

El pedido debió de afectarlo, porque lo escuchó inspirar con violencia, la misma con la que ajustó aún más los brazos en torno a ella.

—A veces creo que eras el aire que necesito para vivir —lo oyó susurrar con acento ronco y quebrado antes de que sus labios se apoyasen sobre los de ella con una suavidad que contradecía la intemperancia del abrazo.

Emanuela entrelazó los dedos en el cabello que le cubría la parte trasera de la cabeza y lo atrajo hacia ella para demostrarle que estaba hambrienta de él y de sus caricias. Le atrapó el labio inferior entre los dientes y lo succionó. Aitor, que se había prometido no saltarle encima como un animal sin contención, olvidó sus votos, abrió la boca y la devoró. Su lengua la asaltó y la colmó por completo. Se regocijó en lo dulce y cálida que era, se acordó de lo adictiva que podía volverse, en la bestia insaciable en que lo convertía. Al cabo, la lengua de Emanuela reaccionó al asalto de Aitor y salió a buscarlo con movimientos tentativos. Se tocaron, y de la garganta de Aitor brotó un gruñido, que se trasladó desde su boca a la de Emanuela, y luego descendió por el torso de ella hasta alcanzar el punto que tantas malas noches le había proporcionado. La presión entre las piernas alcanzó una intensidad insoportable, que la hizo removerse y gemir sobre él.

Aitor rompió el contacto y tomó distancia para observarla. Sus labios entreabiertos, rojos e hinchados volvieron a tentarlo, y los acarició con el pulgar, luego con la boca. Se trató de una caricia más templada, en la que se permitió apreciar la esponjosidad de la carne, el aliento cálido y delicioso —siempre había amado su aliento, desde que era una niña—, la suavidad de su piel —no conocía

ninguna textura tan suave como la mejilla de Jasy—, lo bien que su cuerpo calzaba en el de él.

—Me cuesta creer que te tengo entre mis brazos, amor mío —dijo, y se inclinó para depositar pequeños besos sobre la frente de ella.

—Júrame que si abro los ojos, no desaparecerás.

—Lo juro. Ábrelos, Jasy. Ábrelos para mí, para tu Aitor. Déjame verlos.

Emanuela tenía miedo y estaba feliz. Los dos sentimientos la turbaban. El corazón le latía con frenesí mientras levantaba los párpados lentamente. La visión enturbiada fue cobrando nitidez. Elevó la mano y rozó con la punta de los dedos la frente de él, que cerró los ojos y aguardó con la respiración agitada. Guió la mano hacia un pómulo tatuado, húmedo de lágrimas.

—No me olvidaste.

—¡Jasy! Si solo supieras cuánto te he necesitado, cuánto te he pensado.

—¿Soy como el aire para ti?

—¡Sí! Sí, amor mío, como el aire. Como la vida.

Emanuela se incorporó sobre su regazo, le rodeó el cuello y se pegó a él.

—¡Aitor! —exclamó, como si recién en ese instante se convenciese de que él estaba allí y de que no era un sueño—. ¡Aitor! —repitió, y se echó a llorar.

No quería llorar, pero la amargura, la angustia y la incertidumbre que había escondido durante esos largos meses pugnaron por salir con una potencia para la cual no le quedaban arrestos. Había sabido mantenerse incólume durante su ausencia, había reunido el valor para enfrentar cada día sin él, había trabajado y asistido a su familia con espíritu inquebrantable. En ese momento, segura y cobijada en el abrazo de él, la columna de su vida, se permitió desfogar la pena que la había cambiado para siempre.

—No quiero llorar —dijo, entre sollozos—, pero no puedo parar.

—Llora, amor mío, llora en mis brazos. Llora todo lo que quieras.

Emanuela ocultaba el rostro en el cuello de Aitor y lloraba. Sus manos se aferraban a la nuca de él con una sujeción desesperada. Aitor le acariciaba la espalda y le besaba la cabeza, mientras hundía la nariz en su cabello, que olía tan bien.

Las lágrimas fueron secándose, y los clamores, enmudeciendo. Solo quedaron los espasmos y un cansancio que la dejó laxa sobre el pecho de él. El cuerpo le dolía por el esfuerzo y las emociones devastadoras. Quería incorporarse para mirarlo a la cara y no conjuraba la fuerza. Aitor la sujetó por los hombros y la obligó a erguirse. Emanuela se instó a abrir los ojos.

—Dios mío, tus ojos, Jasy. El azul de tus ojos... Eres lo más hermoso que he visto en mi vida —susurró, y ella sonrió, dichosa de oír el sonido de su voz.

—Tú eres lo más hermoso y añorado de la mía.

Aitor la contemplaba con ansiedad, mientras Emanuela trazaba con el índice la

silueta de los tatuajes. No se dio cuenta de que contenía el respiro hasta que ella sonrió y se inclinó para besar el rombo entre las cejas.

—Me gustan tus tatuajes.

—¿De veras, Jasy?

—Sí, mucho. —Le acunó el rostro con las manos y le acarició cada dibujo con los labios—. Eres hermoso, Aitor —dijo, con los ojos cerrados y los labios cerca de la comisura izquierda—. Eres hermoso, y eres mío.

Esa declaración, que él le pertenecía, que su Jasy lo reclamase como de su propiedad, agitó una emoción brutal en su interior, una fuerza primitiva a la que temió porque, se dijo, sería imposible detenerla si le permitía escapar. En ese instante, los labios de Emanuela se arrastraron sobre su boca, y la pequeña línea de cordura que lo mantenía a raya se cortó. Había soñado tantas veces con el reencuentro, con volver a saborearla, a tocarla. La sujetó por la nuca con intemperancia y calzó la otra mano en la parte baja de su cintura para crear el ángulo que le permitiese acceder más profundamente a ella, hasta que su lengua le tocase la garganta, hasta sentirse parte de ella y a ella, parte de él. Quería hacerle con su verga lo mismo que con su lengua, hundirse en su cuerpo hasta volverse uno solo. Quería que Jasy lo recibiese en su boca, quería que sus labios lo succionaran. Quería succionarle los pezones y enloquecerla de placer, tal como él estaba enloqueciendo a causa de ella. Su miembro se volvió más duro, sus testículos más tensos y pesados. Emanuela se removió sobre su erección, y Aitor interrumpió el beso abruptamente y echó la cabeza hacia atrás con un clamor.

—Jasy —masculló, sin aliento.

—¿Qué sucede?

—Nada, nada. —Apoyó la frente sobre la de ella y cerró los ojos, mientras ganaba tiempo para restablecer el control.

—¿Aitor?

Se apartó para mirarla y, por primera vez desde el reencuentro, se permitió estudiarla. Tenía el rostro enflaquecido, y las mejillas sumidas le destacaban los pómulos, los cuales, meditó, constituían el rasgo que más la despojaba de su expresión de niña. Dos círculos violetas le ensombrecían la mirada. Su Jasy había sufrido a causa de él. ¿Qué había dicho Malbalá? ¿Que no dormía bien? La recorrió con manos medidas para descubrirla. Su *pa'i* Ursus había expresado que la encontraría más mujer, aunque sin la alegría de siempre. Notó que la cintura se le había afinado notablemente.

—¿Aitor?

—¿Qué, amor mío?

—¿Ya nunca volverás a dejarme?

—Nunca.

La sonrisa que iluminó el rostro de Emanuela lo afectó como nada ese día en el que las emociones lo habían tenido de aquí para allá, como un guijarro a la orilla del río. Nadie lo hacía sentir tan amado como su Jasy; nadie le asignaba esa importancia.

—Prométemelo.

—Te lo prometo.

—No puedo vivir sin ti —le confesó, mientras le acariciaba el rostro y lo miraba con fijeza.

Aitor tragó el nudo que se le formó en la garganta. La confianza con que se le entregaba lo emocionaba, sí, pero a su vez lo dotaba de una energía que lo hacía sentir poderoso y capaz de conquistar el mundo. Ella no temía abrirse para él y mostrarle su interior porque era puro, sin mancha, allí no anidaban secretos oscuros, no existían las mentiras en ella.

—No te merezco —pensó en voz alta, siguiendo el hilo de sus atormentadas cavilaciones.

—¿Por qué? —Su acento cándido le demostró que, pese a todo, un corazón de niña aún latía en ella.

—Eres demasiado para mí.

—Soy poco para ti —lo contradijo, y bajó la vista, avergonzada.

Aitor profirió una carcajada, y Emanuela levantó la cabeza, asombrada.

—Jasy, Jasy... —dijo, con la voz cargada de risa—. Eres la criatura más extraordinaria y bella que existe, eres el ángel sanador de San Ignacio Miní, ¿y le dices al luisón del pueblo que eres poco para él?

—Yo amo al luisón de San Ignacio Miní. —Le sujetó el rostro con manos firmes y lo acercó a sus labios—. Lo amo más que a mi vida. Él es mi vida. Sin él, no hay nada. Lo sé bien después de estos meses en que lo alejaron de mí. Amo al luisón, y a su corazón de oro, que solo yo conozco porque solo a mí me lo muestra. Amo su alma, que es la misma que la mía, porque la compartimos. Lo amo para siempre, para toda la eternidad. Le juré por su vida, que es lo más sagrado que tengo, que siempre lo amaría, y que solo sería de él. Le pertenezco para siempre. Solo a él.

La visión de Aitor se nubló, y volvió a tragar repetidas veces para aplacar la tensión en el cuello.

—Jasy... —El apodo de ella brotó de entre sus labios como un soplido violento. Le aferró la mano y se la colocó sobre el corazón—. ¿Lo sientes latir? —Emanuela asintió—. Desde que llegaste a mi vida catorce años atrás, late por ti, amor mío. Sin ti, no habría vida en él. Solo la esperanza de volver a verte me mantuvo vivo durante este tiempo. A veces me decía de mandar todo al carajo y volver a buscarte para llevarte conmigo.

—¡Sí! —se emocionó ella—. ¡Cuánto lo deseaba yo también!

—Pero después me decía que te arrastraría a una vida de carencias y persecución,

y me echaba atrás. Te amo demasiado para eso, Jasy.

—¿Me amas? —preguntó, con acento avergonzado y mirada expectante.

—Tanto que no existe nada en este mundo que pueda contener mi amor por ti.

—Si me amas, no vuelvas a dejarme atrás. Lo único que me hace daño es que me alejes de ti. Eso es lo único, Aitor. Lo demás puedo soportarlo si estoy contigo.

—¡Jasy!

La tomó por la nuca y la besó con un impulso casi brutal. Emanuela gimió y se sujetó a sus hombros. Aitor movía la cabeza de un lado a otro, desesperado por saciar la excitación que le pulsaba en todo el cuerpo y que se volvía casi violenta entre sus piernas. Deslizó la mano desde la espalda de Emanuela hacia su seno derecho, al que encontró más maduro y turgente. La escuchó jadear con su contacto, y, al pasarle el pulgar varias veces por el pezón endurecido, la sintió sacudirse sobre sus piernas y emitir un quejido largo y doliente. La presión que ejerció con las manos sobre sus hombros y el modo en que refregaba el trasero sobre su erección le dieron a entender que su Jasy estaba tan excitada y necesitada de alivio como él. Amaba los sonidos que profería y la manera en que su cuerpo respondía a él. La revelación lo colmó de una dicha que lo hizo sonreír sobre los labios de ella, de su mujer, la que se saciaría con él, y que lo saciaría a su vez. A punto de demostrarle que en él residía el secreto para aplacar la ansiedad que la hacía moverse sin pausa, se dio cuenta de que en breve anochecería y que debían regresar al pueblo.

—¿Qué estás haciendo aquí, sola? —se preocupó de pronto.

Emanuela, todavía atrapada en la intensidad del beso, parpadeó y lo miró a los ojos antes de contestar.

—Necesitaba estar cerca de ti. Hoy... Lo necesitaba.

—Pero...

Emanuela lo acalló al posar el índice y el mayor sobre sus labios.

—No te enojas conmigo.

—No, amor mío, no. Es que...

—Lo sé, no quieres que venga aquí para no encontrarme con Lope.

A la mención del nombre de su medio hermano, las facciones de Aitor respondieron con dureza.

—Por eso, Jasy, y porque es peligroso. Estabas dormida —le reprochó.

—Hace dos noches que no duermo bien —se justificó.

—¿Por qué?

—Sueño contigo.

—¿De veras? —El acento de Aitor adquirió un matiz más blando. Emanuela asintió sin mirarlo—. ¿Qué sueñas?

Aitor pensó que no le contestaría porque permaneció unos segundos en silencio, con la vista baja, concentrada en sus manos entrelazadas.

—Que me besas —admitió, siempre sin mirarlo.

Aitor sumió los labios entre los dientes para sofrenar la carcajada de felicidad; ella la habría interpretado como de burla.

—¿Y te gusta?

Emanuela levantó el rostro y lo contempló con desconcierto, como si él hubiese preguntado un desatino.

—Por supuesto. Lo que no me gusta es cuando me despierto y tú no estás ahí. Siento un latido muy fuerte, que... —Se detuvo, de pronto cohibida.

—¿Un latido, Jasy? ¿Dónde?

—No tiene importancia —susurró, de nuevo con la vista baja.

—¿Aquí? —Le posó la mano sobre el monte de Venus, y volvió a reprimir la carcajada. La expresión sorprendida de Jasy era memorable.

—¡Sí! ¿Cómo lo sabes?

—Porque a mí me late ahí también cuando nos besamos.

—¿De veras?

Emanuela se puso de pie. Aitor la imitó. La fina tela de los calzones grisáceos no servía para ocultar su erección. No quería hacerlo. Deseaba que ella viese lo que le provocaba. Se acarició el miembro endurecido, mientras la miraba.

—Estoy así por ti, Jasy, por lo mucho que ansío estar dentro de ti.

—¿Crece?

—Sí, crece y se pone duro. Es para que entre más fácilmente dentro de ti.

Emanuela, con inocente temeridad, estiró el brazo para tocarlo. Aitor la detuvo aferrándola por la muñeca.

—No, Jasy. Si lo tocas, no podré contenerme.

Había un estrato que denotaba peligro en el tono de su voz y en la manera en que sus ojos amarillos se habían vuelto negros. Con todo, no conseguía apartar la vista de la de él. Aún le resultaba difícil hacerse a la idea de que la pesadilla había terminado y de que su amado Aitor había regresado a ella.

—Ven.

Emanuela se acercó, deseando que la envolviese en sus brazos y la mantuviese pegada a su cuerpo.

—No quiero que te sientas mal por esto. Si no te permito que me toques, es por ti. Si lo haces, no seré capaz de detenerme y te tomaré aquí mismo, a la orilla del arroyo.

—¿Y debajo de la cascada?

—Jasy... —suspiró, y cerró los ojos.

—¿Te parezco más linda que Olivia?

La pregunta lo descolocó. Levantó los párpados con rapidez y la miró, desorientado.

—Hace un momento te dije que eres lo más hermoso que he visto en mi vida.

—¿Te parezco más linda que ella?

Su insistencia lo preocupó. ¿Qué habría acontecido entre su Jasy y esa yará? ¿Con qué historia le habría ido? ¿Se habría enterado de lo de la esclava? No quería saber, no aún. No estaba preparado para arriesgar esa intimidad y la felicidad que solo ella le proporcionaba.

—Me pareces más linda que ella y que cualquier otra. Nadie se compara a ti, Jasy. Deberías saberlo. —Le acarició la mejilla con el dorso de los dedos—. Tienes la piel más suave que conozco. Y tu boca... —Se la tocó con el índice, que ella besó—. Me vuelvo loco imaginando tu boca en mi... —Calló—. Y tus ojos azules, solo quiero que me miren a mí.

—Quiero ser la más linda para ti como tú eres el más lindo para mí.

—¿Más lindo que Lope?

—Sí, más lindo que cualquiera.

—¿Lo has visto en este tiempo? ¿Te lo has encontrado?

Aitor aguardó con el aliento contenido la respuesta; temía que le mintiese. Exhaló cuando la vio asentir con el mentón al pecho.

—¿De qué hablaron?

Se tensó de nuevo. Sabía que, si no le decía la verdad, algo dentro de él se rompería.

—Tenías razón —la oyó decir en voz baja.

—¿Sobre qué?

—Él...

—Dímelo, Jasy.

—Él me dijo que... me ama, no como un amigo. Tenías razón —repitió, luego de una pausa.

—¿Tú qué le dijiste? —exigió saber, y no se preocupó en disimular la rabia que su voz transmitía.

—Que no lo amaba, no como él pretendía. Le dije que sentía afecto por él y que deseaba que fuésemos amigos.

—¿Te tocó?

—Me sujetó de las manos, pero yo las retiré.

—¡Mierda! —masculló—. ¿Y te tocó en algún otro sitio? —Lo contempló con una expresión entre desconsolada y confusa, y Aitor se impacientó—. Emanuela, ¿te tocó en otro sitio?

—¡No!

Le calzó las manos bajo las axilas y la acercó a él con tanto ímpetu, que la obligó a ponerse en puntas de pie, con la cabeza ligeramente echada hacia atrás.

—¡Júramelo!

—Te lo juro —respondió con firmeza, y le sostuvo la mirada para concentrarse en

el color extraordinario de sus iris, en esa tonalidad única y dorada, que no hallaría jamás en otro ser humano. Además de la belleza de sus ojos, realzada por las pestañas negras, notó la mirada turbulenta que le destinaba, una cargada de ira, pero también de miedo e inseguridad. De dolor.

—Te amo, Aitor. Te amo, amor mío.

Aitor chasqueó la lengua en un ademán impaciente y la pegó a su pecho con torpeza.

—¡Jasy! —exclamó, corto de aliento, sobrecogido por la emoción—. Perdóname, amor mío, perdóname. Los celos... Me vuelven loco. Solo imaginar a ese imbécil hablándote de amor... Tengo deseos de matarlo.

—¿Hice mal en contártelo?

—¡No, Jasy, no! Quiero que me cuentes todo, amor mío, que no haya secretos entre nosotros.

—Pero te temo cuando actúas así.

—Lo sé. Perdóname. Es por este carácter endiablado que tengo y porque no soporto compartirte con nadie. Pero una vez te dije que jamás, *nunca* te haría daño, ¿lo recuerdas, Jasy? —Ella asintió sobre su pecho—. No me temas, amor mío.

—Está bien.

Emanuela se apartó de él y lo miró a los ojos. Aitor sonrió con miedo, porque no le gustaba la seria determinación y el ceño con que ella lo observaba.

—Dime de nuevo amor mío. Me llamaste así la mañana en que me arrestaron, y solo Dios sabe cuánto me ayudó para soportar esa pesadilla. Me encanta el sonido de tu voz cuando me llamas así.

—Amor mío, amor mío, único amor de mi vida.

Se abrazaron apasionadamente. Aitor percibía el calor que irradiaban las manitos de Emanuela en su espalda, y olía el perfume de su cabello, y volvía a oír en su mente el «amor mío, único amor de mi vida», y la excitación comenzaba de nuevo, con fuerza renovada.

—Vamos —dijo, y la apartó con suavidad—. Está por caer la noche y tenemos que volver.

—Sí.

Emanuela recogió las prendas, el jabón y el pote con el ungüento y los introdujo en la canasta, que Aitor le quitó para cargarla. Con una sonrisa, extendió la mano hacia ella, que entrelazó sus dedos con los de él y le sonrió a su vez.

—Este es el momento más feliz de mi vida —admitió Emanuela, y Aitor le apretó la mano.

—Tendremos muchos momentos felices en nuestra vida, Jasy. Te lo prometo.

Porã, que correteaba delante de ellos, ladró y atrajo la atención de Aitor.

—¿De dónde salió este perro?

—Es perra y se llama Porã. Me la regaló... Me la dio Marcos. Es hija de su perra.

—¿Te la dio después de la muerte de Kuarahy? —Emanuela asintió con la vista en el camino—. Mi *pa'i* Ursus me lo contó. Lo siento, amor mío. Sé cuánto lo querías.

—Tú me lo habías traído de la selva. Había sido tu primer regalo.

—Lo sé.

—Hay muchas cosas que no te he contado.

—¿Qué cosas?

—Que Laurencio abuelo murió.

Lo sorprendió que no lo llamase «mi *ru*», como acostumbraba; también el acento amargo, más bien resentido que empleó.

—Sí, también me lo refirió mi *pa'i*.

—Entonces ya sabes que él... ¿Te dijo lo que Laurencio confesó antes de morir?

—Sí.

—Estoy feliz de que lo haya hecho. Sé que mi *pa'i* Ursus lo convenció de que se lo contase a mi tío Palmiro y al alguacil mayor. Le estaré siempre agradecida por eso, a mi *pa'i* —aclaró—. Si se hubiese llevado el secreto a la tumba, tú jamás habrías podido regresar.

—Habría venido por ti igualmente.

—¿Sí?

—Sí, Jasy —contestó, medio ofendido y asombrado de que ella dudase—. ¿No te dije antes que eres como el aire para mí? Emanuela, no lo digo porque suene bien, sino porque es la verdad.

—Sé lo que sientes porque yo siento lo mismo.

Caminaron en silencio algunas varas. Aitor lanzaba vistazos por el rabillo del ojo y le estudiaba la expresión reconcentrada. Un pensamiento negro la turbaba.

—Lo odio —la escuchó decir.

—¿A quién?

—A Laurencio abuelo. Lo odio por lo que te hizo. Y me avergüenzo de haberlo amado. Nunca debí amarlo cuando él jamás ocultó cuánto te odiaba. Siento que te traicioné —añadió, con timbre desfallecido, como a punto de llorar.

Aitor detuvo la marcha, depositó la canasta al costado de la trocha y la tomó por los hombros.

—Jasy, mírame.

Ella levantó las pestañas con lentitud, y en su mirada tormentosa, Aitor descubrió cuánto la apesadumbraba ese sentimiento tan contrario a su naturaleza. Lo urgió la necesidad de borrarlo de su corazón y de su cabeza; solo quería verla sonreír, que volviese a ser la Jasy alegre del pasado.

—No puedes arrepentirte por haberlo amado. Él era como un padre para ti. Él te

quiso, siempre te quiso. A veces creo que te quería a ti más que a sus verdaderos hijos. Es tan fácil amarte, Jasy... Tan fácil. No quiero que sientas culpa por eso. No te lamentes por haber albergado un buen sentimiento. Debes de estar orgullosa de haberlo amado.

—Pero cada vez que recuerdo cuánto te hizo sufrir... —Se cubrió la boca para sofocar el llanto. Con la otra mano, trazó la silueta de la cicatriz en la ceja de Aitor—. Podría haberte arruinado la vida. A ti, al amor de mi vida.

—Jasy...

—Lo cuidé durante su enfermedad, Aitor. No me aparté de su lado. Durante días y noches enteras, siempre estuve pendiente de él. ¡Cuando por su culpa habías tenido que huir! ¡No quiero odiarlo, pero no puedo evitarlo!

Aitor la envolvió con sus brazos, asolado por la impotencia; no daba con las palabras para calmar su dolor.

—Laurencio abuelo no merece nuestro odio, Jasy, sino nuestra pena. Tenía un corazón mezquino y débil. Se dio a la bebida porque era débil, porque necesitaba acallar la ira que mi existencia le causaba. Porque él siempre supo que yo no era su hijo. —Emanuela se apartó ante aquellas palabras—. También me lo dijo mi *pa'i*, pero yo ya lo sabía. Siempre lo he sabido.

—Yo creía que te odiaba porque pensaba que eras el luisón.

—No, me odiaba porque yo representaba la traición de mi *sy*. Yo era el fruto de un amor prohibido.

—¿Qué culpa tenías tú? Eras un niño inocente. ¿Cómo podía tomársela contigo?

—Es fácil para ti pensar de ese modo porque tu corazón es generoso y fuerte, pero no lo es para aquellos que lo tienen débil y mezquino. ¿Amarías a los hijos que tuviese con otra mujer?

La pregunta había sido formulada de manera tan rápida e inopinada, que Emanuela se quedó mirándolo con expresión atónita.

—¿Lo harías, Jasy?

—Sí, los amaría —dijo, con decisión.

—¿Por qué? ¿No te recordarían mi traición?

—Me recordarían que son una parte de ti. Por eso los amaría. ¿Tú amarías a los hijos que yo tuviese con otro hombre?

Emanuela no necesitó una respuesta. La sombra que le transformó el semblante, que con los tatuajes había adquirido un cariz feroz, bastó para satisfacer su curiosidad.

—No —admitió él—, creo que no. La sola idea de que otro toque lo que es mío, que simplemente roce lo que me pertenece, me vuelve loco. No quiero imaginar lo que sentiría si otro... No —dijo, y sacudió la cabeza—. No me hagas pensar en eso, por favor.

—Lo siento.

Se tomaron de las manos y reiniciaron la marcha. Aitor apretaba el paso porque la noche se precipitaba con más rapidez en ese sendero cubierto por una cúpula de árboles. Entraron en el pueblo un rato más tarde, con la noche a sus espaldas. La actividad había cesado, y no se veía a mucha gente en las calles. No obstante, al llegar a la casa de los Ñeenguirú, se dieron cuenta de que todavía algunos curiosos se congregaban frente a la enramada. Aitor y Emanuela atraieron la atención, y para nadie pasó inadvertido que caminaban con las manos entrelazadas. Aitor la soltó y entró en la casa. Deseaba lavarse y cambiarse.

Malbalá, que asaba unas mandiocas inclinada sobre el fogón, colocó la cuchara de madera sobre el borde de una vasija de barro y recibió a Emanuela en sus brazos para compartir la dicha de haber recuperado a Aitor. Vaimaca, Ñezú y Palmiro, invitados a cenar, también la abrazaron y le susurraron palabras que la hicieron sonreír.

Aitor salió de la casa y profirió un bufido de hartazgo al comprobar que los curiosos aún se demoraban a la espera de una pieza de información que los ayudase a componer el dilema que constituía el luisón. Abusando de la ferocidad de su expresión, salió de la enramada y, sacudiendo los brazos, vociferó:

—¡Fuera! ¡Ya husmearon suficiente por hoy! ¡El luisón está de regreso y se pondrá de mal humor si no dejan de molestarlo! ¡Fuera, alimañas! —Desveló su dentadura y gruñó, y el grupo se dispersó en cuestión de segundos.

Malbalá y Emanuela lo contemplaban con semblantes preocupados; Vaimaca, Ñezú, Palmiro y Bruno rieron. Se sentaron a cenar formando un círculo en torno al fogón para espantar el frío de la noche. Emanuela sirvió la comida y, cuando le entregó el cuenco a Aitor, este le guiño un ojo y ella se ruborizó.

Los demás, ansiosos por conocer los detalles de sus vivencias, lo acribillaban a preguntas aun mientras comían, en especial Palmiro y Bruno. Emanuela lo oía con absoluta atención. Al terminar de comer, hizo lo que solía cuando era pequeña: se sentó a los pies de Aitor y apoyó la cabeza sobre su pierna. Él acabó el guiso, depositó el cuenco a un costado, sobre el piso de ladrillos y, mientras relataba sus aventuras con los abipones, le deshizo las trenzas y le acarició el cabello. Emanuela no tardó en dormirse.

Se despertó cuando Aitor la acomodaba en el camastro y la cubría con la manta. Lo aferró por la muñeca y lo obligó a sentarse a su lado.

—Quiero que me cuentes lo que viviste mientras estuviste lejos de mí.

—Lo haré, pero mañana. Ahora quiero que descanses. Estás agotada, y mi sy acaba de decirme que hoy no te sentías bien.

Se inclinó y la besó en la mejilla. Se demoró allí, olfateando su calidez y ese aroma tan de su Jasy que lo traía como loco desde que era un niño.

—Esta noche dormiré profundamente porque sé que te tengo de nuevo.

—Siempre me tuviste, Jasy.

—Pero tu ausencia me lastimaba, Aitor. Quiero saber todo lo que te sucedió en este tiempo. Quiero que me lo cuentes solo a mí, para sentirme especial. Para sentir que sé todo de ti.

—Sí, amor mío, te lo contaré todo —le prometió, mientras arrastraba los labios por la frente, las sienes y la nariz de Emanuela hasta descansarlos sobre sus labios—. Te amo, Jasy, tesoro de mi vida.

—Y yo a ti. Gracias por haber vuelto a mí.

—De nada, amor mío.

—Buenas noches, Aitor. Que descanses.

—Buenas noches, Jasy.

* * *

Aitor abandonó la casa, cruzó la enramada y salió al frío de la noche. Inspiró profundamente, con los ojos cerrados, y, de manera consciente, fue distendiendo los músculos, aun los del rostro. No se volvió cuando su madre le colocó una manta sobre los hombros, ni tampoco cuando lo rodeó por detrás con los brazos y le besó la espalda. Le cubrió las manos con las de él y permaneció callado, mientras observaba el cielo despejado de luna llena y estrellas infinitas. Suspiró al meditar que nadie descorazonaría animales esa noche. La pesadilla había terminado junto con la vida de su padrastro.

—Ven —lo conminó Malbalá—, sentémonos a tomar mate y así me cuentas de tu tiempo con Vespaciano.

Pronunció «Vespaciano» con tanta fluidez y naturalidad que a Aitor se le erizó la piel. Se preguntó si Malbalá habría amado o amaba a su padre.

Volvieron a la enramada y, mientras Malbalá aprestaba el mate, Aitor se dedicó a estudiar la mecedora de Laurencio abuelo.

—¿Qué hace esto acá?

—Manú la encontró en el sótano de la casa de los padres y la trajo para... para Laurencio abuelo. Siéntate. Verás que es muy cómoda.

Aitor se apoltronó con difidencia y meció la silla. Recostó la espalda y echó la cabeza hacia atrás. Sonrió.

—Sí, es cómoda.

—Aquí tienes, hijo. —Malbalá le pasó un mate.

—¿Cómo has estado, sy?

—Esperándote. Manú y yo solo vivíamos para esperarte.

Aitor sorbió de la bombilla en silencio, con la vista en el suelo.

—Sy, cuéntame de ella, de cuando se enteró de que me había fugado. Mi *pa'i* no

quiso referirme nada.

—Mejor así.

—Quiero saber, sy.

—No.

—Estás inquietándome. Si no me cuentas, iré dentro, la despertaré y la interrogaré yo mismo.

Malbalá bajó los párpados y suspiró largamente.

—No, déjala dormir tranquila. Hace noches que no pega ojo. Te contaré, si tanto lo deseas, pero te advierto que no será una historia agradable.

—Lo sé. En mi vida, han existido pocas historias agradables. Estoy acostumbrado.

—¿Me reprochas por haberte dado la vida, hijo? ¿Fui una mala madre por traerte a un mundo que tanto daño te hizo?

Aitor se irguió para devolverle el mate. Le aferró la otra mano y se la besó.

—No, sy. Al contrario. Mi agradecimiento hacia ti es infinito, no solo porque me diste la vida, sino porque salvaste la de Emanuela alimentándola con tu leche y haciéndola parte de mí.

Los ojos de Malbalá se tornaron acuosos y brillaron a la tenue luz de las brasas. Acarició la mejilla barbuda de su hijo y lo contempló a los ojos con una ternura que incomodó a Aitor.

—Ella te ama, Aitor, más de lo que puedas imaginar.

—Y yo a ella, sy.

—No, tú no la amas como ella a ti —manifestó, sin reproche, ni resentimiento, sino con la serenidad que proporciona la fatalidad de los hechos—. Tienes un corazón egoísta y te gusta complacerlo. La amas, sí, no lo dudo, pero no puedes comparar tu amor con el de ella.

Aitor apoyó los antebrazos sobre las piernas y bajó la vista, avergonzado y entristecido. Su madre tenía razón, era egoísta, pero amaba a Emanuela con un amor tan inmenso que a veces se admiraba de que un ser como él experimentase un sentimiento tan extraordinario.

—Ella siempre te será fiel. Aun en las tormentas más aterradoras, Manú se mantendrá fiel a ti y al amor que siente por ti.

—Si lo dices por lo de la esclava...

—No lo digo por nada, ni por nadie en particular —lo interrumpió Malbalá—. Sabe Tupá que no soy quién para recriminarte tus deslices cuando yo traicioné a mi esposo con tu padre. Tú enfrentarás tu conciencia en soledad, como yo hago con la mía. Simplemente hablo porque conozco a mi hijo. Te conozco, Aitor, como a la palma de mi mano. La vida fue dura contigo, y tal vez la culpa sea mía.

—No, sy.

—Déjame hablar, hijo. No soy una cobarde, y sé enfrentar mis errores, pero aunque te haya traído a un mundo que nunca te trató bien, no me arrepiento, porque te amo y he sido feliz viéndote crecer y convertirte en el hombre que eres, en mi orgullo.

Aitor volvió a ocultar la cara y, junto con ella, la emoción que comenzaba a picarle en los ojos.

—Sí, el mundo fue duro contigo, hijo mío, pero la vida te dio a Manú. Ella es el tesoro que cualquier hombre desearía tener.

—Lo sé, sy.

—Quiero que entiendas que eres el hombre más afortunado por poseerla.

—Sí, lo soy, lo entiendo. Y sé que no la merezco.

—Ninguno la merecería, ni tú, ni nadie. Ella es un ángel convertido en niña, ahora en mujer. Nadie está a su altura.

—Menos que menos, yo.

—Pero ella te eligió a ti. Has sabido ganarse su amor, y por eso te admiro. —Una tenue sonrisa suavizó la mueca amarga de Aitor—. Manú te entregó su corazón, y te aseguro que no te lo habría entregado de no estar segura de que te amará toda su vida. La conozco, es como una hija para mí. *Es mi hija, aunque no la haya parido.* Y sé cómo actúa. Su entrega es generosa y eterna y, sobre todo, fiel. Estoy segura de que mi *pa'i* Ursus organizó tu huida en gran parte gracias a ella, a lo que ella hizo por ti el día en que te arrestaron.

«*Anímate, hijo. Emanuela ha peleado por ti como una leona y en parte le debes a ella lo que estoy a punto de llevar a cabo*». La evocación de las palabras de su *pa'i* Ursus lo alcanzó como un golpe en el pecho, y tuvo la impresión de que se convertían en un puño que le oprimía el corazón. Le dolía la cara de contener el llanto.

—No le permitían ir a verte a la cárcel, por lo que se pasó el día persiguiendo a Palmiro y a mi *pa'i* Ursus, llorando y rogándoles para que no te abandonaran. Cuando empezó a escupir sangre de tanto daño que se había hecho en la garganta, mi *pa'i* Bansué le dio algo que la hizo dormir profundamente durante más de doce horas.

—Sy... —sollozó.

—Te advertí que era duro. Ahora óyeme hasta el final. —Aitor asintió, y la corta y rápida agitación propició que las lágrimas se deslizaran por sus mejillas—. Al otro día se levantó cerca de las diez de la mañana, muy mareada y descompuesta. Vomitó aquí, en la enramada. No había comido nada desde la mañana del día anterior, y lo poco que tenía en el estómago, lo sacó fuera. Con Laurencio, intentamos que regresase a la cama, pero ella, que es más terca que tú, quería ir a verte a la cárcel. Decía que estaba segura de que Javier no te había limpiado el balde para hacer tus necesidades, ni te había llevado un desayuno sustancioso, que ella iría a cuidarte.

Aitor apoyó el codo en la pierna y se apretó los ojos con el índice y el pulgar. La

garganta se le agitaba y las fosas nasales se le dilataban, en tanto pugnaba por inspirar un poco de aire que lo ayudase a reprimir el rugido de dolor y rabia que despertaría a todos los vecinos si conseguía abrirse paso y escapar de su pecho.

—Entonces, le contamos que habías huido esa madrugada. Corrió a buscar a su *pa'i* Ursus. Lo halló en la escuela, dando el catecismo. Abrió la puerta, atinó a preguntar: «¿Es cierto que Aitor ha huido?», y cayó desmayada.

La maldición de Aitor brotó como un ronco jadeo.

—Tu *pa'i* Ursus la llevó en andas hasta la casa de los padres, donde yo no podía entrar. Mi niña me necesitaba, y yo debía quedarme mirando la puerta. Tu *taitaru* la convenció de que bebiera caldo y la tranquilizó contándole que tú solo habías tenido palabras para ella antes de huir. Eso la confortó mucho. Pero desde ese día, no volvió a ser la misma. —Pausó de manera deliberada, y Aitor alzó la vista—. Perdió su don, sus manos ya no curan. —Las cejas de él se dispararon con la sorpresa—. Junto contigo y con la alegría que siempre la acompañaba, también desapareció su don. Creo que —su voz se cargó de una risueña ironía— la gente del pueblo deseaba que el luisón regresase para que le devolviese el don que le había robado a la niña santa al escapar.

Malbalá guardó silencio, y Aitor luchó por recobrar la calma. Carraspeó varias veces y se secó los ojos con la mano antes de preguntar:

—¿Hablabas de mí?

—En contadas ocasiones. Y jamás, nunca pronunció tu nombre. Si se refería a ti, hablaba de «él». Se volvió muy silenciosa. Trabajaba sin cesar, aquí, en el hospital, en el *avamba'e*... Comía poco. En fin, dejó de ser mi niña alegre y se convirtió, de la noche a la mañana, en una mujer doblada por la amargura. El poco tiempo libre que se concedía lo usaba para ir a la iglesia y rezar por ti. Y me obligaba a rezar el rosario todas las noches para pedir por tu regreso.

—La amo, *sy*. No la merezco, lo sé, pero sin ella, nada tiene sentido. Es algo que me asusta. Es lo único que me asusta, pero se me congela la sangre al pensar en una vida sin Emanuela.

Malbalá asintió con el entrecejo fruncido y sin mirarlo, y Aitor se llenó de escrúpulos.

—¿Qué sucede, *sy*? Háblame.

—¿Qué has decidido hacer ahora que regresaste?

—No lo sé aún. Solo pensaba en regresar. Ahora que estoy aquí, que sé que ella está bien y que no me la han arrebatado, me sentaré a meditar.

—¿Te trató bien Vespaciano?

—Sí. Trabajé a su lado y aprendí mucho. Fue generoso al enseñarme. Dice que quiere que me convierta en el *capataz* de su hacienda, que su hijo Lope no ha nacido para eso, y que él necesita de alguien que se ocupe de sus asuntos.

—¿Te confió que eres su hijo? —Aitor negó con la cabeza—. Y tú no le dijiste que lo sabes, ¿verdad?

—No. ¿De qué serviría? ¿Me reconocería acaso? ¿Me daría su apellido?

—¿Te gustaría que lo hiciera?

—Por Emanuela —respondió, sin vacilar—. A mí me tiene sin cuidado convertirme en un Amaral y Medeiros, pero por ella, sí. Ser hijo de Vespaciano de Amaral y Medeiros, aunque fuese el ilegítimo, el bastardo, me daría poder, el que necesito para luchar contra los que quieran quitármela.

—El obispo de Asunción quiso llevársela a vivir con él y con su hermana.

—¡Maldito viejo pervertido! —exclamó, y se puso de pie.

—Baja la voz y vuelve a sentarte. Tu *pa'i* Ursus y tu *pa'i* Santiago se ocuparon de que no se saliese con la suya.

—Pero, ¿hasta cuándo, sy? ¿Llegará el día en que no puedan evitar que se la lleven?

—Afrontaremos ese día con la serenidad y el valor que hemos afrontado todo, Aitor. Con la ayuda de Tupá, Manú siempre será nuestra.

—La única manera de asegurarme de que no me la quiten es dejando de ser un indio miserable y convertirme en un hombre de poder con el que pueda aplastar a quien se atreva a desearla.

—¿Volverás, pues, a la hacienda de Vespaciano?

—Sí, se lo prometí. Pero no puedo vivir allí con Emanuela.

—¿Por qué?

Guardó silencio, mientras se debatía en inventar una mentira o referirle la verdad.

—El hijo de Amaral y Medeiros, Lope, está enamorado de ella.

—¿De Manú?

—Sí, desde hace años. Tú sabes que Bruno, Emanuela y yo lo conocimos un domingo hace mucho tiempo en el lugar secreto junto al Yabebirí, ese al que me llevabas de pequeño, y la amistad ha durado todo este tiempo.

—Sí, lo sé. Yo misma en una ocasión llevé a Bruno y a Manú porque deseaban encontrarse con Lope y la muchacha. No recuerdo su nombre. —La mujer sonrió y sacudió la cabeza—. Tú y tu medio hermano han sido amigos durante todo este tiempo.

—Yo nunca he sido amigo de Lope. Siempre me dio grima cómo miraba a Emanuela. Y sé que le confesó su amor mientras yo estaba huido. No puedo llevarla a vivir allá.

—¿Porque temes que Emanuela te sea infiel? —se mofó la mujer, y Aitor le destinó una mirada aviesa.

—Porque no soportaré las mañas de las que se valdrá ese idiota cada vez que se acerque a mi mujer. Tratará de tocarla, de seducirla, de conquistarla, como siempre ha

hecho. Y ella es demasiado buena e inocente para apartarlo. Terminaré por asesinarlo, y ahí sí, me desgraciare para siempre. No la llevaré a *Orembae, sy*. No se hable más del tema.

—Entonces, ¿para qué volverás?

—Porque se lo prometí a Amaral y Medeiros, y no quiero faltar a mi palabra. Puedo quedarme y trabajar un tiempo, la paga es buena. Necesito ganar más dinero, hasta que pueda casarme con Emanuela. Si nos permiten quedarnos en la doctrina, pues nos quedaremos. Si no, me fugaré con ella.

Malbalá asintió y se puso de pie.

—No fundes tus planes en que Vespaciano te reconozca, Aitor.

—¿Por qué no? Me ha tratado con mucho cariño.

—No dudo de que te admira. Y estoy segura de que lamenta que no seas su hijo legítimo. Sin embargo, no te dará su apellido porque se deshonraría en su mundo, donde cuentan cosas que tú y yo jamás comprenderíamos. Me voy a dormir, hijo. — Le acarició la mandíbula y lo besó en la frente—. Estoy feliz por haberte recuperado.

—Y yo, por haber vuelto. Buenas noches, sy.

—Buenas noches, Aitor.

Esperó una media hora, y cuando se dio cuenta de que Malbalá dormía, entró con sigilo en la casa. Su madre le había colgado la hamaca en el sitio de costumbre. Él, que tenía otros planes, la esquivó y se dirigió al camastro de Emanuela, que dormía ovillada, con las manos bajo el mentón. Se quitó la manta de los hombros y la camisa, que colocó sobre el arcón de Emanuela, echó a Porã fuera, que abandonó la cama gañendo, y se ubicó de costado en el pequeño espacio que quedaba libre. Los pies le colgaron fuera. Aun en sueños, como si lo intuyese, Emanuela se movió para hacerle lugar, y Aitor acomodó el cuerpo contra la espalda de ella. Le rodeó la cintura y hundió la nariz en su cabello suelto. Una paz, como hacía tiempo no experimentaba, le calmó las pulsaciones violentas de su corazón con la eficacia de un bálsamo sobre una quemadura. Expulsó un suspiro y se durmió.

* * *

Levantó los párpados, y los labios se le extendieron en una sonrisa inconsciente al encontrarse con la mirada expectante de su Jasy. Se notaba que hacía rato que estaba despierta; tenía el rostro fresco, y los ojos azules le chispeaban.

—Buenos días, Aitor —lo saludó, y la sonrisa de él se acentuó.

—Qué lindo despertar —masculló, con voz pastosa—. ¿Has dormido bien, amor mío?

—Sí, muy bien. Y al despertar y encontrarte a mi lado... Fui feliz.

—¿Muy feliz? —farfulló él, con los ojos cerrados y la sonrisa intacta.

—Inmensamente feliz —ratificó ella, y lo besó en los labios.

Aitor volvió a quedarse dormido. Se despertó minutos después a causa de un cosquilleo en el pecho. Eran los dedos de Emanuela que le dibujaban el contorno de los pectorales. La erección fue instantánea y presionó bajo sus calzones. Aitor colocó una mano sobre las de Emanuela y la detuvo.

—No, Jasy.

Ella levantó las pestañas y lo observó con gesto contrito.

—Lo siento. ¿Te hice mal?

—No, nunca me haces mal, pero... Me excitas —dijo, y la contempló para estudiar su reacción.

—¿Que te excito quiere decir que te gusta?

—Sí, que me gusta mucho, Jasy. Mucho, amor mío.

La mirada de Emanuela cambió. La alteración, que le volvió negros los ojos azules, podría haberse adjudicado a un juego de la luz; sin embargo, se trataba de una transformación que nacía de ella y en la cual el sol matinal no tenía nada que ver. La vio separar los labios y mojarse el inferior con la lengua, y la erección cobró dimensiones que, sabía, le impedirían abandonar la cama por un buen rato, hasta conseguir bajarla.

Sin apartar la mirada, esa deliberada y oscura, Emanuela deslizó la mano bajo la manta y le tocó el bulto. Los dos se sobresaltaron. Para él, que no se lo esperaba, fue como la descarga de un rayo. A ella, la sorprendió lo duro y caliente que estaba el *tembo* de Aitor.

—Desde ayer, en el arroyo, cuando me contaste que crecía y se ponía duro para entrar dentro de mí, que quiero tocarlo.

Aitor cerró los ojos y expulsó el aire por la boca. Si con solo unas palabras le aumentaba las pulsaciones y le ponía el pene duro como el lapacho, no se atrevía a imaginar cuando... No, se dijo. No tomaría por ese camino o la deshonraría en casa de su madre.

—¿Puedo volver a tocarlo?

—Jasy... —dijo, con acento impaciente y reprobatorio.

—Por favor, Aitor.

—Si me tocas, terminaré por lanzar mi semilla en tu cama y ensuciaré todo. A ti también —añadió.

—No importa. Después me ocuparé de lavar. Te lo prometo.

Le sonrió con timidez antes de acercar los labios a su boca y besarlos con delicadeza. Demoró el beso con lánguido abandono, y Aitor bajó los párpados y se permitió gozar de ese momento sublime que, hasta un día atrás, solo había imaginado en sueños. La abrazó con una destemplanza súbita al recordar cuánto había temido perderla durante los meses transcurridos lejos de ella.

—¿Dónde están Bruno y mi sy? —le preguntó, sin apartar los labios de los de ella.

—Bruno, en la alfarería. Mi sy fue al arroyo, a lavarse antes de la misa.

—¿Estamos solos, entonces?

—Sí. —La afirmación se convirtió en una exhalación agitada cuando Aitor le apretó con delicadeza un pezón, al que halló duro y dispuesto.

—Tócame, Jasy.

Emanuela introdujo de nuevo la mano bajo la manta y lo tocó. Aitor gimió y arqueó la cabeza hacia atrás. Ella lo contemplaba, extasiada, y sonrió cuando él, con maniobras desesperadas, se aflojó la jaretera de los calzones y se los bajó. Le sujetó la mano y la condujo sobre su carne desnuda.

—¡Oh! —exclamó ella, fascinada.

—No tengas miedo, Jasy —le rogó él, y la contempló con reserva.

—No tengo miedo, Aitor. Estoy contigo, no le temo a nada. Es que no sabía que tu *tembo* se ponía tan duro y grande. ¿Puedo verlo?

—No. Aférralo en tu puño. —Le guió la mano para enseñarle cómo—. Aprieta. ¡Sí! ¡Apriétalo, Jasy! ¡Ahhh! Mueve la mano. —Se la cubrió con la de él e inició un movimiento que le recorría la erección desde arriba hacia abajo—. Bésame —imploró, con la voz tensa, y Emanuela le mordió el labio y lo succionó. Aitor comenzó a respirar de manera agitada. Apartó la mano de la de ella para sujetarla por la espalda y comenzar a moverse como si estuviese penetrándola.

—Apriétame más fuerte, Jasy. Oh, sí, amor mío, así.

Aitor agitaba la pelvis para que su pene se deslizase por la mano pequeña y tibia de Emanuela, que se cerraba con enardecida concentración en torno a él. No quería eyacular, sino prolongar ese juego con su Jasy. Ella respiraba por la boca, agitada a causa del esfuerzo, y su aliento le golpeaba el mentón y los labios húmedos, y lo excitaba. Resultaba impensable que su pene cobrase aún más vigor solo porque el aliento de ella lo acariciaba, pero así era con su Jasy, excesivo, desbocado, increíble, inverosímil, sin considerar que solo habían compartido unos besos y esa primera experiencia íntima.

Más seguro de su control, abrió los ojos y la descubrió observándolo con intensa fijación, solícita a sus gestos y pedidos, con el deseo de complacerlo evidenciado en su expresión de ojos enormes y devotos.

—Quiero que toda la vida me mires de este modo, como estás haciéndolo ahora.

—¿Con amor?

—Sí, con amor. Con admiración. Con deseo.

—¿Así te moverás cuando estés dentro de mí?

Su pregunta, formulada con esa voz que no abandonaba el timbre aniñado y con la sinceridad que provenía de la inocencia y que la volvía tan entrañable, se convirtió

en su perdición. Impulsó la pelvis con violencia por última vez, arqueó la espalda hacia atrás y profirió un clamor ronco.

—¡Emanuela! —exclamó, con voz forzada, y en un acto mecánico, la circundó con sus brazos y la pegó a su cuerpo mientras sufría cortos espasmos y le bañaba las piernas con su semen.

Emanuela lo observaba con la estupefacción de alguien que presencia un suceso portentoso que viola toda ley física y natural. Que hubiese gritado su nombre en esas circunstancias inexplicablemente le potenció el latido entre las piernas, y un dolor punzante la atravesó hasta el ombligo. Que pronunciara su nombre la hizo sentir mujer. El líquido viscoso y caliente le resbalaba por el muslo, y una curiosidad arrolladora la tentaba a introducir la mano bajo la manta y a untarse los dedos con él; quería estudiarlo, olerlo, probarlo. No obstante, se mantuvo quieta, temerosa a equivocarse y a enojarlo.

Todavía agitado y deslumbrado por la potencia del orgasmo, Aitor levantó los párpados. Su Jasy lo aguardaba con los ojos muy abiertos y con su mano quieta en el pene aún erecto. Aitor le sonrió, y ella le devolvió una sonrisa brillante, que le iluminó la mirada y le dio color a sus mejillas.

—Te amo —dijo, sin pensar, movido por la fuerza del sentimiento que ella le inspiraba, y la besó en los labios—. Quiero despertar así todas las mañanas de mi vida.

—¿Lo hice bien?

—Sí. Muy bien. Perfecto. Solo tú podías hacerme sentir tan bien.

—Entonces, te lo haré todas las mañanas de tu vida, Aitor, para que nunca te alejes de mi lado.

—Aunque no me lo hicieras, Jasy, no me alejaría de tu lado. —Le mordisqueó los labios y le olió la tibieza perfumada del cuello, cerca de la oreja—. Me encanta que todavía me sujetes el *tembo* con la mano. Por eso sigo duro.

—Me gusta tenerlo en mi mano.

Aitor sabía que era imperativo alejar a Emanuela, salir de la cama y correr al Yabebirí para zambullirse en el agua fría de las mañanas otoñales; en caso contrario, llevaría esa erección a lo largo del día como un mástil.

—No, Jasy —ordenó, cuando ella se disponía a apartar la manta para verlo. Lo guiaba la convicción de que si ella posaba los ojos en su pene desnudo, comenzaría todo de nuevo, y ya no contaban con tiempo. La hora de la misa se acercaba, por lo que Malbalá regresaría del arroyo.

—¿Por qué no, Aitor? Quiero verlo, así, duro y grande.

—Jasy... —susurró, y se mordió el labio y apretó los ojos—. Mi sy está por llegar y no quiero que nos vea haciendo esto. Es algo muy nuestro y no quiero compartirlo con nadie, jamás.

—Está bien —dijo, con aire triste.

—Amor mío —le sujetó el rostro con las manos y la besó ligeramente sobre los labios—. Gracias por este despertar. Ha sido el más hermoso de mi vida.

—Para mí también porque, cuando abrí los ojos, estabas junto a mí. —Emanuela guardó silencio y lo miró fijamente, con expresión de pronto grave—. No sé cómo expresarte lo que tengo dentro de mí, Aitor.

—¿De qué se trata, Jasy?

—Del amor que siento por ti. Siempre te he amado, desde niña. Antes, como a un hermano, aunque ya entonces eras especial para mí. Había algo en ti que me provocaba un brinco en el corazón cuando te veía aparecer. Después, cuando hicimos el pacto de amor eterno y me elegiste para que fuese tu esposa, me hiciste muy feliz y me di cuenta de que te amaba como mujer. Pero ese amor ha crecido desde entonces, y es tan grande, y sé que es eterno, y quiero que lo sepas, quiero que sepas cuánto te amo. Tanto, Aitor, tanto. Quería que lo supieses —dijo, en un susurro tímido.

Aitor le acariciaba el rostro y se lo despejaba de los mechones con pasadas bruscas, mientras asentía con la expresión tensa a causa del esfuerzo por contener el llanto. Mientras, se acordaba de lo que Malbalá le había referido la noche anterior acerca de su Jasy, de cuánto había luchado y sufrido por él, de cuánto más noble era ella, de qué poco la merecía, de qué afortunado era por tenerla.

—Jasy, yo soy por ti —expresó, con voz ronca—. Existo por ti. ¿Me entiendes? Sin ti, no hay nada. *Nada*, Jasy.

—Sí, entiendo. Para mí es igual. Te entiendo.

—Emanuela, que tú me ames, que tú me hayas elegido para compartir tu vida... ¿Por qué, Jasy?

Emanuela rio, y los ojos le danzaron de dicha.

—Si estuvieses dentro de mí y te vieses como yo te veo, te amarías, Aitor.

—Amor mío...

Escucharon ruidos en la enramada. Malbalá había regresado y se disponía a encender el fuego. Aitor metió su pene dentro de los calzones y apartó la manta.

—Quédate quieta. Buscaré algo para limpiarte.

—Abre mi arcón. Allí encontrarás paños limpios.

Aitor regresó y se quedó paralizado ante la escena que componía su semen derramado en la pierna de Emanuela. La había marcado, como el macho marca a la hembra con su olor y es capaz de asesinar a quien ose mirarla. Se arrodilló junto al camastro, de nuevo excitado y con el pene alzándose bajo los calzones. Se inclinó sobre los labios de ella y le habló mientras se los rozaba.

—Eres mía, Jasy. Acabo de marcarte con mi semilla.

Como siempre, ella consiguió desarmarlo al susurrarle cerca del oído:

—¿Y algún día la pondrás dentro de mí?

La erección se intensificó hasta hacerlo olvidar de que Malbalá estaba fuera y que se suponía que Emanuela iría a la misa y que comulgaría después de que él la había bañado con su semen. No entendió por qué ese pensamiento lo excitó.

—Sí, amor mío, algún día te pondré mi semilla en las entrañas.

Conjuró la voluntad para limpiarle la pierna larga y delgada. Había perdido peso, además de crecer unas pulgadas. Su sy le había comentado que, durante su ausencia, había comido poco. Él se ocuparía de que se le abriese el apetito y de que la carne volviese a llenarle el rostro y a delinearle las curvas.

* * *

Aunque no era domingo, la iglesia desbordaba de gente. Todos querían ver al luisón. La noticia de su regreso se había propagado con rapidez, y nadie se perdería la posibilidad de verlo, sobre todo desde que la voz aseguraba que había vuelto más salvaje y lobisón que nunca, con tatuajes en la cara, los colmillos más largos y las uñas como garras.

Aunque no tenía tantas ganas de ir a misa, Aitor decidió concurrir cuando Emanuela se lo pidió.

—Vamos a agradecerle a Tupasy María por tu regreso. Yo le rogaba todos los días por ti, para que te protegiese y te trajese de nuevo a mí.

¿Cómo negarse cuando lo miraba con anhelo? Para él, la misa, los santos, los ritos constituían una gran farsa, sin mencionar que convertirse en el centro de atención del pueblo lo fastidiaba. No obstante, lo haría por ella, para complacerla, porque su vida se había reducido a eso, a satisfacer los deseos de su Jasy.

Emanuela se ubicó en la primera fila y, cuando el padre Ursus apareció en el altar por la puerta de la sacristía, le sonrió, y el sacerdote le devolvió el gesto, y enseguida fijó la vista en Aitor, que se hallaba entre ella y Malbalá. Emanuela se dio cuenta de que, si bien ya no sonreía, lo contemplaba con un afecto muy profundo, y amó a su *pa'i* aún más por eso, por amarlo cuando muy pocos lo habían hecho a lo largo de sus diecinueve años.

¡Qué feliz estaba de tenerlo a su lado, de sentir el calor de su cuerpo junto al de ella! Con disimulo, entrelazó sus dedos con los de él, que respondió de inmediato apretándoselos. Al cabo, con sus manos unidas, Emanuela percibió que el pulgar de él le dibujaba círculos en la palma de la mano. La caricia, lenta y suave, operó en ella el efecto contrario: le aceleró la sangre en las venas y la llenó de puntadas dolorosas en los pezones y entre las piernas. El efecto de las manos de Aitor era tremendo. Se acordó de lo que habían compartido pocos minutos atrás y se colocó la mano libre sobre la pierna donde él la había mojado con su simiente. Y pensó que la mano que él acariciaba le había sujetado el *tembo* y se lo había apretado. Y se acordó de que

estaba duro y caliente, y del modo en que él había gritado su nombre. Los pinchazos se volvieron casi intolerables. Aitor debió de percibir su inquietud porque aplicó un poco más de presión en la mano para llamar su atención. Emanuela lo miró fugazmente y le sonrió con timidez antes de bajar las pestañas para ocultar los ojos, que habrían revelado demasiado. Inspiró profundamente y comenzó a recitar el padrenuestro en su mente, sin oír lo que su *pa'i* Ursus proclamaba desde el púlpito.

Durante la comunión, Emanuela distinguió a Olivia, que luego de recibir la hostia, giró para regresar a su sitio y clavó los ojos en Aitor, que también la miró con fijeza. Ese intercambio tan intenso provocó un vuelco en el estómago vacío de Emanuela. Los celos eran un aspecto del amor, se dijo, que no le gustaba en absoluto. No quería reproducir las palabras que la muchacha le había manifestado en ese mismo lugar, meses atrás. No quería recordar lo que ella le había contestado, porque siempre se arrepentía de haber compartido con ella algo que atesoraba.

La reconfortó en parte que Aitor no le soltase la mano al finalizar la misa ni cuando salieron al atrio, tampoco mientras saludaban a Vaimaca, Ñezú y Palmiro, ni cuando se presentaron los padres Santiago y van Suerk y el hermano Pedro, que lo abrazaron y palmearon en la espalda. La sonrisa de Emanuela se extendía y le embellecía el rostro a medida que las muestras de afecto llovían sobre Aitor. Lamentaba que sus hermanos, a excepción de Bruno, no le dirigiesen la palabra. Se habían reunido en un sector del atrio, con sus esposas e hijos, desde donde le destinaban vistazos rencorosos e intercambiaban comentarios bisbiseados. A Emanuela, sobre todo, la golpeó la malevolencia de la mirada de Laurencio nieto. Se le borró la sonrisa. Aitor, sin embargo, no se daba cuenta, o sí, Emanuela no lo sabía a ciencia cierta. Caviló que debía de estar tan acostumbrado al maltrato, que no se inmutaba. Se puso en puntas de pie y le susurró:

—Te amo como a nadie en este mundo. —Quería que lo supiese en ese momento en que el desamor de su familia resultaba tan evidente.

Él se inclinó en su oído y le contestó:

—Y tú eres lo único que yo amo en este mundo. Y te amo con locura.

El aliento cálido de Aitor le acarició la oreja y le provocó una sensación de tibia humedad entre las piernas. Percibió que las mejillas se le calentaban y las cosquillas en su estómago se disparaban. Movié la cabeza, y la sonrisa se le congeló al toparse con los ojos de Olivia, fijos en ellos. Había tristeza y añoranza en la manera en que los contemplaba, y la pena por la joven la colmó sin aviso porque no le costó imaginarse lo doloroso que habría sido amar a Aitor y no ser correspondida. Ella era una bendecida por tenerlo.

Desayunaron en la enramada, y Emanuela se ocupó de preparar *kiveve*, la comida favorita de Aitor, una crema semidulce de calabaza y queso, que devoró sin hablar durante varios minutos. Se detuvo de pronto al ver que el pan de maíz y el choclo

asado permanecían intactos en el plato de Emanuela. Había bebido la leche caliente con miel silvestre y comido un poco del *kiveve*. Apoyó su plato en el suelo y la miró con una expresión que simulaba dureza.

—Quiero que comas todo, Emanuela. Estás muy delgada.

De manera automática, ella se llevó las manos a las mejillas y se miró el torso.

—¿De veras? ¿Me encuentras muy delgada? —preguntó con acento desmoralizado, y Aitor se arrepintió de haberla herido en su orgullo de mujer; no obstante, se mantuvo firme.

—Sí, muy delgada. Me dijo mi *sy* que comes poco. Eso, sumado a que has crecido, te ha puesto muy delgada. Come —dijo, con actitud menos autoritaria, y le acercó la cuchara con *kiveve* a la boca—. ¿Cómo es que no devoras el mejor *kiveve* que has preparado?

—¿En verdad te gusta, Aitor?

—Está delicioso. Nunca había comido uno mejor. Anda, come.

Lo complació, como de costumbre. Al cabo, Aitor se dio por satisfecho y no insistió porque resultaba evidente que su estómago empequeñecido no admitiría una onza más de alimento. Emanuela ayudó a Malbalá a lavar y a acomodar los trastos del desayuno. Entró en la casa y, al salir, lo hizo atándose un mandil blanco en la nuca. Le quedaba muy bien porque, a diferencia del *tipoy*, le marcaba la pequeña cintura. Además, se había recogido las trenzas en un rodete en la base de la cabeza, el cual le confería una prestancia de mujer que lo excitó.

—Estás hermosa, Jasy —le dijo cuando Malbalá no los veía, y aprovechó para acariciarle el trasero con pasadas lentas y deliberadas.

Emanuela inspiró con una inhalación violenta, un poco escandalizada, pero sobre todo excitada. Se le secó la boca, y las sensaciones que había combatido durante la misa le cayeron encima como una avalancha. Se sentía aturdida, algo mareada a causa de las comezones y los pinchazos que hacían presa de su cuerpo.

—Aitor...

—¿Qué, amor mío? —dijo él, divertido con la mueca desolada de Emanuela—. Dime —la instó cuando ella cerró los ojos y entreabrió los labios—. ¿Qué sientes? —le preguntó, sin detener las caricias.

—Cuando me tocas...

—¿Qué sucede cuando te toco?

—No quiero que te detengas —admitió, siempre con los ojos cerrados.

—¿Quieres que te toque en algún sitio en particular?

Emanuela asintió, y tragó el nudo en la garganta.

—¿Dónde, Jasy?

—¡Manú! —exclamó Malbalá, y la mano de Aitor se retiró de inmediato de su trasero—. Hija, ¿no deberías estar en el hospital?

—Tienes razón, sy. Ya me voy.

—Te acompaño —ofreció Aitor.

—No, hijo. Tú te quedas. Necesito hablarte.

A punto de contradecir a su madre, asintió con seriedad. La mirada de Malbalá no admitía excusas.

Emanuela le sonrió con timidez y los pómulos arrebolados.

—Nos vemos por la tarde.

—Sí.

—Que tengas un buen día, Aitor.

—Tú también, amor mío.

La observó caminar por la calle hasta que desapareció al doblar la esquina. Verla esfumarse frente a sus ojos le resultó insoportable. A punto de correr tras ella, se frenó de nuevo ante la orden de Malbalá.

—Déjala ir. No la sigas.

—Sy...

—Ven —lo interrumpió—, siéntate aquí —le señaló un tocón junto al telar—, a mi lado. Quiero hablarte.

Aitor se ubicó con aire impaciente y actitud enojada, en tanto Malbalá aprestaba los hilos y el huso para reiniciar la labor.

—Esta mañana vi que pasaste la noche en la cama de Manú.

Aitor apoyó los codos sobre las piernas, entrelazó las manos y suspiró con hastío.

—¿Qué pretendes, Aitor?

—Estar con ella, siempre. Lo más cerca que pueda.

—Bruno pudo haberte visto cuando despertó. No creo que lo haya hecho. Era muy temprano, estaba muy oscuro, y tu hermano no se despabila hasta mucho después. Sin embargo, ¿qué habría sucedido si te veía?

—He dormido con Emanuela más veces que en mi hamaca, sy. ¡Por favor! —exclamó, exasperado.

—Pero ahora es distinto. Ella tiene catorce años y es una joven casadera, sin mencionar que, por el modo en que reaccionó cuando te arrestaron y después, mientras estuviste fugado, quedó claro para todo el pueblo que está enamorada de ti.

—¿Sí? —se animó Aitor—. ¿Quedó claro para todos?

—Sí —suspiró Malbalá, ablandada por la sonrisa de él—. Por eso no voy a permitir que mancilles su nombre. Ella es mi hija, Aitor, mi responsabilidad. Si mi *pa'i* Ursus llegase a saber que no la respetas y que te metes en su cama, ¿qué crees que haría? Me la quitaría, eso haría, y a mí me despacharía al *cotiguazu*, con las otras viudas.

—Lo siento, sy. No había pensado en eso.

—Lo sé. Como te dije ayer, tienes un corazón egoísta y solo piensas en ti. Por eso

estoy advirtiéndote. Quiero que, mientras estés en mi casa, duermas en tu hamaca.

—Así lo haré.

—Ella es muy inocente, Aitor —alegó, sin la dureza de instantes atrás—. A pesar de tener catorce años, no es como las demás muchachas. Nadie la considera una mujer. Ya ves que mi *pa'i* Ursus le permite entrar en la casa de los padres a pesar de que ya pasó la edad. Tal vez sea mi culpa; nunca quise que creciera. Siempre deseé que fuese mi niñita la vida entera. Verla crecer es doloroso para mí. Pensar en que tú te aprovechas de su inocencia...

—Sy —Aitor le detuvo la mano sobre el telar y se la apretó—, yo la amo. No soporto que pienses que me aprovecho de ella. ¿Cómo podría, si la respeto como a nadie? Es que es tan dulce conmigo y... Soy un hombre, sy, no uno de los *pa'i*. Es muy difícil para mí resistirme a la tentación que Emanuela es para mí.

—Pues te aguantas, Aitor. No quiero darle excusas a mi *pa'i* Ursus para que me la quite. Compórtate, por el bien de ella. La respetas en tanto no sea tu esposa.

—Me casaría con ella hoy mismo —manifestó, vencido—, pero sé que si hablase con mi *pa'i* Ursus, este me diría que tiene que consultarlo con el superior y con el provincial, y con el obispo, y con el gobernador, y con Tupá y todos los santos, para terminar explicándome lo que ya sé, que los matrimonios mixtos están prohibidos y que no puede dármele. Creo que lo mejor será robármela.

—¿Y adónde la llevarías, ya que no a lo de tu padre? No quiero que mi Manú sufra carencias, hijo. Aquí no le ha faltado nada.

—Por eso me contengo, sy, por ella, porque quiero convertirla en una reina. Tengo que remediar muchas cosas en mi vida antes de llevármela. —Se puso de pie; no deseaba prolongar esa conversación cuando lo lastimaba darse cuenta de que aún faltaba un largo camino por recorrer antes de encontrarse en posición de reclamar a Emanuela como su esposa—. Iré a visitar a mi tío Palmiro a la ebanistería.

—Está bien. Me lo saludas, por favor.

De camino al taller de Palmiro Arapizandú, Aitor sofocaba la risa que le producían las miradas curiosas y sorprendidas que le lanzaban los vecinos. Marchaba con la cabeza en alto, haciendo gala de sus tatuajes abipones y simulando indiferencia. Al poner pie en la ebanistería, se topó con Laurencio nieto, que se echó hacia atrás al tiempo que sofocaba una exclamación. Aitor lo miró de arriba abajo, con desprecio. Laurencio, en cambio, fijaba la vista en su rostro tatuado. Había crecido, advirtió Aitor; estaba más alto y más fornido, y sus rasgos, al afilarse y perder la calidad aniñada, habían cobrado un parecido desconcertante con Laurencio abuelo. Cuando sus ojos hicieron contacto, el muchacho abandonó la mueca de asombro y endureció la expresión. Ese desplante calentó la sangre de Aitor, y no ayudó a aplacar su ira acordarse de que, durante la misa, el muy infeliz había devorado con la mirada a Emanuela; ni siquiera mientras se arrodillaban en el

momento de la consagración, sus ojos la habían abandonado.

—Apártate de mi camino, gusano —exigió Aitor.

—Apárteme, si puedes. Ya no soy el niño al que golpeaste tiempo atrás.

—¿Niño? No recuerdo haber golpeado a ningún niño, solo a un imbécil que se atrevía a darle regalos a mi mujer.

—¡Manú no es tu mujer!

Aitor rio con sorna y, al pasar a su lado, lo golpeó con el hombro. Laurencio perdió el equilibrio y, al sujetarse a una mesa, soltó la delicada pieza que transportaba.

—¡Maldito! —masculló, mientras se inclinaba para recoger las partes—. Algún día me las pagarás a todas juntas.

* * *

Después de pasar un buen rato con su tío Palmiro, Aitor se dirigió a la casa de sus abuelos. Iba abstraído en sus cavilaciones y no prestaba atención al entorno. Se sobresaltó cuando lo llamaron por su nombre. Se dio vuelta con un ceño. Olivia se hallaba detrás de él. En un principio, la observó, confundido; no se dirigían la palabra en público, era una regla tácita entre ellos. Después, su mueca cambió por una de fastidio al recordar que la pérfida lo había traicionado al referir su encuentro con la esclava.

—¿Qué quieres?

—Estoy feliz de que hayas vuelto. Muy feliz —remarcó, y avanzó para cerrar la distancia.

—He vuelto, pero no gracias a ti, que me echaste de cabeza cuando le contaste a las autoridades y a mi *pa'i* Ursus que me habías visto con la negra.

La muchacha bajó la vista en un gesto contrito.

—Perdóname. Cuando supe que la habían asesinado, me asusté, y no me atreví a guardar el secreto.

Aitor la contempló con desprecio.

—Adiós, Olivia.

—¡No te vayas! —Lo sujetó por el antebrazo.

—Suéltame —masculló él—. ¿Qué quieres?

—¿Nos veremos esta noche en la barraca? Me gustaría mirarte de cerca los tatuajes. Son hermosos.

Aitor la estudió con deliberada lentitud. Sin duda, era una hembra tentadora, con las caderas redondeadas y succulentas y los pechos enormes. Ella no había perdido el apetito durante su ausencia. Sonrió, lo cual desorientó a Olivia. Con el regalo que su Jasy le había hecho esa mañana, la urgencia que lo había empujado a buscar alivio en

el cuerpo de esa mujer en el pasado se había esfumado.

—No, no volveremos a vernos.

—¿Es que ahora quieres serle fiel?

—Adiós, Olivia.

—¿Por qué la eliges a ella? —le preguntó con voz agitada, mientras apretaba el paso para mantenerse junto a él—. No comprendo. ¿Qué tiene ella que yo no?

Aitor se detuvo en seco y se volvió con un giro furibundo.

—¿Me preguntas qué tiene ella que no tengas tú? Te lo diré. Ella jamás creyó que yo hubiese asesinado a la esclava, ni por un instante. Y a diferencia tuya, que me señalaste con el dedo como todos los demás, ella me defendió como nadie lo hizo.

—¡Ella no te vio fornicando con esa mujer! Si te hubiese visto...

—Si me hubiese visto, tampoco lo habría creído.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque la conozco desde el día mismo en que nació. Y porque nadie me conoce a mí como ella. Nadie, Olivia. Y ahora, deja de seguirme. Me fastidias.

* * *

Emanuela terminó su clase, se despidió del padre Santiago y salió embozada en un chal de lana que le había tejido Malbalá. El día estaba fresco. Una sonrisa inconsciente le embelleció el semblante al descubrir que Aitor la aguardaba en el pórtico, apoyado en una columna. La alegría se le mezcló con la excitación, porque al verlo tan seguro de sí, tan masculino, con su cabello larguísimo y suelto, y los tatuajes, lo deseó con una intensidad turbadora. Él no parecía tener frío a juzgar por la camisa de mangas cortas. Le miró los brazos, y, al descubrir los tatuajes que le circundaban el músculo, una nueva agitación le aceleró las inspiraciones. Caminó hacia él, nerviosa y sofocada, avergonzada también a causa de sus mejillas arboladas, que la delataban. No quería parecerle una niña.

Aitor abandonó la cómoda posición y arrojó el palito con el que jugaba, e incluso esas dos acciones tan inocuas la alborotaron y la colmaron de deseo. ¿Qué estaba sucediéndole? La seriedad con que él la observaba no ayudaba a tranquilizarla. Se detuvo frente a él y se conminó a levantar la vista y a sonreírle.

—¿Qué sucede, Jasy?

—Nada.

—No me digas nada, Emanuela. Estás alborotada y con las mejillas coloradas.

—Abrázame —dijo, sin pensar, y aun a ella, su pedido la asombró.

Aitor la encerró contra su pecho y la besó en la coronilla.

—¿Comiste?

—Sí, en el hospital. Y comí bien. No quiero que me veas flaca.

—¿Qué piensas? —La apartó para mirarla a los ojos—. ¿Que no me gustas delgada? —Emanuela asintió, con la vista baja—. Jasy, te amo de cualquier forma, pero necesito saber que te alimentas porque si no te debilitas. Eso es lo que dice mi *taitaru*. Tú lo sabes mejor que yo.

—Sí, eso dice. Pero yo quiero gustarte, Aitor, como tú me gustas a mí.

Se la quedó mirando, conmovido por la preocupación de ella, asombrado por el hecho de que una niña de catorce años, con solo unas palabras expresadas con inocencia, lo dejase mudo y jadeando como un perro. Su Jasy. Le acarició la mejilla caliente con el dorso de los dedos, ahí, frente a la casa de los padres.

—Ven, amor mío. Salgamos de aquí. No quiero que mi *pa'i* Ursus nos vea.

—Él no está en la casa.

—¿Con quién tomabas tu clase, entonces?

—Mi *pa'i* Santiago está enseñándome griego.

Aitor soltó un silbido que la hizo reír.

—Castellano, latín y ahora griego. Terminarás más sabionda que los *pa'i*, Jasy.

—No creo —dijo, todavía risueña.

—Amo cuando ríes.

El arbol de ella se intensificó, y Aitor soltó una carcajada.

—Yo también amo cuando ríes, Aitor. Me encanta ver tus dientes tan hermosos y blancos. Me gustan tus colmillos de luisón.

Aitor la aferró por la cintura y la ocultó en el hueco profundo de la puerta de la sacristía. La envolvió con ademán exagerado, como si pretendiese sofocarla, y, mientras le mordisqueaba el cuello, rugía y le hacía cosquillas. Emanuela, con los brazos y los cartapacios atrapados contra su pecho y el de Aitor, reía y se retorció, sin escapatoria.

—¿Así que te gustan mis colmillos de luisón? —Emanuela seguía riendo a carcajadas, corta de aliento—. ¿Conque te gustan? Dímelo de nuevo, que te gustan, o no cesaré de hacerte cosquillas.

—¡Me gustan! —se apresuró a contestar, entre risotadas—. ¡Me encantan!

—¿No les tienes miedo?

—¡No!

—¿Ni siquiera si te muerdo?

—¡Muérdeme!

Aitor se detuvo y tomó distancia para observarla. Componía una imagen adorable, con los pómulos arrebolados, los labios húmedos y entreabiertos, por donde escapaba su aliento agitado y fragante, y los ojos brillantes de gozo. ¡Cuánto la amaba!

—Muérdeme por todas partes —dijo ella, mirándolo con fijeza, todavía jadeando.

Su pene se alzó en un santiamén y chocó contra el vientre de Emanuela.

—¡Qué feliz me haces! —exclamó antes de inclinarse para atrapar sus labios.

El beso, que había pretendido mantener bajo control, se desmadró cuando Emanuela, sujetando sus libros y cartapacios con una mano, introdujo la otra bajo la manga de su camisa y le apretó la carne del hombro. Que gimiera y agitara la pelvis mientras él le rozaba un pezón erecto no ayudó a aplacar la locura que se había desatado contra la puerta de la sacristía. Fue Emanuela quien apartó el rostro en busca de aire y cortó lo que para él resultaba imparable. Pegó la frente en la sien de ella e inspiró profundamente en un intento por recobrar el ritmo normal de las pulsaciones.

—Jasy...

—¿Qué?

—Me vuelves loco, amor mío.

—Tengo que regresar al hospital. Mi *pa'i* van Suerk está esperándome.

—Sí, sí, claro.

—Aitor, mira lo que tengo aquí. —Deslizó la mano dentro del bolsillo del mandil y sacó una llave enorme y negra.

—¿De la torreta?

—Sí. ¿Quieres que vayamos esta tarde? ¿Para estar solos y conversar?

Creyó que se ahogaría de tanto amor y emoción. ¿Cómo podía una niña provocarle esos sentimientos tan poderosos? ¿Dónde residía su misterio? ¿En verdad sería un ángel disfrazado de humano?

—¿Iremos esta tarde a la torreta?

—Sí, iremos —contestó, y ella frunció el entrecejo al sonido extraño de su voz ronca—. Estoy bien —aclaró, para tranquilizarla—. Es que me diste una gran sorpresa con la llave. Durante el tiempo lejos de ti, soñaba con nuestros encuentros en la torreta. A veces... —se interrumpió cuando la garganta se le agarrotó en el intento de suprimir el temblor en la voz.

—¿A veces, qué, Aitor?

—A veces, cuando tu ausencia se me hacía muy pesada, me decía que nunca más volveríamos a nuestra torreta, y me ponía muy triste.

Emanuela le acarició la mejilla.

—Nunca fui a nuestra torreta mientras estuviste lejos de mí. No habría soportado entrar allí sin ti. Yo también estaba muy triste. Pero ahora quiero que seamos felices. Quiero hacerte feliz, Aitor.

Le sujetó la carita delgada con las manos y la besó con reverencia.

—Lo haces, Jasy. Me haces feliz desde el día en que naciste.

* * *

Aitor aprovechó la tarde sin Emanuela para ir al arroyo a bañarse. No se afeitaría porque ella le había dicho que le gustaban su barba y las cosquillas que le hacía

mientras la besaba en el cuello. Se cambió los calzones y se puso la camisa de algodón de Castilla, que había perdido su blanco para volverse de un grisáceo poco atractivo. A eso de las seis, con el sonido de las campanas que inundaban el pueblo e invitaban a la misa vespertina, Aitor se escabulló a la torreta y entró después de cerciorarse de que nadie miraba en esa dirección. Agradeció esos minutos a solas para habituarse a la conmoción que significó encontrarse en un sitio que tanto significaba para él y su Jasy. La tierra que se acumulaba sobre el telescopio de bronce delataba el tiempo que había transcurrido sin que nadie lo aprovechara. Se sentó a un costado de la tronera y descansó la espalda contra la pared. Le resultaba difícil creer que había conseguido regresar a San Ignacio Miní y que hubiese encontrado a su adorada Jasy tan enamorada como antes de partir. ¿Siempre lo amaría? Ella aseguraba que lo amaría toda la vida. Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos, abrumado por el amor de ella, pero también por las preocupaciones.

El chirrido de los goznes lo rescató de su abstracción. Se puso de pie en un movimiento rápido y flexible, y aguardó con el aliento contenido. Emanuela se deslizó dentro con actitud furtiva y cerró. Se dio vuelta, y sus miradas se entrelazaron. Durante algunos segundos, les resultó imposible cerrar la distancia que los separaba, y permanecieron contemplándose. A él lo enterneció que ella se hubiese quitado el mandil, cambiado el tipoy y lavado un poco; algunos mechones húmedos sobre las sienes la delataban. La vio depositar una canasta en el piso, soltar el chal que mantenía ajustado sobre el pecho y dirigir las manos hacia atrás. Tragó con dificultad cuando se dio cuenta de que estaba deshaciéndose el rodete. Las trenzas colgaron, pesadas, a los costados. Admiró la destreza con que las desarmó y con que se acomodó el cabello en torno al rostro, que se transformó por completo. Parecía otra persona. Más mujer, menos inocente.

—Siempre me pedías que me soltara el cabello. ¿Lo recuerdas?

Aitor asintió, cautivado por su voz, que también había cambiado; sonaba con un timbre más profundo, oscuro tal vez.

—No puedo creer que estemos de nuevo en nuestra torreta.

—Jasy... —susurró.

Emanuela emitió un sollozo y se cubrió la boca. Aitor avanzó hacia ella con un gesto implacable, y ella lo imitó. Se encontraron en un abrazo que nunca los acercaba lo suficiente. Aitor la rodeaba y la pegaba a su cuerpo con actitud desquiciada, excitado al percibir la codicia de las pequeñas manos de Emanuela en su espalda. Hundía el rostro en su cuello y pegaba la nariz a su piel para ahogarse en el aroma de ella. ¿A qué olía? Ese aroma la acompañaba desde la niñez, mezcla de los pétalos del franchipán y el almizcle de yacaré con que Malbalá fabricaba el jabón y algo más, una esencia indefinida, que lo enloquecía.

—No creo que se pueda ser más feliz de lo que soy junto a ti, Emanuela.

—Aitor... Bésame —suplicó en la creencia de que, con sus labios, él aplacaría la tormenta que se había desatado en su cuerpo.

Aitor arrastró los labios desde la depresión oculta tras la oreja hasta la boca de ella y, en su camino, fue regando mordiscos en el filo de su mandíbula, y con cada mordisco, un hilo invisible se tendió al punto que se escondía entre sus piernas y que tanto pesar estaba causándole. Aitor le cubrió un seno con la mano, y su calor, en lugar de relajarle el pezón, lo volvió tan duro que gimió a causa del padecimiento. Aitor le mordió el labio inferior, y la imagen que ella conjuró, la de sus colmillos clavados en su carne, resultó devastadora porque convirtió el latido entre las piernas en una punzada insoportable. Produjo otro gemido, largo y lastimero.

—Aitor... —sollozó.

—¿Qué, Jasy? Dime qué necesitas.

—Haz que pase, Aitor. El dolor... ahí... Haz que pase, por favor.

—Sí, amor mío, sí.

—Por favor...

Aitor la obligó a darse vuelta y pegó la espalda de Emanuela a su pecho. Le calzó el brazo izquierdo en torno a la cintura y levantó el tipoy para deslizar con premura la mano derecha entre las piernas de ella, que las cerró en una reacción mecánica.

—Sepáralas, Jasy. Déjame ayudarte. Déjame calmar el dolor, amor mío.

Emanuela, con la cabeza echada sobre el hombro de él y los ojos cerrados, asintió. Aflojó los muslos y separó apenas las rodillas. Aitor le acarició el monte de Venus a través del algodón del calzón.

—¿Es ahí donde duele?

—Sí —gimoteó con voz de niña.

—Voy a quitarte esto para aliviarte. Tranquila. —Tiró de la cinta de la jaretera, y el nudo se deshizo con facilidad. Le bajó la prenda hasta sentir que había desnudado sus nalgas. Alzó el tipoy y las dejó al aire, pegadas a sus piernas. No debía mirarlas, se dijo. Tenía que ocuparse de ella primero. Las acarició como había hecho esa mañana, solo que el contacto directo con la piel, tan suave, tan perfecta, le pronunció la erección hasta un punto en el que se arriesgaba a humillarse como tantas veces en el pasado. No estaba ayudándola con esas caricias; al contrario, le provocaba un aumento en la presión que la asolaba entre las piernas. Lo percibía en sus gemidos y en la desesperación con que sus dedos se le clavaban en la nuca. Apartó la mano de su trasero y la hundió entre sus piernas. Emanuela dio un respingo. El brazo de Aitor se cerró en torno a su cintura para impedirle escapar.

—Estás tan mojada —dijo, con fascinación, pero ella lo malinterpretó y sollozó, avergonzada.

—Lo siento —se disculpó, con voz vacilante.

—No, Jasy, no. No sabes lo feliz que me haces por estar tan mojada.

—¿De veras?

—Sí, amor mío. Mojada para mí. Mojada para recibirme dentro de ti. Algún día voy a lamerte ahí abajo.

—Aitor...

—Sí, lo sé. Me necesitas. Y yo necesito ayudarte. ¿Confías en mí? —Emanuela asintió, con los ojos cerrados, siempre pegada al pecho de él—. ¿Prometes no asustarte?

Volvió a asentir. Aitor le introdujo el dedo mayor en la vagina, y el gemido que Emanuela profirió con la cabeza echada hacia atrás habría bastado para hacerlo eyacular si no hubiese apretado los párpados e imaginado la cara de su padrastro. Respiraba como un caballo desbocado y no se atrevía a abrir los ojos, no quería mirarla.

—Aitor... Por favor.

Movió el dedo, e incluso con esa pobre intrusión, la notó apretada. No se demoraría en fantasear con su pene profundo dentro de esa cálida y ajustada suavidad. Le tocó apenas el pequeño bulto, al cual encontró inflamado y caliente, y Emanuela profirió un grito y le clavó los dientes en la carne desnuda del brazo izquierdo.

—¡Jasy! —exclamó, enloquecido por el deseo—. Oh, Dios, Jasy...

—Aitor... Más. Ahí. Más.

El movimiento sincronizado de sus dedos —el mayor que entraba y que salía, y el pulgar que empujaba el punto por el cual ella rogaba— fue generando una tensión que, temió, acabaría por matarla. De manera instintiva, comenzó a mecer la pelvis para aumentar la fricción y la velocidad. Tomó conciencia de su acción cuando Aitor emitió un jadeo ronco en su oído.

—Sí, Jasy, eso es, amor mío. Muévete. Así querré que te muevas cuando me montes, cuando te tenga empalada con mi *tembo*.

Emanuela no comprendía lo que le decía, tampoco se esforzaba por hacerlo, y, por cierto, no estaba en posición de preguntar. Solo percibía su tono aprobatorio y seguía agitándose sobre sus dedos. La tensión y el dolor eran lo único que contaba en ese momento. Resultaba increíble que persistiera en esa danza procaz y pecaminosa cuando lo único que conseguía era aumentar la presión en lugar de aliviarla. Pero no podía detenerse. Cuando ya parecía insoportable, cuando le resultaba imposible respirar, cuando la sangre le pulsaba en los oídos y la ensordecía, un clamor perforó el silencio de la torreta y se reprodujo una y otra vez, hasta que se dio cuenta de que era ella la que gritaba, y de que lo hacía como consecuencia de la sensación demoledora que se expandía desde sus piernas hasta obligarla a curvar los dedos de los pies. ¿De qué se había tratado eso? Replicaba entre sus piernas el placer que la había arrollado, dejándola sin aliento, sin fuerza. Si Aitor no la hubiese sujetado, se

habría derramado en el suelo. Aflojó los dedos que le había clavado en la nuca y los que le clavaba en el antebrazo. ¿Lo habría lastimado? A ella, las puntas de los dedos le dolían. Giró la cabeza y le besó el filo de la mandíbula. Entonces, lo notó acezante y tenso.

—¿Qué fue eso? ¿Qué me sucedió?

Aitor rio, emocionado, y la besó en la sien con una dulzura y suavidad que se contraponían con la rigidez de su cuerpo.

—Eso fue nuestro amor. El placer que nuestro amor nos da. Jasy, mi Jasy. —La besó de nuevo y no apartó los labios de la sien para confesarle—: Verte en el placer, amor mío, es mucho más de lo que imaginé.

—No sabía que se podía experimentar una sensación tan... inexplicable.

—Es la misma que me hiciste sentir a mí esta mañana.

—¿Sí?

—Sí —ratificó Aitor, mientras le besaba el punto donde la vena latía con frenesí bajo la piel del cuello—. Siempre me pareces hermosa, pero hace un momento, mientras el placer que estaba dándote con mis dedos te hacía gritar... Nunca había visto algo tan sublime.

Emanuela suspiró con lánguida disposición. Se daba cuenta de que Aitor no había quitado los dedos de entre sus piernas, y secretamente deseaba que no lo hiciera. ¿Era inapropiado su comportamiento? ¿Era pecado? Él le había dicho que se trataba del regalo de su amor. Nada malo provenía de él.

—Quiero darte placer, Aitor. ¿Puedo? Quiero que sientas lo que yo sentí.

Aitor, que a duras penas se mantenía a raya para permitirle asimilar lo que acababa de experimentar, soltó el aliento con violencia.

—Jasy... —pronunció en un jadeo—. ¿Quieres darme placer, amor mío?

—Sí, es lo que más quiero.

Aitor apretó los ojos mientras las palabras de su madre regresaban con la fuerza de un latigazo. «*Pensar en que tú te aprovechas de su inocencia...*» ¿Estaría tomando ventaja de ella, de su entrega, de su confianza en él, que era infinita e incondicional?

—Perdóname, amor mío —dijo, angustiado.

—¿Por qué?

—Por hacerte vivir cosas cuando aún no estás preparada.

—Siempre me pides perdón por eso. No lo hagas, por favor. Me haces sentir que soy una niña o que hice algo mal. ¿Hice algo mal? —quiso saber, desconcertada, avergonzada también, y agradeció darle la espalda.

Aitor cerró los ojos y sonrió con semblante beatífico.

—Tú nunca haces nada mal, Jasy. Y lo de recién fue... Lo más intenso y hermoso que he visto y vivido. —La besó en los labios—. Tengo miedo de asustarte, de que después te arrepientas y pienses que lo que hacemos es pecado. No quiero que me

culpes. No quiero que pienses que este amor que nos tenemos es sucio y pecaminoso. Que nuestro placer...

—Nuestro placer es el regalo de nuestro amor —lo interrumpió ella.

—Sí —afirmó él en voz muy baja.

—Nada que venga de ti será malo, Aitor. Lo que tú me digas, yo lo haré porque en nadie confío como en ti.

Hundió la cara en su cabello e inspiró para aplacar la emoción. Aunque no la mereciese, era a él a quien ella amaba. Era él quien había estado en la jangada aquella noche en que la rescataron de una muerte segura. Su Jasy. Su adorada, amada y maravillosa Jasy.

—Quiero darte el regalo de nuestro amor, Aitor. De nuevo, como esta mañana. ¿Puedo? —insistió con la generosidad que la volvía entrañable.

—Sí, amor mío. Yo también lo necesito.

—¿A ti te duele también?

—Sí.

Emanuela deslizó la mano entre sus cuerpos con la clara intención de aferrarle el miembro erecto que le descansaba en la base de la espalda.

—No.

—¿No? Esta mañana...

—Ahora no, Jasy. Si me tocas, el placer no durará nada.

—Oh.

Retiró los dedos de ella y se alejó, y Emanuela emitió un quejido lamentoso. Sin él, se sentía vacía y fría. Se puso los calzones de nuevo y aguardó hasta que Aitor la condujo hacia la pared.

—Permanece allí, contra la pared —le ordenó con imperio, y en ella volvieron a agitarse los cosquilleos que terminaban por convertirse en las punzadas insoportables—. Aguarda un momento.

—Está bien.

Aitor se ubicó detrás de ella con tanto sigilo que solo advirtió su presencia cuando le descansó el torso en la espalda. Al contacto, una corriente, que la surcó rápidamente, de pies a cabeza, le erizó la piel y le endureció los pezones. Todo volvía a comenzar.

Aitor sujetó su chal, prolijamente doblado, contra la pared y le indicó al oído:

—Apoya aquí la mejilla. No quiero que la piedra te lastime.

—Está bien.

Con lentitud reverente, casi con miedo a su propia reacción, a la de su pene, le levantó el tipoy. Emanuela gimió, y él le besó el cuello para tranquilizarla.

—No temas. —Se acuclilló detrás de ella y la deshizo del calzón—. Levanta el pie, Jasy. Ahora el otro. —La prenda quedó a un costado—. Oh, Jasy —dijo, con

devoción ante su trasero desnudo, pequeño y blanco. Lo cubrió con las manos, y por primera vez la diferencia del color de sus pieles lo afectó profundamente—. Amor mío —dijo, y arrastró los labios con talante desesperado por la carne de sus nalgas.

—¡Aitor! —la escuchó exclamar, y no supo distinguir si había reproche, vergüenza o súplica en su voz.

Se puso de pie, de pronto urgido por aplacar la bestia que le rugía en las entrañas.

—No separes el rostro del muro —le ordenó mientras le apartaba la pelvis de la pared. Su voz forzada y extraña la atemorizó, en tanto la acción de sus manos, considerada, aunque decidida, la excitó, y la puntada que había desaparecido volvió a azotarla con brutalidad.

—¡Aitor! —gimió, y esta vez él entendió que clamaba su nombre porque lo necesitaba.

Sonrió con viril satisfacción mientras le separaba las nalgas para acomodar la erección en la hendidura del trasero de ella. Comenzó a moverse. Le sujetó la cadera con la mano izquierda, mientras con la derecha volvió a apoderarse de su entrepierna. Emanuela ocultó el rostro en el chal para ahogar un grito de placer. Aitor se detuvo, a punto de eyacular. Se quedó mirándola, pensando que esa imagen, la de su Jasy contra la pared, entregada con tanta sumisión y confianza a su lascivia, habría bastado para arrastrarlo a la eyaculación más violenta y placentera de su vida.

Movió lentamente los dedos dentro de ella y sobre el pequeño bulto de carne, todavía inflamado y viscoso, y la visión de sus manos, que se sujetaron con un movimiento desesperado a la sinuosidad de la piedra, y el nuevo clamor que sofocó en la prenda estuvieron a punto de arruinar el juego que no pretendía terminar tan rápido. Cerró los ojos, inspiró y soltó el aire con exhalaciones contenidas.

—No ocultes el rostro, Jasy. Déjame verte. Solo apoya la mejilla, amor mío. Necesito verte.

—No quiero gritar —se justificó ella, sin aliento—. No quiero que me escuchen. Pero no puedo evitarlo.

—Nadie te escuchará aquí arriba. Estos muros son muy gruesos. Aprieta el trasero, Jasy. Apriétame con tu carne, como si estuviese dentro de ti. ¡Ahhh! —exclamó, cuando ella obedeció con la premura que empleaba para satisfacerlo—. ¿Sabes cuántas veces soñé con tenerte de este modo? ¿Tienes idea de lo feliz que me haces?

—¿Tanto como tú a mí?

—¿Te hago feliz, Jasy?

—Solo tú me haces feliz. Inmensamente feliz, amor mío.

Acicateada por el dolor y las pulsaciones entre las piernas, Emanuela agitó la pelvis. Aitor emitió un jadeo ronco y le mordió el músculo del hombro.

—Aitor... Más rápido. Por favor.

Los dedos de él aumentaron las fricciones, lo mismo que sus caderas incrementaron los impulsos contra el trasero de ella. Emanuela abrió la boca para proferir un grito que nunca alcanzó su garganta, mientras un placer intenso y prolongado la hundía en un pozo sin fin. Con los últimos espasmos, un gemido angustioso brotó de sus labios.

—Oh, Jasy —susurró Aitor, estupefacto por la imagen de ella en el orgasmo. Había hablado con sinceridad al afirmar que verla gozar era sublime, mucho más imponente de lo que había imaginado en sus incontables noches solitarias. Su entrega era absoluta, generosa y libre, y él enmudecía de admiración y regocijo.

Cerró los ojos y se impulsó con violentas embestidas entre los glúteos de ella hasta alcanzar un alivio tan demoledor que separó a Emanuela de la pared y la levantó del piso. En un acto instintivo, ella llevó los brazos hacia atrás y se aferró a su nuca. Siguió refregándose en el trasero de ella, mientras su pene los bañaba a ambos con la simiente de él. Los roncos jadeos se repetían a medida que Aitor gozaba del placer más intenso del que tenía memoria.

El chorro le acarició la parte baja de la espalda y se escurrió sobre su trasero, y Emanuela sonrió, dichosa.

—Volviste a marcarme —dijo, y él apretó los ojos y le hundió los dedos en la carne.

—No sé cómo haces para decir lo que dices y ponerme duro de nuevo —acertó a balbucear, en un hilo de voz—, pero siempre lo logras. Con pocas palabras, lo logras, amor mío.

Aitor la mantuvo pegada a su torso durante algunos segundos, los pies de ella aún en el aire. Le cubría el monte de Venus con la mano abierta y la empujaba contra su pelvis, al tiempo que removía el miembro en la fisura de su trasero. Aun después del clímax devastador que le había arrebatado el aire de los pulmones, todavía lo asaltaban espasmos placenteros y brotaban algunas gotas de semen.

—No puedo separarme de ti —admitió él, y le besó la mejilla—. No puedo apartarme de tu cuerpo.

Emanuela volvió el rostro y le acarició la boca con los labios.

—Esto que me has dado, Aitor, es lo más hermoso que he vivido. Solo tú podías dármelo.

—Solo yo, Emanuela —declaró él, con fiero acento—. Me lo juraste, lo juraste por mi vida, que solo a mí pertenecerías.

—Solo a ti, Aitor.

Le sujetó las mandíbulas con una mano, la obligó a volver la cara con una insistencia imperiosa y le apretó las mejillas hasta que sus labios carnosos sobresalieron. Los devoró con maliciosa ansiedad. Emanuela cedió enseguida, y abrió la boca para permitir que su lengua la penetrase. La respiración acelerada de él y los

sonidos que producía la humedad del beso llenaban el recinto de piedra y techo alto.

Aitor se instó a detenerse o nunca acabaría, y el ciclo se repetiría una y otra vez. Aflojó las manos sin soltarla, y el cuerpo de Emanuela se deslizó por su torso hasta que sus pequeños pies, desnudos y fríos, se detuvieron sobre los de él. Incluso ese contacto le arrancó un gemido y le agitó los testículos. Lo impactaba lo poco que ella necesitaba para excitarlo. Estaba a su merced.

—Jasy, no creo que pueda dejarte tranquila ahora que sé lo que es compartir el placer contigo.

—Vendremos aquí tanto como podamos, Aitor.

—Creo que «tanto como podamos» no será suficiente para mí. —Emanuela guardó silencio y se tensó. Aitor la besó en el cuello con dulzura para tranquilizarla—. No quiero que te preocupes por lo que acabo de decir. Lo haremos siempre que podamos.

—Yo quiero hacerlo —aseguró ella, con una vehemencia encantadora—. Quiero darte placer cada vez que lo necesites.

—Te necesito siempre, Jasy, a cada momento. Sabía que contigo sería de este modo, sin medida, sin fin, aunque nunca imaginé lo que acabas de hacerme vivir.

Emanuela giró en sus brazos y elevó la vista con timidez.

—¿Cuándo sea tu esposa será tan maravilloso como ahora?

—Será mejor porque entraré dentro de ti, tan profundo que me rogarás que nunca salga y, cuando no esté dentro de ti, te sentirás vacía y querrás que vuelva a entrar.

—Aitor... —exhaló, y echó la cabeza hacia atrás, acometida por una nueva oleada de pasión.

—Te llenaré con mi semilla y me llevarás dentro de ti todo el día, todos los días.

—Sí. —Percibió los labios de él sobre los de ella, y, asaltada por un inesperado impulso, se puso en puntas de pie, le sujetó el rostro y lo penetró con la lengua. Aitor respondió con la misma destemplanza, y enredó su lengua con la de ella, y se la succionó, y le mordió los labios y se introdujo en su boca imaginándose que lo hacía en su vagina y con su pene.

—Emanuela... —susurró en un jadeo.

—Déjame ver tu *tembo*. Por favor —imploró.

Aitor dio dos pasos hacia atrás con el semblante serio y una actitud alerta. Emanuela estiró el brazo para tocarlo, y él la frenó sujetándola por la muñeca.

—No, Jasy.

—¿Por qué no? —se afligió.

—Te lo dije ayer. Si lo haces, no creo que pueda contenerme. Y le prometí a mi sy que te respetaría. ¿Te gusta lo que ves?

—Sí. No lo recordaba así del día en que te espíe mientras te bañabas. Ahora está más grande.

—No hagas eso.

—¿Qué?

—Lamerte los labios y mirarme la verga.

—¿La verga?

—Sí. El *tembo*. Es lo mismo. Ven, quiero limpiarte.

—Trae mi canasta. Ahí hay un pañuelo.

Aitor giró para ir hacia la puerta, donde yacía la canasta, y le dio la espalda. Emanuela, que no podía apartar la vista de su pene, sufrió una desilusión. Recogió el chal, lo abrió, lo sacudió y lo extendió en el suelo. Aitor regresó, con el miembro todavía fuera, y los ojos de Emanuela se posaron en él.

—Dame el pañuelo —pidió Aitor, y le entregó la canasta.

—¿Quieres que te limpie?

—No, yo te limpiaré a ti. Ven. —La obligó a darse vuelta y, mientras le quitaba los restos de semen de la espalda y del trasero pequeño y blanco, recordó el día en que lo arrestaron para no perder la cordura y saltarle encima como un animal—. Ponte los calzones.

En tanto lo hacía, Emanuela observaba las maniobras que Aitor empleaba para limpiarse la cabeza del pene y el estómago. Se dijo que no debería hacerlo, mirarlo tanto, pues la puntada estaba regresando. Aun cuando él lo metió dentro y se ajustó la cintura de los calzones, Emanuela sintió la incomodidad entre las piernas. La turbaba el modo en que fruncía el entrecejo mientras llevaba a cabo esas simples acciones, y también la destreza y hermosura de sus manos curtidas, grandes y fuertes, que tanto placer le habían brindado. Le dio la espalda e inspiró profundamente para distender la tensión en el estómago.

—¿Todavía tenemos tiempo para conversar? —quiso saber él.

—Sí —susurró ella, de pronto cohibida por lo que acababan de compartir. Lo vio sentarse sobre el chal, con la espalda contra la pared, plegar las rodillas y separarlas un poco. Lucía cansado.

—Ven —le ordenó—. Siéntate aquí. —Señaló el espacio entre sus piernas.

Lo obedeció, y enseguida se vio atrapada en el fervor de sus brazos, que la rodearon y la acomodaron contra su pecho. Ladeó la cabeza para exponerle el cuello cuando él le apartó el cabello.

—¿Cómo te sientes? —quiso saber, de nuevo dulce y atento—. ¿Pasó el dolor?

—Sí, aunque cualquier cosa que hagas lo trae de nuevo.

Aitor rio por lo bajo y la besó en la mejilla, de la cual no se apartó para susurrarle:

—¿Qué cosas?

—Limpiarte la verga, por ejemplo.

Sin remedio, su pene cobró vida de nuevo. Cerró los ojos y suspiró, agobiado por la inocencia de ella, por el amor que le tenía, por la pasión que le había regalado con

tan solo catorce años, pero, sobre todo, por su entrega absoluta e incondicional.

—¿Por qué le prometiste a mi *sy* que me respetarías? ¿Qué significa eso?

—Que no te haré el amor hasta después de nuestra boda.

—¿Por qué? —se desilusionó.

—Porque si mi *pa'i* Ursus llega a enterarse, te alejará de nosotros.

—No. Nunca volveré a alejarme de ti.

—Lo sé, pero como todo es incierto ahora, quiero que seamos precavidos y no le demos excusas para apartarte de mí.

—¿Por qué todo es incierto ahora?

—Porque necesito decidir si nos quedaremos en San Ignacio o si tendremos que irnos.

Emanuela recogió la mano derecha de Aitor, la que había estado entre sus piernas, y la besó con deliberada lentitud y suavidad.

—Yo iré adonde tu vayas, amor mío.

—¡Jasy! —Aitor hundió la cara en su cabellera y ajustó el abrazo en torno a su pequeño cuerpo, al que ya sentía una parte de él.

—Cuéntame de tu tiempo lejos de mí. Quiero saberlo todo, por favor.

Le relató acerca de su encuentro con los abipones, e hizo hincapié en lo bien que lo habían recibido y tratado. No le refirió que había peleado en varias escaramuzas y batallas, ni que había participado de correrías para robar ganado y caballos de las haciendas de unos criollos; ella lo desaprobaría, y él no quería que lo amase menos por esos deslices.

—¿Cómo fue que te hiciste los tatuajes?

—¿No te gustan?

—Sí, te dije que sí. Y tú me gustas más que antes. De cualquier modo me gustarías. Tu rostro es hermoso y, cada vez que te veo, no importa cuántas veces al día, el corazón me da un brinco y siento algo acá —colocó la mano sobre el estómago— y acá —la deslizó sobre el monte de Venus—. Pero sé que te amaría aunque no fueses hermoso, aunque fueses feo como Miní. Lo sé.

—A veces, cuando te digo que te amo, me parece que esas palabras ni siquiera empiezan a explicar lo que siento por ti, porque lo que tú me inspiras, Jasy, es tanto, pero tanto más. No te mentía cuando te decía que eres el aire para mí. En ocasiones, cuando estaba lejos de ti y me hacías mucha falta, me costaba respirar.

Emanuela volvió a besarle la mano y se la mojó con su llanto.

—A mí también.

—No llores, amor mío.

—Son lágrimas de alegría, porque aún me cuesta creer que te tengo de nuevo para mí. Sigue contándome.

—Cuando me cansé de estar sin ti, aun sin saber si habían descubierto al asesino

de la esclava, volví para ver de qué modo podía acercarme para verte. Entonces, me crucé con Lope en las proximidades de su hacienda. —Emanuela se giró para mirarlo—. Terminé en *Orembae*, donde el padre de Lope me trató con afecto y me brindó su protección.

—Eso es extraño, ¿no te parece? Tú le quitaste a Olivia y heriste a su capataz. ¿Por qué te trataría con cariño? ¿Tal vez porque Lope se lo pidió?

—Tal vez —dijo, todavía renuente a desvelarle el vínculo que lo relacionaba con Amaral y Medeiros.

—¿Lo ves, Aitor? A pesar de que tú no le tienes afecto, Lope te quiere.

—Dejará de quererme el día en que le diga que eres mi mujer, de eso puedes estar segura.

Emanuela bajó la vista y no replicó. Sabía, por experiencia, que Aitor era más experimentado y conocedor de la naturaleza humana. No discutiría con él.

—¿Estuviste con Ginebra? —preguntó, pasado un silencio.

—Sí, claro —contestó deprisa—. Ella vive ahí.

—¿Hablaron?

—Sí. ¿Estás celosa, Jasy?

—Sí —susurró, y que lo admitiese sin una pizca de vanidad, ni de enojo, rompió el corazón de Aitor—. Ella es mucho más bonita que yo.

—A mis ojos, ella no es ni la mitad de bonita que tú. Óyeme, Jasy. Si conocieses a un hombre mucho más elegante, refinado y galante que yo, ¿dejarías de amarme para amarlo a él?

—¡Jamás!

—¿Por qué piensas que yo sí lo haría? Me lastimas con tu desconfianza.

—¡Perdóname! —Se volvió para abrazarlo, avergonzada y triste.

—Jasy, amor mío, no importa cuántas mujeres bonitas haya en el mundo. Tú eres la única para mí.

—Y tú, el único para mí.

—Y soy el hombre más afortunado por eso —dijo, y le guiñó un ojo, y la hizo reír, y ese fue el sonido más hermoso que conocía—. Jasy. —Le retiró el cabello que le ocultaba el rostro—. Hay algo que tengo que decirte, pero no quiero que te inquietes o entristezcas. Siempre quiero verte reír, amor mío.

—Dime. Seré fuerte.

—En unos días, regresaré a *Orembae*.

Los ojos de Emanuela se inundaron de lágrimas. Se volvió rápidamente, para ocultarle la desilusión.

—Jasy...

—Me prometiste que no volverías a dejarme. Lo prometiste, Aitor.

—Solo será por unos días. Antes de partir, le di mi palabra a don Vespaciano, el

padre de Lope, de que volvería.

—¿Para qué?

—Me ofreció ser el capataz de su hacienda.

—¿De veras?

—Sí, pero no voy a aceptar. De todos modos, tengo que volver para darle mi respuesta.

Le barrió las lágrimas con el pulgar y la besó en la mejilla. Su tristeza lo devastaba.

—Antes de que partas para lo de Lope, le diré a mi *pa'i* Ursus que te quiero por esposo —manifestó, resuelta.

—No.

—¿Por qué? —quiso saber, y de nuevo le tembló la voz—. ¿Por qué no puedo ir a decirle a mi *pa'i* que te quiero por esposo? Así hacen las muchachas del pueblo.

—Pero tú no eres como las demás muchachas, Jasy. Tú eres única.

—No me gusta ser distinta. *No quiero* ser distinta.

—Pero lo eres, amor mío. Eres el tesoro de la misión, la joya, y mi *pa'i* Ursus es muy celoso de ti. No te permitirá casarte conmigo tan fácilmente, lo sabes, Emanuela. Eres blanca, yo, indio, y los matrimonios mixtos están prohibidos en las misiones. Que tú, siendo blanca, vivas en San Ignacio es una gran contravención a las reglas.

—Entonces, ¿qué hará conmigo mi *pa'i* Ursus?

—No lo sé, y eso me quita el sueño, Jasy. En honor a la verdad, creo que él tampoco lo sabe y que también sufre por eso, porque tendrá que hacer lo que el superior de las misiones y el provincial le ordenen.

—¡Yo solo haré lo que tú me digas! ¡Tú eres mi esposo, aunque no nos hayamos casado aún!

—¡Jasy! —La colocó como si estuviese cargando a una criatura y la cubrió con su cuerpo, enmudecido por la grandeza de esa niña de catorce años. La escuchó llorar, y la garganta se le cerró dolorosamente. Quería serenarla, asegurarle que todo saldría bien, que nadie se interpondría entre ella y él. Guardó silencio, incapaz de articular.

—Llévame contigo.

—No —contestó, con voz forzada.

—¿Por qué?

Aitor carraspeó y tragó varias veces antes de explicarle:

—Porque estarías la mayor parte del día sola, y Lope no te dejaría en paz.

—Pero...

—Emanuela, no podría trabajar tranquilo sabiendo que ese... que Lope intenta seducir a mi mujer. Si regresase y te viese con él, lo asesinaría, no podría contenerme. Sé que no me controlaría. Entonces, me desgraciaría para siempre. ¿Quieres arriesgarte a eso?

—No —admitió, con un susurro triste.

—Entonces, no discutas conmigo. Estaré más tranquilo si permaneces en la doctrina, donde todos te protegen. Iré a *Orembae*, terminaré mis asuntos allí y volveré para no irme nunca más.

—Está bien —aceptó, muy deprimida.

—Mírame. —Como se empeñaba en ocultarle los ojos, Aitor le hizo cosquillas en el cuello con el mentón barbudo, y ella se rebulló, entre risas congestionadas—. Si no me miras, seguiré haciéndote cosquillas. —Emanuela levantó las pestañas aglutinadas por las lágrimas y lo contempló con una mezcla de resentimiento y desafío—. Jasy, quiero que entiendas que todo lo que hago es para que podamos estar juntos para siempre. Debes confiar en mi juicio y en mis decisiones. ¿Lo harás?

—Está bien.

—¿Qué traes en la canasta? Está bastante pesada —dijo, para alejarla de la tristeza.

—Traigo varias cosas —contestó, un poco más animada—. Fui a la despensa del *tupâmba'e* a pedir una pieza de percal y otra de paño. Quiero hacerte dos camisas y unos calzones. Los tuyos están muy ajados.

—Gracias, amor mío —dijo, y no le mencionó que en *Orembae* lo aguardaban varias camisas y pantalones de excelente calidad y confección, regalo de Amaral y Medeiros.

Emanuela se estiró para arrastrar la canasta y hurgó dentro hasta sacar algo que escondió a sus espaldas.

—Cierra los ojos y extiende la mano.

Aitor obedeció, y Emanuela le colocó un objeto liviano en la palma.

—Puedes ver ahora.

Se trataba de la muñequera, la que ella le había confeccionado con un mechón de su cabello y que Laurencio abuelo había utilizado para incriminarlo. Le trajo memorias felices y también espantosas, y durante unos segundos se la quedó mirando sin pestañear. Él siempre llevaba la otra, jamás se la había quitado durante su tiempo lejos de ella. Que el par volviese a completarse era un signo de que su Jasy y él no se separarían jamás. Se le nubló la vista, de pronto consciente del trabajo que se había tomado ella para recuperarla, limpiarla y conservarla para él; estaba en perfecto estado, cuando él la recordaba embarrada y ensangrentada.

—Gracias, Jasy —dijo, con voz áspera, y besó la muñequera, y después a ella, que lo sujetó por la nuca y lo pegó a sus labios con un fervor que le arrancó un jadeo. Aitor abrió la boca, ella también, y el beso cobró una nueva dimensión. Algo brutal y salvaje se desató entre ellos, una ansiedad que buscaban aplacar desesperadamente, mientras se devoraban los labios, se buscaban con las manos, se ofrecían con sus cuerpos. Emanuela terminó recostada sobre el chal con Aitor encima de ella.

Siguieron besándose. Las manos de ella se ajustaban a la cabeza de él, y el ardor con que sus dedos le apretaban el cuero cabelludo lo excitaba tanto como su lengua enredada con la de él. Lo maravillaba que esa criatura etérea e inocente guardase tanta pasión, y que solo se la concediese a él. Le buscó el ruedo del tipoy con una mano impaciente y, a ciegas, lo levantó hasta que la prenda dejó de ser un impedimento y le refregó el pene erecto entre las piernas. Se quedó paralizado cuando ella rompió el beso para arquear el cuello, despegar la espalda del suelo y gemir con los ojos cerrados y en tal abandono, que se le erizó la piel.

—¡Oh, Jasy! —exclamó, y le apoyó la boca abierta sobre la de ella, que jadeaba el aliento que se había convertido en su obsesión y con el que él quería llenarse los pulmones. Se frenó en el umbral del descontrol; si lo cruzaba, no habría retorno—. Me vuelves loco —le confesó, con los labios sobre la frente sudada de ella.

—Y tú a mí. Qué lástima que le prometiste a mi sy que me respetarías. —No había un matiz de ironía, broma o pulla en la declaración; lo había expresado con seriedad y sincera decepción.

Aitor rio por lo bajo, enternecido por su inocencia, envanecido por el deseo que le despertaba, admirado por la carencia absoluta de malicia y coquetería en su espíritu, orgulloso de que fuese suya.

—Te amo, Emanuela —le susurró al oído, y se apoyó en los antebrazos para tomar distancia y observarla.

Emanuela elevó las manos y le recogió el cabello larguísimo que le escondía el rostro, y le acarició los pómulos con los pulgares.

—Podría mirarte el día entero —dijo ella— y nunca me cansaría.

—Solo mírame a mí —le rogó, con acento humilde.

—Sí —admitió ella, con aire resignado—, solo a ti te miro. Amo el color de tus ojos, Aitor. Es único, dorado como el del sol. Yo soy tu *jasy*, tu luna, y tú eres mi sol.

—Seré lo que quieras que sea, Jasy. —Le besó el cuello, y arrastró la nariz hasta el punto detrás de la oreja donde le gustaba quedarse y olerla.

—¿Dónde está la muñequera? —Aitor tanteó el chal y la halló a unas pulgadas; se la entregó—. Quiero ponértela. ¿Puedo?

—Sí, amor mío.

Aitor se equilibró en el antebrazo izquierdo y le extendió el derecho, donde Emanuela le colocó el adorno. En tanto ataba los hilos, le dijo:

—No pienses en nada cuando veas esta muñequera, excepto en mí. No quiero que te traiga recuerdos tristes. Solo piensa que la hice para ti, porque te amo con la vida.

Aitor asintió, con los ojos calientes y los labios temblorosos.

—También recuperaré tu navaja. Si quieres, mañana te afeitaré.

—Sí —respondió con timbre enronquecido, y carraspeó antes de añadir—: También necesito que me cortes un poco el pelo.

—Está bien. —Le peinó un mechón con los dedos y acabó sujetándolo por las puntas para admirarse de lo largo que lo llevaba—. Me gustaría tener el cabello como el tuyo, tan negro y lacio.

—En cambio, yo venero cada uno de tus cabellos, cada uno de tus rizos, por eso siempre te pedía que lo soltaras. El color de tu cabello es único. A veces, dependiendo de cómo te dé el sol, le descubro mechones rojizos en medio del tono castaño, y me siento orgulloso de que mi mujer tenga una cabellera tan hermosa y única.

—¿De veras? —preguntó, con la ansiedad pintada en el gesto.

—Sí, de veras. Sabes que me enloqueces, que te considero la más hermosa que existe. ¿Por qué dudas?

—No es que dude, Aitor. Es que me gusta que me lo digas.

—¡Conque mi Jasy es una coqueta y una vanidosa! —Con las manos apoyadas a los costados de la cabeza de Emanuela, descendió sobre ella y le atacó el cuello con los dientes y el mentón áspero de barba. Emanuela reía a carcajadas y, corta de aliento, le rogaba que se detuviese. Intentaba quitárselo de encima, sin éxito; él era demasiado pesado y fuerte para sus delgados brazos. Aitor se apiadó de ella y de su lucha inútil y detuvo las cosquillas. Sus pechos agitados se chocaban, y sus alientos se fundían entre sus rostros, distantes apenas unas pulgadas.

—Si pudieses verte como yo te veo ahora —expresó Aitor, entre jadeos—, te darías cuenta de que eres la mujer más bella que pisa la Tierra.

Emanuela le cubrió las mejillas con las manos y lo atrajo hacia sus labios. Aitor, que estaba muy excitado, la besó con ligereza y se apartó. Se acostó a su lado y la obligó a levantar la cabeza para colocarle el brazo a modo de almohadón. Cerró los ojos y exhaló largamente.

—¿Le contarías a mi *pa'i* Ursus en confesión lo que hacemos cuando estamos solos?

—No —respondió ella, sin demora, sin duda.

—¿Por qué no?

—Porque en la confesión se cuentan los pecados, y para mí esto que tú y yo compartimos no es pecado. Nuestro amor no es pecado. Es una bendición. Tú eres una bendición para mí.

Aitor la besó en la sien antes de manifestar:

—Entonces, Jasy, no creo que tú debas hacer confesión. Estoy seguro de que no cometes ningún pecado.

—Oh, pero sí que los cometo. —Bajó la vista y se puso a jugar distraídamente con las conchillas de su collar.

—Quieres contarme —sugirió Aitor, preocupado; la disposición de Emanuela había cambiado en un abrir y cerrar de ojos.

—Siento mucho rencor —dijo, al cabo, siempre fingiendo interés en las conchillas.

—¿Por Laurencio abuelo?

—Sí, por él y por...

—¿Por quién, Jasy?

—Por Olivia —admitió en voz baja.

Un frío repentino se expandió por el pecho de Aitor, que cesó de respirar. No se atrevía a preguntarle; le temía a la respuesta y a lo que él tuviese que decir como consecuencia. No quería mentirle, pero lo haría si con eso la salvaguardaba de un padecimiento absurdo y evitaba que ella lo abandonase. La sola idea, que ella lo dejase, convirtió el frío en una sensación helada y dolorosa.

—¿Por qué le tienes rencor a Olivia? ¿Qué hizo? ¿Sigue mirándote con mala cara? —tentó.

—Sí, sigue mirándome con mala cara. Pero mientras tú no estabas, sucedió otra cosa.

Aitor se instó a guardar la calma y simular seguridad.

—Cuéntame.

—No, no tiene importancia. Igualmente, no le creí una palabra. Pero el rencor nació en mí a partir de ese día y no consigo deshacerme de él.

—¿Te habló de mí? —Emanuela asintió—. ¿Te habló mal de mí?

—Sí.

—Haces bien en no creer lo que ella te dijo, Jasy. Lo único verdadero somos tú y yo, y nuestro amor. Lo demás no existe.

—¿Hiciste el amor con ella y con la esclava? —Disparó la pregunta repentina e inesperadamente y se quedó mirándolo a los ojos.

—No —contestó Aitor, con dureza—. Y no vuelvas a decir hacer el amor. Solo contigo haré el amor. Lo demás sería fornicar.

Emanuela sofocó un sollozo y se ovilló sobre el pecho de él.

—Nunca creí en sus palabras, Aitor. Sé que Olivia las dijo para lastimarme porque te quiere para ella. No puedo evitar sentir rencor. Estoy muy celosa —admitió.

Aitor la besó en la coronilla y la envolvió con el brazo.

—Sé lo feos que son los celos, Jasy, y me gustaría que no los sintieses porque no hay razón. Tú has sido, eres y serás la única para mí.

CAPÍTULO XVIII

Domingo Oliveira y Rasposo abandonó el despacho del patrón Amaral y Medeiros envuelto en una nube de furia. El dueño de *Orembae* estaba haciéndolo a un lado. Ya no le confiaba asuntos importantes y, día a día, lo iba apartando de sus tareas. Él no era tonto, y se daba cuenta de que el comportamiento del patrón había cambiado desde que ese maldito indio de San Ignacio Miní se había aparecido con el señorito Lope malherido. Días atrás, había partido con el padre Ursus, de regreso a la doctrina; no obstante, las malas lenguas aseguraban que regresaría, que así se lo había prometido a don Vespaciano.

Antes de entrar en la sala, que cruzaba para salir de la casa, una prerrogativa que iba con su cargo de capataz, se frenó en seco. La risa de doña Florbela mezclada con una voz en guaraní inconfundible se convirtió en un puño que se le cerró en torno a la garganta. La boca se le secó y el corazón le batió con fuerza contra el pecho. Ese malnacido estaba de regreso, de seguro para ocupar su puesto, y tal vez dispuesto a calentar la cama de la señora de *Orembae* a juzgar por la risa que ella le ofrecía, la que rara vez se escuchaba, por supuesto nunca dirigida a él, el despreciado capataz. Se ocultó para ver la escena que se desarrollaba a unos pasos: el indio Aitor, con la postura segura y pretenciosa, apoyaba el antebrazo en la baranda del estrado y le daba charla a Florbela, la cual, extrañamente sola —¿dónde estarían doña Nicolasa y la señorita Ginebra?—, continuaba con el bordado y, cada tanto, elevaba las pestañas con coquetería y le sonreía. Sus mejillas, habitualmente pálidas, se habían ruborizado. A Oliveira le vinieron ganas de cerrar las manos en torno a su delicado cuello y quebrarlo.

—¡Aitor! —escuchó, y enseguida vio la figura alta y elegante de Edilson Barroso entrar en la sala y aproximarse al estrado. Se mostró afectuoso con el guaraní; lo palmeó en el hombro y le sonrió. El indio abandonó la postura relajada y se envaró; resultaba evidente que no aceptaba las muestras de afecto del portugués.

A poco, aparecieron doña Nicolasa y su hija Ginebra, hermosa en un vestido rosa pálido. La mujer pasó junto al indio y no lo miró, ni saludó. Subió al estrado, se ubicó en su silla y se puso a bordar. Ginebra, en cambio, cuando creyó que no la veían, le rozó la mano y le sonrió. El guaraní le devolvió una mirada dura por lo impasible y desamorada. El gesto de la muchacha, a la que él apodaba la estatua de piedra, le alteró la respiración. ¿Con qué malas artes hechizaba ese indio a las hembras? ¡El diablo se lo llevase!

—Aitor, ¿has visto a Vespaciano? —se interesó Barroso—. Desde que te fuiste, aguarda con ansias tu regreso.

—Está ocupado con Oliveira —interpuso doña Florbela.

El capataz aprovechó para hacer su entrada en la sala, se detuvo frente al estrado y se quitó el sombrero en deferencia a las damas.

—Señoras —dijo, y fijó la vista en la dueña de casa, que la devolvió enseguida a la labor—, buenas tardes.

—¿Cómo andas, Domingo? —saludó Barroso—. ¿Has terminado tus asuntos con mi cuñado? ¿Puede Aitor entrar a verlo?

—Estimo que sí, don Edilson. Con permiso. —Se calzó el sombrero y se dirigió a la contraventana que lo guiaría por el patio hacia el exterior de la casa. No admiró las flores, ni las plantas que Florbela cuidaba con tanto esmero. Pasó como alma que lleva el diablo, herido en su orgullo por tantos pequeños detalles. El comentario de Barroso, el que aseguraba que don Vespaciano esperaba con ansias el regreso del guaraní, lo había golpeado duramente porque era cierto.

* * *

Aitor llamó a la puerta del despacho de Amaral y Medeiros, y la voz gruesa del hacendado lo invitó a pasar. Levantó la vista del documento que escribía y, al descubrirlo bajo el dintel, arrojó la péñola en el tintero, se puso de pie con una sonrisa y bordeó el escritorio para salirle al encuentro.

—¡Por fin estás de regreso! —exclamó, y lo abrazó y lo palmeó con fuerza.

Aitor permaneció rígido entre los brazos del hombre y no le devolvió la muestra de afecto. Amaral y Medeiros se apartó, dio un paso atrás y sonrió con un gesto avergonzado, como si se hubiese dado cuenta de que se había extralimitado.

—¿Cómo has encontrado todo en San Ignacio?

—Bien.

—¿Tu familia se encuentra bien?

Aitor se divirtió con el evidente esfuerzo en el cual el hombre se había embarcado para esconder el interés. Estaba seguro de que deseaba preguntarle por Malbalá.

—Sí, todos bien. A mi madre la encontré muy triste, pero le cambió la cara en cuanto me vio.

—Bien. Me alegro. —Aunque lo había mascullado, Aitor percibió la sinceridad de la declaración. ¿La amaría? ¿La habría amado cuando se encontraban en el arroyo?

—¿Cómo te trató la gente del pueblo?

—Como siempre —dijo, sin intención de profundizar.

—¿Con desprecio?

—Digamos que no soy el más admirado en San Ignacio Miní.

Amaral y Medeiros regresó a su escritorio y, antes de tomar asiento, le señaló una

silla.

—No entiendo, entonces —expresó, con acento impaciente—, por qué deseas regresar a ese sitio donde no tienes amigos.

—Tengo amigos —lo corrigió—. Sucede que no son muchos, pero son los mejores.

—Ah.

—Don Vespaciano, he vuelto porque así se lo había prometido. Pero mi respuesta a su oferta es la misma: no.

Amaral y Medeiros se aplastó los cabellos rubios con un gesto nervioso y lo miró fijamente. Abandonó el escritorio para servirse un trago. Se lo echó al colete sin respirar. Volvió a verter más brandy y, de nuevo, a beberlo de un golpe. Con los ojos llorosos y las mejillas rojas, se dio vuelta y le ofreció a Aitor con un gesto. Él negó con una agitación de cabeza.

—¿Por qué no quieres convertirte en el capataz de *Orembae*? ¿Solo porque deseas vivir en San Ignacio? No lo entiendo, Aitor. San Ignacio está muy cerca de aquí, a poco más de tres horas; podrías ir y venir con libertad, sin mencionar que antes de fugarte, te pasabas la mitad del tiempo, si no más, fuera de la doctrina, aserrando. Si deseas, acordaremos que pases tres semanas aquí y una en tu pueblo, con tu familia.

—El arreglo podría funcionar por un tiempo. Luego tendría que desistir.

—¡Qué terco eres!

—De eso mismo me acusa mi madre.

El comentario pareció ablandar al hacendado porque sonrió con aire nostálgico. Se acercó a la silla de Aitor y le apretó el hombro.

—Explícame por qué podría funcionar por un tiempo y después ya no. ¿Qué planes tienes para tu futuro?

Por nada le hablaría acerca de Jasy y de su deseo de casarse con ella. Se puso de pie con un movimiento que sobresaltó a Amaral y Medeiros.

—Don Vespaciano, no quiero que piense que porque soy un indio bruto y sin educación, soy también un ingrato. Pues no lo soy. Quiero agradecerle por haberme recibido en su estancia y haberme dado un trabajo y brindado su protección cuando la necesitaba. Ahora las cosas en mi vida han vuelto a encaminarse y quiero ser lo que era.

—¡Un simple aserrador que vivía en la selva durante semanas, que cazaba para comer y que pasaba necesidades!

—Esa es mi vida —manifestó Aitor, con voz medida y gesto inextricable.

—Yo quiero darte otra vida, una de esplendor, una en la que nada te faltará. Podrás formar una familia y darle todo lo que te negaron a ti.

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué se empeña tanto en querer darme una vida de *esplendor*? No me debe nada por haberle salvado la vida a Lope. Nada —remarcó.

—¡No lo hago por Lope!

—Entonces, ¿por qué lo hace?

Se midieron en la corta distancia que los separaba, sus ojos casi al mismo nivel. Amaral y Medeiros era un poco más alto, pero Aitor, más fornido de espaldas, por lo que la diferencia quedaba compensada. Eran dos hombres recios, de voluntades fuertes y personalidades avasalladoras. Amaral y Medeiros soltó un suspiro, y sus hombros cayeron en ademán vencido. Bajó la vista para admitir:

—Porque eres mi hijo, por eso.

El silencio se prolongó. Amaral y Medeiros conjuró el valor para levantar la vista y enfrentar a Aitor. Este lo observaba con esos ojos dorados que siempre le causaban admiración y desconcierto, no solo por la tonalidad peculiar, sino por la inteligencia y la suspicacia que comunicaban. En esa ocasión, lo desorientó que no transparentaran sorpresa, dolor, ni ofensa. Se limitaban a contemplarlo de un modo indescifrable.

—¿Lo sabías? —se le ocurrió decir, y Aitor asintió—. ¿Tu madre te lo confesó?

—No. Los descubrí a usted y a ella conversando un día, a orillas del Yabebirí, el día después de que usted visitó la doctrina para recuperar a Olivia.

—¿Estabas ahí? —Aitor asintió de nuevo—. No recuerdo lo que dije en aquella oportunidad.

—Mi madre tuvo que amenazarlo con el fuego del infierno para evitar que usted se cobrase venganza y me hiciese daño.

—No —sonrió Amaral y Medeiros, y sacudió la cabeza—, nunca fue mi intención hacerte daño, ni siquiera antes de saber que eras mi hijo. Solo estaba jugando con tu madre. Quería que ella pensase que me cobraría venganza para extorsionarla.

—Sí, lo recuerdo.

—Pero no lo logré. Malbalá es una hembra con agallas de macho.

—Sí, lo es.

—Y tú eres mi hijo, Aitor.

—Deme su apellido, entonces.

Pasado un segundo de sorpresa —jamás imaginó que se lo pediría—, Amaral y Medeiros regresó a su butaca y se arrellanó con talante agobiado. Fijó la vista en la carta que había estado escribiendo cuando Aitor llamó a la puerta. Era para el virrey del Perú, el conde de Superunda. Se había enterado de que, desesperada por hacerse de fondos —la Guerra de la Pragmática Sanción y, sobre todo, la Guerra del Asiento habían vaciado las arcas reales—, la Corona española volvía a ofrecer a sus súbditos más adinerados un título nobiliario a trueque de pecunia. Se murmuraba que al virrey lo habían autorizado a entregar dos baronías y un condado, superadas las largas y

penosas investigaciones que se iniciaban para asignar el título al mejor postor. Lamentablemente, en ese nuevo lote, no había un marquesado. En fin, se había conformado Amaral y Medeiros, un condado bastaría. Sus probabilidades de convertirse en el «ilustrísimo» don Vespaciano habían aumentado en esos años, en especial desde que contaba con la amistad y agradecimiento de Ursus y, junto con él, de la Compañía de Jesús. De hecho, acabada la carta al virrey, planeaba escribirle al jesuita para recordarle la deuda que mantenía con él. «*Lo has protegido y lo has tratado con respeto en un momento en el que Aitor lo necesitaba*», le había dicho semanas atrás, en ese mismo despacho. «*Quiero agradecerte por ello. Siempre estaré en deuda contigo por haber protegido a mi muchacho en un tiempo de necesidad*». Iniciar los trámites para reconocer a un hijo habido fuera del matrimonio echaría por la borda la espera de esos años, los beneficios que podía extraer de la amistad con Ursus y las donaciones que había realizado a la Corona. Todo quedaría en la nada de nuevo.

—No puedo —admitió por fin, y jamás imaginó que pronunciar esas dos palabras lo lastimaría tanto.

—Entiendo —dijo Aitor, y giró para encarar hacia la puerta.

Vespaciano se puso de pie de un salto.

—¿Qué es lo que entiendes?

Aitor se volvió, con una expresión digna por la ausencia de resentimiento.

—Admitir que es el padre de un indio mancharía su reputación entre los de su clase y le traería problemas con doña Florbela.

—No se trata de eso —dijo, sin convicción.

—Yo creo que sí.

—Ahora tengo asuntos muy importantes entre manos, Aitor. Iniciar las gestiones para reconocerte... Pues no sería conveniente, ¡pero no en el sentido en que tú piensas! —añadió deprisa al notar la sonrisa sarcástica que despuntaba en los labios del muchacho—. Algún día te reconoceré y serás un Amaral y Medeiros, pero no ahora.

—Mañana partiré hacia San Ignacio Miní. Si me permite, pasaré la noche en la que era mi alcoba.

—Por supuesto, hijo, por supuesto. Le pediré a Adeltú que se...

—No se moleste. Yo lo haré.

—¿Aitor? —El indio se giró y lo miró con impaciencia—. ¿Me harías el favor de quedarte en *Orembae* hasta la boda de tu hermano?

—Mi hermano... —masculló, mientras los ojos se le cargaban de ironía y ladeaba una comisura.

—Sí, Aitor. Lope es tu hermano.

—Medio hermano.

—Al que tú le salvaste la vida. Siempre te estaremos agradecidos por eso. Siempre. ¡Aitor! —lo detuvo porque se marchaba sin contestar—. ¿Te quedarás hasta la boda de tu hermano? Será en diez días.

—No, tengo que regresar.

—Me gustaría que ustedes se hicieran amigos. Él te necesitará, Aitor. Cuando yo ya no esté, los peones y cualquiera con el que tenga que hacer negocios se lo comerán vivo. Lope es un muchacho sensible, interesado en la música, en la poesía y en los libros y para nada en las vacas y en la yerba. Perderá *Orembae*. Cuando yo ya no esté, esto desaparecerá. A menos que tú...

La puerta se abrió de súbito, y Edilson Barroso entró con su buen ánimo y sonrisa eternos.

—Podrías haberte anunciado —le reprochó Vespaciano, pero el hombre hizo caso omiso.

—¡Aitor, muchacho! —exclamó, con alegría—. Si has terminado con mi cuñado, quisiera proponerte un trabajo por el que te remuneraría muy bien.

—¿De qué estás hablando, Edilson? —se molestó el dueño de casa.

—Me he enterado de las dotes de baquiano que nuestro muchacho posee y deseo conchabarlo para que me acompañe a estudiar el terreno.

—¿Todavía sigues con la idea de encontrar la mena de estaño?

—Así es. No me daré por vencido tan fácilmente. Pero necesito de alguien que conozca el terreno, sobre todo el curso de los ríos, porque es allí donde se encuentra el mineral. ¿Qué opinas, Aitor? Te pagaría generosamente.

—¿Por cuánto tiempo?

—Si salimos mañana, regresaríamos en nueve días. No puedo faltar a la boda de mi único y querido sobrino.

—¿Cuánto me pagaría?

—Diez pesos más dos comidas al día. Eso corre por mi cuenta.

Amaral y Medeiros carraspeó.

—No aceptes por menos de veinte pesos, Aitor.

—Veinte, entonces —dijo Barroso, sin perder el buen humor.

Aitor lo miró fijamente, sin importarle que se considerase una gran falta de respeto; su *pa'i* Ursus nunca se cansaba de señalárselo. «Veinte pesos», calculó. Sumados a los pesos que le había entregado el jesuita en el momento de la fuga y que no había gastado, más los que había ganado durante las semanas trabajadas para Amaral y Medeiros, reuniría una cantidad nada despreciable en caso de que tuviese que iniciar una vida con Emanuela lejos de San Ignacio Miní.

—Acepto. Pero en nueve días, regrese usted o no a *Orembae*, yo volveré a San Ignacio.

—Trato hecho —dijo, y extendió la mano, que Aitor observó antes de apretar con

fuerza y seguridad—. ¡Muy bien, Aitor! Mañana partiremos al alba.

—Lo único que deseo pedirle antes de partir es que haga llegar un mensaje a mi pueblo. Me esperaban en uno o dos días. Temo que se preocuparán si me toma diez volver.

—¿Quieres escribirlo y que lo mande con uno de mis peones? —ofreció Vespaciano, y Aitor se lo quedó mirando, en tanto meditaba que hacía años que no escribía. Nunca había sido bueno y dudaba de que el tiempo pasado sin trazar siquiera su nombre le hubiese mejorado la caligrafía, ni los conocimientos en ortografía y gramática guaraní. Escribirle a Emanuela, que además del guaraní, escribía y hablaba fluidamente el castellano, el latín y ahora el griego, le daba vergüenza. Sin embargo, la sola idea de angustiarla con una ausencia prolongada cuando la había dejado llorando esa mañana para volver a *Orembae* y prometido que volvería en dos días, a lo sumo tres, arrasó con sus escrúpulos y lo decidió a aceptar.

—Sí, don Vespaciano. Acepto su oferta.

—Aguarda —dijo, y abrió la puerta del bargueño que se encontraba tras el escritorio. De allí extrajo una hoja de papel manila, una pluma de oca y un tintero de bronce—. Toma. Escribe tu esquila tranquilamente en tu alcoba y después regresa así la sellaremos con lacre. Enviaré a uno de mis peones a San Ignacio mañana a primera hora de la mañana. De paso enviaré una carta para mi amigo Ursus.

—Gracias —dijo, con cortedad, y abandonó el despacho.

En la soledad de su alcoba, se sentó a la pequeña mesa y meditó qué escribir. Embebió la punta de la péñola en la tinta, mucho más oscura que la empleada en la misión, y trazó el nombre de ella con dificultad. *Jasy*, escribió, y emitió un suspiro: tenía una caligrafía espantosa; su *pa'i* Ursus siempre se lo reprochaba; en cambio, de la de Emanuela afirmaba, con una sonrisa orgullosa, que era de pendolista. Resignado, siguió adelante. Media hora más tarde, releyó la esquila un par de veces y, sin contar algunas dudas acerca de cómo se escribía esta o aquella palabra y soslayando la calidad de la escritura, quedó conforme. La dobló dos veces y regresó al despacho del hombre que acababa de confesarle que era su padre, pero que se negaba a reconocerlo. Increíblemente, no experimentaba resentimiento; en verdad, solo había querido ser un Amaral y Medeiros por su *Jasy*.

—Aquí estás, muchacho. ¿Ya la has escrito? —Aitor se la extendió—. Bien, ahora la sellaremos. —Con un yesquero de plata, que lucía muy costoso y bonito, Vespaciano encendió una vela, a cuyo pabulo acercó una barra de lacre. Una vez derretida la punta, la apoyó en la solapa del papel y la empastó hasta pegarla. Aitor levantó las cejas en abierto asombro cuando el hombre hundió el anillo de oro que lucía en el anular de la mano derecha sobre el material todavía blando.

—Algún día, este será tu sello, hijo. Te lo prometo.

* * *

Era tarde, pasadas las once. Aitor, que se había levantado antes del canto del gallo para emprender el regreso a *Orembae*, se caía de sueño. Barroso, no obstante, se empeñaba en interrogarlo acerca del área que explorarían durante nueve días. El mapa de papel grueso se extendía en la mesa del comedor, sumido en la oscuridad y el silencio, apenas alterados por el candelabro que horas atrás había encendido Adeltú, y por los bisbiseos de Barroso y los ocasionales de Aitor.

—Nos acompañarán dos entendidos en la materia —le informó el portugués—. Ellos son los que aseguran que en estas tierras hay estaño. Sostienen que hay que encontrar este mineral. —Extrajo un trozo de piedra de un pequeño bolsillo en la chupa y se lo extendió—. Esto es casiterita, que contiene un alto porcentaje de estaño.

Aitor estudió la piedra a la cual se le habían pegado cristales con varias caras de un color violeta muy oscuro.

—Dicen que la casiterita se encuentra en los lechos de los ríos. Por eso necesito de ti, para que me guíes por los cursos de agua que conozcas en esta región.

—Ya he visto esta piedra antes —dijo, sin apartar la vista del objeto, mientras recordaba la piedra que le había regalado a Jasy años atrás y de la cual ella jamás se separaba—. Tenía el mismo color y transparencia.

—¿De veras, Aitor? —se interesó el portugués.

—Sí. La encontré en el arroyo Garupá.

Barroso enseguida se inclinó sobre el mapa.

—Ubícalo, Aitor, por favor.

—No sabría ubicarlo bien ahí, don Edilson, pero puedo llevarlo con los ojos cerrados. Conozco bien la zona.

—¡Perfecto, muchacho! Nos dirigiremos hacia el arroyo...

—Garupá.

—Bien, el arroyo Garupá. Pues hacia allí iremos sin demora.

—Sería más fácil si nos transportásemos en jangada por el Paraná hasta el arroyo Pindapoy Grande y desde allí, al Garupá.

—Mi cuñado nos facilitará la balsa. Ese no es un problema.

—¿Para qué se usa el estaño?

—¿Recuerdas el tintero de bronce que te prestó Vespaciano para que escribieses tu mensaje? —Aitor asintió—. Pues se hace con estaño y cobre. ¿Y recuerdas el vaso en el que mi cuñado se bebió su brandy? Pues es de estaño. Pero sobre todo, Aitor, el estaño se usa para la fabricación de las armas. El estaño sirve para la guerra y eso lo convierte en un metal codiciado.

Aitor hizo girar la piedra y la observó desde varios ángulos.

—¿Cómo se convertirá esto en un tintero o en un arma?

—A través de un largo proceso. Tendremos tiempo durante nuestra exploración para contártelo. Ahora, muchacho, vete a dormir. Yo saldré un momento a fumar este magnífico tabaco que produce *Orembae*. ¿Fumas, Aitor? —se interesó, y le mostró una pipa de lustrosa madera oscura que había recogido de un soporte ubicado dentro de un mueble.

—No, señor, no fumo. —Recordó que había descartado el hábito en ocasión de haber escuchado decir a Jasy que le molestaban el humo del tabaco y el olor que se impregnaba en la ropa, en la piel y en el aliento del fumador. Solo Tupá sabía cuánto había echado de menos la compañía de su pipa durante las solitarias noches en la selva. Ella, no obstante, lo impulsaba a cualquier sacrificio. No quería que frunciese la nariz mientras lo abrazaba, ni que su boca le supiese amarga en tanto lo besaba, no cuando ella olía y sabía tan bien. Ansiaba saborearla entre las piernas, seguro de que sus labios se mojarían con un néctar. Le había costado refrenarse durante los días compartidos en San Ignacio, en los que ella se había entregado con tanta pasión y confianza a sus caricias desenfrenadas, que le empapaban los dedos con los jugos de ella, los que él después lamía con avidez.

—¿Aitor?

—Diga, don Edilson.

—¿No me escuchabas, muchacho?

—Disculpe —masculló, y se removió, inquieto, en la silla, con una erección descomunal.

—Estás cansado —lo justificó Barroso—. Ve a dormir.

—Me quedaré aquí viendo un poco más el mapa —se justificó; necesitaría unos minutos para bajar el bulto entre sus piernas.

—Muy bien —dijo el hombre, y se dirigió hacia el patio, pipa en mano.

Aitor apoyó el codo en la mesa y se sostuvo la cabeza. El sueño se le había esfumado solo con recordar a su Jasy. Apretó los párpados en un intento por no recordar la última tarde juntos bajo la cascada, sin éxito. La voz de Emanuela sonó en su mente y le agitó las pulsaciones. «*Durante el tiempo en que estuviste lejos de mí, nunca reuní la fuerza para sentarme bajo el chorro, ni siquiera para acercarme a la cascada*».

Al recuerdo de su voz, le siguieron las imágenes de ella, completamente empapada, con el tipoy pegado al cuerpo y sentada entre sus piernas, y la esperanza de deshacerse de la erección se esfumó. Cerró con fuerza la mano izquierda en el músculo del brazo derecho. Apretó y apretó, y el padecimiento no resultó suficiente para borrar las escenas. Al contrario, el apretón de su mano le hizo pensar en las delicadas de ella sobre sus muslos, que iban aumentando la presión en tanto él la mordía y la besaba en la nuca, y sus dedos le atizaban los pezones duros. La recordó

separando las rodillas sin que él se lo pidiese para permitirle el acceso al sitio donde, como ella decía y que a él abrumaba de ternura, le dolía. La pensó con la cabeza echada sobre su hombro, agitada y temblorosa en la agonía del placer, sincera y libre mientras imploraba y pronunciaba su nombre corta de aliento.

Soltó un insulto entre dientes y se puso de pie. Apoyó las manos en el filo de la mesa y dejó caer la cabeza entre los brazos. Se miró la erección. Incluso a la pobre luz de las velas, se la veía claramente, como si tuviese una calabaza bajo los pantalones. Era menester cerrarse a los recuerdos o esos diez días lejos de ella se convertirían en un martirio y acabaría por humillarse frente a don Edilson y a esos expertos que los acompañarían.

Un golpe seco, como el que produce algo pesado al caer, lo impulsó a erguirse y prestar atención. Le siguió un gemido sofocado, y otro. Luego, silencio. Se hizo con el candelabro y se dirigió hacia el corredor por el que lo habían guiado a la recámara de Lope durante su primer día en *Orembae*. ¿Estaría intentando suicidarse de nuevo? Masculló un insulto. «Maldito idiota y marica», pensó, y en nada colaboró para mejorar su humor cavilar que su medio hermano deseaba morir debido al rechazo de Emanuela.

Se detuvo frente a una puerta, no la de la habitación de Lope, sino de otra que no sabía a quién pertenecía. Se quedó quieto. Contuvo el aliento y cerró los ojos para oír mejor, como le había enseñado su tío Palmiro durante las noches en que salían a cazar tapires. Sin duda, los gemidos ahogados y los sonidos provenían de allí. ¿A quién pertenecería esa recámara? ¿Y si era la de doña Florbela, y su esposo estaba visitándola? A punto de volver a la sala para evitar un papelón, oyó claramente un sollozo seguido de un «no» expresado con meridiana claridad, aunque rápidamente sofocado. Apoyó la oreja sobre la jamba de madera y volvió a bajar los párpados. Allí dentro, se convenció, estaba teniendo lugar una pelea. Decidió entrar cuando una voz femenina, medio desfallecida, dijo «socorro».

Levantó el pestillo y abrió la puerta. Elevó la vela para iluminar el entorno que no conocía. Le tomó unos segundos habituarse al cambio de luz, como también ubicar la contraventana abierta que daba al pórtico principal de la casa y la gran cama matrimonial con dosel en la cual el blanco de la tela del baldaquín brillaba en la oscuridad. Alguien respiraba con inspiraciones pesadas, como si le costase incorporar el aire por las fosas nasales. Se acercó con cuidado y levantó la vela. Del otro lado de la cama, un montículo hablaba a las claras de dos cuerpos entreverados.

—¡Mierda! —exclamó Domingo Oliveira y Rasposo al reconocer a Aitor, que se había quedado de piedra al verlo sobre doña Florbela, la cual, hundida en la almohada, lo contemplaba con ojos desencajados y suplicantes. No podía hablar porque el capataz le tapaba la boca con brutalidad.

En un movimiento rápido y fluido, Aitor apoyó el candelabro en un mueble y

empuñó su cuchillo.

—¡Apártate de ella!

—¡Maldito indio del demonio!

Aitor rodeó la cama dispuesto a ensartarlo. El capataz, con los genitales fuera, soltó a doña Florbela y se lanzó en dirección a la contraventana, dispuesto a escapar. Aitor lo interceptó sujetándolo por la camisa que le volaba fuera del pantalón. El portugués giró con el brazo extendido y le propinó un golpe en el cuello que lo hizo tambalear. A punto de echársele encima, Aitor recobró el equilibrio y lanzó una estocada, que hirió al capataz en el costado derecho. El hombre se apartó con un grito y se aferró la herida.

—¡Qué sucede aquí! —El vozarrón de Amaral y Medeiros distrajo a Aitor, segundo que Domingo Oliveira aprovechó para escapar.

—¡Vespaciano! —sollozó Florbela.

Aitor corrió detrás del hombre, que debía de conocer bien el jardín de doña Florbela, el que precedía a la casa, porque lo vio dirigirse deliberadamente hacia un follaje y desaparecer en él. Se acercó con cautela. Sumergirse en esa maraña de plantas de noche y sin conocer el terreno sería lo mismo que un suicidio. Vencido, regresó a la casa. Se detuvo bajo el dintel y observó el cuadro que se desarrollaba en la recámara. Amaral y Medeiros intentaba interrogar a su esposa, ahogada en lágrimas, mientras Lope, que la contenía en su pecho, la consolaba y le besaba la frente. También la confortaban doña Nicolasa y Ginebra. Edilson ingresó por la otra puerta, la que daba al corredor, y caminó directo hacia su hermana.

—¡Aitor! —exclamó doña Florbela al descubrirlo a unas varas de la cama—. ¡Si no hubiese sido por ti!

—Don Vespaciano —habló Aitor, muy agitado—, Domingo huyó. Le perdí el rastro en el jardín. Debería organizar una búsqueda. No debe de andar muy lejos. Está herido y también ebrio. Apeataba a alcohol.

—¡Edilson! Despierta a Adeltú. Dile que mande llamar a Morales de inmediato.

El portugués abandonó la habitación a las corridas, con la pipa todavía en la mano.

—¿Qué sucedió aquí? —exigió saber Amaral y Medeiros, y miró alternadamente a su mujer y a Aitor.

—Estaba en la sala estudiando el mapa que don Edilson me mostró, cuando escuché un golpe y unos sollozos. Me atreví a entrar en la casa...

—¡Y gracias al cielo que lo hiciste, Aitor!

—¡Silencio, Florbela! Déjalo terminar.

—Me detuve frente a la puerta de esta habitación y me di cuenta de que algo malo ocurría aquí dentro. Oí claramente la voz sofocada de una mujer que pedía socorro. Entonces, me atreví a entrar. Y me encontré con Oliveira echado sobre doña Florbela.

Él... —se detuvo ante un clamor de doña Florbela, que escondió el rostro en el pecho de su hijo y se echó a llorar.

—¡Ginebra!

—Mande, don Vespaciano —dijo la muchacha, y abandonó el borde de la cama.

—Ve y dile a alguna de las indias de la cocina que prepare una tisana para tu tía.

—Sí, enseguida.

—Aitor, ven conmigo a mi despacho.

Envuelto en una bata de seda azul, ajustada con un cordón de hilos dorados, y con una palmatoria en la mano, Vespaciano guió el camino hacia el escritorio, donde hizo dos veces fondo blanco con una buena dosis de brandy. Al cabo, se giró y levantó la botella en dirección a Aitor.

—¿Quieres un trago, hijo?

—Sí.

Aitor lo bebió lentamente para saborearlo, haciéndolo jugar en la boca. Cerró los ojos al tragar el primer sorbo y suspiró mientras el brebaje le calentaba el pecho. Al levantar los párpados, Amaral y Medeiros lo contemplaba con una expresión extraña, los ojos aguzados y los labios apretados.

—Parece que hubieses llegado a esta casa para proteger a los míos.

Aitor lo miró fijamente y en silencio. Su semblante no revelaba ninguna emoción.

—Te debo la vida de mi hijo y la dignidad de mi mujer. Tal vez su vida también, pues dudo de que ese miserable de Domingo la habría dejado con vida después de...

—Aitor lo vio apretar la mano en torno al vaso—. En fin, Aitor... —dijo, con un suspiro y aire cansado. Apoyó el vaso sobre el mueble, estiró la mano derecha y se la ofreció—. Gracias, hijo.

Aitor se la aferró con firmeza. Amaral y Medeiros agitó la cabeza y chasqueó la lengua, y lo atrajo hacia su pecho con un tirón brusco. Aitor se envaró entre los brazos del hombre, que se aflojaron enseguida. No obstante, lo mantuvo cerca al aferrarlo con manos firmes, una cerrada en su hombro derecho, otra en su mejilla izquierda. Era más bajo que su padre, por lo que elevó los ojos para mirarlo a la cara. Le resultaba difícil de creer que ese hombre blanco, de cabellos rubios y ojos azules le hubiese dado el ser. Con todo y pese al abismo de diferencias físicas que los apartaban, se reconocía en él, en su determinación, en su carácter, en su hombría, en su ambición, en su egoísmo también.

—Tal vez no lo recuerdes, Aitor, pero cuando eras pequeño, no más de cuatro o cinco años, tú y yo nos conocimos en el Yabebirí. Yo había ido con la esperanza de encontrar a tu madre, a la que extrañaba miserablemente. Ella me había abandonado sin una palabra, y su ausencia me dolía a pesar del tiempo transcurrido. Esa tarde, me aventuré en el arroyo, en nuestro lugar secreto, y la vi contigo. Estaba bañándote. ¿Lo recuerdas?

—Sí —dijo Aitor, con voz áspera y forzada.

—Un mono les quitó algo, no recuerdo qué...

—La estera.

—Sí, la estera —repitió Amaral y Medeiros, con una sonrisa—. Y tú corriste detrás de él, y admiré tu valentía. No dudaste en salir detrás del pilluelo. Entonces, me descubriste entre unas plantas y me miraste fijamente. Tampoco me tuviste miedo, ¿verdad?

—No.

—Y me admiré de tu templanza pese a ser tan niño. Volviste con tu madre y no le advertiste de mi presencia, y eso, no sé por qué, me hizo admirarte. Y deseé que fueras mi hijo. El deseo fue tan fuerte... Aún lo recuerdo vívidamente. Deseé que fueras carne de mi carne. Y lo eras. Lo eres, hijo mío. Y estoy tan orgulloso de ti.

Edilson, con Morales a la zaga, irrumpió en el despacho, y Amaral y Medeiros se alejó de Aitor para impartir órdenes.

* * *

Emanuela giraba las mandiocas sobre el fuego y pensaba en Aitor. Nada la distraía, ni siquiera su trabajo en el hospital. Lo tenía en la mente sin pausa, y lo extrañaba hasta las lágrimas. Apenas se habían despedido esa mañana, y ya le sabían eternos y amargos los tres días que le tomaría regresar. La angustiaba que un imprevisto lo retuviese lejos de ella. Por eso, en la misa de la mañana, rogó para que ningún mal cayese sobre él, para que volviese pronto, para que no pelease con Lope y para que no se cruzase con Ginebra. En realidad, a esto último no se atrevió a pedirlo, ni siquiera a Tupasy María, que, como mujer, la habría comprendido mejor, pero lo pensó con frecuencia, incluso después de la misa, cuando se dirigió al cementerio con un ramo de cabos muy cortos de flores de la pasión, su favorita. Lo depositó sobre la tumba de su madre. Se arrodilló y le habló de Aitor, de que había regresado libre de culpa y cargo y de que le habían ofrecido un empleo de capataz, lo cual la enorgullecía. Le contó que estaba feliz y le pidió que lo bendijese y protegiese desde el cielo. Al volverse para abandonar el sector destinado a las mujeres, se quedó contemplando el sector del camposanto en el que se enterraba a los hombres. Caminó como hechizada, sin parpadeos. Esquivó las tumbas y las lápidas y acabó frente a la de Laurencio abuelo. Observó su nombre grabado en la piedra caliza durante varios minutos, mientras recuerdos tristes y felices la asaltaban, haciéndola sonreír y enojar en cuestión de segundos.

—*Ru* —susurró—, no quiero odiarte, ni guardarte rencor. Tú me amaste como a una hija y me recibiste en el seno de tu familia con generosidad y desinterés cuando me hallaba sola en el mundo. Siempre te estaré agradecida por eso. Pero lastimaste y

perjudicaste a quien más amo, cuando él era inocente y no tenía culpa de nada. ¿Por qué, *ru*? ¿Por qué odiabas a Aitor, si tan solo era un niño que nada entendía de las culpas de sus mayores? ¿Por qué no pudiste amarlo como yo? ¿Por qué no descubriste en él al ser bello e íntegro que es?

Guardó silencio cuando la voz se le apagó a causa de las ganas de llorar. Los ojos se le enturbiaron, y el nombre de Laurencio se desdibujó en la piedra.

A eso del mediodía, Tarcisio fue al hospital para entregarle una carta que había llegado desde *Orembae*. Era la primera vez que recibía una carta. La tomó con manos temblorosas, agradeció a Tarcisio, que la miró con gesto expectante, y se alejó hacia el sector donde ardía el fogón y ella preparaba los emplastos y decocciones. La estudió detenidamente antes de romper el sello de lacre, al que juzgó un detalle muy fino.

«*Jasy, amor mío*», leyó, y sonrió, emocionada, al ver la caligrafía de Aitor. Hacía años que no la veía, desde los tiempos en los que él asistía al catecismo y el *pa'i Ursus* le tiraba de la oreja porque «su escritura semejaba a mamboretás danzando sobre el papel». El sollozo se le mezcló con la risa cuando prosiguió. «*Sé buena con tu Aitor y pasa por alto mis yerros ortográficos. No soy como tú, mi amada Jasy, que eres más sabionda que los pa'i y mi gran orgullo por eso. Hace pocas horas que no te tengo entre mis brazos y ya te extraño, tanto que duele. Pero nuestro tiempo de separación tendrá que extenderse unos días más. Me han ofrecido un trabajo por el cual me pagarán mucho dinero y no puedo negarme. Ese dinero nos servirá para empezar una vida juntos en caso de que tengamos que dejar el pueblo. ¿Recuerdas lo que te dije en nuestra torreta días atrás, que confiaras en mí porque todo lo que hago lo hago para que estemos juntos? No lo olvides, amor mío, y no sufras por esto, que me destrozas. Sé fuerte, Jasy, te necesito fuerte. En diez días me tendrás de regreso y seremos felices. Te amo más que a la vida. Aitor*».

Aplastó el papel contra su pecho y cerró los ojos, imaginándoselo mientras le escribía y la pensaba. Ella también sentía que su ausencia dolía, y si se ponía a recordar cómo se habían buscado durante esos días, de la forma en que él la había tocado y hecho gozar, el dolor se convertía en un padecimiento muy real y tangible, que ella no sabía cómo calmar. Solo las manos de Aitor la sanaban de ese tormento.

Volvió a leer la carta, una y otra vez, hasta que se vio obligada a doblarla y guardarla en su canasta cuando una de las enfermas le pidió agua. A primeras horas de la tarde, al entrar en la casa de los padres, ansiosa por contarle la novedad a su *pa'i Ursus*, de que Aitor regresaría en diez días, se frenó bajo el dintel al percibir la pena que flotaba en el ambiente. Cruzó la mirada con la de Tarcisio, que, con ojos inyectados, agitó la cabeza y apretó los labios.

—¿Qué ha sucedido?

—Ha llegado carta de Buenos Aires para mi *pa'i Ursus* —explicó el sirviente.

—¿Malas noticias? —El corazón de Emanuela golpeaba en su pecho.

—Sí. La sobrina de mi *pa'i*, la niña Crista, falleció semanas atrás.

—¡Oh, no! ¿Dónde está mi *pa'i*?

—En su recámara.

—¿Puedo verlo?

—No lo sé, Manú. Ha dicho que no quiere ser molestado. ¿Quieres que le pregunte?

—Le hará bien verla —intervino el padre Santiago de Hinojosa, mientras se aparecía en la sala con expresión taciturna—. Tarcisio, avísale a Ursus que Manú está aquí. Ven, hija. Siéntate. En un momento empezaremos con nuestra clase de griego.

—Sí, *pa'i*. ¿Sabes qué le ocurrió a Crista?

—Consunción de los pulmones, eso decía la carta de Ederra, su madre.

Emanuela, que, de tanto oír a Ursus hablar de su sobrina a lo largo de los años, tenía la impresión de que la conocía, lamentaba su muerte con gran pesar. Sacó el ejemplar de la *Ilíada* de su canasta y lo abrió sin el entusiasmo de los días pasados. En tanto ubicaba la última página leída, se imaginaba la amargura de la familia del padre Ursus en Buenos Aires.

—Hija... —La voz ronca y poco familiar la sobresaltó. Levantó la cabeza, y su mirada se clavó en la del jesuita. Emanuela ahogó un sollozo; nunca había visto a su *pa'i* Ursus tan abatido. Sin pensarlo, abandonó la mesa y corrió a sus brazos, que la envolvieron y la apretaron contra la sotana negra cuyo olor a humo, tierra y sudor le resultaba tan familiar.

—¡Lo siento, *pa'i*! ¡Lo siento tanto!

El sacerdote apoyó la mejilla en la coronilla de la joven y permaneció con los ojos cerrados. Poco a poco, una paz inesperada en un momento como ese fue relajándole los músculos de la mandíbula, apaciguándole los latidos y normalizándole las inspiraciones. Percibió una cálida sensación en la espalda, a la altura de los riñones, que se extendía por sus piernas, el torso y aun los brazos como suaves oleadas. Pocas veces había experimentado algo tan placentero. Eran las manos de Emanuela. Los ojos se le llenaron de lágrimas, no de tristeza, sino de emoción por haber salvado de la muerte a esa criatura que tenía más de celestial que de terrena, y por amarla como a una hija. Por años, temiendo que llamase la atención de los inquisidores, se había negado a aceptar el don extraordinario con el que había nacido. En esa instancia, la más dolorosa de su vida, ella le sanaba el alma. La apartó para mirarla a los ojos.

—No llores, querida Manú. Crista está en el cielo.

—No lloro por ella. Sé que está gozando de la presencia de Tupá y que es feliz. Lloro por su madre, por su padre, por sus abuelos. Y por ti, *pa'i*, porque te quiero como si fueses mi padre, y no soporto verte sufrir.

—¡Ah, mi niña! —La abrazó de nuevo—. Si hubieses estado con ella, si la

hubieses tocado, sus pulmones habrían sanado. Hoy Crista estaría viva.

Sin apartarse, Emanuela frunció el entrecejo. Las palabras del jesuita la tomaron por sorpresa. En sus más de catorce años, jamás había oído al jesuita reconocer su poder sanador; de hecho, se enojaba cuando la gente le pedía favores, la tocaba o la llamaba niña santa. ¿A qué se debía el cambio?

—Mis manos ya no curan, *pa'i* —susurró.

Ursus le besó la coronilla y la separó de él. Sacó un pañuelo de la faltriquera de la sotana y le secó las mejillas.

—Basta de lágrimas —dijo, con una sonrisa que no le iluminó la mirada—. Ha sido la voluntad de Dios, y Crista ha dejado de padecer; nunca gozó de buena salud. Ahora, mi niña, vuelve a la clase con tu *pa'i* Santiago. Yo retomaré mis actividades. Porque la vida continúa, Manú.

—Sí, *pa'i*.

Pensó en mencionarle lo de la carta de Aitor y decidió comentárselo en un momento más propicio. Regresó a la mesa y retomó la clase de griego. Alrededor de una hora más tarde, llamaron a la puerta. Tarcisio abrió, y se encontró con Malbalá.

—Busco a Manú.

Emanuela pidió permiso al padre Santiago y salió a ver qué necesitaba su madre, un poco intranquila, porque Malbalá jamás interrumpía sus clases para ser española, como la mujer las denominaba; debía de tratarse de algo serio. El nombre de Aitor le saltó en la mente, y al mismo tiempo lo hizo su corazón.

—Hija, tu hermano Juan no se siente bien. Pide por ti.

¿Juan, enfermo? No lo recordaba siquiera resfriado. Amaba a todos sus hermanos, pero a Juan y a Bruno con especial cariño porque ellos jamás habían atacado, ni menospreciado, a Aitor. Dos días atrás, cuando Juan regresó de Loreto, donde se dedicaba a la construcción de un órgano neumático, se alegró tan sinceramente de encontrarse con Aitor, que lo abrazó y hasta moqueó un poco, circunstancia de la que se valieron Bruno y el propio Aitor para echarle pullas.

—Enseguida voy para allá, sy.

Se disculpó con el padre Santiago, acomodó de prisa los libros en la canasta y corrió a su casa, con Malbalá detrás de ella. Se encontró con un cuadro peor del imaginado. Juan ardía en fiebre, se quejaba de dolor de cabeza y espalda y había vomitado varias veces durante la mañana. Podía tratarse de un fuerte constipado, dedujo Emanuela; no obstante, que le sangrase la nariz la desorientó.

—¿Te duele la garganta?

—No —masculló Juan.

—Y tampoco estás resfriado —declaró Emanuela.

—No —confirmó el enfermo.

—Quédate tranquilo, Juan. Ahora mismo te preparo una tisana de raíz de palo

amargo, y verás que rápidamente baja la fiebre.

Salió a la enramada, donde Malbalá, que la había escuchado, se ocupaba de hervir agua para la cocción.

—Sy, iré a buscar la raíz de palo amargo al hospital. Sería bueno que fueses por agua al pozo de los padres. Siempre está muy fría. Embebes un paño de algodón y se lo colocas en la frente a Juan. No me tardo. Vuelvo enseguida.

Regresó con el padre Johann, a quien los síntomas de Juan lo habían intrigado. Lo revisó durante un buen rato, de manera concienzuda. Le pidió que se quitara la camisa y los calzones, por lo que Emanuela debió salir a la enramada, y le observó cada centímetro cuadrado de piel, incluso el interior de la boca, la lengua, los sobacos y los testículos. Lo ayudó a vestirse y lo cubrió con una manta.

—Ahora te daremos un té de cuasia —así llamaba el padre van Suerk al palo amargo— y te sentirás mejor. Trata de dormir, Juan. Tanto trabajo y tanto viaje, de aquí para allá, te han agotado.

—Sí, *pa'i* —musitó, con la resignación y el aguante que caracterizaban a los guaraníes en la enfermedad.

—Manú —la llamó el holandés, y le habló lejos de Malbalá—. No me gustan sus síntomas.

—Oh —se angustió Emanuela, y supo que había empalidecido porque las mejillas se le enfriaron súbitamente.

—Esto que te diré debes guardártelo. Y no quiero que pierdas la compostura. Necesito una *curusuya* fuerte y templada. —Lo seré, *pa'i*. Te lo prometo.

—Aún es temprano para hacer afirmaciones —admitió el jesuita—. No obstante, he visto síntomas como estos: fiebre, dolores musculares, vómitos, sangrado. Eran los prolegómenos de una enfermedad.

—¿Cuál, *pa'i*? —quiso saber Emanuela, y detestó el temblequeo de su voz.

—Viruela, hija.

Emanuela atajó la exclamación cubriéndose la boca con ambas manos.

—Tranquila, Manú. Quería que lo supieras para que estés prevenida. Esto no significa que Juan haya contraído la enfermedad. Podría tratarse de cualquier cosa. Hace años que no nos azota esa peste endemoniada.

—¿Qué puedo hacer para ayudarlo?

—Fue buena tu decisión de darle el cocido de raíz de cuasia. Hazlo beber bastante. Intenta que tome un poco de caldo sustancioso. Volveré esta noche para ver cómo prosigue.

—¿Vas a mencionarle tu sospecha a mi *pa'i* Ursus?

—Sí. Ahora mismo voy a hablar con él.

—Está haciendo su rutina en los talleres.

La fiebre de Juan no cedió, por el contrario, a eso de las siete de la tarde,

aumentó. Emanuela, que no quería que Malbalá lo tocara, se ocupaba de atenderlo personalmente.

—¿Por qué no quieres que le cambie yo la camisa empapada? Tú estás exhausta, Manú.

«Porque yo, como mujer blanca», le habría replicado, «tengo muchas más probabilidades de superar una viruela que tú, que eres india, querida sy, y yo haría cualquier cosa para preservarte de todo mal». Al menos, eso le había contado el padre Johann tiempo atrás, en oportunidad de leer una sección en su libro *Tesoro de pobres* que hablaba de la viruela.

—Porque yo soy la *curusuya* del pueblo, sy. A mí me corresponde cuidarlo. Además, prefiero que me ayudes preparando las tisanas y el caldo de gallina. Ponle un poco de carne también y rómpele dentro un huevo, para que sea más succulento.

El padre van Suerk volvió a lo de Ñeenguirú después de la misa de la tarde y lo encontró delirando a causa de la fiebre. Emanuela le había colocado paños embebidos en alcohol en las axilas y un emplasto de hojas de boj en las sienes. Van Suerk aprobó sus medidas y la instó a obligar al enfermo a beber caldo o tisana. Había que evitar la deshidratación.

* * *

Tres días más tarde, cerca del mediodía, Ursus rompió el lacre de la carta que acababa de llegar de la misión de Loreto con aire ausente. Pensaba en su familia, de luto por la muerte de Crista, y también en Juan Ñeenguirú, a quien habían trasladado al hospital; seguía afiebrado, adolorido y con vómitos y ocasionales pérdidas de sangre por la nariz. El padre van Suerk le había confesado sus recelos, de que los síntomas del joven músico correspondiesen a la viruela. Desde ese día, rezaban con pasión para que Dios los alejara de ese mal impiadoso. Hacía más de quince años que la peste no los azotaba, y muchos lo adjudicaban a la presencia de la niña santa en el pueblo.

A medida que avanzaba en la lectura de la carta, Ursus levantaba los párpados y entreabría la boca. El corazón se le desbocó en el pecho y le retumbó en la garganta. Su par en la misión de Loreto le informaba que tres indios de su doctrina habían contraído la viruela.

—Dios bendito, protégenos —susurró el jesuita, con los ojos cerrados y la carta aún entre las manos—. ¡Tarcisio!

—Manda, *pa'i*.

—Te me vas urgentemente al hospital y le dices al padre Johann que me urge verlo. Ahora.

Van Suerk se presentó solo unos minutos después. Sin pronunciar palabra, Ursus

le pasó la carta. El holandés la leyó en silencio.

—Dios nos ampare —masculló.

—Amén.

—Venía para aquí. Tarcisio me encontró a mitad camino. No traigo buenas noticias: en la lengua de Juan aparecieron las típicas manchas rojas que preceden a la aparición de las úlceras. Si me quedaba alguna duda de que el joven Ñeenguirú padece de viruela, esta carta de Loreto me lo confirma.

—¿Qué haremos?

—Por lo pronto, desinfectaremos su casa con ácido carbólico y quemaremos su hamaca y su ropa. Improvisaré un hospital para los enfermos de viruela en alguna de las barracas y la dividiré en tres secciones: hombres, mujeres y niños.

—Mandaré que vacíen la que utilizamos para guardar trastos viejos.

—Muy bien. Solo Manú y yo tendremos acceso a ese lugar.

—¿Manú?

—Solo cuento con ella, Ursus. Es hábil, muy paciente con los enfermos, conoce de plantas más que yo y trabaja sin aliento. Además, es blanca, por lo que sus probabilidades para sobrevivir a la peste son mayores.

—Dios bendito, protege a mi niña —susurró—. ¿Qué haremos con la gente?

—Ursus, ¿recuerdas esa carta que te mostré tiempo atrás en la que un amigo mío, un médico inglés, me contaba acerca de ese proceso de inoculación contra la viruela que una aristócrata de su país, esposa del embajador en el Imperio Otomano, había conocido en ese país?

—Vagamente. Refréscame la memoria.

—Se trataba de inocular a las personas sanas o apenas expuestas a la enfermedad con una especie de viruela que ataca al ganado bovino. Eso, por alguna razón que no logro comprender, fortalece al cuerpo humano para enfrentar el morbo. Quisiera probarlo con los indios.

Ursus se rascó la barbilla, ademán en el que caía con frecuencia cuando meditaba sobre una cuestión que lo inquietaba.

—No sé, Johann. ¿Y si se tratase de prácticas salvajes que empeoran las cosas? Después de todo, es una medicina que proviene de tierra de herejes.

—Vamos, Ursus. Los seres humanos somos todos iguales en cuanto a nuestra constitución física se refiere. Si fue bueno para los turcos, lo será para nosotros. ¿Qué perdemos con intentarlo? Sabes bien que, una vez que la peste se desate (y se desatará, no tengas duda), nuestros indios morirán como moscas. ¿Cuántos se perdieron en el 33? —Johann hablaba de la última epidemia que los pueblos habían atravesado—. ¿Casi dos tercios de la población? —Ursus asintió con semblante grave—. Reflexiona: si no hacemos nada, morirán miles de indios. Si implementamos la inoculación turca y no da resultado, morirán igualmente. Al menos con esta última,

tenemos una esperanza.

—¿Cómo se llevaría a cabo?

—Según lo que me refirió mi amigo en su carta, se realiza un pequeño corte en el brazo —se señaló la parte cercana al hombro— o en el muslo, en el cual se coloca el cultivo que se extrae de la ubre de la vaca infectada. Esa operación se repite tres veces, en tres días consecutivos. Pueden presentarse casos de fiebre y dolores musculares, pero él asegura que la reacción a la inoculación no va más allá de eso.

—Será un trabajo extenuante. Tenemos casi dos mil indios en San Ignacio.

—Manú, el hermano Pedro y yo tendremos que trabajar duro, entonces. Pediré a Ñezú que nos eche una mano. ¿Tengo tu aprobación?

—No podemos darnos el lujo de perder pobladores —expresó Ursus, y van Suerk se dio cuenta de que sometía el problema a reflexión en voz alta—. A duras penas hacemos frente a los trabajos del *tupâmba'e* y a las faenas de los *avamba'e* con la población que contamos. Sería una catástrofe volver a perder dos tercios de mis indios. Las cosechas se pudrirían en los campos y no tendríamos qué comer, ni con qué pagar el impuesto a la Corona.

—A eso nos enfrentamos —vaticinó el holandés.

—Está bien —resolvió, y la expresión le cambió, de dubitativa y angustiada, a una resuelta y decidida—, haremos tu dichosa inoculación. La organizaremos al mínimo detalle.

—En este momento parto para la estancia. Haré arrear las vacas que encuentre afectadas por la viruela bovina. Extraeré el fluido de las llagas de sus ubres y comenzaremos cuanto antes.

—¿Cuándo será eso?

—Mañana, al canto del gallo.

—Entonces, ahora mismo tocaré las campanas a rebato, los reuniré en la iglesia y les ordenaré que todos se presenten mañana en la plaza de armas. Los hombres formarán cada uno con su compañía, y las mujeres y los niños, por barrio. No les diré nada acerca de que Juan Ñeenguirú ha contraído la viruela. Si lo hago, cundirá el pánico y huirán a la selva. Los conozco.

—¿Qué les dirás?

—Que recibirán una bendición especial impartida por la niña santa.

Van Suerk alzó las cejas, asombrado.

* * *

Por primera vez en su vida, Aitor disfrutaba de la amistad de un coetáneo. Conan Marrak, poco mayor que él, formaba parte del grupo de expertos en minas de estaño que colaboraba con Edilson Barroso en la búsqueda de una mena. El padre de Conan,

Melor, y su tío Ruan lo completaban. Desde edad muy temprana —apenas cumplidos los diez años—, los hermanos Marrak, originarios de la ciudad de Helston, Cornwall, al sur de Inglaterra, habían trabajado en las minas de estaño y de cobre que abundaban en la región. Conan, siguiendo los pasos de su padre y de su tío, que a su vez seguían los de sus antepasados, también había comenzado a los diez. Afirmaba que había pasado más tiempo bajo tierra que en la superficie, y que por esa razón era pálido y de aspecto enfermizo y ojeroso.

Cinco años atrás, cansados de las malas condiciones de trabajo y después de haber perdido a varios compañeros en un derrumbe, Melor y Ruan decidieron probar suerte en el Nuevo Mundo, el cual, les había asegurado un marinero portugués que habían conocido en un pub del puerto de Falmouth, era rico en minerales y piedras preciosas. Para ratificar su afirmación, el marinero les mostró una cajita de madera colmada de piedras y cristales adquiridos en un mercado de Río de Janeiro, que Melor, Ruan y Conan apreciaron y estudiaron con admiración.

Los dos eran viudos y solo tenían a Conan, por lo que vendieron sus escasas pertenencias, a excepción de las herramientas que custodiaban con sus vidas, y se conchabaron como grumetes en un navío inglés que zarpó desde Falmouth con destino a Río de Janeiro, la capital de la colonia a la cual Portugal llamaba Brasil.

A Aitor le resultaba increíble estar compartiendo tiempo y aventuras con personas que habían cruzado el mítico océano Atlántico, del cual el padre Ursus le había hablado con frecuencia en la niñez, suscitando imágenes fantasiosas en su mente. Aunque en un principio la comunicación había resultado dificultosa —los Marrak balbuceaban el portugués y el castellano, y desconocían el guaraní—, con los días y la ayuda de don Edilson, los diálogos mejoraron. Aitor aprovechó para mejorar su rudimentario castellano, el que Manú le había enseñado, y aprendió algunas expresiones y palabras en portugués, en tanto los Marrak le pedían que les indicase cómo se decía esto o aquello en guaraní. Se habían dado cuenta de que si querían medrar en la región, aprender la lengua de los nativos se imponía como una necesidad.

La amistad con los Marrak, pero en especial con Conan, había nacido casi desde el principio de la convivencia, y lo primero que apreció Aitor fue que le extendieran la mano para saludarlo con respeto y una sonrisa, y que ninguno de los tres se amilanase a causa de su aspecto poco común. Sin duda, para esos tres hombres blancos, de ojos celestes y cabellos de un castaño muy claro, él debía de parecerles una criatura salida de un cuento de fábulas, con su piel oscura, sus tatuajes en el rostro y en los brazos, el cabello renegrido por la cintura y la catadura de perdonavidas. No obstante, los Marrak, con varios años en esas tierras, habían perdido la capacidad de sorpresa. A Aitor lo respetaron desde el primer momento al constatar, en pocas horas de viaje, su dominio del terreno, su comunión con la

naturaleza y su conocimiento de los peligros que los circundaban. Se sintieron seguros con él.

Por su parte, Edilson Barroso, que, cuando se trataba de negocios, Aitor notó que perdía toda la traza del hombre sonriente y simpático que había conocido en *Orembae* para adoptar un aire más severo y grave que su cuñado, estaba conforme con el grupo, tanto con el baquiano, como con los mineros, y hacía planes para que trabajasen juntos una vez que dieran con la mina de estaño. Aitor no aceptaba ni rechazaba el ofrecimiento, y prefería esperar para ver cómo se desarrollaban los hechos. Tal vez, la respuesta a sus problemas fuese don Edilson y su mina.

En el sexto día de marcha, mientras recorrían el arroyo Garupá, en un recodo donde mermaba la corriente y se formaba un remanso, dieron con la primera acumulación de casiterita. A lo largo del camino, habían encontrado y recogido pequeñas muestras de cristales, algunas más violetas, otras tan oscuras que parecían negras; incluso habían hallado porciones del mineral en el Pindapoy. Sin embargo, esa era la primera confirmación seria de que los mineros no se equivocaban: ese terreno era rico en estaño. Con todo, se requerirían análisis y estudios que demostrasen que una inversión de esa magnitud —instalar una mina y una fundición no costaba un maravedí— rendiría los frutos que la convertirían en rentable. Los Marrak poseían el conocimiento, en tanto que Edilson Barroso contaba con el dinero para darle buen uso. Juntos se volverían extremadamente ricos si daban con la dichosa mina.

En el regreso a *Orembae* —Barroso tenía que asistir a la boda de su sobrino—, mientras conducían la jangada por el río Paraná con las largas tacuaras, Conan le confió a Aitor una pena: había amado a una muchacha de su pueblo, Helston, y era lo único que extrañaba de su tierra. Lowenna se llamaba, y, de acuerdo con la descripción de Conan, era la más hermosa y virtuosa de las jóvenes, opinión con la que Aitor disentía en silencio porque nadie podía ser más bella ni maravillosa que su Jasy.

—Ya debe de haber desposado a otro —se lamentó Conan, y Aitor se dijo que a él, un pensamiento de esa índole, lo habría vuelto loco—. ¿Eres casado, Aitor?

—No.

—¿Tienes prometida?

Aitor lo miró de reojo y se debatió entre hablarle de Emanuela o guardar silencio. Que se estuviese planteando la posibilidad de contarle acerca de su amor era una situación nueva para él. Sin duda, Conan le inspiraba confianza. Su demora en contestar no pasó inadvertida para el joven cornuallés, que le sonrió al decirle:

—Discúlpame, no he querido ser imprudente al preguntarte.

—Yo soy muy celoso de lo mío —admitió Aitor, con acento más severo del que pretendía.

—Lo entiendo.

—Y muy desconfiado.

—Eres sabio, pues.

Siguieron empujando la balsa a fuerza de hundir las gruesas cañas en el lecho del río y cayeron en un cómodo mutismo durante un buen rato.

—Mi prometida se llama Emanuela —expresó Aitor al cabo, y le resultó adecuada esa palabra castellana, prometida, porque así había comenzado su amor de adultos en la torreta, con una promesa eterna sellada con un pacto de sangre.

—Emanuela —repitió Conan—. Es un hermoso nombre.

Aitor asintió y miró hacia otro lado, actitud que el minero interpretó rápidamente: el guaraní no seguiría hablando de su mujer.

—¿Te quedarás en *Orembae* para la boda? Don Edilson nos ha dicho que su cuñado carneará varias reses para que sus empleados e indios festejen las nupcias de su único hijo. Mi padre, mi tío y yo hemos sido invitados.

—No me quedaré.

—¿No? Es una lástima. No tengo amigos entre los peones de *Orembae*. ¿Dónde vives, Aitor?

—En un pueblo a dos leguas de la hacienda de don Vespaciano. Se llama San Ignacio Miní.

—Cuando pasen los festejos por la boda del hijo de don Vespaciano y reiniciemos la búsqueda, ¿serás otra vez nuestro baquiano?

—Sí. Don Edilson me lo ha pedido ayer y he aceptado.

—¡Bien! —se entusiasmó Conan—. No pasaremos hambre con un cazador de tu talla.

Aitor sonrió por primera vez en esos nueve días, una sonrisa amplia en la que desveló unos dientes increíblemente blancos y parejos. No obstante, al muchacho cornuallés lo impresionó lo acusado de los caninos, que, sumado a otros aspectos peculiares de las facciones de su amigo guaraní —los extraños ojos amarillos, las cejas triangulares, los tatuajes y la eterna expresión seria—, lo convertían en un hombre con el que debería haber guardado la distancia. Aitor, en cambio, le inspiraba confianza. Al final del viaje, cuando se dieron la mano en *Orembae* a modo de despedida, Conan se dio cuenta de que anhelaba ser su amigo.

—Nos vemos en unos días, Aitor.

—Nos vemos en unos días, Conan —repitió Aitor sílaba por sílaba porque no conocía otro modo de despedirse en portugués.

* * *

Emanuela no recordaba haber experimentado un cansancio tan profundo, que le

alcanzaba los huesos y le hacía doler las articulaciones. Evitaba contemplarse en la superficie del agua de la palangana para no espantarse con su aspecto. Debía de haber perdido peso, pues el tipoy le bailaba sobre el cuerpo. Sus rizos, sin el lavado diario, estaban opacos y aplastados. A causa de las pocas horas de sueño, las ojeras se le habían remarcado y oscurecido. Más allá del agotamiento y de lo fea y sucia que se sentía, seguía trabajando con denuedo. Habían completado los tres días de inoculación, que se había demostrado una faena ardua, repetitiva y más bien complicada. El primer día, como los indios creyeron que se trataba de una bendición de la niña santa, al verlos a ella, al hermano Pedro, a Ñezú —el *paje* había aceptado gracias a los ruegos de Manú— y a van Suerk con lancetas en las manos, comenzaron a murmurar y a retirarse. El corregidor, Palmiro Arapizandú, tomó la palabra y expuso su sorpresa.

—¿De qué se trata esto, *pa'i* Ursus? Nos convocaron hoy día para recibir una bendición de la niña santa. ¿Por qué quieren cortarnos la carne?

—Es apenas un corte superficial, Palmiro, para colocar en sus cuerpos una medicina que los salvará de la viruela. —Ursus dudaba de que el extraño procedimiento de su compañero holandés surtiese efecto; no obstante, exponerle sus suspicacias a casi dos mil indios asustados no se habría reputado de sensato.

—¿Viruela? —La palabra emergió con miedo de la voz del corregidor, y se repitió entre la multitud.

—¡Silencio! ¡Silencio! —exigió Ursus, mientras agitaba las manos—. En el pueblo de Loreto han aparecido varios casos. Juan Ñeenguirú, que pasó unos días entre ellos, llegó enfermo.

—¿Dónde está Juan? —exigió saber Arapizandú.

—Aislado para que no contagie a nadie. ¡Quiero que conserven la calma! —pidió, al percibir el descontento que empezaba a correr entre la gente—. Si nos permiten aplicarles esta medicina, nada malo les ocurrirá. Tal vez tengan un poco de fiebre y malestar, pero no pasará de eso. ¡Quiero que confíen en mí! —exigió, y sus palabras parecieron repetirse en el mutismo que cayó sobre la multitud.

—¡Queremos la bendición de la niña santa! —exigió uno de los caciques, el jefe del barrio donde vivía Emanuela.

—¡Y la tendrán! Pero primero, la medicina.

Que el *pa'i* Ursus no se opusiese a que la niña santa los bendijese y tocase con sus manos milagrosas los dejó mudos. Les importaba bien poco la medicina, en la que no creían. Solo la intervención de Emanuela los salvaría de la peste, a la que muchos recordaban con horror, cuando los había diezmado en el año 33.

Palmiro cruzó una mirada con Ursus y asintió. Se volvió hacia la multitud y ordenó:

—¡Los hombres se formarán en sus compañías! ¡Las mujeres y los niños se

alinearán en cinco filas a partir del rollo, una por cada barrio!

Van Suerk, el hermano Pedro, Ñezú y Emanuela se habían pasado la noche extrayendo el pus de las ubres de las vacas con viruela bovina y colocándolo en pequeñas calabazas en las que luego vertieron un líquido transparente y áspero al tacto que obtenían de la maceración de la caña de azúcar, uno de los productos de la misión. Por último, casi al amanecer, prepararon los instrumentos para proceder al corte e inoculación.

Al final, Emanuela no participó de la intervención, sino que se dedicó a tocar la cabeza de los indios una vez inoculados para cumplir con la promesa de Ursus. Así procedieron durante la mañana de tres días consecutivos. El segundo y el tercer día, las campanas sonaron antes del canto del gallo, cuando todavía no clareaba. Los grupos avanzaron con antorchas de resina y se acomodaron, envueltos en un murmullo, del mismo modo en que lo habían hecho el día anterior. La intervención consistía en un corte poco profundo en el brazo, la aplicación del pus disuelto en el resultado de la maceración de la caña, al que el padre van Suerk llamaba alcohol y que les provocaba un fuerte ardor, y la envoltura del corte, a cargo de Vaimaca, Malbalá y Jesuila, la esposa de Bartolomé Ñeenguirú, a la que realizaban con jirones de algodón limpio. A insistencia de Ñezú, que sostenía que mezclar los humores de una persona con los de otra no era bueno, antes de proceder al siguiente corte, sumergían la lanceta en una calabaza con alcohol para lavarla. Van Suerk, que no veía qué mal acarrearía cortar a varias personas con la misma lanceta, aceptó la sugerencia; con los años había aprendido que el *paje* guaraní poseía una percepción del cuerpo humano y de sus misterios que iba más allá de la que él había aprendido en Padua y Montpellier.

Como precaución, Ursus disminuyó las actividades en el *tupâmba'e* y en los talleres, y les sugirió hacer lo mismo en el *avamba'e*. Al jesuita lo afectaba ver la rutina del pueblo, que funcionaba como un mecanismo perfecto, tan alterada, e intentaba no preguntarse si ese asunto de la inoculación con pus de la ubre de una vaca no era una locura de herejes turcos que terminaría por causarle graves problemas con el provincial y con la Inquisición. Cuando las dudas y celos se hacían insoportables, apelaba al práctico razonamiento de van Suerk: la viruela los habría exterminado. ¿Por qué no echar mano de una esperanza?

En el cuarto día, se presentaron en el hospital los primeros casos de indios con fiebres y malestares en la nuca y en la espalda, treinta y tres en total, que el padre van Suerk adjudicó a una reacción a la inoculación. Se los condujo a la barraca donde Juan experimentaba el momento más crítico de la enfermedad, cuando las pústulas se expanden por los brazos y las piernas.

A pesar del cansancio, Emanuela tomaba nota en su cartapacio de todo cuanto había acontecido desde el primer día de inoculación. De manera minuciosa y

detallada, describía el progreso de cada caso. Temía por la vida de su hermano Juan, a quien la enfermedad lo había atacado con la ferocidad que parecía reservar a los naturales de estas tierras.

—No hay mucho por hacer, hija —le confesó el padre van Suerk en una ocasión en que ella, desesperada por calmar el padecimiento de su hermano, le preguntó cómo podía ayudarlo—. Lo que le damos y hacemos son paliativos, nada más. Es su cuerpo contra la enfermedad, y esta batalla tiene que seguir su curso. Roguemos para que Juan venza.

Aunque se tratase de paliativos, ella se esmeraba en proporcionárselos. Preparaba un complicado cocimiento de raíz de taropé, al que agregaba otro de borraja, un poco de miel y media dracma de piedra bezoar. Lo obligaba a beberlo muy caliente y lo envolvía con varias mantas para que sudase y sacase fuera la ponzoña de las pústulas. Luego lo secaba con delicadeza, apenas rozándolo con paños de algodón, y le cambiaba las mantas húmedas por unas secas. Enseguida, para evitar que se deshidratase, lo obligaba a beber jugos de frutas, que lo refrescaban y le devolvían el ánimo. Con las semillas del urucú, las que empleaban para mantener a raya a los mosquitos y a la mosca ura, Emanuela preparaba un ungüento siguiendo una receta de Ñezú y, con paciencia infinita, le untaba las miles de pústulas que lo cubrían para evitar que se infectasen. También le colocaba azúcar en aquellas que se le ulceraban en los ojos. La conjuntivitis era una de las complicaciones de la viruela.

Cuando no se dedicaba a cuidar a su hermano Juan, Emanuela se repartía entre los demás enfermos, colocando compresas, dando de beber infusiones, llevando y trayendo orinales, cambiando prendas sucias y sudadas, preparando los alimentos, manteniendo limpia la barraca. Dormía poco, siempre atenta a los enfermos, que, de noche, solían levantar temperatura. Y era de madrugada cuando los tocaba sin que lo advirtiesen. Su don sanador había regresado; el familiar calor que le había entibiado las palmas de las manos en el pasado la había sorprendido el día en que su *pa'i* Ursus recibió la noticia de la muerte de Crista. Al abrazarlo, conmovida por la pena y el cariño, percibió el escozor que precedía al calor. Pensó que lo imaginaba y no le prestó atención, demasiado triste y concentrada en la pena de su *pa'i*. Sin embargo, cuando le tocó bendecir las cabezas de los casi dos mil pueblerinos, con muchos de ellos tuvo la certeza de que el calor volvía a asistirla. No se puso contenta, ni triste; lo aceptó con el mismo sentido de la fatalidad con que había aceptado su desaparición.

A pesar de las preocupaciones y del trabajo extenuante, Emanuela siempre pensaba en Aitor. Su imagen la acompañaba a todas partes. Ansiaba oír el sonido de su voz, sentir sus caricias en el cuerpo, experimentar el placer que la magia de sus manos le arrancaba de entre las piernas, añoraba su sonrisa y sus palabras de amor. También la asaltaban las dudas y los temores. ¿Cuál sería el trabajo que le reeditaría tanto dinero? ¿Sería peligroso? ¿Vería a Ginebra todos los días? ¿Se habría peleado

con Lope?

A veces, cuando se permitía un momento para descansar y comer algo, sacaba la carta que guardaba extendida dentro de su cartapacio y la observaba, la besaba, la olía, se la pasaba por la mejilla. Estudiaba el sello de lacre e intentaba discernir qué había estampado en él. Se la sabía de memoria, y no importaba cuántas veces la releyes, siempre terminaba riendo entre lágrimas. Lo único bueno de que Aitor estuviese lejos de la misión era que se preservaba de la peste. Cuando intentase regresar, no se lo permitirían y lo mandarían de regreso a *Orembae*. Emanuela le temía a su reacción. El padre Ursus había formado tres grupos de guardia que se turnaban, apostados en el ingreso al pueblo, para evitar la entrada o la salida de personas que no contasen con la expresa autorización del capellán. Las medidas se habían endurecido después de que Damián regresó un día de Loreto con la noticia de que la viruela azotaba a los pobladores con crueldad inusitada y de que ya se contaban varios casos en los pueblos de Santa Ana, Corpus Christi y la Candelaria.

* * *

«Las noticias malas llegan todas juntas», caviló Ursus. «Primero, lo de la muerte de Crista, después lo de la epidemia de viruela y ahora esto», pensó, mientras aplastaba en su puño la carta que contenía el mandato que jamás habría querido recibir: Emanuela debía abandonar la misión. Durante más de catorce años le había temido a ese momento, el de apartarla de él y de la familia que la había criado. El momento había llegado, y no le causaba temor, sino pánico. Las pulsaciones se le habían disparado y una pesadez en el estómago le provocó náuseas. Desde hacía años estaba a cargo de un pueblo, con cientos de familias que acudían a él todos los días con problemas de diversa índole; nada lo amilanaba, ante nada se arredraba, y siempre hallaba la solución. Frente al ultimátum del padre Manuel Querini, que por el tono de la misiva no admitiría discusiones, excusas, ni negociaciones, se sentía vulnerable como un niño que ha perdido a los padres. ¿Cómo se lo diría a Malbalá? ¿Y a Emanuela? A quien más le temía era a Aitor.

—¿Qué te sucede, Ursus? —se preocupó Santiago de Hinojosa—. Estás blanco como esa pared.

—Carta del provincial —dijo, y se la mostró.

—¿Por qué has hecho un bollo con ella?

—Sí... No sé... Lo siento —se disculpó, y comenzó a estirarla.

—¿Qué te sucede? No me tengas en ascuas. ¿Es algo relacionado con la epidemia de viruela?

—No, no. De hecho, el padre Manuel ni siquiera la menciona.

—¿Qué dice, pues?

—Que es perentorio que Manú abandone la misión.

—¡Qué! —Hinojosa ocupó la silla junto a la de su amigo—. ¿Por qué? ¿Qué razón esgrime?

—No entendí bien, a decir verdad. La he leído tan deprisa, tan aturrido y confuso... No lo sé. Léela tú, amigo mío. Echa un poco de luz sobre este aciago asunto.

Hinojosa leyó la carta con mirada severa y el entrecejo muy pronunciado.

—Dios nos ampare.

—Sí, Dios nos ampare, amigo mío.

—No me refiero a lo de Manú, Ursus, que es muy triste, sino a lo que motiva su extrañamiento.

—Habla.

—El provincial te informa que, en enero de este año, se firmó un acuerdo entre el rey Fernando VI —hablaba del soberano español— y Juan de Portugal en el que se establece que la línea de Tordesillas se correrá hacia el oeste una cierta cantidad de grados, los mismos que una imaginaria en el Asia. Estas nuevas líneas definirán los límites en las Indias Occidentales y en las colonias asiáticas para ambos reinos.

—No entiendo qué tiene que ver ese acuerdo con mi Manú.

—La España le concede al Portugal los terrenos al este de la nueva línea de Tordesillas, que de hecho ya los posee, y el Portugal devuelve a la España la Colonia del Sacramento.

—Sigo sin entender.

—Ursus, con estos nuevos límites, siete de nuestros pueblos, los que están del otro lado del río Uruguay, pasarán a pertenecer al Brasil.

—¿Cómo? —Ursus abandonó la actitud vencida y se incorporó—. ¿Esos siete pueblos quedarán bajo el dominio de las autoridades portuguesas del Brasil?

—Según lo que explica aquí Querini, sí.

—¡Oh, no! ¿Acaso no conocen la historia esos estólidos de Madrid? ¿Acaso no saben acerca del odio que los guaraníes les guardan a los portugueses, y con toda razón? Jamás aceptarán quedar bajo su dominio.

—Tendrán que aceptarlo o abandonar sus pueblos —sentenció Hinojosa con acento vencido.

—¡Ja! ¡Qué poco los conoces, Santiago! Jamás, óyeme bien, jamás abandonarán su tierra, el sitio donde tienen enterrados a sus ancestros y donde han trabajado incansablemente, sin presentar pelea. ¡Qué desatino! ¿En qué pensaba el rey Fernando cuando se avino a firmar esa estupidez? ¿Acaso no leyó la Cédula Grande que firmó su padre antes de morir, en la que llamaba a sus indios guaraníes las joyas del reino?

—¿Qué saben los copetudos de Madrid de las cuestiones americanas, Ursus?

Ellos viven su realidad, sin pensar en nuestros destinos. Para lo único que les sirven estas tierras y sus pobladores es para llenar las arcas que vacían en guerras estúpidas e intrigas. No le pidas peras al olmo, amigo mío.

—¿Es a causa de este absurdo acuerdo que debo separarme de mi pequeña Manú? No comprendo.

—Veo que, en verdad, detuviste la lectura de la carta después de la línea en la que el padre Manuel te exigía sacar a Manú de San Ignacio.

—Sí —admitió Ursus—. Todo lo que siguió se me tornó borroso y no comprendí nada en absoluto.

—Pues el provincial prevé que la situación será muy compleja y difícil, que llegarán plenipotenciarios de ambos países para controlar que el acuerdo se cumpla. También asegura que el general de la Compañía de Jesús enviará desde Roma a un representante suyo para que supervise el traspaso de los pueblos a la jurisdicción portuguesa o la evacuación en caso de que los guaraníes no acepten quedar bajo dicha soberanía. En un marco de tanta tensión, el padre Manuel no quiere, y cito el original: *bajo ningún punto de vista*, que los enemigos de nuestra orden tengan excusas para golpearnos. Sabes bien que una muchacha blanca viviendo en una doctrina es una flagrante contravención a las ordenanzas de Alfaro, sin mencionar la fama de santona y milagrera que posee nuestra querida Manú, de la cual nuestros enemigos sabrán sacar provecho.

—¡Malditos masones! —Ursus descargó el puño sobre la mesa.

—No maldigas, Ursus, por favor.

—¡Masones del demonio! —continuó, sin prestar atención a Hinojosa—. Este acuerdo, sin pies ni cabeza, es obra de ellos, que desde hace años intrigan en contra de nuestra orden.

—Son luchas de poder, amigo mío, como las que el mundo ha presenciado desde que el hombre es hombre. No nos llevará a nada rasgarnos las vestiduras ahora. Como sea —prosiguió con un aire y un acento prácticos—, tenemos que solucionar la cuestión de Manú.

—Santiago —expresó Ursus, de pronto acobardado—, no puedo separarme de ella. Es como una hija para mí.

—Lo sé, amigo mío, pero ¿recuerdas el postulado al que nos comprometimos cuando tomamos los votos, *perinde ac cadaver*?

—Sí —suspiró Ursus—, de la misma manera que un cadáver. Lo sé, Santiago, lo sé. Más tarde me reconciliaré con la Compañía de Jesús y su voto de obediencia. Ahora permíteme desfogar mi temperamento vasco.

—No tenemos mucho tiempo. El padre Manuel quiere que Emanuela deje la misión antes de que transcurra un mes.

—No puedo separarme de ella —repitió Ursus.

Santiago de Hinojosa volvió los ojos a la carta arrugada y la releyó una segunda vez. No quería avivar la ira de su amigo y preguntar en voz alta lo que estaba pensando: ¿qué diantres tenían en la cabeza el rey y sus ministros cuando aceptaron un acuerdo a las claras tan poco ventajoso? ¿La esposa de Fernando VI, Bárbara de Braganza, hija del rey portugués, habría conspirado para hacer firmar el tratado a su esposo? El padre Manuel no aclaraba los detalles del acuerdo, pero, a primera vista, se podía afirmar que era injusto y que perjudicaba abiertamente a la España. Ansiaba hacerse con una copia del documento.

—Ursus, acabo de repasar las líneas del padre Manuel y estoy en posición de afirmar que, en ningún momento, te ordena qué hacer con Manú. Solo indica que la joven abandone la misión. ¿Y si la enviases a Buenos Aires, bajo la tutela y el cuidado de tus padres? Para Ederra y Alonso, la presencia de la muchacha significaría una alegría después de la muerte de la pequeña Crista. ¿Qué opinas, amigo mío?

Ursus apartó la mano con la que se sostenía el rostro y fijó la mirada en Hinojosa.

—Tú en verdad piensas que será fácil sacarla de aquí, ¿verdad?

—Bueno...

—Yo no me atrevo siquiera a pensar en la reacción de Aitor. ¡Ni en la del pueblo mismo! Si no tenemos una rebelión a causa del acuerdo, la tendremos por intentar apartar a Manú de San Ignacio.

La seguridad se esfumó de la expresión de Hinojosa, que pareció desinflarse al dejar caer los hombros.

—Pues, sí, tienes razón. No estoy considerando la reacción de Aitor, ni la del pueblo.

—Te confieso, amigo mío, que, por primera vez en muchos años, no sé cómo enfrentar este problema, no sé por dónde empezar, con quién hablar.

—Por lo pronto, creo que deberías contárselo a Manú. Ella tiene derecho a saber.

—Pobre niña mía, que se ha deslomado para atender a los enfermos. Mirá cómo le pagaremos, con qué moneda más amarga.

* * *

Aunque desesperado por regresar a San Ignacio, Aitor hizo un alto a la orilla del Yabebirí para lavarse y adecentarse antes de abrazar y besar a su Jasy. Tentado de utilizar el jabón que doña Florbela le había regalado, lo dejó dentro de la canasta en la que se lo había entregado, junto con los otros efectos de mujer. Se los daría a Emanuela y no perdería uno de sus gestos ante la sorpresa que le causarían esos objetos tan finos. Algún día, se prometió, la rodearía de lujos y cosas hermosas, como los que abundaban en lo de Amaral y Medeiros.

Pese a la presencia de huéspedes por la boda de su hijo y desbordada de

ocupaciones, doña Florbela lo había dejado boquiabierto al entrar en el despacho de su esposo cargando una pequeña canasta con obsequios que, le aclaró, eran para su madre.

—La mujer que ha dado a luz a un muchacho tan noble como tú, Aitor, que salvó la vida de mi único hijo y mi honor, merece un reconocimiento. Esto es muy poco, pero se lo envió con todo mi cariño. ¿Cómo se llama tu madre?

—Malbalá.

—Qué bello nombre. Malbalá. Debe de ser una mujer extraordinaria.

—Lo es —afirmó Aitor, y miró de soslayo a don Vespaciano, que se había puesto de pie y contemplaba la escena con ojos movedizos, mientras tamborileaba los dedos sobre el escritorio.

Doña Florbela, al ver que Aitor hurgaba entre los obsequios, le explicó:

—Son objetos de tocador que toda mujer sabe apreciar. He puesto jabones muy finos de la Francia, uno de vetiver y el otro de nerolí, un pote con loción de rosas para la suavidad de la piel, un juego de peine, cepillo y espejo de madreperla y una pieza de género de Holanda. ¿Sabe coser tu madre?

—Sí, señora. Y es una gran tejedora. Sus reposteros y alfombras son muy codiciados en los mercados de Asunción y de Buenos Aires.

—Oh, qué mujer talentosa. Me gustaría comprarle algunos.

—Ya está bueno, Florbela. Te suplico que me permitas terminar la conversación con Aitor. El muchacho lleva prisa, y estoy seguro de que tus invitados están esperándote.

—Sí, señor.

Florbela se acercó con las manos extendidas y una sonrisa, y Aitor se apresuró a apoyar la canasta sobre el escritorio para tomárselas. La situación lo incomodaba al punto de hacerlo ruborizar; incluso percibió que los pabellones de sus conspicuas orejas se calentaban. No estaba habituado al contacto con la gente y, en cierta forma, le repugnaba; sin embargo, no reunió el coraje para rechazar la calidez de la dueña de casa.

—Dios te bendiga, Aitor.

Se limitó a inclinar la cabeza. Doña Florbela aplicó un poco de presión a sus manos antes de soltarlas. Aitor giró la cabeza y miró a don Vespaciano, quien le destinó una sonrisa avergonzada, casi infantil, y sacudió los hombros. Oprimió los labios para atajar la carcajada que le provocó el comportamiento del recio hacendado.

—Sería muy interesante ver a mi madre y a su mujer juntas, don Vespaciano. Sería divertido verlas forjar una amistad.

—Ahora te burlas de tu padre y de sus deslices y debilidades.

—No me burlo.

—Me los echas en cara, entonces.

—Tampoco.

—Bien, bien —masculló el hombre como solía hacer para poner fin a un argumento o discusión—. Dime, hijo, ¿te ha pagado mi cuñado lo que te prometió, los veinte pesos?

—Sí, lo ha hecho. Y en siete días, regresaré para emprender otro viaje con don Edilson y su grupo de mineros.

—¿Por qué aceptas trabajar para él y no para mí?

—Porque lo de don Edilson es temporal. Lo de vuesa merced es para siempre.

Aitor observó el reflejo de su imagen en la superficie del Yabebirí y recordó la de Amaral y Medeiros luego de recibir su respuesta. Al primer indicio de pena y compasión, le siguió uno de endurecimiento; no le gustaban los sentimientos que don Vespaciano estaba provocándole. No cedería. *Orembae*, con Lope en ella, estaba prohibida para él y Emanuela.

Terminó de lavarse, se puso una de las camisas que le había regalado su padre y se desató el cabello; a Emanuela le gustaba que lo llevase suelto. Montó de un salto y soliviantó la montura para que cubriese en poco tiempo la distancia que lo separaba de su mujer. Eran las primeras horas de la tarde; la encontraría tomando su clase de griego o en el hospital. Se las ingeniaría para convencerla de que se escabulleran a su sitio secreto en el arroyo. Las ansias por tocarla y arrancarle gemidos eran tan poderosas como las de ser tocado por ella y gozar de su inocente pasión. Le permitiría aferrarle el pene. Emanuela se lo había pedido con insistencia, y él se había negado en la seguridad de que sus manos en torno a él lo privarían del sentido común. Se movió sobre la montura cuando sus genitales lo incomodaron al volverse duros y pesados, mientras se imaginaba los labios de Emanuela deslizarse por la longitud de su erección. No tenía duda de que ella lo haría si él se lo pedía, tomarlo en su boca. La amaba por mostrarse dispuesta a complacerlo de cualquier modo. La amaba por su entrega sin límites y de una confianza que lo abrumaba. La amaba por permitirle gozar de su cuerpo virgen. La amaba por ser lo primero y lo último para ella, la prioridad en su vida, el centro de su existencia, lo más importante. La respiración se le aceleró, y el caballo, que percibía la inquietud de su amo, galopó con más brío.

—¡Alto!

La exclamación lo arrancó de sus pensamientos y fantasías con la violencia de un estacazo. El semental relinchó y se paró en sus cuartos traseros. Aitor se mantuvo sobre la montura y consiguió calmarlo.

—¡Aitor!

—¡Tío Palmiro! ¿Qué sucede? —dijo, mientras observaba a varios hombres apostados en el ingreso del pueblo con caras poco amigables.

Palmiro caminó hacia él, aunque se detuvo a cierta distancia.

—No puedes entrar, hijo. Está prohibido.

—¿No puedo entrar? —se desconcertó.

—*Nadie* puede entrar, Aitor. Ni salir.

—¿Por qué?

—Hay una epidemia de viruela...

Arapizandú no consiguió terminar la frase. Aitor acicateó al caballo, que, de por sí nervioso, salió al galope. Los hombres en el ingreso se apartaron para evitar ser atropellados. No tenían duda de que el luisón les pasaría por encima.

—¡Aitor, regresa aquí! —lo conminó su tío Palmiro—. ¡Aitor! ¡Muchacho del demonio! —masculló, y salió corriendo detrás de él.

Saltó de la montura antes de que el caballo frenase por completo delante de la enramada de su casa.

—¡Sy! ¿Dónde está Emanuela?

—¡Hijo! —Malbalá abandonó su sitio frente al telar y corrió hacia él—. ¿Por qué has entrado, hijo? ¿Por qué? ¿Acaso no te dijeron los de la guardia que está prohibido?

—¡Nadie iba a prohibirme entrar en San Ignacio por mi mujer, sy! ¿Acaso no lo sabías? ¿Dónde está ella? —se impacientó.

—Cuidando de tu hermano Juan en una de las barracas, del grupo que está más próximo al cementerio. —Malbalá comenzó a lloriquear—. Juan ha contraído la viruela, Aitor. Tu hermano está muy grave.

—¿Y Emanuela está cuidándolo? ¿No es que la viruela es contagiosa?

—Sí, lo es.

—¡Por qué mierda permitiste que fuese ella la que lo cuidase! ¡Por amor de Dios, sy! ¡En qué mierda estabas pensando!

—¡Aitor, hijo! Las cosas se dieron así. Ella es la *curusuya* del hospital y la mano derecha de mi *pa'i* Bansué.

—¡Aitor! —Palmiro y otro de los hombres de la guardia llegaron a lo de Ñeenguirú.

—¡No me molestes ahora, tío Palmiro! ¡Estoy con ganas de morder a alguien! ¿Por qué carajo Emanuela está a cargo de mi hermano Juan?

—Cálmate, Aitor. Manú no solo está a cargo de Juan, sino de todos los enfermos de viruela.

Aitor percibió que un sudor frío le brotaba en el bigote y, poco a poco, le cubría el rostro. La cara de su tío se le tornó borrosa. Pestañeó varias veces para enfocararlo de nuevo.

—¿Qué dices?

—Hijo, cálmate y escucha.

—¡No! ¡No pienso escuchar las necedades que me dirás! ¡Están usando a mi mujer, exponiéndola a una enfermedad que podría matarla...!

—¡Manú no ha contraído la viruela, Aitor!

—¡Pero la contraerá si sigue tocando y asistiendo a los enfermos!

—Hasta el momento...

Aitor no se detuvo a oír la explicación del corregidor. Montó con un solo y ágil movimiento y espoleó el caballo con crueldad. ¿Adónde le había dicho su madre que habían aislado a Juan? ¿En la barraca cerca del cementerio? La conocía bien; se erigía junto a la que solía usar en sus encuentros con Olivia.

* * *

Emanuela clavaba la vista en un punto indefinido, mientras Ursus, sentado frente a ella, se estrujaba las manos, nervioso, y la contemplaba.

—No puedo abandonar la doctrina, *pa'i* —susurró la muchacha después de un prolongado silencio—. Aquí está mi familia, este es mi pueblo. Es la única vida que conozco.

El jesuita le tomó la mano y se la besó.

—Lo sé, mi niña, lo sé.

—Además, hago falta aquí. Soy la *curusuya* del hospital. El padre van Suerk me necesita, sobre todo ahora que una epidemia de viruela nos acecha.

—Han pasado varios días desde la inoculación y, salvo Juan que contrajo la enfermedad en Loreto, los casos que han aparecido son como consecuencia de una reacción a ese extraño procedimiento. Rezo todos los días para que la viruela no invada mi doctrina.

—Pero el padre van Suerk dice que el período de incubación de la viruela es de quince días, y aún no han pasado quince días desde que Juan regresó de Loreto, *pa'i*. Aún no sabemos si alguno de San Ignacio caerá enfermo. Y si así ocurre, Dios no lo permita, me necesitarán.

—Manú, hija mía, te necesitaríamos aun sin la epidemia de viruela. Te necesitamos porque te amamos. Sufro de solo pensar en que no volveré a verte todos los días...

El sacerdote se interrumpió cuando Emanuela ahogó un sollozo y se cubrió la boca. Sus ojos fueron un reflejo de los de ella, que se colmaron de lágrimas.

—Tranquila, Manú —le pidió Ursus con voz afectada—. Hallaremos una solución, como siempre lo hemos hecho.

—Todavía no le digas nada a mi *sy, pa'i*. Con lo de Juan, tiene suficiente. De todos modos, cuento con unas semanas para dejar el pueblo, ¿verdad?

—Sí, hija —suspiró el jesuita.

—No podría irme ahora sin saber si he contraído o no la enfermedad.

—Claro, esperaremos unos días.

Ursus y Emanuela volvieron las cabezas hacia la puerta de la barraca al escuchar los cascos de un caballo que se acercaba al galope. Se pusieron de pie de manera súbita al escuchar gritos e insultos.

—¡Emanuelaaaa! ¡Emanuelaaaa!

—¡Es Aitor! —alcanzó a pronunciar la muchacha antes de que la puerta se abriese violentamente y rebotase contra la pared.

Emanuela pronunció un alarido y permaneció junto a la silla. Ursus caminó a grandes zancadas hacia él, pero se frenó a unos palmos.

—¡No entres, Aitor! —le suplicó la muchacha—. ¡Por amor de Dios, no entres! ¡Vete, vete! ¡Te contagiarás!

—¿Qué haces aquí, muchacho? ¿Por qué entraste en el pueblo?

Palmiro Arapizandú y sus ayudantes llegaron en ese momento, agitados y sudados porque habían corrido, y se detuvieron a una considerable distancia, conscientes de la prohibición de acercarse a la barraca.

—¡No pudimos detenerlo, *pa'i*! —informó el corregidor ahuecando las manos en torno a la boca para hacerse oír mejor—. No hubo modo de disuadirlo.

Aitor no se movía, ni siquiera pestañeaba. Clavaba la vista en la figura pálida, delgada y ajada en la que se había convertido su Jasy. Se dio cuenta de que había estado llorando. ¿Por qué?

—¿Has contraído la viruela? —La voz de Aitor brotó como un jadeo doloroso.

—No. Estoy bien, no te preocupes. ¡No te me acerques! —se alteró Emanuela al descubrirle la intención de avanzar hacia ella—. Debes irte de aquí. Ahora.

—¿Por qué estás llorando? —quiso saber él, haciendo caso omiso de las órdenes de ella.

—Por Juan —mintió.

—Aitor, hijo...

—¡No hablaré contigo, *pa'i*! —reaccionó el muchacho, y elevó el índice en dirección al jesuita—. ¡Nunca te perdonaré que estés usando a mi mujer para cuidar a los enfermos de viruela! ¡Nunca! ¿Entiendes?

—Aitor. —El padre van Suerk lo sorprendió por la espalda—. Manú, al igual que tu madre y todos los que estuvieron con Juan durante su período de incubación, ya han sido expuestos a la enfermedad. Si Manú, tu madre o Bruno la han contraído, enfermarán igualmente. En unos días lo sabremos. Es la voluntad de Tupá.

—¡Bah, la voluntad de Tupá!

Intentó avanzar hacia Emanuela, pero Ursus se interpuso.

—Sal de la barraca, Aitor. —El tono y el semblante del sacerdote no admitían rebeldías. Su corpacho se erigía como una barrera que a Aitor no le resultaría fácil sortear.

—¡Es por tu bien! —sollozó Emanuela.

—Ven aquí, Emanuela —ordenó Aitor, sin apartar la vista de la del jesuita—. Ahora.

—No, Aitor —sollozó la muchacha—. ¡Vete! ¿No te das cuenta de que estás exponiéndote a la enfermedad?

—¿Crees que me iré sin ti? ¿Crees que te dejaré aquí para morir?

—Es por tu bien —insistió en un hilo de voz, y se cubrió el rostro para ocultar el llanto.

—Ahora no irás a ninguna parte, Aitor —sentenció Ursus—. Entraste en el pueblo cuando tu tío Palmiro te pidió que no lo hicieras. Ya te expusiste al contagio. Ahora deberás permanecer en San Ignacio y afrontar las consecuencias. Dejarte ir sería una irresponsabilidad. Acarrearías la enfermedad contigo, adonde sea que fueses. De igual modo, permanecerás lejos de este sitio. Aquí solo podemos entrar el padre Johann, Emanuela, Ñezú y yo.

—Y tendremos que inocularlo —intervino van Suerk.

—¿Qué es eso? —preguntó Aitor, con desconfianza.

—Un procedimiento que tal vez te salve de enfermar. Todo el pueblo se ha sometido a él.

—Yo no me someteré a nada.

—Sí, lo harás —dijo Emanuela, que se secaba los ojos con pasadas de mano—. Todos hemos sido inoculados. Como te dijo mi *pa'i* van Suerk, tal vez eso nos salve de enfermar.

—¿Por qué Juan enfermó, entonces? —preguntó con acento impertinente.

—Juan no fue inoculado, Aitor. No hubo tiempo —explicó Ursus—. Tu hermano llegó enfermo de Loreto. Hasta ahora es el único caso.

—¿Y todos esos? —Señaló las treinta y tres hamacas que ocupaban el amplio espacio de la barraca.

—Están un poco afiebrados y doloridos como reacción a la inoculación, pero nada más.

—¡Entonces, esa... inculación no debe de ser muy buena!

—¡No seas necio, Aitor! —se enfadó Emanuela—. ¿Prefieres la viruela a unos días con un poco de fiebre y dolor de espalda?

No recordaba a su Jasy hablándole de ese modo. En los más de catorce años que la conocía, ella jamás se había expresado con palabras hirientes, ni maneras agresivas. La desconocía. Se la quedó mirando fijamente, y, por alguna razón que no alcanzó a comprender, lo irritó que ella no se la sostuviese, que le escondiese los ojos como si intentase ocultarle algo.

—No volveré a repetirlo. Emanuela, ven aquí.

—¡No!

—¡Nunca te perdonaré por esto, Emanuela! ¡Nunca me olvidaré de que elegiste a

un grupo de apestosos y no a mí!

Dio media vuelta y abandonó la barraca.

* * *

—¿Cómo está Aitor, *taitaru*? —quiso saber Emanuela al día siguiente, cerca del mediodía. Estaba volviéndose loca en ese sitio, aislada, sin saber nada de él. No quería repasar las instancias del encuentro del día anterior pues la embargaba una angustia tan profunda que le quitaba la poca fuerza que la sostenía y le provocaba ganas de llorar.

—Enojado. Pero se dejó inocular, ayer y hoy. Mañana le haremos el último corte.

—¿Se ha sentido bien? ¿Ha levantado temperatura?

—Yo lo veo bien, y él no se ha quejado de nada.

—¿Te habló de mí?

—Solo cuando Vaimaca sacó el tema para defenderte.

—¿Qué dijo?

—No importa, Manú. Ya se le pasará.

—No, *taitaru*, dímelo. Quiero saber.

El anciano suspiró antes de manifestar:

—Que no lo amas lo suficiente.

—¡Oh, no! —La mirada de Emanuela se enturbió—. ¿Cómo pudo afirmar algo así?

—Dice que pusiste a los demás antes que a él, que no pensaste en él cuando te expusiste a la viruela. Dice que él no está primero en tu vida.

—¡Oh, *taitaru*! ¡Qué injusto ha sido al pronunciar esas palabras! Él es lo que más amo en esta vida, lo primero, lo más importante. ¡Díselo, *taitaru*! Dile que lo amo.

—Él lo sabe, pero está muy enojado, mi niña. Lo conoces. Sabes cómo es de orgulloso. Se ofende fácilmente. Y es muy posesivo contigo, lo ha sido desde que eras una recién nacida y él ni siquiera tenía cinco años. No le gustaba que te tocasen, a excepción de tu madre y de tu *jarýi*, y se lo pasaba de guardia junto a ti. Está volviéndolo loco saberte en peligro y no poder hacer nada. Ya se le pasará.

—Dile que lo amo, *taitaru*, y que pronto esta pesadilla terminará y que todo volverá a la normalidad.

Emanuela despidió a Ñezú y se quedó cavilando acerca de las últimas palabras que había pronunciado: «*Todo volverá a la normalidad*». Sabía que no sería así. La vida como la había conocido hasta entonces daría un giro radical. La orden de abandonar la misión seguía tan vigente como el día anterior, salvo que ella, después del fatídico encuentro con Aitor, la había arrumbado en un sitio oscuro de su cabeza para no volver sobre ella. El padre Ursus le había prometido que encontrarían una

solución; ella, que lo había notado inusualmente abatido, entregado al destino, sin intención de presentar pelea, lo dudaba. Si su *pa'i* no la ayudaba a permanecer en San Ignacio, Aitor y ella tendrían que huir, porque con una certeza contaba: no se pondría en manos del provincial para que la enviase a vivir a la casa de una familia pudiente de Asunción. Prefería pasar el resto de sus días viviendo en la raíz de un isipoi en la selva, siempre y cuando Aitor estuviese a su lado. ¿Lo desearía él todavía, estar con ella? Ñezú aseguraba que estaba muy enojado, pero que se le pasaría. Estaba cumpliendo la orden y no se acercaba a la barraca; ni siquiera había intentado hablarle de lejos. Lo sabía porque, cada tanto, se asomaba para ver si él merodeaba. ¿Por qué le dolía que él no fuese a buscarla cuando ella misma le había suplicado que guardase la distancia? Necesitaba verlo a los ojos para saber si todo estaba bien entre ellos. Sus ojos no le mentían. Ella conocía su lenguaje secreto.

* * *

Aitor se dejó cortar por tercera vez en el brazo y soportó el ardor que sobrevino cuando su *taitaru* le volcó el líquido en la sajadura. Vaimaca le vendó los tres cortes paralelos con un pedazo de tela, y él, sin pronunciar palabra, con aire ofendido, se puso de pie y se cubrió con la camisa. Caminó unos pasos y los desanduvo para volver a la enramada de sus abuelos.

—¿Has visto a Emanuela, *taitaru*? —El hombre asintió sin quitarse la pipa de la boca—. ¿Cómo está?

—Triste.

Aitor bajó la vista y la fijó en el pie con el que hacía rodar un guijarro.

—¿Nada de viruela?

—No.

—¿Te habló de mí?

—Sí.

Aitor alzó la cabeza.

—¿Qué te dijo?

—Que te ama y que la pesadilla pasará pronto.

—Si ella no muere antes de viruela —expresó con ira.

—¡Aitor! —se enfadó Vaimaca—. Manú está cumpliendo con su deber de hermana y de *curusuya*. Solo ella, con su poder, puede salvar a Juan. Deberías enorgullecerte de su valentía y de su entrega.

—¡Ella solo debe entregarse a mí, *jaryí*! ¡Solo a mí!

Se calzó el sombrero con ademán airado y se alejó por la calle sin rumbo. Pocas veces se había sentido tan perdido y desorientado. Resolvía correr a la barraca y robarse a Emanuela, y al instante siguiente desistía, seguro de que ella lo rechazaría

con cajas destempladas. Él no volvería a quedarse con un palmo de narices. ¡Que se pegase la viruela si tanto le gustaban sus enfermos y sus libros de medicina! Él no la convencería de que su amor era lo más importante. Si Emanuela no lo había comprendido después de tantos años de felicidad compartida, nada se lo haría entender.

—Aitor.

Siguió caminando.

—¿Qué quieres, Olivia?

La muchacha correteó para alcanzarlo. Aitor la observó por el rabillo del ojo. Estaba muy bonita con el cabello suelto que le caía sobre un poncho blanco con dibujos rojos y anaranjados.

—¿Cómo has estado?

—Bien.

—¿Dónde estabas?

—Por ahí.

Olivia lo aferró por la muñeca y lo obligó a detenerse. Se miraron a los ojos.

—Te quiero, Aitor.

—¿Me quieres ahora que sabes que no asesiné a la esclava?

—¡Cuándo olvidarás eso! Eres muy rencoroso.

—¿Qué buscas, Olivia?

—A ti. Te echo de menos.

—Me parece que es otra cosa lo que echas de menos —apuntó, con sarcasmo.

—Eso también —admitió la joven, sin coquetería—. Pero sobre todo, te extraño a ti.

Aitor reanudó la marcha en un pertinaz mutismo. Olivia caminó a su lado respetando el silencio. Antes de llegar a la avenida principal, donde el tráfico de gente aumentaba, Aitor se detuvo.

—No me sigas. No quiero que nos vean juntos.

—Pero...

—Esta noche, en el lugar de siempre.

CAPÍTULO XIX

Esa mañana y pese a todo, Emanuela estaba contenta. Habían transcurrido tres semanas desde la aparición de las primeras ronchas en la lengua de Juan, y las costras empezaban a desprenderse de su piel.

—Querida Manú —expresó van Suerk—, creo que podemos declarar a Juan libre de peligro.

Emanuela apoyó las manos unidas en la boca y dio saltitos de alegría.

—¡Qué magnífica noticia, *pa'i*! ¡Qué feliz estoy! *Taitaru*, ve a decírselo a mi *sy*. ¡Qué contenta se pondrá! Ojalá pudiese verle la cara cuando le des la noticia.

—Aún no es conveniente que ni tú ni yo nos aventuremos por el pueblo. Hemos sido los únicos que hemos estado en contacto directo con él.

—Sí, lo sé.

—Ha sido duro este confinamiento —admitió el médico holandés—, pero tendremos que soportarlo unos días más. Hasta que no caiga la última costra de Juan, sigue siendo contagioso.

—Sí, *pa'i*. Unos días más.

—Tal vez tú no sepas lo que hemos logrado aquí, Manú, porque, a Dios gracias, no te había tocado vivir el horror de una epidemia de viruela. Pero que, dejando aparte a Juan, solo tengamos cuatro casos y de pústulas tan leves y espaciadas, es un verdadero milagro.

—No es un milagro, *pa'i*, sino tu inoculación turca.

—No veo la hora de escribirle a mi colega inglés y contarle los magníficos resultados que hemos tenido aquí.

—¿Qué noticias llegan desde los otros pueblos?

La sonrisa de van Suerk desapareció como por ensalmo. Agitó la cabeza y apretó los labios.

—Muy malas. En Loreto ya se cuentan por cientos los muertos. El cuadro no varía mucho en la Candelaria. De los otros no hemos recibido noticias, pero dudo de que estén pasándolo mejor.

—Urge contarles acerca de la inoculación con la viruela bovina, *pa'i*. Deberían comenzar hoy mismo a inocular a los que no enfermaron para evitar que contraigan la enfermedad.

—Sí, hija. Tu *pa'i* Ursus le envió una larga carta al provincial refiriéndole con detalle lo que hicimos aquí y los resultados obtenidos.

Emanuela disimuló la inquietud que le causó la mención del provincial. No se había vuelto a tocar el tema de su alejamiento del pueblo. Tal vez ahora que Juan

convalecía, que ninguno de los cuatro enfermos corría riesgo de muerte y que ella no había contraído la enfermedad, Ursus retomaría la cuestión. Después de todo, el provincial les había dado un mes para resolver su partida, y el tiempo corría rápidamente.

La alegría que había significado saber que Juan se hallaba en la vía de la recuperación se convirtió en un sentimiento amargo al recordar que hacía varios días que no veía a Aitor. Gracias a su *taitaru*, sabía que aún estaba en el pueblo, que se encontraba bien de salud y que, para matar el tiempo, daba una mano en el aserradero. Le había enviado varios mensajes con Ñezú —que lo amaba, que lo echaba de menos, que pronto volverían a estar juntos— sin recibir contestación. Su *taitaru* cumplía con repetir sus palabras, que Aitor oía sin emitir sonido.

Deprimida, caminó hacia el sector de la barraca donde se hallaba Juan, oculto tras un biombo. Lo encontró despierto.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó, mientras forzaba una sonrisa.

—Bien, gracias a ti —dijo, sin fuerza, con voz apagada.

Emanuela se inclinó y le estudió las costras en los párpados y las conjuntivas, las que ella había cuidado con esmero para que no se infectasen; la ceguera se contaba entre las secuelas más graves de la viruela.

—Manú, ¿por qué estás triste?

—No lo estoy —dijo—, todo lo contrario. Estoy feliz porque mi *pa'i* van Suerk acaba de decirme que estás fuera de peligro.

—Gracias a ti —insistió el joven músico—, al sacrificio que hiciste por mí.

—No gracias a mí, Juan. Gracias a Tupá, que oyó nuestros ruegos.

—Tú eres el instrumento de Tupá, Manú. Sé que, por la noche, a riesgo de contagiarte, me tocabas con tus manos sanadoras. Yo percibía la calidez que manaba de ellas. No podía abrir los ojos a causa de la debilidad, tampoco hablarte, pero te sentía y sabía que estabas curándome. Gracias por salvarme la vida. Gracias por estas semanas de sacrificio. Sé que no ha sido fácil para ti recluirte entre estas cuatro paredes. Te quiero, Manú.

Emanuela se inclinó sobre su hermano de leche y le besó la frente. Dos lágrimas escaparon de sus ojos y se derramaron sobre el rostro de Juan.

—Yo también te quiero, Juan.

—Dime por qué estás triste. Dímelo, Manú. No soporto esa mirada que traes desde hace días. Es a causa de Aitor, ¿verdad? —Emanuela asintió con los ojos cerrados—. Lo conozco a ese hermano mío. Está celoso porque te dedicaste a cuidarnos, a mí y a los demás, y te expusiste al contagio. —Volvió a asentir—. Ah, Manú, tu tristeza es por mi culpa.

—Oh, no, Juan —dijo velozmente, y se secó los ojos con el mandil—. Tú no tienes culpa de nada. ¿De qué te culparías? ¿De haber contraído la viruela? No,

olvídate. Aitor se obnubiló y me pidió que lo abandonase todo y me fuese con él cuando no sabíamos si yo había contraído la enfermedad. Habría sido un terrible error consentirlo.

—Lo amas mucho, ¿verdad?

—Más que a mi vida.

—Mi hermano es afortunado por ser el dueño de tu amor.

—Y yo, por tener el de él, aunque lo cierto es que no sé si todavía lo tengo. — Intentó que el comentario sonase divertido e irónico, y solo consiguió echarse a llorar porque le daba pánico enfrentar una vida en la que Aitor hubiese dejado de amarla. El pecho se le cerró y le costó respirar. Se excusó con su hermano y salió de la barraca. «*A veces creo que eras el aire que necesito para vivir*». Él, sin duda, lo era para ella. ¿Se habría olvidado de las palabras de amor susurradas en la intimidad, de las caricias que se habían prodigado y que les habían provocado ese gozo inefable, de las promesas, del futuro en el que jamás se separarían? ¿Habría olvidado el pacto de sangre? ¿Todo había quedado en la nada? ¿Qué impotente y atrapada se sentía!

«¡Aitoooo!», clamó su alma. «¿Dónde estás, amor mío? ¿Por qué no puedes perdonarme y venir a verme, aunque sea desde lejos?»

* * *

Esa noche, como van Suerk se ocuparía del primer turno de guardia, Emanuela aprovecharía para darse un baño de palangana y quitarse de encima el olor a ácido carbólico y el sudor. Salió de la barraca, y el aire frío de la noche le golpeó el pecho. Anudó el chal de lana que le cubría los hombros y se aproximó al fogón para hervir agua. Esperaría a que se calentase allí afuera. Se le hacía imposible retornar dentro, al encierro, a los enfermos, a las tisanas y a los orinales. Estaba agobiada, cansada, harta. El frío de la noche la vigorizaba, y el espectáculo que componía el contraste entre el cielo nocturno, la luna llena y las estrellas le traía buenos recuerdos.

Necesitaba alejarse de la barraca que se había convertido en una prisión. Giró la cabeza y se quedó prendada del efecto que causaba la luz fría y blanca de la luna sobre las lápidas del cementerio. Decidió caminar hasta allí, dominada por una necesidad repentina de hablar con su madre Emanuela. Se arrebujo en el chal y echó a andar.

Las barracas se sucedían a un costado, lúgubres y silenciosas construcciones en las que se almacenaban los frutos del *tupâmba'e*, las herramientas y los trastos viejos. Se detuvo de golpe al advertir que la puerta de dos hojas de una de ellas se encontraba medio abierta y que, por el resquicio, se proyectaba una luz dorada y vacilante, como la que despide el pabilo de una vela. A medida que se aproximaba, la alcanzaban unos sonidos que no acertaba a definir; ¿eran palabras murmuradas o

sollozos contenidos? Más que curiosidad, la impulsó la necesidad de cerciorarse de que nadie precisase ayuda o consuelo. Apoyó la mano en la jamba y la movió unas pulgadas. Se deslizó dentro y aguardó hasta que sus pupilas se acostumbrasen a la penumbra. Avanzó hacia la fuente de luz. Le tomó un momento discernir la escena que se desarrollaba frente a ella. ¿Por qué Aitor, completamente desnudo, sacudía con tanta rapidez y violencia la pelvis? Alguien estaba debajo de él. Olivia, la reconoció un instante después, también desnuda y con las piernas y los brazos en torno a las caderas y a la espalda de Aitor. Se aferraba a él como si la vida le fuese en ello. Ambos resollaban y gemían. Ni una visión del infierno la habría perturbado como la de aquellos dos haciendo el amor. *«Y no vuelvas a decir hacer el amor. Solo contigo haré el amor. Lo demás sería fornicar»*. Comenzó a temblar de una manera incontrolable, y apretó los dientes para que no la delatase el castañeteo. Se conminaba a dar media vuelta y echar a correr, pero sus piernas no respondían. El corazón le batía contra el pecho, y temió que los amantes terminasen por escucharlo. Los sonidos se amortiguaron hasta desaparecer; entonces, cayó en la cuenta de que no habían desaparecido, sino que a ella la ensordecían sus pulsaciones.

Percibió un apretón sobre los hombros, y una energía la impulsó a darse vuelta. El padre van Suerk se llevó el índice a la boca y agitó la cabeza en el ademán de pedirle que guardase la compostura. Emanuela le permitió que la guiase fuera. Los pasos que dio o las palabras que pronunció, si es que pronunció alguna, hasta llegar a la barraca de los enfermos nunca los recordó. De pronto, se halló sentada en su camastro, donde temblaba como si afuera estuviese nevando y la temperatura hubiese descendido varios grados bajo cero. El padre van Suerk le echó dos mantas sobre los hombros y le acercó un brasero a los pies.

—Bebe —ordenó, y la ayudó a sujetar una calabacita con una infusión de valeriana endulzada con yerbabuena.

El hombre arrastró una banqueta, la colocó frente a Emanuela y se sentó.

—Cuando te vi salir —le explicó—, te noté muy pálida. Como no entraste de inmediato, salí a buscarte. Te vi caminar hacia la última barraca y decidí seguirte. Lo demás ya puedes imaginarlo.

Emanuela sorbía como una autómatas y fijaba la vista en los rescoldos del brasero. No pensaba, no razonaba, no sufría, no sentía. Su mente repasaba una y otra vez la escena con la que acababa de tropezar. Elevó la vista y se dio cuenta de que el padre van Suerk se hallaba frente a ella y de que le hablaba.

—*Pa'i* —sollozó, y se quedó callada, observando al jesuita con los ojos muy abiertos y húmedos. No tenía nada que decir. No sabía qué deseaba.

—Sé fuerte, mi niña. Bebe un poco más. Te hará bien.

Emanuela terminó la tisana y le entregó la calabacita al sacerdote, que luego de apoyarla en la banqueta que acababa de abandonar, la ayudó a recostarse y la tapó.

—¿Pa'i?

—¿Qué, Manú?

Agitó la cabeza y se mordió el labio para refrenar el grito de angustia que le laceraba el pecho.

—Sí, lo sé. La traición siempre es muy dolorosa.

—¿Por qué? —dijo en un susurro tembloroso.

—Si un poco lo conozco a Aitor, lo ha hecho porque estaba enojado, celoso, porque es impulsivo e iracundo, sin mencionar que es un muchacho lleno de bríos que a veces no sabe qué hacer con tanta energía.

«¡Yo me habría entregado a él!», exclamó para sí. «Me mintió, me engañó, me humilló».

—Intenta dormir, hija. Mañana, con la mente fresca, será más fácil pensar y tomar una decisión. Duerme. —El sacerdote la bendijo ejecutando la señal de la cruz en el aire y se retiró hacia el sector donde colgaban las hamacas con los enfermos.

No durmió en toda la noche. Se lo pasó dando vueltas en el camastro y nunca encontró una posición cómoda. No soportaba bajar los párpados, porque entonces la imagen de Aitor y Olivia se repetía en su mente con pertinacia macabra. Se dio cuenta de que el dolor padecido durante la huida de Aitor se había tratado de un juego de niños comparado con la desolación que sufría en ese momento. En aquella instancia, se aferraba a la esperanza de que él regresase. Ahora tenía la impresión de que la muerte le había caído encima y que la fatalidad de los hechos había convertido su destino en algo irreversible en el cual el dolor, la desesperación y la amargura se convertirían en sus eternas compañeras. ¿En qué chispa de tiempo las cosas habían dejado de ser maravillosas para transformarse en una pesadilla?

A eso de las cinco de la mañana, salió de la barraca envuelta en su chal y se quedó de pie en la oscuridad, con los ojos cerrados, oliendo la humedad del rocío. Se lavó la cara con el agua escarchada que se juntaba en un tonel cuando llovía. Se la enjuagó varias veces con fuerza, más bien con rabia. La noche anterior no se había bañado, y se sentía sucia, lo que no mejoraba su humor. Se rehízo las trenzas y se acomodó las prendas.

Relevó al padre van Suerk, que había hecho vigilia toda la noche para no molestarla. Se dedicó a sus enfermos con más devoción que de costumbre y mantuvo las manos ocupadas en la creencia de que engañaría a la mente, en vano. La noche anterior había presenciado una imagen brutal, y sabía que no la olvidaría mientras viviese. ¿Podría perdonarlo? Su desesperanza y tristeza alcanzaron un nivel intolerable cuando se dio cuenta de que había perdido algo que ella valoraba tanto como el amor en su relación con Aitor: la confianza. En esa instancia, en que todo le parecía negro, se dijo que sería imposible recuperarla.

El padre van Suerk apareció al mediodía y la ayudó a alimentar a los enfermos.

Emanuela agradecía que el sacerdote no hiciese comentarios de lo ocurrido la noche anterior, ni que la contemplase con lástima. La trataba con la practicidad y la diligencia de costumbre, lo que le facilitaba seguir adelante con ese día, el peor que recordaba.

—¡Emanuela! ¡Sal un momento!

Van Suerk y su joven ayudante intercambiaron una mirada. Habían reconocido la voz de Aitor. Emanuela negó con la cabeza y siguió dándole la sopa a la enferma. El padre van Suerk apoyó el cuenco en una mesa y salió a lidiar con el muchacho.

¡Qué ironía!, pensó Emanuela. ¿Cuántas veces en esa última semana había deseado que él fuese a verla para intercambiar unas palabras y unas sonrisas a la distancia? En ese momento, no habría soportado mirarlo a los ojos. Lo habría recordado fornicando con Olivia. No obstante, que la contemplase como si nada hubiese ocurrido y que fuese capaz de fingir y de esconder algo tan perverso era lo que más la habría destrozado. Temía enfrentarlo y preguntarse: «¿Quién es este extraño?».

—Emanuela no puede verte ahora, Aitor —oyó decir al holandés—. Está ocupada.

—En una hora parto para *Orembae*. Volveré para despedirme.

Emanuela bajó los párpados y los brazos, de pronto agobiada por el desánimo.

—¿Te sientes bien, niña santa? —le preguntó la anciana a la que alimentaba.

—Sí, sí. —Impostó una sonrisa—. Es que anoche no dormí bien.

¡Se iba! ¡Partía de nuevo! Qué insensato. Aún no transcurría el tiempo en el que la viruela podía manifestarse. ¿Le permitirían salir del pueblo? ¿Y si se enfermaba lejos de ella y de la misión? ¿Quién lo cuidaría y asistiría? La fastidió preocuparse por él cuando resultaba palmario que a él, ella no le importaba.

Al cabo de una hora, van Suerk y Emanuela volvieron a mirarse cuando la voz de Aitor tronó en la barraca.

—Creo que deberías ir a despedirlo, Manú.

—No puedo, *pa'i*. No me lo pidas. Por favor. —Se cubrió la boca y la nariz para no llorar. El jesuita no tenía por qué soportar sus lloriqueos y penas de amor.

—¡Emanuela!

—¿Podrías...?

—Sí, hija, sí. Iré yo.

—Gracias, *pa'i*.

Emanuela se ocultó tras la puerta y aguardó con el aliento contenido las palabras del jesuita.

—Lo siento, Aitor. Emanuela dice que no puede verte ahora.

—*Pa'i*, ¿le dijiste que estoy partiendo para *Orembae*?

—Por supuesto. Ella lo sabe.

Aitor no contestó y, después de un silencio, Emanuela escuchó sus fuertes pisadas sobre la tierra de la calle. Se mordió el puño mientras los pasos se alejaban. Segundos después, ya no se oían.

* * *

Por la tarde, cuando el sol comenzó su descenso, la inquietud que Emanuela experimentaba alcanzó un umbral insoportable. Se mezclaba con la extenuación. No hallaba paz. Le dolía el cuerpo y aún más el alma. Una taquicardia la acompañaba desde la noche anterior, desde que la verdad irrumpió con violencia y le quitó la venda de los ojos. Las manos le temblaban, y el llanto la acechaba a cada minuto. Se odiaba por haber sido tan ingenua y estúpida, por haberle creído cuando le juraba que ella era la única. ¡Cuánto se habría reído Olivia a su costa!

La barraca, los enfermos, los punzantes aromas, el calor, el tedio, ya nada toleraba. Dejó de lado el mortero donde machacaba semillas de urucú y se plantó detrás de van Suerk.

—¿*Pa'i*?

—¿Sí, Manú?

—Voy a salir.

El sacerdote se dio vuelta y la observó largamente antes de asentir con fatalismo. Sin más, Emanuela se quitó el mandil, lo colgó y salió a la calle. Acababa de llover, y el aroma a tierra húmeda, uno de sus favoritos, enseguida le levantó el ánimo. Caminó sin prisa, quería observar cada detalle del pueblo que había sido su hogar por más de catorce años. Gracias al padre van Suerk y su inoculación turca, la vida continuaba con normalidad en San Ignacio Miní, cuando en otras misiones la muerte se había desatado. La gente se sorprendía al verla fuera de la barraca, su prisión durante las últimas semanas. Una vez superado el asombro, se le acercaban y le besaban las manos, el ruedo del tipoy o las trenzas; algunos llegaban al extremo de besarle los pies, algo que ella impedía obligándolos a incorporarse. Hacía años que los pueblerinos no caían en esas profesiones de devoción y afecto. Ella, demasiado cansada y herida, les permitía hacer.

Llamó a la puerta de la casa de los padres y aguardó con nerviosismo. Como siempre, Tarcisio atendió el llamado, y sus ojos achinados se abrieron con desmesura y se movieron desde Emanuela hacia el gentío que la rodeaba.

—Buenas tardes, Tarcisio. ¿Se encuentra mi *pa'i* Ursus?

—Sí, sí. Pasa, Manú.

La puerta se cerró, y un grupo se acercó a la ventana para espiar. Emanuela se sentó en la misma silla que había ocupado a lo largo de los años para tomar sus clases «para ser española» y estudió el entorno que tan familiar le resultaba; era su segundo

hogar.

—¡Manú, hija! —El padre Ursus, con Tarcisio a la zaga, se presentó con una expresión preocupada—. ¿Qué haces aquí, hija? ¿Ya puedes dejar la barraca?

Emanuela se puso de pie.

—Necesitaba verte, *pa'i*.

Ursus la observó en silencio, con un ceño.

—Déjanos solos, Tarcisio.

—Sí, *pa'i*.

El sirviente abandonó la casa y, antes de alejarse, echó a los curiosos que seguían con las narices pegadas en la ventana.

—Siéntate, hija. Luces muy cansada.

—No he dormido en toda la noche, *pa'i*.

—¿Qué ocurre, mi niña?

Emanuela sofocó el acceso de llanto, cuadró los hombros e inspiró profundamente.

—*Pa'i*, cuando tú dispongas, estoy dispuesta a partir. —Como el jesuita se la quedó mirando con ojos desorientados, explicó—: Acataré la orden del provincial. Estoy dispuesta a irme de San Ignacio Miní.

—¿Cómo? ¿Así, sin más?

Emanuela bajó el rostro y se restregó las manos.

—Sí, *pa'i* —musitó—. Necesito irme.

—¿Cómo que necesitas irte?

—No puedo seguir viviendo en un sitio en el que no tengo derecho a estar, en el que siempre correré riesgo de que me echen. No quiero causarte problemas.

Ursus recibió esas palabras como un golpe. Se echó sobre el respaldo de la silla y cerró los ojos.

—Sí, comprendo. Pero ¿y tu familia? ¿Y tu *sy*? ¿Y tus hermanos?

—Siempre han sabido que este momento llegaría.

El jesuita intentaba convencerla para que se quedase cuando la autoridad máxima de su orden en esas tierras le ordenaba que la enviase lejos. ¿Qué estaba haciendo? La muchacha demostraba sensatez y entereza, y él se comportaba como un niño. Le cubrió las dos manitas echas un puño con la suya enorme, y le confesó:

—No soporto que te vayas, hija.

Emanuela levantó la vista colmada de lágrimas y sonrió.

—*Pa'i*, no sabes lo que tus palabras significan para mí.

—¡Hija mía! —La atrajo hacia su pecho y la apretó con un exceso que no midió. La separó de pronto y la mantuvo aferrada por los brazos al preguntarle con ansiedad—: ¿Y Aitor? ¿Sabe él que has decidido irte?

Emanuela bajó las pestañas para esconder el dolor que, sin duda, se reflejaría en

sus ojos. Negó con la cabeza.

—¡Manú! ¿Te irás sin despedirte, sin avisarle?

—Sí —susurró.

—¡No, hija, eso no! Mi muchacho enloquecerá de dolor.

—No creo, *pa'i*.

—Si estás resentida con él por cómo te trató el otro día en la barraca, no es que lo justifique, hija, pero lo entiendo por...

—No, *pa'i*, no es por eso. Otras cuestiones me obligan a tomar esta decisión. Por favor... —Rompió a llorar sin remedio—. Por favor, no me preguntes. Por favor.

—No, no.

El jesuita la envolvió de nuevo en su abrazo hasta que Emanuela superó el quebranto.

—¿Adónde iré, *pa'i*? No tengo a nadie en este mundo, excepto a ustedes.

Ursus le acunó el rostro, más enjuto que de costumbre, y la miró a los ojos con una sonrisa.

—Emanuela, tú eres como una hija para mí. ¿Crees que te abandonaría a tu suerte? La idea de apartarte de mi lado es casi insoportable, ¿crees que viviría en paz si no tuviese la certeza de que estás en buenas manos, de que eres feliz?

—Gracias, *pa'i*.

—Desde que recibí la carta del provincial, reflexiono acerca de una solución para ti. Medité mucho sobre una que me sugirió tu *pa'i* Santiago. ¿Qué me dirías de vivir con mis padres en Buenos Aires?

Por primera vez en mucho tiempo, una sonrisa sincera le avivó los ojos tristes.

—¿De veras, *pa'i*?

A lo largo de los años, Ursus le había contado a Emanuela todo sobre su familia, como a esta sobre Emanuela a través de la fluida relación epistolar que mantenían.

—Serías una alegría para mis padres y para mi hermana Ederra ahora que Crista ya no está. ¿Qué me dices?

—¿Crees que a ellos les agradecerá tenerme como huésped en su casa?

—Sí, lo creo. Nadie que te conozca puede evitar amarte, mi niña.

—Gracias, *pa'i*. Pero no puedo dejar de pensar que para ellos soy una extraña, aunque tú les hayas hablado de mí en tus cartas.

—Serás su alegría —vaticinó el jesuita, y Emanuela volvió a sonreír.

—Acepto, *pa'i*. —Con la confianza que caracterizaba a su vínculo, Emanuela le echó los brazos al cuello y lo abrazó.

—De ese modo, aunque estarás lejos de mí, vivirías con mi gente; entonces, estaré tranquilo y sabré de ti a menudo.

—¿Irás a visitarme?

—¡Hace tantos años que no voy a Buenos Aires, hija mía!

—Pero por mí lo harás, ¿verdad, *pa'i*?

—¿Qué no haría por ti, Manú? —Volvió a cubrirle las mejillas con las manos y la miró fijamente—. Temo que este distanciamiento será muy duro para todos, pero en especial para ti. ¿Por qué deseas irte sin despedirte de Aitor? ¿No lo amas, acaso?

—Más que a mi vida, *pa'i*, pero han sucedido cosas que me hirieron profundamente y necesito alejarme. La orden del provincial es solo la excusa que necesito.

Ursus se puso de pie y Emanuela lo imitó con presteza.

—Ahora mismo comenzaré a disponer todo para tu viaje. Te acompañaré tu *pa'i* Santiago.

—¿Mi *pa'i* Santiago? —se sorprendió—. ¿Adónde?

—A Buenos Aires, pues. Tres días atrás, recibió una misiva del provincial en la que le ordenaba hacerse cargo de una cátedra en el Colegio de San Ignacio, el colegio de nuestra orden en esa ciudad —aclaró—. Ha estado muy deprimido desde ese día, con pocas ganas de dejarnos. Saber que también partirás con él lo alegrará. Pensar que llegó aquí exiliado a causa de una disputa con la Inquisición, tantos años atrás, tantos como tus años, querida Manú. La cosa parecía temporal, pero fue quedándose y haciéndose parte de nuestro pueblo. Pero esta es la vida de un cura. Estamos al servicio de Dios y de nuestra orden, y debemos hacer y decir lo que nos mandan.

—Es una alegría saber que mi *pa'i* Santiago vivirá en Buenos Aires. No me sentiré tan sola, al menos al principio —añadió—. ¿Cómo viajaremos?

—En unos días parte desde Asunción el barco de un amigo, el propietario de *Orembae*. Su hijo contrajo nupcias días atrás y emprenderá un viaje de bodas junto a su mujer.

Emanuela asentía sin pestañear. El corazón, que durante la charla con el sacerdote se le había aquietado, batió de nuevo con intemperancia.

—Enviaré una esquila a *Orembae* y le pediré a Vespaciano que disponga de un sitio en su barco para ti y para Santiago. Es una embarcación bastante nueva, según entiendo, y muy cómoda. Viajarás a gusto, Manú.

—Gracias, *pa'i* —susurró—, pero ¿no juzgas inoportuno que usemos la embarcación que transporta a dos recién casados?

—No, en absoluto —contestó el jesuita, con expresión confundida—. ¿De qué modo tú o Santiago perturbarían a Lope y a Ginebra?

Oír sus nombres la afectó más de lo que había esperado. Ellos estaban irremediablemente unidos a Aitor y al lugar secreto en el Yabebirí.

—¿Cuántos días durará el viaje, *pa'i*?

—A lo sumo veinte. Harán escala en Santa Fe, seguramente, para descargar los productos de la hacienda, y luego seguirán hasta Buenos Aires. Los productos, en cambio, serán transportados en carreta hasta allá.

—¿Por qué no en el barco?

—Así lo dispuso una Real Cédula en 1662, que declaró a Santa Fe como puerto preciso y dispuso que todos los barcos que venían desde Asunción tenían que parar allí y desembarcar sus mercancías que seguirían viaje por tierra, en carreta. Se pagan unos impuestos altísimos en ese puerto. Todo un gran desatino, si deseas conocer mi opinión, que encarece los productos y complica el transporte. Tardan muchas semanas en llegar a Buenos Aires, sin contar que en ocasiones los asaltantes de caminos se hacen con los productos y matan a los carreteros. El objetivo era desarrollar el puerto de Santa Fe, algo que no se ha logrado en casi un siglo. Sigue siendo un villorrio de mala muerte. Ya lo verás tú misma. —Emanuela asintió con poca seguridad, y el jesuita le palmeó la mejilla en un gesto paternal—. Ve ahora a hablar con tu sy. Ve y cuéntale las novedades. Temo que serán muy duras para ella.

Emanuela abandonó la casa de los padres, y Ursus se dejó caer en la silla. Apoyó el codo en la mesa y se sostuvo la cabeza. Le costaba creer que el momento al cual le había temido en los últimos catorce años hubiese llegado. Su Manú partiría en pocos días y tal vez no volvería a verla.

—No pude evitar oír la conversación que acabas de sostener con Manú. —Santiago caminó dentro de la sala y se sentó junto a su amigo—. Es un asunto delicado, este de la partida de la niña santa.

—Sí, lo es —admitió Ursus.

—Le temo a la reacción del pueblo. Están convencidos de que ella los salvó de la viruela. Es realmente un milagro que ni siquiera Juan, tan gravemente enfermo, haya muerto.

—Fue gracias a esa extraña inoculación de los herejes.

—Juan no fue inoculado —le recordó Hinojosa.

—¿Qué quieres que admita? ¿Que ella lo curó? ¡Pues que así sea!

—¿Cómo manejarás esta cuestión, Ursus? Necesitamos pensar bien cómo se lo dirás a los indios. No quiero que se arme una revuelta.

—Tú no estarás para lidiar con ella —adujo, con humor.

—Eso no significa que no me preocupe. La devoción que Manú siempre ha despertado, pero ahora más, puede llevarlos a cometer desmanes.

—Lo anunciaré mañana, durante la misa. Les leeré la parte de la carta del provincial donde me exige que la saque de San Ignacio. No es mucho más lo que puedo hacer. Veremos cómo reaccionan. Iremos actuando conforme se vayan dando los hechos.

—¿Y qué sucederá con Aitor? A él le temo más que a todo el pueblo junto.

—Yo también.

* * *

Si bien había salido más animada de la casa de los padres, en tanto se aproximaba a la de Ñeenguirú y la figura de Malbalá frente al telar se tornaba más nítida, los arrestos la abandonaban.

—Sy —la llamó en voz baja para no asustarla.

La mujer giró sobre el tocón y exclamó y rio al verla. La abrazó, y Emanuela no reunió la voluntad para mantenerla alejada; el fantasma del contagio aún los amenazaba. Le permitió que la abrazase porque la necesitaba, necesitaba de su amor materno, de la calidez de su cuerpo, de su olor, del refugio que Malbalá siempre había significado para ella. Necesitaba de su madre.

—Hijita, ¿qué haces aquí? ¿Mi *pa'i* Bansué te permitió salir de la barraca de los enfermos? —Emanuela asintió, insegura de poder articular—. ¿Cómo estás, mi niña? Te noto muy pálida y ojerosa.

—No dormí anoche.

—¿Cómo está Juan?

—Muy bien, sy. Fuera de peligro.

—Sí, lo sé. Ayer tu *taitaru* vino a darme la noticia. ¡Qué feliz me sentí! Te debo la vida de mi hijo, Manú. Sé que tus manos lo curaron, hija. —Malbalá se las aferró y le prodigó besos y lágrimas—. Te debo la vida de mi hijo —repitió, con la voz quebrada.

A Emanuela se le formó un nudo en la garganta, y se quedó mirando a la mujer, que inclinada sobre sus manos, le rendía homenaje y devoción, la mujer que siempre la había hecho sentir amada y atesorada. ¿Cómo haría para apartarse de ella? ¿Y si se la llevaba a Buenos Aires?

—Sy, ven, sentémonos. Debo hablarte de una cuestión seria e importante.

—De Aitor, ¿verdad? Sé que se ha comportado como un patán contigo, que te ha gritado y faltado el respeto en la barraca de los enfermos, pero lo hace por ese amor tan grande que te tiene, hija. No seas dura con él. Hoy partió desolado porque no quisiste despedirte de...

—Sy —la interrumpió, porque no soportaba seguir oyendo hablar de cuánto sufría Aitor a causa de ella cuando la noche anterior se lo había pasado muy bien con Olivia—. No es de Aitor de quien quiero hablarte. Es acerca de otra cuestión.

—Oh. Dime, hija.

—Semanas atrás, poco antes de que comenzase lo de la viruela, mi *pa'i* Ursus recibió una carta del provincial. —Malbalá asintió y aguzó los ojos con desconfianza—. En ella, ordenaba que yo abandonase la misión.

—¡Oh, no! ¡No, no!

Emanuela le sujetó las manos y se las besó.

—Tranquila, sy, por favor. Te necesito entera y juiciosa más que nunca. Si tú no me ayudas a pasar este trago amargo, no podré hacerlo sola.

—¿Por qué debes dejar la misión? ¿Por qué ahora, con tanta prisa?

—Siempre supimos que este momento llegaría, sy, tarde o temprano. Tupá nos ha permitido estar juntas más de catorce años, y he sido feliz cada minuto compartido contigo. Te amo, sy. Tú eres mi madre.

Malbalá se cubrió el rostro y rompió a llorar desconsoladamente. Emanuela, impotente y destruida, observaba a la mujer tras un velo de lágrimas, que le empapaban las mejillas y acababan en sus manos unidas sobre las piernas.

—Sy —le tembló la voz—, por favor, ayúdame. Te necesito.

La mujer se incorporó y se secó los ojos con las manos.

—Sí, hijita, sí. Perdóname. No he podido contenerme, pero aquí estoy, fuerte para ti, mi niña adorada.

—Gracias, sy.

—Te diré qué haremos. Esperaremos a que Aitor regrese de su viaje y entonces te irás con él.

—No, sy.

—¿No? ¿Cómo que no, Manú? ¿Piensas irte sin esperar a que él regrese? —Emanuela bajó el rostro antes de asentir—. ¡Ah, no, hija, no puedes hacerle eso! Se volverá loco de dolor y rabia.

Emanuela se echó a llorar quedamente. Sus hombros delgados y su cabeza se mecían al ritmo de un llanto mudo. Malbalá la atrajo hacia su pecho y le acarició la espalda. Se dio cuenta de que varios se detenían para observar a la niña santa, que lloraba.

—¿Por qué llora? —le preguntó una anciana—. ¿Acaso Juan ha muerto?

—¡No! ¡Y fuera de aquí!

Levantó a Emanuela y la guió dentro de la casa. Cerró la puerta y encendió una lámpara de aceite. Se sentaron en el borde del camastro. Malbalá le despejó el rostro de los mechones empapados que se le adherían a la frente y a las mejillas.

—Sy, el dolor que Aitor me ha causado es tan profundo que...

—¿Qué, mi niña? —la instó a seguir.

—No sé cómo seguiré adelante sin él —admitió.

—¿Por qué sin él, Manú?

—Necesito alejarme, sy. Él me ha lastimado profundamente y no deseo volver a verlo.

—¡Manú! Si es por lo del otro día, en la barr...

—No, sy, no es por eso. Sabes que vengo soportando sus celos y sus gritos desde hace años. Sabes también que jamás lo he apartado de mí a causa de eso, aunque me lastimase que fuese de ese modo.

—Hija, Aitor piensa que eres de él. Se ha sentido tu dueño desde que tu *taitaru* tenía dormida en una vasija cubierta por plumas de pato. No se apartaba de tu lado...

—¡Basta, sy! ¡Por piedad, basta! No trates de convencerme de que me ama cuando no es cierto.

—¡Manú! —se escandalizó la mujer—. ¿Cómo puedes dudar de que eres lo único para Aitor? No existe nada excepto su Emanuela.

La necesidad de compartir la pena con alguien, sobre todo con una mujer en la cual confiaba y en cuyo juicio siempre se había apoyado, desmoronó la intención de guardar el secreto.

—Aitor besa el suelo...

—Anoche lo descubrí con Olivia —dijo, rápidamente, sin mirar a Malbalá, que guardó silencio—. Me sentía agobiada dentro de la barraca y salí a tomar el aire de la noche. Caminé hacia el cementerio y descubrí que la última barraca tenía la puerta abierta y que había luz dentro. Entré y... —Apretó los párpados; la imagen, sin embargo, se formó en su mente con una precisión exasperante; hasta recordaba cómo se flexionaban los músculos de los brazos de Aitor mientras se impulsaba dentro de Olivia. Y también oía los sonidos. Esos sonidos... Eran, quizá, lo más crudo del cuadro.

—Entiendo —expresó, al cabo, Malbalá—. Debió de ser devastador para ti.

—No me vieron, ni él, ni ella. Estaban demasiado... Mi *pa'i* van Suerk me sacó de allí en silencio. No me vieron —insistió.

Malbalá la abrazó, y Emanuela rompió a llorar acicateada por la ira y el dolor que no se había permitido desfogar desde que la cruda escena se presentó delante de sus ojos. Lloró con largos y profundos clamores, que arrancaron sollozos a la abipona. El llanto languideció junto con sus fuerzas. Quedó laxa sobre el pecho de Malbalá, que la acomodó en la cama.

—Sé que esto que te diré no aligerará tu amargura, pero lo diré igualmente porque es verdad. Olivia no significa nada para Aitor.

Emanuela le dio la espalda y se ovilló.

—Tú eres su vida, su amor, su felicidad, su todo. Conozco a mi hijo, Manú, y sé lo que digo. No justifico su traición, pero sé cómo piensan los hombres. Son criaturas que distinguen muy bien entre la mujer que aman y la que usan para calmar los instintos.

—Yo habría podido calmar sus instintos. Él la prefirió a ella.

—Él te respeta demasiado, Manú. Aitor sabe que tú eres joven e inocente y que no estás lista para eso. No ha querido aprovecharse de ti. Él soñaba con llevarte virgen al altar.

«¿No le bastaba con el placer que nos prodigábamos? ¿Necesitaba recurrir a ella, cuando gozaba tanto con mis manos?» Le habría gustado preguntárselo a Malbalá; el pudor se lo impidió. De igual modo, no tenía importancia. Todo había acabado entre ellos.

Sintió la caricia de Malbalá en la espalda. Su contacto se repitió y tuvo un efecto sedativo, lo mismo cuando le deshizo las trenzas. Malbalá se inclinó y la besó en la sien.

—Duerme ahora, mi niña. Estás extenuada.

Intentó pedirle que la despertase en un par de horas; tenía que regresar a la barraca de los enfermos; el padre van Suerk la necesitaba. No dijo nada; ni siquiera contaba con la voluntad para articular.

* * *

Emanuela durmió toda la noche; nada interrumpió su sueño. Como de costumbre, la despertó el canto del gallo. Se sentó, confundida, en el borde del camastro, y le costó recordar que no se hallaba en la barraca, sino en su casa. Enseguida se agitó. Había abandonado al padre van Suerk con los enfermos.

—¡Sy! ¡Sy! —exclamó, mientras se trenzaba el cabello.

Malbalá, que encendía el fuego en la enramada, se asomó por la puerta.

—¿Qué sucede, Manú?

—¿Por qué no me despertaste? El padre van Suerk me necesitaba.

—Le mandé mensaje con Bruno. Le dije que estabas extenuada y que te habías quedado dormida. Tu *taitaru* le echó una mano con la cena de los enfermos. No quiero que te preocupes. Cálmate.

—Tengo que irme —dijo, mientras se cambiaba el tipoy y los calzones.

—No irás a ningún sitio. Anoche mi *pa'i* Santiago vino con un mensaje de mi *pa'i* Ursus. Quiere que asistas a la misa de la mañana. Como es domingo, todo el pueblo estará allí y anunciará lo de tu partida. —Con eso, salió de la casa y regresó a los quehaceres en la enramada.

Emanuela se acicaló especialmente para la misa y, aunque se engañaba diciendo que quería verse bien para el pueblo, sabía que lo hacía por Olivia, para no sentirse en desventaja. La muchacha siempre le había parecido hermosa. Después de la visión de sus piernas de piel lustrosa como el cobre y carnes firmes en torno a la espalda de Aitor, le parecía bellísima.

Se soltó el cabello y se lo decoró con flores de franchipán. Se volvió a cambiar el tipoy por uno azul con bordados verdes que le realzaba el color de los ojos. Apoyó la punta de los dedos en el polvo de cochinillas con que Malbalá teñía de rojo la lana, y, atenta a su reflejo en la superficie del agua de la batea, se lo aplicó en los pómulos para quitarse la palidez de muerta, y en los labios, que luego untó con grasa de yacaré. Se animó pensando que, si bien no era tan bonita como Olivia, esa mañana lucía agradable y colorida.

Ursus anunció la partida de la niña santa desde el púlpito apenas iniciado el

sermón. Aclaró que se trataba de una decisión del provincial, el padre Manuel Querini, y leyó el párrafo de la carta donde se le daba la orden para sacarla de San Ignacio Miní dentro del mes. Un murmullo se elevó desde la multitud reunida en las tres naves del templo. Incontables pares de ojos buscaron a Emanuela entre los primeros lugares. Ella mantenía la vista elevada hacia el púlpito con una expresión serena y confiada. Sabía que la reacción de la gente a su partida, moderada o exacerbada, dependería en gran parte de su comportamiento.

El gentío la rodeó en el atrio, y Emanuela avanzó protegida por sus hermanos. Bartolomé y Andrés, los mayores, la abrazaban, mientras que Fernando, Marcos, Teodoro y Bruno formaban un círculo para contener la ansiedad de los pueblerinos por tocarla y pedirle favores. Emanuela sonreía y simulaba tranquilidad. Hasta que sus ojos dieron con los verdes de Olivia, y la máscara que con tanto empeño había fabricado esa mañana cayó para revelar la desazón y el odio que la carcomían. La muchacha le sonrió con altanería y sorna, y Emanuela miró hacia otro lado porque el orgullo le impedía seguir mostrándole cuánto dolía.

Los preparativos para su viaje se realizaron en el mayor de los secretismos y con mucha prudencia. Nadie sabía a ciencia cierta cuándo partiría, ni adónde. Sobre todo en este punto, el destino de su viaje, Emanuela fue clara: nadie debía conocer su destino, en especial Aitor, por lo que le arrancó la promesa a su *pa'i* Ursus de que jamás se lo diría.

—¿Por qué tengo que ocultar que vivirás en Buenos Aires, con los míos? ¿Ni siquiera puede saberlo tu *sy*?

—Ni siquiera, *pa'i*. Ella me entiende. Sabe que si le digo adónde iré, terminará por confesárselo a Aitor. No podrá evitarlo.

—¿Tanto daño te ha hecho mi muchacho que no quieres que sepa adónde vivirás?

—Sí, *pa'i* —contestó con la seguridad adquirida a lo largo de esos días en que su mente no paraba de pensar y de convencerse de que alejarse era lo mejor—. Mucho daño. No quiero volver a verlo.

—Y sabes que si yo o cualquiera le confesase tu destino, él iría a buscarte, ¿verdad?

Emanuela ya no estaba segura de nada, excepto de que tenía que irse. Le parecía que el Aitor que había admirado, amado y venerado durante más de catorce años era una ilusión, y que el verdadero, del cual ella había avistado un costado horrible esa noche en la barraca, era un desconocido en el cual no habría confiado. De lo malo vivido a partir de la noche en que lo descubrió con Olivia, a Emanuela la lastimaban especialmente dos cosas: haber perdido la confianza infinita que le inspiraba el Aitor de sus sueños y albergar la certeza de que Aitor la había considerado una niña y no una mujer.

La noche antes de la partida, Ursus mandó llamar a Emanuela, que se presentó de

inmediato en la casa de los padres. Sin palabras, le señaló dos cajas de madera que se hallaban sobre la mesa del refectorio. Emanuela las recordaba bien, las cajas con las prendas y los botines de su madre. Acarició la superficie y quitó la tapa de la más grande. Un agradable perfume le recordó que Tarcisio, por orden de su *pa'i* Ursus, colocaba lavanda, clavos de olor y canela con frecuencia para mantener fresco el contenido. Se trataba de un vestido de brocado verde cardenillo, con bordados en hilos de plata y puntilla en el escote y en los puños. La ropa interior —la camisa y los calzones— eran de holanda, mientras que las medias parecían de seda. Los botines, de cuero blanco, se encontraban en excelente estado gracias a la grasa de capiguara con que Tarcisio los untaba.

—En Asunción, te cambiarás el tipoy por estas prendas y así viajarás a Buenos Aires.

—El vestido me irá grande, *pa'i*. No olvides que mi madre estaba encinta.

—Tienes razón —murmuró Ursus, sorprendido con el recordatorio.

—No te preocupes, *pa'i*. Ajustaré un poco los cordeles —resolvió, mientras acariciaba el frente encorsetado de la prenda— y no se notará.

—Mi familia te proveerá de todo lo que necesites —aseguró el jesuita—. Por el momento, quiero que lleves puesto el vestido que era de tu madre aunque te vaya grande.

—Como mandes, *pa'i*.

—¡Tarcisio! —llamó el sacerdote.

—Mande, *pa'i*.

—Acompaña a Manú a su casa y ayúdala a llevar estas cajas. Hasta mañana, hija.

—Hasta mañana, *pa'i*.

De regreso en lo de Ñeenguirú, se ocupó de armar el equipaje, cuidando de acomodar con esmero las finas ropas de su madre. No tenía mucho más. La canasta con regalos que Aitor le había traído de su viaje y que Malbalá le había entregado días atrás en su nombre seguía donde la mujer la había dejado, sobre el arcón de Aitor.

—¿Necesitas ayuda, Manú?

—No, sy. Casi he terminado.

Los ojos de Malbalá se detuvieron en los obsequios rechazados.

—Te has olvidado de empacar los regalos que Aitor te dejó.

—No los llevaré, sy —expresó, sin volverse, mientras doblaba las prendas interiores de Emanuela madre.

—Ni siquiera los viste, hija. Son muy bonitos, y se nota que son de mucha finura. Vaya a saber cómo se hizo con ellos para traértelos.

—Quédatelos, sy.

—Son para ti, Manú.

—¡Pues no los quiero! ¡Que se los dé a su mujer!

—Estás siendo injusta, Emanuela. Sabes bien que para él, *tú* eres su mujer.

—No, sy. Yo era su juguete, su niña, su hermana menor, pero no su mujer. Eso quedó claro para mí. Y no quiero seguir hablando del tema.

Esa noche, una vez que acabó de armar el equipaje, Emanuela se evadió de su casa y corrió hacia la torreta. Solo después de subir la escalera y hallarse frente a la puerta, se acobardó. «Tengo que ser valiente», se dijo, y colocó la llave en la cerradura como tantas veces había hecho, solo que en esa ocasión la giró con lentitud y el ánimo por el piso. El crujido de los goznes le causó una sensación irritante. Entró con los ojos cerrados. Fue abriéndolos poco a poco, temerosa del impacto que le causaría ese lugar que tanto había significado para ellos. «Debería decir “para mí”», se enfadó. «Para él no significaba nada».

Varias imágenes de ella y de Aitor pasaron frente a sus ojos, y cada una le arrancó distintas emociones: risas ahogadas, sollozos, sonrisas, excitación. Él siempre la había hecho sentir con intensidad. Él la había hecho sentir viva. El contraste entre aquella realidad en la que la visión de Aitor, el contacto de sus manos y el timbre de su voz le habían agitado la sangre en las venas, y la de ese momento, en la que tenía la impresión de haber muerto, resultaba intolerable. La conciencia entre lo que pudo haber sido —una vida de amor y felicidad junto al hombre amado— y lo que sería —una vida lejos de su familia y en una ciudad desconocida— estaba convirtiéndose en un peso que la hacía dudar de sus fuerzas.

«¡Basta!», se reprochó, y avanzó hacia el telescopio, a cuyo pie depositó un pedazo de papel escrito de puño y letra. Se quitó el collar de conchillas, viejo y deslucido, y el cordón de cuero con la piedra violeta y los colocó sobre el papel. Su mano se demoró sobre los objetos. Hubo un instante en el que acarició la posibilidad de retractarse, de correr a lo de su *pa'i* Ursus y rogarle que le permitiese quedarse, al menos hasta que Aitor regresase, para luego fugarse con él. No soportaría seguir adelante sin su amado. La vida se le presentaba como un destino aciago y triste sin él.

Los gemidos y los jadeos de Aitor y de Olivia mientras copulaban la envolvieron, y ella sabía, porque de esa manera se desarrollaba la macabra rutina y de nada valía que se tapase los oídos y apretase los párpados, que luego se materializaría la escena que los acompañaba, la de sus cuerpos oscuros y sudados, gozando, removiéndose, agitándose. Se sujetó del marco de la tronera, y agradeció la frialdad y la aspereza de la piedra porque la devolvió a la realidad. Apretó hasta hacerse daño en la palma de la mano. ¿Cómo había sido capaz de permitirle que lo aferrase con tanta pasión, con los brazos y con las piernas, cuando él era solo de ella? El pacto de amor en el que se habían jurado amor eterno, ¿había sido una mentira, un juego? ¿Se habría reído con Olivia a su costa? ¿Se habrían dedicado a enumerar sus defectos —su nariz poco agraciada, su boca demasiado grande, sus pechos demasiado pequeños—? Esa era

otra consecuencia nefanda de ese asunto, que se hubiese vuelto vanidosa y consciente de que había mujeres bellas y mujeres mediocres, como ella. ¡Ella quería ser hermosa!

Salió de la torreta muy enojada, herida y triste, aunque segura de que debía irse. A propósito, no echó llave a la puerta. Al llegar a la base de la escalera, miró en torno. No deseaba regresar a su casa, donde las caras de Malbalá, de Bruno y de Juan, que ya convalecía en la casa, y el decaimiento de sus animales la deprimían. Caminó sin prisa hacia el cementerio y no temió entrar aunque fuese de noche. Se sentía acompañada, y pensó que se trataba del espíritu de su madre. Se arrodilló frente a su tumba y, como de costumbre, tocó la lápida y pasó el índice por las letras de su nombre.

—Madrecita —dijo en castellano—, mañana parto hacia Buenos Aires. No te dejes sola. Mi *sy* Malbalá prometió traerte flores a menudo, como hago yo. Y mi *pa'i* Ursus jamás se olvidará de decir una misa por ti en el día de mi natalicio. —Unió las manos como en oración e inclinó la cabeza—. Tengo miedo, madre —admitió por fin—, miedo de irme, de abandonar a mi familia, de lo que me espera en aquella ciudad tan lejana, pero sobre todo, tengo miedo de vivir sin él. ¿Podrías cuidármelo, por favor? ¿Velar que nunca nada malo caiga sobre él? No te preocupes, yo te lo recordaré todos los días, porque sé que todos los días, a cada minuto, estaré pensando en Aitor.

Se mordió la carne interna del labio para refrenar el llanto; estaba tan cansada de llorar. Se inclinó y besó el montículo bajo el cual yacía el cuerpo de la mujer que le había dado la vida a costa de la suya.

—Volveré, mamita, te lo prometo.

* * *

Al día siguiente, a las cuatro de la mañana, la carreta conducida por Tarcisio y que transportaba a Ursus, a Santiago de Hinojosa y a sus baúles con libros, se detuvo frente a la puerta de la casa de los Ñeenguirú. El pueblo aún dormía. Al oír el traqueteo de las ruedas que anunciaba la partida inminente, Emanuela se aproximó a la hamaca de Juan, al que encontró despierto. Todas las costras habían caído de su cuerpo, dejando la piel cubierta por orificios que lo habían desfigurado. Emanuela le acarició la frente y comprobó que la tenía fresca. Se inclinó y se la besó.

—Gracias por salvarme la vida, Manú. —Ella se limitó a sonreír—. Algún día espero poder pagarte los sacrificios que hiciste por mí.

—No hice ningún sacrificio. Te quiero, Juan, eres mi hermano. Haría cualquier cosa por ti.

—Quiero pedirte algo. Ven. Te lo diré al oído. —Emanuela acercó la oreja a los labios del músico y aguardó con el respiro contenido—. Sea lo que sea que Aitor

haya hecho, quiero pedirte que algún día lo perdones. Mi hermano ha sufrido demasiado en esta vida. Perderte a ti para siempre sería demasiado duro para él.

Emanuela se incorporó y, mientras se quitaba las lágrimas con el dorso de la mano, sonreía y asentía. Volvió a besar a su hermano en la frente y le susurró:

—Gracias por quererlo, Juan.

—Adiós, Manú.

—Adiós, querido hermano.

Malbalá, Bruno y Emanuela salieron a la enramada, donde ya los esperaban Vaimaca y Ñezú. Bruno entregó la canasta de Emanuela a Tarcisio, que la acomodó en la parte trasera. Malbalá abrazaba a la muchacha y lloraba con gemidos contenidos.

—Me gustaría llevarte conmigo, sy —dijo Emanuela, retomando un diálogo que habían sostenido la noche anterior.

—No, hija, debo quedarme. Aquí están mis raíces. Además, si no estoy aquí para cuando Aitor regrese, ¿quién se hará cargo de él después de que se entere de que te has ido? ¿Quién lo consolará si no lo hace su madre?

—Te escribiré todas las semanas, sy —expresó rápidamente para no seguir adelante con el tema de Aitor.

—No nos olvides, hija.

—¡Cómo podría, sy! ¡Ustedes son mi familia! —Besó a su madre en la frente y le susurró—: Gracias por haberme amado.

—Te amaré hasta el fin de mis días, hija de mi alma. —La mujer la besó en las mejillas y entró llorando en la casa. Cerró detrás de ella para evitar que los animales —Saite, Libertad, Porã, Miní y Timbé— se escabulleran y siguiesen a Emanuela.

Bruno abrazó a su hermana de leche y la apartó para decirle unas palabras, que no consiguió emitir. Apretó el entrecejo y los labios y se echó a llorar.

—Te quiero, Bruno. Y te prometo de nuevo lo que te dije anoche: volveré.

Bruno asintió con una sonrisa vacilante y se marchó tras los pasos de su madre. Ñezú y Vaimaca demostraban más compostura mientras la abrazaban y la besaban en silencio. Emanuela se hizo pequeña en el seno cálido y familiar de su *jaryí* y le susurró:

—Cuídamelo, *jaryí*.

—Con mi vida, mi niña. Hasta que vuelvas.

Ñezú le aferró la cara con manos ásperas y sarmentosas y la miró directo a los ojos.

—Nunca olvides que te hemos amado como si fueras de nuestra sangre y que te amaremos siempre.

—Gracias, *taitaru* —consiguió pronunciar.

—Y nunca olvides que nadie te ama, ni te amará, como te ama Aitor.

Emanuela intentó agitar la cabeza para negar, pero el *paje* la obligó a estarse quieta.

—Nadie, Emanuela —repitió con autoridad—. Sé que cometió un error por el cual pagará muy caro, pero la verdad es la verdad, y ni siquiera tu orgullo herido puede negarla.

—¡Oh, *taitaru*! —exclamó, y le echó los brazos al cuello—. ¡Y yo lo amo más que al aire que respiro!

—Lo sé, mi niña, lo sé. Ahora ve. Enfrenta tu destino con templanza. Eres fuerte, Manú; tampoco te olvides de eso.

Ursus los acompañó en la carreta hasta el embarcadero de la misión. El recorrido se hizo en un mutismo tenso, con los sollozos de Emanuela y los trinos de las aves madrugadoras como únicos sonidos. Antes de subir a la jangada que los conduciría a Asunción, Ursus abrazó a su amigo de la juventud y le habló en voz baja.

—Te la encargo, Santiago. No me la dejes sola. Ve a visitarla seguido a lo de mis padres. Será muy duro para ella al principio con tantos cambios. Escríbeme y cuéntame todo, por muy duro que sea. No me ocultes nada.

—Así lo haré, amigo mío. Me ocuparé de Manú como si fuese mi hija.

—Gracias, Santiago. —Se pasó la manga de la sotana por la nariz y se dio vuelta con una sonrisa fingida—. Ven, hija mía. Ven a despedirte de tu *pa'i* que tanto sentirá tu ausencia.

Emanuela se aproximó con actitud vencida; ya no le quedaban arrestos para simular entereza.

—Gracias por haberme salvado de la muerte el día en que nací y por haberle dado cristiana sepultura a mi madre. Gracias por haberme dado la mejor vida que una persona pueda desear. ¡Te quiero, *pa'i*, con toda el alma!

Ursus asentía, mientras intentaba formular unas palabras que se le atascaron en la garganta y jamás brotaron de sus labios. Vencido y muy emocionado, se limitó a abrazarla y a besarla en la coronilla. El jesuita permaneció en el embarcadero, con Tarcisio a su lado, mientras la jangada se deslizaba por el Paraná. Emanuela los miraba fijamente de pie en el extremo de la embarcación. De pronto, todos se sobresaltaron, los hombres en la jangada y los que miraban desde el embarcadero, cuando dos aves pasaron en vuelo rasante y luego, al alcanzar la balsa, revolotearon en torno a Emanuela, que, riendo entre lágrimas, les estiró los brazos donde acabaron posándose.

—Al menos no se sentirá tan sola con Saite y Libertad a su lado —comentó Tarcisio, y Ursus asintió.

* * *

Aitor no conseguía deshacerse del mal presentimiento que lo angustiaba desde hacía unos días. No había habido un momento durante ese viaje en que se hubiese sentido bien o tranquilo; no obstante, la sensación de los últimos tiempos lo perturbaba. Y se relacionaba con Emanuela. En realidad, todo se relacionaba con ella. Cada maldito respiro que inhalaba se relacionaba con ella; cada pensamiento, cada proyecto, cada plan, cada idea, todo empezaba y terminaba con ella.

—¿Qué te sucede, Aitor? —se interesó Conan Marrak, el más joven de los tres mineros—. Desde hace días te noto muy preocupado.

Aitor continuó agitando las brasas sobre las cuales se asaba un pecarí que había cazado la noche anterior, mientras don Edilson y los expertos en estaño recorrían la orilla del arroyo Acaraguá. Habían avanzado hacia el este porque los mineros aseguraban que los hallazgos de casiterita de los arroyos Garupá y Pindapoy eran escasos para emprender una actividad de explotación. Probaban suerte en otras partes, sin éxito hasta el momento.

Conan formuló la pregunta y guardó silencio, acostumbrado al genio meditabundo del indio y a cuánto custodiaba sus pensamientos y sus cosas. Calculó que no le contestaría, por eso se sorprendió al escucharlo decir:

—Se trata de mi prometida.

—¿Pelearon?

—No la traté muy bien la última vez en que nos vimos. Cuando fui a despedirme, no quiso salir a verme.

—Para cuando regreses, se le habrá pasado.

Aitor agitó la cabeza, en tanto hacía girar el pecarí sobre el fuego.

—Ella conoce mejor que nadie mi carácter endemoniado y siempre me perdona. Esta vez no lo hizo.

—Una mujer no es siempre la misma, Aitor. Hay días en que son dulces y dóciles, y días en que es sensato mantenerse lejos de ellas. Mi madre siempre lo decía, que una mujer cambia varias veces durante el mes. Tal vez diste rienda suelta a tu carácter endemoniado en el día equivocado.

Aitor caviló acerca de las palabras de su amigo. En realidad, Emanuela siempre era la misma muchacha risueña, alegre y simpática a la que todos amaban y admiraban. Él no le conocía días en los que fuese necesario apartarse de ella. Conan debía de estar refiriéndose a las mujeres de su tierra, porque su Emanuela no encajaba en la descripción.

Ansiaba regresar a San Ignacio Miní y, de rodillas, pedirle perdón. Lamentaba haberle gritado en la barraca y, sobre todo, lamentaba haberla engañado con Olivia. Por supuesto, jamás se lo diría, y Emanuela jamás se enteraría de que, mientras le rogaba que lo perdonase, también le estaría pidiendo que lo absolviera por su traición.

* * *

Era la primera vez que Emanuela visitaba Asunción, y lo que llevaba visto hasta entrar en el Colegio Seminario no le había gustado. Le molestaron el barro y los baches de las calles, el olor y el ir y venir caótico de la gente y las carretas. ¿Así sería Buenos Aires? Ya echaba de menos el orden y la prolijidad de San Ignacio Miní.

El hermano Carmelo, el mismo al que Aitor, más de catorce años atrás, había acusado de heder a cabra, la condujo hasta su celda con mala cara, mientras echaba vistazos desconfiados a las aves que se encaramaban sobre los hombros de la muchacha.

—No puedes abandonar tu celda a menos que te autorizase a ello.

—Hermano, ¿podría traerme un poco de agua y de carne cruda para mis aves?

El hermano lego asintió con mala cara y regresó al rato con lo pedido.

—Nada de suciedades de ave, ni de carne por todas partes, muchacha, o las limpiarás tú.

—Sí, hermano.

Emanuela alimentó a Saite y a Libertad y dejó el cacharro con agua sobre la pequeña mesa. Abrió la ventana, y las aves cruzaron el enrejado, cuidando de no lastimarse las alas, y echaron a volar desde el alféizar.

Emanuela aprovechó para sacar las ropas de su madre de la canasta y extenderlas sobre el camastro y airearlas. Las estudió con detenimiento y se dio cuenta de que necesitaría ayuda para ponérselas. Abstraída en esos pensamientos, se sobresaltó cuando llamaron a la puerta. Era el padre Santiago.

—¿Cómo estás, Manú?

—Bien, *pa'i*, gracias.

—Tienes visitas.

—¿Yo, visitas?

—Sí. Lope de Amaral y Medeiros y su esposa te aguardan en el locutorio.

El corazón le saltó de dicha, e, instintivamente, se reacomodó las trenzas y se alisó la falda del tipoy.

—Llévame con ellos, *pa'i*.

La puerta del locutorio se abrió en silencio. Emanuela vio primero a Lope, elegante como siempre, con el sombrero de ala ancha entre las manos, al que hacía girar con actitud nerviosa. Ginebra, sentada y envuelta en un aire ausente y desapegado, acariciaba la primorosa escarcela de terciopelo que le descansaba sobre la falta del vestido amarillo pálido; estaba bellísima.

—Buenas tardes —saludó, y cerró la puerta.

—¡Manú! —La alegría de Lope, tan sincera y contagiosa, que le puso color a sus

mejillas, la alcanzó como una brisa fresca y de agradable aroma. No se incomodó cuando la abrazó y la apretó en torno a la cintura con más ímpetu del debido. Emanuela, que solo vestía el tipoy y sus calzones, percibió el calor y temblor de los dedos de él en su carne, y se permitió gozar del afecto de su amigo. Aitor y sus exigencias ya no contaban, se recordó. También se abrazó con Ginebra, que se apartó enseguida para observarla con una mirada concienzuda sin soltarle las manos.

—Quiero felicitarlos por su boda y desearles mucha felicidad. Que Tupá los bendiga, a ustedes y a su descendencia.

—Gracias —contestó el matrimonio a coro, sin afectar alegría.

—Estás más delgada —dictaminó Ginebra.

—Sí. Y tengo cara de cansada —añadió.

—Sí, también.

—En el viaje en barco hasta Buenos Aires —intervino Lope—, podrás descansar y recuperar los colores.

—Gracias por permitirme viajar con ustedes. Espero no ser inoportuna.

—¡Nada de inoportuna, Manú! —exclamó Lope, y a Emanuela la avergonzó que desplegase un entusiasmo tan evidente delante de su esposa—. Cuando mi padre recibió la carta del *pa'i* Ursus en la que le solicitaba un sitio para ti y otro para el *pa'i* Hinojosa, Ginebra y yo nos pusimos muy contentos. ¿No es así? —dijo, y miró a la joven.

—Sí, Manú. Muy contentos. Será una alegría tenerte en el barco. No nos aburriremos contigo y tus historias.

—También viajarán con nosotros Saite y Libertad. No hubo modo de dejarlas en el pueblo. Me siguieron hasta la jangada.

—¡Saite y Libertad son más que bienvenidos en nuestro barco! No olvides cuánto le debo a esa pícara caburé —le recordó Lope, con un guiño—. Dispondré que coloquen unas perchas para ellos en cubierta y los mejores trozos de carne.

—Gracias, Lope.

—¿Miní, Timbé y Porã no viajarán contigo? —preguntó Ginebra.

Emanuela negó con la cabeza, mientras pugnaba por retener las lágrimas. Lope se adelantó y le tomó las manos.

—No te inquietes por ellos, Manú. Bruno los cuidará muy bien.

—Sí, lo sé.

—¿Por qué dejas el pueblo? —se interesó Ginebra, que mostraba un costado curioso que Emanuela no le conocía.

—Porque existen unas ordenanzas, de Alfaro se llaman, que prohíben que los españoles vivan en las misiones. Los *pa'i* fueron muy benevolentes conmigo y me permitieron permanecer todos estos años. Mientras fui una niña, resultó más fácil conseguir los permisos para quedarme. Ahora las cosas se han complicado, y ya no

puedo permanecer allí sin causarle serios problemas a la orden. Se avecinan tiempos difíciles.

—¿Te refieres al Tratado de Permuta? —se interesó Lope.

—No lo sé. Mi *pa'i* Ursus no mencionó ningún acuerdo.

—¿Aitor sabe que te has ido?

Que fuese Ginebra quien trajese a colación su nombre la irritó; no obstante y dado el gran favor que los Amaral y Medeiros estaban haciéndole, disimuló su fastidio al negar.

—Se pondrá como loco cuando lo sepa —dedujo Lope, y Emanuela se limitó a contemplarlo con desolación.

Carraspeó antes de que el sentimiento se convirtiese en un quebranto y se volvió deprisa hacia Ginebra, que se había ubicado bajo la ventana, por donde se filtraba un rayo del sol dorado de la tarde que le avivaba los bucles negros.

—¿Podrías venir mañana un rato antes de embarcar y ayudarme con el vestido? No sabría cómo ponérmelo. He llevado tipoyes toda mi vida.

—Por supuesto. El barco zarpa a las ocho. ¿Te parece que venga a las siete?

—Si no es mucha molestia...

—¡Ninguna molestia! —terció Lope, y no se percató de la mirada de soslayo que le lanzó su esposa.

—Ninguna molestia —repitió Ginebra, más comedida.

A la mañana siguiente, cuando abandonó la celda escoltada por Ginebra, Emanuela rio con el gesto exagerado que el padre Santiago le imprimió a su semblante.

—¿Quién es esta señorita? ¿Dónde está mi Manú?

—*Pa'i* —intervino Ginebra—, Manú no me cree cuando le digo que el vestido le sienta de maravilla.

—Me baila en la cintura y en la pechera —se quejó—. Y los botines están matándome.

—Estás preciosa, hija —la alentó Hinojosa—. Vamos. No hagamos esperar al flamante esposo, que nos aguarda en el puerto.

No fue hasta que Lope le extendió la mano al final del tablón que la condujo dentro del barco y que ella advirtió el brillo en sus ojos azules mientras la estudiaban de pies a cabeza, que Emanuela tuvo la certeza de que el vestido de su madre le sentaba bien. Sujetó la mano ofrecida y pisó la cubierta de lustrosa madera.

—¿Estás lista para iniciar tu nueva vida, Manú?

—Sí, Lope. Estoy lista.

Una sonrisa le enmascaraba la amargura, mientras su alma clamaba por Aitor.

* * *

Pese a la invitación de Amaral y Medeiros de pasar la noche en *Orembae* antes de regresar a la misión, Aitor se empeñó en volver ese mismo día, aunque quedasen pocas horas de luz.

—¿Qué necesidad tienes de hacer el camino de regreso ahora? ¡Espérate hasta mañana!

—No.

—Eres terco.

—Lo sé.

Amaral y Medeiros sonrió con aire vencido y sacudió la cabeza.

—No sabría decir si lo heredaste de mí o de tu madre. Los dos somos testarudos.

—Entonces lo soy por partida doble.

—¡Y se nota!

—Me voy.

—¿Ya has terminado tus asuntos con mi cuñado?

—No lo sé. Él sigue necesitándome para guiarlo por la selva, pero yo tengo que arreglar una cuestión en San Ignacio antes de decidir si seguiré trabajando para él.

—Sea como sea, quiero que vengas con frecuencia a visitarme.

Aitor asintió con un movimiento seco.

—No es necesario que te repita que te quiero aquí, como capataz.

—¿Se supo algo de Oliveira?

—No, nada. Mis hombres lo buscaron a varias leguas a la redonda y nada. Desapareció.

—Se lo habrá comido un yagareté en la selva. Habrá olido la sangre y se habrá hecho un festín con él.

—¡Ojalá!

—Sí. Ahora me marcho, don Vespaciano. Llevo prisa.

—Sí, sí, ve, hijo. —Le aferró un hombro y le colocó la mano sobre la mejilla con barba de varios días, gesto que siempre incomodaba a Aitor—. Si no vuelves en un tiempo, iré a buscarte a la misión.

—Volveré.

Aitor cubrió la distancia que lo separaba de su hogar a un paso imprudente dadas las características de los senderos de la selva. Una vez que entró en el circuito de caminos bien mantenidos que unía a las doctrinas, el paso imprudente se convirtió en un galope sin pausa. El ingreso del pueblo se encontraba despejado y no vio a los guardias que lo habían recibido la vez anterior. Ya era tarde, casi anocheía, por lo que no había gente en las calles. Frenó el caballo delante de la enramada de su casa y saltó de la montura con una ansiedad que le provocaba temblores en las manos.

Malbalá, alertada por los cascos, había abandonado el guiso sobre el fuego y lo aguardaba con el semblante impasible.

—¡Sy! —Aitor la abrazó con un gesto apresurado antes de soltarla para escudriñar dentro de la casa.

—¿Cómo estás, hijo?

—¿Dónde está Emanuela?

Malbalá lo observaba mientras Aitor estiraba el cuello y la buscaba a lo lejos. No reparaba en el silencio de su madre, ni en su expresión.

—¿Dónde está? —dijo, y, al volverse y descubrir la mirada de la mujer, la agitación se le aquietó y la expresión se le congeló—. Sy —dijo, con un timbre de súplica, y masculló una frase inentendible de la cual Malbalá solo acertó a entender la palabra viruela.

—No enfermó de viruela. No te angusties por eso. Ella está bien.

El alivio que le comunicaron los ojos desesperados de Aitor causó una profunda pena a Malbalá. Aún no le había asestado el golpe de gracia.

—Hijo, no tengo buenas noticias.

Aitor asintió, con una expresión desorientada. Malbalá se preguntó si su hijo era consciente de que la sujetaba por los brazos y de que le hacía daño.

—Sy... ¿Dónde está mi Emanuela?

—Aitor, Emanuela se fue.

Atrajo a su madre con brusquedad y le habló cerca de la cara.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué quieres decir?

La mujer se mordió el labio y bajó las pestañas para ocultar los ojos arrasados.

—¡Habla, sy!

—¡Manú se fue, Aitor! ¡El provincial le ordenó abandonar el pueblo y ella se fue!

—¡Qué! —La soltó como si Malbalá lo hubiese quemado y trastabilló hacia atrás—. ¡De qué estás hablando! —Se llevó las manos a la cabeza. La peor de sus pesadillas acababa de volverse realidad—. ¡Dime! ¡Explícate!

—¡Manú se fue! ¿Qué más debo explicarte? Sabíamos que, tarde o temprano, esto ocurriría.

Aitor sujetó a su madre por el cuello, y esta cerró las manos en torno a la muñeca de su hijo en un acto instintivo de supervivencia.

—¿Y tú la dejaste partir? ¡Y tú le permitiste que me abandonase!

—Aitor, por favor, estás lastimándome.

—¿Adónde se fue? —exigió saber, sin aflojar la mano—. ¡Adónde se fue!

—¡No lo sé! ¡Nadie lo sabe! ¡Solo tu *pa'i*! ¡Solo él!

Aitor se encaramó sobre la montura de un salto y no detuvo el caballo hasta que sus cascos retumbaron sobre las lajas del pórtico que rodeaba la casa de los padres, donde irrumpió sin llamar. Ursus, que escribía la carta anua, levantó la vista, soltó un suspiro y depositó la pluma en el tintero. Se puso de pie.

—¿Dónde está mi mujer, *pa'i*?

—Aitor, quiero que te calmes...

—¡No me vengas con esas, *pa'i*! Dime dónde está y te dejaré en paz.

—No puedo decírtelo.

Aitor desenvainó el cuchillo, y Tarcisio, que había corrido desde la cocina al escuchar el estruendo de la puerta, soltó un grito.

—Dímelo, *pa'i*, porque te aseguro que te destriparé si no lo haces.

—Ella me hizo prometer que no te lo diría —afirmó el jesuita, muy sereno.

La afirmación descolocó a Aitor, que mermó la sujeción en el mango del cuchillo y cambió el gesto rabioso por uno desconcertado. Enseguida se repuso.

—¡Mientes! ¡Ella jamás se iría del pueblo pidiéndote eso! ¡Ella jamás me abandonaría! ¡Ella...!

—¡Pues Emanuela se fue exigiéndome que te ocultase su destino! —tronó la voz del sacerdote—. Intenté...

Un clamor nacido del odio y del dolor hizo callar al jesuita, que se movió detrás de la mesa para poner distancia con el hombre que se lanzaba sobre él para ensartarlo con un cuchillo de proporciones y filo temibles.

—¡Detente, Aitor! ¡No cometas una estupidez! ¡Te desgraciarás para siempre!

—¡Dime dónde está mi mujer! ¡Dímelo! —Aitor había perdido todo rastro de cordura y de racionalidad. El gesto se le había convertido en una máscara diabólica y los iris amarillos destacaban con un brillo macabro en los ojos inyectados. Respiraba por la boca de manera rápida y congestionada, y lanzaba gotas de saliva.

—¡Cálmate! Hablaré contigo si te calmas.

—¡No me pidas que me calme! ¡Solo dime dónde está ella!

—¡No puedo, Aitor! ¡Se lo prometí!

—¿Por qué? —masculó con acento abatido—. ¡Por qué!

—Solo me dijo que la habías lastimado profundamente y que no quería volver a verte.

De nuevo, la declaración del jesuita lo turbó durante unos segundos.

—¡No! ¡Mientes! ¡Ella jamás te diría que no quiere volver a verme! ¡Jamás! ¡Dímelo! ¡Dime dónde está! —exigió con un grito desgarrador, mientras avanzaba con el cuchillo en una posición amenazadora.

—¡Aitor! —La voz de van Suerk lo distrajo, y Ursus aprovechó para patearle la mano y desarmarlo. Tarcisio se lanzó sobre el cuchillo y lo sacó del alcance de Aitor, que cayó de rodillas, mientras se sujetaba la mano golpeada con la otra.

—Dímelo, *pa'i* —imploró—. Dime dónde está mi Emanuela.

Ursus le colocó la mano en la parte posterior de la cabeza, que le colgaba sobre el pecho.

—Lo siento, hijo. Sé cuánto estás sufriendo, pero esa fue la disposición de Manú y no puedo faltar a mi palabra.

Aitor contrajo el gesto al oír las palabras del sacerdote.

—¿Por qué? —preguntó, en un hilo de voz.

—No lo sé. Me dijo que la habías herido profundamente.

—No, no. ¿Cómo podría, si la amo más que a mi vida?

—Aitor. —El padre van Suerk le aferró el brazo y lo instó a ponerse de pie—. Ven, muchacho. Acompáñame afuera. Tenemos que hablar.

Aitor se incorporó y se tomó unos segundos antes de alzar la mirada. Los ojos arrasados de su *pa'i* Ursus lo golpearon con dureza.

—Perdóname, *pa'i*. No te habría lastimado. Te lo juro.

—Lo sé, hijo, lo sé. Tarcisio, devuélvele el cuchillo.

—Pero, *pa'i*...

—Devuélveselo.

Tarcisio se aproximó con la cautela de quien rodea a un yaguareté. Tomó el cuchillo por el mango y lo extendió desde una distancia prudente. Aitor, ajeno a la desconfianza y miedo del sirviente, lo recibió y se lo calzó en la faja de los pantalones.

—Ven —volvió a instarlo van Suerk.

El médico holandés se alejó de la casa en silencio, con Aitor a la zaga. Se detuvo en medio del jardín, y Aitor lo imitó.

—¿Quieres saber por qué Emanuela le hizo prometer a tu *pa'i* que no te diría dónde vive ahora?

—Sí, *pa'i*.

—Dime a mí tú primero si, antes de irte del pueblo, hiciste algo que pudiese haberla ofendido.

—Sí, lo hice —contestó, con acento nervioso y palabras atropelladas—. El día en que llegué, fui a buscarla a la barraca donde se encontraban los enfermos de viruela y la traté mal.

—Sí, es cierto. Te comportaste como un energúmeno. Sin embargo, Manú te perdonó y le preguntaba a Ñezú por ti todos los días. Ella deseaba que fueses a verla y, aunque lo hiciesen desde una distancia prudente, quería hablar contigo.

—Entonces, ¿qué fue?

—¿No recuerdas haber hecho nada que pudiese lastimarla, Aitor?

—No, *pa'i*, excepto lo que te mencioné.

—Pero lo hiciste, hijo.

—¿Qué hice, *pa'i*? —preguntó con miedo.

—Ella te vio, Aitor. La noche antes de que partieses, ella te vio en la barraca fornicando con Olivia.

Pese a ser de noche y a que las antorchas que iluminaban el pórtico derramaban una luz pobre en ese sector del jardín, van Suerk advirtió la palidez que le demudó las

facciones oscuras. Le dio pena la expresión turbada que le transformó el rostro. Sus ojos adquirieron una calidad vidriosa y sus labios, un tono grisáceo. Le temblaban las manos. El efecto de las palabras vertidas se había propagado en él con la rapidez del fuego. El jesuita se dio cuenta, también, de que lo habían privado de la capacidad para reaccionar.

—Ni tú ni Olivia la vieron, pero ella estaba allí, de pie, observándolos desde la penumbra. Yo la saqué de la barraca en silencio. Estaba muy conmocionada.

—Oh, Dios, no. Por favor, no. Por favor, no.

—¿Quieres hacer confesión, hijo?

Aitor agitó la cabeza y la mano, mientras retrocedía y seguía repitiendo «no, por favor, no» una y otra vez. Corrió hasta su caballo, lo montó con agilidad y abandonó la casa de los padres. Galopó por la avenida principal con la visión limitada a causa de las lágrimas y, cuando desembocó en la plaza de armas, espoleó al caballo, que la cruzó a gran velocidad. Aitor tiró de las riendas, y el animal se encabritó y relinchó. Al tocar el suelo con los cuartos delanteros, comenzó a girar sobre sí con inquietud, contagiado por el nerviosismo de su dueño. Aitor mantenía las riendas tirantes y, a medida que el caballo ejecutaba las circunvoluciones, observaba el pueblo que se desplegaba en torno a él: la iglesia, el Cabildo, la escuela, las casas erigidas frente a la plaza, el rollo, donde una vez lo habían azotado, el reloj de sol, que su *pa'i* le había enseñado a leer, la cárcel, donde Emanuela le había curado los latigazos. Cada edificio guardaba un recuerdo, que se desvanecía y perdía valor sin ella. El pueblo mismo carecía de valor si Emanuela no estaba en él. La vida nada significaba sin ella. Vivir sin Jasy no sería vivir. Un terror como jamás había experimentado se apoderó de él.

Su mirada desorbitada se detuvo en la torreta del baptisterio. Movié las riendas hacia la derecha, y el caballo inició una marcha más tranquila. Se detuvo al pie de la escalera que conducía a la entrada. No tenía la llave. Igualmente, desmontó, sacó del morral la garrafa de una bebida muy fuerte que le había regalado Melor Marrak y subió de dos en dos los escalones de piedra. Le tembló la mano al contacto con el hierro del picaporte. Contra toda posibilidad, tiró de él, y la puerta se abrió.

Permaneció unos segundos bajo el dintel, reuniendo coraje para entrar. Las lágrimas caían sin pausa y le enturbiaban la vista. No obstante, distinguió algo al pie del telescopio. Entró impulsado por la curiosidad. Dejó la puerta abierta por donde entraba la luz de la luna. Se acuclilló frente al objeto y aguzó la vista. Al comprender de qué se trataba, echó la cabeza hacia atrás y soltó un gemido prolongado que sus detractores habrían confundido con el aullido del lobisón.

—¡Oh, Jasy! —exclamó, mientras recogía del piso el collar de conchillas y la piedra violeta—. ¡Amor mío, perdóname! ¡Perdóname!

Lloró sobre los objetos, de rodillas, con el pecho recostado en las piernas. Varios

minutos más tarde, elevó apenas la vista y descubrió el pedazo de papel, que tembló cuando lo recogió del suelo. Nervioso y torpe, se secó los ojos con la manga de la camisa. El corazón le dio un golpe en el pecho y cambió el ritmo de las pulsaciones a uno más pausado, pero también más violento, cuando se dio cuenta de que era la caligrafía de Emanuela. Besó el papel con reverencia, y sus lágrimas y su saliva diluyeron algunas letras. Insultó y aplicó presión sobre el papel con la manga para absorber la humedad que amenazaba con borrar las preciosas letras de su Jasy.

Inspiró varias veces. Descorchó la garrafa con los dientes y bebió un largo trago, que le provocó una quemazón en el esófago y le hizo arder la nariz y los ojos. Un instante después, percibió en el fondo de la garganta el sabor del brebaje y lo juzgó exquisito. Se sintió mejor, envalentonado para leer la carta. La comenzó dos veces. Estaba nervioso y aturdido y no comprendía lo que decía, sin mencionar que leer no contaba entre sus actividades frecuentes y que nunca había sido su fuerte. Se concentró y leyó. Lo reconoció enseguida, al soneto ciento dieciséis de Shakespeare. Emanuela lo había traducido al guaraní y se lo había dejado allí, para él. Se acomodó en el suelo, contra la pared, en el mismo sitio donde le había arrancado gemidos de placer, y, mientras leía, se quemaba la garganta con la bebida del minero.

*No permitáis que la unión de unas almas fieles
admita impedimentos: No es amor el amor
que cambia cuando un cambio encuentra
o que se adapta a la distancia al distanciarse.
¡Oh, no! Es la marca indeleble
que contempla la tempestad y que nunca tiembla;
es la estrella de los barcos sin rumbo,
de valor desconocido aun considerando su altura.
El amor no se deja engañar por el tiempo, aunque los rosados labios y las mejillas
caigan bajo un golpe de guadaña.
El amor no cambia en pocas horas o en semanas,
sino que resiste aun en el día del Juicio Final.
Si es esto erróneo y puede ser probado,
nunca escribí nada, ni hombre alguno ha jamás amado.*

Lo leyó tantas veces que por último, borracho, entre risas y llanto, lo recitaba de memoria. Cada tanto, se callaba y evocaba el atardecer en que Emanuela se lo había traducido del libro que le había regalado su *pa'i* Santiago.

Al acabar la lectura, él le había dicho: «*Nuestro amor es amor porque nunca cambiará. Te he amado desde que tenía cuatro años, desde que te vi aquella noche en la jangada, recién nacida. Te he amado cada minuto de mi vida, te amo en este momento con locura y lo haré hasta...*». Y ella lo había interrumpido para finalizar: «*Hasta el día del Juicio Final*».

—Sí, Jasy, sí, te amaré hasta el día del Juicio Final, para toda la eternidad. Jasy, amor mío, vuelve a mí.

Se quebró en un llanto devastador. Lloraba con la cara hundida entre las rodillas hasta que la potencia del sentimiento lo arrojó al piso, donde plegó las piernas contra el pecho y siguió llorando con clamores que traspasaron los gruesos muros y recorrieron el pueblo. Como era noche de luna llena, más de uno se acordó del luisón.

Así lo encontró Olivia, ovillado al pie del telescopio, borracho, sollozando ya sin fuerza. Le apartó el cabello del rostro y le acarició la mejilla. Los párpados de Aitor se elevaron con dificultad.

—¿Emanuela?

—No, Aitor. Soy yo, Olivia.

—Vete —dijo, con voz pastosa, alargando las sílabas.

—No te dejaré. Me quedaré contigo.

—Vete.

—No. Me necesitas.

Derrotado, Aitor volvió a apoyar la cabeza en el suelo y cerró los ojos. Soñó que Emanuela entraba en la torreta y echaba a Olivia a los gritos, propinándole puntapiés y cachetazos, lo cual le provocaba a él un acceso de risa que le dificultaba la respiración. A continuación, sentía las manos de ellas en la cara, en los brazos, en el torso, y las últimas carcajadas menguaban hasta desaparecer. Él se incorporaba con dificultad, instigado por una necesidad apremiante de olerle el cuello. Lo hacía, plantaba la nariz en el punto escondido tras la oreja, donde la calidez de la piel intensificaba el perfume que era solo de ella, ese aroma dulce y fresco a un tiempo, que olía a tierra recién mojada y a flores de naranjo. Como si se hubiese cansado de que él la oliese, Emanuela le aferraba la cara con las manos y lo apartaba. Se miraban a los ojos. A él lo desesperaba no ser capaz de desentrañar el significado de la expresión de ella.

—Perdóname —le suplicó, con voz forzada.

—Sí, te perdono. Hazme el amor.

La felicidad que explotó en el pecho de Aitor fue la más pura y sublime que recordaba haber experimentado en sus más de diecinueve años. La tumbó sobre el suelo de piedra con suavidad. Se quitó la camisa con impaciencia, la plegó cuatro veces y se la acomodó bajo la cabeza. Se colocó sobre ella, con los antebrazos en el suelo para evitar cargar el peso sobre su cuerpo delgado, todavía de niña.

—Te amo, amor mío —le susurraba, mientras le besaba la delgada columna del cuello y la acariciaba entre las piernas—. Te amo tanto que me asusta.

—¡Ámame, Aitor!

Olivia se sorprendió cuando Aitor eyaculó dentro de ella, acción en la que jamás caía, y no comprendió por qué, mientras lo hacía, sollozaba y clamaba por la luna.

—*Jasy, Jasy* —gemía.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

AGRADECIMIENTOS

A la escritora Mercedes Rubio, que consiguió mapas del Paraguay y de Asunción, y a Julieta Obedman, mi editora, que hizo de intermediaria.

A mi querida amiga Victoria Ferrari y a su esposo Diego Ambasz, por todas las gestiones en que se embarcaron para conseguir el mapa antiguo del Paraguay, que tanto me sirvió.

A mi lectora María Rosa Lavorato, que me facilitó el libro Misiones jesuíticas y bandeirantes paulistas, de Enrique de Gandía, casi un incunable.

A la querida Carlota «Loti» Lozano, por servir de nexo entre María Rosa Lavorato y yo.

A Vale Catalfo, que, cuando se enteró de que ambientaría mi nueva novela en su provincia, Misiones, me escribió largos mensajes llenos de información valiosa que hablan del amor por su tierra.

Y por último, a mi lectora Lorena López, periodista, por su libro Selva misionera, que tan bien detalla la riqueza de la flora y de la fauna de la bella provincia de Misiones, y por la información de primera mano.



FLORENCIA BONELLI inició su exitosa carrera de escritora en 1999. Con títulos como *Bodas de odio*, *Indias Blancas*, *El cuarto Arcano* y *Me llaman Artemio Furia*, todos ellos enmarcados en los acontecimientos históricos del siglo XIX argentino, se convirtió en la referente actual de la novela histórico romántica de Argentina. Otras novelas como *Marlene*, que transcurre en el barrio de La Boca a principios del siglo XX, en los inicios del tango, *Lo que dicen tus ojos*, que nos traslada a la exótica Arabia Saudí y la trilogía *Caballo de fuego* (*París*, *Congo* y *Gaza*) la han situado como una de las autoras más populares y reconocidas del ámbito de la lengua castellana. Sus libros se han traducido a varias lenguas y han conseguido la admiración de lectores en todo el mundo. Esta es la primera entrega de su nueva obra, la *Trilogía del perdón*.